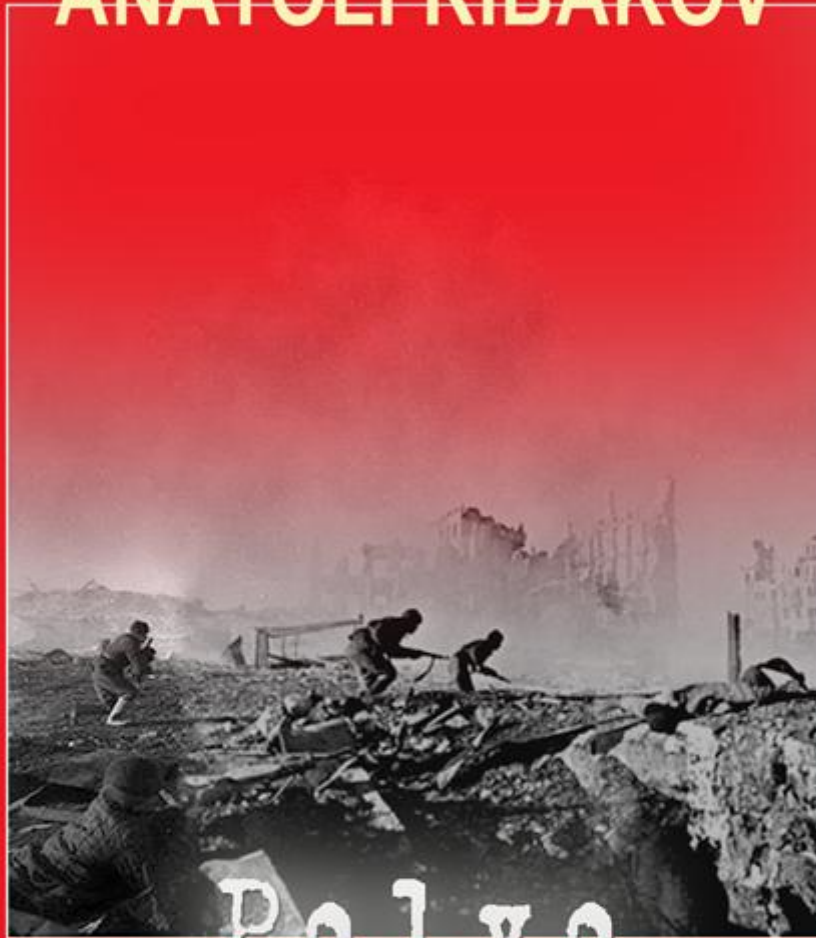


ANATOLI RIBAKOV



**Polvo
y
cenizas**

POLVO Y CENIZAS

Anatoli Ribakov

Presentación

La gran crónica de la Rusia soviética que Ribakov iniciara con *Los hijos del Arbat* y continuara en *El terror* llega a su fin en esta tercera entrega de la trilogía; y con ella concluye la desgarradora peripecia vital de los personajes a quienes tocó en suerte vivir uno de los períodos cruciales de la historia del siglo XX.

Como las piezas de un rompecabezas, los personajes encontrarán su destino. Ellos, junto con los distintos escenarios en que se mueven y los ambientes en que viven, conforman una imagen realista y descarnada de lo que fue la vida en la Unión Soviética durante la década de los treinta y principios de los cuarenta.

Créditos

Título original: *Praj i pepel* Traducción del ruso: Isabel Vicente

Edición Digital: Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Personajes principales

Stalin, Josif Visarionovich. Secretario General del Comité Central del P.C.U.S.

Beria, Lavrenti. Secretario de la policía política estatal (NKVD). Sucesor de Ezhov en el cargo

Sasha, Alexander Pavlovich Pankrátov

Sofía Alexándrovna, madre de Sasha

Lena Budiáguina, compañera de colegio de Sasha

Iván Grigorievich Budiaguin, padre de Lena

Nina Ivanova, compañera de Sasha

Varia, hermana de Nina

Yuri Sharok, compañero de Sasha

Vadim Marasévich, compañero de Sasha

Maxim, Kostin Ivánovich amigo de Sasha

Gleb, pintor y músico amigo de Sasha

PRIMERA PARTE

*Murió el timonel, murió el marinero.
Tan sólo a mí, cantor incógnito,
El temporal varó en la costa y entono invariables himnos
Mientras mi toga mojada
Se seca al sol junto a una roca.
A. Pushkin.*

1

-¡Has tenido suerte, chico! La primera vez que paso por Correos, y ¡zas!, allí estaba tu telegrama. Enseguida me vine para la estación.

Gleb sonreía, descubriendo sus dientes blancos y mirando a Sasha.

-Con mi patrona ajusté el hospedaje para uno solo, y sería violento llevarte a ti también. Te buscaremos otro sitio.

En la consigna aceptaron la maleta, pero rechazaron el macuto. «No admitimos nada que no tenga cerradura.» Sasha le largó un rublo al recepcionista: «Vale, jefe. Hoy mismo lo retiraremos». El macuto quedó junto a la maleta y le dieron el recibo de dos bultos.

-Vamos un rato a pie, y de paso me enseñas la ciudad -propuso Sasha.

Una tienda de comestibles, un bazar, una panadería, una papelería, una farmacia... Lo mismo que en Kalinin, Jo mismo que en todas partes... Todo igual de tristón. Viejas casas de madera de una o dos plantas. Alguna que otra de ladrillo, con rótulos donde podía leerse qué establecimientos albergaban, en ruso pero también en bashkir, aunque con caracteres cirílicos, como único indicio de que aquello era la capital de la República Autónoma de Bashkiria. Por lo demás, un rincón provinciano: calzada adoquinada, aceras de tablas aquí y allá; en otros sitios, ni eso. Polvo y más polvo.

-¿Qué te parece nuestra Ufá?

-La misma murria que en las ciudades rusas... Así le contestó a Gleb aunque, para sus adentros, pensó que quizá se tratara de su murria propia... De nuevo, por enésima vez, vuelta a empezar.

-Se puede vivir -dijo Gleb-. Los bashkir son pacíficos y afables. Pero suspicaces, ¿eh? Conque, ¡ojo!

-¿De veras?

-Mira: hace unos días nos habíamos juntado unos cuantos y va uno, joven, de Leningrado, y le dice a un bashkir de sus mismos años aproximadamente algo así como: «Estoy de acuerdo contigo, viejo». Pronunció lo de «viejo» como pronuncian los leningradenses que se las dan de finos. Y el bashkir, ¡zas!, en toda la jeta. «¿Vas a llamarme tú viejo?» Le había ofendido la palabra «viejo». Si hubiera habido chicas con nosotros, tendría cierta explicación: le habría humillado delante de ellas. Pero no, no había chicas. Éramos todo tíos.

Gleb señaló un quiosco con el rótulo «Kumís».

-¿Ves? Ahí venden kumís. Leche de yegua. Los bashkir la destilan y sacan una bebida que llaman arac. Incluso destilan alcohol y beben de firme, sin hacer caso del Corán. «Con dinero, a divertirse en Ufá. Sin dinero, a quedarse en Chishmá.»

-¿Qué es eso de Chishmá?

-Un poblacho de aquí cerca. ¿No has visto la estación al pasar en el tren?

-No me he fijado.

-Les gusta empinar el codo. Y comer, no digamos. De carne, caballo y carnero sobre todo. El beshbarmak que hacen no está mal. Puede pasar.* ¹

* Todas las notas que aparecen a lo largo de la novela corresponden a la traductora.

¹ Beshbarmak: Guisado de carne, habitualmente carnero, y arroz u otro cereal, típico de Asia Central. Todos comen del mismo caldero, sin cuchara, y de ahí su nombre, que significa «cinco dedos».

Caminaban por el centro de la ciudad, por la calle de Egor Sazónov, un eserista, un terrorista que mató al ministro Plevé en época del zar.²

¿Sería Sazónov natural de Ufá? Empezaban a cruzarse con militares que vestían el uniforme del NKVD: botas altas lustrosas, pantalón de montar, jetas cuadradas e inexpresivas.³

-Parece que hay muchos de éstos por aquí -observó Sasha.

-¿Ves eso? Es la dirección del NKVD.

Gleb señalaba un edificio de ladrillo, largo, de dos plantas, con rejas de gruesos barrotes en las ventanas y cuatro portalones que sobresalían hasta mitad de la acera: cajas herméticas cerradas por pesadas puertas de dos hojas sin cristales.

-Oye, Gleb, ¿sabías tú que iban a introducir en Kalinin limitaciones para los pasaportes?⁴

-Sí.

-¿Y por qué no me lo dijiste?

-¿Cómo que no te lo dije? Recuerdo perfectamente mis palabras: «Hoy Kalinin no es una ciudad de régimen especial, y mañana le ponen régimen especial». ¿Qué era eso?

-Pues, una indirecta...

-Una indirecta que entendería hasta un niño pequeño. Más aún porque te propuse marcharte conmigo.

-Esa indirecta la entendí cuando estaba ya en la milicia.⁵

-En tu situación, hay que tener mejores entendederas.

-Pero al final ha resultado incluso mejor: tengo mis documentos, la baja del trabajo y la del empadronamiento... Bueno, y dime ¿habéis empezado ya con vuestra chapuza?

-¡Chico! ¡Qué cosas se te ocurren! ¡Chapuza! Un equipo dirigido por Semión Grigórievich Zinóviev en persona.

-¿No será familia del otro Zinóviev?⁶

-Ni por el apellido. Es un ex solista del Teatro Mariinski, autor del libro Bailes modernos de salón. Te lo prestaré para que lo leas, y verás lo que decían Sócrates y Aristóteles de los bailes. Semión tiene una gran personalidad, un gran cerebro. Ha arrendado el Palacio del Trabajo, en el lugar más céntrico, y firma contratos con fábricas y otras empresas, cobrando a treinta rublos por persona: fox-trot, rumba, vals-bastan ... -Gleb aflojó un poco el paso, echó una ojeada al traje y los zapatos de Sasha-. ¿No tienes otro traje?

-¿Qué le encuentras de malo a éste?

-Que no está a la moda. Y los zapatos... Los zapatos, chico, son lo más importante. Cuando les expliques a los alumnos cómo deben mover los pies, ¿en qué crees que se fijarán? ¿En tu preciosa cabellera? ¿En tus ojos cachondos? No, chico: se fijarán en tus pies. Y comprenderás que tus bailes no les van a entusiasmar si te ven con unos zapatos gastados o sucios. Resulta an-ti-es-té-ti-co. ¿Tienes corbata?

-Nunca he usado.

-Pues tendrás que usarla. Y los zapatos, te los compras hoy mismo. Negros. Los zapatos negros van con cualquier traje. Tómatelo en serio. Esto no es simple bailoteo, chico. Esto es ideología. No lo olvides.

-¿Ideología?

-A ver: se junta un grupo de treinta personas y tú piensas que a nadie le interesa el hecho, ¿eh? Además, que no es un grupo solo. Toda Ufá, todos, igual los rusos que los bashkir, quieren aprender bailes occidentales. De modo que alguien tendrá la obligación de estar al tanto. Bueno, ven a ver nuestra oficina.

Dejaron la calle de Egor Sazónov y torcieron por otra más estrecha. Había gente delante de una casita con el rótulo de «Buró de Turnés Artísticas». Gleb entró en ella diciendo:

-Espérame aquí.

² Eserista (o esere): Apelación dada a los miembros del Partido de los Socialistas Revolucionarios, formada por las iniciales «S» y «P».

³ NKVD: Siglas rusas del Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores. Se pronuncia «onkavedé», y de ahí deriva la apelación, más bien peyorativa, de enkavedista (enkavedéshik) para designar a sus funcionarios.

⁴ El autor menciona a menudo el pasaporte en situaciones y momentos diferentes. Por eso, quizá convenga explicar que el pasaporte, único documento de identificación existente en la antigua URSS, contiene, además de los datos personales, otros como el lugar de trabajo con fechas de admisión y despido, el empadronamiento local cada vez que el titular se desplaza, certificación de registro de matrimonio, divorcio, nacimiento de los hijos... En el caso de los excarcelados se indica que pueden residir en cualquier lugar del país «excepto» tales o cuales ciudades que, por razones estratégicas u otras, tienen «régimen especial». Corrientemente, entonces se dice «tener un excepto» en el pasaporte.

⁵ Milicia: Cuerpo de orden público y seguridad de la URSS instituido en el año 1917.

⁶ El apellido verdadero de Zinóviev era Radomilski.

Sasha se apartó un poco. Muchos de los que componían el grupo parecían conocerse, porque se interpelaban por el nombre de pila, iban de unos a otros, se abrazaban, hacían aspavientos: «¡Cuánto tiempo sin verte!». En todo se notaba un entusiasmo excesivo, afectado. ¿Cómo iba a amoldarse Sasha a trabajar y vivir con aquellas personas extrañas, de hábitos también extraños para él? ¿No sería mejor desistir y buscar trabajo en algún garaje?

Salió Gleb y le mostró un trozo de papel con unas señas.

-Está en el centro. El hotel es para los Artistas del Pueblo o Eméritos. Todos los demás se alojan de patrona. ¿Has visto? Menudo circo, ¿eh? Malabaristas, hipnotizadores, bailarines, cupletistas... Bashkir que tocan el kurái. ¿Sabes lo que es un kurái?

-No.

-Una flauta, una especie de caramillo melancólico. Se juntan aquí, forman equipos... Lo esencial es encontrar un buen administrador. Él va por delante, organiza la publicidad en cualquier lugarejo... ¡Todo un actor! Es importante que en el cartel figure por lo menos un nombre famoso. Aquí, chico, hay montones de Kachálov, de Którov, de Tsereteli, de Ulánov... y todo a cara descubierta. Por ejemplo, ¿qué tal te suena Smirnov-Kachálov, eh? Amaños que se buscan. -Miró de soslayo a Sasha-. ¿Por qué vas tan callado, chico?

-Estaba pensando. ¿Serviré yo para esto? Tú mismo dices que son amaños. Y yo no estoy acostumbrado.

-¿Quieres vivir honradamente?

-Justo.

-Y honradamente vivirás, trabajando tus horas y cobrando tu sueldo. Todo legal, chico. De eso se encarga nuestra jefa, María Konstantínovna. Ya la verás. Una tía con arrestos, que se las sabe todas; pero con estudios, ¿eh? Ah, una cosa: el alojamiento tendrás que pagarlo tú.

-Entendido.

La casa hacía esquina con las calles de Aksákov y Chernishevski. Una habitación minúscula en un pequeño apartamento. Pero por lo menos no era vivir detrás de una cortina como en Kalinin. Algo es algo. La patrona, que tenía un aire preocupado y ausente, no lograba encontrar las gafas y regañaba a los chicos: seguro que se las habrían metido en cualquier sitio. Los chicos, una niña y un niño de unos once o doce años, se fueron a la cocina a buscarlas. El niño tosía. La madre le reprendía, irritada: «Deja ya de toser y encuentra las gafas».

Por fin aparecieron las gafas.

-¿Y dónde está la carta de su Buró? -preguntó la mujer.

Gleb lucía una sonrisa encantadora.

-María Konstantínovna tenía prisa y sólo nos ha dado las señas. El lunes preparará la carta. Como verá, las señas las ha escrito ella. Usted conoce su letra.

La patrona estudiaba el papel con suspicacia.

-¿Lo duda usted? Mire: aquí está mi pasaporte. -Sasha metió una mano en el bolsillo.

-A mí no me hace falta su pasaporte porque no tengo que empadronarle.

¡No había que empadronarse! ¡Estupendo! Todas las dudas de Sasha desaparecieron de pronto al recordar las humillaciones que le costó obtener el empadronamiento en Kalinin. Allí no le pasaría igual. Cuando sale de turné, un artista recorre muchas ciudades en un año. ¿Cómo va a empadronarse en todas? No habría hojas suficientes en el pasaporte. ¡Bah! Al diablo con todo: se dedicaría a los bailes de salón.

-María Konstantínovna lo arreglará todo -prometió Gleb.

-Pero tenga en cuenta... -La mujer metió a los chicos en la habitación contigua y cerró la puerta-. Le ruego que no traiga mujeres por la noche.

-¡Claro que no! ¿A quién se le ocurre?

-Pues hay quien lo hace. -La mujer movía la cabeza de arriba abajo-. Antes de venir usted se hospedó aquí un artista, un tal Tsvetkov. Bueno, pues además de ser un borracho, traía mujeres. Tan decente como parecía, y lo mal que se comportaba, y yo tengo hijos.

-Procuraré no causarle molestias -dijo Sasha.

2

El 23 de agosto de 1937 se organizó en el Kremlin, en la sala de San Jorge, una recepción en honor de Grómov, Yumáshev y Danilin, los dos aviadores y el piloto que habían realizado un vuelo sin escala de Moscú a Norteamérica pasando por el Polo Norte.

Las mesas, perpendiculares al escenario, estaban ocupadas por personalidades del partido y de los soviets, altos mandos militares, relevantes constructores de aviones, pilotos famosos y conocidas figuras del mundo de las ciencias y la cultura. La distribución de las invitaciones corría a cargo de personas especiales, perfectamente enteradas de la importancia de cada invitado, de la actitud del camarada Stalin hacia él, del buen comportamiento que podía esperarse de él en una recepción y en todos los demás aspectos. Esas mismas personas especiales decidían a quién se invitaba acompañado o no de su cónyuge, así como la mesa y el lugar que debía ocupar cada uno: el camarada Stalin está más tranquilo viendo rostros conocidos en las mesas próximas. Al camarada Stalin no le gusta preguntar: «¿Quién es éste?». El camarada Stalin sabe perfectamente quién es cada cual.

Las bebidas y los entremeses estaban servidos, pero nadie los tocaba: la mesa presidencial, paralela al escenario y perpendicular a las otras pero algo apartada de ellas, también estaba servida con bebidas y entremeses; pero detrás de las botellas, las garrafitas, las copas y las fuentes de frutas, se veía una hilera de sillas vacías. Los dirigentes del partido y del gobierno no habían llegado aún. Llegarían a las siete en punto. A la espera de ese momento tan emocionante, los invitados conversaban a media voz. Nadie miraba la hora. Consultar un reloj habría sido indicio de impaciencia, una falta de tacto, una deslealtad hacia el camarada Stalin.

También recalcaba la solemnidad del momento la presencia de los camareros, muchachos recios y serios de rostro impassible, traje negro y pechera blanca que, quietos junto a las mesas, dominaban sobre los que estaban sentados. Dos camareros más flanqueaban cada puerta. Todos sabían que los camareros pertenecían a la plantilla del NKVD y reforzaban la guardia repartida por todos los pasillos, las plantas y las escaleras del palacio, amén de los colaboradores eventuales del NKVD, bastante numerosos en cada mesa.

A las siete en punto se abrió una puerta lateral y Stalin entró en la sala, acompañado por los miembros del Buró Político. Todos los presentes se pusieron en pie, moviendo las sillas, y la sala estalló en atronadores aplausos. La ovación continuó mientras los dirigentes iban hacia la mesa y, finalmente, ya cada uno en su sitio, de cara a los invitados, les aplaudieron en respuesta. La sala aplaudía a los dirigentes, y los dirigentes aplaudían a la sala. Luego, los miembros del Buró Político se volvieron hacia Stalin y le aplaudieron a él. También la sala aplaudía a Stalin, adelantando las manos como si con eso pretendieran llegar hasta el camarada Stalin. Los únicos que no aplaudían eran los camareros, que seguían quietos junto a las mesas, pero sin dominar ya sobre los invitados porque éstos se habían levantado y muchos resultaron ser más altos, más recios y corpulentos que ellos.

Stalin aplaudía, rozando apenas la palma de una mano con la otra, casi a ras de la mesa, sin doblar apenas los codos, mientras, por debajo de los párpados entornados, paseaba lentamente una mirada pesada por los que se encontraban cerca. Después de observarlos y reconocerlos dirigió la vista hacia el fondo de la sala, pero no pudo distinguir a nadie tras la multitud de manos adelantadas hacia él. Entonces dejó de aplaudir y se sentó. Le imitaron Mólotov y Voroshílov, que estaban a su lado, y luego los otros miembros del Buró Político. Pero los invitados continuaban en pie y aplaudiendo. Entonces Stalin levantó y bajó ligeramente por dos veces una mano, invitándoles a sentarse. Pero ellos no habían ido allí para beber vodka o coñac, champán o *mukuzani*, ni para comer caviar, salmón, patés, *julienne* de champiñones y pechuga de pollo a la Kíev. Ellos habían ido allí para ver al camarada Stalin, para expresarle su amor y su lealtad.

Stalin le dijo algo a Mólotov, quien se levantó y alzó ambas manos con las palmas hacia arriba como diciendo: «¡Basta, camaradas! Es suficiente. El camarada Stalin comprende y aprecia vuestros sentimientos, pero nos hemos reunido aquí con un objetivo determinado. Empecemos, pues. Tengan la bondad de cortar la ovación y tomar asiento».

Primero dejaron de aplaudir los que estaban cerca de la presidencia. A su alrededor se pusieron en movimiento los camareros, escanciando vodka o vino en las copas, según los gustos.

Sólo continuaban en pie y aplaudiendo los invitados de las mesas más apartadas. Ahora que se habían sentado los de delante, esperaban que Stalin los viera también a ellos. Mólotov miró a alguien que estaba plantado junto a una puerta lateral, éste miró a alguna otra persona, y al instante abandonaron su inmovilidad los camareros de las últimas mesas, repitiendo pausada pero insistentemente: «Camaradas, camaradas, siéntense, hagan el favor... ¡Camarada! Le han rogado que se siente. Vamos, vamos, camaradas, déjenlo ya... ». Incluso empezaron a mover las sillas, rozando a los invitados, y los respetables invitados ocuparon sus sitios apresuradamente. Igual que en las otras mesas, los camareros les escanciaron vodka o vino. Se levantó Mólotov, y al instante suspendieron su labor los camareros, quedando inmóviles junto a las mesas.

Mólotov habló de los logros sin precedente alcanzados por el pueblo soviético en todas las esferas de la vida. Estos logros se evidencian particularmente en el ejemplo de nuestra poderosa aviación, rama en cuyo desarrollo marcha la Unión Soviética por delante del mundo entero. La URSS se ha convertido en una gran potencia aérea, y eso se lo debe a la genial dirección del camarada Stalin, que dedica personalmente una gran atención al fomento de la industria aeronáutica, que atiende y educa como un padre a los aviadores, gloriosos halcones de nuestro país.

La sala rompió de nuevo en una ovación. Los invitados apartaron las sillas, se pusieron en pie y empezaron a aplaudir, adelantando las manos hacia el camarada Stalin: ahora, la ovación estaba dedicada a él personalmente, por fin había sido pronunciado su nombre.

Stalin se levantó, alzó una mano, y se hizo el silencio en la sala.

-Prosiga usted, camarada Mólotov -dijo Stalin, y se sentó.

Todos sonrieron, rieron, aplaudieron la broma de Stalin.

Iba a seguir hablando Mólotov cuando en la primera mesa, donde estaban sentados los aviadores, se puso en pie Chkálov, cuadró los hombros, respiró hondo y gritó:

-Por nuestro querido Stalin. ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

La sala entera coreó: ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

Stalin rió para sus adentros. No se debe interrumpir a un miembro del gobierno. Pero aquél era Chkálov, un hombre que gozaba de su favor, que personificaba la intrepidez, la audacia y la temeridad rusas. Chkálov era el aviador más grande de SU época, de SU tiempo. ¿Qué hacer? Si aquel atrevido no respetaba las normas protocolarias, Mólotov no tendría más remedio que aguantarse.

Mólotov, ducho en la presidencia de actos, hizo que se calmara la sala y prosiguió:

-Prueba del poderío de nuestra aviación es la proeza, nunca vista en la historia de la humanidad, de nuestros valerosos pilotos Grómov, Yumáshev y Danilin. Con su vuelo a Norteamérica, a la ciudad -Mólotov consultó una nota- de San Jacinto, en California, a través del Polo Norte, han establecido un récord mundial de vuelo sin escala.

Stalin volvió a reír para sus adentros. Mólotov se había vengado de Chkálov por haberle interrumpido. Ni siquiera había mencionado su vuelo. Porque fue Chkálov quien abrió ese camino. Chkálov fue el primero que voló hasta Norteamérica por el Polo Norte. El soberbio Mólotov era suspicaz. Todas las personas de pocos alcances son suspicaces.

Mólotov terminó su discurso con un brindis por Grómov, Yumáshev y Danilin.

De nuevo aplausos, gritos de «¡Hurra por los pilotos soviéticos!». Pero nadie se levantaba ya. Sólo había que levantarse en honor del camarada Stalin. Todos se pusieron en pie cuando se levantó el propio camarada Stalin para chocar su copa con las de los pilotos Grómov, Yumáshev y Danilin, invitados a la mesa presidencial. Pero en cuanto el camarada Stalin se sentó, todos se apresuraron a imitarle y atacaron los entremeses. Se les había abierto el apetito escuchando el largo discurso de Mólotov y, además, seguro que aquel día no habían comido excesivamente en sus casas pensando en la opulenta cena.

Abrió el concierto, como siempre, el conjunto de canciones y bailes del Ejército Rojo, dirigido por Alexándrov. Y, como siempre, con la Cantata a Stalin, compuesta por el propio Alexándrov. Todos escuchaban arrobados, sin comer. Pero, en cuanto el conjunto pasó al número siguiente, arremetieron de nuevo, los hombres con el vodka, las señoras con los vinos, y todos a una con los entremeses.

Al conjunto sucedieron los cantantes -Kozlovski, Maxákova, Mijáilov-, luego Obraztsov con sus marionetas... Los dirigentes seguían sus actuaciones vueltos hacia el escenario, pero los demás comían y bebían: aquello lo habían visto y escuchado ya cien veces.

Durante las pausas entre las actuaciones se pronunciaban brindis, todos por el camarada Stalin, naturalmente. El principal constructor de aviones dijo: «El camarada Stalin conoce bien a los que trabajamos en la aviación, nos sugiere soluciones para los problemas técnicos complejos y nos enseña a tener una mayor visión de futuro».

Y, de nuevo, todos comieron y bebieron por el camarada Stalin. Y también Stalin bebía, comiendo poco, como de costumbre. A ÉL le gustaban las recepciones como aquélla, comprendía su importancia: por algo organizaban bailes los zares, y no en vano celebraba Pedro I sus «asambleas». Todo eso le presta a la gobernación de un soberano una aureola de fiesta, permite a cuantos le rodean notar SU benevolencia, enaltecer sus logros, sus triunfos.

El pueblo ama las victorias y no ama las derrotas, recuerda sólo sus victorias y no desea recordar sus derrotas. Recuerda la victoria de Dmitri Donskói y de Alejandro Nevski, las victorias de Ermak, la toma de Kazán y la de Ástrajan, las victorias ante Poltava y sobre Napoleón. Pero no quiere recordar el yugo tártaro, la quema de Moscú por el jan Devlet-Guiréi, las derrotas de Sebastopol y Port-Arthur. Todo eso, el pueblo lo borra de su memoria histórica, dejando sólo las victorias. Al ruso le gusta fanfarronear, lo lleva en la sangre: es una compensación por el atraso secular, la miseria y la esclavitud. ÉL se había persuadido de ello cuando estuvo confinado, lo vio en las aldeas, entre los campesinos, y también lo observó entre los obreros de Bakú. Un georgiano, fogoso y vehemente, bebe y se pone a cantar con otros georgianos canciones georgianas, baila y se divierte. Pero el mujik ruso, manso y callado, arma camorra cuando ha bebido, alardea de su fuerza. Este rasgo es un componente substancial del carácter nacional ruso, empuja al hombre ruso a acometer acciones temerarias. Por eso, precisamente, ama tanto el pueblo a sus héroes; por eso, precisamente, son tan populares los pilotos: muestran al mundo entero la fuerza de su pueblo, el arrojo y la audacia de sus hijos. Y el pueblo LE está agradecido a ÉL por haberlos educado ÉL así. Y ÉL puede enorgullecerse de haber convertido a un pueblo atrasado, sojuzgado y analfabeto en un pueblo heroico. ÉL será recordado en la historia por todas las cosas grandes que el pueblo ruso alcanzó bajo su dirección. En cuanto a las

costas, inevitables cuando se crea una gran potencia centralizada, caerán en el olvido. ¿Quién va a recordar a los míseros pigmeos que arrojó él por la borda de la historia, a la canalla que se denomina a sí misma «vieja guardia leninista»? ¡ Han barruntado el peligro mortal! Incluso el «fiel amigo», Klim Voroshílov, se lo hizo en los pantalones y le telefoneó: «Kobá, ¿qué hago si vienen también por mí?».⁷

Él, entonces, tardó un poco en contestar para tener un rato en vilo al infeliz, y luego dijo: «Pues, no les abras la puerta». Ahora, el muy bobalicón está tranquilo, sentado a su lado, sonrosadito, bebe y sonríe. Claro: los pilotos militares son cuadros suyos. Bueno, que se haga ilusiones.

Así pensaba Stalin, sentado junto a Mólotov y Voroshílov, mientras tomaba algunos sorbos de vino y algún bocado, volviéndose hacia el escenario cuando actuaban los artistas y sin prestar oído a los oradores que pronunciaban brindis. Aplaudía a los unos y a los otros, levantaba su copa. Luego le dijo a Mólotov:

-Dame la palabra.

Mólotov pegó ligeramente con el cuchillo en su copa. Nadie oyó aquel sonido, pero los camareros quedaron inmediatamente rígidos en sus sitios, se hizo el silencio en la sala y todos se volvieron hacia la presidencia.

-El camarada Stalin desea decir unas palabras. Stalin se levantó y todos se pusieron al instante en pie. Y vuelta a los aplausos, vuelta a la ovación. Stalin alzó una mano y todos callaron; Stalin bajó la mano y todos se sentaron.

-Les ruego que llenen sus copas, camaradas -dijo Stalin.

Se produjo un ligero movimiento. Todos se apresuraban a servirse vino o lo que tuvieran a mano: no había tiempo para escoger, no se podía hacer esperar al camarada Stalin.

Volvió a reinar el silencio.

-Quisiera levantar esta copa -dijo Stalin- por nuestros valerosos pilotos, por los actuales y los futuros Héroes de la Unión Soviética.⁸

Quisiera decirles, a los actuales y en particular a los futuros Héroes de la Unión Soviética, quisiera decirles lo siguiente: la audacia y el valor son cualidades inalienables del Héroe de la Unión Soviética. Ser piloto implica tener al mismo tiempo voluntad, carácter, decisión para arrostrar el riesgo. Pero la audacia y el valor sólo constituyen una cara del heroísmo. La otra cara, no menos importante, es el saber. Se suele decir que con audacia se toman por asalto las ciudades. Pero eso es únicamente cuando la audacia, el valor y la decisión para arrostrar el riesgo se conjugan con unos conocimientos sólidos. A eso exhorto a nuestros pilotos, hijas e hijos gloriosos de nuestro pueblo. Felicito a nuestros Héroes de la Unión Soviética, tanto a los actuales como a los futuros. Levanto esta copa tanto por los actuales como por los futuros Héroes de la Unión Soviética. Por los pilotos grandes y pequeños, pues no se sabe quién es pequeño o quién es grande: eso lo dirán los hechos. Hemos bebido ya a la salud de los camaradas Grómov, Yumáshev y Danilin. Pero no olvidemos que su heroico vuelo fue preparado por las hazañas de otros pilotos. Ellos son los eminentes pilotos de nuestro tiempo, los Héroes de la Unión Soviética Chkálov, Baidukov y Beliakov, que realizaron el primer vuelo sin escala desde Moscú hasta Vancouver, en los Estados Unidos de Norteamérica, pasando por el Polo Norte -Stalin señaló con el dedo la mesa que ocupaban los aviadores-. Precisamente ellos, Chkálov, Baidukov y Beliakov, fueron los primeros en abrir la ruta a Norteamérica a través del Polo Norte. Bebamos, camaradas, por nuestros gloriosos pilotos, por los actuales y los futuros Héroes de la Unión Soviética.

Stalin bebió, todos le imitaron, dejaron las copas encima de las mesas y se pusieron a aplaudir. Les había hablado Stalin en persona. Todos aplaudían y gritaban: «¡Viva el camarada Stalin!... ¡Hurra por el camarada Stalin!». Los que mayor entusiasmo manifestaban eran los pilotos, que aplaudían acompasadamente y gritaban los vivas a coro. Chkálov, Baidukov y Beliakov abandonaron su mesa para dirigirse hacia la de la presidencia. Naturalmente, obedecían a una invitación. Sin una invitación especial, nadie hubiera osado trasponer el espacio que separaba aquella mesa de las demás. Stalin estrechó las manos de los pilotos. Ya lo había hecho con Grómov, Yumáshev y Danilin, y ahora le tocaba el turno al piloto más importante, a su predilecto. Pero Chkálov, Baidukov y Beliakov habían ido a la presidencia copa en mano.

-Camarada Stalin -dijo Chkálov-, ¿da usted su venia?

-Hable.

-¿Nos permite chocar nuestras copas con la suya y brindar a su salud?

-Por supuesto.

Stalin se sirvió vino, chocó su copa con las de los pilotos y todos bebieron.

Stalin dejó su copa encima de la mesa.

-¿Desean pedir algo más?

⁷ Kobá: Seudónimo de Stalin en la clandestinidad.

⁸ Título honorífico instituido en 1934. La distinción es una Estrella de Oro de cinco puntas y la Orden de Lenin.

-Camarada Stalin -Chkálov le miró audazmente a los ojos-, en nombre de todos los pilotos presentes... Ahora debe actuar Leonid Utiósov... En nombre de todos los pilotos presentes... Quisiéramos... Permita usted que Utiósov cante *De la trena de Odessa*.

-¿Qué canción es ésta? -inquirió Stalin, aunque la conocía: Vaska la cantaba en casa, y a ÉL le desagradaba que su hijo cantara canciones de maleantes.

-Es una canción estupenda, camarada Stalin. La letra, camarada Stalin, tiene algo de argot, pero la melodía es briosa, camarada Stalin, una melodía marcial.

-Está bien -accedió Stalin-. Que la cante y la escucharemos.

Un militar con el distintivo de tres rombos en el cuello de la guerrera entró en el camerino donde los artistas esperaban el momento de su actuación (los que habían actuado ya ocupaban las mesas especialmente servidas para ellos en una sala contigua) y, llamando aparte a Utiósov, le preguntó muy serio:

-¿Qué piensa usted cantar, camarada Utiósov?

Utiósov citó las canciones que había preparado.

-Cantará usted *De la trena de Odessa* -ordenó el militar.

-No, no -protestó Utiósov asustado-. Me han prohibido cantarla.

-¿Quién se lo ha prohibido?

-El camarada Mlechin. El jefe del comité de repertorio.

-Yo me cisco en su comité de repertorio. Cantará usted *De la trena de Odessa*.

-Pero el camarada Mlechin...

El militar le miró con ojos iracundos.

-¿No he hablado claro, ciudadano Vaisbein? -y con voz sibilante añadió-: Orden del camarada Stalin.

Lo primero que cantó Utiósov, acompañado por su orquesta de jazz, fue *De la trena de Odessa*.

*De la trena de Odessa se largaron dos presos,
dos presos que piaban por verse en libertad.
Y cuando al fin llegaron hasta su cachimán,
allí se quedaron, allí se quedaron a descansar.*

Cantaba con brío, respaldado por la orden de Stalin, persuadido de que, desde ese momento, le importaba un comino el comité de repertorio y de que, después de aquélla, cantaría también otras canciones prohibidas.

La orquesta tocaba igualmente con entusiasmo. El batería hacía filigranas con los tambores y los platillos, los saxofonistas y los trompetas demostraban ser auténticos virtuosos. El final fue tan brillante como el comienzo.

Nadie comprendía lo que pasaba. En una recepción como aquélla, en presencia del camarada Stalin, había tenido Utiósov la audacia de cantar una canción de maleantes. ¿Qué significaba eso? ¿Se trataría de un sabotaje ideológico? Nadie se atrevía, no ya a aplaudir, sino ni siquiera a hacer un movimiento. Incluso Chkálov, Baidukov y Beliakov permanecían inmóviles; no tenían idea de cómo podría reaccionar ante aquello el camarada Stalin. Los músicos, perplejos, acariciaban sus instrumentos. Pálido, sobrecogido por el silencio sepulcral, Utiósov se apoyaba con una mano en el piano de cola, preguntándose horrorizado si no habría sido víctima de una provocación, si no le habría jugado una mala pasada aquel militar. ¿Cómo probar que le había mandado él cantar esa canción? No sabía quién era el militar, ni su apellido. Sólo recordaba los tres rombos en el cuello de su guerrera.

De pronto se escucharon unas tenues palmadas: aplaudía el camarada Stalin en persona. Y la sala se sumó alborozadamente a sus aplausos. Si el camarada Stalin aplaudía, quería decir que la canción le gustaba, que la aprobaba. ¡Claro que sí! Cuando tocan a divertirse, hay que divertirse. ¡Claro que sí! ¡Bravo! ¡Bis! ¡Bis! ¡Bravo!

Sudoroso, casi sin aliento, Utiósov saludaba, se volvía hacia la orquesta con ademán profesional de director y los músicos se ponían en pie, pegando golpecitos en sus instrumentos para aplaudir a la sala. Y la sala no se aplacaba, sino que exigía con sus aplausos y sus gritos de «bis» que repitieran la canción. Mirando a Utiósov, Stalin se abrió un poco de brazos y se encogió de hombros, como si dijera: «¿Qué vamos a hacer? Si la gente lo quiere, si la gente lo pide, no se le puede negar... ».

Utiósov cantó por segunda vez.

*Amigo, compañero, me duelen las heridas,
me duelen las heridas que tengo en las entrañas.
Una se va cerrando, otra se ha enconado
y otra se me ha abierto aquí en el costado.*

Los pilotos coreaban, marcaban el compás con los pies y pegando con tenedores y cuchillos en los platos y los vasos. También los invitados de otras mesas coreaban y marcaban el compás. Cuando Utiósov acabó de cantar,

estallaron de nuevo los gritos de «¡bis, bis!». El camarada Stalin aplaudió también, y aplaudieron los miembros del Buró Político. De nuevo se encogió de hombros el camarada Stalin, se abrió de brazos, y Utiósov cantó por tercera vez:

*Amigo, Compañero, le dices a mi madre
que su hijo murió cumpliendo su deber,
empuñando el fusil y con el sable en alto,
aún flotaba en sus labios un alegre cantar.*

Los pilotos, que no coreaban ya sino que rugían a voz en grito, se habían subido a la mesa y taconeaban encima, derramando el vino y desparramando los entremeses. Incluso el escritor Alexéi Tolstói, grueso, circunspecto, con un agraciado rostro mujeril, había trepado a una mesa y pateaba allí, haciendo añicos la vajilla. Todo un conde, y buena la había agarrado.

Desde luego, es una canción de baja estofa, aunque algo tiene. Una letra sentimental, cosa que les gusta a los delincuentes. «Me duelen las heridas... Le dices a mi madre ...» Pero la música es briosa, tiene ritmo. ÉL recuerda bien a los delincuentes que vio en las cárceles y en los lugares de deportación. Son criminales, naturalmente. Y ahora, cuando atentan contra la propiedad socialista, hay que perseguirlos inflexiblemente y castigarlos con dureza: la propiedad socialista es intocable. Pero entonces, en la época zarista, se borraban las barreras entre el delito y la protesta contra la injusticia, la opresión y la miseria. No siempre pueden las personas sencillas, analfabetas, elevarse hasta la altura de los supremos intereses sociales. Quieren la justicia para ellas, exigen el reparto de las riquezas a su nivel. En Bakú, en la cárcel de Bailov, a ÉL le satisfacía mucho más el trato con los delincuentes que con los presos políticos, «colegas» suyos. Los «colegas» no hacían más que discutir, pontificar, aclarar malentendidos, debatir sus querellas y sus intrigas, empeñado cada cual en demostrar que era más inteligente, más erudito y más decente que los otros. Entre los delincuentes todo era sencillo y estaba claro, imperaban unas leyes, unas normas y unas costumbres simples, pero inviolables. Y, al mismo tiempo, el orden y la disciplina, la obediencia incondicional al cabecilla y la fidelidad a su organización. La traición se castigaba sin piedad. El castigo más universal era la muerte, ya que no disponían de otros instrumentos de castigo. La menor sospecha implicaba también la muerte, ya que no tenían a su alcance ningún medio de investigación.

El germen de la delincuencia es un germen atávico inherente a toda persona. Debe ser sofocado atendiendo a los intereses de la disciplina estatal y del orden. Pero cuando el germen de la delincuencia aflora de una manera tan inocente como hoy aquí, en el palacio del Kremlin, en forma de canción desenfadada acerca de un ladrón que se fuga de la cárcel o en forma de taconeo encima de una mesa... Bah, esa manifestación del germen de la delincuencia se puede pasar por alto. ÉL castiga duramente cualquier falta, pero cuando la gente viene a una fiesta SUYA, debe sentir alegría y satisfacción.

Stalin quedó satisfecho de aquella recepción. La gente se había divertido abiertamente, de verdad. Y cuando la gente se divierte, quiere decir que las cosas marchan bien. Y si la gente del país se divierte, se divierte de verdad, quiere decirse que las cosas marchan igualmente bien en el país.

3

El grupo se ponía en fila, si el local era reducido en dos filas, y Semión Grigórievich ordenaba colocándose enfrente:

-Empezamos con el pie derecho... Un paso adelante. ¡Uno!

Con el pie izquierdo. ¡Dos! El derecho a la derecha, juntamos el izquierdo. ¡Tres! Otra vez el derecho. ¡Cuatro! ¿Qué pie ha quedado atrás? ¡El izquierdo! Ahora, empezamos con el izquierdo. Adelante, ¡uno y dos! A un lado, ¡tres y cuatro! Repetimos los mismos pasos hacia atrás. Derecho, izquierdo. ¡Uno y dos! A la derecha, a la izquierda. ¡Tres y cuatro! Volvemos al punto de partida.

Estos pasos, base del fox-trot, la rumba y el tango, eran repetidos una y otra vez. Luego se practicaba con música, al ritmo neto y marcado de un fox-trot o una rumba. El derecho adelante, uno y dos; a la derecha, tres y cuatro... ¡Uno, dos, tres y cuatro! Más ritmo, más vuelo... ¡Uno, dos, tres y cuatro! ¡Uno, dos, tres y cuatro!... Cuando consideraba que ya dominaban esos pasos, Semión Grigórievich los hacía bailar por parejas.

Semión Grigórievich era un hombre imponente, de mediana edad. Recio, incluso algo obeso, afeitado como un actor, tenía una abundante cabellera entrecana, acudía a las clases siempre con traje oscuro, camisa blanca, cuello de pajarita y lustrosos zapatos de charol. Caminaba apoyándose en un bastón, también acharolado, con pesado puño redondo y brillante. Tenía Semión Grigórievich una voz agradable, bien impostada, incluso de persona erudita,

hablaba con empaque y, como había advertido Gleb, al dirigirse por primera vez a los alumnos aludió a Sócrates y Aristóteles, quienes demostraron que el baile es beneficioso para la salud, desarrolla el gusto artístico y el sentido musical.

Los bailes occidentales, afirmaba Semión Grigórievich, son erróneamente presentados como bailes burgueses cuando, en realidad, han nacido del pueblo. El tango es un baile popular de Argentina, la rumba de México y el fox-trot lento suele bailarse con música de blues, esas melancólicas melodías de los negros de América. Semión Grigórievich le mandaba tocar a Gleb unos compases de blues y llamaba la atención de los oyentes sobre su tremenda tristeza. Era la tristeza de la población negra de los Estados Unidos, que había pasado siglos en la esclavitud y aún ahora seguía siendo oprimida y humillada por la sociedad burguesa.

Sasha mantenía una actitud irónica hacia Semión Grigórievich y sus conferencias. Un vivales. Andaba con su bastón por los comités sindicales y los comités de empresa, haciendo chanchullos amparado en su aspecto respetable. y se podía esperar de él cualquier cosa. De todos se podía esperar cualquier cosa; ahora todos eran gente de ellos, y él mismo, que había alzado la mano en la votación apoyando el fusilamiento de Tujachevski, compartía con ellos la responsabilidad por el asesinato de personas inocentes. Le oprimía el recuerdo de aquel mitin y del miedo que le embargó. Sentía asco de sí mismo y trataba de persuadirse de que así estaba hecho el mundo, aunque comprendía que así estaba hecho él también.

Nadie confiaba en nadie, y tampoco él. No hablaba con nadie de política, ni aun de lo que publicaban los periódicos... «¿Sí? Pues no lo he leído... Se me habrá pasado... » En efecto, apenas los leía. A veces, al pasar por la calle, se detenía delante de una vitrina donde estuviera expuesto el *Pravda* y le echaba una ojeada. Siempre lo mismo: relatos triunfalistas de los acontecimientos, récords de trabajo, saludos al gran Stalin, fotografías suyas, espías, saboteadores y trotskistas desenmascarados, fusilamientos, juicios, funcionarios del servicio de seguridad condecorados «por sus méritos especiales en la lucha contra los enemigos del pueblo». En una de esas listas vio Sasha el nombre de Sharok, Yuri Denísovich, condecorado con la orden de la Estrella Roja.

Budiaguin y Mark habían sido fusilados. Dirigentes del partido que habían hecho la Revolución de Octubre y héroes de la guerra civil, eran exterminados, y en cambio se condecoraba a contrarrevolucionarios y antisoviéticos en nombre del partido que ellos habían destruido, en nombre del poder, ya inexistente, de los obreros y los campesinos. ¿Qué dictadura aplicaba Stalin? El proletariado carecía de derechos. Los campesinos estaban convertidos en siervos con el nombre de koljosianos. El aparato estatal vivía atemorizado. En el país imperaba la dictadura de Stalin, sólo de Stalin, únicamente de Stalin. La afirmación de Lenin de que un dictador puede expresar la voluntad de una clase era errónea: un dictador sólo puede expresar su voluntad propia; de lo contrario, no es un dictador.

Sasha tropezó una vez con un artículo de Vadim Marasévich. También colaboraba en *Pravda*. Arremetía contra una novela, acusando al autor de hacer apología del kulak.⁹

«Lo quiera o no el autor -escribía Vadim-, su novela presta un buen servicio al imperialismo internacional, le ayuda a disgregar espiritualmente a los soviéticos, socava su confianza en la gran causa de Lenin y Stalin.» ¡Menuda acusación! Pintiparada para el artículo 58 ¡Caray con el hijito del profesor!¹⁰

Todos se habían prostituido. Todos estaban vendidos. El terror generalizado había engendrado la vileza generalizada. Todo era espiado. En todas partes tenían «ellos» ojos y oídos: las secciones de personal, los cuestionarios... En todas partes había que presentar el pasaporte, y allí constaba quién era cada cual.

De modo que él había acertado en su opción. ¡Los bailes! Allí no pedían la autobiografía ni había que rellenar cuestionarios. Con tiento, se podía evitar un paso en falso. La patrona no reclamaba la carta oficial del Buró prometida por Gleb. Se le habría olvidado. Sasha volvía tarde del trabajo, se levantaba tarde, a menudo ni siquiera iba a dormir, llevaba una vida ordenada, no recibía visitas, pagaba puntualmente el hospedaje y la patrona no necesitaba más. Gleb le había dicho, era cierto, que debía pasar por el Buró y presentarse a María Konstantínovna con el pasaporte; pero lo había dicho sin darle importancia. Y Sasha se había desentendido un poco. ¿Que no le pedían el pasaporte? Pues muy bien.

El primer domingo después de su llegada a Ufá telefoneó a su madre. Notó inquietud en su voz. La operaria había dicho «Conferencia con Ufá».

-Sáshenka, ¿por qué estás en Ufá? ¿Qué es eso de Ufá?

-Estoy en Ufá en comisión de servicio con una columna de camiones. Pasaremos aquí dos o tres meses, transportando grano desde distintos lugares, de modo que no estoy seguro de poder llamarte con regularidad. Pero procuraré hacerlo. Los domingos, como siempre. Y tú, escíbeme a Ufá. Central de Correos. Lista de Correos.

⁹ Kulak: Campesino rico. Tiene sentido peyorativo, ya que su estamento se formó aprovechando la miseria de los campesinos pobres después de la Reforma (abolición del régimen de servidumbre) de 1861.

¹⁰ El artículo 58 del Código Penal soviético contempla un amplio abanico de delitos de «actividad antisoviética y antipartido» castigados muy duramente, hasta con la pena capital.

Pero la madre notaba que algo había pasado y de nuevo padecía y se preocupaba por él.

-¿Por qué has tenido que ir tan lejos? De Kalinin a Bashkina...

-Ni tú ni yo somos quienes decidimos cómo se debe llevar a cabo la campaña de recogida de la cosecha. Ha llegado la orden de enviar una columna de camiones, y la han mandado. No hay razón para preocuparse.

-Acércate a ver al cuñado de Vera. Ya te di su dirección.

-Me acercaré si tengo tiempo.

También telefoneó al domingo siguiente y le pareció que su madre se tranquilizaba. Pero ¿qué sería de ella si le detenían, allí o en cualquier otro lugar adonde le llevara su sino? En 1934 le detuvieron en su casa, la madre anduvo buscándole por las cárceles moscovitas y al fin le encontró. Pero, si le detenían en Ufá o en otro sitio cualquiera, cómo y dónde iba a buscarle ella sin saber si vivía o había muerto, si estaba detenido, adónde ir, a qué cárcel, a qué hospital o a qué cementerio acudir... Eso ya no lo soportaría su madre.

No fue a ver a los parientes de su tía Vera. ¿Quién sabe lo que les parecería su visita? Ahora era peligroso recibir a un hombre que había estado condenado. Y tampoco le hacía falta. Tenía casa y trabajo, iba habituándose a aquella vida sin complicaciones, incluso fácil. En Kalinin, mientras recorría kilómetros con su camión, le daba vueltas una y otra vez a los mismos pensamientos, devoraba los periódicos, se desesperaba, en particular durante las tristes veladas solitarias. En cambio aquí, las veladas eran como una fiesta: música, chicas bonitas de ojos radiantes que se olvidaban de sus jefes, de los comités de partido, los comités sindicales y la monotonía cotidiana, que estaban pendientes de cada una de sus palabras.

-El derecho adelante. ¡Uno! El izquierdo adelante. ¡Dos! ¡Uno, dos, tres, cuatro!...

Ponen mucho afán. Por un rato se olvidan de la perra vida, no se acuerdan de que no les alcanza el dinero hasta la paga siguiente... Es un buen trabajo, les proporciona un poco de alegría a las personas.

Sasha elegía en cada grupo a alguna muchacha que tuviera más aptitudes, le enseñaba los pasos y hacía de ella su asistente. Una de aquellas muchachas destacó en el primer grupo. Se llamaba Gulia. Era esbelta, ágil, tenía unos dieciséis años y una carita infantil, dulce y confiada. Captaba bien el ritmo, se movía con ligereza y sus brazos fuertes llevaban firmemente a la pareja, haciéndola girar como la música exigía. Nunca se negaba a trabajar con los más torpes. «Nuestra consigna -decía gravemente Semión Grigórievich- es lograr el éxito al cien por cien. Cualquiera puede aprender a bailar: la aptitud para el baile le ha sido dada al hombre por la naturaleza.»

Sasha notaba a menudo los ojos de Gulia posados en él. La muchacha se turbaba entonces y desviaba la mirada. Le había gustado: es frecuente que a esa edad, las muchachas se enamoren de los maestros jóvenes. Una vez que bailaba con él, Gulia dominó su timidez y le dijo:

-¿Quiere usted que vayamos al teatro después de la clase? Es arriba, aquí mismo, en el Palacio del Trabajo. Efectivamente, arriba había una sala de espectáculos donde se daban conciertos y actuaban artistas forasteros.

Gulia sacó dos billetes del bolsillo de la blusa.

-Ya tengo los billetes.

-Gracias, Gúlenka, pero esta noche tenemos reunión en el Buró después de las clases. Ve con alguna amiga. Sasha no tenía ninguna reunión, pero no quería iniciar una relación con aquella chiquilla.

Recordó la invitación de Varia, cuando estaban en el Sotanillo del Arbat, para ir a patinar juntos. Un recurso igual de ingenuo. Ahora pensaba en Varia sin celos y sin agravio. Todo había ido consumiéndose hasta desaparecer. Lo que experimentó entonces fue fruto del encanto juvenil de Varia, de la soledad de Sasha en Siberia, de las notas que ella añadía a las cartas de su madre, las únicas cartas que recibía, y por eso la espera de la libertad y la figura de Varia iban de la mano en su mente. Ella era para Sasha su Moscú, su Arbat, su futuro. Todo fue pura invención, pura imaginación. Con todo, la herida dolía cuando hurgaba en ella. Por eso procuraba no volver a Varia con el recuerdo. Pero una vez, hablando con su madre por teléfono, le preguntó quién la visitaba. No pensaba hacerle aquella pregunta, pero de repente sintió el deseo de escuchar el nombre de Varia.

-¿Quién me visita? -repitió la madre-. Varia suele pasar por aquí; a veces vienen mis hermanas. ¿Por qué lo preguntas?

-Por nada, sencillamente quería hacerme una idea de cómo vives.

De modo que Varia la visitaba. Aquella noticia le causó alegría. Aunque, bien mirado, no significaba nada. Quería oír el nombre de Varia y lo había oído. Y punto.

Sharok hizo un segundo viaje a París y allí le dejaron con la documentación del emigrado ruso Yuri Alexándrovich Priválov, conseguida en España. Ya era una coincidencia que el difunto y él se llamaran Yuri. La fábula estaba bien montada. De niño emigró a Shanghai con sus padres. Cuando ellos fallecieron, se trasladó a París, y ahora trabajaba en una oficina de publicidad cuyo dueño era francés. En Rusia, en Nalchik, habían quedado unos parientes lejanos con quienes no mantenía contacto, como es natural, y ni siquiera sabía si aún vivían. Una buena tapadera, aunque no fuera muy diplomática. Spiegelglas le había pasado el contacto con dos agentes: el general Skoblin (El Granjero) y Tretiakov (Ivanov). Al Granjero, le había visto ya, en compañía de Spiegelglas, cuando preparaban el asunto de Tujachevski; pero el expediente de Tretiakov-Ivanov lo estudió en París.

Serguéi Nokaláievich Tretiakov, gran industrial ruso antes de la revolución, ministro del Gobierno Provisional en 1917 y luego ministro en el gobierno de Kolchak, reclutado en 1930 por doscientos dólares mensuales, gozaba de buena reputación entre los emigrados.¹¹

Pero lo más valioso de este agente era que en la planta baja de la casa donde vivía (calle del Coliseo, 29), se encontraba el estado mayor de la AMR: Alianza Militar Rusa.¹²

La familia de Tretiakov ocupaba el segundo piso, y el propio Tretiakov el primero, justo encima del despacho del general Miller, jefe de la AMR. En el techo del despacho se había instalado un aparato de escucha, y junto a él se pasaba el día Tretiakov, tomando notas que luego entregaba a Sharok. De esta manera, el servicio de inteligencia soviético tenía acceso a la información secreta acerca de los guardias blancos emigrados.

Las entrevistas con Tretiakov eran más agradables que con Skoblin porque Skoblin era engreído y porque los encuentros con él no carecían de peligro: los emigrados sospechaban que colaboraba con el NKVD, quizá le espíaran, y había que cambiar a menudo la hora y el lugar de cita. Con Tretiakov, de quien nadie sospechaba, se reunía los miércoles por la tarde, alrededor de las cinco, en el café Enrique IV, que hacía esquina de la plaza de la Bastilla con el bulevar Enrique IV. Se acomodaban en la pequeña sala, medio desierta a aquella hora, y no hablaban nunca de asuntos. Dejaban encima del velador la revista que traía cada uno, Tretiakov se marchaba con la revista de Sharok, y Sharok se llevaba la revista de Tretiakov, donde estaban las notas sobre las conversaciones escuchadas.

Spiegelglas había advertido oportunamente a Sharok:

-A Tretiakov le ha decepcionado la emigración, pero no nos transmite toda la información que posee. Usted debe mostrarse siempre descontento y exigirle más. Trabaja exclusivamente por el dinero y tratará por todos los medios de sacarle una cantidad mayor. No ceda. Doscientos dólares mensuales, y ni un centavo más. Si trabaja mal, entréguele sólo cien y el resto cuando le proporcione algo interesante. Y siempre a cambio de un recibo. Ojo, sobre todo, con sus excursiones al pasado: le gusta recordar los viejos tiempos y es capaz de marearle con su cháchara.

Sin embargo, Sharok estaba contento de Tretiakov. A diferencia de las informaciones breves, fragmentarias y no siempre substanciales de Skoblin, las de Tretiakov eran detalladas e importantes. Alto, bien parecido, aquel señorón ruso apuraba el café a pequeños sorbos, hablando de la Rusia anterior a la revolución y del viejo Moscú. Desoyendo el consejo de Spiegelglas, Sharok no le interrumpía. ¿Por qué no escucharle? Pero, al mismo tiempo, le observaba y sacaba sus conclusiones: tenía un talante voluble, la sonrisa seráfica se borraba de su rostro con la misma rapidez con que aparecía, y entonces fruncía el ceño, se congestionaba y despotricaba contra los emigrados.

-Han perdido todo su significado en lo que se refiere a la lucha contra los soviets, no hacen más que pegarse dentelladas los unos a los otros. Las potencias extranjeras han dejado de apostar por ellos.

Sharok dedicaba unos cuarenta minutos a las entrevistas con Tretiakov, y estaba lejos de imaginarse que pronto habrían de pasar juntos casi dos días, sin separarse ni un instante. Sucedió cuando el secuestro de Miller.¹³

Miller estaba enterado del papel que desempeñó Skoblin en el caso de Tujachevski y de otros mandos soviéticos. Precisamente por eso le consideraba Spiegelglas un testigo indeseable. Él y Skoblin prepararon juntos su secuestro. La fecha quedó fijada para el 22 de septiembre. Esa operación fue el gran fracaso de Skoblin.

Antes de abandonar la sede del estado mayor de la AMR, el general Miller dejó un sobre cerrado con la orden de abrirlo en el caso de que no regresara aquella tarde.

Miller no regresó, y el sobre fue abierto. Contenía esta nota:

¹¹ Después de la revolución de febrero de 1917 se formó un gobierno provisional presidido primero por el kadeté Lvov y luego por el eserista Kerenski.

¹² AMR (1924-1940): Organización antisoviética que agrupaba a todas las asociaciones de militares y marinos rusos emigrados en todos los países. Fue fundada por el general Wrangel, que la presidió hasta 1928.

¹³ Miller, Evgueni Kárlovich (n. 1867): General teniente ruso. Uno de los dirigentes de la contrarrevolución y la guerra civil. Gobernador general y comandante en jefe de las tropas de la Región Norte (1919-1920). Emigró en febrero de 1920. Presidente de la AMR desde 1930 en sustitución de Kutépov.

Hoy tengo concertado un encuentro con el general Skoblin a las 12 horas y 30 minutos en la esquina de las calles Jasmin y Raffet. Debe llevarme a una cita con dos oficiales alemanes: el coronel Stroman y Verner, un funcionario de la embajada alemana aquí. El encuentro se organiza por iniciativa de Skoblin. Puede tratarse de una trampa, y por eso les dejo esta nota.

Los colaboradores de Miller le presentaron aquella nota a Skoblin, invitándole a acompañarles a la policía. Pero Skoblin logró huir y ponerse en contacto con Spiegelglas, quien ordenó a Sharok ocultarle en casa de Tretiakov, o sea, en el edificio donde se encontraba el estado mayor de la AMR y donde a nadie se le ocurriría buscarle. Dos días después, Spiegelglas hizo pasar a Skoblin a España y él salió para Moscú.

Tretiakov se llevó un susto mayúsculo al ver a Skoblin, y todavía se asustó más al día siguiente, cuando leyó en los periódicos que Skoblin había participado en el secuestro de Miller: al ocultar a Skoblin, él se convertía en cómplice del delito. Durante dos días Sharok permaneció junto al viejo y procuró tranquilizarle, y cuando Skoblin estuvo ya en España le entregó quinientos dólares en pago del servicio prestado. Así lo había dispuesto Spiegelglas. Tretiakov se tranquilizó, más aún porque nadie había mencionado en ninguna parte su nombre relacionándolo con aquel asunto. Como antes, él estaba limpio de sospechas.

Sharok se enteró por la prensa de los detalles del secuestro de Miller. Fue llevado por Skoblin al bulevar Montmorency y, allí, a la puerta de una villa, dos hombres le metieron en un coche que salió para Le Havre. En Le Havre, el cajón donde iba metido Miller fue cargado a bordo del barco soviético María Uliánova, que levó anclas inmediatamente y zarpó rumbo a Leningrado.

Sharok sólo podía conjeturar la suerte que luego corrió el general Miller: seguramente le fusilarían.

Sharok leía los periódicos con atención y reía para sus adentros. ¡Cuánto fárrago, cuánto alboroto! ¡En territorio francés, los bolcheviques secuestraban a la gente en pleno día! ¡Habían secuestrado al general Kutépov y ahora al general Miller!¹⁴

El camión que transportó a Miller a Le Havre pertenecía a la embajada soviética. Participaba en esta campaña el famoso Búrtsev, que en su momento desenmascaró al provocador Azef.¹⁵

Búrtsev afirmaba que el principal agente de Moscú no era Skoblin, sino su esposa, la conocida cantante rusa Plevítskaia. Skoblin no pasaba de ser un segundón suyo. Plevítskaia había sido detenida y esperaba en la cárcel a que la juzgaran. La situación empezaba a caldearse. Spiegelglas y otros residentes esperaban en Moscú a que se calmara el revuelo. Sharok, bien camuflado, se había quedado en París. Entre otras cosas, estudiaba alemán.

Spiegelglas le había dicho una vez:

-Un agente debe conocer, como mínimo, dos idiomas. Usted estudió francés en la escuela y alemán en el instituto, según consta en su expediente.¹⁶

-Sí, en el instituto dábamos alemán.

-Pues siga con él. Su patrono es alsaciano y su esposa alemana. También hablan alemán. Así que ya tiene con quien practicar -y añadió en broma, aunque con toda intención-: Aplíquese, porque le examinaremos. Y otra cosa: procure entablar con los emigrados alguna relación de tipo amistoso, aunque también puede hacerlo en el plano de los negocios o comercial, si es preciso. Debe hacerse con un círculo de amistades que puedan afirmar: «¿Yuri Alexándrovich? Ah, sí, le conocemos...». Pueden ser personas corrientes y no forzosamente aristócratas con título.

-Entre los emigrados corrientes también hay príncipes -bromeó a su vez Sharok.

-También valen.

¹⁴ Kutépov, Alexandr Pávlovich (n. 1882): General de Infantería ruso. Uno de los organizadores de la contrarrevolución. Alto mando en el ejército de Wrangel. Emigrado en Bulgaria (1919-1923), luego pasó a París donde, a la muerte de Wrangel, presidió la AMR hasta 1930.

¹⁵ Azef, Evno Fishélevich (1869-1918): Colaborador secreto de la policía política zarista desde 1892. Dirigió varios actos terroristas de provocación y entregó a numerosos revolucionarios (1901-1908). Desenmascarado por Búrtsev, el Comité Central del partido sentenció su muerte, pero logró escapar.

¹⁶ En la URSS se llamaba Institutos a centros docentes equivalentes a Escuelas Superiores.

Semión Grigórievich admitió a dos jóvenes más -un pianista y un acordeonista- para acompañar los bailes. El acordeonista se llamaba Lonia. Era un muchacho recio y bonachón, dócil y servicial, que iba con su acordeón adonde le mandaban. Tocaba de oído un repertorio nada complicado, bebía en compañía de Gleb y también de Sasha, que, en los últimos tiempos, le daba igualmente a la botella, incluso mucho algunas veces. El otro, pianista profesional, se llamaba Misha Kanevski. Era delgado, tenía una expresión nerviosa en el rostro, ojos grises inquietos y bellos y largos dedos. Había estudiado en el Conservatorio de Leningrado, pero no llegó a diplomarse y fue a parar a Ufá. En el Buró de Turnés Artísticas había poco trabajo, aceptó el que le ofreció Semión Grigórievich para no verse obligado a actuar en la orquesta de un restaurante.

-«Ésos» no hacen de mí un lacayo de figón -decía torciendo la boca y con una vaga sonrisa dolida y desdeñosa en el rostro.

Misha había sido expulsado de Leningrado a raíz del asesinato de Kírov, entre varios miles de «representantes de la burguesía y la nobleza»: su padre, abogado, poseía una casa en San Petersburgo antes de la revolución. La casa fue requisada después de la revolución, el abogado quedó incluido en la lista de los «ex grandes propietarios», y Misha se convirtió en el «hijo de un ex gran propietario». En Ufá eran numerosos los muchachos que se hallaban en la misma situación ambigua: no les habían retirado el pasaporte, pero les habían anulado sencillamente el empadronamiento en Leningrado. Naturalmente, Kanevski se había preparado para un futuro muy distinto; pero ahora, por obra y gracia de «ellos», se encontraba en Ufá haciendo de «tapeur». Todo le resultaba odioso en aquella ciudad: «sus» clubs, «sus» pianos, que necesitaban que los afinaran hacía ya tiempo aunque los patanes no lo entendieran, «sus» consignas en las paredes, «sus» chabacanas melodías contemporáneas, que él se veía obligado a tocar. En el fondo, despreciaba a Gleb y a Lonia, que no eran músicos, así como a Semión Grigórievich, Nonna y Sasha, que sacaban dinero con su trapacería. Se mantenía aparte, no intervenía en las conversaciones, incluso fumaba lejos de los demás. En cuanto terminaban las clases, desaparecía al instante.

Gleb, que le había tomado ojeriza, le trataba con frialdad.

-No soporto la soberbia de estos intelectuales judíos -le dijo a Sasha.

-¡Ah! Conque eres antisemita, ¿eh? Nunca lo hubiera pensado.

-Yo no soy antisemita, chico. Todos los amigos que tuve en el colegio eran judíos. Y los vecinos del piso también. ¡Una gente estupenda! Incluso muchos de mis maestros, ¡y menudos maestros! Pero cada pueblo tiene sus defectos. El de los intelectuales judíos es la soberbia. Kanevski presume mucho, se cree que es un genio.

-«Ese armenio», «ese ucraniano», «ese georgiano»... Da asco oír hablar así. Cuando Ivanov roba algo, dices: «Ivanov es un ladrón». Pero si el que roba es Rabinóvich, dices: «Ese judío es un ladrón».

-Es un tipo desagradable.

-El tipo lo eres tú. Él es un hombre desgraciado y perseguido.

Durante la lección, Gleb miraba de vez en cuando a Sasha, sintiéndose violento por lo que había dicho de Kanevski. Luego dejó de pensar en ello, tocaba llevando el compás de la música con la cabeza y tenía las facciones distendidas y la mirada ausente, como si recordara algo. Terminaron las clases, pero él seguía sentado al piano, con las manos sobre las rodillas. Le hizo un gesto a Sasha para que se acercara.

-Chico, ¿te has dado cuenta de que las melodías y las palabras más sencillas son las que más influyen en el estado de ánimo? No hacen falta filigranas, basta la palabra «recuerdas». A eso no hay quien se resista, chico.

-¿Por ejemplo... ?

-Escucha. Y con tu nombre, sin ir más lejos: «¿Recuerdas, Sasha, nuestras citas en el parque junto al mar?». -Se acompañaba en sordina con una sola mano, y los alumnos que no se habían marchado aún volvían desde la puerta hacia el piano, porque Gleb cantaba con arte según había advertido ya Sasha en Kalinin-. «Sasha, ¿recuerdas la dulce tarde de primavera, los castaños en flor... ?» Esto lo cantaba Izabella Y úreva. Y esto otro, Léshenko: «¿Recuerdas aquellos tiempos? Cocían obleas por las calles en cuaresma. Y tú, que eras buena cocinera, hacías las mejores para mí». Y otras muchas más.

Sasha daba ya las clases él solo. Pronunciaba algunas palabras antes de empezar con cada grupo, pero no repetía las de Semión Grigórievich, no citaba a Sócrates ni a Aristóteles sino a Pushkin:

*Amo la juventud alocada,
El gentío, la vida, la alegría
Las femeninas galas estudiadas.
Y amo las piernas femeninas,
Aunque en Rusia nadie encontraría
Tres pares de piernas esbeltas.*

-Pero si Pushkin asistiera a nuestras clases -concluía Sasha-, se convencería de que hay muchísimas piernas esbeltas.

Todos sonreían, y Sasha comenzaba la lección.

-Lo de Pushkin ha sido una buena ocurrencia -le felicitó Gleb.

Kanevski, que por lo general no tomaba parte en las conversaciones, esbozó una sonrisa torcida.

-Actual y oportuno. Desde que se ha conmemorado el centenario de la muerte de Pushkin, todos los soviéticos le conocen. He leído en un periódico la opinión de una ordeñadora o una criadora de cerdos, no recuerdo exactamente. «Bien le paró Tatiana los pies a Oneguín. La rechazó cuando era una muchacha sencilla, que vivía en una aldea. Pero, enseguida fue a hacerle la rosca cuando la vio casada con un general.»

Calló, pero la sonrisa, entre dolida y desdenosa, seguía contrayendo sus labios. Sasha era la única persona con quien mantenía un trato más o menos amistoso. A Sasha le daba pena aquel muchacho exacerbado y desvalido, mísero en su soberbia. Kanevski notaba la actitud compasiva de Sasha, solía intercambiar dos o tres frases con él y era a quien con más agrado acompañaba al piano. Pero aquel día no pudo contenerse, dolido por la coincidencia de la cita y la conmemoración del centenario de la muerte del poeta a nivel estatal, con una pompa artificiosa. ¿Cómo era posible que utilizaran el nombre de Pushkin allí, en aquel sacacuartos? El propio Sasha se daba cuenta de que seguía la corriente general. Pero era una lástima renunciar a iniciar las clases con una cita tan a propósito. ¿Caer en la demagogia acerca de la explotación de los negros de Norteamérica por los capitalistas? No. Allí encajaban mejor los versos de Pushkin que hablaban de los bailes, del gentío, de la alegría.

-Buena indirecta te ha tirado Kanevski -observó luego Gleb.

-¿A qué te refieres?

-A lo de Pushkin... Ha querido decir que las autoridades se aprovechan de Pushkin y tú haces igual.

-Bueno, se puede interpretar así.

-No todo el mundo, chico, no todo el mundo. A mí, por ejemplo, no me ha parecido eso. Al contrario: me ha gustado. Pero a él, no. «Criadoras de cerdos», «ordeñadoras»... ¿Cuándo ha visto él a una ordeñadora ni a una criadora de cerdos? Seguro que le gusta tomar leche, pero desdena a las ordeñadoras. Podría fijarse en sus manos, con los dedos deformados, hinchados. Claro que no sirven para revolotear por el teclado de un piano. Que pruebe a ordeñar una vaca y verá la fuerza que se necesita.

-¡Sí que la has tomado con Kanevski! ¿Te molesta que toque el piano tan bien como tú?

-Él tiene la obligación de tocar mejor que yo porque ha estudiado en el Conservatorio y yo no he estudiado en ninguna parte. Además, que yo no soy músico, sino pintor. Lo que me molesta es otra cosa: me molesta que tú y yo vayamos a parar a la cárcel por culpa suya. Eso es lo que me molesta. -Sasha se encogió de hombros-. Sí, chico, sí. Como lo oyes. Eso de Pushkin ha sido un insulto. Ha querido decir que los patanes se aprovechan de Pushkin.

-¿Por qué te empeñas en verlo de esa manera? Todo se puede tergiversar.

-Yo no tergiverso nada, chico. Pero sí tengo la obligación de estar alerta, de abrir los ojos, de pensar en quién me rodea y en lo que puedo esperar de cada cual. Así son estos tiempos, chico. Y tú deberías despabilarte más que yo todavía. En Kalinin aún te sentías como un hombre que acaba de ser puesto en libertad, eras precavido; pero aquí se te ha olvidado ya y puedes dar un mal paso. Aunque en realidad en Kalinin ya habías dejado de estar alerta.

-¿En qué te fundas?

-En que, cuando estábamos cenando en el Seliguer, te previne ya de lo del régimen especial para la ciudad. Lo que debías haber hecho era despedirte al día siguiente de tu garaje de mierda y largarte conmigo. Pero tú te quedaste.

-Ya hemos hablado de eso. Me despedí unos días más tarde.

-No, chico, no -objetó Gleb con una mueca-. No te despediste, sino que te despidieron. El motivo «por ausentarse» significa que te han metido en la cárcel o te han echado de la ciudad. Y ya puedes decir que tuviste suerte. Podían haberte retirado el permiso de residencia y podían haberte deportado. Pero, se ve que les dieron un plazo muy corto para la operación. No tuvieron tiempo de pensar adónde mandaban a cada cual. Conque, ¡hala! todos fuera de Kalinin, y se acabó. ¡Cumplida la orden!

-Tampoco sabemos lo que hubiera pasado si me llego a marchar contigo. Así, por lo menos, todo es legal: tengo la baja del lugar de trabajo y del lugar de residencia.

-¡La baja! ¿Y dónde está el alta? ¿Has hecho alguna gestión? Ya sabes lo que escribió tu maravilloso Pushkin: «Llega el invierno, solaz del campesino, que se pone la zamarra y anda tan campante». Lo mismo que tú: vas tirando, y tan campante. Pero imagínate que ahora se arma aquí una refriega con unos bashkir, sin ir más lejos. Se presenta la milicia: «¡A ver, la documentación! Un momento, ¿dónde está usted empadronado? ¿En ninguna parte? Pero aquí no se permite vivir más de dos días sin empadronarse. ¿Es que anda usted escondiéndose? ¿Acaso es un delincuente?». Ahora llevas unos meses sin empadronarte; pero, en cuanto te descuides, pasa medio año y luego un año entero. Llegas a otra ciudad, quieres empadronarte, y te preguntan por dónde has andado durante todo un año. ¿Qué vas a decir? Y en esa ciudad, la que sea, quizá no encuentres a otra Liuda ni a otra Liza en la oficina de

pasaportes. Y aquí mismo, en el Buró, María Konstantínovna puede decirte al ver tu pasaporte: tendré que quitarle de la plantilla porque no está empadronado. Y, a propósito, chico, ya te dije que debías presentarte a María Konstantínovna con el pasaporte. ¿No te lo dije?

-Sí que me lo dijiste; pero así, de pasada.

Gleb pegó con las dos manos en la mesa.

-A mí no me vengas con tonterías, chico. ¿«De pasada», dices? Para ti no puede haber nada «de pasada». Para ti todo tiene un significado, todo debes cazarlo al vuelo y espabilarte.

-¿Para qué vamos a darle más vueltas? -replicó Sasha sombríamente-. Comprenderás que no voy a ir a Kalinin a arreglarlo.

Alguna salida habrá que encontrar aquí.

-¿Y por qué no la has buscado tú ya? Aunque has estado metido en buenos follones, se ve que eres un tipo con suerte porque has salido de ellos. Pero te puede fallar la suerte. Y de mala manera. Conque, abre el ojo.

6

La profecía de Gleb se cumplió al día siguiente. ¿Tendría un pacto con el demonio o lo sabría de antemano? Por la mañana, cuando Sasha estaba lavándose, se le acercó la patrona.

-Alexandr Pávlovich: ayer vinieron unos del colegio electoral, y con ellos la encargada de los pasaportes de nuestra casa. Están haciendo el censo para las elecciones al Soviet Supremo. Seguramente habrá leído en los periódicos que tendremos elecciones generales en diciembre.

-Sí, claro, ya lo he leído.

De nuevo, como en otros tiempos, la angustia le oprimió el corazón.

-Están levantando listas de los inquilinos -la patrona tenía una voz tediosa y monótona- para que todos vayan a votar, absolutamente todos, el cien por cien. Yo le he apuntado a usted: Pankrátov, Alexandr Pávlovich, artista, a solicitud del Buró de Turnés Artísticas. Y, entonces, va la encargada de los pasaportes y me interrumpe: «Usted no me ha dado a mí ninguna solicitud del Buró a su nombre». Y yo no me acuerdo, Alexandr Pávlovich, de si me la dio usted o no.

Sasha contestó evasivamente:

-No recuerdo... Pero sí, me parece que algún papel trajimos de allí la primera vez que vinimos mi amigo y yo.

-Quizá la haya metido yo en cualquier sitio, porque estoy fatal de la memoria. Pero la cosa tiene arreglo. Otras veces ha ocurrido ya que extraviara yo el papel o que algún huésped se lo metiera en un bolsillo y acabara perdiéndolo. En esos casos, siempre ha dado María Konstantínovna una copia. Y otra cosa: han dicho que vaya usted con el pasaporte al colegio electoral. Está aquí cerca.

-¿Y si me marchó antes de las elecciones?

-Allí se lo explicarán todo y le darán un certificado para que vote en otro sitio.

Sasha había querido gozar algún tiempo de cierta calma espiritual: no presentarse en ninguna parte, no dar explicaciones, no humillarse. Y ahora lo iba a pagar. Los periódicos hablaban de las elecciones como de un gran triunfo de la democracia soviética. Los candidatos a diputados «por el bloque de comunistas y sin partido» eran «dignos hijos e hijas del pueblo soviético». Como primer candidato se nombraba al camarada Stalin. Todo esto lo leía Sasha a diario y, allá en algún recoveco de su cerebro, latía la idea de que las elecciones podrían acarrearle contratiempos. Pero él había preferido ignorarlo, y ahora lo iba a pagar. ¡Estúpido! ¿Por qué no le habría hecho caso a Gleb? Si se hubiera marchado al mismo tiempo que Gleb, habría conservado el sello de su empadronamiento en Kalinin. Ahora empezarían con las indagaciones en el colegio electoral y él pondría en un apuro a la patrona por haberle alojado durante tres meses sin empadronarle y también a María Konstantínovna por haberle admitido en el Buró de Turnés Artísticas. ¿Qué podía hacer? ¿Y si recurriera al cuñado de su tía Vera? Llevaba mucho tiempo viviendo en Ufá y quizá pudiera darle algún buen consejo.

Le recibió una mujer de ojos asustados que vestía una bata Vlep.

Sasha se presentó y añadió:

-Vera Alexándrovna les habló de mí en una carta y también telefoneó a Serguéi Petróvich.

-No, no -la mujer sacudía la cabeza-. Serguéi Petróvich no está. Se ha marchado. Por mucho tiempo. No sé cuándo regresará.

No le invitó a sentarse. Seguía sacudiendo la cabeza y, evidentemente, su único deseo era ver salir a Sasha y cerrar la puerta. Y Sasha se marchó pensando que no se habría atrevido a recibir a un excarcelado.

El domingo, cuando telefoneó a Moscú, su madre le dijo:

-No vayas a la dirección que te dio Vera. Su cuñado está en el hospital. Y va para largo.

Sasha comprendió que el cuñado de su tía había sido detenido y por eso estaba tan asustada su mujer. Un simple ingeniero, padre de tres hijos, y también le habían metido en la cárcel.

Ese mismo domingo por la noche le dijo Sasha a Gleb:

-Tenías razón.

-¿Qué ha pasado, chico?

Sasha le contó su conversación con la patrona.

-Te has caído, chico -ironizó Gleb-. Como dicen los bashkir, «quería gritar "viva" y pedí socorro».

-Mañana me marcharé de aquí, antes de que empiecen a atosigarme. Lamento jugarles esta mala pasada a mi patrona, a María Konstantínovna y a Semión. Pero ¿qué puedo hacer?

-¿Qué mala pasada les has jugado? -Gleb le miraba con sorna.

-Hombre, yo me marchó y les tocará a ellos apechugar con las consecuencias.

-Tú siempre preocupándote por los demás -Gleb seguía mirándole con sorna-. Por la humanidad entera, no vayas a fallarle a alguien. La humanidad puede arreglárselas perfectamente sin tu consejo.

-No entiendo lo que quieres decir.

-Vuelta a lo mismo. «Les tocará a ellos apechugar.» ¿Apechugar con qué, vamos a ver? ¡Menudo dramón! Llega uno que baila y danza, que anda de turné, da unas vueltas por aquí y se larga sin empadronarse siquiera... ¡Adiós, y que les vaya bien! Ya he bailado bastante. Esos culos de mal asiento los hay a montones. ¿Quién va a meterse en indagaciones? ¿A quién le importas tú un pepino? La administración de la casa es la que ha fallado teniendo hospedada a una persona durante tres meses sin empadronarla. ¿María Konstantínovna? Lo más que hará es decirle a Semión: «Pues sí que admites tú a gente de fiar...». Porque también ella ha tenido un fallo. Y nada más. Tú te marchas, y no le haces daño a nadie. A nadie más que a ti mismo, claro. ¿Qué vas a hacer donde llegues? Porque, aunque las chicas se mueren por tus pedazos, no vas a encontrar de buenas a primeras una que te ayude en este asunto. No, chico, no. Si te marchas, nadie tendrá que apechugar con nada, cierto. En cambio, si te quedas es cuando tendrán que ingeniárselas, tanto Semión como nuestra encantadora María Konstantínovna: ellos son los que deben hacer algo por ti. Ellos son los que deben enmendar el fallo que han cometido.

-Eso es inadmisibile: es como si les estuviera haciendo chantaje.

-¡Otra vez! ¡Ya apareció la caballerosidad intelectualoide, el pundonor! Para marcharte, siempre estás a tiempo. Pero, antes, hay que probar aquí todas las teclas. Semión te necesita porque ya eres una celebridad en Ufá. Semión se presenta ahora a firmar un contrato, y le dicen: «Mándenlos a ese moreno que da clases en el Palacio del Trabajo». Fíjate en la fama que has alcanzado. Te advierto que ni yo me lo esperaba. Cuando das el primer paso y dices «Uno...», así, recalcándolo mucho, te llevas a todos detrás. ¿Va a consentir Semión que te marches para andar él corriendo de grupo en grupo? ¿Tú crees que usa el bastón para presumir, para darse importancia? No, chico. Lo que ocurre es que está mal de las piernas: toda la fachenda que gasta en la primera lección le cuesta luego dos días de reposo. ¿Cómo va a resistir seis horas diarias? Y no tiene a nadie que te sustituya. Conque no le queda más remedio que arreglar tu asunto. ¡Ya verás como convence a María Konstantínovna! Están juntos en esto, y te advierto que ella consigue siempre lo que quiere. Hace unos días, a una especie de vagabundo le encontró hospedaje con empadronamiento, cierto que temporal. Pero ¿a ti qué más te da? Lo que te importa es llenar el hueco de tres meses. En cuanto te planten el sello de la milicia, ya puedes largarte a tomar viento fresco. Habla con Semión, cuéntaselo todo. Es un tío listo y hará bien las cosas.

Todo ocurrió como Gleb había previsto. Semión Grigórievich tomó el pasaporte de Sasha y se lo devolvió al día siguiente con dos papeles: uno era una copia para la patrona de Sasha y en el otro figuraban unas señas nuevas con la indicación de «empadronamiento provisional». Sasha fue a ver el alojamiento: una miserable casucha casi en las afueras, donde estaban los huertos, en medio de un barrizal. La patrona, una viejecilla vivaracha, le mostró un tabuco con un catre de madera en vez de cama y un clavo en la puerta en vez de armario, tomó el pasaporte y el papel del Buró y exigió un mes de alquiler por adelantado. Aquel sórdido alojamiento costaba el doble que la otra habitación en el centro de la ciudad: era el precio del empadronamiento.

Sasha no tenía la menor intención de quedarse en aquel tugurio y volver cada noche hasta allí después de las clases. Colgó del clavo un traje viejo, metió debajo del catre unos zapatos muy gastados y terminó de darle al cuchitril cierto aire de lugar habitado dejando un cepillo de dientes encima de un taburete cerca de la ventana. Fue al colegio electoral y se presentó a los miembros de la comisión, que eran tres. Examinaron su pasaporte, le incluyeron en las listas y le entregaron una invitación para que fuera a votar. Sin motivo aparente, clavaban en Sasha sus miradas suspicaces y le hablaban con burocrática oficiosidad.

Repentinamente acudió a su memoria un cuadro de comienzos del año treinta y tres: la entrega de pasaportes en la administración de su casa de Moscú... La oficina estaba llena de inquilinos, todos nerviosos. Recordaba muy bien a dos viejecitas que temblaban de miedo, sin osar acercarse a la mesa ocupada por un oficial de la milicia, la

encargada del registro de pasaportes y un hombre de edad, delgadísimo: el representante de la opinión pública. Cada inquilino tenía en la mano un cuestionario cumplimentado, que dejaba encima de la mesa, con el certificado de nacimiento y otro del lugar de trabajo. El oficial de la milicia los examinaba y, si alguna cosa no estaba clara, los devolvía diciendo que trajeran otros. Cuando los documentos estaban en orden, abría un cajón de la mesa, consultaba una lista que tenía allí, escribía una nota en el cuestionario y lo pasaba todo a la encargada del registro de pasaportes.

Sasha no comprendía entonces la razón de que aquel trámite pudiera causarle a nadie inquietud y nerviosismo: allí no había delincuentes, los que hacían cola llevaban toda la vida en esa misma casa y Sasha conocía a muchos desde niño. Delante de él estaba Gúrtsev, a quien Sasha conocía también desde niño, un hombre cortés y educado, esposo de una famosa bailarina fallecida el año anterior. Sasha recordaba el magnífico entierro y a Gúrtsev, con abrigo negro, caminando detrás del féretro. No tenía trato con él, pero se saludaban como hacen las personas que se cruzan a menudo en el patio, en la escalera o en el ascensor. Gúrtsev dejó sus documentos encima de la mesa, el oficial de la milicia los examinó, consultó la lista que tenía en el cajón y los guardó luego en una carpeta aparte.

-Preséntese mañana, a las once, en la comisaría número ocho de la milicia.

-Perdone usted, pero... -empezó Gúrtsev.

-Ciudadano, ya le he dicho todo cuanto tenía que decirle. ¡El siguiente!

-Pero, quisiera saber...

-Allí se lo explicarán. ¡El siguiente! Según contaba luego la madre de Sasha, a Gúrtsev no le extendieron el pasaporte: su padre había sido fabricante antes de la revolución. Tampoco les extendieron los pasaportes a algunas otras familias de su casa, ni a las dos viejecitas. Según decían, los «bepásportni» habían tenido que marcharse a vivir más allá del límite de cien kilómetros.¹⁷

¿Por qué callaba él entonces, por qué no protestaba? Pero bien se puso a cavilar cuando le tocó a él.

Sasha vivía en casa de Gleb. Pusieron una cama plegable en su cuarto y convinieron pagarle treinta rublos más a la patrona. A su tabuco sólo iba una vez a la semana, generalmente los domingos por la mañana. El 7 de noviembre llevó una tarta como regalo con motivo de la fiesta de la revolución, y la vieja comentó, encantada: «Me gusta lo dulce». No preguntaba por qué no iba Sasha a dormir, acostumbrada ya probablemente a que los huéspedes se comportaran de ese modo, y sólo cuando fue aproximándose el mes de diciembre le recordaba cada vez que aparecía que fuera a votar si no quería tener un disgusto -se lo habían advertido muy en serio- y que fuera temprano porque después de las doce irían por las casas a buscar a los remolones.

Gleb le advirtió también, hablando de las elecciones:

-Que no se te ocurra borrar nada porque tienen todas las papeletas marcadas y enseguida pueden identificarte.

Como es natural, Sasha no borró al único candidato, cuyo apellido ni siquiera recordaba, ni tampoco entró en la cabina: estaba al final de la sala y, si entraba en ella, enseguida pensarían que era para borrar al candidato. Fue hacia la urna por delante de los «activistas sociales» apostados en cada rincón y depositó su papeleta.

Todo el mundo hacía lo mismo. Y no fue ninguna sorpresa que el noventa y ocho coma seis por ciento de los electores votara por el «bloque de comunistas y sin partido». Tampoco fueron ninguna sorpresa las palabras pronunciadas por Stalin en la asamblea preelectoral: «Jamás ha habido en el mundo unas elecciones tan auténticamente libres y tan auténticamente democráticas. ¡Jamás! La historia no ha conocido nada igual». Sólo era sorprendente una cosa: de dónde había salido el casi uno y medio por ciento de electores que votaron en contra.

7

Antes de su partida, Spiegelglas le pasó a Sharok el contacto con Mark Grigórievich Zborovski, agente conocido como Amapola y Tulipán. A Spiegelglas le urgía marcharse, pero la figura de Zborovski-Amapola era tan importante que estimó necesario sellar aquel contacto con su presencia. Zborovski era secretario particular, hombre de confianza y amigo íntimo de Lev Sedov, el hijo de Trotski, que publicaba en París el Boletín de la Oposición y tomaba parte en la creación de la IV Internacional.¹⁸

A Sharok no le cabía la menor duda de que Spiegelglas andaba a la caza de Trotski desde hacía ya tiempo. Hubo una época en que se valió para ello de Skoblin y del general Trukul, íntimo amigo de éste, residente en Bulgaria.

¹⁷ Bepásportni. Literalmente «sin pasaporte». Indocumentado.

¹⁸ Lev Sedov: Hijo del segundo matrimonio de Trotski con Natalia Sedova, usaba el apellido de su madre.

El asesinato de Trotski a manos de guardias blancos emigrados habría aparecido como un acto de venganza por la derrota en la guerra civil. La gente de Miller y de Dragomírov participó en estos preparativos cuando Trotski pasó de Turquía a Europa. Pero fallaron y no pudieron llevar a cabo esta acción.

En México, país que Trotski eligió como lugar de residencia desde enero de 1937, no había guardias blancos emigrados. Mark Zborovski resultó ser la única persona que tenía alguna posibilidad de introducirse en el entorno inmediato de Trotski a través del hijo. De momento, era una valiosa fuente de información. Lev Sedov confiaba tan plenamente en Zborovski, que éste incluso tenía acceso a la correspondencia privada entre padre e hijo, que le designaban en sus cartas con el nombre de Etienne. Prueba de ello es este párrafo de una carta de Lev Sedov a Trotski: «Durante mi ausencia, me sustituirá Etienne, que mantiene la más estrecha relación conmigo y merece absoluta confianza en todos los aspectos». Zborovski le entregó a Sharok una copia de esta carta, como hacía con todas las que intercambiaban padre e hijo. De este modo, en Moscú estaban informados de cada paso de Trotski y sus partidarios. En los informes, Lev Sedov era el «hijito» y Trotski, el «viejo».

Zborovski le causó buena impresión a Sharok: un judío educado y discreto, de mirada abierta y ademanes posados. Había nacido el año 1908 en la ciudad ucraniana de Uman, luego residió en Polonia, de cuyo Partido Comunista era miembro, pasó un año en una cárcel polaca, se trasladó después con su esposa a Berlín y más tarde a París y fue reclutado en 1933. En la Unión Soviética habían quedado una hermana y dos hermanos suyos.

En el encuentro siguiente, Zborovski le entregó a Sharok materiales sobre los preparativos del congreso de la IV Internacional trotskista con las listas y las direcciones de los delegados que debían asistir, así como copias de las últimas cartas de Sedov a Trotski y de Trotski a Sedov. Al igual que en la primera entrevista, los ademanes de Zborovski eran pesados y su mirada abierta. No se parecía al charlatán de Tretiakov ni al engreído de Skoblin, y tampoco tenía esa fatuidad que le repelía a Sharok en los polacos. Daba la impresión de ser un hombre aparentemente blando, pero interiormente firme, consciente de su valía. Nada de cháchara superflua. Al hablar de Jeanne Martin, la compañera de Sedov, dijo que las relaciones entre la pareja continuaban siendo complejas. Jeanne, mujer exaltada, pretendía dirigir tanto a su primer marido, Raymond Molinier, como a Lev Sedov, su actual compañero. Pero Raymond Molinier había abandonado la actividad política, y el único lazo que unía actualmente a Jeanne y a Lev Sedov era la educación de Liova Vólkov, nieto de Trotski y sobrino de Sedov, que éste había prohijado después del suicidio de su hermana Elizaveta. Zborovski refería todo aquello discretamente, incluso con cierta conmiseración hacia Sedov.

Francamente, Sharok comprendía que Sedov confiara en Zborovski. Era difícil no fiarse de un hombre como él. Siempre que se ignorase, claro está, que Zborovski respondía a la confianza con la traición y que cobraba por esa traición. Aunque Sharok, que llevaba más de cuatro años trabajando en los órganos de Seguridad, ya no se sorprendía de nada. No hay héroes, no hay mártires, no hay santos. A todos se les puede comprar, vender, traicionar, quebrantar, machacar, asustar: desde un soldado hasta un mariscal, desde un simple obrero hasta un ministro. Por ejemplo, Sharok había leído en un periódico parisino un artículo de un antiguo coronel ruso de gendarmería diciendo que el camarada Stalin, cuando todavía se llamaba Iósif Dzhugashvili, fue confidente a sueldo de la policía secreta zarista con el seudónimo de Fikus. En el artículo se citaban incluso documentos que atestiguaban aquella colaboración. Y Búrtsev, el gran desenmascarador de provocadores, afirmó en cierto momento que en el Comité Central de los bolcheviques había dos soplones de la policía secreta zarista. A uno, Malinovski, lo nombró. Al otro no podía nombrarlo, pero afirmaba que existía. Ahora, la afirmación de Búrtsev era respaldada por el ex coronel de gendarmería, que sí dio el nombre del provocador: Stalin.

¿Daba fe Sharok a esas afirmaciones? ¿Por qué no dársela? Si él trabajaba para la policía secreta soviética, ¿por qué no había de trabajar Stalin para la zarista? Los espías existen, han existido y existirán durante milenios. Y nadie está a salvo de tener que apenar con un trabajo de éstos. Sin embargo, Sharok no había comentado aquellos artículos absolutamente con nadie: no los había leído, no los conocía, no estaba enterado, no había oído hablar de ellos. El solo hecho de mencionarlos podía costarle la cabeza a cualquiera. Y él era muy precavido en todo. Una vez le dijo a Spiegelglas al entregarle un nuevo Boletín de la Oposición: «Yo, es que ni quiero leer esta basura». A lo que contestó Spiegelglas: «¿Y por qué no? Debemos conocer a nuestros enemigos». Con ese modo de razonar, le puede suceder cualquier percance a Spiegelglas. Y también a Trotski: el mejor amigo de su hijo es un confidente soviético. Tanto el padre como el hijo se fían de él, creen a pies juntillas en su lealtad, olvidándose de que una persona puede estar «entregada» a otra, pero también la puede «entregar». No hay que fiarse de nadie. Trotski no lo comprende, y por eso perecerá. Pero el camarada Stalin sí lo comprende, no confía en nadie, destruye a todos los que están a su alrededor, y en esa trituradora perecen los traidores, sí, pero también perecen hombres leales.

A finales de enero, Zborovski le dijo a Sharok que Sedov se encontraba mal, que se quejaba de dolores en el vientre. Claro que el vientre puede dolerle a cualquiera, pero algo había en la mirada de Zborovski cuando le dio esta noticia. Y su voz tenía un matiz especial. Sharok comprendió que era información de singular importancia, que la circunstancia estaba prevista, y envió a Moscú un mensaje cifrado para Spiegelglas. Éste ordenó que se le informara

a diario sobre la salud del «hijito», anunció que al día siguiente llegaría a París Alexéi y le encomendó a Sharok una entrevista con Amapola, entrevista en la que él no debía participar.

Sharok había coincidido una vez fortuitamente con Alexéi en la Lubianka.¹⁹ Le sorprendió que aquel hombre de aspecto tan corriente, un antiguo boxeador, dominara el francés a la perfección. Pero cuando se enteró de que Alexéi pertenecía al grupo dirigido por Yákov Isákovich Serebrianski se aclararon todas sus dudas.

Por encargo de su jefe de entonces, Sharok estuvo una vez en casa de Serebrianski, un hotelito del bulevar de Gógol, y fue presentado a su esposa, Polina Natánovna, cuando entró en el despacho. Un rostro expresivo, mirada de inteligencia... «¡Menuda biografía debe de tener la señora!», pensó entonces Sharok, impresionado. Ya en la calle, al sacar las conclusiones de su visita, se dijo que Serebrianski parecía un patricio romano: estatura media, recia complexión, facciones muy marcadas. Mucho después supo que Serebrianski, antiguo eserista, dirigía en el NKVD un grupo de misiones especiales, o sea, acciones de secuestro y eliminación de enemigos. A espaldas suyas, solían llamar a los componentes de este grupo «los muchachos de Yasha».²⁰ Puesto que Alexéi era uno de ellos, nada costaba adivinar la finalidad de su viaje.

Alexéi desapareció inmediatamente después de su entrevista con Zborovski, y éste continuó en contacto con Sharok. Al poco tiempo le informó de que Sedov había empeorado mucho y había sido internado en un hospital de la calle Narcise Dias con el nombre de señor Martin (era el apellido de Jeanne). Solamente Jeanne y Zborovski estaban autorizados para visitarle. Desde ese momento, Zborovski empezó a entregarle a Sharok informes diarios que éste transmitía a Moscú. El 8 de febrero le fue extirpado el apéndice a Sedov. La operación no tuvo complicaciones. Los días nueve, diez, once, doce y trece, el estado del paciente era bueno y ya caminaba por la habitación. El día catorce, otro informe: la víspera por la tarde, Sedov había empezado a tener alucinaciones de repente. Corrió por la clínica gritando algo en ruso hasta que se desplomó en el diván del despacho del director. Se le practicó una segunda transfusión de sangre, pero no fue posible salvarle. Sedov falleció el dieciséis de febrero, hallándose en estado de coma. La autopsia no reveló nada. Tampoco podía revelarlo: los médicos franceses desconocían el fármaco traído por Alexéi. No provocaba la muerte hasta el décimo día después de su ingestión y fue mezclado con los alimentos de Sedov antes de su ingreso en el hospital.

8

Le picaba la garganta, estaba resfriado, y los médicos le aconsejaron que no saliera. Stalin no fue al Kremlin. Era un día sombrío. Por orden SUYA no habían retirado la nieve de la terraza. No aparecían huellas, de modo que nadie se había acercado. Y, como siempre, la visión de la nieve blanca e incólume le resultaba relajante. Había nieve en los árboles y en el tejado del cuerpo de guardia. La nieve de los tejados sólo se retiraba cuando ÉL se marchaba al Kremlin. Mientras ÉL permanecía en la dacha, estaba prohibido subir al tejado y tirar la nieve con palas: no le gustaba oír sobre su cabeza el rechinar de las palas, no le gustaba escuchar pasos arriba. Tampoco se retiraba la nieve del camino que conducía desde el portón hasta la casa por temor a despertarle.

La estancia se hallaba un poco en penumbra, pero Stalin no encendió la luz: habría desaparecido la sensación confortable que le causaban el silencio y el recogimiento de su casa en los días oscuros de invierno como aquél. Se había lavado, pero no se afeitó: nadie iba a verle aquel día.

Válechka trajo el desayuno en una bandeja.

-¿Cómo se encuentra usted, Iósif Vissariónovich? ¿Cómo está de salud?

-Bien. Voy a ir a la biblioteca. Ella le contemplaba con timidez.

-¿Por qué me miras así? ¿No me reconoces?

-Había dicho usted que no saldría, Iósif Vissariónovich. Y los médicos...

-Los médicos me permiten ir a la biblioteca -la atajó Stalin.

-Entonces, muy bien; perfecto.

El «muy bien» y el «perfecto» se tradujeron en que, cuando Stalin salió, con botas de fieltro, zamarra de piel y gorro de orejeras, el camino que conducía a la biblioteca estaba limpio de nieve, así como el porche de la propia biblioteca, una casa de madera con una planta socavada en la tierra. Dentro de la biblioteca, bien ventilada, el ambiente era templado. ¿Cómo se las habrían ingeniado en tan poco tiempo?

¹⁹ Lubianka: Nombre dado corrientemente a la sede del NKVD por el de la plaza donde se encontraba enclavado.

²⁰ Yasha: Diminutivo de Yákov.

Los libros estaban bien distribuidos en las estanterías, clasificados por materias y por orden alfabético, de modo que ÉL encontrara fácilmente el que necesitaba: no podía perder tiempo en búsquedas. Carlos Marx decía que su ocupación predilecta era rebuscar entre los libros. Carlos Marx no dirigía un estado; tenía tiempo para rebuscar entre los libros. Lenin, que utilizaba la Biblioteca Pública Estatal, de donde no estaba permitido sacar libros, pedía siempre uno para el domingo y lo devolvía el lunes por la mañana. ¿Quería dar ejemplo, como jefe del gobierno, de observancia de las leyes? No; simplemente era la costumbre del intelectual de observar rigurosamente las normas vigentes en las bibliotecas. Lenin, en esencia, era un hombre de libros, y de ahí sus grandes fallos. Para ÉL, en cambio, un libro era un instrumento de trabajo. Nada más.

Encima de la mesa espera uno: *Relatos acerca de la infancia de Stalin*. Han imprimido un ejemplar para él y esperan su visto bueno antes de lanzar la tirada. Pues no obtendrán su visto bueno. El libro es malo. Innecesario. Todo resulta dulzón, mojigato: los bondadosos progenitores, la familia bien avenida. ¡Mentiras! Lo más irritante son los «paisanos» que la autora saca a colación a cada momento. ¡Qué afán de figurar tienen esos hijos de perra! Se jactan de una «amistad entre niños» que no existió. ÉL no recuerda a esos chicuelos arrogantes y crueles que le despreciaban y le ignoraban. Ahora, todo son encomios: entes insignificantes, lo que quieren es entrar así en la historia.

La autora, una mujer rusa, ha saturado de tipismo georgiano barato todo el libro. ¡Querría bailarle el agua, la muy estúpida! Lo ha plagado de nombres georgianos, y en diminutivo además: Zurikó, Besikó, Temrikó, Otarikó, Gogui... Los niños rusos se van a morir de risa con eso de Sosó y Sosikó...

Basta con que un niño, Volodia Uliánov, tan guapito, tan rubito, con el pelito rizado, lo que es un niño de una familia señorial rusa, figure en todas las insignias y todos los banderines²¹. ¿Qué falta hace otro niño? Y, por si fuera poco, con un diminutivo tan extraño y ridículo como Sosikó. ¡Para los niños soviéticos! Los niños soviéticos no deben imaginarse a ÉL como un chico de su edad, sino como el líder todopoderoso, el camarada Stalin, con pantalón de montar y botas altas. A los niños les impresiona el uniforme militar. Lenin está ya lejos; pero ÉL está vivo, y como tal deben imaginarse los niños soviéticos: como un padre vivo, como un Dios vivo. Muerto ya, Jesús puede ser representado como el niño recién nacido en Belén. Jesús y Lenin cumplieron su misión histórica y ahora pueden aparecer como criaturitas encantadoras. Pero ÉL, ¡no! ¡ÉL, no puede ser!

¡Qué afán de buscarle tres pies al gato! Un científico osetio, ¡el muy estúpido! ha escrito un estudio en el que pretende demostrar que el camarada Stalin descende del linaje osetio de los Dzugata. En Osetia existe, efectivamente, una aldea que se llama Dzugata, y Dzugata son todos los oriundos del lugar. A los que eran bautizados en la parte norte, les añadían la terminación rusa en «ev» u «ov»: Dzugáev, Dzugátov... En la parte del sur, el sacristán georgiano añadía la terminación habitual de «dze» o «shvili». Así se convirtieron sus antepasados en «Dzugashvili» y luego en «Dzhugashvili». Ahora, tanto los osetios como los georgianos quieren demostrar que es de los suyos.

Hitler ha prohibido que se escriba acerca de sus antepasados. ¡Y hace bien! El padre de Hitler, Alois, hijo natural de una campesina, llevaba el apellido de su madre, Schikelgruber. Luego apareció el padre, o sea, el abuelo de Hitler, que se apellidaba Hitler, y Alois Schikelgruber se convirtió en Alois Hitler, el mismo apellido que heredó su hijo Adolfo. Hizo bien Hitler: ¿qué necesidad había de que supiera todo eso el pueblo alemán? ¿Para que sirviera de mofa, para que se burlaran de cómo sonaría «Heil Schikelgruber»?

Hay unos idiotas husmeando en la biografía de Lenin: sus antepasados por línea paterna eran rusos y calmuco; por línea materna, suecos y judíos. ¿Qué falta le hace al pueblo ruso saber eso? Hitler exige la pureza de la raza. ÉL, no. SUS hijos tienen padre georgiano y madre rusa, con algo de mezcla alemana. ¿Y eso qué importa? El pueblo ruso es una mezcla de eslavos y ugrofineses, de turcos y mongoles. Dentro de la URSS hay que fomentar los matrimonios mixtos: así se constituye un pueblo soviético único. En cambio, hay que impedir los matrimonios con extranjeros: éstos fomentan el espionaje y la traición. ¿Adónde condujeron a los Romanov los enlaces con princesas extranjeras? A que el último zar, Nicolás II, fuera prácticamente alemán, pues sus antepasados estuvieron casados con alemanas y a Nicolás II no le quedaba ya sangre rusa. Por eso le derrocó el pueblo: el zar alemán, la zarina alemana, ¿cómo podía luchar contra los alemanes, que eran de su sangre?

ÉL no descende de una dinastía real ni necesita una genealogía. Su madre es georgiana, su padre fue bautizado como georgiano, de manera que él es de origen georgiano. Pero, de hecho, es ruso, pertenece ante todo al pueblo ruso, toda su vida y toda su actividad están relacionadas con el pueblo ruso. Y ese científico estúpido había llegado incluso a consultar el registro del año 1878 de la iglesia de Gori, donde figuraría que el 6 de diciembre les nació a Vissarión Ivánovich Dzhugashvili, campesino, y a su legítima esposa Ekaterina Gabriélovna, vecinos de Gori, un hijo al que se impuso el nombre de Iósif. Fue bautizado por el arcipreste Jajánov y el sacristán Kvinikidze el 17 de diciembre. ¿O sea, que él se quitaba un año? ¿Para qué iba a hacerlo? No, no conseguirían ponerle en evidencia.

²¹ Se refiere a las insignias y los banderines de la Organización de Pioneros de la URSS, fundada en 1922.

Las investigaciones serias acerca de su papel como líder y dirigente en la revolución, en la guerra civil y en la edificación del socialismo deben ser estimuladas; pero hay que poner fin, de una vez para siempre, a todo ese husmear en la biografía personal.

Stalin escribió con lápiz azul en una cuartilla:

Al Detguiz anejo al CC del Komsomol. Estoy rotundamente en contra de la publicación de Relatos acerca de la infancia de Stalin.

El libro contiene profusión de inexactitudes fácticas, tergiversaciones, exageraciones y alabanzas inmerecidas. La autora ha sido inducida en error por gente que se inventa cuentos y trolas (aunque sea con buena intención) y por tiralevistas. Aunque lamentable para la autora, el hecho es el hecho.

Sin embargo, esto no es lo esencial. Lo esencial es que el libro tiende a inculcar en la conciencia de los niños soviéticos (y de la gente en general) el culto a la personalidad de los líderes, de los héroes infalibles. Eso es peligroso y dañino. La teoría de los «héroes» y la «multitud» no es una teoría bolchevique sino eserista. Los héroes hacen al pueblo, lo convierten de multitud en pueblo, dicen los eseristas. El pueblo es el que hace a los héroes, les contestan los bolcheviques. Este libro lleva agua al molino de los eseristas. Cualquier libro como éste llevará agua al molino de los eseristas, perjudicará a nuestra causa común bolchevique. Aconsejo quemar el libro.

16 de febrero de 1938.

I. Stalin.

Metió la carta en una carpeta, la dejó a un lado y tomó otra. Eran los informes acerca de Trotski y de su IV Internacional y el Boletín de la Oposición; los repasaba a diario. «El stalinismo y el fascismo constituyen un fenómeno simétrico. Por muchos de sus rasgos se asemejan recíprocamente de un modo apabullador... » ¡Demagogia trotskista! La semejanza entre el bolchevismo y el nazismo reside en el odio a las democracias burguesas occidentales, ante todo a la arrogante Inglaterra. Hitler y él tienen enemigos comunes, y esos enemigos les acercarán en su momento. Pero, entre tanto, ÉL juega su juego con las potencias occidentales, les mete miedo con Hitler, igual que Hitler lleva su juego metiéndoles miedo con Stalin. Pero Hitler no se lanzará a combatir contra la URSS y agotarse en una guerra así teniendo a Inglaterra y Francia en su retaguardia. Trotski así lo comprende a la perfección, predice SU alianza con Hitler, quiere hacer de profeta, no cesa en su empeño. «Stalin destruye el partido bolchevique... Stalin entrará en la historia con el nombre despreciable del más aborrecible de los caines... Los monumentos que se ha erigido serán destruidos o llevados a los museos para ser expuestos en las salas de los horrores totalitarios. Y la clase obrera victoriosa levantará monumentos, en las plazas de la Unión Soviética liberada, a las desdichadas víctimas de la crueldad y la vileza stalinistas... El stalinismo será aplastado, destruido y cubierto de oprobio para siempre ... »

Pretende aplastarle, destruirle, ¡a ÉL! ¡Miserable! Ya veremos quién aplasta a quién. Si Slutski y Spiegelglas no lo consiguen, ya encontrará ÉL a otros que sepan cumplir esa misión del partido. A esa familia hay que exterminarla de raíz, no debe quedar ni rastro de ella.

Stalin extrajo de la misma carpeta la lista de los miembros de la familia de Trotski y la releyó por enésima vez:

Alexandr Dávídovich Bronstein, hermano mayor de Trotski, fusilado el año 37 en la cárcel de Kursk.

Borís Alexándrovich Bronstein, sobrino de Trotski, fusilado en octubre del año 37.

Oiga Dávídovna, hermana de Trotski, condenada a diez años de cárcel.

Alexandra Lvóvna Sokólskaia, primera esposa, murió en un campo.

Nina Lvóvna, hija mayor de Trotski, nacida de su primer matrimonio, murió de tuberculosis el año 1928.

Su marido, Nevelson, fusilado el año 1937.

La hija del matrimonio, Valia, nacida el año 1925, su pista se ha perdido a partir del punto de acogida de niños del NKVD, y hasta el momento se desconoce su paradero. ¡Los muy zánganos!

Zinaida Lvóvna Vólkova, hija menor de Trotski, se suicidó.

Su marido, Platón Vólkov, fusilado el año 37.

El hijo del matrimonio, Vsévolod Vólkov, nacido en 1926, vive en París con su tío Lev Sedov, hijo mayor de Trotski.

Serguéi Lvóvich Sedov, hijo menor de Trotski, fusilado el 29 de octubre del año 37.

Alexandr y Yuri, sobrinos de Trotski, fusilados.

Quedan vivos: el miserable de Trotski, su segunda esposa Natalia Sedova, el hijo mayor, Lev Sedov, y el nieto de once años, Vsévolod Vólkov. Ante todo, hay que eliminar a Trotski. En cuanto a Lev Sedov, conviene dejarle de momento. Nuestro agente Mark Zborovski goza de su total confianza, a través de él estamos informados de todo. Conque el hijo más tarde, después que el padre.

Fue un error dejar que Trotski se marchara al extranjero. Hubiera sido preferible llevarle a juicio como a todos esos otros canallas. Al cabo de diez horitas de pie a la pata coja, lo habría firmado todo. Esos miserables de Ríkov y

Bujarin han resultado ser tan basura como Zinóviev y Kámenev. Claro que se las quieren dar de «conscientes»: «Yo cumplo la orden del partido y en el juicio ratificaré mis declaraciones». ¡Mienten! Flaquean durante la investigación y firman todo lo que les presentan. Ahí está Vania Budiaguin, que no ha querido «cumplir la orden del partido». ¡Y bien que le han trabajado! Él mandó especialmente a Andréiev a presenciarlo, y Andréiev se desmayó al verlo. Qué nervios tan delicados para un miembro del Buró Político. El que mira se desmaya, y el que aguanta todo eso, no. Quiere decirse que es un hombre fuerte. En cambio, los que firmaron son flojos. Yagoda atizaba a otros, pero firmó todo en cuanto la emprendieron con él. Y Trotski también habría firmado. Todo lo habría firmado si hubiesen interrogado delante de él a su mujer, a los hijos y a los nietos. Y, si no, se hubiera podrido en la cárcel. Claro que se hubiera armado revuelo en occidente. Pero ¿y qué? ¿Qué quebranto pueden causarle a la Unión Soviética? Ninguno. Con tal de sacar provecho, los capitalistas están dispuestos a comerciar con el diablo. La filantropía es una cosa y otra cosa es el oro. También se tragarán el proceso contra Bujarin y Ríkov.

El proceso debe empezar el 2 de marzo. Un proceso abierto, con defensores, con representantes de la prensa, del cuerpo diplomático, de los intelectuales y, en particular, con asistencia de escritores. ¿No tienen a Bujarin por un especialista en poesía? Pues que le escuchen.

Un breve chirrido vino a interrumpir sus pensamientos. Prestó oído... Silencio. Y, de nuevo, el ligero y breve chirrido. ¿Un grillo? Sí, eso parecía. ¿Cómo habría ido a parar allí un grillo? Hacía mucho tiempo que no escuchaba el canto de un grillo. En su infancia, quizá... No, no recordaba que hubiese grillos en Gori... En la aldea, estando confinado, sí había oído a uno... Cantaba por las noches. A ÉL no le molestaba. Al contrario: producía un efecto agradable, sedante, recalcaba el silencio... ÉL estaba acostado, pensando, mientras detrás de la estufa un grillo solitario cantaba bajito, tímidamente... Pero, aquí en la biblioteca no hay estufa, hay calefacción central. Se conoce que los grillos no viven solamente detrás de las estufas o de los hogares. Por cierto que Nadia llevaba a los niños al Teatro de Arte a ver *El grillo del hogar*. Y él se imaginó que los grillos vivían sólo en las estufas. Pero, resultaba que no, que no vivían sólo en las estufas. ¿Y si se lo dijera a Vlásik? ¿Para qué? Se pondrán a buscar, revolverán todos los libros. ¿A quién molesta un grillo? No le hace daño a nadie, no es como las cucarachas o las chinches. ¿Canta? Pues que cante el pobre bicho.

Stalin se levantó, se puso la zamarra y el gorro. Prestó oído. El grillo se había callado. Aguardó un poco... Nada. El grillo seguía callado. Probablemente se habría dormido.

Stalin salió al porche. Había oscurecido. Aunque no había llegado aún la noche. Quizá no fueran ni las siete todavía. Había luces en la casa, encima de la casa, en el cuerpo de guardia y en las demás dependencias. También el camino que iba de la biblioteca a la casa estaba iluminado con faroles que colgaban de los postes. Se veían centinelas junto al portón y en las garitas a lo largo de la valla. Stalin se quedó unos momentos aspirando el aire todavía frío y algo húmedo de febrero y fue hacia la casa.

Comió solo. Ezhov esperaba en el cuerpo de guardia. Válechka recogió la mesa, y Stalin dio orden de que pasara Ezhov.

Se presentó con sus carpetas, bajito, casi un enano de ojos color violeta. Un quebrantahuesos duro de mollera y poco instruido. Es incapaz de tomar por su cuenta decisiones acertadas. Acude a ÉL por cualquier menudencia, pide el visto bueno para la menor acción. Como que se podría dudar si el comisario del pueblo de Asuntos Interiores es ÉL o es Ezhov. Después de destituirle se podrá poner en libertad a algunos militares y demostrar así que fue Ezhov quien los hizo condenar injustamente. El pueblo se alegrará: tanto ÉL como el pueblo estaban equivocados con Ezhov. Un borracho empedernido, un alcohólico. Eso significa que se va de la lengua. A ÉL no le conviene un testigo así. Le sustituirá Beria. Beria es un hombre decidido, nada tonto, y le entiende perfectamente.

Stalin indicó una silla a Ezhov, advirtiéndole:

-Estoy resfriado, conque no se acerque demasiado. ¿Qué trae?

Ezhov dejó sobre la mesa las actas de los últimos interrogatorios. Stalin las hojeó. Bien. Los acusados habían firmado lo que la víspera ordenó él añadir a sus declaraciones.

Stalin cerró la carpeta.

-¿Qué hay de Budiaguin?

-Sigue sin prestar declaración, camarada Stalin. Yo mismo le he interrogado, le han hecho acusaciones durante los careos, y ... No confiesa, camarada Stalin.

Stalin levantó su mirada pesada hacia Ezhov.

-¿Podrá usted con Budiaguin?

-Claro que sí, camarada Stalin.

-No -replicó sombríamente Stalin-; no podrá con él. Conozco a Budiaguin desde los tiempos en que estuvimos confinados. No pierda más tiempo con él. Fusile a Budiaguin.

-A la orden, camarada Stalin.

-¿Qué hay de Trotski?

-Se ha recibido una comunicación importante, camarada Stalin: Lev Sedov, el hijo de Trotski, murió ayer en París, en un hospital.

Stalin contemplaba a Ezhov con su mirada fija y pesada.

-¿Por qué ha muerto?

-Ya le informé, camarada Stalin, de que a su lado tenía a uno de los nuestros...

-Le he preguntado por qué ha muerto -le interrumpió Stalin.

-Fue una disposición del camarada Slutski y de Spiegelglas.

-Le estoy preguntando a usted, y no a ellos, ¿por qué ha muerto?

-Se pensaba que, muerto Sedov, Trotski se llevaría a Zborovski a México.

Stalin descargó un puñetazo sobre la mesa.

-¡Imbéciles! ¡Miserables! Después de la muerte de su hijo, Trotski no llevará jamás a Zborovski a su lado. Al contrario: extremará las medidas de precaución. ¡Idiotas! Ha sido una acción contraproducente. Spiegelglas está saboteando la misión principal. Slutski es un hombre de Yagoda. ¿Por qué le mantiene todavía en el comisariado del pueblo?

-Ya le informé a usted, camarada Stalin. Su detención asustaría a los agentes que tenemos en el extranjero. Ha sido destinado al Uzbekistán. Uno de estos días saldrá para allá.

Stalin quedó pensativo. De nuevo alzó su mirada pesada hacia Ezhov.

-Saldrá para allá... Organícele una buena despedida.

9

Vadim se despertó de excelente humor. Fuera de la cama, movió un poco los brazos para desentumecerse y fue al cuarto de baño.

-¡Pon a calentar la tetera! -le gritó a Fenia, que estaba en la cocina y, como siempre, tenía enchufada la radio: transmitían canciones de compositores soviéticos.

Por lo general, Vadim le ordenaba inmediatamente «Quita esa tabarra»; pero ese día, en cambio, coreó la canción con voz algo bronca, llevando el compás mientras se duchaba.

Sí, aquél era un día espléndido, un día maravilloso. Pasó a la cocina sin dejar de cantar. Las tostadas olían bien. Fenia se sentó a su lado y le miró con arrobó.

-De manera que Kalinin en persona ha firmado tu condecoración, ¿sí?

-No, la condecoración no. Lo que ha firmado ha sido el decreto concediéndola.

-¡Qué felicidad! ¡Pero qué felicidad!

Fenia se alegraba sinceramente por él. Su padre, en cambio, acogió la noticia con indiferencia, pasó una mirada displicente por el periódico. Mal hecho: entre los varios miles de escritores que había en el país, sólo habían condecorado a ciento setenta y dos. Shólojov, Fadéiev, Tvardovski, Katáiev, Marshak, Mijalkov, Gladkov... Y, al lado de esos corifeos, papaíto, está el nombre de tu hijo. ¡Mira! ¡Fíjate cómo me estiman!... Y que te lo diga Fenia, está llegando una lluvia de telegramas de felicitación: de periódicos y revistas, de editoriales, de teatros, de estudios cinematográficos, de no sé cuántos comités y departamentos...

-A todos esos amiguetes y esos charlatanes los has dejado con tres palmos de narices -celebraba Fenia, y se refería a Ershílov, claro. Fenia le tenía ojeriza, fruncía los labios cuando aparecía por allí y, aunque era analfabeta, su intuición femenina no la engañaba. Ershílov, aparentemente el mejor amigo, había farfullado unos cuantos lugares comunes al felicitarle: le daba envidia que hubieran condecorado a Marasévich y a él no-. Tú eres el más inteligente de todos -añadió Fenia, y le acarició la cabeza con la mano como cuando era niño.

Sonó el teléfono. Era Zhenka Delanovski.

-¿Qué hay, Vadim? ¿Tocan a pinchar?

Aludía a que, para lucir la condecoración, tendría que hacer un agujero en la solapa. La broma no era demasiado ingeniosa. Zhenka Delanovski había estudiado en la misma escuela que Vadim, en el pasaje Krivoarbatski, aunque Vadim iba tres cursos por delante de él. Entonces publicaba ya versos en *Pionérskaia Pravda*, el periódico de los pioneros, y ahora escribía para *Komsomólskaia Pravda*, el periódico del Komsomol. Un muchacho capaz, pero demasiado desenvuelto. Siempre con chistes de tres al cuarto, estúpidos retruécanos y poniéndole rima a todo lo habido y por haber. Una vez, estando en el restaurante de los escritores le preguntó a Vadim: «¿A quién vas a ermilovar mañana?». O sea: a ti te protege Ermílov, y tú nos criticas cuando él te lo manda. Una palabra que le dijera Vadim a Altman, una frase suya en un informe, y no quedaría ni rastro de Zhenka.

¡Bah! Zhenka era purrela y no merecía que Vadim se ocupara de él. Pero tendría que pararle los pies. Y era hora de hacer lo mismo con el poeta Vasíliev.

-¡Felicidades por *Los muchachos alegres*!

Ese nombre le daban a la Insignia de Honor porque esta condecoración representaba a una obrera y un obrero jóvenes. Pero, una cosa era decirlo en broma, en abstracto, vamos, y otra cosa era felicitar a alguien de ese modo: resultaba humillante. Ya se lo tendría en cuenta cuando se presentara la ocasión.

Otra vez el teléfono: Klavdia Filíppovna, la directora de la Editorial Estatal de Literatura.

-Una distinción merecida, muy merecida.

Y así todo el día. Sentado junto al teléfono, Vadim recibía felicitaciones y, entre llamada y llamada, le daba vueltas al número del *Pravda* que publicaba la lista de los condecorados. Había comprado diez ejemplares en el quiosco. Guardó nueve en su mesa y en el décimo iba calculando cuántos eran los condecorados de Moscú, de Leningrado, de Kíev..., cuántos críticos había, cuántos tenían su edad. Resultaba que, en esencia, de los críticos moscovitas y jóvenes, él era el único condecorado.

Por la tarde, Vadim fue a un mitin organizado en la Unión de Escritores. Hicieron uso de la palabra los más famosos para agradecer al partido, al gobierno y al camarada Stalin personalmente su paternal solicitud por la literatura soviética. Y cuando alguno mencionaba el nombre del camarada Stalin, todos se ponían en pie y aplaudían. Una resolución expresando ese agradecimiento al partido, al gobierno y al camarada Stalin personalmente fue aprobada por unanimidad en medio de atronadores aplausos.

Ahora Vadim era acogido con alborozo en todas partes. Recorría las redacciones donde solía colaborar, iba de un despacho a otro, de un departamento a otro, en apariencia para resolver algún asunto, aunque en realidad era para hacerse ver y recoger sonrisas y felicitaciones. Y si en algún sitio no paraban mientes en él, se ofendía; no por él naturalmente, sino por la literatura soviética: esos idiotas no leían los periódicos. ¡Y eso que trabajaban en el frente ideológico!

De todas maneras, le felicitaban o no, al fin se había hecho realidad su recóndito anhelo: ésos de arriba, los importantes, le reconocían como uno de los suyos. Distinguido con una condecoración del gobierno, era ya uno de ellos, uno de los dueños y señores de la vida. Ahora tenían que adscribirle al servicio sanitario del Kremlin, porque no son tantos los escritores soviéticos condecorados, ¿verdad? En ruso se designa a una persona condecorada con el sustantivo *ordenonósets*, que significa «portador de una condecoración». Es una bonita palabra, suena bien. En Francia, por ejemplo, se dice «Caballero de la Legión de Honor». Pero caballero, kavalier, que decimos en ruso, resulta frívolo, es como el galán de una dama. *Ordenonósets*, en cambio, es un vocablo puramente soviético, fuerte, importante, como *oruzhenósets*, que no es simplemente escudero, sino «portador de las armas», *bronenósets* o «portador de coraza», y no «acorazado» y, mejor aún, *mechenósets* o «portador de espada», que indica la pertenencia a la hermandad de la caballería andante, suena con fuerza, virilmente. ¿Y qué hay de *rogonósets*, o «portador de cuernos»? El vocablo le había acudido de pronto a la mente, pero no tenía nada que ver con aquello.

Otra cosa: corría el rumor de que Stalin había repasado personalmente la lista de los condecorados y no le satisfizo la valoración poco elogiosa que hizo Kataiev de la obra de Mijalkov. De su enfado contra Kataiev resultó que ordenó darle a Mijalkov una condecoración más importante que la propuesta al principio. Ahora, Seriozha Mijalkov subirá como la espuma: un hombre de talento, el poeta predilecto de los niños... Kataiev, en cambio, las va a pasar moradas. Le está bien empleado: es el típico caradura odesita, insolente y soberbio... Pero, ¿qué se habría hablado de él, de Vadim? Puesto que le habían condecorado, hablarían bien. Pero, ¿qué se dijo exactamente, y quién lo dijo? ¿Acaso fue el propio camarada Stalin? Algo así como: «Por cierto, he visto artículos de un tal Marasévich... ¿Se trata del mismo?». «Sí, camarada Stalin, del mismo.» «Bueno, pues es un hombre capaz y mantiene unas posiciones correctas. Hay que estimular a los jóvenes talentos.» Naturalmente, quizá no sucediera nada parecido. El camarada Stalin pudo preguntar sencillamente quién era ese Marasévich, se lo dijeron, y Stalin dejó a Vadim en la lista. A Vadim le habría gustado conocer los detalles. Pero, ¿a quién dirigirse? No era cosa de preguntarle a Fadéiev: «Y dígame, Alexandr Alexándrovich, ¿qué dijo de mí el camarada Stalin?». Fadéiev le miraría de arriba abajo, con los ojos congestionados de la última borrachera: «¿Acaso le conoce? Ni siquiera pronunció su nombre».

Y una cosa más: al aprobar la lista, ¿sabría el camarada Stalin que él era Vadim pero también Vatslav? Porque la lista la habrían aprobado también en la Lubianka, claro. Y habrían dejado su nombre. O sea, que estaban seguros de él. Y el camarada Stalin también estaba seguro.

¿Cuándo les entregarían las condecoraciones? Sería en el Kremlin, claro; y las entregaría Kalinin, claro. Pero ¿cuándo podría colocarse por fin la condecoración en la solapa de la chaqueta, cuándo vería por fin todo el mundo que era *ordenonósets*?

En el teatro Vajtángov le felicitaron el director y el director artístico. Pero de los actores, ninguno. Esos pánfilos no leen los periódicos. Como no sea para aprenderse sus papeles, la letra de molde les tiene sin cuidado. Ni siquiera Veronika Pirozhkova, que no dejaba de decirle alguna frase agradable siempre que se encontraban, ni siquiera ella aludió a la condecoración: no lo sabía. Era humillante. Pirozhkova, como todos allí, le trataba amablemente, pero sin

la adulación que suele observarse en los teatros ante un crítico teatral. Era una rubita delgada, de edad indefinida - igual se le podían dar dieciocho años que treinta-, con el pelo rizado, boca caprichosa y grandes ojos azules que siempre sonreían a Vadim. No le llamaba por el nombre y el patronímico, Vadim Andréievich, como todos, sino simplemente Marasévich, y su sonrisa tenía un matiz burlón, como si se mofara de la importancia de su persona o de que él no respondiera a sus avances. Pero, a sus veintiocho años, Vadim no había tenido relaciones con ninguna mujer y, cuando surgían situaciones de éstas, se acobardaba. Veronika era de su agrado y le desasosegaba con su mirada, su sonrisa burlona y su familiar «Marasévich». A Pirozhkova le daban siempre papeles secundarios y, sin embargo, Vadim había reseñado en uno de sus artículos: «V. Pirozhkova interpreta de manera convincente a Anna, que, si bien es un personaje secundario, tiene mucha fuerza». Veronika le besó entonces delante de todos, en el teatro: «¡Gracias, Marasévich!». Los actores y las actrices suelen besar a la gente venga o no a cuento, pero el beso de Pirozhkova fue como una quemadura para él. Por las noches imaginaba que estaban juntos, que ella le abrazaba y le besaba, la veía desnuda y entonces se levantaba y daba vueltas por su cuarto para no volver a cierto hábito de la infancia que su padre logró quitarle...

¡Por fin! Fue en el Kremlin. Hizo entrega de las condecoraciones Mijaíl Ivánovich Kalinin en persona.

Nombraron a Vadim. Él se acercó. Mijaíl Ivánovich le tendió el estuche con la condecoración y el documento, le estrechó la mano y le sonrió. Y no es que le sonriera simplemente, igual que sonreía a todos, sino que lo hizo con agrado, como a un viejo conocido. Cuando pasaron a otra sala para que le hicieran al grupo la fotografía de rigor, Kalinin, que estaba sentado en la primera fila, volvió la cabeza como buscando a alguien con la mirada, pero no lo encontró. Vadim quedó persuadido de que le buscaba precisamente a él. Quizá no hubiera leído sus artículos, pero a su padre sí le conocía porque su padre era médico suyo. Lástima que nadie se diera cuenta. Cada uno de los presentes, encantado con su condecoración, estaba convencido de que era precisamente a él a quien Kalinin prestaba una atención especial y precisamente su persona era allí la más importante.

Cuando volvió a casa, Fenia le hizo un agujero en la solapa con un punzón, lo ribeteó con unas puntadas menudas y Vadim fijó la condecoración. Se puso la chaqueta, se miró en el espejo... ¡Despampanante! Y Fenia, desde la puerta, le contemplaba con arrobó:

-Está bien, Vadímushka, hace muy bonito. Por Dios, que pareces todo un comisario del pueblo... -Su voz se quebró de pronto-. Si Serguéi Alexéievich te viera, ¿cuánto se alegraría! Él te quería mucho, Vadímushka, desde que eras un niño.

¡Imbécil! Con mentar a aquel estúpido peluquero le había echado a perder toda su alegría.

Aunque, ¿por qué? No, no había echado nada a perder. Lo del peluquero se había terminado. Vadim no tenía la intención de atormentarse toda la vida con su historia. Él se lo había buscado. Cabezas más altas están cayendo, gentes más importantes confiesan, y él no quiso. ¡Basta ya de pensar en ello!

Al día siguiente, Vadim anduvo de nuevo por diversas redacciones. Dejaba el abrigo en el guardarropa y recorría los despachos luciendo la condecoración en la solapa. Todos le felicitaban, admiraban la condecoración, y también se sumaban al coro general los que la vez anterior no estaban enterados. Vadim recibía las felicitaciones con modestia y dignidad: no se trataba de un mérito suyo personal, la distinción no era para él, sino para la literatura soviética, y eso sí le causaba a él una alegría y un orgullo sinceros.

Por la noche, Vadim fue al teatro Vajtángov, dejó el abrigo en el despacho del administrador, se metió entre bastidores como buscando a alguien, abrió la puerta del camerino donde Pirozhkova y otras pequeñas actrices se preparaban para la función, las sorprendió a medio vestir delante de los espejos... Oh, perdón, ustedes disculpen... Pero Pirozhkova le había reconocido, corrió a él, le hizo entrar en el camerino.

-¡Chicas, mirad: han condecorado a nuestro Marasévich! Le echó los brazos al cuello, le besó, y las otras muchachas corrieron también a Vadim y le besaron. -Perdonen ustedes -farfullaba Vadim-: estoy buscando a Komarov...

-¿A Komarov? -repitió Veronika-. Andaba por aquí. Enseguida se lo encuentro.

Salieron al pasillo. Veronika susurró:

-¿Está libre esta noche?

A Vadim le dio un vuelco el corazón.

-Sí...

-Vamos a celebrar su condecoración. Yo trabajo sólo en el primer acto.

-Encantado. Iremos a algún restaurante. La muchacha sacudió la cabeza.

-No, no. Eso, no. Hay malas lenguas por todas partes, y luego dirían que yo le provoqué... o cualquier otro chisme. Le temblaba la voz y asomaban lágrimas a sus ojos.

-¡Por Dios! -se sobresaltó Vadim-. No se ponga así. No llore.

Ella se enjugó los ojos con un pañuelito.

-Me duele que hablen mal de mí. Sencillamente, me alegro de que le hayan condecorado. Para mí es como una fiesta. Mejor será que vayamos a mi casa un rato. Podemos escuchar algo de música. Yo vivo sola. ¿Le parece?

-Bueno -asintió Vadim con un hilo de voz.

-Después del primer acto, le espero en la calle, en la salida de los artistas.

Le dio un beso en la mejilla y escapó, presurosa.

Vadim presencié el primer acto angustiado, sin ver lo que ocurría en el escenario. Una cita a solas con una mujer, en su casa... «Vivo sola ...» ¿Por qué sola? Ha venido de Penza... probablemente vive de realquilada, o puede que sea casada y el marido esté en comisión de servicio... ¿Y si vuelve de pronto? No; a él, a un hombre condecorado, no se atrevería a hacerle nada. Lo que le asustaba era otra cosa... Que no resultara. Le había ocurrido ya en dos ocasiones. ¿Y si le volviera a ocurrir? Pero no tenía escapatoria: Veronika le esperaría en la calle y estaba helando. Y había otro problema: ¿cómo se marchaba después del primer acto? Pensarían que no le gustaba la obra, que era engreimiento por su condecoración. Porque un crítico, le guste o no le guste un espectáculo, debe quedarse hasta el final. Habría de fingir que se ausentaba por algún asunto urgente.

En el entreacto volvió al despacho del administrador, tomó el teléfono, marcó unos números, hizo como si le contestaran, incluso rogó a los que estaban allí que hablaran más bajo.

-Sí, sí... ¿Cuándo? Ah, ya... Entendido. Ahora mismo salgo para allá. Sí, inmediatamente. Llame usted y diga que llegaré dentro de veinte minutos.

Dejó el auricular y miró a todos con aire significativo.

-Lo lamento, pero debo marcharme enseguida.

-¿Ocurre algo, Vadim Andréievich?

-Una convocatoria... -pronunció como si dicha convocatoria partiese de las más altas instancias, incluso del Comité Central, quizá.

Vadim entró con Veronika en un comercio de la calle Gorki, compró vino de oporto, salchichón, queso, un tarro de pepinillos en vinagre, pescado ahumado... Compraba con largueza, para quedar bien delante de la muchacha. Ella sacudía la cabeza -«Marasévich, Marasévich, ¿qué falta hace comprar tanto?»- y al mismo tiempo pasaba revista a los expositores por si descubría alguna otra cosa apetitosa.

Veronika vivía en el pasaje Stoléshnikov («En lo más céntrico», recalcó con orgullo), en un apartamento grande, compartido por varios inquilinos. Por el pasillo, fue indicando.

-Éste es el aseo. Éste es el cuarto de baño. Usted no haga caso de nadie. ¡Cursilones! Hablaba en voz alta, sin importarle lo más mínimo que pudieran oírla los vecinos. Veronika ocupaba una habitación pequeña, parcamente amueblada. Condujo a Vadim hacia la ventana.

-Mire, Marasévich, que vista tan bonita.

-Preciosa -encomió Vadim, aunque era de noche y no se veía nada. Algo rechinó a su espalda, y dio media vuelta, sobresaltado.

La puerta del armario se había abierto sola. Cayeron al suelo algunas prendas arrugadas, que Veronika se apresuró a meter de nuevo en el armario. Luego ajustó la puerta con un periódico doblado que introdujo en la rendija.

-Ahora, póngase unas zapatillas. ¿A que está mejor así?

-Muy cómodo, sí.

-¡Y fuera la chaqueta también! -dispuso Veronika-. Aquí tenemos buena calefacción.

Le ayudó a quitarse la chaqueta, que colgó en el respaldo de una silla. Luego se puso a desenvolver las compras. Sólo tenía dos platos: en uno dispuso el salchichón, el queso y la mantequilla; en el otro, el pescado. El pan, lo cortó sobre un periódico.

-Así, como los estudiantes. Usted no estará acostumbrado a este servicio de mesa, ¿verdad?

Vadim encogió sus gruesos hombros al protestar:

-¿Qué tiene de particular?

-Una mala racha -pronunció enigmáticamente Veronika-. Además, no me gustan las cursilerías... Abra la botella, Marasévich. ¿Un sacacorchos? La verdad es que no tengo sacacorchos. Es la primera vez que bebo vino en esta casa, y eso en honor de su condecoración. ¿Se da cuenta, Marasévich?

-Claro que sí, claro que sí.

-Péguele a la botella por debajo con la palma de la mano. ¿No ha visto cómo se hace? Vadim le dio vueltas a la botella, le pegó en el fondo con la mano.

-Lo haremos de otra manera. -Veronika le quitó la botella-. Hundiremos el tapón, y se acabó. Precisamente tengo un destornillador.

Y se puso a manipularlo.

-Aunque el tapón quede dentro, no tiene nada malo.

Cuando consiguió abrir la botella, escanció vino en dos pequeños vasos de vidrio aristado y levantó el suyo.

-Por la importante y merecida ¿se da usted cuenta, Marasévich? «merecida» distinción que le ha otorgado el gobierno.

Y apuró su vaso después de chocarlo con el de Vadim.

Vadim sólo tomó un sorbo.

-Eso no vale -protestó ella sacudiendo sus rizos-. Por la condecoración, para disfrutarla, hay que apurar el vaso.

Vadim obedeció. Ella le presentó un pepinillo con un tenedor.

-Tome esto. Y algo de pescado. Yo le prepararé un bocadillo.

-Lo hizo, con mantequilla, salchichón y queso-. Pruebe éste de tres pisos.

A Vadim le gustó. Siguió comiendo con buen apetito, pescado, salchichón y queso. Además, temía embriagarse porque, entonces, seguro que no resultaría nada.

Entre tanto, Veronika volvió a llenar los vasos.

-Ahora, brindemos por usted -dijo entonces Vadim-. Por sus éxitos en el teatro. Por el merecido reconocimiento de su talento.

-En el teatro, no basta con el talento -profirió ella con una mueca-. Los actores son unos envidiosos. Cada uno trata de ponerle la zancadilla a los demás. Vamos a dejarlo. No quiero hablar de eso.

Hoyes tu día, tu fiesta... ¡Ay, Marasévich! Ya te hablo de tú.

-Estupendo. Yo haré lo mismo.

-Entonces, hay que beber a la *bruderschaft*. -y repitió, cantando-. A la *bruderschaft*, a la *bruderschaft*... Marasévich, Marasévich, vamos a beber a la *bruderschaft*.

Enlazaron los brazos en cuya mano sostenía cada uno su vaso, bebieron y se besaron.

Veronika dejó su vaso encima de la mesa.

-¡No! Esto no basta para la *bruderschaft*.

Se acercó con su silla a Vadim, le tomó la cabeza entre las manos, le dio un beso largo, fijando en sus ojos una mirada también larga, seria, incluso dolorosa, y dijo de pronto:

-¿Quieres que prepare una tortilla con salchichón? Verás que buena está. Picó un trozo de salchichón, puso cuatro huevos y un poco de mantequilla en un plato y se fue a la cocina.

Vadim se quedó solo. El temor a un posible fracaso le dominaba ya totalmente. Y entonces se enfrentaría, como había sucedido ya, con el desdén mal disimulado, los bostezos, la mirada huidiza, la indiferencia al despedirse. Y, en el teatro, se lo contaría a sus amigas: «Marasévich es impotente». No debía haber venido. No conviene tener aventuras con mujeres pertenecientes al círculo en el que uno se mueve. Aunque, quizá resultara. Aquella Pirozhkova parecía muy segura de sí misma. También él debía estarlo. El médico se lo había dicho: «No le encuentro nada anormal. Usted, no se reprima. Lo que le ocurre es precisamente por eso, por reprimirse». Quizá resultara hoy. Y, si no resultaba, se fingiría ebrio: como le había hecho beber, la culpa sería de ella.

Regresó Veronika con una sartén en la mano, partió la tortilla, echó vino en los vasos.

-Vamos a beber por la felicidad, Marasévich.

-¡Por la felicidad! ¡Por tus éxitos!

De nuevo se le humedecieron los ojos a Veronika.

-¿Qué tienes? ¿Qué te ocurre? -inquirió Vadim preocupado.

Ella se enjugó las lágrimas.

-¡Bah, tonterías! Recuerdos desagradables. Se acabó. Bebamos. Picando trozos de tortilla, le decía: -Ahora te van a tener todavía más miedo en el teatro. ¡Ya verás! Porque lo del respeto es cuento. En realidad, te tienen miedo. Esas que presumen de títulos... Artista del Pueblo, Artista Emérita... , son unas zorras. Cualquiera de ellas se te mete en la cama con tal de que la elogie en un artículo. ¡Bah, anda y que las...! Vamos a bailar.

-Yo bailo mal. Además -señaló la botella-, como he bebido...

-¿A eso le llamas beber? ¡Tonterías! Bueno, si no quieres bailar, jugaremos a las cartas. -y ya tenía una baraja en la mano sin que Vadim supiera de dónde la había sacado-. Es un juego muy sencillo, fíjate: yo levanto el naipe de arriba y tú tienes que adivinar si es rojo o negro. Si aciertas, yo me quito una prenda; si no aciertas, te la quitas tú. ¡A ver, Marasévich! ¿Negro o rojo?

-Rojo -profirió Vadim sorprendido porque no había oído hablar nunca de aquel juego.

Veronika levantó el naipe de arriba: el siete de diamantes.

-Caballeros, Marasévich ha acertado. Me quitaré el cinturón.

Así lo hizo.

-Sigamos.

-Rojo -murmuró Vadim.

Ella levantó un naipe: el as de corazones.

-Has acertado otra vez. Ni que fueras brujo, Marasévich.

Se levantó, se quitó el vestido sacándose por la cabeza y quedó en combinación de seda blanca con tirantes muy finos y un gran escote que dejaba ver los pechos.

Vadim no se atrevía a levantar los ojos. Veronika tomó la baraja otra vez.

-¿Qué color?

-Rojo -repitió Vadim.

Ella volvió el naípe: la reina de tréboles.

-No has acertado, Marasévich, no has acertado -exclamó Veronika encantada-. Dios es justo. No podías acertar siempre, ¿verdad? Quítate una prenda.

-Me quitaré la corbata -pronunció tímidamente Vadim.

Ella misma le deshizo el nudo y dejó la corbata encima de la mesa.

-Sigamos.

-Negro...

Apareció el diez de corazones.

-Me quitaré el reloj.

-Mira qué listo. ¿Desde cuándo es el reloj una prenda de vestir? Quítate el jersey. Quítatelo, guapo, quítatelo, y no hagas trampas. -De pronto, arrojó los naipes sobre la mesa-. Oye, Marasévich, ¿por qué perdemos el tiempo con este juego de niños? ¿Yo te gusto?

-Claro que sí, claro que sí -farfulló Vadim.

-Y tú a mí también. Conque, vamos a meternos en la cama. Somos adultos, somos personas conscientes... Desnúdate, encanto. -Se subió la combinación, soltó una liga, se quitó una media-. ¿Quieres que apague la luz?

A oscuras, la oyó moverse, quitar la colcha, y luego su voz, cuando el colchón cedió bajo el peso de su cuerpo.

-Vamos a calentar la camita para Marasévich: así, que se sienta a gusto. Anda, Marasévich, ven. No temas, que todo irá bien. Ven, queridito mío, no seas vergonzoso. Dame la mano. -Encontró su mano, le tanteó el cuerpo, ayudándole a quitarse el calzoncillo-. Así. ¡Qué bien se está contigo en la cama! Acuéstate, queridito mío, acuéstate y no temas nada... Déjame a mí. Verás qué bien lo pasas.

Efectivamente, todo resultó bien. Hábil y experimentada, tomó ella la iniciativa. El placer disfrutado por primera vez le hizo sentirse orgulloso a Vadim. ¡Era un hombre! La segunda vez también resultó. Veronika le susurraba con ardor al oído: «Así, querido mío, así. Muy bien. Calma, tómallo con calma. ASÍ, bien, muy bien».

Tenía un cuerpo cálido, flexible, y los pechos pequeños. Vadim los cubrió con la palma de la mano, y ella la oprimió con la suya.

-Las de nuestro teatro, que son unas superzorras y han pasado por sabe Dios cuántas manos, hacen melindres y se las dan de castas. Se van con cualquiera, pero primero juegan a las pudorosas. Tú a mí me gustas, y no veo nada malo en esto. ¿Para qué andarse con simplezas? ¿Digo bien, Marasévich?

-Claro que sí, claro que sí -asentía Vadim. Estaba tendido, vuelto hacia Veronika, aspirando el olor excitante de su cuerpo, feliz y sonriente en la oscuridad.

10

Los muchachos cobraban su sueldo de manos de Nonna, mujer de unos treinta años, despejada y capaz, ayudante de Semión Grigórievich y también amante suya. Cada cual firmaba en la nómina: todo legal, sin trampa ni cartón. Una vez, casualmente, se juntaron los cuatro a la hora de cobrar.

-Esto hay que remojarlo -declaró Gleb.

-Tienes razón -asintió encantado Lonia-. Ya se sabe: Stakánov por la mañana, Busiguin por la tarde y Krivonós por la noche.

Era un juego de palabras que hacía con los apellidos de tres famosos trabajadores de vanguardia. El de Stajánov, lo convertía en Stakánov, que viene de stakán, «vaso»; al pronunciar el de Busiguin hacía hincapié en las dos primeras sílabas, raíz de busói, que significa «borracho», y al decir Krivonós (literalmente «nariz torcida») se llevaba un dedo a la nariz y torcía la punta, dando a entender que se la había roto estando bebido.

Kanevski callaba.

-Y tú, ¿por qué no dices nada? -preguntó Gleb-. Ven con nosotros, hombre.

-No sé qué hacer -contestó Kanevski indeciso-. Yo tengo apalabrada la comida en casa, con los patronos.

-Trabajamos juntos, y ya que hemos cobrado hoy juntos, la costumbre es remojarlo. Kanevski torció el gesto.

-Si es la costumbre, bien está.

-Pero, no como si nos hicieras un favor, ¿eh? -le advirtió Gleb-. Somos de una misma colectividad y debemos mantenernos juntos.

Kanevski contestó con una sonrisa entre dolida y desdeñosa.

En el restaurante, buscaron una mesa apartada de la orquesta. Gleb dijo que bastante música tragaba todo el día. Pidieron una botella de vodka, una jarra de cerveza para cada uno y arenques salados con patatas hervidas.

Cuando Gleb acercó la botella a la copa de Kanevski, éste la tapó con la mano.

-Gracias, pero yo no bebo vodka.

-¿Habrás que pedir champán para ti? ¿De cuál quieres? ¿Del nuestro, francés... ? No nos fastidies con tanto individualismo, Kanevski.

-Está bien -dijo de pronto Kanevski, y alzó su copa.

-Así, hombre -Gleb sonreía descubriendo sus dientes blancos-, así se hace.

Todos bebieron, picaron un poco, tomaron una copa más. Gleb pidió otra botella y otra ronda de cervezas y una chuleta de cerdo para cada uno. Sasha miraba con preocupación a Kanevski. Puesto que no era bebedor, podía emborracharse y entonces tendrían que cargar con él, llevarle hasta su casa... Y sabe Dios dónde viviría. Por eso le hizo un gesto a Gleb y señaló a Kanevski como diciendo que ya era bastante para él.

Pero Gleb dijo:

-Lo estamos pasando en grande. ¡Bebamos por que los bailes occidentales prosperen en la ciudad de Ufá y en toda la república de Bashkiria! ¿Digo bien, Sasha?

-Bien, muy bien, pero creo que Misha ha bebido ya bastante. -Sasha puso la copa de Kanevski al lado de la suya-. No te importa, ¿verdad?

-Por mí... -Kanevski torció los labios-. Puedo beber y puedo no beber.

-Come algo. Mira qué chuleta te han servido. Tiene un poco de grasa. Un viejo chófer me dijo una vez: tú come algo con grasa y no te emborracharás.

-Es verdad -confirmó Lonia-: la grasa absorbe el alcohol y no le deja penetrar en el organismo.

-De acuerdo. -Kanevski se inclinó sobre su plato-. ¿Hay que comer? Pues se come. ¿Carne con grasa? Pues, carne con grasa. ¡Menos mal! No parecía borracho y se comió tranquilamente la chuleta.

-Quiero continuar mi brindis. -Gleb levantó de nuevo su copa-. Conque brindo por que los bailes occidentales prosperen entre los representantes de todos los pueblos que habitan en la república de Bashkiria: bashkires, tártaros, rusos, ucranianos, judíos, cheremises, mordvos, chuvashos y demás... Hay quien nos mira con malos ojos: unos frescales que, mientras la gente apenas en la producción, se sacan sus buenos cuartos bailoteando. Pues no señor. Nosotros somos gente del arte, de la cultura socialista. Porque el socialismo sin cultura no existe.

-No entiendo a qué socialismo te refieres -dijo de pronto Kanevski.

-¿Cómo? -Gleb estaba sorprendido-. Hablo de nuestro socialismo, del que ha vencido en nuestro país.

-El socialismo no puede ser nuestro o no nuestro -profirió Kanevski con los ojos clavados en el plato-. El socialismo es un concepto absoluto. Los fascistas alemanes también se llaman socialistas. Pero en realidad, mientras existan el ejército, la milicia y otros instrumentos de coerción, no puede hablarse de socialismo en el verdadero sentido de la palabra.

Gleb callaba, algo confundido. Luego sonrió: -Vaya, vaya: resulta que Kanevski es un tío muy puesto en teoría, y yo sin enterarme. -Y, sin transición-. Bueno, muchachos, vamos con la última. Todos bebieron, menos Kanevski. Gleb pidió la cuenta, dijo, lo que debía poner cada uno y, después de pagar, salieron a la calle. Serían las diez de la noche. Lloviznaba. Kanevski encorvó la espalda, se levantó el cuello del abrigo.

-Conque, en marcha, ¿eh? -dijo Gleb, no se sabía si en son de pregunta o de despedida, y echó a andar con Sasha.

A los pocos pasos, preguntó:

-¿Qué me dices, chico?

-¿A qué te refieres?

-A Kanevski. Es imposible construir el socialismo en un país sólo. Ya sabes: la teoría de Trotski. Te acuerdas, ¿no?

Gleb tenía razón, pero Sasha no quería echarle la soga al cuello a Kanevski.

-No hablaba de nuestro estado, sino del estado alemán, de un estado fascista.

-Oye, chico, que a mí no me la das con queso. ¿Cómo ha dicho? No hay socialismo mientras existan el ejército, la milicia...

Fíjate, ¿eh? No la policía, sino la milicia... ¡Chico! Eso se refiere a la Unión Soviética.

-La milicia, la policía... ¡Valiente cosa! No quieras hacer una montaña de un grano de arena.

-¿Y si esas palabras llegan a conocerse mañana allí? -señaló con la cabeza hacia la calle de Egor Sazónov, donde se encontraba el NKVD.

-¿Quién iba a irles con el cuento?

-¿Quién? Cualquiera. Pongamos que yo mismo.

-¡Vamos, hombre!

-¡Sí, sí! ¿Acaso me conoces tú de verdad? O incluso tú.

-¡No me digas!

-Sí te digo, sí. Tampoco yo te conozco a ti. O Lionia. Ni tú ni yo le conocemos. O el propio Kanevski. ¿Quién es Kanevski? Nos llaman y nos preguntan: «¿Dijo tal cosa?». «Sí.» «¿Por qué no nos han informado?» Y ahí tienes tú el motivo para un expediente: por no haber informado. Eso, en el mejor de los casos. Y en el peor, por pertenecer a un grupo trotskista -Gleb se detuvo de pronto, volvió hacia Sasha el rostro congestionado, apretó los puños y casi gritó-: A veces me entran ganas de pegar alaridos. ¿Te invitan los compañeros a comer juntos? Pues, ya se sabe: no tienes más que comportarte normalmente, con educación, y pasarlo bien con los amigos, ¿verdad? Pues no, los hay que siempre tienen que ponerse a hablar de lo que no deben, a farolear, a comprometer a los demás.

Era la primera vez que Sasha le veía en aquel estado.

-Cálmate, hombre. No veo ningún motivo para ponerse histérico -le dijo-. ¿A qué viene ese miedo? Si no ha pasado nada... Serénate. Estas cosas, la gente puede exagerarlas por temor, y luego le toca pagar las consecuencias.

Habían llegado a una esquina.

-Yo me voy por aquí -dijo Gleb con súbita calma.

-De todas maneras, piensa en lo que acabo de decirte.

-Lo pensaré, chico, lo pensaré -prometió Gleb.

-Procura dormir y reflexiona mañana, con la cabeza despejada.

-Eso haré, chico. Reflexionaré cuando esté sereno.

¡Qué historia tan estúpida! Kanevski era un imbécil y andaba mal de la cabeza. Acabaría metiéndose en algún lío, y metiendo también a los demás. Pero la conversación no había tenido nada de particular. Si Gleb no se iba de la lengua, el incidente quedaría zanjado.

Sin embargo, la cosa no acabó allí.

Un par de días después apareció Stásik, un nuevo acompañante para las clases de baile. Era un muchacho alegre y despierto, que tocaba el piano y el acordeón. Se conoce que en algún sitio había hecho un trabajo parecido, porque enseguida cogió el hilo. Pero, lo mismo que Lionia, tocaba de oído y no sabía descifrar una partitura. Como es natural, estaba lejos de acompañar con el gusto y la elegancia de Kanevski.

Por la noche, mientras cenaban en el restaurante, Sasha le preguntó a Gleb:

-¿Dónde se ha metido Kanevski?

-Kanevski no trabajará ya con nosotros. Semión le ha despedido.

-¿Por qué?

-Porque ahora tendremos que actuar por las afueras, por fábricas de macarrones y demás. Allí no suelen tener piano de cola, conque necesitamos otro acordeonista. Y Stásik, como yo, toca los dos instrumentos.

Sasha dejó su copa encima de la mesa.

-Estás mintiendo.

-Déjalo ya, chico -protestó Gleb con una mueca-. ¿A qué viene tanta pregunta?

-¿Qué le has dicho a Semión?

-¿Quieres saberlo?

-Eso es.

Gleb bebió, pinchó con el tenedor un trozo de arenque.

-Pues, también le he dicho: «Líbrese de Kanevski. Habla demasiado».

-¿Y le has dicho lo que habla Kanevski?

-¿Qué necesidad tiene Semión de saber lo que habla cada cual? A lo mejor Kanevski sólo ha hablado de que le pagan poco.

Pero Semión no se chupa el dedo, ¿sabes, chico? Si alguno anda hablando por ahí, más vale librarse de él.

Volvió a llenar su copa y señaló la de Sasha.

-Así no vale. ¿Te has creído que me voy a beber yo toda la botella?

Bebieron los dos.

-Has hundido a un hombre -dijo Sasha.

-¿Yo? ¡Quita, chico!

-Le han echado a la calle, le han quitado el pan.

-No te preocupes, que el pan no le faltará -señaló la orquesta-. Ahí tiene su pan, y con mantequilla y todo.

-De todas maneras, ¿por qué has ido contándole a Semión que Kanevski habla demasiado? Querías asegurarte de que le despedían, ¿verdad?

-Pues, sí, chico; precisamente. No quiero trabajar con un cabrón de bocazas que dice delante de testigos cosas por las que pueden meterme a mí mañana en la cárcel. -Sasha callaba-. ¿Te parece que me he portado mal?

-Eso mismo.

-Sí, ¿eh? -Gleb soltó una risita-. Bueno.

Se escanció otra copa. La apuró sin pinchar nada, eructó. Estaba ya algo mareado.

-Te contaré la historia de un amigo mío. ¿Quieres escucharla?

-¿Por qué no?
-Pues, escucha.

11

Gleb levantó la botella, pero estaba vacía.

-Está bien, chico. Te contaré esa historia y luego tomaremos otra copa. Verás: en Leningrado, yo tenía un amigo, un buen amigo, un amigo de verdad. Vivíamos en la misma casa, en la misma escalera, en el mismo rellano, íbamos a la misma escuela. Él era el mejor en literatura, en matemáticas, incluso en gimnasia. Venía de una familia de simples campesinos de Nóvgorod, pero tenía un talento natural extraordinario. ¡Un Lomonósov! Sacó el número uno en el concurso de la universidad para entrar en la facultad de Física y Matemáticas. Y en lo que se refiere a la ideología, ¡no veas!... Estaba en noveno de la escuela cuando se leyó *El capital*, de Carlos Marx. No bebía, no andaba de putas, aunque sí fumaba. Era alto, tenía el pelo castaño, los ojos azules... ¡Una estampa de hombre! Pero, sobre todo, era un hombre de corazón. Todos acudían a él con sus problemas, y él hacía lo que podía por cada uno. Y verás lo que ocurrió... Mi amigo se metió en la oposición trotskista siendo todavía estudiante, y en la universidad hablaba de ello abiertamente, nunca intentó ocultar sus convicciones. Te preguntarás cómo es posible que tuviera amistad conmigo, que ni estoy afiliado al partido ni me importa la ideología. Pero es que yo, chico, aunque soy un hombre ligero de cascos, soy un amigo leal. Y él lo sabía. Yo creo que por eso me tenía afecto. Y me lo contaba todo. Claro que no me confiaba ningún secreto ni citaba nombres, porque habían empezado ya las detenciones y los confinamientos, pero sí compartía conmigo sus puntos de vista.

Gleb llamó al camarero con un ademán, señaló la botella.

-Doscientos más.²²

-¿No te parece que ya basta? -objetó Sasha.

-Deja. Aún podemos cada uno con cien gramos.

Trajeron el vodka, y Gleb llenó las copas.

-Pero, había un hombre al que no podía ni ver.

Miró de reojo, y Sasha comprendió que se refería a Stalin.

-Le llamaba el «sepulturero de la revolución». No recuerdo todo lo que decía, pero sí se me quedaron grabadas sus palabras sobre lo del socialismo en un solo país. Por eso me puso la mosca en la oreja lo que dijo Kanevski. Antes se lo había oído decir a un amigo de toda confianza; pero a Kanevski no le conozco. Mi amigo decía que no es posible construir el socialismo en un país sólo. Y quienes afirman que sí es posible, decía, quieren convertir nuestro país en una «fortaleza asediada», en una «ciudadela rodeada de enemigos», o sea, implantar de hecho el estado de guerra, crear las condiciones propicias para la dictadura unipersonal, para el terror y las represalias. Y afirmar que en nuestro país está construido ya el socialismo es poner en tela de juicio la idea misma del socialismo y, en fin de cuentas, hundirlo. -Dejó de hablar y se quedó mirando a Sasha con ojos turbios.

-Vamos a dejar tu historia para otro día -sugirió Sasha.

Gleb le miró de soslayo.

-¿Crees que no sé lo que me digo? No, eso jamás. ¡Jamás!

Se levantó, apoyándose en la mesa.

-Voy a orinar... Mientras tanto, pide que traigan té. Bien cargado. Como el chifir. ¿Sabes lo que es?

-Sí. Pero el camarero puede no saberlo.

-Pues se lo explicas. Y se dirigió hacia los aseos con paso algo vacilante. Sasha se encontraba ante un cuadro curioso. Y también inesperado. Resultaba que Gleb no era simplemente el borrachín y el bohemio -un bohemio provinciano- que solía parecerle. Siempre tan precavido, en esta ocasión hablaba con simpatía de un trotskista, cuando a los trotskistas sólo cabía ahora denigrarlos y maldecirlos. Allá en una aldea perdida se le ocurrió a una koljosiana cantar en la calle, haciendo el «corro» con otras, una vieja coplilla de los años veinte que decía: «Con lo bonita que soy, no me quedará soltera, que si Trotski no me quiere me casaré con Chicherin... ». Y le cayeron diez años de campo de reclusión «por agitación y propaganda trotskistas». Uno soltó: «Trotski era un gran orador», y diez años. «Trotski es un enemigo, claro. Pero antes fue el segundo después de Lenin», y diez años también. Y estando así las cosas le contaba Gleb aquella historia.

²² Las bebidas, en particular el vodka y el coñac, también se pueden pedir en Rusia por cantidades de cien o doscientos gramos (uno o dos decilitros), y entonces son servidas en licoreras o garrafitas de cristal.

El camarero dejó sobre la mesa dos vasos con sus portavasos. El té era de un color marrón oscuro, casi negro, un color que se obtenía añadiéndole azúcar a punto de caramelo si Sasha no recordaba mal.

Volvió Gleb, despejado, mostrando toda su dentadura blanca en una sonrisa, con el cabello húmedo repeinado. Se conoce que había metido la cabeza bajo el grifo del agua fría. Sorbió un poco de té.

-¡Estupendo! ¿Dónde lo habíamos dejado, chico?

-Lo habíamos dejado donde yo te sugerí terminar tu historia otro día.

-Ni hablar. Vas a escucharla hasta el final. A Sasha le sorprendía siempre lo mucho que Gleb era capaz de beber y la facilidad con que se despejaba instantáneamente cuando era preciso. Bebía antes de las clases, incluso durante las clases; pero se ponía al piano y nunca perdía el compás ni tocaba una nota falsa.

-Así era mi amigo -volvió a hablar Gleb-. Y, naturalmente, le metieron en la cárcel, ya a finales de los años veinte. No estuvo mucho tiempo porque los trotskistas más renombrados empezaron a presentar solicitudes diciendo que ya no tenían divergencias con el partido, que se sometían a sus decisiones y que pedían ser readmitidos. Les hicieron volver de los lugares de confinamiento, y también mi amigo regresó a Leningrado. Vino a verme, estuvimos hablando y yo comprendí que se había desengañado de todo y pensaba dedicarse únicamente a la ciencia. Le readmitieron en la facultad de Física y Matemáticas y se casó con una buena chica que le dio un hijo. Él estaba loco con el pequeño y, como la beca no les alcanzaba para vivir, daba clases particulares de física y matemáticas. Todo le iba como a la gente normal. Pertenecía formalmente al partido porque le readmitieron de manera automática, y esta circunstancia le agobiaba mucho, ¿sabes? Faltaba a las reuniones y no cumplía las tareas que le encomendaban, siempre con la esperanza de que le expulsarían por su pasividad y entonces podría vivir totalmente tranquilo. Pero, no logró vivir tranquilo, chico -Gleb calló un momento, al quebrársele de pronto la voz, apoyó los codos en la mesa y se llevó las manos a la cabeza-. Vamos a tomar cien gramos más. El camarero trajo el vodka, Gleb bebió una copa y masticó un trozo de salchichón.

-Hum... Un día se presentaron en casa de mi amigo unos antiguos compañeros de cuando estuvo confinado. Empezaron a charlar de unas cosas y otras. Entonces Hitler ya había subido al poder, y de eso se pusieron a discutir, de que Stalin y Hitler eran una misma cosa. ¿Te das cuenta? En fin, que entre ellos dijeron de todo. Lo que mi amigo debía haber hecho, el muy pánfilo, era atajarles, decirles que él no se metía en política y que dejaran esos temas o no volvieran por su casa. Pero quizá le faltara coraje, porque era un hombre afable, quizá sea tan fuerte la amistad nacida en el destierro que no se puede romper o quizá temiera que le tildasen de burgués, incluso de cobarde... Es posible que los considerara tan íntegros como él. Y posiblemente lo fueran; pero también eran unos bocazas, no habían escarmentado con la cárcel y el confinamiento, de modo que también en otros lugares, y no sólo en casa de mi amigo hablarían sin ton ni son. De todas maneras, cuando vinieron por segunda vez mi amigo les dio a entender (con delicadeza, claro, porque era un hombre educado) que no podía recibirlos: vivía en una pequeña habitación, en un apartamento compartido con más familias, el niño tenía que dormir y él trabajaba en casa por las noches. No volvieron. Mi amigo pensó que la cosa había terminado así. Pero ¡qué va! Un buen día, en la universidad, se le acerca un joven de aspecto agradable, le lleva aparte y le enseña un carnet rojo:

-«Le ruego que me acompañe. Es aquí cerca». Y llegan a la Casa Grande, que es como nosotros llamamos al NKVD. El jefe que le recibe le ofrece un sillón, le pregunta cómo le van las cosas desde que ha vuelto del confinamiento, si no le molesta nadie...

Mi amigo contesta: «Todo va bien. Nadie me molesta». «¿Y qué tal sus compañeros de confinamiento?» Mi amigo se huele la trampa, pero no es capaz de eludirla. «No lo sé. No los veo.»

»El jefe saca un papel de su mesa y lee los nombres de los que estuvieron en casa de mi amigo. "¿Tampoco ha visto a éstos?" "Sí. Han estado dos veces en mi casa". "¿Y de qué hablaron?" "De nada especial..." "Recordarían Siberia, el confinamiento, ¿verdad?" "Sí, claro." "Todo con un velo romántico, ¿no?" "Buen romanticismo el de Siberia..." "¿Y hablaron de política?" "Yo estoy apartado de la política. Me dedico a la física y las matemáticas."

»El jefe saca otro papel: "Pues, mire lo que dijo Fulano...". Y le lee, palabra por palabra, lo que dijo uno de aquellos cabrones. "¿Dijo esto?" "¿Qué iba a hacer mi amigo?" "Sí, lo dijo." "¿Y cómo reaccionó usted?" "No presté atención. Estaba estudiando." "Un momento. ¿Quiere decir que se sostienen conversaciones antisoviéticas en su presencia y usted no presta atención? Pues sí que la prestó. De lo contrario, no habría podido confirmar lo que acabo de leerle."

»Mi amigo calla. No puede objetar nada. Está claro que, entre los que fueron a su casa, había un soplón. O quizá varios. Y el jefe le acusa: "¿No contesta? Yo contestaré en su lugar. Usted capituló para ser readmitido en el partido y torpedearlo desde dentro. Usted encabezaba y reunía en su casa un grupo trotskista clandestino. Tenemos pleno fundamento para detenerles a usted ya su grupo y entregarlos a los tribunales".

»Mi amigo contesta: "Yo no he desplegado ninguna actividad trotskista ni he participado en ninguna conversación de éstas. Pero la delación va en contra de mis convicciones morales. Mi error fue no negarles la entrada a mi casa la primera vez que vinieron".

»Y el jefe sigue con lo suyo: "Les detendremos a usted y a su grupo. Durante la investigación, todos reconocerán su culpa, puesto que ha habido culpa. El artículo que se les aplicará es "creación de una organización contrarrevolucionaria" y el castigo previsto oscila entre cinco años de campo y la pena capital. Si quiere vivir, si quiere salvar a su familia, piense en cómo hacerlo. Dice usted que no tiene divergencias con el partido. Pues, demuéstrela". Y, sin más rodeos, le propuso a mi amigo colaborar con ellos. "Si se niega, atégase a las consecuencias."

»Claro que mi amigo podía haber rechazado la propuesta.

Pero eso significaba que le meterían inmediatamente en una celda sin más perspectivas que un campo de reclusión o la pena capital. Mi amigo no quería ninguna de las dos cosas. Y no por miedo: mi amigo era un hombre valiente. Pero, ¿por qué razón tenía él que perderse? ¿Porque unos idiotas habían hablado más de la cuenta delante de él? Por ellos no quería él perderse ni quería que se perdieran su mujer y su hijo. ¿Por su ideario? Ese ideario, sus líderes lo habían traicionado y andaban haciendo actos de contrición por todas las esquinas. Y firmó el compromiso que le pedían que firmara. Pero él no estaba dispuesto a hacer de soplón, abrigaba la esperanza de salir de algún modo de aquella situación, ¿comprendes?

Los que ocupaban la mesa contigua habían terminado de cenar. Uno se quedó a pagar la cuenta y los otros tres se apartaron un poco. Gleb enmudeció. En el restaurante no había mucha gente, era un día de entre semana. Con los ojos en blanco y las manos cruzadas sobre el pecho, la cantante obsequiaba al público con romanzas gitanas. Cantaba mal, pero a Sasha le gustaban las romanzas gitanas.

Los que se habían quedado cerca de su mesa se dirigieron hacia el guardarropa. Gleb continuó:

-Y se fue a Moscú, a lo más alto, a ver al camarada Solts. ¿Has oído hablar de él?

-Claro que sí, incluso le conozco. Un buen tipo.

-Bueno, ¿eh? Tú sabrás, chico. Le llamaban «la conciencia del partido». Conque a esa «conciencia» fue a consultar. Y Solts le recibió, ¿sabes? Mi amigo se pone a explicarle: me quieren reclutar; pero ¿cómo compagina con la ética de partido y con la moral el que un comunista delate secretamente a otros comunistas? Y Solts le contesta: «Los órganos de Seguridad no acuden a todos los comunistas. A mí, por ejemplo, no han acudido. Si han acudido a usted, ése es un asunto personal suyo. Y usted es quien debe decidir lo que hace».

-¿Eso le contestó Solts?

-Mi amigo me lo contó así. Y él decía siempre la verdad.

¿Sería posible que Solts se hubiera comportado tan fríamente? Era una lástima porque Sasha conservaba un recuerdo muy distinto.

-¿Y luego?

-Después de ir a Moscú y después de ver a Solts, mi amigo vino a mi casa y me contó todo lo que acabas de oír. Nos pasamos la noche hablando de eso y de muchas cosas más. A Zinóviev, a Kámenev y a Rádek los despreciaba. A Bujarin y a Ríkov también, porque con sus alabanzas habían ayudado a Stalin, aunque de paso ellos se habían desbrozado el camino hacia el cadalso. De Trotski decía que era una gran figura en comparación con ellos. Y de su línea, que era acertada: no se puede construir el socialismo sólo en un país. Hay que dar libertad a las diferentes fracciones y a los diferentes grupos, porque ése es el camino que lleva a la libertad de opinión, a la democracia.

-No creo que Trotski fuera tan demócrata.

-Chico, yo te cuento lo que le oí decir a mi amigo. No se refería a la democracia burguesa, claro, sino a una democracia socialista, proletaria, o algo así. Yo de eso no entiendo. En una palabra, que él aprobaba la postura de Trotski. Era un hombre genial; pero, mirándose en el espejo de la historia, no quiso ser un nuevo Bonaparte. Y perdió la partida. Tenía en sus manos un ejército leal. En el año veintitrés podría haber hecho detener y fusilar a Stalin, Zinóviev y Kámenev.

-¿Fusilar? ¿Y a eso le llamas tú democracia?

-¡Pero, chico! Si en nuestro país todo se basa en el pelotón de ejecución: tanto la dictadura como la democracia. -Me estás resultando todo un filósofo.

-Soy como soy. En una palabra, que mi amigo me habló de muchas cosas. Dijo que todo estaba perdido, que la Revolución de Octubre había perecido, que el país caminaba hacia el fascismo. Y que también su vida estaba acabada. Hablaba con la misma calma que si estuviera dando una conferencia, palabra. Supongo que había tomado ya su decisión. Al marcharse, me dijo: «A mí puede sucederme cualquier cosa y quiero que por lo menos una persona en el mundo conozca mi verdadera historia. Esa persona eres tú. Espero que, de momento, no le cuentes a nadie nuestra conversación. ¡Aprende a callar!». ¿Has entendido, chico? «Aprende a callar»: un consejo que no tiene precio.

Gleb paseó una mirada sombría por la mesa, se recostó en el respaldo de la silla.

-Oye, chico, parece como si estuviéramos aquí de prestado. Vamos con otra copa, que mira cuánto salchichón queda. No es cosa de desperdiciarlo.

Apuró su copa, se comió el resto del embutido.

-Estuve dos días sin verle, pero el tercero, por la noche, llamaron a nuestro piso. ¿Qué ocurriría? Eran un miliciano, el vigilante de nuestro barrio y el portero. «Vístase y acompáñenos para servir de testigo.» Me llevan al piso de al lado, a la habitación de mi amigo, y me encuentro con un registro. Mi amigo no estaba. Sólo estaban su mujer, toda sobresaltada, y el niño en su cunita.

El registro duró hasta por la mañana. No encontraron nada. Por pura fórmula, apuntaron en el acta unos libros viejos. De algún modo tenían que justificar el haberse pasado la noche entera revolviendo la habitación. Ellos se marcharon, pero yo me quedé. Le pregunté a la mujer dónde estaba mi amigo, pensando que le habrían llevado a la cárcel. Y ella me contestó: «Ahora está en el depósito de cadáveres». En una palabra, que se había suicidado.

En la universidad, esperó a que se marcharan todos y se envenenó. Fue a hablar con el camarada Solts, «la conciencia del partido», y acabó tomándose un veneno. ¡Toma conciencia del partido! Por la mañana, cuando llegaron los estudiantes, le encontraron tendido en un aula. Le enterramos en el cementerio de Vólkov, al lado de sus padres. Y si quieres que te diga mi verdad, chico, hizo bien: si hubiera vivido hasta nuestros días, le habrían fusilado ya veinte veces y habrían destruido a su familia. Mientras que, así, fue él quien se quitó la vida. No era el primero ni será el último, y la familia ha salido adelante. Su hijo ya va a la escuela. En cuanto a su historia, a sus sufrimientos, yo soy la única persona que los conoce. ¡Era un gran hombre, chico! ¡Y se perdió! Se perdió porque a unos cabrones se les antojó hablar de lo que no debían. Después de esto, ¿quieres decirme, cómo debo comportarme con los bocazas por el estilo de Kanevski? ¿Con qué derecho pronuncia delante de mí, de ti, de Lionia, palabras que nos pueden costar años de cárcel o incluso la vida? ¿Quiere presumir de erudición? Su erudición me la paso yo ya sabes por dónde. Lo que él sabe lo tengo yo olvidado hace años. ¿Cómo voy a fiarme de un Kanevski cualquiera si hasta mi amigo firmó el compromiso que le exigían? Y ese papel está ahora en los archivos, puede que lo lean dentro de cien años, y entonces dirán: «También éste era un soplón». Sin embargo, era el hombre más decente y más cabal que he conocido, un hombre que no pronunció ni una palabra falsa en su vida. -Gleb se inclinó hacia Sasha-. Si te he contado esta historia, es para que no me tengas por un canalla. Y si he apartado a Kanevski, con tacto además, es para no tener entre nosotros a charlatanes que nos comprometan. Por cierto: eso, debías haberlo hecho tú y no yo.

-¿Yo? ¿Por qué?

-Por el historial que tienes. Mientras tú le dabas al volante en Kalinin, esa zorra escuálida de la Kirpícheva, la de la sección de personal, fue juntando todo un expediente acerca de tu linda persona, aunque no eras más que un simple chófer. Y ya puedes darle las gracias a nuestra entrañable milicia obrera y campesina por haberte expulsado de Kalinin. Conque, cuando Kanevski empezó con esas puñeterías suyas, yo me pregunté enseguida: ¿por qué estará callado Sasha? Imagínate que por esa verborrea suya nos hubieran llevado ya sabes adonde... ¿Eh? Lionia y yo somos purrela, unos acordeonistas... Pero ¿y tú? Tú has cumplido condena. Y mira por donde, un enemigo, un «contra», que desarrolla delante de otro «contra» las teorías de Trotski. ¡Ahí tienes ya una organización «contra»! Y tú eres el cabecilla. Del campo de reclusión, como mínimo, no te libra nadie. Pero tú no, tú te compadeces de Kanevski y gimoteas: hay que ver, le han dejado en la calle... hay que ver, le han quitado el pan... Mi amigo también se compadecía de todos. ¿Quieres que te diga una cosa? En Kalinin, no hiciste más que aparecer con Liuda en casa del herrero, y me bastó mirarte para decirme: este muchacho acaba de salir de la cárcel.

-Tú eres muy listo.

-Lo llevabas escrito en la cara, y en el jersey, y en las botas... En toda tu persona, vamos. No olvides que soy pintor, que tengo un ojo infalible, y enseguida te calé. Tú eres un zek, me dije, pero no un zek cualquiera, sino un intelectual que no está hecho a esta vida de lobos, como le pasaba a mi difunto amigo. Te diré más: cuando entraste, me dio un vuelco el corazón de tanto como te parecías a él.²³ Mi amigo tenía el pelo castaño y tú lo tienes negro, él era más corpulento, y sin embargo os parecéis: tenéis la misma expresión, sois de la misma raza, excesivamente sensibles, buscáis la justicia. Por eso, te tomé cariño, allá en Kalinin, desde el primer instante, y me dije que en mi asquerosa vida había aparecido otro hombre de verdad. Aunque en mi fuero interno comprendía que a mi amigo le había perdido su sensibilidad y lo mismo te pasaría a ti.

-Cuidado no vayas a perderte tú antes -dijo Sasha.

-¿Sí? ¿Y por qué?

-¿Qué me dijiste de Kanevski hace tres meses?

-Creo que hablamos del centenario de Pushkin. No recuerdo muy bien.

-Te lo recordaré yo. Dijiste: por culpa de Kanevski podemos ir a parar a la cárcel. Tengo la obligación de estar alerta, de pensar en quién me rodea... ¿Lo dijiste?

-Me parece que sí.

²³ Zek: Así se solía llamar a los presos, tomando las letras «Z» y «k» de la palabra «zakliuchonni», que significa recluso.

-Entonces, ¿por qué invitaste a Kanevski a venir con nosotros al restaurante? ¿Por qué le sentaste a tu lado? ¿Por qué le hiciste beber vodka? Él no quería venir.

-Hombre, trabajamos juntos, acabábamos de cobrar, íbamos a tomar unas copas... Habría sido un desaire no decirle que nos acompañara.

-¡Un desaire!... ¿Y por eso obligas a venir con nosotros al restaurante a un hombre por culpa de quien podemos acabar en la cárcel? ¿Dónde está la lógica? Además, que fuiste tú y no él quien primero sacó a colación el socialismo y demás zarandajas. Le arrastraste a que hablara sin tapujos, y él contestó lo que pensaba. Tú le provocaste. ¿Para qué?

Gleb le miró a la cara.

-¿Lo dices en serio?

-Sí. Totalmente en serio. Tú le provocaste y luego corriste a decirle a Semión: «Despida a Kanevski porque habla más de la cuenta». Gleb se encogió de hombros.

-Si me tomas por un provocador...

-Si te tomara por un provocador, no me quedaría ni un minuto sentado a esta mesa contigo. Pero te voy a decir por qué llevaste a Kanevski al restaurante. A ti te irrita su «arrogancia». Y piensas: «Te consideras un genio, nos menosprecias, haces rancho aparte, no quieres trato con nosotros... Pues, no chico, no. Tú eres igual que nosotros, también andas por los clubs tecleando tangos, de manera que con nosotros está tu sitio. ¿Que remojamos la paga? Remójala tú también. ¿Que bebemos vodka? Bebe tú también. ¿Que gastamos bromas sobre el socialismo? Pues, gástalas tú también». No sabes dominarte, Gleb, y por eso te digo que te perderás tú antes que yo.

-¡Menos mal! Ya pensaba que ibas a llamarme soplón.

-La historia de tu amigo es trágica y lamentable -prosiguió Sasha-. Pero estaba condenado. Yo conocí a muchos trotskistas cuando estaba confinado. Eran personas fuertes. Por eso los han exterminado de cuajo. Ahora hace falta gente blanda, manejable, con la que se pueda hacer lo que se quiera. Y para que con nosotros no hagan lo que quieran, debemos ser reservados, debemos ser precavidos. ¿Crees que a mí me gusta enseñar a bailar el fox-trot, que es un trabajo adecuado para mí? Por eso hago como los peces, permanezco en el fondo del río, entre las algas. No es una postura muy gallarda para un hombre; pero, en estas condiciones que nos rodean, lo que yo deseo es continuar siendo una persona decente. Quizá llegue el día en que emerja a la superficie. Tú, en cambio, chapoteas, y ese chapoteo te delatará. Se presenta mañana Semión allá y dice: «Un empleado mío, Dubinin, me ha informado de que el pianista Kanevski habla más de la cuenta». Te llaman a ti: «Gracias, Gleb Vasílievich. Se conduce usted como un auténtico soviético. Siga por ese camino: infórmenos de cualquier conversación antisoviética que escuche». Ya te han enganchado. Has querido fastidiar a un hombre, y ahí tienes el resultado.

Se apagaron algunas luces de la sala.

-Es la señal para que nos larguemos. -Sasha llamó al camarero, pagó la cuenta.

-Lamento lo ocurrido -dijo Gleb-. Puedes hacer lo que mejor te parezca, pero yo soy un hombre en quien puedes confiar, Sasha.

-Ya lo sé. -Sasha se levantó-. Hala, vámonos.

12

Varia se encontró con Lena Budiáguina fortuitamente. Había ido con Ígor Vladímirovich a ver *El diputado del Báltico* al Udárník. Salieron del cine. El aire era templado, la calle estaba animada, llena de gente, los grandes escaparates de la tienda de comestibles resplandecían. El torrente de espectadores que salían del cine se dirigía hacia la calle Polianka; estaban ensanchando el puente Kámenni, los trabajos no se interrumpían ni de día ni de noche y ahora se escuchaba el traqueteo de los martillos neumáticos y se veían luces moviéndose de un lado para otro. Ígor Vladímirovich sugirió dar un paseo por el malecón. Torcieron a la izquierda, y entonces fue cuando Varia vio a Lena Budiáguina delante de uno de los portales del inmenso edificio.

Lena abrió la puerta en ese momento, volvió la cabeza por casualidad, y la súbita tirantez que adquirieron sus facciones le hizo comprender a Varia que la había reconocido. No debió de costarle mucho esfuerzo porque Varia se había quitado en el cine el pañuelo de la cabeza, su cabello negro y liso le caía como antes sobre el cuello del abrigo y llevaba el mismo flequillo tapándole la frente. También Varia reconoció enseguida a Lena, aunque parecía otra, con aquel abrigo viejo que le sentaba tan mal y los zapatos gastados. Sin contar el tiempo que había pasado... ¿Cuánto tiempo? Juntas habían celebrado el Año Nuevo antes de la detención de Sasha, o sea, más de cuatro años atrás. Lena estaba entonces con Yuri Sharok, y Sharok galanteaba descaradamente a Vika Marasévich delante de todos. Nina

armó un escándalo con ese motivo pero Lena se marchó dócilmente con Sharok. Entonces le lanzó Sasha: «¿No has podido encontrar peor basura que ése?».

Lena permanecía delante de la puerta abierta, sin saber si entrar o dar un paso hacia Varia. Esa vacilación Varia la leía ahora en el rostro de muchas personas, que no estaban seguras de que las saludaran los amigos de la víspera.

Varia sonrió al tenderle la mano.

-¡Hola, Lena!

Lena esbozó una sonrisa suave y cohibida, mirando un poco de soslayo. Esa sonrisa y esa mirada le recordaron a Varia que la última vez que había visto a Lena no fue en la fiesta de Año Nuevo, sino en el Club de los Trabajadores del Arte, en el pasaje Staropímenovski. Varia había ido con Kostia, y Lena estaba con Sharok y con Vadim Marasévich. Lena tenía la misma sonrisa suave y cohibida y también miraba un poco de soslayo, sin duda porque su aventajada estatura la obligaba a inclinar ligeramente la cabeza. Entonces era bellísima y todos los ojos se fijaban en ella.

-Hola, Varia -Lena se acercó y le estrechó la mano-. ¡Cuánto me alegro de verla! ¿Cómo está? ¿Y Nina?

-Yo bien, trabajo... A propósito, le presento a mi jefe, Ígor Vladímirovich. Ésta es Lena. No añadió Budiágúina, y no porque temiera pronunciar ese apellido, sino porque no sabía si lo llevaba ahora Lena.

-Nina está lejos -prosiguió Varia-. Se casó hace casi un año.

-Ya me parecía a mí. Me extrañaba tanto que no diera señales de vida, que no viniera por casa.

-¿Vive usted aquí? -la interrumpió Varia para eludir más preguntas acerca de Nina: nadie debía saber que estaba al lado de Max.

-Sí. Con mi hijo y mi hermano.

De la madre no dijo ni una palabra. Eso significaba que no habían detenido sólo a su padre, sino también a la madre.

Luego tendió la mano.

-Les estoy entreteniendo. Cuando escriba a Nina, dele recuerdos de mi parte.

-¿Puedo venir a verla?

Lena la miró con sorpresa, de soslayo.

-Claro que sí.

-Déme su teléfono y la llamaré antes de venir.

Lena sacudió la cabeza.

-Hace mucho que no tenemos teléfono.

-¿Vive en este portal?

-Sí. Planta baja, a la derecha, tres timbrazos. Por la mañana y hasta las cuatro de la tarde suelo estar en casa.

-¿No trabaja? -Todavía no. Mejor dicho, ya no.

-Le escribiré a Nina que la he visto y yo me acercaré un día de éstos. ¿Le parece?

-Dada la situación en que me encuentro ahora, quizá sería mejor para usted si no viniera.

-Conozco su situación. ¿Y qué? -Varia sacudió su melena-.

Nos conocemos desde hace mucho tiempo, hemos estudiado en la misma escuela, ¿no tengo derecho de visitarla?

-Bueno, pues venga cuando quiera. Me alegraré de verla.

Ígor Vladímirovich y Varia echaron a andar por el malecón.

Varia le miró.

-Agárrese, Ígor Vladímirovich.

-Ya está.

-Le voy a decir a quién acabo de presentarle.

-Ya me lo imagino: a un familiar de un detenido.

-Sí, pero ¿de qué detenido! De Budiaguin, Iván Grigórievich.

¿Le ha oído nombrar?

-Sí. El vice de Ordzhonikidze. Y, anteriormente, embajador.

-Le detuvieron el año pasado. Le fusilaron. Lena ha dicho que vive con su hijo y su hermano. O sea, que también han fusilado a la madre. Era una vieja bolchevique, igual que el marido.

-Me ha dado la impresión -dijo Ígor Vladímirovich con cautela- de que no ha insistido mucho en que la visite usted.

-Desde luego. Ella piensa que no conviene visitarla.

Ígor Vladímirovich podía haber preguntado: «¿y usted?», pero la pregunta implicaba ya el consejo de «No debería usted visitarla». Prefirió callar.

Varia no asistía a las reuniones convocadas para condenar a los «espías, sabotadores y asesinos». Se marchaba al instituto, ya que estudiaba de noche, o bien, si los empleados eran convocados durante las horas de trabajo, se iba al Soviet o a la Dirección de Obras de Moscú. Ígor Vladímirovich confirmaba que, en efecto, había ido por encargo suyo. Para él, era un enigma cómo se enteraba con antelación de la convocatoria de una reunión o de una asamblea. Una vez la pillaron desprevenida, y entonces dijo delante de todos, disponiéndose a marcharse: «Ígor Vladímirovich, me voy corriendo a la Dirección de Arquitectura». Y él contestó: «Sí, sí. Apresúrese, Ivanova: están esperándola». De modo que a todos les pareció fidedigno el pretexto. Varia se dio cuenta de que le echaba una mano y, ya en la puerta, se detuvo para mirarle y hacerle una inclinación de cabeza.

Él volvió a su despacho y se acercó a la ventana para verla cruzar la calle. ¿Qué podía hacer? Amaba a aquella chiquilla, la amaba desde hacía ya tiempo, desde que la vio en el Nacional. Llegó con Vika, circunstancia que no la favorecía, pero cuando se quitó el sombrero de ala ancha y él pudo ver sus ojos, comprendió que no importaba en absoluto con quién hubiera venido. Lo único que importaba era encontrar un pretexto para marcharse juntos. Luego la perdió de vista. Vika le contó que se había casado con un jugador de billar, un griego, pero que se habían separado. Y cuando Lióvochka la llevó a su oficina para ver si podrían admitirla de delineante, Ígor Vladímirovich quiso ver en ello un presagio del destino.

Dos años atrás, Ígor Vladímirovich se había decidido a enviarle una carta para que supiera que la amaba. Al día siguiente, Varia fue a su despacho y se detuvo en la puerta. Llevaba un vestido sin mangas, y él le dijo que tenía un bonito bronceado. «He estado en la playa -replicó-. En Serébrezni Bor. Pero he venido por lo de su carta.» Y, después de una pausa, le dijo que amaba a otro hombre, que estaba lejos pero que volvería dentro de un año. Él tuvo el coraje de sonreír: «Bueno, Várenka, pues esperaré yo también».

Desde luego, le hubiera gustado saber quién era ese hombre al que amaba. No le pareció apropiado preguntárselo directamente, pero, por lo que contaba Vika y algunas frases de Liova, pudo colegir que se trataba de un amigo y compañero de escuela de la hermana de Varia que se hallaba confinado en Siberia, y que en casa de su madre había vivido Varia de realquilada con su marido, el jugador de billar. Sin embargo, habían transcurrido dos años, terminaba el tercero, y no se producía ningún cambio en la vida de Varia. De lo cual dedujo Ígor Vladímirovich que las cosas no se habían arreglado con aquel confinado. Veía a Varia abatida. No había tomado vacaciones y seguía en Moscú esperando algo. La situación era favorable para él, pero temía precipitar los acontecimientos. Que continuara todo igual: trabajaban juntos, la veía a diario, y ya no hubiera podido vivir de otro modo. Sólo deseaba que no cambiaran las cosas, que no fueran a peor: eran momentos difíciles y Varia no se conducía con prudencia.

Lo que más le preocupaba era que Varia no participaba en las manifestaciones de los días de fiesta. Todos los empleados, con sus mejores galas, acudían a las nueve de la mañana al lugar de concentración, formaban su columna, desfilaban por la Plaza Roja con ramos de flores y pancartas, y la única que faltaba era Varia Ivanova. Una vez le insinuó que no debía hacer eso. ¿Para qué buscarle tres pies al gato? Esas cosas saltan a la vista. Ella contestó que iba a las manifestaciones con el instituto donde estudiaba.

-No -refutó él-. Los institutos de estudios nocturnos no van como tales a las manifestaciones. De momento no había tenido ningún tropiezo por la sencilla razón de que nadie más que él, pensaba Ígor Vladímirovich, la tomaba en serio: una delineante bonita, y nada más. Y a los que tenían la obligación de observar no les pasaba por la imaginación la idea de que en nuestro tiempo pudiera existir una disconformidad cualquiera. Personas de fama mundial andaban más derechas que un huso ¿y una chiquilla iba a respingar? Sí, había faltado a un par de reuniones y eso no estaba bien, claro. Pero estudiaba por las noches en un instituto como confirmaba la notificación que había presentado. Además, que Ivanova no se permitía nada de particular. En el trabajo, Varia no pronunciaba ni una palabra de más. Delante de él podía reír, indignarse, tirar puyas, pero únicamente en el caso de que estuvieran solos.

-¿Por qué está tan callado, Ígor Vladímirovich?

-Por nada. Sólo pensaba.

-Ya sé lo que le ocurre. No le ha gustado que le dijera «agárrese, Ígor Vladímirovich». Le ha parecido que quería pincharle. Como ahora todo el mundo le tiene miedo a todo... Pero yo hago esas cosas exclusivamente para establecer cierto equilibrio. Lióvochka y Rina están siempre poniéndole por las nubes: «Nuestro Ígor Vladímirovich es tan guapo... Nuestro Ígor Vladímirovich es un genio... Es el principal consejero de Stalin para la transformación de Moscú...». Si me sumo también yo a ese coro de alabanzas, va usted a convertirse en un icono.

-Ingenio no le falta a usted.

-¿A qué se refiere?

Se refería a un incidente que él había presenciado unos días atrás en el comedor. Los empleados solían almorzar juntos y, mientras hacían cola en la caja y comían, charlaban de modas, de compras, de matrimonios, de divorcios... pero, sobre todo, naturalmente, de las últimas noticias publicadas en los periódicos, de los procesos y de los juicios. Todos comentaban con indignación los crímenes de los acusados. Tan sólo Varia callaba, mirando su plato.

-Ivanova, ¿en qué piensas? ¿Acaso no estás de acuerdo?

Había hecho la pregunta un tal Kostolómov, tipo de lo más antipático, nuevo delineante que la sección de personal acababa de enviarle. Ígor Vladímirovich no quería admitirle porque no tenía ninguna experiencia laboral y él no necesitaba más delineantes. Incluso les pidió consejo a algunos amigos sobre lo que debía hacer. «No le des más vueltas: si la propia sección de personal te manda a alguien, es porque en tu taller no hay bastantes colaboradores secretos.»

Varia levantó los ojos hacia Kostolómov.²⁴

-No he oído lo que estabais diciendo. Esta tarde tengo examen parcial de matemáticas y repasaba mentalmente algunos problemas.

Como es natural, también ella recordaba aquel incidente.

-Incluso se puso usted pálido, Ígor Vladímirovich, cuando vio que abría yo la boca para contestar a esa basura -le sonrió-. No se preocupe de esa manera por mí. Ya soy una persona adulta.

-Es usted una persona adulta, pero no siempre precavida.

-¿De dónde cree usted que le vendrá ese apellido? ¿No habrán servido sus antepasados a Maliutka Skurátov? Seguro que se les daba muy bien eso de romper huesos.²⁵

-Es una posibilidad. Pero también pudieron ser sus antepasados curanderos que sabían tratar las fracturas de huesos y de ahí el nombre que les dieron.

Iban por el puente de Crimea hacia la plaza de Zúbov. En la oscuridad, los soportes de acero tenían un aspecto tétrico.

-En cierta ocasión -dijo Ígor Vladímirovich- sugerí tender por encima guirnalda de luces: habrían dado vida al puente y al río. La idea no prosperó: no había energía eléctrica suficiente. Pero a mí me encantaba. Precisamente por entonces había estado en Nueva York. Allí iluminan los puentes de noche y por eso parecen tan ligeros, ingrátidos. Un cuadro de ensueño. Me daba envidia verlo.

-Pues nosotros no lo veremos nunca -suspiró Varia-. ¡Cómo me gustaría a mí ir a la India, a África!... Pero eso es igual que soñar con hacer un vuelo a Marte. Porque somos unos siervos y el señor, el *barin*, no nos deja ir más allá de nuestra aldea.

Siempre se preguntaba con extrañeza de dónde habría nacido semejante disconformidad en aquella muchachita, criada en una familia soviética, educada en una escuela soviética. Todo estaba mal, todo era odioso, todo era injusto. ¿Maximalismo de la juventud? Cuando se licenciara en el instituto, él la ayudaría a encontrar un trabajo interesante, donde pudiera realizarse. Era muy capaz, incluso tenía talento, y comprendería que eso es lo esencial en la vida.

-¿Qué profesión tiene su amiga? -preguntó cuando llegaban a la casa de Varia en el Arbat.

-No lo sé. ¿Por qué lo pregunta?

-No trabaja. Es evidente que no puede encontrar colocación.

-¡Si la hubiera usted visto hace dos años! Yo creo que no había mujer más bella en todo Moscú. ¡Y cómo vestía! Había vivido mucho tiempo en el extranjero. Y ahora lleva los zapatos gastados y un abrigo prestado. Seguro que lo ha vendido todo. Tiene que alimentar a su hijo y a su hermano.

-Entérese de lo que sabe hacer. Procuraré ayudarla. Varia le miró, y por primera vez descubrió él en sus ojos algo más que la habitual expresión amistosa.

13

La orden de salir para Moscú hizo reflexionar a Sharok.

El 17 de febrero, Ezhov dio un banquete con motivo de la marcha de Slutski al Uzbekistán. Aquella misma noche murió Slutski, y aunque el *Pravda* publicó una nota necrológica breve pero sentida, a Sharok no le engañaban. Moscú no es París. En Moscú no se precisa un fármaco que actúe al cabo de diez días. Se puede emplear uno que haga efecto en el acto. Además, también había desaparecido Spiegelglas. Ocupaba su lugar una persona nueva: Pável Anatólievich Sudoplátov.

²⁴ El apellido Kostolómov se compone de la palabra «kost», que significa hueso y del verbo «lomat», que significa romper.

²⁵ Maliutka Skurátov: Su nombre era Grigori Lukiánovich Belsk (m. en 1573). Hombre de armas predilecto de Iván IV el Terrible, pertenecía a la nobleza y al Consejo de este soberano. Se distinguió por su crueldad como verdugo en las múltiples ejecuciones ordenadas por el zar.

Slutski estaba condenado de todas maneras. Pero el hecho de que, además, hubieran detenido a Spiegelglas le hizo comprender a Sharok que se trataba del asesinato de Lev Sedov. Con su muerte, Zborovski había perdido el acceso a la correspondencia de Trotski, así como la posibilidad de infiltrarse en su entorno inmediato. También fueron a la cárcel Serebrianski y todos sus «muchachos», incluido Alexéi. Para que vean lo que vale un boxeador que domina el francés.

La orden partió de Spiegelglas, el fármaco lo hizo llegar Alexéi y luego actuó Zborovski. En cuanto a él, Sharok, no tenía nada que ver con aquel asunto. No se podía negar, pensó, que había sido una operación bien poco afortunada. Sin embargo, Sharok conocía el sistema. Nunca debían quedar ni pruebas ni testigos. Ahora tocaba «limpiar el departamento de la gente de Spiegelglas». Y lo limpiarían en un dos por tres: con fusilarlos, se acabó la cuestión.

¿Qué podía hacer? ¿Desaparecer? ¿Escondarse? ¿Dónde? ¿Pedir asilo, convertirse en un renegado? Le encontrarían. Igual que encontraron y mataron a Ignati Paiss. Por otra parte, de él no se podía decir que fuera un hombre de Spiegelglas. A las órdenes de Spiegelglas le había puesto el propio Ezhov. Quizá para que le sustituyera en caso de necesidad. Posiblemente le llamaran para eso. Ya le había dicho entonces Ezhov que «observara».

Pero Ezhov acababa de ser nombrado, por acumulación, comisario del pueblo del Transporte Fluvial. Un nombramiento más que chocante. Transporte fluvial. ¿A quién le importaba la navegación por los ríos? Por cierto que a Yagoda no le fusilaron de buenas a primeras, sino que primero lo nombraron comisario del pueblo de Comunicaciones y sólo después le encarcelaron. También es cierto que a Yagoda le cesaron inmediatamente de su cargo en el NKVD, mientras que a Ezhov no le habían quitado y él, Sharok, era un hombre de Ezhov, con la particularidad de que es un ruso y no un polaco o un judío cualquiera como todos esos Slutski y Spiegelglas. Iría a Moscú, y ya se vería lo que pasaba.

Tal como había imaginado Sharok, hablaron con él de Sedov. No le interrogaron, sino que conversaron. Le pidieron que escribiera una relación de los hechos. Sharok expuso las cosas como habían ocurrido. ¿Y cómo habían ocurrido? Sedov cayó enfermo. Spiegelglas envió a Alexéi y le ordenó a Sharok que le pusiera en contacto con Zborovski, pero sin asistir él a la entrevista. Los puso en contacto. No asistió a la entrevista. Y, a los diez días, falleció Sedov. Eso era todo. Después de pensarlo mucho, Sharok añadió con cautela: «La muerte de Sedov ha afectado considerablemente la posición privilegiada de Tulipán como informante, y le ha privado de la posibilidad de introducirse en el entorno de L. D. Trotski».

Entregó la nota, y volvieron a sucederse los días de espera. Sharok daba vueltas por la sección, se puso en contacto con Sudoplátov, le hablaba de Tretiakov y de Zborovski. Claro que Sudoplátov los conocía, pero le escuchaba con atención, entre sorbo y sorbo de té caliente. Tenía algo de gripe, estaba destemplado, le lloraban los ojos, se le había puesto colorada la nariz y aunque todo esto influía en su aspecto, a Sharok le produjo gran impresión: un auténtico agente, frío e implacable. Sudoplátov le dijo que, de momento, se pusiera al corriente de los informes de Zborovski acerca de los preparativos del congreso constituyente de la IV Internacional trotskista, que debía celebrarse en París.

El 20 de julio, Lavrenti Pávlovich Beria fue nombrado suplente de Ezhov y jefe de la Dirección General de Seguridad del Estado. Para todos quedó claro que los días de Ezhov estaban contados. Beria, un hombre próximo de Stalin, había venido a sustituirle. Creció la inquietud de Sharok: todas sus esperanzas las tenía puestas en Ezhov. ¿Y ahora? No tenía en quién apoyarse, a quién pedir ayuda. No encontraba ni un rostro conocido a su alrededor. Molchánov, Vutkovski, Stein, Diákov... A todos los habían metido en la cárcel. Incluso era peligroso mencionar que había trabajado con ellos, con enemigos del pueblo condenados.

El único viejo conocido que quedaba era Víktor Semiónovich Abakúmov. Ahora ocupaba un alto cargo: era jefe de la dirección regional de Rostov, una de las más importantes del NKVD. ¡Abakúmov, que había empezado archivando documentos en las carpetas!... Con la llegada de Ezhov había subido mucho. Hizo colocar en su despacho armarios con libros confiscados, aunque seguramente no había leído ni uno en su vida. Duro de mollera, sin estudios, malhablado, mujeriego, con todo su aspecto de oso se tenía, además, por un gran bailarín. De no haberle echado Sharok una mano cuando llegó a la sección, ahora estaría pasando frío como mandatario en cualquier campo de reclusos del norte. Pero Sharok no podía recordarle el favor porque se ofendería: «¿va a resultar que mi posición te la debo a ti, so mierda, y no a mis aptitudes, a mi lealtad incondicional a la causa de Lenin y Stalin?». Sólo conseguiría hacer de él un enemigo. A la gente no le gusta que le recuerden los favores que le han hecho. Es posible que Abakúmov no quiera recordar para nada aquellos tiempos. Él mismo interrogó a sus antiguos jefes y compañeros cuando fueron detenidos. Más vale apartarse de él. Abakúmov venía con frecuencia a Moscú, pero Sharok no intentó nunca encontrarse con él. Un día, por casualidad, se cruzaron en el pasillo. Abakúmov andaba armando mucho revuelo. Es una peculiaridad que tiene cualquier alto jefe: no habla a gritos, no pega portazos ni pisa fuerte, pero se nota que es un jefe: no le cede el paso a nadie, avanza como un tanque por el centro del pasillo, saluda con la cabeza a todo el que encuentra -tanto si le conoce como si no-, lo mismo saluda, de pasada, a los centinelas, y éstos no le piden que se identifique porque saben quién es.

A Sharok le saludó también como a todos, de pasada, y siguió adelante; pero enseguida se detuvo.

-¿Eres tú, Yuri?

-Sí, Víktor Semiónovich.

-Me alegro de verte. Parece que andas por allá... -Abakúmov movió la cabeza hacia un lado, como señalando la frontera.

-Así parece.

-¿Te quedas o vas a volver?

-No podría decírselo con exactitud, Víktor Semiónovich. Ya sabe cómo es nuestro trabajo: hoy aquí, mañana allá... -Imitó el movimiento de cabeza de Abakúmov.

Abakúmov soltó una risotada.

-Como cantábamos en el Komsomol: «Por las olas, por el mar, hoy aquí, mañana allá... ». -De pronto preguntó:- ¿Te has casado?

-Todavía no.

-¿Andas a salto de mata?

-¡Qué remedio!

-Oye, tú tenías un pisito, ¿verdad? Recuerdo que cuando te mudaste lo celebramos.

-Sí. Aún lo tengo.

-¿Sabes cuál es la diferencia entre una comedia, un drama y una tragedia?

-Bueno -comenzó Sharok-, la comedia es...

-Espera -le interrumpió Abakúmov-. Te lo explicaré yo. La comedia es cuando hay «con qué», hay «con quién», pero no hay «dónde». El drama es cuando hay «con qué» y hay «dónde», pero no hay «con quién». Y la tragedia es cuando hay «dónde», hay «con quién», pero no hay «con qué». -y soltó otra risotada-. ¿Lo has cogido? ¿Hay ganado a la vista?

-¿Y dónde no lo hay?

-Pues podríamos quedar para mañana por la noche, a las nueve. Tú reúne el quorum y yo me encargo del forraje. Pero dame las señas porque no me acuerdo muy bien.

Sharok le anotó su dirección, pero rechazó lo del «forraje».

-No hace falta, Víktor Semiónovich. En casa hay de todo.

Aquella perspectiva le inspiró a Sharok ciertas esperanzas. Si Abakúmov quería pasar la noche en su casa con mujeres, eso significaba que no había nada contra Sharok. Porque Abakúmov sabía muy bien con quién meterse en juerga y con quién no. Perfectamente al tanto de que Ezhov estaba acabado, se conducía sin cautela: eso era que también tenía agarraderas por el otro lado. Sharok llamó a Kalia, la citó para el día siguiente y le dijo que llevara a alguna amiga, advirtiéndole:

-Que no sea gazmoña, ¿me entiendes? Es un jefazo y de él depende mucho el giro que tomen mis asuntos.

Kalia prometió hacer lo que le pedía. Pensó seguramente que aquel hombre ayudaría a Sharok a quedarse en Moscú y entonces se casaría con ella. Una estúpida, desde luego, pero una tía buena, una tía de fiar.

Al día siguiente Sharok se encontraba mucho mejor de ánimo. Redactó un resumen de los informes de Zborovski acerca del inminente congreso de la IV Internacional trotskista. Oficialmente se había anunciado que tendría lugar en Lausana, pero en realidad se inauguraría en las afueras de París, en la villa de los Rosemer, un matrimonio amigo de Trotski. Se esperaba la asistencia de unas treinta o cuarenta personas de quince o dieciséis países, y Zborovski enviaba las listas de los países y de los probables delegados. El congreso tenía como finalidad dar por constituido el Partido Mundial de la Revolución Social. Al finalizar la jornada, Sharok le llevó el parte a Sudoplátov y éste ordenó que le pidiera a Zborovski la lista de todo el personal técnico del congreso.

-Pável Anatólievich -dijo Sharok-: esta tarde debo ocuparme de algunos asuntos personales. ¿Podría marcharme a las siete?

-Sí, cuando quiera. Hoy no le necesitaré ya.

Sharok volvió a su despacho, cerró los cajones de la mesa, apagó la lámpara, y en ese momento sonó el teléfono interior; le ordenaban presentarse inmediatamente al comisario del pueblo, camarada Ezhov.

Igual que dos años atrás, Sharok se dirigió al ala izquierda del comisariado por una serie de largos pasillos, subió y bajó tramos de escalera para volver a subir, presentó su carnet a los centinelas en cada descansillo, preguntándose una y otra vez por qué le llamaría Ezhov. ¿Le habría dicho algo Abakúmov? Era poco probable: Sharok no le había pedido nada. ¿Algo relacionado con París? De todo había informado a Sudoplátov. Además, que la Sección Extranjera dependía ahora de Beria. ¿Estaba suplantando Ezhov a Beria? Luego, Beria le haría pagar las consecuencias a él, a Sharok. En una palabra, que aquella llamada no auguraba nada bueno.

Precedido por el secretario, Sharok cruzó el despacho que ya conocía. La mesa inmensa, los armarios acristalados a lo largo de las paredes, cortinones en las ventanas, los muebles caros y el retrato del camarada Stalin encima del

sillón. El secretario llamó a una puerta del fondo y una voz bronca dijo: «Adelante». El secretario hizo pasar a Sharok y se marchó.

Ezhov estaba sentado en el diván de una habitación pequeña, con las mangas de la camisa subidas y el pelo revuelto. Encima de la mesa había una batería de botellas y platos con entremeses. Ezhov fijó en Sharok una mirada turbia. Sonó el teléfono. Ezhov levantó el auricular, escuchó lo que decían, contestó groseramente:

-Lo he explicado bien claro. ¿No lo ha entendido? Pues, ande y que... -y colgó soltando un taco.

Además de borracho, estaba alterado, inquieto. Fijaba sus ojos turbios en Sharok con suspicacia.

-¿ Ha terminado de informar?

-Sí, camarada comisario del pueblo, he terminado -contestó Sharok, poniéndose firme.

-¿No estás harto ya de vivir lejos de tu patria?

-El servicio lo requiere, camarada comisario del pueblo.

-Y si te ordeno que pases a servir en el Comisariado del Pueblo del Transporte Fluvial, ¿qué te parece?

-Una orden es una orden, camarada comisario del pueblo.

-¿A qué viene repetir tanto lo mismo? Una orden... Una orden... Te pregunto si quieres pasar conmigo al Comisariado del Pueblo del Transporte Fluvial.

La mente de Sharok trabajaba febrilmente. Los organismos de seguridad se habían convertido en un lugar peligroso y hubiera sido bueno pasarse a un empleo civil; pero vincular su destino al de Ezhov era más peligroso todavía.

-¿No contestas?

-No sé de qué trabajo se trata, camarada comisario del pueblo.

-Trabajo hay de sobra. Lo que no hay es quien lo haga. Todos son unos saboteadores y unos charlatanes. ¿Me entiendes?

-Sí. Pero, yo he estudiado derecho, y por eso me mandaron aquí. En cuanto al transporte fluvial, ni siquiera sé lo que es.

Ezhov bebió de una copa, miró lo que había encima de la mesa, pero no tomó nada. Sin mirar a Sharok, dijo:

-Te daremos trabajo según tu especialidad. También allí hay sección jurídica, sección de personal y sección de asuntos especiales.

-Permítame que lo piense, camarada comisario del pueblo.

Ezhov alzó sus ojos turbios y lanzó a Sharok una mirada malévola que le oprimió el corazón.

-No quieres -concluyó torvamente.

-Desearía pensarlo, camarada...

-Está claro -le atajó Ezhov-. Retírate.

14

Sharok entró en la tienda del NKVD que había en la calle Bolshaia Lubianka y compró vodka, vino, entremeses, hasta llenar su cartera. Su piso estaba en la Ostózhenska, en el pasaje Zachátievski. Un negociante de la NEP lo recortó, allá por los años veinte, de lo que había sido una casa señorial. Aquel negociante la había diseñado hacía ya mucho tiempo en Narim o en las islas Solovki; en su lugar se instaló un catedrático que también palmó en Vorkutá o Kolimá, y el piso fue a parar a Sharok.²⁷ Se componía de dos habitaciones, cocina, cuarto de baño y aseo, tenía un par de armarios empotrados y altillos. En una palabra, todo lo necesario. Era cómodo para Sharok porque estaba cerca del Arbat, donde vivían sus padres, y a los organismos de seguridad les venía bien porque, mientras se encontraba él en el extranjero, lo utilizaban para entrevistas con los informantes. Las llaves quedaban en la sección. Un segundo juego de llaves lo tenían sus padres, que solían pasar por allí los domingos, día que el NKVD no lo utilizaba. Kalia había insinuado: «¿Quieres que vigile yo el piso?». Y él contestó riendo: «Muchacha, ¿te has creído que en mi oficina no hay nadie que pueda vigilarlo? Lo que debes hacer es no pasar ni siquiera cerca de aquí en ausencia mía». Lo más que llegó a conseguir Kalia fue que siempre hubiera una bata suya colgada en el cuarto de baño.

Pero, cuando Sharok venía a Moscú, ella desempeñaba con celo su papel de ama de casa: recogía, fregaba, limpiaba, hacía gala de sus virtudes domésticas. Llevaban tres años de relaciones, y ya era hora de decidirse. Ahora estaba poniendo la mesa. Era alegre, tenía bonitas formas y los brazos fuertes. Había traído a una amiga, una mujer joven, de tipo agitanado, con el pelo negro, piernas largas y esbeltas y pendientes dorados en las orejas.

²⁷ Kolimá: Lugar de confinamiento y campo de reclusión.

-Mi amiga Aza -dijo Kalia al presentarla.

Y ésta añadió, echando una bocanada de humo de su cigarrillo: -La gitana Aza.²⁸ Del mismo modo se presentó a Abakúmov cuando llegó.

-¿De veras?

-¿No lo parezco? -y sacudió los hombros como hacen las gitanas al bailar.

-Eso también sabemos hacerlo nosotros. y, para sorpresa de Sharok, también movió Abakúmov sus gruesos hombros un poco a lo gitano, aunque no del mismo modo que Aza, claro.

-Éste es de nuestro tabor -elogió Aza.

-Y nos tocará dormir en la misma tienda -concluyó Abakúmov.

Se conducía igual que si conociera a las muchachas desde siempre: tantas habían pasado por sus manos, que ya no las distinguía. Había hecho una entrada espectacular, seguido por el chófer, que traía un paquete y se retiró cuando Abakúmov le dijo a qué hora y dónde debía recogerle. Y a Sharok le ordenó:

-¡Abre eso!

-¿Para qué, Víktor Semiónovich? Ya ve que hay de todo en la mesa.

-Un refuerzo nunca viene mal. Ya lo dijo Napoleón. ¿Qué hace falta para la victoria? Concentrar las fuerzas principales en la dirección principal. Chicas, ¿tenía razón Napoleón Bonaparte? ¿Sabéis quién era? ¿Habéis leído a Tarlé?

«El muy zote -pensó Sharok-. Ni siquiera sabe pronunciar el apellido. Ni tampoco ha leído a Tarlé. Se ha enterado de que Stalin ha ordenado devolverle el título de académico y, naturalmente, le ha faltado tiempo para comprarse su libro Napoleón y colocarlo en la estantería.»

-Sabemos quién era Napoleón y hemos leído el libro -contestó Aza, que fumaba con las piernas cruzadas.

-Ya lo comprobaremos -replicó alegremente Abakúmov-. Y ahora, vamos a comer algo porque tengo un hambre feroz.

Kalia, entre tanto, había abierto el paquete y fue dejando sobre la mesa una botella de coñac armenio, caviar, salmón ahumado, jamón y uvas.

-¿Qué tomamos para empezar? -preguntó Abakúmov adelantando la mano hacia el vodka.

-Lo primero que cojas -contestó Aza sacudiendo sus pendientes.

-Bien dicho. -Abakúmov la miró-. De beber, beber vodka; de amar, amar a una mujer hermosa; de robar, por lo menos un millón.

Apuraba una copa tras otra y a todos les obligaba a beber por todo lo que se le ocurría: por hallarse allí reunidos, por las mujeres -una vez por Kalia y otra por Aza-, por Yuri, por los familiares, por los conocidos... Y engullía como un cerdo; hasta gruñía igual que un cerdo.

Yuri bebía con reserva. Tenía que hablarle a Abakúmov. Se jugaba la vida a una carta. Si montaban el «asunto Spiegelglas», necesitarían demostrar que tenía cómplices. Y resultaba que Ezhov le echaba una mano al llevárselo a otro comisariado del pueblo. «Conste que te salvo, ¿eh? Ah, ¿no quieres? Pues apenca con las consecuencias.» Podían venir a detenerle aquella misma noche. Y se encontrarían allí a Abakúmov, en la cama con una mujer. Las leyes del compañerismo le obligaban a prevenirle. Pero, ¿se lo agradecería? Lo que haría era largarse inmediatamente. Y no le sacaría de la cárcel. Bueno, pues que cayera con él. Y si no venían esa noche, ya conseguiría Sharok que tomara las medidas necesarias para ayudarle. Tenía que ayudarle. De lo contrario, si metían a Sharok en chirona, también Abakúmov las iba a pasar moradas. «¿Con quién tenía usted trato?» «Con el camarada Abakúmov: venía a mi casa a emborracharse con mujeres.» Y que intentara negarlo.

Entre tanto, Abakúmov se había quitado la chaqueta -había venido vestido de paisano-, enseñaba el pecho peludo por la camisa desabrochada, había metido ya su manaza bajo la falda de Aza, que, bastante bebida, se retorció fingiendo pasión. Kalia, con los ojos brillantes, reía a carcajadas. Pero él debía conservar la cabeza despejada. Aunque Abakúmov hubiera alcanzado un alto rango -para machacar a la gente no se necesita un gran talento-, no era de los que se pueden enviar a París: allí hacen falta los Spiegelglas, los Sudoplátov, los Sharok, los profesionales sobre quienes reposa el grueso del servicio secreto soviético. Él había manejado al general Skoblin, al ministro Tretiakov, conque también podría manejar al ordinario de Abakúmov, le haría meterse en aquel asunto, le obligaría. Pero él no podía emborracharse: a la chita callando, se servía agua mineral en vez de vodka aprovechando que el grueso cristal verde de las copas no dejaba ver las burbujas. Y Abakúmov no se fijaba. Él sí comía y bebía, andaba metiendo la mano bajo la falda de Aza y, a todo esto, sin perder de vista a Kalia. Le pegaba con un dedo en el pecho diciendo: «Menudo escaparate. Todo lo tienes bien puesto, chica». De no haber estado allí Sharok, se las habría llevado a las dos a la cama.

²⁸ Así se titulaba una obra que daba el Teatro Gitano de Moscú. (Es de notar que se trata de zíngaros.)

Luego pidió que pusieran el gramófono y empezó a bailar con Aza. Estaba borracho, pero se tenía en pie. Tan gordo, tan corpulento, incluso hacía filigranas, aunque no habría podido decirse si bailaba un tango o una kamarínskaia. Al mismo tiempo, iba desnudando a Aza, desabrochándole la ropa, metiéndole la mano debajo de las bragas. Y ella no se resistía. Sólo miraba a Kalia y a Sharok y sacudía la cabeza como si dijera: «¿Os dais cuenta de lo desvergonzado que es este hombre?».

Terminó el disco.

-¿Dónde se puede descansar aquí? -preguntó Abakúmov con voz bronca. Sharok le indicó la puerta del dormitorio. Abakúmov tiró de Aza por una mano.

-¡Vamos a meternos en la tienda, gitanilla! Aza miró otra vez a Kalia y a Sharok, se encogió de hombros

«¿Estáis viendo lo que hace conmigo?», parecía decir, pero siguió a Abakúmov sin protestar.

Sharok y Kalia se acostaron en el diván.

-Mañana por la mañana te vas con ella al cuarto de baño y os estáis allí un rato mientras yo hablo con Víktor Semiónovich -dijo Sharok.

No tuvo que esperar hasta por la mañana. Le parecía que acababa de quedarse traspuesto cuando le despertó la voz de Abakúmov. Extendió la mano, encendió el aplique que había encima del diván. Abakúmov estaba en el centro de la habitación, gordo, con el vientre desbordado sobre los calzoncillos, que era lo único que llevaba puesto. Aza, en combinación, estaba sentada a la mesa.

-Basta ya de dormir, hombre... -Abakúmov tomó asiento al lado de Aza y se sirvió agua mineral-. ¡Arriba, chicos, vamos a seguir con la diversión!

Sharok se puso los calzoncillos tapándose con la sábana, se levantó y fue a sentarse también.

-Levántate, Kalia -ordenó Abakúmov.

-Pero, vuélvase, Víktor Semiónovich: estoy desnuda.

-¡Valiente cosa! Como si no hubiera visto yo a mujeres desnudas. Cubriéndose con las manos, Kalia corrió al cuarto de baño y volvió con una bata puesta. Sharok le dijo, señalando a Aza:

-Id a tomar una ducha. Ahora os llamaré. Las mujeres salieron, y enseguida se oyó correr el agua en el cuarto de baño.

Abakúmov escanció vodka para los dos.

-A la nuestra.

Bebieron. -Quisiera pedirle un consejo, Víktor Semiónovich.

Sharok le repitió su conversación con Ezhov como si estuviera leyendo un estenograma y también le dijo que Ezhov había quedado descontento. Abakúmov picaba aquí y allá con el tenedor en los platos y masticaba mirando a Sharok.

-¿Has informado a Sudoplátov?

-¿Cuándo iba a hacerlo? Nikolái Ivánovich me retuvo mucho tiempo y temía llegar tarde a este encuentro con usted. ¿Cree que puede hacer algo por mí Sudoplátov?

-No, no puede -contestó rotundamente Abakúmov con repentina lucidez-. Pero debe saberlo. El camarada Beria, Lavrenti Pávlovich, puede llamarle y preguntarle: «¿Sabe usted que hay quien trata de llevarse a trabajadores nuestros a otro comisariado del pueblo?» «No, no estoy enterado», contestará Sudoplátov. «¡Ah! ¿De manera que el camarada Sharok mantiene conversaciones a espaldas de usted? ¡Lleva un doble juego! ¿Cómo se entiende eso?» ¿Comprendes lo que quiero decir?

-Tiene usted razón, Víktor Semiónovich.

-En cuanto llegues al trabajo, te presentas a Sudoplátov y se lo cuentas todo como me lo has contado a mí. Y subrayas: «No he aceptado porque me considero obligado a informarle a usted». Y luego espera tranquilamente, que yo haré el resto.

Se inclinó de repente hacia Sharok, le miró de soslayo y dijo:

-Abakúmov no se olvida de los amigos leales. ¿Me has entendido?

-Entendido. Gracias, Víktor Semiónovich.

-Vamos a beber por eso. Te has pasado toda la velada tomando agua mineral en lugar de vodka. Me he dado cuenta. Comprendo que te preparabas para esta conversación y no te lo censuro. Pero, ahora, vamos a beber.

Y vació su copa echando la cabeza hacia atrás.

-Hemos terminado con tu asunto, conque sigamos con la fiesta -dijo Abakúmov-. Hay una canción que dice algo así: «Venga vino, venga juerga, que la vida es corta y hay que gozar de ella». Aza no está mal, ¿sabes? Tiene arte. Y Kalia, ¿qué tal?

Los vapores del alcohol se disiparon en cuanto Sharok comprendió el sentido oculto de la pregunta.

-Kalia y yo llevamos ya bastante tiempo juntos, Víktor Semiónovich. Incluso habíamos pensado...

Abakúmov no le dejó terminar:

-Justamente. Necesitas probar carne fresca. Vamos a cambiar de pareja.

No tenía salida. Estaba en manos de aquel cerdo. Podía perfectamente ir hoy mismo a Ezhov y decirle: «Pasé ayer por casa de Sharok, porque somos viejos compañeros de trabajo. Me lo encontré borracho y el muy hijo de perra estaba despotricando contra usted, diciendo que le induce usted a marcharse de los organismos de seguridad a otra parte. ¡Canalla! ¡Miserable!». Y entonces, en un dos por tres, se lo llevarían de la sección directamente para fusilarle.

-¿Qué puedo hacer yo con Aza después de usted? -sonrió.

-Algo harás, que eres joven. Pero ¿dónde se han metido las chicas?

Se levantó, entreabrió la puerta del cuarto de baño.

-¿Habéis chapoteado ya bastante?

-Enseguida nos vestimos, Víktor Semiónovich -dijo Kalia.

-¿Qué necesidad tenéis de vestiros para desnudaros otra vez?

-No, no. Tenemos que ponernos algo.

Kalia salió con la bata puesta y Aza en combinación.

Enseguida, Abakúmov sirvió vodka para todos.

-Venga, muchachas, echad un trago.

Sharok pasó a la cocina, llamó a Kalia y le dijo con aire sombrío y preocupado:

-He hablado con él. Ha prometido ayudarme. Ahora, de él depende no solamente mi destino, sino también mi vida. ¿Has entendido?

-Sí, sí, claro -contestó ella asustada.

-Aza no le ha gustado. Es demasiado dengosa. Ya te dije que trajeras a una que no hiciera remilgos. Conque tendrás que encargarte de su trabajo.

Kalia no comprendió al principio lo que quería decir; pero, cuando captó el sentido de sus palabras, se puso roja de indignación.

-¿Te has vuelto loco? Yo me marcho ahora mismo. ¿Qué estás diciendo?

-Lo que oyes. Es por mí, por mi vida.

-Le oprimió con todas sus fuerzas una muñeca-. Te lo ruego. Y te juro que nunca hablaremos de ello. ¡Se acabó! Y que no se te ocurra respingar. Te lo advierto: si no lo haces, es la muerte para mí y también para ti.

Volvieron al comedor.

-Ahora, a bailar -gritó Abakúmov terminando de masticar un trozo de jamón-. A ver esa música, Yuri. Y nosotros, vamos a movernos un poco, Kalia.

La abrazó, la estrechó contra su cuerpo desnudo, obeso, peludo, dio unos pasos por la habitación tratando de hacer que Kalia metiera una mano por la cintura de sus calzoncillos y, cuando se encontró frente a la puerta del dormitorio, la abrió y empujó a la muchacha dentro.

Kalia volvió la cabeza, miró a Sharok con aire de súplica.

Pero él hizo un ademán brusco e imperioso: ¡hala!

Por la mañana fue Sharok al despacho de Sudoplátov y le informó de su conversación con Ezhov.

-La decisión, en un caso así, es asunto personal suyo -observó secamente Sudoplátov. Pero, aquella misma tarde, llamaron a Sharok al despacho de Lavrenti Pávlovich Beria.

Sharok sólo conocía a Beria por los retratos, donde siempre salía favorecido, desde luego, aunque también al natural resultaba el rostro de Beria extrañamente liso, como si lo hubieran hinchado, colocándole luego los anteojos.

En el despacho de Beria había dos personas más: Sudoplátov y otro mando, que se parecía a Serebrianski, pero tenía unas facciones delicadas y unos ojos vivarachos que le favorecían.

En posición de «firmes», Sharok se presentó.

-Tome asiento.

Beria preguntó, clavando en Sharok sus ojos pequeños:

-¿Cuál es la situación de Zborovski?

-Con la muerte de Lev Sedov, lo único que ha conservado es el acceso a los asuntos de la Secretaría Internacional trotskista -contestó Sharok sin vacilar.

-¿Existe alguna posibilidad de infiltrarle en el entorno de Trotski?

-Muy pequeña. De Zborovski se sospechaba que había asesinado él a Sedov. La sospecha ha sido desechada, ya que Jeanne Martin, la esposa de Sedov, se encontraba permanentemente a su lado y Zborovski no tocaba los alimentos de Sedov. Sin embargo, subsiste cierta suspicacia. Zborovski le pidió a Trotski autorización para ir a México, y Trotski la ha denegado.

El mando que estaba sentado junto a Sudoplátov observaba a Sharok con mirada escrutadora.

-¿Qué perspectivas ve usted? -preguntó Beria.

Sharok comprendió perfectamente que se trataba de la eliminación de Trotski; pero él sólo podía hablar dentro de los límites marcados: de la infiltración de alguna persona en el entorno de Trotski. Y también comprendía que se le presentaba otra oportunidad: la de convertirse en hombre de Beria. Contestó, sopesando mucho las palabras:

-Me parece que, desde un principio, los planes para aproximarse a Trotski han sido poco realistas. Se pensó en introducir a su lado a alguien de los blancos. Esas personas fueron preparadas por los generales Turkul, Miller y Dragomírov. En Turquía y en Europa, tenían ciertas probabilidades. En México, ninguna. La guardia de Trotski se compone de norteamericanos y de mexicanos. Entre ellos hay que buscar al hombre adecuado. Lo mejor sería un mexicano o, por lo menos, un hispanoparlante.

-Está bien -dijo Beria, y algo en su entonación le indicó a Sharok que había dado en el blanco, que sus razonamientos coincidían con los de aquellos hombres-. El 3 de septiembre se reúne el congreso constituyente de la IV Internacional. Usted debe salir mañana mismo para París y no perderse nada de esa verborrea.

-¡A la orden, camarada Beria!

Empleó el apellido porque habría sido estúpido llamar «vicecomisario del pueblo» a un hombre que iba a convertirse en comisario del pueblo de un momento a otro.

-Sus jefes... -Beria señaló con la cabeza a Sudoplátov-. A Pável Anatólievich ya le conoce usted.

-En efecto, le conozco.

Beria se volvió hacia el vecino de Sudoplátov y le presentó:

-Naúm Isáakovich Eitingon.

Eitingon le tendió la mano a Sharok, le sonrió:

-Trabajaremos juntos.

15

La posición de Vadim se consolidó tanto después de haber sido condecorado, que le dieron un pase para asistir un día al proceso contra «el bloque antisoviético trotskista de derecha» que se celebraba en la Sala de Octubre de la Casa de los Sindicatos. Este honor se había concedido sólo a escritores de prestigio, capaces de crear una opinión pública adecuada.

Vadim no dudaba de que sabría corresponder a esa confianza. Su reseña no sería un simple eco periodístico como publicaban ahora a centenares sus compañeros de pluma. «¡Hay que castigar duramente a esa sucia banda de asesinos y espías!», «¡Exterminarlos!», «¡Rematarlos!» y otras expresiones igual de manidas.

Él escribiría un estudio concienzudo acerca de la psicología del crimen político, partiendo del informe de Bujarin ante el I Congreso de los Escritores el año 1934, hasta el presente proceso. La ponencia sobre poesía... ¡sobre poesía! había corrido entonces a cargo de un espía y un ladrón. ¿Dónde estaba la línea divisoria entre el intelectual y el criminal? Pletnev, Levin, Kazakov, médicos llamados a curar y salvar a la gente, se habían convertido en mediadores y auxiliares de la muerte. ¿Dónde estaba la línea divisoria entre el humanista y el criminal? A estas preguntas, él daría una respuesta diáfana, concluyente y digna: el auténtico valor intelectual, el auténtico humanismo, sólo cristalizan en el leal servicio al partido de Lenin y Stalin. Con este punto de arranque, lo demás sería coser y cantar.

Igual que todos los presentes, Vadim atendía, pasmado, a cuanto ocurría en el estrado. ¡Cielos, Bujarin y Ríkov, ex dirigentes del partido y del Estado! ¡Yagoda!, el omnipotente jefe del NKVD, cuyo nombre bastaba para causar espanto, comisarios del pueblo, secretarios de comités centrales del partido, los dueños de los destinos de millones de personas, se sentaban ahora en el banquillo de los acusados, míseros y abrumados, se levantaban dócilmente, se sentaban dócilmente, confesaban espontáneamente los delitos más horrendos. Vadim no sabía ni quería saber a qué precio les habían arrancado esas confesiones. Sólo podía hacer conjeturas, recordando a Serguéi Alexéievich, el peluquero, con los dientes rotos y horribles hematomas en el rostro. Aquellos hombres no le inspiraban la menor compasión. ¿No habían creado ellos un sistema que obligaba a cada persona a convertirse en un Vatslav? ¡Basta ya de estúpidos remordimientos de conciencia!

Vadim estaba sentado en las filas del fondo; pero, como la Sala de Octubre es pequeña, todo lo veía perfectamente. A Bujarin y a Ríkov los identificó enseguida -todo el mundo los conocía por los retratos-, y también reconoció al profesor Pletnev, Dmitri Dmitriévich, maestro de su padre, que los visitaba a menudo y de quien decía su padre que tenía un gran talento, que era incluso un genio, uno de los médicos más grandes del mundo. El año anterior, el Pravda había publicado un artículo titulado «Un profesor violador y sádico». Supuestamente, el profesor había mordido un pecho a una paciente mientras la auscultaba y la mujer había quedado inválida como consecuencia del trauma que le había causado semejante atentado contra su dignidad. Se publicaba también una

carta suya que el periódico calificaba de «documento humano estremecedor». Profesores, médicos famosos y colectividades médicas estigmatizaron entonces al «violador y sádico» de sesenta y cinco años. Pero Vadim no había visto el nombre de su padre en esas listas y Andréi Andréievich tampoco intervino en las asambleas extraordinarias de las sociedades de terapeutas de Rusia y de Moscú. Vadim se encontraba en una situación peliaguda: su padre no quería intervenir, su silencio podía costarle caro también al hijo. Pero no se atrevía a decírselo por temor a un estallido de cólera, por temor a que le respondiese con reproches, incluso con acusaciones, porque tenía el presentimiento de que su padre había adivinado lo de Vatslav o quizá lo supiera a ciencia cierta. ¿Habría dejado distraídamente encima de la mesa de su cuarto algún informe y su padre lo había leído? Eso sería horrible. Posiblemente por eso no le felicitó cuando le condecoraron y dejó de interesarse por sus asuntos. Pero en junio del año anterior, Vadim le había preguntado a su padre con toda calma:

-¿Qué historia es ésa de Dmitri Dmítrievich?

-Tú lees los periódicos, conquese seguramente lo sabrás mejor que yo.

-Sí, claro que los leo. Y también leo las opiniones de sus colegas. Sus colegas le condenan.

-¡No todos! -le interrumpió el padre-. Ni mucho menos. Egórov, Sokólnikov, Gurévich, Kannabij, Fromholts, Miásnikov, se han negado a respaldar esa vileza. Y tu padre también se ha negado, dicho sea de paso.

-Cada cual es libre de tener su opinión -replicó Vadim, conciliador.

No podía decir nada más. Nadie sabía si Pletnev había confesado entonces o no. Fue condenado a dos años en libertad condicional y al poco tiempo volvieron a detenerle, pero ya por la causa que ahora se juzgaba en la Sala de Octubre. Y los delitos que Pletnev estaba confesando eran mucho más graves que el intento de violar a una histérica.

Vadim escuchó el interrogatorio de Pletnev con particular atención. Digan lo que digan, algo especial tiene el poder soviético, que echa por tierra las reputaciones y los prestigios más altos. Es una fuerza terrible, invencible, y pobre del que se interponga en su camino.

¿Qué diría ahora su padre? ¡El propio Pletnev ha confesado sus crímenes! ¡Y qué crímenes! Le espera el fusilamiento. Y lo mismo espera a todo el que intente pronunciar una palabra en defensa suya. Ahora el padre no podrá escurrir el bulto. Tendrá que definirse. Pletnev es su maestro, su amigo. ¿Y qué? La gente reniega de los padres y de las madres, de los hermanos y las hermanas, de los hijos y las hijas; conquese con mayor razón hay que renegar de los colegas, de los maestros y de los discípulos.

En la sala no estaba permitido tomar notas. Pero las ideas y las impresiones tendría que anotarlas ese mismo día, bajo el reciente impacto del proceso. Así lo hizo Vadim cuando volvió a su casa.

Trabajó con arrebató. Al poco regresó su padre del trabajo, se cambió la chaqueta por un batín, conservando la corbata, como siempre. Tenía una mirada sombría, de cansancio. Aún a sabiendas de que hablar de Pletnev le disgustaría, no podía contenerse. Y no debía dejarlo para otro momento. El padre no se atrevería a hacer objeciones. Además, no había nada que objetar. Él conseguiría que su padre despidiera a Fenia y cortara todo contacto con Vika, porque Vadim sabía que aún se relacionaba con ella a través de esa señora Nelli Vladímirovna. Por otra parte, le costaba renunciar al placer de desquitarse por la conversación que habían mantenido anteriormente acerca de Pletnev. Ahora su padre no se atrevería a emplear las palabras de la otra vez: galimatías, vileza, ruindad, delirio, provocación... Tendría que buscar otros vocablos, otras expresiones. Mientras se comía un muslo de pollo (a Vadim le gustaba cenar pollo frío y Fenia lo dejaba todo dispuesto antes de salir por la tarde), Vadim dijo:

-He estado en la Casa de los Sindicatos, en el proceso. Un espectáculo terrible, te lo aseguro.

El padre comía en silencio.

-Bujarin, Ríkov y Yagoda son politicastros empedernidos, y todo lo relacionado con ellos está claro. ¡Pero los médicos! Levin, Kazakov, y sobre todo Pletnev, Dmitri Dmítrievich. Yo no daba crédito a lo que oía. Todo lo ha confesado.

El padre continuaba comiendo, inclinado sobre el plato.

-Yo le miraba solamente a él. «Quizá sea un actor», me decía yo. Pero, no. Era Dmitri Dmítrievich. Yo le he visto muchas veces aquí, en nuestra casa, en este comedor. Era él, su modo de hablar, su porte. -El padre comía, sin levantar la vista hacia Vadim-. No lo entiendo. ¿Qué ha podido inducirle a eso? Matar a Kúibishev, a Maximo Gorki...

Andréi Andréievich dejó el tenedor y el cuchillo en el plato, se limpió los labios con la servilleta, se recostó en el respaldo de la silla y dijo serenamente, mirando por encima de Vadim:

-Dmitri Dmítrievich no era el médico de Kúibishev.

-Pero...

-Repito -Andréi Andréievich levantó la voz y siguió mirando por encima de Vadim-: Dmitri Dmítrievich no era el médico de Kúibishev. Kúibishev murió de repente, de un paro cardíaco, después de una jornada de trabajo muy intenso. Se procedió a la autopsia: la causa de la muerte fue una trombosis de la arteria coronaria derecha. Pero, de todas maneras, Dmitri Dmítrievich no era el médico de Kúibishev. -Hizo una pausa para tomar aliento-. En cuanto a Gorki, hacía muchos años que padecía una grave afección pulmonar: broncopatía crónica obstructiva con broncoectasia, neumoescrosis, enfisema pulmonar e insuficiencia cardio-respiratoria. Tosía siempre y fumaba sin

cesar, aunque los médicos le exigían que dejara el tabaco. Incluso tenía importantes hemoptisis. En Capri o en Crimea se encontraba mejor, pero cada vez que regresaba a Moscú recaía de nuevo en la neumonía. Eso fue lo que sucedió el 16 de junio de 1936. Los médicos que le trataban eran Konchalovski, Lang y Levin. Dmitri Dmítrievich había sido llamado varias veces por ellos a consulta. El tratamiento era absolutamente correcto, pero Gorki no tenía salvación. El certificado médico de defunción fue firmado por el comisario del pueblo de sanidad, por todos los médicos que le trataban y, además, por el profesor Speranski y por el profesor Davidovski, que fue quien practicó la autopsia. Ninguno de estos médicos ha sido convocado por el tribunal ni siquiera como testigo. ¡Ninguno! No hacía falta. Todo se lo han cargado a Pletnev y al desdichado de Levin. «¡Una banda de criminales implacables!» -Andréi Andréievich descargó de pronto un puñetazo en la mesa-. Los criminales implacables no son ellos, sino los que están juzgándolos. Ellos son los criminales implacables.

-¡Padre! -exclamó Vadim-. ¿Qué estás diciendo? El acta de la autopsia ha sido presentada al tribunal por la comisión de expertos forenses.

-¿Expertos forenses? -Andréi Andréievich miró por fin a Vadim a la cara, pero éste se estremeció de tanto desprecio y tanto odio como había en sus ojos-. ¿Y a esa basura la llamas tú expertos forenses? Burmin, el que estaba al frente de esa comisión, es una nulidad, un tiralevistas y un cobarde. Lleva diez años dedicado a estudiar el agua mineral de Narzán, y hace siglos que ha olvidado lo poco que sabía de terapia. ¿A quién metió en esa comisión? ¿Shereshevski y Rossiiski? Ésos no son terapeutas, son endocrinólogos y no pueden ser considerados como expertos forenses en el asunto de Pletnev. -Volvió a mirar con odio y desprecio a Vadim-. ¡Qué bochorno! Shereshevski era amigo de Pletnev, entraba en su casa y le ha traicionado. Traidores, no hay más que traidores por todas partes, a cada paso hay traidores.

Vadim se estremeció. De nuevo había una alusión en las palabras de su padre, en su mirada de odio. Andréi Andréievich, que parecía haber recobrado el aliento y dominado su emoción, continuó, procurando hablar más serenamente:

-El único que tenía el derecho profesional de participar en la comisión era Vinográdov, un terapeuta. No es una lumbrera, pero tiene práctica suficiente. Un discípulo de Pletnev. Y ahora el discípulo traiciona al maestro. ¡Le ha entrado miedo!

Otra vez jadeaba. Posó en Vadim una mirada extraviada, levantó un dedo y dijo con voz entrecortada:

-Dios no se lo perdonará. Ni a los jueces venales ni a los falsos testigos.

Las palabras de su padre habrían sido más que suficientes para que le fusilaran. Si hablaba de la misma manera delante de sus colaboradores y sus amigos, mañana mismo le detendrían. Entonces, ¿en qué situación iba a encontrarse Vadim? El padre condenado como enemigo del pueblo; la hermana en París, casada con un antisoviético. En un caso así, de nada servían las condecoraciones ni los Vatslav. ¡Valiente escudo! La mitad de los que eran juzgados en este proceso habían sido también Vatslav.

-¡No te agites de esa manera, padre! -dijo Vadim-. Ya sabes que no debes disgustarte. Reflexiona. Pletnev es un gran terapeuta, tú mismo decías que era «el orgullo de nuestra medicina». ¿A santo de qué iba a querer el gobierno destruirle, más aún si, como tú dices, no es culpable?

-¡Sí es culpable, sí lo es! -gritó Andréi Andréievich desabrochándose el cuello de la camisa y sacudiendo la cabeza-. Pero no es culpable de lo que le acusan, sino de saber demasiado... Sí, sí.

Cuando asesinaron a Ordzhonikidze...

Vadim se incorporó en su silla.

-Padre, por Dios santo, ¿qué estás diciendo?

-¡Siéntate! Yo sé lo que digo. A Ordzhonikidze le asesinaron o se pegó él un tiro. Tenía una herida de arma de fuego. Pero en el acta forense pusieron: «Paro cardíaco». Dmitri Dmítrievich se negó a firmar ese acta. Me lo contó él mismo. Es un testigo indeseable y por eso quieren acabar con él. Primero le difamaron con aquel asunto de la violación, y ahora lo presentan como un criminal.

-Pero si lo ha confesado todo...

-Le han torturado y ha terminado confesando. ¿No ves que todos confiesan en vuestros procesos? -Vadim esbozó un ademán de protesta-. ¡Sí, sí! Y no hagas aspavientos. En vuestros procesos, he dicho bien. Arrancáis confesiones a fuerza de torturas en los sótanos de la Lubianka. Este poder vuestro criminal...

-¡Padre, padre, no sigas! -gritó Vadim. Sacudiendo la cabeza y tirando de la corbata, que había aflojado, como si le ahogara, Andréi Andréievich repitió:

-Un poder criminal... Un poder criminal... Todos sois unos criminales, unos vándalos... Y tú... Tú también eres un criminal... Tus artículos son infames, abyectos... Tú acosas, destruyes a personas decentes... Este poder criminal te ha comprado... Lo sé...

¡Dios santo! Ahora diría lo de Vatslav. ¡No, no! Había que impedirlo a toda costa. Y Vadim gritó:

-Ya ti, ¿no te han comprado?

El padre le miraba, atónito.

-¿Quién... ¿Qué estás diciendo?

-Tú andas con ellos, los tratas como médico y ellos te recompensan. La gente no tiene que comer, pero a ti te abastecen a lo grande. -Apartó su plato-. ¿De dónde vienen estos pollos? De ellos. Sí, yo presto mis servicios, pero lo hago por un ideal. En cambio, vosotros lo hacéis por unos pollos. -Y apartó otra vez su plato-. Vivís a costa del pueblo, y encima le insultáis. Gorki lo hizo todo por vosotros, os ayudaba, os sacaba de los apuros... ¿Quién consiguió este piso para ti? ¡Gorki! ¿Y cómo le habéis pagado? Envenenándole...

Incapaz de pronunciar una palabra, Andréi Andréievich aspiraba el aire por la boca y hacía ademanes desesperados hacia Vadim.

-Sí, sí, yo mismo lo he oído. Aquí, en este comedor, os reáis de él: «Le han dado el nombre de Gorki a un teatro, a una calle, a una ciudad. Cualquiera día nos cambian lo de poder soviético por poder gorkiano». Lo he oído, sí, lo he oído yo. Me han condecorado, y tú ni siquiera me has felicitado. En cambio, cuando te dieron a ti el título de Emérito de las Ciencias, organizaste un banquete, lo celebraste. Tú recibiste tu distinción encantado, pero resulta que yo soy un canalla y un don nadie. Bueno, ¡pues se acabó! Ya sé lo que piensas de mí. A causa de Vika sigues tratando a esa señora Nelli Vladímirovna, aunque Vika está casada con un espía extranjero. Y a ti te parece bien, según veo. Este año vas a salir al extranjero, allí verás a Vika, ella te encomendará cualquier misión de espionaje para su maridito y tú, como un pánfilo, la cumplirás encantado. Y yo tengo que vivir bajo la amenaza de que una noche vengan y nos detengan a ti y a mí por espías extranjeros. ¡Qué va, hombre! ¡Yo no quiero vivir bajo esa amenaza! Yo no quiero escuchar, ni siquiera de mi padre, críticas antisoviéticas. ¡No quiero! Ya estoy hartito. ¡Hartito! Hace tiempo que te vengo proponiendo permutar este piso por dos más pequeños, pero tú te niegas. Pues lo haré yo: tengo derecho, la ley me ampara. Y te aconsejo que no te opongas. ¡Sí, sí! ¡Te lo aconsejo! No me obligues a decir ante el tribunal la razón que nos impide vivir bajo un mismo techo.

Durante este monólogo, Andréi Andréievich se tiraba de la corbata, sacudía la cabeza, trataba de decir algo, aunque no lograba pronunciar más que «tú...», «tú... » y al fin enmudeció, cerrando los ojos. Su cabeza se venció hacia un lado. Vadim corrió a él y le sostuvo. El viejo empezó de nuevo a aspirar el aire por la boca, entreabrió un ojo inexpresivo y lo cerró. Vadim le llevó como pudo hasta el diván, le acostó, le puso una almohada debajo de la cabeza, le descalzó y le tapó con una manta de viaje.

Andréi Andréievich yacía con los ojos cerrados, aspirando ávidamente el aire por la boca, o inmóvil, como si no respirara.

Había que llamar a urgencias.

Sin embargo, otras veces le había sucedido lo mismo, porque le fallaba el corazón, y no permitía que se llamara a urgencias. Se echaba un rato y tomaba unas gotas de valeriana u otras cosas por el estilo. También ahora se le pasaría, claro... Podía ocurrir que cuando llegara la ambulancia se hubiese levantado ya, y resultaría violento haberla hecho venir sin necesidad, haber causado esa molestia.

El padre yacía con los ojos cerrados. Vadim se inclinó, prestó oído. Sí, parecía que respiraba. Le tomó una mano, buscó el pulso, al fin lo encontró. Gracias a Dios, se le pasaría. ¡Pobre padre! No encajaba en la vida actual. ¿Qué podía esperarle? Una detención, la cárcel, sufrimientos, el desprestigio... Y Vadim no podía vivir bajo la amenaza de la catástrofe que le acechaba en caso de que detuvieran a su padre. Y no podría soportar que su padre le llamara de pronto Vatslav. Se acercó el teléfono y tomó el auricular, pero volvió a dejarlo cuando dio el tono. Se le embrollaban las ideas.

¿Qué hacer, Dios santo? ¿Cómo vivir esperando una catástrofe a cada momento, cada día y cada noche? El padre andaba buscando que le detuvieran: no comprendía que, en la situación actual, estaban fuera de lugar conceptos como «dignidad» y «conciencia».

¿Y si no remitía el ataque, si aquello no era lo que le había sucedido otras veces?

Vadim levantó el auricular, marcó el 03. Ocupado.

¿Por qué serán tan egoístas los viejos? Están con un pie en el otro mundo y no le temen a la muerte. Bueno, pues que no le teman. ¡Pero que no arrastren a la tumba a los demás! ¡Ten compasión de tu hijo, padre! ¡Si tu hijo no ha empezado a vivir! ¿Qué son veintiocho años?... No, no consentiré que nadie me hunda. Perdona, padre, pero no lo consentiré; ¡no! Pero ¿qué hacer, Dios mío, qué hacer?

Vadim consultó el reloj: las ocho y media. Cuando Fenia se iba por las tardes un rato a casa de los Feoktístov, solía regresar a las diez.

Fue al cuarto de baño. En el botiquín colgado de la pared -un armarito con una serpiente incrustada en la puerta- encontró un frasquito con gotas de valeriana. Miró la fecha de producción.

Eran del año anterior. De todas maneras, habría que tirarlas. Se guardó el frasquito en el bolsillo, volvió al comedor, se acercó al diván y se inclinó sobre su padre:

-¡Papá!

El padre no contestó. Vadim le observó: ni siquiera se estremecían sus párpados. Le tomó una mano. Estaba fría. Cuando la soltó, la mano cayó, inerte, rozando el suelo. ¿Se habría dormido? Eso sería lo mejor: después de

descabezar un sueño, todo se le pasaría. Abrió el ventanillo para que hubiese más aire en el cuarto. Claro que se le pasaría. Y las ideas que le habían cruzado por la mente no eran más que tonterías, no había que darle más vueltas. Sería lo que hubiera de ser. Por lo pronto, iría a la farmacia a buscar algún medicamento. El que había en casa no servía, conque tenía que comprar otro.

Camino de la farmacia, Vadim buscó en el bolsillo el frasquito de gotas de valeriana, desenroscó el tapón sin sacarlo y, apretándolo en el puño, vació su contenido en la nieve, ya sucia al aproximarse la primavera. La valeriana era del año anterior, y de todas maneras ya no servía, pero tampoco convenía que le viera nadie vaciar el frasquito: podrían pensar cualquier tontería. Se cruzaba con algunas personas cabizbajas, cansadas, que volvían presurosas a sus casas después del trabajo. ¡Cuántas caras desconocidas se ven ahora en el Arbat! Todo pasa. Y todos se van. Por aquí anduvo en tiempos mamá, y hace mucho que murió; por aquí anduvo Vika y, a Dios gracias, ya no volverá nunca a Moscú; por aquí anduvo el peluquero Serguéi Alexéievich y ha desaparecido para siempre; también Sasha Pankrátov anda perdido por Siberia y ni rastro de Yuri Sharok: le habrán trasladado a otra ciudad o quizá le hayan fusilado, porque tampoco con su gente guardan muchas contemplaciones. A Lena Budiáguina la han deportado; a Nina Ivanova no se la ve por ninguna parte. Todos han sido dispersados: no queda nadie. También el padre se irá. Y también se irá Vadim cuando le llegue su hora. Todo es convencional, todo es efímero... Un año más, un año menos... En la historia, una vida humana sólo representa un instante. En la esquina del Arbat tiró con disimulo el frasquito vacío en una papelera.

Vadim hizo pacientemente cola en la farmacia. La cajera y la dependienta le conocían. «Déme algo para el corazón -pidió Vadim-. Mi padre dice que siente molestias.» Le dieron gotas de valeriana y otras de Votchel. Vadim dio las gracias y de pronto pensó que había hecho bien en ir allí y que era bueno que le hubieran visto. ¿Por qué se le ocurrió eso? Ni él mismo lo sabía. Ahora volvería a casa. Era de esperar que su padre se encontrara mejor, y él le enseñaría lo que traía de la farmacia. «Miré en el cuarto de baño, no encontré nada y fui corriendo a la farmacia. Toma esto y, sobre todo, no te alteres de esa manera. Ya ves el resultado.»

Andréi Andréievich seguía como él le había dejado. Vadim le llamó, pero no contestó. Se inclinó sobre él. No pudo oír su respiración. Cuando la soltó, la mano que le había tomado volvió a caer al suelo.

Vadim marcó el 03, pidió que enviaran inmediatamente una ambulancia para el profesor Marasévich. ¿Qué le ocurría? Un fuerte ataque cardíaco. ¿Las señas? Dictó la dirección de su casa.

A los veinte minutos entraba en el piso, seguido de dos enfermeros, un médico joven con la bata blanca echada por los hombros encima del abrigo. Los enfermeros también llevaban la bata sobre el abrigo.

Casi al mismo tiempo apareció Fenia y empezó a ir de un lado para otro y a lamentarse. Vadim le gritó que se callara.

El médico se sentó en el diván, al lado de Andréi Andréievich, le tomó el pulso, le aplicó el estetoscopio al pecho, le alzó los párpados. Luego se levantó:

-Nosotros no nos llevamos a los muertos.

16

Tres camas de hierro a lo largo de las paredes con sendas toallas colgadas a la cabecera, una mesa sin tapete, cuatro sillas, un armarito de cocina con algunos cacharros... La ropa, colgada de clavos en la pared. De no ser por la cunita, aquella angosta habitación habría parecido una residencia comunal de estudiantes.

-Masha, nuestra antigua criada, vive con nosotros -explicó Lena-. Ahora trabaja en una fábrica, en la limpieza. Durante su día libre se queda con el niño mientras yo hago gestiones.

Varia no había visto nunca semejante miseria. Todos a su alrededor vivían pobremente, pero era una pobreza a la que la gente se había habituado al cabo de los años. Sobre Lena, la pobreza había descargado de golpe: la arrojaron del piso donde vivía, la despidieron del trabajo, le arrebataron y le robaron cuanto tenía, la dejaron sin ningún medio de subsistencia.

Lena estaba vistiendo al niño para ir a la tienda. Varia se ofreció a ir en su lugar.

-Hay que hacer cola -le advirtió Lena.

-Y con un niño, ¿dejan pasar?

-¿Quién deja pasar ahora a nadie sin cola?

-Pues haré cola.

-Bueno, gracias. Aquí tienes el dinero. Compra dos botellas de kefir.

-¿Algo más?

-De ninguna manera.

Además del kefir, Varia compró nata, quesitos, una docena de huevos y trescientos gramos de caramelos de frutas.

-¿Quieres ofrecernos un banquete? -Lena sacudió la cabeza con reproche-. No hagas esto otra vez. Me resulta violento.

-Otra vez ya veremos -sonrió Varia.

El pequeño había llegado hasta ella y se aferraba a su falda.

Era gracioso verle caminar, vacilando un poco sobre sus piernecitas algo arqueadas. Muy guapo, rubito «ha salido a Sharok», pensó Varia, le miraba extrañado con sus ojos azules. Lena le tomó en brazos y se sentó junto a la mesa.

-Nos hicieron tres registros. -Echó kefir en una taza, le puso al hijo un trozo de pan en la mano y le besó en la cabeza-. Uno fue en el Granovski, cuando detuvieron a mi padre, otro en la casa de campo y el tercero aquí, cuando detuvieron a mamá. Se lo llevaron todo: el dinero, las joyas, los bonos, los libros, mis vestidos, los trajes de papá... Todo había sido comprado en el extranjero. ¿Cómo iban a dejarlo? Dos habitaciones las precintaron enseguida, y al instante desapareció todo lo que había en ellas: los documentos de mi padre y de mi madre, el gramófono, incluso la bicicleta de Vladlén. Yo presenté una solicitud pidiendo que nos devolvieran lo más imprescindible. No me contestaron. Después del registro nos obligaron a firmar un papel donde decía que no teníamos ninguna queja del NKVD, y nos amenazaron con dejarnos sin nada si no firmábamos. Se llevaron las cosas delante de nosotros, incluso forzaron las cerraduras de las maletas. Todo se lo llevaron, hasta el armario. Se ve que también el pobre armario era antisoviético. -Besó otra vez al niño en la cabeza, miró de soslayo a Varia-. Me echaron del trabajo en cuanto detuvieron a papá. Anularon mi plaza. Al cabo de una semana la restablecieron y admitieron a otra persona.

-¿Y de qué trabajabas? -Varia se decidió a tutearla también.

-De traductora del inglés. También sé francés. Pero no me admiten en ninguna parte. Llame usted la semana que viene, luego la otra... Y un tipo me dijo: «Cambie usted de apellido». Yeso, figúrate, cuando solicitaba una plaza para hacer limpieza por la noche, para fregar suelos y aseos. Vi un anuncio de que se necesitaban carteros. Para mí muy bien: podría repartir las cartas y los periódicos antes de que Vladlén se fuera a la escuela y Vánechka no estaría solo. Voy y me dicen: «Cumplimente la solicitud y preséntese mañana a las seis de la mañana». Llego al día siguiente, y me dicen sin mirarme a la cara: «Disculpe, pero la plaza ya está ocupada». A los pocos días paso por el mismo sitio y veo que sigue allí el anuncio. De todas maneras, sigo haciendo gestiones... He estado en el NKVD, en el 24 de Kuznetski en la Fiscalía, en la Fiscalía militar, he buscado a mi padre y a mi madre por las cárceles... No los he encontrado. Los condenaron «sin derecho a correspondencia». Eso significa que ya no están vivos... Podían decirlo de una vez. Pero, no. Hacen ir de cárcel en cárcel, de ventanilla en ventanilla, martirizando a la gente.

-Todo eso, me lo sé de memoria.

-¿Sí? ¿Tienes a algún familiar detenido?

-He llevado paquetes a Sasha Pankrátov.

Lena estaba ahora demudada.

-Todos nos hemos portado mal con Sasha. No le ayudamos entonces...

-¿Y qué podíais hacer? -No lo sé exactamente, pero algo debimos haber hecho. Escribir cartas, solicitudes, ir al NKVD, acudir a los fiscales, defender a nuestro compañero. Entonces era sólo el comienzo. Y nosotros llamamos. Ahora lo estamos pagando. Lo estamos pagando yo, mi padre, el tío de Sasha... Millones de personas lo están pagando.

-Esto comenzó antes, con la colectivización, con la deportación de los kulaks.

-Sí, claro. -Dejó al niño en el suelo, y él se sentó a jugar con sus cubitos-. Pero yo entonces vivía en el extranjero y no vi nada de eso. Lo de Sasha, en cambio, ocurrió delante de mis ojos. No sabíamos que nos alcanzaría a nosotros. Por eso pienso ahora cuando veo a gente que me vuelve la espalda: «También a vosotros os tocará, y entonces os acordaréis de los que ahora repudiáis». Imagínate que en estos tres años (cuatro, mejor dicho) no he visitado ni una sola vez a la madre de Sasha. No quise compartir el dolor ajeno, preservaba mi tranquilidad, y éste es el castigo. Cuando me pasan esas ideas por la cabeza, siento vergüenza, Várenka.

-Todos hemos hecho algo que nos avergüenza recordar -dijo Varia.

Lena suspiró, consultó el reloj, luego miró a Varia.

-Ahora vendrá mi hermano de la escuela y quisiera prevenirte. Vladlén tiene trece años, está totalmente influenciado por la propaganda, ha leído en los periódicos todas las reseñas sobre el proceso de Bujarin y Ríkov, da fe a cada una de esas palabras, maldice a los que están siendo juzgados, dice que habría que tenerlos enjaulados como a fieras y que la gente les escupiera. A papá y mamá también los maldice: «Son iguales que Bujarin y Ríkov», dice. Soñaba con ser piloto, pero comprende que ya no lo conseguirá. Aunque es aeromodelista y tiene aptitudes, no le han mandado a las competiciones regionales. Se siente repudiado y de todo culpa al padre y a la madre. Incluso ha hablado en la escuela contra ellos.

-No es el primero.

-Sí, pero yo conozco a otros chicos. Nuestros padres lucharon por sus ideas. ¿Quién iba a pensar que todo sería luego anegado en sangre? Pero no puedo meterle eso en la cabeza a Vladlén. No siente ni pizca de compasión por nuestros padres. Aunque también ellos estaban lejos de nosotros. Consagrados a sus tareas estatales y de partido, no les alcanzaba el tiempo para ocuparse de los hijos. -Señaló a Vania, que jugaba con sus cubitos-. ¿Has adivinado de quién es hijo?

-De Yuri Sharok.

-Esa indigna y horrible relación fue un gran error -profirió Lena con calma, mirándola a los ojos-. Sin embargo, aparte de otras cosas, ¿sabes lo que más me seducía de él? Por extraño que parezca, su familia.

-¿De veras? -Varia se encogió de hombros-. Pues no he conocido a gente más asquerosa...

-Ahora lo comprendo. Pero entonces, en comparación con nuestra casa, me parecía que aquélla era una familia auténtica, unida, compenetrada. En cambio la nuestra... No recuerdo que nos hayamos sentado nunca los cuatro juntos a la mesa. Cada uno comía a una hora distinta. Así crecimos... No le preguntes a Vladlén por nuestros padres. Y no hables de política con él: como todos los adolescentes, es cruel en sus juicios.

Varia asintió con la cabeza.

-Está bien. Lo tendré en cuenta.

Se oyó ruido en la calle. Lena se acercó a la ventana y llamó a Varia con un ademán. -Un cuadro que se ve a diario en esta casa. Delante de aquel portal estaban descargando cuatro camiones.

Era una familia que venía a vivir allí: un enkavedista obeso, con uniforme y pistola al cinto, la mujer, desenvuelta y chillona, y dos niñas rubias, de unos siete u ocho años. El enkavedista les daba órdenes con malos modales a los nueve o diez cargadores que bajaban los muebles de los camiones.

-En nuestra casa, todo el mobiliario era propiedad del estado -dijo Lena-. Los armarios, las mesas, los divanes... Cada cosa tenía una chapa con un número de inventario. No se daba valor a los objetos. Éstos traen muebles antiguos, de la época de Pablo II: espejos, mesas, aparadores, sillones, piano de cola...

-Todo robado, requisado -dijo Varia-. Si tuviera una ametralladora, los mandaba a todos al infierno.

-No digas nunca esas cosas, Varia. Nunca y a nadie. Ni a la persona que te merezca más confianza.

-¡Mujer! -protestó Varia con una risita-. Lo digo por los cargadores. Parece que están dormidos. No son capaces de servir con el debido celo a un funcionario de nuestros valerosos organismos de seguridad.

-De todas maneras, no lo digas ni aún hablando de los cargadores.

-Está bien. Punto en boca.

Llegó Vladlén de la escuela, saludó hoscamente a Varia, arrojó encima de la cama una vieja cartera de lona, comió la sopa de coles sin carne y los cereales hervidos que le sirvió Lena y se marchó sin dar las gracias ni decir cuándo volvería.

-Algo tendré que hacer con Vladlén -suspiró Lena-. La semana pasada expulsaron de Moscú a ochenta y cinco familias de esta casa. No puedes imaginarte lo que fue aquello. ¡Un pogromo! Lo único que faltó fue que destriparan las almohadas. El patio estaba lleno de enkavedistas que amontonaban a la gente y las maletas en los camiones. Corre el rumor de que hay una lista de sesenta familias más y probablemente estoy yo en ella. ¿Qué voy a hacer con Vladlén en otro sitio? Aquí tampoco puedo darle ya de comer y el chico está creciendo, necesita alimentarse. Se le han roto los zapatos. ¿Con qué le compro otros? No me queda nada que vender. Todo lo que tengo lo llevo encima. Me duele pensar que quizá me vea obligada a dejarle en una casa para niños. Fui al Comité ejecutivo del distrito y me mandaron a Danílovski val, al centro de acogida del NKVD. Pero aquello es horrible. Parece una cárcel para menores.

-Desde allí los distribuyen por las casas para niños, donde las condiciones son más soportables.

Lena volvió a suspirar.

-Eso dicen también otras personas. Muchas madres de nuestra casa tuvieron tiempo de llevar allí a sus hijos antes de que las deportaran. Al parecer, eso tendré que hacer yo con Vladlén. Y él mismo lo desea. Una vez que no teníamos comida se puso caprichoso, me hizo perder la paciencia y le dije: «Te voy a llevar a una casa para niños. Allí te darán de comer». Y me contestó: «Muy bien. Por lo menos me libraré de este maldito apellido».

-Si te deportan, ¿qué será de Vania? -preguntó Varia.

-Me lo llevaré conmigo. Ya encontraré trabajo. Porque, no nos van a matar de hambre, ¿verdad?

-Y mientras tú estés trabajando, ¿con quién vas a dejar al pequeño?

-No sé... ¡Pero no voy a abandonarlo! Moriremos juntos. A algunas familias les han permitido elegir una ciudad para su deportación. Yo no sé cuál elegir. Aunque tenemos algunos parientes lejanos en Motovilija y en Bakú, yo no los conozco y ni siquiera sé dónde viven. Además, que la gente le tiene ahora miedo a todo... A veces, desearía quedarme dormida y no despertar, no volver a esta pesadilla.

-En el caso de que te permitan elegir una ciudad, elige Michurinsk. Allí vive una tía mía. Ciertamente ya tiene años, pero todavía se conserva bien y es muy bondadosa. Vive sola, conque podrías hospedarte en su casa. Y si no te permiten ir a Michurinsk, pide Ufá.

-¿Por qué Ufá?

-¿Por qué Ufá? -repitió Varia- Es que Sasha está en libertad, ¿sabes?

-¿De veras?

-Ha cumplido su condena, pero no puede vivir en grandes ciudades. Trabaja de chófer en Ufá. Su madre le escribe a Lista de Correos. Y tú también, nada más llegar, le mandas una postal a Lista de Correos.

Lena se quedó pensando. Denegó con la cabeza.

-Eso no sirve. Sasha tiene antecedentes y yo soy «hija de un enemigo del pueblo». Complicaría aún más su situación. No tengo derecho a hacerle eso. Si me permiten elegir, mejor será Michurinsk, en efecto: por lo menos tendré a quien acudir desde la estación y donde pasar la primera noche. Pero lo más probable es que no me pregunten adónde quiero ir, que me deporten y nada más.

-De todas maneras, si te lo preguntan... -insistía Varia.

-Entonces, diré que Michurinsk. Pero ¿me acogerá tu tía con un niño?

-Estoy segura. Yo le escribiré.

-Gracias. Será una gran ayuda para mí.

17

Sasha y Gleb solían cenar en el restaurante. Resultaba algo más caro que el comedor, pero podían quedarse allí hasta las doce si querían. Algunas veces bebían de firme. Gleb estaba ya acostumbrado. Sasha iba aficionándose. ¿Quién sabe lo que pasará mañana? Gocemos del día de hoy.

Una tarde le dijo Gleb:

-Hoy verás a nuestra jefa en el restaurante.

-¿A María Konstantínovna?

-Ha venido de Moscú, en comisión de servicio, una señora de muchas campanillas amiga suya. Y le organiza un banquete, por cuenta de Semión, claro. También irá con ellos Nonna.

-¿Y nosotros qué tenemos que ver con eso?

-Nada, chico. Ellos van a lo suyo y nosotros a lo nuestro. A ellos les servirán pechugas de volaille y nosotros le daremos a los arenques con vodka.

En el restaurante, Gleb y Sasha fueron a sentarse, como acostumbraban, en un rincón. Semión y sus acompañantes estaban en el centro de la sala. Los atendían obsequiosamente los camareros, capitaneados por la gerente. O sea, que los consideraban personas de alto copete.

Desde su sitio, Sasha los veía muy bien a todos: Semión, Nonna y dos mujeres. La morena, según le explicó Gleb, era María Konstantínovna; la otra, bien plantada, pelirroja, ocupaba un alto cargo en Moscú. Eran mujeres hermosas, de unos treinta y cinco años, bien cuidadas y bien vestidas, y llamaban la atención. La orquesta tocaba melodías de películas y la cantante se olvidó de las romanzas gitanas.

-Por culpa de esa madama sólo tocan música de Dunaievski y de Blanter -observó Gleb-. Tienen que demostrar que no están reñidos con la ideología. Pero las señoras son de las que me receta a mí el médico.

Semión Grigórievich se volvió hacia la mesa de Sasha y Gleb. Los muchachos captaron su mirada, pero disimularon. Después, también se volvieron las mujeres.

-Semión presume de su equipo -Gleb le guiñó un ojo a Sasha-. Mashka tiene aquí mucho poder. Y no permite que se le acerque cualquiera, ¿eh? Yo intenté hacerle la rosca y me paró los pies en seco. Y ahí tienes a Semión haciendo el artículo de su mercancía. Me refiero a ti, claro. «Fíjense en mi asistente: buena educación, estudios superiores, moscovita...» ¡La coba que les da! Por cierto: la de Moscú es instructora del Comité Central para los teatros. Todo un personaje. Mashka y ella estudiaron juntas y por eso se conduce Mashka con tanto aplomo: porque tiene esa buena aldaba en Moscú. Quién la tuviera también, ¿verdad?

-No estaría mal.

-¡Menuda influencia tiene! Si ella quisiera echarme una mano, en un abrir y cerrar de ojos estaba yo colocado en lo mío. Claro, que lo harían a su manera, estilo Comité Central, por teléfono. -Gleb le dio a su voz la entonación peculiar de quien está habituado al mando-: «Hemos visto aquí unos trabajos del pintor Dubinin. Unos trabajos interesantes». ¿Te das cuenta, chico? Nada de valoraciones. Interesantes y nada más. «Opinamos...» ¿Entiendes? No hemos decidido, sino simplemente opinamos. «Habría que ayudar a este camarada.» En una palabra: «Les enviamos a Dubinin, Gleb Vasilievich, para el puesto de primer decorador de su teatro». Y me admitirían sin rechistar.

-Deberías ser actor.

-Yo puedo ser un montón de cosas, chico.

Al día siguiente, las dos amigas se personaron en el Palacio del Trabajo acompañadas por Semión Grigórievich. Se sentaron en unas butacas, dejaron los abrigos a su lado. Si no los habían dejado en el guardarropa, era que venían por poco tiempo. En la sala había muchos antiguos alumnos de Sasha que le ayudaban. Cuando Sasha daba una palmada y decía «atención» o «preparados», todos se fijaban en lo que hacía. Estaban aprendiendo la primera figura del vals bastan, la lección más difícil: hay que girar lo mismo que en el vals, pero dando un primer paso largo. A los que no sabían bailar el vals les costaba ese giro.

Sasha veía que Semión y sus acompañantes le observaban. Incluso estando de espaldas a ellos notaba sus miradas clavadas en él, y cuando en cierto momento se encontró cerca de ellos, Semión le llamó con un ademán. Sasha dio una palmada.

-¡Alto! Practiquen un poco solos. -Se volvió hacia sus antiguos alumnos:- Muchachos, chicas, ayudadles a aprender el giro.

Se acercó a Semión Grigórievich, que hizo las presentaciones:

-Uliana Zajárovna, María Konstantínovna... Alexandr Pávlovich.

-¡Hay que ver! -dijo María Konstantínovna-. Nada más llegar, ya se ha convertido en una celebridad.

Algo de origen buriato se traslucía en sus pómulos salientes y en los ojos estrechos, de color marrón oscuro. Se mostraba benévola, pero nadie habría dicho que la expresión de sus ojos era bondadosa.

-Aquí está toda mi celebridad -replicó Sasha, señalando la sala.

Uliana Zajárovna le miraba sonriendo.

Era una hermosa mujer, bien formada. Llevaba el cabello rojizo trenzado y recogido en un rodete sobre la nuca. La sonrisa de los grandes ojos de color gris verdoso, suave, tenía una vaga expresión que Sasha no acababa de definir. ¿Curiosidad, quizá?

Semión Grigórievich se levantó, en actitud de maestro, pero con fingida sencillez.

-Bueno, Sasha, charle usted un poco con nuestras visitantes mientras yo les doy un repaso a sus alumnos.

-No, no. -María Konstantínovna también se levantó-. Acompañeme a ver al director. -Consultó su reloj-. Todavía tenemos veinte minutos. Veníamos arriba, al teatro, y hemos entrado a verle de pasada -le explicó a Sasha.

Estaba claro que la maniobra tenía como finalidad dejarle a solas con Uliana Zajárovna.

-Siéntese. -Siempre sonriendo, la mujer levantó sus grandes ojos hacia Sasha, los entornó un poco, se quedó mirándole unos instantes y luego señaló una butaca a su lado.

-Gracias. -Sasha se sentó.

A Sasha le llegó una bocanada de buen perfume cuando ella se acodó en el brazo de la butaca, rozándole casi con el pecho.

-Me han dicho que es usted de Moscú.

-En efecto. Del Arbat. Ella abrió mucho los ojos, y de nuevo apareció en ellos un brillo que Sasha no lograba entender.

-Pues somos vecinos. Yo vivo en la calle Granovski.

-¿En la Quinta Casa de los Soviets, quizá?

¡Demonios! Se le había escapado. Ahora empezaría a preguntarle de qué conocía esa casa y a cuáles de sus inquilinos trataba. ¿A quién iba a nombrar? ¿A Budiaguin, que había sido fusilado? A juzgar por los apellidos de los que aparecían en los periódicos como enemigos del pueblo, a todos los habían metido ya en la cárcel. Y, en su lugar, vivían ahora allí éstos, la nueva elite.

-Así es. -Se inclinó todavía más hacia Sasha-. ¿Tiene usted allí conocidos?

-Algunos chicos de esa casa estudiaron en nuestra escuela: Petia Varoshílov, Vera y Tamara, las hijas de Iván Ivánovich Mijáilov. Pero fue hace mucho tiempo, unos diez años atrás, y apenas recuerdo a ninguno.

Puso una de sus manos, suave y tibia, sobre la mano de Sasha y profirió con sonrisa confidencial:

-A lo mejor hemos estudiado juntos. ¿Dónde estudió usted?

-En el Instituto del Transporte.

-¿Del Transporte? -se extrañó-. ¿Y qué relación tienen los bailes con el Instituto del Transporte?

-No he resultado muy buen ingeniero, y en cambio sentía inclinación por la música y los bailes. No soy el único.

Aquella conversación empezaba a cansarle. Como si quisiera desentumecerse, Sasha sacudió los hombros, liberó su mano y se recostó en el respaldo de la butaca.

-Déme la mano. -La mujer volvió a tomarla en la suya-. No piense que voy a dejarle así, tan pronto. A lo mejor se me antoja a mí aprender a bailar. ¿Me enseñaría?

-Claro que sí. Ahora mismo si quiere.

-Ahora voy al teatro con María. Lo dejaremos para después. Tiene usted razón, Sasha -pronunció el nombre como subrayando la confianza y el agrado recíprocos-. Tiene usted razón: muchos artistas han cursado estudios que no tienen nada que ver con su actual profesión. Yo podría hacer algo por usted. Conozco a los directores de todos los conjuntos: a Alexándrov, a Ígor Moiséiev... Claro que para entrar en éstos hay que pasar un concurso considerable;

pero, de todas maneras, los camaradas procurarían ayudarle a usted. ¡Ah, ahí viene María! Todavía volveremos a esta conversación. ¿Cuándo termina las clases?

-A las diez. -La función acaba a las diez y cuarto. Espérenos usted. Iremos un rato a casa de María y allí hablaremos, y se levantó sin esperar su respuesta. Sasha la ayudó a ponerse el abrigo.

-Te ha puesto los puntos -observó Gleb.

-Eso parece.

-Ya tienes faena...

-Muy encopetada me resulta.

-Pero tiene experiencia. Así ha hecho carrera.

-Me ha dicho que la espere. Pero ¿qué sé yo? No estoy de humor. Me marcharé.

-¡Chico! ¿Te has vuelto loco? Todo lo han hablado ya, tienen un plan concreto. ¿O piensas que han venido así porque sí? Ayer te echó el ojo y para hoy tienen ya preparada una cena con lo mejor de lo mejorcito en sólido y en líquido. ¿Vas a rechazar la invitación? ¡Ni pensarlo! María Konstantínovna no te lo perdonaría en la vida. No olvides que le debes mucho. Además, que dentro de un par de meses, cuando termine el plazo de tu empadronamiento provisional, tendrás que acudir a ella otra vez. «Écheme una mano, María Konstantínovna.» Y ella te contestará: «Perdone, Alexandr Pávlovich, pero como usted desprecia nuestro trato, no cuente más con nosotros». Y tendrá razón.

Sasha vacilaba. Claro que era halagüeño, pero algo le retenía. Trabajaba en el Comité Central del partido. ¿De qué iba a hablar con ella? ¿Qué falta le hacía a él su trato?

-¡Y vaya mujer guapa! -proseguía Gleb-. Hace falta ser tonto para rechazarla. ¡Una Venus, una Afrodita! Si fuera de por aquí, seguro que le harías la rosca. Pero, como viene de Moscú, como es una persona importante, ya salieron a relucir tus remilgos. «¿Qué van a pensar de mí? Dirán que quiero aprovecharme, hacer carrera. Pero yo no soy Rastignac, ni Potiomkin ni el príncipe Orlov. Yo soy un individuo de alta moralidad ...»

-¡Vaya! -rió Sasha-. Hasta a Rastignac lo has sacado a relucir.

-¡Calla, chico! -Gleb descubrió sus dientes blancos en una sonrisa-. Tú no eres ningún Rastignac ni ningún Potiomkin. Descuida que no va a borrar el «excepto» de tu pasaporte. El «excepto» no lo puede borrar nadie ni tú se lo ibas a pedir. Y si ocurre algo... ya se sabe que puede ocurrir cualquier cosa cuando se junta la gente para pasar el rato y tiene uno al lado a una mujer así.

18

Era una casita de una sola planta en una calle tranquila, no lejos del teatro. Huellas de escoba en la acera, un jardincito, un porche de madera tallada. En la entrada había un paso alfombrado, un perchero largo en una pared y un espejo en la otra. Después de colgar su abrigo de pieles, Uliana se sentó junto al espejo. Luego se levantó, cuando María le dio unas zapatillas, y se sacudió un poco, como si algo la estorbara.

-Sería bueno quitarse los arneses. ¿Se está calentito en el comedor?

-La estufa está encendida. Te daré una bata. Uliana miró a Sasha:

-Sasha, ¿no le parece mal que me ponga una bata?

-Claro que no.

Pasaron al comedor.

-Siéntese -dijo María-. Enseguida volvemos.

Salieron las dos mujeres.

Sasha miró a su alrededor. Un reloj de pared con péndulo, miniaturas colgadas con buen gusto, encima del piano, un pequeño tapete de encaje y figuritas; el teléfono, sobre un velador de gruesa pata torneada. Muebles de caoba. Aunque Sasha no entendía mucho, se daba cuenta de que eran objetos antiguos y costosos. La estufa estaba revestida de azulejos al estilo ruso. Un ambiente cálido y acogedor.

Volvió María, vestida con ropa de andar por casa -falda, blusa y zapatillas-, dobló el grueso tapete dejando libre la mitad de la mesa, extendió un mantel blanco y dispuso tres cubiertos, copas y vasos.

-¿Qué tal, Sasha? ¿Le gusta mi casa?

-Preciosa. Incluso más lujosa que la mía.

Ella sacudió la cabeza con reproche.

-Ese alojamiento, Sáshenka, lo reservo para los que necesitan empadronarse. Pero, de todas maneras, usted no vive allí.

-Claro que no.

-Si hubiera ido a verme nada más llegar, le habría encontrado acomodado en el centro de la ciudad. Pero, como había dejado caducar la fecha, tuve que mandarle allí.

-Y yo se lo agradezco mucho -replicó Sasha con sinceridad-. Lo fui dejando por desidia, y usted lo arregló.

María le miró de reojo, como diciendo: «Demasiado sé yo, muchacho, por qué no te empadronabas. Pero éste no es el momento de hablar de eso».

Entró Uliana, en bata y con el cabello rojizo suelto sobre los hombros. Apenas cruzada, la bata larga, de felpa, dejaba ver sus piernas blancas y fuertes y las rodillas redondas. Nada de tapujos. Ahora comprendió perfectamente la vaga expresión de sus ojos verdosos: aquella importante funcionaria del Comité Central no se andaría con dengues, sino que se metería en la cama a ver lo que pasaba, con la esperanza de que pasaría. En el Comité Central tenía que hacer gala de gran moralidad; pero allí, lejos de los superiores y de los subordinados, podía ir a lo suyo. María, naturalmente, no le había dicho quién era Sasha.

-Bueno, amiguitos míos -decía María mientras disponía sobre la mesa los platos con entremeses-. Tendréis hambre, ¿verdad? ¿Qué vamos a beber? Para usted, Sasha, seguramente vodka. ¿Y tú, Uliana?

-Un poco de vodka también. Uliana acercó un sillón a la mesa, se sentó y cruzó las piernas, que quedaron enteramente descubiertas al abrirse la bata.

-Acércate, anda -dijo María con una risita-. Sasha ha visto ya bastante tus preciosas piernas. ¿Verdad que sí, Sasha?

-¿Qué le importarán las mías? -replicó Uliana-. Con eso de los bailes, habrá visto montones de piernas, blancas, morenas y hasta con lunares.

-Con lunares no las he visto -rió Sasha.

María escanció el vodka.

-Bueno, muchachos, brindemos por este encuentro.

Uliana también levantó la copa. Su mirada tenía, de pronto, una expresión seria.

-Brindemos por Moscú, la capital de nuestra patria. Sasha y yo somos paisanos, casi vecinos.

Se guardaba las espaldas. Si se acostaba con él, nadie se enteraría. Y si habían tomado una copa juntos, la tomaron en casa de una amiga y brindaron por la capital de nuestro país.

Bebieron y comieron. Hacía mucho tiempo que Sasha no veía unos entremeses como aquéllos: caviar negro y rojo, salmón ahumado, jamón, vodka de buena calidad, refrescos de *cassis* y de *kliukva*.²⁹ Les gustaba vivir bien. Habían aprendido.

Uliana le dio su plato a Sasha.

-Sasha, ponme de todo un poco.

María acercó las ensaladeras con setas, pepinos y tomates en conserva.

-A ver qué os parecen.

Uliana probó de todo y elogió:

-Muy buenos. ¿Los ha preparado tu Petrovna?

-La misma.

-Estas cosas, las mejores son las que se hacen en casa. Sólo que no tiene una tiempo...

Había puesto su plato encima de las rodillas. No resultaba muy cómodo para comer, pero quería estar así, medio desnuda.

-También os pondré pelmeni de los que hacemos aquí, al estilo de Ufá.³⁰

Uliana consultó el reloj.

-Son más de las once. Tengo que llamar al hotel.

Se levantó, se acercó al teléfono y pidió comunicación con el hotel.

-Aquí Bolshakova. Estoy en casa de una amiga y se me ha hecho tarde. No se molesten en mandarme el coche. Pasaré la noche aquí. Tome nota del número de teléfono.

-¿Para qué has dado el número? -protestó María-. Te van a molestar por la noche.

Uliana volvió a su sitio.

-No molestarán. De noche, no le hago falta a nadie. En todo caso, a Sáshenka si no le parezco mal. ¿Qué, Sasha, te gustan así como yo?

-¿Cómo qué?

-Pues así, pelirrojas, atrevidas y desvergonzadas.

Sasha se echó a reír: acababa de decir precisamente lo que él pensaba.

-¿Y a quién no le gustan? Uliana volvió a la conversación de antes.

²⁹ Kliukva: Baya de las regiones nórdicas rusas con gran contenido de vitamina C.

³⁰ Pelmeni: Especie de raviolis rellenos de carne.

-He dado el número de teléfono por si mañana pregunta alguien dónde he pasado la noche. Porque aquí hay cien ojos pendientes de los camaradas que vienen de Moscú. Y todos empeñados en mandar a alguien a buscarte.

-Voy a traer los pelmeni. Ya ver si tenéis formalidad mientras yo no esté aquí.

Una alcahueta con experiencia.

Uliana se inclinó hacia Sasha, le miró fijamente con sus grandes ojos verdes y dijo de pronto:

-Trabajo dieciséis horas al día, preguntándome a cada momento de dónde me vendrá la pedrada. ¿Es que no tengo derecho a desahogarme alguna vez? ¡Con una persona decente! ¿Tú qué opinas?

Sin saber qué contestar, Sasha se encogió un poco de hombros como dando a entender que era natural.

Uliana no le quitaba ojo.

-Porque tú eres una persona decente, ¿verdad?

Rió en respuesta y volvió a encogerse de hombros.

-Bueno, pues ya estamos de acuerdo. -Adelantó el busto hacia él-. Ven, dame un beso.

-Puede venir María.

-No importa, no te apures. Mashka es de confianza.

-Vamos, vamos, formalidad -escucharon de pronto la voz de María-. ¿Es que no podéis aguantar un poco? Dejó sobre la mesa una gran fuente de pelmeni y empezó a llenar los platos.

-Aquí tenéis crema, vinagre, pimienta... Que los aliñe cada cual como prefiera. Están hechos según la mejor receta: mitad cerdo, mitad buey y un poco de cordero.

-Estos pelmeni están pidiendo una copa -sugirió Sasha.

Quería beber. ¿Habría sinceramente Uliana o sería un truco, una invención para justificarse? ¿Qué importaba? Tampoco era él lo que aparentaba. De modo que estaban empatados. ¿Que ella quería marcha? Bueno, pues no había más que hablar. Ahora, ¡a beber!

-Bien dicho -aprobó María-. Llena tu copa, pero a nosotras nos pones menos. Venga, Uliasha, como si fuera un sedante. Uliana bebió con ellos... Se comió un pelmeni, miró a Sasha y puso una mano encima de la suya.

-Uliana, ¡déjale que coma, mujer! -la reprendió María.

-Sí, claro. ¿Quién se lo impide?

María se limpió los labios con la servilleta y se levantó.

-Vosotros no tenéis obligaciones, pero yo debo estar a las nueve en el trabajo. Conque, buenas noches. -Señaló el veladorcito del teléfono-. Ahí están las llaves, Uliasha. Mañana me las devolverás. Y ten en cuenta que mi Petrovna viene a las diez... -Besó a Uliana, luego a Sasha y le pasó la mano por una mejilla-. ¡No está mal el muchacho!

Despertó a Sasha un rayo oblicuo de luz que entraba por una rendija de las cortinas. Oyó ruido de vajilla. Alguien andaba por el comedor. A su lado rebulló Uliana. Murmuró, ahogando la voz en la almohada:

-No te levantes. Mashka está recogiendo la mesa.

Sasha cerró los ojos. Cesó el ruido de vajilla y luego alguien abrió y cerró la puerta de entrada.

-Se ha marchado Mashka. -Uliana se levantó de la cama-. Enseguida vengo.

Volvió, se metió debajo del edredón, se abrazó a Sasha.

-Brrr... ¡Qué frío! -Luego, extendiendo la mano hacia la mesita, tomó el reloj-. Fíjate: son casi las nueve. -Dejó el reloj y se apretó contra Sasha-. Yo me pasaría así la vida contigo, pero tengo que ir a trabajar. Levántate, anda. -Le quitó el edredón-. Vístete.

Sasha se levantó y se vistió.

-Voy a abrirte la puerta. Luego me levantaré y me marcharé yo. Todavía necesito media hora para peinarme. La asistente de Mashka vendrá a las diez. Si me encuentra aquí, no pasa nada. Pero no debe encontrarnos a los dos, ¿comprendes? ¿Cuándo irás a Moscú, di? Porque yo me marchó hoy.

-¿Sí? -se sorprendió Sasha.

-Sí, hijito, en el tren de esta noche. Conque, ¿cuándo estarás en Moscú?

-Le he prometido a Semión Grigórievich que iré a Sarátov.

-¡Valiente cosa! Semión Grigórievich no pinta nada. ¿Tienes casa en Moscú?

-Mi madre vive allí.

-¿Y andas rodando de un lado para otro? Ya arreglaré yo las cosas para que tengas trabajo en Moscú.

Sasha se sentó en la cama.

-¿Tantas aldabas tienes? ¿Dónde trabajas?

Ella le miró con suspicacia.

-¡Como si no lo supieras!

-¿De dónde voy a saberlo?

-Trabajo en el Comité para Asuntos del Arte -explicó después de una breve pausa-. Cuando vayas a Moscú le pides mi teléfono a María. Ya le diré que te lo dé.

-Te llamaré -replicó Sasha, aun sabiendo que nunca lo haría-. Pero, a mi edad, es un poco tarde para empezar una carrera. A primera figura no voy a llegar y tampoco quiero ser del montón. Pero sí quisiera pedirte un favor. ¿Has visto a mi pianista?

-¿Uno rubito?

-Sí. Es decorador de teatro. En Leningrado trabajó con Akímov y luego, en Kalinin, en el Teatro del Joven Espectador. Chocó con el director artístico y se marchó. Sería estupendo que le echaras una mano. Se llama Gleb Vasílievich. De apellido, Dubinin.

-¿No hay trampa?

-¿A qué te refieres?

-No entiendes... Bueno, pero al menos sí entenderás cómo están las cosas, ¿verdad? Sasha se encogió de hombros, esbozó una sonrisa.

-No es del partido. No tiene antecedentes.

-Está bien. -Uliana consultó de nuevo el reloj y, ya presurosa, se levantó y se puso la bata-. Le dices que ayer fuiste a acompañar a María Konstantínovna, que le hablaste de él y María quiere que pase a verla. Le ayudaré a través de María. Anda, voy a abrirte la puerta.

En el pasillo se recostó en la pared mirando a Sasha mientras se ponía el abrigo y la gorra.

-Conque, ya estamos de acuerdo. Cuando salgas, ve tranquilo y no vuelvas la cabeza.

19

¿Por qué le sugirió a Lena la ciudad de Ufá? ¿Por qué mencionó a Sasha? Sasha telefoneaba a su madre, y Sofía Alexándrovna le decía a Varia que le mandaba recuerdos. Varia daba las gracias, pero no se lo creía. Sasha la había borrado de su vida. No podía perdonarle su historia con Kostia.

A veces intentaba persuadirse de que la razón era otra. Sasha andaba de un lado para otro por el país, llevaba una vida azarosa y no quería que ella corriera sus mismos riesgos. Pero los sueños que ella acariciaba de una vida apacible en un rincón provinciano se habían esfumado hacía ya tiempo: nadie tenía ahora una vida apacible. Ella sólo necesitaba una cosa: saber que Sasha la amaba y que Sasha supiera que ella le amaba. Hablar por teléfono con él alguna vez, cartearse, ir a verle por un día o dos, durante las vacaciones... Y no importaba que no tuvieran su casa, ni hijos, ni constituyeran una familia. Lo esencial era saber que se necesitaban el uno al otro.

Pero una vez soñó con un niño pequeñito, pelirrojo. Le paseaba en brazos por la habitación, como si fuera su hijo, envuelto en una mantita de franela, le estrechaba contra su pecho, le besaba y lloraba. Lo que más la extrañaba era que fuese pelirrojo. Sasha tenía el pelo negro, ella también, y el hijito había salido pelirrojo.

Cuando se despertó tardó en levantarse, esperando volver a soñar con el pequeñito pelirrojo y mecer, aunque sólo fuera en sueños, al hijo de Sasha y suyo.

Aquel sueño, cosa extraña, la devolvió a la realidad. Hasta entonces pensaba que el malentendido se solucionaría, que Sasha le escribiría. Ni siquiera tomó las vacaciones para pasarlas con su tía, que la telefoneaba instándola a que fuera... «Recogeremos frambuesas, haremos mermelada para ti... » ¿Y si se marchaba y entonces llegaba una carta de Sasha, si la citaba en algún sitio? ¡Qué disgusto se llevaría! Pero aquel día, cuando iba en el metro al trabajo, vuelta hacia el túnel oscuro para que los curiosos no se fijaran en sus ojos con huellas de llanto, comprendió que el malentendido no se aclararía nunca, que Sasha y ella no volverían a encontrarse. Desde que le soltaron, en año y medio, Sasha no le había escrito ni una línea. Sólo llamó por teléfono una vez y eso, estaba segura, a instancias de Sofía Alexándrovna. Si lo que temía era unir su vida a la de ella, podía simplemente escribir: «Ignoro lo que pueda ocurrirme mañana. No me considero con el derecho de arriesgar tu vida, tu libertad. Olvídate». Hombre recto y honrado, eso habría escrito. O sea, que se trataba de Kostia. Ese tema él no quería tocarlo. Había cortado para siempre, y Varia tenía que aceptarlo así. Maltratado por la vida, acosado, confiaba en ella y la historia de Kostia le aturdió y le ofendió. Era un hombre, un hombre resuelto, y se había desentendido de ella. En su vida aciaga, ya no había lugar para Varia.

Sencillamente, la había olvidado. Pero ella no le olvidaría jamás. Jamás olvidaría el día que le vio en la estación de Kazán, caminando entre dos guardias, con la maleta en la mano y el macuto a la espalda. Había vuelto la cabeza como si notara su mirada, y Varia vio su rostro blanco como el papel y la barba negra, igual que la de un gitano. Pero él no vio a nadie, ni la vio a ella, y siguió caminando entre los guardias hacia un tren detenido delante de un lejano andén. Ese día pegó un vuelco la vida de Varia. Por primera vez le causó espanto aquel mundo implacable e injusto. Nunca olvidaría ese día, nunca olvidaría a Sasha. Le recordaría y le amaría siempre, le sería fiel y jamás abandonaría a

Sofía Alexándrovna. Seguía llamándola a diario y con frecuencia pasaba a verla cuando regresaba a casa. Pero ahora tenía nuevas preocupaciones: pasaba todo su tiempo libre con Lena Budiáguina.

Fallaban las tentativas de Ígor Vladímirovich de encontrarle trabajo a Lena. Nada más escuchar su apellido, los personajes influyentes a quienes recurría se negaban a ayudarlo y, si alguien iniciaba una gestión, de la sección de personal no pasaba.

Lena llevó a su hermano al centro de acogida.

-Si hubieras visto nuestra despedida... -le contaba a Varia con dolor-. Vladlén ni siquiera me dio un beso. Sólo un movimiento de cabeza, como un extraño. Me han dicho que dentro de un mes podré enterarme de la casa para niños donde se encuentra. Pero ¿dispondré de ese mes? Aquí tenemos malas noticias.

-¿Y eso?

-A todos los que expulsaron de aquí los han detenido en el lugar de destino y los han mandado a campos de reclusión. Está bien pensado. Si detienen aquí a la esposa de un «enemigo del pueblo», en el apartamento quedan otros familiares. Pero, si se deporta a la familia entera, a Astrajan, pongamos por caso, queda desocupado su apartamento de Moscú. Pronto nos tocará a las doce familias que quedamos. Es cosa de días. A mí me mandarán seguramente a un campo y a Vania a una casa para niños.

-¿Serías capaz de darles a tu hijo?

-¿Qué puedo hacer? Si viviera en el décimo piso, me arrojaría por una ventana con él en brazos. Pero, desde una planta baja...

-Estás diciendo tonterías.

-Ya lo sé. Pero todo lo que hablemos es inútil.

-¿Por qué no te marchas?

-¿Adónde?

-Ya te lo he dicho: a Michurinsk.

-Varia, querida mía, ¿nos va a alimentar tu tía a Vania y a mí?

Cuando intente encontrar trabajo, donde sea, tendré que cumplimentar un cuestionario: «nombre del padre, de la madre...». Y me detendrán al instante. Es una ciudad pequeña de provincias.

Aquí por lo menos estoy en la capital. Ya veo que no estás de acuerdo conmigo.

-Claro que no. ¿Por qué aceptáis tan sumisamente la cárcel y el confinamiento? ¡Ni siquiera intentáis salvar a vuestros hijos!

Hay millones de personas en los campos, en las cárceles, confinadas o sometidas a toda clase de «exceptos». Si todos se escapan de pronto, ¿quién iba a encontrarlos? Ni cien NKVD bastarían para cazarlos.

Lena se dejó caer en una silla, desanimada.

-Ya no se puede hacer nada, todo está perdido. No sabemos qué hacer. ¡Si por lo menos pudiera salvar al pequeño! Pero, ¿cómo?

-Tienes que dejárselo a gente que sea de fiar y luego largarte tú.

-¿Y dónde está esa gente de fiar? ¿Conoces tú a alguien que lo sea?

-¿No se harían cargo de la criatura los parientes que tienes en Motovilija o en Bakú?

-No, no lo harían. Aunque diera con ellos, no lo harían.

-¿Quieres que me lo quede yo? Si logras escapar de ellos y te encuentras en algún sitio a salvo, te lo devolveré. Si no, lo criaré yo.

-Gracias, Várenka, pero eso no es muy realista. Tú trabajas y estudias. ¿Con quién ibas a dejar a Vania?

-Me ayudaría Sofía Alexándrovna, la madre de Sasha.

-Ella también trabaja. No. Jamás os echaría semejante carga a ti y a ella.

-Y Masha, la que era vuestra criada, ¿tiene familiares en su pueblo?

-A sus familiares los deportaron por ser kulaks y entonces ella, que era una chiquilla, se escapó, pudo llegar a Moscú y aquí se quedó.

-Agarra al niño y márchate hoy mismo a Michurinsk. Iré con vosotros para instalarlos en casa de mi tía.

-No puedo correr ese riesgo. Prefiero la cárcel o el confinamiento antes que encontrarme en una ciudad desconocida sin trabajo, sin un trozo de pan, con un niño en los brazos y con la angustia de que puedan echarme mano en cualquier momento y meterme en la cárcel.

Varia se marchó muy disgustada.

Todos eran unos cobardes que aguardaban sumisamente su hora. Le daba lástima del niño, tan rubito. A esa criaturita de ojos azules, delicada y suave, la meterían en una casa para los hijos de «enemigos del pueblo». ¿Cuántos de esos pequeños sobrevivían? Y aunque Vania sobreviviera, no sabría quién era ni de dónde venía. Ni tampoco Lena, si conseguía salvar la vida, sabría dónde se encontraba su hijo.

Camino de su casa, Varia pasó por la estafeta de correos, donde encontró una carta de Nina. Su hermana le escribía puntualmente cada semana a Lista de Correos. En las primeras cartas le decía que estaba bien y luego que

daba clases de historia para los mayores, porque allí había escasez de maestros, que se había casado con Max, tomando su apellido, y ahora era Nina Kóstina. Varia se dijo entonces que seguramente habría sido Max quien la convenció para que cambiara de apellido. ¡Bien, Max! Ahora, ya podían buscarla. Aunque, ¿quién iba a buscarla? Los que la buscaban habían ido a parar a la cárcel.

Las cartas siguientes no contenían nada de particular, todo iba bien, sin novedades. Pero en la carta de aquel día se traslucía cierta inquietud: «Naturalmente, estarás enterada de los sucesos de por aquí. Espero que todo vaya bien».

¿A qué sucesos se referiría? La carta tenía fecha del primero de agosto, y ya estaban a quince. Había tardado dos semanas en llegar. ¿Qué habría ocurrido a primeros de agosto? Varia, por principio, no leía los periódicos. En cuanto a la radio, sólo escuchaba el pronóstico del tiempo: no quería oír ni leer mentiras. Aunque algo se comentaba de un choque con los japoneses en el Extremo Oriente. Pero como siempre había choques con los «samurayos Japoneses»...

Al día siguiente, en el trabajo, Varia se informó de lo ocurrido. Entre el 29 de julio y el 11 de agosto habían tenido lugar, en la zona del lago Jasán, combates encarnizados entre tropas soviéticas y japonesas. Los japoneses habían sido rechazados y se había firmado un tratado de paz. Estaba claro lo que escribía Nina:

Max había participado en los combates y estaba inquieta por él. ¿Le habría pasado algo?

Por primera vez entraba la guerra en su conciencia como una realidad. Varia había leído libros acerca de la guerra mundial y de la guerra civil, porque lo estudiaban en la escuela. Pero eso había ocurrido hacía mucho tiempo, estaba lejos. Ahora, en cambio, resultaba que Max podía haber muerto en la guerra. Claro que, como militar, su obligación era combatir. Pero ¿qué falta hacía la guerra? Aunque entonces ella era todavía una niña, recordaba muy bien lo que decían en la escuela, lo que decían Nina y sus amigos: «La humanidad no olvidará jamás la guerra mundial que segó millones de vidas. Los obreros del mundo no consentirán que se ataque a la Unión Soviética». Y, ahora, todo era hablar de la «amenaza de guerra» por parte de Alemania y de Japón. Y los japoneses habían atacado, habían atacado nuestro territorio, porque el lago Jasán está en territorio soviético. Varia compró el *Pravda* y leyó las crónicas del Extremo Oriente. Por la tarde puso la radio y escuchó las últimas noticias desde el comienzo hasta el final. Si algo le hubiera ocurrido a Max, Nina se lo habría comunicado. Pero ¿y si estaba prohibido comunicar esas noticias? Porque son capaces de todo. Los periódicos dicen los muertos y los heridos que han tenido los japoneses; pero de nuestras pérdidas, ni palabra. Lo ocultan.

¿Qué hacer? ¿Enviar un telegrama? «Nina Serguéievna Kóstina: Comunica estado salud.» Nina comprendería a la salud de quién se refería. ¿Y si los metía en un lío? Como todo es secreto, como no se puede hablar de nada ... Podrían preguntarles: «¿Por qué está preocupada esta familiar suya? ¿Acaso se ha enterado de que el camarada Kostin ha participado en los combates? ¿Cómo lo ha sabido? ¿Se lo han dicho ustedes? ¿Para qué?». ¡Miserable país! Cada paso, cada movimiento, está preñado de peligros.

¿Y si pasara a ver a los familiares de Max? Vivían en el portal contiguo. Acercarse sin más a preguntar cómo se encontraban. Al fin y al cabo había una guerra... Pero Varia no había estudiado con Max, no eran amigos, no había estado nunca en su casa, apenas conocía a sus familiares y ahora, de pronto: «Hola, muy buenas: aquí me tienen porque estaba preocupada». No, eso no valía.

Varia le contó su tribulación a Sofía Alexándrovna, y ésta le prometió enterarse de lo que supiera la madre de Max. A los dos días telefoneó: la familia de los Kostin no había recibido ninguna mala noticia. Sin embargo, Varia no se quedó tranquila. Eran capaces de ocultárselo a la madre. ¡Bueno! Esperaría una semana y luego pondría un telegrama.

No tuvo necesidad de hacerlo. Unos días después volvió a telefonear Sofía Alexándrovna al trabajo.

-Várenka: mira el periódico de hoy. Trae algo acerca de Max.

-¿Algo malo?

-Al contrario. Muy bueno.

Varia buscó un periódico. Varios miles de participantes en los combates del lago Jasán habían sido condecorados. Pero el periódico sólo daba los nombres de los distinguidos con el título de Héroe de la Unión Soviética. Entre ellos estaba Kostin, Maxim Ivánovich, jefe de batallón.

¡Max era Héroe de la Unión Soviética! La distinción más alta del país. Ahora sí que estaba Nina segura a su lado. Ahora nadie se atrevería a meterse con ella.

Y de pronto se le ocurrió que Nina y Max podrían acoger al pequeño Vania Budiaguin, prohijarle, darle su apellido. No tenían niños, dinero no les faltaría y en el poblado militar habría seguramente casas cuna y guarderías. ¿Qué de dónde había aparecido la criatura? Muy sencillo. «El niño es de mi hermana Varia, que ni siquiera sabe quién se lo ha hecho, la muy gamberra. Y no es cosa de dejar al niño al lado de esa pindonga. Queremos educarle nosotros, hacer de él un auténtico ciudadano soviético, un impávido defensor de la Patria socialista. Llega esa sinvergüenza, abandona aquí al niño y se larga dejándonos una nota que dice: "Doy mi conformidad para que mi hijo Iván sea prohijado por M. I. Y N. S. Kostin. V. Ivanova". ¿Qué se puede hacer con esa libertina?» ¡Y claro que

legalizarían los documentos! Aquello no era Moscú. Además, que se trataba nada menos que de un Héroe de la Unión Soviética.

¿Aceptaría Lena? Una madre, en lo primero que debe pensar es en salvar a su hijo. ¿Aceptaría Nina? ¿Cómo no iba a ayudar a una buena amiga? ¿Sería posible que el partido hubiera matado en ella todos los sentimientos humanos? En cuanto a Max, tan buen chico, haría lo que dijera Nina. Ella misma les llevaría al niño, y a ver si eran capaces de no quedárselo.

Resultó que para viajar al Extremo Oriente se necesitaba un salvoconducto. Varia fue a su comisaría de la milicia, la Nº 8 en el pasaje Moguiliovski, y allí le explicaron que para obtener el salvoconducto hacía falta un aviso de llamada debidamente cumplimentado. «Allí» sabían cómo.

Inmediatamente, Varia telegrafió a Maxim: «Felicidades distinción estatal (al demonio con ellos, así llegaría antes el telegrama). Voy a visitaros vacaciones. Envía urgente aviso llamada para mí y mi hijo Vania fin obtener salvoconducto. Varia».

20

Kliment Voroshílov no había pasado en su vida dos meses tan horribles como aquéllos del verano de 1938. Durante dos meses, Voroshílov no fue convocado a las reuniones del Buró Político. Stalin no contestaba a sus llamadas y sólo recibía, para ser informado, a Sháposhnikov, el jefe del Estado Mayor General. Voroshílov no pegaba ojo por las noches. Se levantaba, iba a la cocina y bebía agua fría a pequeños sorbos para calmarse. ¿Qué podía suceder? ¿Le detendrían y le fusilarían igual que habían detenido y fusilado a decenas de miles de mandos, igual que habían fusilado a casi toda la alta oficialidad del Ejército Rojo, igual que habían fusilado a los componentes de varios burós políticos? Y el caso era que para todas esas detenciones y esos fusilamientos había dado él, Voroshílov, su aprobación incondicional, tanto para el fusilamiento de gente que no conocía como para el fusilamiento de hombres de quienes sí sabía que eran combatientes valerosos y militares de talento. Nunca levantó objeción a ninguna detención; por el contrario, exigía los castigos más rigurosos con tal de seguirle la corriente a Kobá, con tal de que Kobá estuviera contento. Desde 1919, desde Tsaritsin, había consagrado toda su existencia a Kobá, le sirvió fiel y lealmente, fue el primero que escribió, allá por los años veinte, sobre el papel del camarada Stalin como principal organizador y jefe militar en la guerra civil, le ensalzó en cada uno de sus discursos, luchó contra sus enemigos. Y, ahora, llegarían una noche, le arrojarían a la cárcel y le golpearían, le torturarían, le obligarían a firmar todo lo que quisieran...

Y él, hijo predilecto del pueblo, héroe de la guerra civil, quedaría en la historia como un traidor, un judas, un espía. Y también a Ekaterina Davídovna, su mujer, y a los hijos los torturarían para matarlos luego o enviarlos a un campo de reclusión, donde perecerían en la tala de bosques.

Un sollozo ahogado escapó de su garganta. Kobá se burlaba de él: «Pues no les abras la puerta si vienen a buscarte». ¿Qué significaba eso de que no les abriera la puerta? La echarían abajo, y a él se lo llevarían maniatado. ¿Y si se pegaba un tiro? Entonces anunciarán que ha muerto de un paro cardíaco, le enterrarán con todos los honores en la Plaza Roja, no les harán nada a la mujer ni a los hijos y él quedará en la memoria del pueblo como lo que ha sido: el primer oficial rojo. Pero morir siendo un hombre sano, fuerte, joven todavía... Tiene cincuenta y cinco años, nadie le da más de cuarenta y cinco o cuarenta y siete y esa misma edad aparenta en los retratos. Morir cuando se ha llegado tan alto, cuando el país entero le conoce a uno... Y todo ha terminado. Kobá, Kobá, no sabes apreciar a las personas leales. ¿Por quién quieres sustituirme? ¿Por ese necio de Budionni? ¿Y por qué razón? Bueno, he cometido un error, una imprudencia; pero, tampoco es nada grave, no es un crimen, y nadie más que tú y yo está enterado de esa conversación. Se podría perdonar. Pero no, no perdona.

Todo sucedió porque Ekaterina Davídovna se había marchado a la dacha. Él se quedó solo en casa, y en esto telefonearon los Kondrátiev, que estaban de paso en Moscú, y él los invitó a que fueran a verle. A Misha Kondrátiev ya le había invitado otras veces cuando pasaba por Moscú, y Ekaterina Davídovna le acogía bien, cariñosamente. Sabía que Misha Kondrátiev le había salvado la vida a Kliment en el año diecinueve, interponiéndose entre él y la bala de un guardia blanco. También a la hija de los Kondrátiev la recibió afectuosamente y la ayudó Ekaterina Davídovna cuando vino el año anterior para ingresar en la universidad. Tan sólo a Natalia le negaba la entrada a su casa por aquella historia ocurrida en Tsaritsin. Pero ¿qué historia? En realidad no había pasado nada. Sí, a él le gustaba Natalia, igual que gustaba a todos, porque era una muchacha preciosa. Pero ella se casó con Misha Kondrátiev, desmovilizado del Ejército Rojo por invalidez después de una herida grave. Y Kliment se había hospedado en casa de ellos, como también se hospedaban otros camaradas. Stalin, por ejemplo... Hacían una buena pareja. De manera que, en realidad, Ekaterina Davídovna no tenía por qué guardarle rencor a Natalia. Pero así son las mujeres,

por muy cultas y educadas que sean. Ekaterina Davidovna tenía un carácter fuerte, y como en casa estaban bien avenidos, él prefería evitar los problemas y sólo invitaba a Misha. En cuanto a Misha, que trabajaba en el sistema bancario, hacía frecuentes viajes de servicio y venía siempre solo. Y, ese día, telefonean diciendo que los dos se encuentran en Moscú, de paso. Y él está solo en casa -Ekaterina Davidovna y la criada se han ido a la dacha-, conque bien puede invitarlos juntos, ver a unos viejos compañeros de lucha, comunistas, que no han pertenecido a ningún grupo de oposición, que no tienen familiares en el extranjero; la hija está estudiando en la universidad, el hijo todavía va a la escuela, el propio camarada Stalin los conoce, son gente de fiar...

Por otra parte, sentía también curiosidad por ver cómo estaba Natalia ahora, al cabo de veinte años. Y quería que ella le viera hecho todo un mariscal. A pesar del calor -corría el mes de julio-se puso la guerrera con todos los distintivos de mariscal, las órdenes y las medallas. Sabía que le sentaba bien aquel uniforme, la gente estaba acostumbrada a verle con él. Natalia también se lo imaginaría así, por los retratos. Ahora, lo vería al natural.

Voroshílov les abrió la puerta. Misha apenas había cambiado desde la última vez que estuvo en Moscú. Sólo el tupé se le había puesto enteramente cano. ¿Cuántos años tendría? Poco más de cuarenta. En cuanto a Natalia, con ella entró un hálito de su juventud. Como entonces, tenía la hermosa planta de las cosacas, el pecho alto, las caderas redondas, los ojos negros igual de ardientes, y la voz cantarina, sugestiva.

Se dispuso a obsequiarlos, como buen anfitrión, aunque sin perder nada de su dignidad, y les invitó a sentarse a la mesa. Ellos obedecieron, pero antes de tocar el vino, el vodka o los entremeses le expusieron el asunto que los traía. Su hijo Seriozha era un niño enfermo mental, sin que nadie pudiera explicar a qué se debía su afección. Le habían traído a Moscú, le habían llevado a médicos locales, y todos decían lo mismo: que la enfermedad no tenía cura. Ciertamente que era tranquilo, no le daban ataques y a menudo se ponía a hablar entre dientes sin que nadie pudiera entender lo que decía. Estaba adscrito a un dispensario psiquiátrico y se había pasado todo el año anterior en un hospital también psiquiátrico. Dos meses atrás le dieron el alta y le colocaron en una fábrica de cajas de cartón. En esa fábrica hubo una reunión y alguien lanzó el bulo de que Seriozha había gritado «¡Abajo Stalin!». Él no pudo gritar eso, primero porque no entendía de política y, segundo, porque nunca gritaba, sino que hablaba en voz baja, pronunciaba mal y sólo farfullaba cosas para sus adentros. En fin, si algo censurable dijo, había que tomar en consideración que se trataba de un enfermo mental. Pero le habían detenido y condenado al fusilamiento. «Por instigación a un acto de terrorismo.» Con dieciséis años que tenía el chico. Y, ahora, «¡Ayúdenos a salvar a nuestro hijo, Kliment Efrémovich!».

Voroshílov sabía que no conviene ayudar a nadie en asuntos de ese género. Si el chico había pronunciado efectivamente «¡Abajo Stalin!» (palabras que daba incluso miedo repetir), nadie saldría en defensa suya -ni Vishinski ni Kalinin-, ya estuviera loco o no, ya fuera un adulto o un chico. En aquel caso, el único que podía ayudar era Stalin. Y había ciertas probabilidades de interesarle en el asunto: Stalin conocía a los Kondrátiev, se había hospedado en su casa. Conocía a Misha, y Natalia le gustaba. Por entonces estaba embarazada de ocho meses y fue lo que la salvó. De no ser por eso, Kobá no la habría dejado escapar. Además, no hacía falta repetir las palabras de «abajo Stalin». Un chico, enfermo mental, había soltado no se sabía qué y le condenaban al fusilamiento.

Y les prometió su ayuda a los Kondrátiev. Natalia le miraba tan implorante con sus ojos negros, había en ellos tanta súplica y tanto sufrimiento, removieron tantos recuerdos y él sintió tantos deseos de demostrarle su omnipotencia, que dijo: «Bueno, muchachos, no os preocupéis. Procuraré ayudarlos. Veremos qué se puede hacer».

Con esa esperanza se marcharon los Kondrátiev. Pero Voroshílov reflexionó entonces y se dijo que había hecho mal en darles esa esperanza. Era peligroso meterse en un asunto así. Y lamentó que Ekaterina se encontrara en la dacha: de haber estado su mujer en casa, él hubiera hallado algún pretexto para no invitar a los Kondrátiev y no se habría enterado de aquella historia.

Había ocurrido por casualidad, y otra casualidad le jugó una mala pasada a Kliment Efrémovich.

A los pocos días se encontraba en el despacho de Stalin, que estaba de buen humor, y éste recordó fortuitamente la época de Tsaritsin. Entonces le preguntó Voroshílov:

-Kobá, ¿te acuerdas de los Kondrátiev?

-¿Qué Kondrátiev?

-Los de Tsaritsin. Tú te hospedaste en su casa.

-¿Un matrimonio joven, muy atentos los dos?

-Justamente, esos mismos.

-¿Qué tal les va?

-Bien. Él trabaja en el sistema bancario y ella es directora de una escuela técnica.

-Dales recuerdos.

-Les ha ocurrido una tragedia.

-¿Qué tragedia?

-Tienen un hijo que padece una enfermedad mental desde pequeño. Ha pasado un año en un psiquiátrico. Ahora ha salido, pero sigue enfermo: está loco.

-¿Se puede hacer algo?

-¿En eso? No, no tiene cura. Pero se les puede ayudar en otra cosa. Parece ser que algo gritó en una reunión, ¿sabes?, y le han detenido y le han condenado al fusilamiento. Un chico de dieciséis años. No debían haberle dejado salir del hospital, pero le dieron el alta...

-¿Y qué gritó?

-Cualquier cosa... ¿Quién hace caso de un loco?

Stalin levantó hacia Voroshílov su mirada pesada.

-¿Qué gritó exactamente?

-Pero, Kobá... Un loco puede decir cualquier cosa.

Stalin seguía mirando a Voroshílov.

-¿Qué gritó exactamente?

-¡Yo qué sé! -replicó Voroshílov, ya inquieto-. Está loco.

-Puesto que te has metido a ayudarlo, tienes la obligación de saberlo.

-Era una sala grande -Voroshílov sudaba de desasosiego, maldiciendo de sí mismo por haberse metido en aquella historia-. Había mucho ruido, nadie lo escuchó con claridad; pero, según parece, dos afirman que supuestamente gritó... ¡Abajo Stalin!

Stalin apartó la mirada, pensó un poco y dijo:

-Nosotros no necesitamos locos de éstos.

Más tarde, ÉL comprobó que el chico había sido fusilado. Y bien hecho. De lo contrario, cualquier terrorista puede declararse loco, y ya está. Y ese loco, ¿por qué no gritó «¡Viva el camarada Stalin!»? ¿Por qué no le dio por decir que él era Stalin? Algunos dicen que son Napoleón o Jesucristo. Ningún loco ha gritado todavía «¡Abajo Napoleón!» o «¡Abajo Jesucristo!» ¡Miren a quién ha venido a defender! ¡El muy necio! ÉL mantiene a ese necio a su lado, le protege, le asciende, y el imbécil le viene con esas embajadas. Le cuenta a ÉL esa historia. ¡Un miembro del Buró Político! ¡Quiere que se entere de los gritos que se lanzan en las reuniones contra el camarada Stalin!

Stalin se pasó dos meses sin recibir a Voroshílov. Que se devanara los sesos preguntándose lo que podía esperarle.

¿Y qué otra cosa podía hacer? Devanarse los sesos y nada más. Del cargo de comisario del pueblo de Defensa no le habían destituido. Iba a diario al comisariado del pueblo, celebraba reuniones del Colegio, recibía a jefes de regiones militares y de tropas, dictaba órdenes. Como miembro del gobierno, participaba en las reuniones del Consejo de Comisarios del Pueblo. Los otros comisarios del pueblo, incluidos Mólotov y Kalinin, le escuchaban como si nada hubiera cambiado; igual que antes, le enviaban los documentos que deben ser enviados a un miembro del Buró Político. Pero Voroshílov conocía bien esa manera de Stalin de jugar con un hombre condenado.

A los hijos Voroshílov no les dijo nada. Pero a Ekaterina Davidovna sí se lo contó, aunque presentando los hechos algo cambiados: él esperaba sólo a Kondrátiev, y éste llegó con Natalia. Ekaterina Davidovna era una mujer sensata, y no paró mientes en ese detalle. Dijo que no había que dejarse dominar por el pánico. Sucedería lo que hubiera de suceder. Pero estuvo de acuerdo en que la muerte era preferible a las torturas. Si venían a detenerle allí, a su casa, se pegarían un tiro: los dos tenían su pistola. Si le detenían a él en el trabajo, él se pegaría un tiro en su despacho y ella se quitaría la vida en casa. A los hijos no había que meterlos en aquello: eran adultos, y que decidieran por su cuenta. Le dio un beso, le dijo que, si llegaba el momento de morir, moriría tranquila, que agradecía la vida que habían pasado juntos y que había sido feliz. Voroshílov lloró un poco sobre el pecho de su mujer. La amaba. Nunca le había fallado, no buscaba la alta sociedad del Kremlin, se ocupaba de la casa, de los hijos, de él, le buscaba libros interesantes, iba con él a la ópera porque a los dos les gustaba la música, estimulaba su afición por la pintura, le acompañaba a las exposiciones, jamás le hacía un reproche. Cuando el asunto de los especialistas militares, aquello de Tujachevski y otros mandos, ella no se metió en nada, callaba. Una buena esposa, una esposa de verdad. Tampoco hablaba casi nunca de política, y si alguna vez lo hacía, acertaba siempre. En esa ocasión tampoco se equivocó. ¡Qué mujer!

El 30 de septiembre, cuando fue a comer (él solía comer en su casa), le preguntó Ekaterina Davidovna:

-¿Estás enterado de lo ocurrido en Munich?

-Algo han transmitido por la radio. Parece ser que se ha firmado un tratado. Los periódicos no dicen nada.

-Los periódicos lo publicarán mañana. Procura enterarte hoy. Yo creo que es muy serio: quizá la guerra. Ahora, ÉL no podrá prescindir de ti.

De regreso al comisariado del pueblo, Voroshílov pidió los últimos partes políticos. Por ellos supo lo siguiente:

En la noche del 29 de septiembre de 1938, Hitler, Mussolini, Chamberlain y Daladier, los jefes de las cuatro potencias europeas -Alemania, Italia, Inglaterra y Francia- habían firmado en Munich un tratado según el cual Checoslovaquia debía entregar inmediatamente a Alemania la región de los Sudetes y las zonas limítrofes habitadas por alemanes, así como satisfacer las pretensiones territoriales de Polonia y de Hungría. Checoslovaquia perdía una quinta parte de su territorio, una cuarta parte de su población, la mitad de su industria pesada y sus construcciones

defensivas más estratégicas en occidente. La nueva frontera de Alemania pasaría a escasa distancia de Praga, capital de Checoslovaquia.

Voroshílov terminaba de leer los partes cuando le telefonearon del Kremlin convocándole para una reunión urgente del Buró Político.

Ekaterina Davíдовna tenía razón.

21

A las seis de la tarde se reunieron en el espacioso despacho de Stalin en torno a la larga mesa cubierta de paño verde. Algo apartado de los demás se sentaba Litvínov, el comisario del pueblo de Asuntos Extranjeros.

Stalin, con guerrera de color caqui tirando a marrón y pantalón igual metido en las cañas de las botas, iba y venía por el despacho, pero no a lo largo de las ventanas, como acostumbraba, sino a lo largo de la pared donde, además del mapa de la URSS, colgaba ahora un mapa de Europa. Los secretarios habían señalado en él las nuevas fronteras de Alemania y Checoslovaquia y rayado las zonas que Alemania, Polonia y Hungría le habían quitado. Cada vez que pasaba por delante del mapa, Stalin se detenía, lo observaba y lanzaba con ira los epítetos de «traidores», «cobardes» y «mercaderes» contra Chamberlain y Daladier, pero con Hitler no se metía. Hitler se había quedado con lo suyo. ¿Y cómo no quedárselo si se le venía a las manos? Los polacos, carroñeros, habían ocupado la Silesia de Cieszyn. ¡Arañas enjauladas! Y los checos se habían acobardado.

Stalin saludó a Voroshílov como de costumbre, igual que si no hubiera ocurrido nada. A Voroshílov, el corazón se le subió a la garganta. ¡Pasó el nublado! Había salvado la vida. Lo peor quedaba atrás. Stalin había depuesto su ira.

Luego bajaron un piso y continuaron la conversación mientras comían en el apartamento de Stalin. Jadeando, porque padecía de asma, Zhdánov comentaba los últimos comunicados de las agencias telegráficas extranjeras traducidos al ruso.

-Los representantes de Checoslovaquia aguardaron el día entero en la sala de espera. Fueron introducidos a la una y media de la madrugada. Hitler y Mussolini se habían retirado ya. Chamberlain informó a los checos de la firma del tratado y les dio el texto para que lo leyeran. Un representante de Checoslovaquia preguntó si esperaban respuesta de su gobierno, a lo cual le contestaron groseramente que no se precisaba respuesta alguna, que el tratado era definitivo. Checoslovaquia, tal como habían quedado delimitadas sus fronteras en 1918, había dejado de existir. Y otra cosa... Escuchen, escuchen... -Zhdánov miró a su alrededor para cerciorarse de que le prestaban atención-: Durante la conversación con los checos, Chamberlain estuvo bostezando todo el tiempo.

-La típica soberbia británica -dijo Stalin-. He visto en el periódico una foto de ese Chamberlain: largo, larguísimo, ¿eh?, y con una cabeza muy pequeña. Parece uno de esos animales prehistóricos. No recuerdo cómo se llaman...

-Pterodáctilos -apuntó Zhdánov.

-Eso es -Stalin se volvió hacia los entremeses.

En una mesa había coñac, vodka, esturión ahumado, caviar, setas, pan, hierbas aromáticas y condimentos, pero ni embutidos, ni jamón ni conservas: Stalin no comía nada de eso. Jruschov pinchó un pepinillo con un tenedor y se lo enseñó a Andréiev: «Como la cabeza de Chamberlain». Todos rieron. Igual que los otros miembros del Buró Político, Voroshílov se puso algunos entremeses en un plato, pero no se atrevió a servirse bebida. Stalin le miró de reojo, lanzó una risita:

-También los mariscales pueden tomarse una copa.

Una sonrisa de gratitud resplandeció en el rostro de Voroshílov. Entonces se sirvió una copa.

En otra mesa había varias sopas con pilas de platos al lado. Cada cual se acercaba para servirse lo que le apetecía. Stalin iba levantando todas las tapaderas, miraba el contenido de las sopas y decía, sin dirigirse a nadie en particular:

-Vaya, sopa de coles... y aquí de fideos... Sopa de pescado... Tomaremos sopa de pescado... Y, a renglón seguido, Voroshílov se apresuró a servirse también sopa de pescado.

Los camareros trajeron luego fuentes con diferentes segundos platos. Para terminar tomaron el té de un gran samovar encima de cuya tapa estaba la tetera con la infusión.

Stalin llevaba la misma guerrera que en el despacho. Sólo se había cambiado de botas. Las que se había puesto eran más suaves, de tafilete, con matices rojizos. En el apartamento también colgaba un mapa de Europa con las nuevas fronteras señaladas. Igual que había hecho en el despacho oficial, Stalin se acercaba a menudo al mapa, se detenía delante e insultaba a los «muniquistas», a Chamberlain y a Daladier, a Inglaterra y a Francia.

Al día siguiente, a las seis de la tarde, nueva reunión en el despacho oficial. Y también terminó Stalin esa reunión en su apartamento, mientras cenaban. Para entonces, habían llegado ya nuevas noticias: la población de Praga se

había echado a la calle exigiendo que no fueran retiradas las tropas de la frontera y que se decretara la movilización general. La gente lloraba. El 1 de octubre, sin embargo, el gobierno checoslovaco anunció por la radio que había capitulado. Ese mismo día, las tropas alemanas cruzaron la frontera y entraron en el territorio de Checoslovaquia.

Los miembros del Buró Político dieron rienda suelta a su cólera, descargándola sobre Litvínov. Quien más despotricaba era Mólotov: no quería a Litvínov, el único que mantenía una postura independiente en el gobierno. Ahora se presentaba la ocasión de cargárselo. Ahí estaba el resultado de la ciega orientación de Litvínov hacia Inglaterra y Francia, decía Mólotov. Ciertamente que Litvínov había vivido muchos años en Inglaterra, que se tenía por un hombre educado a la inglesa, hablaba el inglés mejor que el ruso y estaba casado con una inglesa. Pero ¿acaso era eso motivo para llevar a cabo una política miope? Ésas no eran razones de partido, sino burguesas. Mólotov enmendó significativamente: en el mejor de los casos, pequeño burguesas.

Clavando en Litvínov una mirada de odio con sus fríos ojos azules, Kaganóvich le acusaba de haber antepuesto a los intereses de la Unión Soviética su carrera por alcanzar una popularidad barata entre la burguesía occidental. ¿Por qué no previó, lo ocurrido en Munich? ¿Por qué no previno a la dirección del partido? Había que sacar conclusiones implacables con respecto a Litvínov y al aparato de su comisariado del pueblo.

El precavido Mikoyán aplacó un poco los ánimos. Habló de la situación del comercio entre la URSS y occidente, de que la parte alemana daba largas a la firma de un tratado comercial-crediticio bilateral.

Voroshílov, que todavía no se había recobrado del susto, se sumó al coro general. Lanzando tímidas miradas a Stalin, leyó los datos acerca de las fuerzas armadas soviéticas y checoslovacas. Contra las 43 divisiones alemanas, la URSS y Checoslovaquia podían lanzar inmediatamente 133 divisiones. Una superioridad de más del triple. Hitler habría sido derrotado sin remedio. Pero, en vez de inculcarle a Checoslovaquia la seguridad en el potente apoyo de la Unión Soviética, Litvínov flirteaba con Inglaterra y Francia, que, a espaldas suyas, se habían puesto de acuerdo con Alemania.

Litvínov se mostraba sereno. En efecto, Inglaterra y Francia intentaban apaciguar a Alemania a costa de la traición. Sus esperanzas eran infundadas. Hitler tenía planes de muy largo alcance. Y, ante las nuevas agresiones hitlerianas, Inglaterra y Francia comprenderían que era preciso detener a Hitler o ellas serían víctimas suyas. Por consiguiente, no podían perder un aliado como la URSS. Era una situación difícil, pero no sin salida. No había que perder la cabeza. El tratado de Munich tenía fuertes adversarios en occidente. De regreso a Londres, Chamberlain había anunciado: «Traigo la paz». A lo cual contestó Winston Churchill: «Hemos sufrido una derrota total y aplastante. Y no se debe pensar que con esto ha terminado todo. Esto sólo es el comienzo». Esta actitud no es la de Churchill solamente. Es la opinión pública que predomina en Europa.

-¿Cree usted que Hitler atacará a la URSS? -le interrumpió Mólotov.

-Inglaterra y Francia son adversarios más fáciles que la URSS para él. Si desencadena una guerra europea, será atacándolas a ellas en primer lugar y sólo después a nosotros.

-Usted lo que pretende es que bajemos la guardia -dijo toscamente Kaganóvich-. ¿En interés de quién?

-Yo no tengo más intereses que los intereses de mi país y los intereses de mi partido -contestó Litvínov.

-¡Palabras! -lanzó Kaganóvich, y le volvió la espalda ostensiblemente.

Stalin tomó la palabra al final de la última reunión. Pero los miembros del Buró Político no escucharon, ni con mucho, lo que esperaban oír.

-Inglaterra y Francia -dijo Stalin- empujan a Alemania a una agresión contra la Unión Soviética. A la alianza antisoviética se ha sumado Japón, de modo que la URSS se ha encontrado en un peligroso aislamiento político.

Se levantó y continuó hablando mientras caminaba por la estancia, como siempre a lo largo de la pared, y contemplaba las luces del Kremlin y el Moscú nocturno, también iluminado.

-¿Qué acción se debe emprender en estas condiciones? El camarada Litvínov nos asegura que Hitler atacará a las potencias occidentales. Esa variante no está excluida, pero la deben comprender, ante todo, las potencias occidentales. -Stalin se detuvo delante de Litvínov y tendió un dedo hacia él-. Si usted, camarada Litvínov, está persuadido de que serán Francia e Inglaterra las primeras que sufrirán la agresión hitleriana, debe persuadir de ello a los gobernantes de Francia e Inglaterra. Ésa es, ahora, la tarea fundamental de nuestra diplomacia.

Litvínov y los funcionarios del comisariado del pueblo de Asuntos Extranjeros cumplían con celo la misión de Stalin. Sin embargo, personalmente, Stalin comprendía de manera muy distinta la misión fundamental de la diplomacia soviética.

Después del tratado de Munich, todo el mundo vio la debilidad de Inglaterra y Francia y su temor a Hitler. Esta circunstancia incitaría a Hitler a atacar a Francia, su «sempiterno enemigo» y a la aborrecida Inglaterra. En eso Litvínov tenía razón. Pero Hitler las atacaría sólo en el caso de tener a sus espaldas a una Unión Soviética amiga o, por lo menos, neutral. Eso no lo comprende Litvínov, y no será él quien se ocupe de conseguir un acercamiento entre la URSS y Alemania. Otros lo harán en su lugar. En cuanto a Litvínov, que negocie con Francia y con Inglaterra, que les haga bajar la guardia.

Es indudable que Hitler vería con buenos ojos la destitución del judío Litvínov. Y ÉL le destituirá, cuando sus relaciones con Hitler alcancen el debido nivel. Pero no lo destruirá. Nadie sabe el giro que tomarán los acontecimientos. Litvínov puede ser útil todavía. Tiene prestigio en Inglaterra y en los Estados Unidos. Que siga convenciéndolos. La política verdadera, su política, la aplicarán otros. Kandelaki, el representante comercial en Alemania, mantiene conversaciones secretas. Y no trata de ello con Litvínov, sino con ÉL personalmente. Ahora hay que poner a Mólotov al tanto de esas conversaciones secretas.

22

Telefoneó Lena: -Várenka: si puedes, ven enseguida. Lo antes posible. -Ahora mismo.

Varia colgó el auricular y fue al despacho de Ígor Vladímirovich.

-Ígor Vladímirovich, necesito ausentarme.

La miró, extrañado: dentro de una hora debían estar en el Soviet de Moscú. Varia le había preparado los materiales para su informe y, como siempre en tales casos, le acompañaría.

-Es una cosa urgente que debo solucionar en casa -dijo Varia-. Le pasaré los esquemas a Liova, se lo explicaré todo y él irá con usted. ¿Sí?

-En ese caso, que me acompañe Liova -aceptó Ígor Vladímirovich.

Ocurría que a Lena y a todos los inquilinos de su piso les habían notificado la orden de abandonar Moscú en el plazo de tres días. Les preguntaron: «¿Adónde quieren ustedes ir?». Lena dijo que a Michurinsk, como le había aconsejado Varia. «Michurinsk no puede ser.» Entonces dijo que Ufá porque no se le pasó por la cabeza otro nombre en ese momento. Anotaron Ufá y le dieron un talón para el tren. «Tengo un niño.» «¿De cuántos años?» «De un año y medio.» «No necesita billete.» De modo que, a los dos días debía salir por la noche para Ufá y presentarse allí en la dirección local del NKVD. Así estaban las cosas. Masha, su antigua criada, dejaba ese mismo día su actual lugar de trabajo y se pasaba al Metrostroi, la sociedad que se encargaba de la construcción del metro. Allí le daban vivienda en una residencia comunal. Había que intentar legalizar por vía notarial un poder a nombre de Masha diciendo que ella, Budiáguina Elena Ivánovna, la autorizaba a averiguar a qué casa para niños había sido enviado su hermano. Que pudiera conseguirlo, ya no lo tenía tan claro.

-¿Quieres que vaya yo a ese centro de acogida y me entere de lo que pasa con Vladlén?

-Esos informes no se los dan a cualquiera, Várenka, así son las normas. Masha, por lo menos, puede demostrar con su pasaporte que ha estado empadronada con nosotros en el Granovski y aquí. Quizá sirva eso de algo.

-Está bien: que se entere Masha -dijo Varia-. Pero vamos a sentarnos un momento, porque quiero hablar contigo. -Se sentaron-. Es bueno que vayas a Ufá porque allí encontrarás a Sasha y él te ayudará.

-No. A Sasha no pienso buscarle. No le quiero poner en una situación comprometida. Si permiten elegir una ciudad para el confinamiento lo harán con su cuenta y razón, porque no son tan humanistas. Supongo que lo hacen para descubrir quién tiene familiares, y en qué lugar, y entonces emprenden una nueva ronda de detenciones y confinamientos.

-Allá tú. Pero lo que no tienes derecho a hacer es llevarte a Vania. Si te meten allí en la cárcel, él está perdido. Si no te meten, estáis perdidos los dos.

Lena la miró de reojo.

-¿Y qué sugieres tú?

-Dime, ¿no te has preguntado nunca quién es el marido de Nina y dónde está?

-No es difícil adivinarlo: se ha casado con Max y se ha marchado a su lado.

-Pues mira, resulta que por los combates del lago Jasán le han dado a Max el título de Héroe de la Unión Soviética.

-¿Sí? -exclamó Lena animándose-. Me alegro por él. Max era un muchacho magnífico. Sencillo, modesto... Sasha le quería mucho. Gracias a Dios, por lo menos él se ha salvado.

-Y yo sugiero -dijo Varia persuasiva- que me dejes a Vania para que lo lleve con Nina y Max. Ellos le prohijarán y allí estará seguro. Así salvaremos a la criatura, tú sabrás dónde se encuentra y, si mejora tu situación, ya verás lo que haces. En caso de necesidad, iré yo a buscarle y te lo traeré.

Lena se quedó pensando un buen rato, con la cabeza gacha, y luego preguntó:

-¿Y aceptarían?

-No lo dudes ni por un instante. Yo me encargo de todo y de todo respondo. He teleografiado ya para que me manden un aviso de llamada para mí y el niño. Así me expedirán aquí el salvoconducto. En el trabajo me

corresponden las vacaciones, conquie estaré con Vania hasta que llegue el aviso de llamada. Sofía Alexándrovna me ayudará. Tú no tienes más que prepararme las cosas del niño.

Lena continuaba sentada, cabizbaja. Habían fusilado a su padre y a su madre, su hermano estaba en el centro de acogida del NKVD y ahora se despedía de su hijo, probablemente para siempre, porque ella correría la misma suerte que sus padres. Que se salvara él por lo menos.

¡Señor! ¿Quién le habría mandado a esa muchacha tan valiente y abnegada? ¿Cómo habría conservado esas virtudes en este mundo malévolo y sanguinario?

-Te daré las señas de Nina -dijo Varia-. Pero no tomes nota ni le escribas a ella. Apréndetelas de memoria. Aquello es el ejército y puedes perjudicarles a ellos y perjudicar a tu hijo. Yo os serviré de intermediaria. Y a mí, me escribes a Lista de Correos. Así es más tranquilo y más seguro.

-De acuerdo. Te escribiré a Lista de Correos.

Hizo una pausa. Miró a Varia con una sonrisa triste.

-¡Qué buena eres, Varia! No te lo puedes ni imaginar.

23

El 13 de enero de 1939, los corresponsales extranjeros acreditados en Berlín transmitieron la noticia de la inauguración del nuevo edificio de la Cancillería imperial celebrada la víspera. Daban cuenta de sus dimensiones, diez veces mayores que las de la cancillería anterior, hablaban de las enormes columnas de mármol y las losas del suelo, del mismo material, del patio interior, de las puertas macizas, de cinco metros de altura, de la galería que conducía a la sala principal y que, por orden de Hitler, era el doble de larga que la galería del palacio de Versalles. Adornaba el colosal despacho una escultura de bronce de casi dos metros de altura representando una espada a medio sacar de su vaina. Esa espada, había dicho supuestamente Hitler, inspiraría temor a los diplomáticos. La nueva cancillería imperial fue inaugurada con una gran recepción para el cuerpo diplomático.

El hecho al que más relevancia daban los periódicos era que, durante la recepción, Hitler había mantenido una conversación ostensiblemente larga con Merekálov, el embajador soviético. Después de Hitler, también Ribbentrop y el general Keitel se habían acercado a Merekálov. El embajador soviético había sido el centro de atención.

En su informe a Moscú, Merekálov fue circunspecto. «Hitler me saludó, se interesó por mi vida en Berlín y por mi viaje a Moscú, dijo que estaba enterado de mi encuentro con el embajador alemán Schulenburg en Moscú y me deseó suerte.» La circunspección de Merekálov no sorprendió a Stalin: el embajador no estaba enterado de los contactos secretos; además, no conocía bien el alemán y Hitler le había hablado sin intérprete. Pero el significado de aquel hecho era claro: Hitler le indicaba a ÉL que estaba al tanto de las conversaciones secretas, que las aprobaba y que estaba dispuesto a mejorar las relaciones entre la URSS y Alemania.

Una confirmación era el cese de los ataques de la prensa alemana contra los dirigentes de la Unión Soviética.

Aún más importante era el informe que esperaba a Stalin sobre su mesa. Provenía del grupo antifascista Schultse-Boisen, que actuaba en el ministerio alemán de Aviación: en un discurso pronunciado el 8 de marzo por la mañana ante el alto generalato y los almirantes, Hitler había ordenado ocupar el resto de Checoslovaquia antes de mediados de marzo, ocupar Polonia antes del otoño, mientras los caminos no estaban encenagados y, en los años cuarenta-cuarenta y uno, borrar de la faz de la tierra a Francia, el «sempiterno enemigo», y someter a Inglaterra, apoderándose de sus riquezas y de sus dominios en el mundo entero.

Stalin podía felicitarse. Había acertado en SUS pronósticos: Hitler apuntaba a Francia. Ahora le tocaba hablar a ÉL. La respuesta sería el discurso que, a los dos días, el 10 de marzo de 1939, pronunció Stalin ante el XVIII Congreso del partido.

Al prepararse para el XVIII Congreso, Stalin prestó una atención especial a la composición del nuevo Comité Central del partido, que debía ser elegido. Tomó como base la lista de los miembros del Comité Central elegidos en el XVII Congreso, borró a los fusilados, que eran la mayoría, trazó unas grandes cruces junto a los que debían correr la misma suerte, a algunos apellidos les puso un círculo alrededor, como si dibujara el nudo corredizo de la horca, y los bajó al final de la lista, donde estaban los candidatos a miembro del Comité Central, por el mismo procedimiento del nudo corredizo subió a otros de la categoría de candidatos a la de miembros efectivos del CC y, de acuerdo con sus planes, añadió nuevos nombres.

Además, Stalin dictó unas frases para que fueran añadidas a su informe ante el XVIII Congreso. Después de señalar que Francia e Inglaterra no habían opuesto resistencia a Alemania, diría:

La causa principal... es el deseo de no estorbar a Alemania para que se embarque en una guerra contra la Unión Soviética, dejar que todos los participantes de esa guerra se empantanen en el lodo de la guerra, dejar que se agoten

mutuamente y luego, cuando se hayan debilitado lo suficiente, entrar en escena con fuerzas frescas y dictar sus condiciones a los beligerantes debilitados. ¡Barato y cómodo!... Sin embargo, es preciso señalar que este juego político, grande y peligroso, puede terminar para ellos con un serio fracaso.

La respuesta de Stalin fue comprendida en Berlín.

El 15 de marzo, las tropas alemanas entraron en Praga. Chejia fue incorporada al imperio alemán con el nombre de Protectorado de Bohemia y Moravia. A continuación, las fuerzas alemanas ocuparon el puerto lituano de Klaipeda (Memel). El 23 de marzo cayó Madrid. La España republicana había sido derrotada. Cesó la confrontación abierta entre la URSS y Alemania en tierra española.

Así pues, el camino para la alianza con Hitler estaba abierto. Pero ¿una alianza con la Alemania fascista? Había que reducir al mínimo las pérdidas políticas que pudiera acarrear el dar este paso.

¿El pueblo? El pueblo no es una fuerza política. Se convierte en fuerza política únicamente en manos de un dirigente político. La resistencia a un brusco viraje sólo es posible cuando existe una oposición política en el país. Pero no existe. Ha sido exterminada, erradicada para siempre. ÉL dirige al pueblo, el pueblo está habituado a sus maniobras y sus giros inesperados. En SUS manos está el partido, una palanca de fuerza y obediencia sin precedente, capaz de hacer virar instantáneamente al estado hacia el rumbo necesario. El pueblo, la gente, sólo son súbditos del estado.

¿Occidente? En occidente la reacción no será uniforme. La burguesía se pondrá histérica; los socialdemócratas, también. ¿Los comunistas? Los partidos comunistas están en sus manos: viven del oro soviético. Los adversarios de su orientación estarán entre los intelectuales occidentales. Naturalmente, necesitarán un líder. Ese líder existe: Trotski. Tiene un nombre, la aureola de héroe de la Revolución de Octubre: es la personificación del socialismo que tanto atrae a los intelectuales occidentales. Pero, sobre todo, predice día tras día la alianza de Stalin con Hitler, y a ojos de los obreros y los intelectuales occidentales, poco duchos en alta política, resultará que tiene razón. Trotski escribe en sus últimos artículos:

El hundimiento de Checoslovaquia significa el hundimiento de la política de Stalin. Ahora, la diplomacia soviética intentará aproximarse a Hitler a costa de nuevos repliegues y nuevas capitulaciones... El acercamiento entre Stalin y Hitler es muy probable. Después de destruir el partido y decapitar el ejército, Stalin presenta ahora abiertamente su candidatura para el papel de principal agente de Hitler.

¡Qué miserable! Comprende a la perfección la necesidad de las maniobras políticas, pero a él le cubre de basura. Es fácil prever los alaridos de alegría que van a lanzar cuando se produzca SU alianza con Hitler y esa mezquina IV Internacional se convierta en una gran fuerza. No se le puede negar que tiene olfato político. Trotski sabe bien las oportunidades que se le van a presentar en el futuro.

La destrucción de Trotski se convierte, de tarea de venganza y castigo, en tarea de eliminación de un enemigo peligroso. En lugar de Slutski y de Spiegelglas, de eso se ocupan ahora en el NKVD Sudoplátov y Eitingon. Beria asegura que preparan minuciosamente la operación. ¡Pero la preparan despacio! Habrá que hablar con esa gente.

Eitingon estaba fuera. Beria se presentó con Sudoplátov. Stalin le conocía: dos años atrás había ido a verle con motivo de ciertos asuntos relacionados con Ucrania. Estaba cohibido. Ahora parecía mucho más seguro de sí mismo.

Con un ademán, Stalin les ofreció asiento. Se sentaron a ambos lados de la larga mesa. Stalin paseaba por el despacho y decía a media voz:

-Naturalmente, ustedes saben a la perfección todo el daño que ha causado Trotski a nuestro pueblo. Sus cómplices han sufrido el castigo que merecían. Pero ¿y su cabecilla? Vive tan campante. -Stalin calló, caminó de una esquina a otra. Sudoplátov miró a Beria, y Beria le dio a entender con un movimiento de cabeza casi imperceptible: no, la pausa no significa que el camarada Stalin haya terminado de hablar, aún desarrollará su idea-. Trotski lleva diez años en el extranjero. ¿Es posible que en diez años no hayan podido neutralizarle? Indudablemente, habrían podido hacerlo, pero han saboteado la operación y los culpables responderán por ello. Pero no se puede esperar más. En la presente situación internacional, no podemos seguir tolerando esto. La guerra se avecina. Trotski se ha convertido en cómplice del fascismo. Los trotskistas penetran en el movimiento de izquierda, lo desorganizan y así debilitan la ayuda que las fuerzas progresistas podrían prestar a la Unión Soviética. Hay que descargar un golpe contra la IV Internacional. ¿De qué manera? Decapitándola.

Stalin se detuvo delante de Sudoplátov, clavó en él su mirada pesada y pronunció duramente:

-Trotski debe ser eliminado en el transcurso de un año. Espero que sean capaces de hacerlo. Salga usted para México. Dispondrá de todo cuanto le sea necesario.

Sudoplátov se levantó para contestar.

-Siéntese -ordenó Stalin.

Sudoplátov volvió a ocupar su silla, pero incluso sentado hablaba como si estuviera en posición de «firmes».

-Camarada Stalin: haremos lo que haga falta para cumplir su orden. Sin embargo, yo no debería ir a México. No hablo español y llamaría la atención de un modo nada deseable.

-¿Y Eitingon?

-Es lo que hemos decidido, camarada Stalin. La operación será dirigida, en México, por el camarada Eitingon.

-¿Qué hombre es?

-Tiene cuarenta años. Es un agente con experiencia, seguro, ingenioso y firme. Miembro del partido desde 1919. Estudió en una academia militar, trabajó con el camarada Dzerzhinski. Lo ha hecho muy bien en España. Domina el inglés, el alemán, el francés y el español.

-¿Cuál es el plan?

-Se han preparado distintas variantes. Concretamente, se decidirá en el lugar. Tienen un rasgo común: la operación será realizada por comunistas preparados en la Unión Soviética y que han combatido en España.

-Bueno, pues actúen -dijo Stalin-. No escatimen los medios. Tengan en cuenta -de nuevo miró duramente a Sudoplátov- que la eliminación de Trotski es una tarea del Comité Central de nuestro partido. -Le tendió la mano-. Le deseo suerte. Hasta la vista.

Stalin y Beria se quedaron solos.

-¿Qué trae? -preguntó Stalin.

Beria colocó delante de Stalin una hoja de papel. Un funcionario del comisariado del pueblo de Asuntos Extranjeros denunciaba que, en una conversación privada, Litvínov había hablado con desaprobación de la política exterior aplicada por la dirección del partido y del gobierno.

Conociendo el carácter de Litvínov, Stalin admitía que hubiera podido permitirse esas palabras. Había llegado el momento de pasar a conversaciones más amplias con los alemanes. Litvínov no servía para eso.

Naturalmente, ÉL no había olvidado que, en Londres, Litvínov le defendió contra unos cargadores borrachos. Naturalmente, ÉL apreciaba que, en los treinta años transcurridos desde ese incidente, Litvínov no se lo hubiera contado a nadie. Pero la gratitud también tiene sus límites. El dirigente de un estado no tiene ni puede tener amigos personales. Sólo tiene la gran obra que ÉL realiza. Y las personas se dividen en las que LE ayudan a realizarla y las que LE estorban. Lástima que el camarada Litvínov no lo comprenda. Esa incompreensión les ha costado la vida a muchos. Pero a Litvínov, hay que conservarle la vida. Litvínov todavía puede hacer falta. Stalin escribió «Para el expediente» en una esquina de la denuncia, se la devolvió a Beria y dijo:

-De momento, no hay que tocar a Litvínov. Pero quiero estar informado de cada una de sus palabras. Dondequiera que las pronuncie.

El 3 de mayo, Litvínov fue cesado de su cargo de comisario del pueblo de Asuntos Exteriores y sustituido por Mólotov, que también continuaba siendo presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo. Aquella noche, Malenkov y Beria asistieron al acto de cesación de Litvínov y de entrada en funciones de Mólotov. La presencia de Beria no era fortuita. Para el verano de 1939 habían sido represaliados cinco suplentes de Litvínov, cuarenta y ocho embajadores, ciento cuarenta funcionarios de su comisariado y la mayoría del personal de las embajadas soviéticas en el extranjero.

El de algunas embajadas fue eliminado totalmente. La nueva política exterior de Stalin estaba llamada a aplicarla una gente nueva.

24

Faltaban dos horas para empezar las clases. Sasha y Gleb pasaron por la estafeta donde recibían sus cartas a Lista de Correos. A Gleb, su tía no le escribía con frecuencia. Sasha recogió una carta de su madre, una carta de tono sereno. Sasha le había enviado ya varios giros. La madre le reprendía pensando que pasaba privaciones para mandarle dinero a ella, pero poco a poco empezó a creer lo que Sasha le contaba en sus cartas: que todo le iba bien y que se había quedado en Ufá porque tenía mejor vivienda y ganaba más. Sasha leía la carta, de pie junto a la ventana. Gleb charlaba con las muchachas que estaban detrás del mostrador. A todas las conocía porque el año anterior habían asistido a las clases de baile. Formaban un buen grupo, muy alegre. Sasha se guardó la carta en el bolsillo, levantó la vista. En ese momento se acercó a la ventanilla de Lista de Correos una mujer alta, con abrigo negro y boina gris oscuro y presentó su pasaporte. El rostro, visto de refilón, le pareció conocido a Sasha, que ya no apartó los ojos de ella. Se inclinaba hacia la empleada que, con el pasaporte en la mano, repasaba las cartas de un cajón. Al terminar, cerró el pasaporte y se lo devolvió: no tenía ninguna carta. La mujer se irguió y dio media vuelta. ¡Dios santo, Lena Budiáguina! -¡Lena! Seguía siendo igual de hermosa: el rostro alargado, mate, los labios un poco vueltos... Un «perfil levantino», decía Nina Ivanova. Pero los ojos tenían expresión de cansancio y un algo nuevo, severo.

Le miraba un poco de reojo. Aquella mirada, que conocía desde que eran niños, le recordó su clase, su escuela, su grupo de amigos, le trajo como un hálito del Arbat.

-Hola, Sasha. Me alegro de verte.

Lo dijo tranquilamente. No se sorprendió de que se hubieran encontrado de una manera tan inesperada. Y eso que no se veían desde hacía cinco años. Quizá supiera que él estaba en Ufá.

Se acercó Gleb. Le sonrió a Lena con todos sus dientes blancos. También Lena sonrió al fin. Era una sonrisa cortés, y no tímida como antes. Sasha hizo las presentaciones: Lena, una compañera de la escuela, amiga de la infancia y la juventud. Gleb, un buen compañero.

Salieron y echaron a andar los tres por la calle. Sasha le hacía preguntas a Lena acerca de Moscú, de los amigos, del tiempo que llevaba en Ufá. Ella contestaba lacónicamente. En Ufá llevaba ya medio año. ¿Los amigos? Max estaba en el ejército. Nina se casó y se marchó de Moscú; Vadim sí estaba en Moscú al parecer. Se mostraba reservada. No pronunció ni un apellido, sólo nombres de pila. De Sharok, ni palabra, aunque era el padre de su hijo; ni una palabra de adónde se había marchado Nina, y Nina se había marchado al Extremo Oriente donde estaba Max. Sasha lo sabía por su madre. Y Max tenía el título de Héroe de la Unión Soviética, lo habían publicado los periódicos. Sin embargo, Nina no precisaba a qué Max se refería. Ni palabra acerca de sus padres, de por qué se encontraba ella en Ufá.

Habían llegado a la parada de autobuses.

-¿Cuál debes tomar? -preguntó Sasha.

Lena consultó la tablilla donde figuraban tres itinerarios. Dudó un poco antes de contestar:

-Lo mismo me da. Cualquiera vale. Cualquiera no podía valer de ninguna manera porque iban en direcciones distintas.

-Si quieres, dame tus señas y pasaré a verte -dijo Sasha.

-No. Vivo muy lejos. Puedo acercarme yo a tu casa o podemos quedar en algún sitio. Ya llega la primavera. No hace frío.

-Está bien. Anota mi dirección.

-Me acordaré sin anotarlo. Sasha le dio su dirección y se pusieron de acuerdo sobre el día y la hora. Lena tomó el primer autobús que llegó.

-Es guapa. Y precavida -comentó Gleb pensativo.

-En la escuela, era la más guapa. ¿Precavida? ¿Quién no es precavido ahora? Sabe que me detuvieron hace cinco años, que estuve confinado; me encuentra de pronto en Ufá y no sabe en qué situación estoy.

Sasha le confiaba todo a Gleb. Pero le confiaba lo suyo, y aquí se trataba de otra persona. Quizá llevara ahora otro apellido porque podía haberse casado. De momento, no le contaría nada de ella.

-Si ha tomado tantas precauciones, ha sido por mí, chico. Y bien hecho. ¿Quién soy yo? ¿Y si nos hemos escapado tú y yo de Siberia? Se ha largado de nosotros en el primer autobús que ha aparecido. Y no lo digo en plan de crítica, sino al revés, de aprobación. Se ve que no todos los de tu escuela han salido tan pánfilos como tú.

-Bueno, pues estupendo -dijo Sasha-. Vamos a ver el periódico.

-¿Qué quieres ver? No habla más que del congreso y dale con el congreso. Sin embargo, se detuvo con Sasha delante de la vitrina donde estaban expuestos los periódicos.

Hacía ya días que todos los periódicos estaban totalmente ocupados por las reseñas del XVIII Congreso del partido. Todo igual... Todo lo mismo... Informes, discursos, saludos, vivas en honor del camarada Stalin, atronadores aplausos.

El discurso del escritor Shólojov. Sasha se puso a leerlo. Le dijo a Gleb:

-Mira esto.

y Gleb se puso a leer:

-«... La literatura soviética, una vez libre de enemigos, se ha vuelto más sana y más fuerte... Nos hemos librado de los espías, de los agentes fascistas, de los enemigos de todos los colores y todas las calañas. Pero toda esa inmundicia, todos ellos, no eran en realidad seres humanos... Eran parásitos que habían clavado sus ventosas en el cuerpo sano y pletórico de la literatura soviética... Al depurarse, nuestro cuerpo de escritores no ha hecho sino ganar... » No -dijo Gleb interrumpiéndose-. Yo no puedo leer esto. Me da náuseas. Vámonos.

-Lee, lee, que el país debe conocer a sus héroes.

-«... Como ha sido hasta ahora y como seguirá siendo, camaradas, en las alegrías como en el dolor, siempre nos dirigimos mentalmente al creador de nuestra vida. A despecho de toda su modestia profundamente humana, el camarada Stalin habrá de soportar la expresión de nuestro amor y nuestra fidelidad (aplausos), ya que no sólo nosotros, los que vivimos y trabajamos bajo su dirección, sino también todos los trabajadores, vinculan a su nombre todas las esperanzas de un futuro luminoso para la humanidad. (Aplausos)

-Oye, ¿para qué tengo yo que leer todo esto? Vámonos -repitió Gleb.

-Está bien. Vámonos. ¿Qué me dices?

-¡Un villano!

-Pero, ha escrito *El Don apacible*. Una gran novela.

-Allá por los años veinte se puso en tela de juicio su autoría. Incluso se creó una comisión especial.

-Algo de eso he oído. -Akímov me contó que el autor era un oficial blanco. Pero, claro, ¿cómo iban a reconocer semejante cosa? ¡Quita, chico! En cambio éste, un hombre de una stanitsa, uno del pueblo... Pero, si *El Don apacible* es una novela genial, su autor no puede ser un villano. Como dijo tu amado Pushkin, chico, el genio y la maldad son cosas incompatibles.³¹

-No todos los genios pueden sobreponerse al miedo. Y, de todas maneras, Shólojov no es un genio.

-Pisotea a los camaradas fusilados. ¿Tú le llamas a eso miedo?

-Sí. Es miedo.

-No, chico, no. Ésa es nuestra condición rusa de villanos, de siervos. El villano se arrastra delante del señor; pero, a otro villano, lo mata a latigazos porque el señor se lo manda. Todos somos villanos, desde arriba hasta abajo, todo «el gran pueblo soviético» del que vosotros, los intelectuales habláis con los ojos en blanco.

-Para ti, ¿los intelectuales? Mal. ¿El pueblo? Mal. Y tú, ¿qué eres?

-Yo, chico, también soy un villano. Estoy al paio, como todos. Te voy a contar algo que vi con mis propios ojos. ¿Quieres?

25

Sasha se echó a reír.

-¡Venga! Tú siempre tienes una historia para todo.

-Escucha, escucha. Allá por el año veintinueve o treinta tuve yo una pasión, una buena chica, maestra rural. Yo iba a verla, ella me presentaba como hermano suyo valiéndose de que teníamos el mismo patronímico: yo soy Vasílievich y ella era Vasílievna.

Por la noche, nos revolcábamos en la cama, cosa que se nos daba muy bien, y durante el día yo me marchaba al bosque o al campo con mi cuaderno de dibujo. Un idilio rural. Los paisanos no me veían con malos ojos, me trataban con esa condescendencia del campesino que trabaja hacia el hombre de ciudad que anda por allí con su caballete - «bobadas de señores»-; pero bien, vamos. Una vez, estábamos todavía durmiendo mi Klavdia y yo después de una buena nochecita cuando oigo ruido en la calle. ¿Qué pasaría? Klavdia se levantó, fue a la ventana, alzó un poco el visillo y dijo: «Se llevan a los Golodujin por kulaks». Te advierto, chico, que allí todos se apedillaban Golodujin. Y también la aldea se llamaba antes Golodújino.³² Pero luego cuando los koljoses, le cambiaron el nombre, claro, al estilo contemporáneo: «El terror del imperialismo» le pusieron.

-Para el carro, hombre, no te pases.

-Te doy mi palabra. Un pobre koljós de nada, y le dieron ese nombre estremecedor: «El terror del imperialismo». -¡Un puro chiste! -Pero ésa no es la cuestión. La cuestión es que todos los de la aldea llevan el mismo apellido, todos son Golodujin. O sea, que todos son familia. Más o menos lejana, pero familia. Pues bien: a unos de esos Golodujin venían a llevárselos por ser kulaks. Yo, claro, ya estoy poniéndome los pantalones porque un espectáculo así no puede uno perderselo. Pero Klavdia me dice: «No salgas. Hay gente de la milicia, hay mandatarios, y tú no eres de aquí. Se meten en averiguaciones, te piden la documentación, quieren saber quién eres, y los del pueblo dicen: viene a ver a la maestra, a Klavdia Vasílievna, y duerme en su casa. Y yo no quiero eso. Mira desde la ventana, que se ve todo. Ven, ponte aquí».

»Hice lo que ella me aconsejaba y vi dos carros delante de una isba. Unos milicianos sacaban de la casa a mujeres, a niños y ancianos. Y aquella gente no se oponía, a sabiendas de que la ley castiga la resistencia a la autoridad. Las mujeres van echando a los carros unos bultos con sus miseras pertenencias. A una abuela viejísima, que ni siquiera puede caminar, los milicianos la bajan del rellano de la estufa, la sacan en volandas y la tiran a un carro... Hay un niño de pecho y otros, también pequeños, que lloran. Todo son gritos, gemidos... En fin, un cuadro terrible y repugnante. Así, nada más que porque sí, arrancan a la gente de su hogar, desbaratan el nido donde ha vivido, y la lanzan a Siberia. A una muerte segura.

Gleb calló. Estuvo un buen rato callado.

-Pero lo esencial, chico, es otra cosa. Allí había hombres y mujeres mirando, sin decir nada -ni los chiquillos rechistaban-, y todos eran Golodujin como esos desdichados a quienes deportaban por kulaks: eran parientes, compadres, habían pasado toda la vida juntos. Delante de ellos estaban cometiendo aquella tropelía, ¿quién?, un mandatario de mierda, con una chaquetilla que era un guiñapo y dos milicianos escuálidos.

³¹ Stanitsa: Aldea cosaca.

³² Golodújino es derivado de «goloduja», que significa «hambruna».

-Y por la actitud de esos hombres -continuó Gleb-, fuertes, sanos, hoscos, y la de las mujeres, también fuertes y sanas, por la decisión retratada en sus rostros, pensé: ahora caen sobre esos mequetrefes, los desarman, los meten a ellos en los carros, arrean a los caballos y los echan de la aldea. Pero, no... Los milicianos habían sacado ya a todos de la isba, los habían montado en los carros -las mujeres sollozando a gritos y los chiquillos llorando a lágrima viva-, atizaron a los caballos con el látigo, y ¡en marcha! Entonces, chico, entonces fue cuando todos aquellos que estaban mirando se lanzaron, pero no detrás de los carros para ayudar a su gente, para salvarla de aquella desgracia, sino que se lanzaron a la isba: a arramblar con lo que había quedado, con lo que no pudieron llevarse aquellos desdichados. Y ya volvían a sus casas, tan satisfechas y orondas, nuestras bondadosas mujeres compasivas, y los chicos a su lado, con un puchero, con un plato, con la llave de tiro de la estufa arrancada de cuajo... porque tenían que hacerlo corriendo, antes de que llegara el presidente del soviet rural y precintara aquella isba, desmantelada y envilecida. Tenía yo entonces diecinueve o veinte años. Y en ese momento comprendí que nuestro pueblo es un pueblo de villanos, de siervos, desde el campesino, el mujik, hasta ese escritor villano Shólojov, desde una mujer corriente hasta un miembro del Buró Político que, cuando se lo ordenan, confiesa que es un espía y un saboteador. Y todo lo que escriben los Dostoievski y demás filósofos acerca del alma singular, de la misión singular, de la predestinación singular, todo eso son bobadas. Lo mismo que lo de Tiútchev «A Rusia no se la entiende con la mente, tiene una esencia singular... ». Verborrea poética, chico, lucubraciones poéticas.

-¿Y participó la aldea entera? -preguntó Sasha.

-Toda no, claro; pero ¿qué cambia eso?

-Cambia mucho. Un puñado de merodeadores no son el pueblo. En todas partes hay saqueadores.

-¿Y por qué no fueron los «buenos» a defender a su vecino?

-¿Y tú? ¿Fuiste tú?

-¡Chico, pero si yo soy otro villano!

-Entonces, no les exijas otro comportamiento a los demás, en particular al campesino, al mujik, que a lo largo de toda su historia ha sido tratado inhumanamente, despojado; del que han hecho lo que han querido el terrateniente, el uriadnik con su sable al costado, el campesino más acomodado que les explotaba, el cosaco con su látigo y, luego, el requisador con su fusil, el agitador detrás de quien estaba el comisario con su mauser, los que ordenaron su confinamiento por kulak y los que cumplían la orden.³³ Pero a esos no les vamos con reclamaciones: es peligroso y nosotros queremos vivir, bailar, beber y comer.

-A propósito de comer -saltó Gleb, porque pasaban delante de un restaurante-: vamos a entrar.

-Hemos almorzado hace una hora. Di simplemente que quieres tomarte cien gramos.

Gleb rió:

-Sí, chico, quiero tomarme cien gramos antes de las clases.

Sasha consultó su reloj:

-No nos dará tiempo. Cuando terminemos, si te parece.

-Está bien -accedió Gleb-. Lo dejaremos para la noche. Pero quiero decir una cosa: a mí me has puesto de vuelta y media. Y tú, ¿qué?

-Yo soy igual que tú. Pero, sea yo como sea, lo que no hago es cargarles las culpas a los que se ven vejados, vapuleados, engañados. A ellos no los desprecio. Me desprecio a mí mismo.

Gleb caminó algún tiempo en silencio. Luego dijo:

-Si hablo así de nuestro pueblo no es porque yo tenga ascendencia alemana o cosa por el estilo. No, chico: yo soy ruso de pura cepa. Ahora está permitido enorgullecerse de ello: el patriotismo está de moda. ¿Por qué producen películas como *Alejandro Nevski*, *Minin y Pozharski*, *Pedro I*? Las producen para educar el patriotismo, el patriotismo ruso, fíjate, ¿eh, chico? Te voy a decir más, pero sólo a ti: yo desciendo de una familia noble, de estirpe antigua. Antepasados míos estuvieron en la toma de Kazán y de Ástrajan cuando Iván el Terrible, cruzaron los Alpes con Suvórov, lucharon contra Napoleón, se distinguieron en muchas ocasiones, hubo entre ellos comandantes de ciudades y decembristas, terratenientes y populistas... Lo que no hubo fue ni un solo alemán. Cierto que nuestro linaje se vino a menos, hubo quien emparentó con comerciantes, otros se pasaron a la intelectualidad, estudiaron en universidades, hubo eruditos y artistas. De manera que, ¡a Dios gracias!, nadie se ha olido hasta ahora mi origen aristocrático. Y la verdad es que a mí esa aristocracia mía me importa un bledo. Existe un documento del siglo XVI o XVII que me enseñó un familiar. Es una chelobítnaia que un antepasado nuestro presentó al zar y que firmó así:³⁴ «Tu fiel villano criado Ivashka, hijo de Fulano de Tal». Un noble francés o alemán no se habría llamado villano criado. Eso es puramente ruso. Todos eran ya villanos entonces: los boyardos, los dignatarios... Ya ves tú de dónde arranca.

³³ Uriadnik: Suboficial de cosacos. Grado inferior de la policía rural durante el zarismo.

³⁴ Chelobítnaia, derivada de «cheló» (frente) y del verbo «bit» (pegar). Denominación muy expresiva dada a las solicitudes elevadas al zar y en general a cualquier petición, en el sentido de que el demandante se postraba a sus pies y pegaba con la frente en el suelo.

-No me vengas con cuentos sobre los franceses y los alemanes, porque también son de cuidado. Fíjate lo libres y lo demócratas que presumían de ser los alemanes después de la guerra. Y ahí los tienes, con Hitler sobre sus espaldas, elegido por sufragio universal para mayor bochorno. Quitaron al kaiser porque aspiraban a la libertad y, en cuanto la olieron, volvieron corriendo en busca de un látigo. Conque, no pongas a otros de ejemplo. Ni tampoco debes medir a toda nuestra gente por el mismo rasero.

Habían llegado al Palacio del Trabajo. Gleb puso la mano en el tirador, pero no abrió la puerta y dijo inesperadamente: -Es guapa esa compañera tuya de la escuela, esa Lena...

-En casos así sueles decir «madona kolossal» -ironizó Sasha.

-No -replicó Gleb pensativo-. Se trata de algo más trascendental.

26

Mólotov, con su cerrazón de mollera, puede demorar las cosas, y en esto no cabe ninguna demora. Hitler se propone ocupar Polonia antes de que el otoño deje los caminos intransitables. Eso significa que debe regular sus relaciones con la Unión Soviética.

Ahora no será ÉL, sino Hitler, quien buscará las vías de un acuerdo y hará concesiones. ÉL no obligará a Hitler a humillarse, porque la gente no olvida una humillación y se venga de ella en cuanto se le presenta una oportunidad. Pero ÉL le demostrará a Hitler que adivina sus jugadas a la perfección. Éstas serán unas conversaciones entre los dirigentes de dos potencias muy fuertes, entre personas cuyos intereses coinciden.

La URSS y Alemania se enfrentan a Inglaterra y Francia. Esta tesis, que ÉL expuso hace diez años, se ha confirmado ahora plenamente. Hitler derrotará a Polonia en un par de meses. Pero si Francia e Inglaterra se enzarzan en una guerra con Alemania, ésa sí será larga. La Guerra Mundial duró cuatro años; una nueva guerra se prolongaría más aún. En ese caso, mientras se desangren los beligerantes, la URSS se habrá convertido en la potencia militar más temible y ÉL dictará sus condiciones a la Europa extenuada por la contienda.

Siguiendo su indicación, Astájov, el consejero del ministro plenipotenciario soviético en Berlín, ha visitado el ministerio de Asuntos Extranjeros de Alemania, donde ha mantenido una conversación en el sentido de que, en cuestiones de política exterior, no existen contradicciones entre Alemania y la Unión Soviética.

Una semana después, el embajador alemán, Schulenburg, le dijo a Mólotov: «Es hora de sanear las relaciones entre Alemania y la URSS. Los intereses rusos serán tomados en consideración al decidirse la cuestión polaca. Inglaterra no puede ni quiere prestar ayuda a la URSS: obligará a la URSS a sacarle las castañas del fuego». Una buena declaración. Pero en Berlín le dijeron a Astájov: «Si la URSS quiere ponerse del lado de los enemigos de Alemania, el gobierno alemán está dispuesto a convertirse en enemigo». La declaración tiene un tono amenazador que ÉL no va a consentir. Hitler está nervioso porque sólo faltan tres meses para su ataque a Polonia; pero hay que saber dominar los nervios. Hitler es un histérico. Se echó a llorar después de su jura, delante de Hindenburg, como canciller de Alemania. Un pequeño alemán sensiblero. Y en *Mein Kampf* escribe que se echó a llorar después de la revolución de noviembre de 1918 en Alemania. Y también cuando llegó a Viena, después de la incorporación de Austria a Alemania, lloró conmovido por su regreso a la patria. Lágrimas de cocodrilo, claro. No bebe, no fuma, es vegetariano. Pero hace pasar tranquilamente a cuchillo a millares de personas. Una naturaleza desequilibrada. Pero con ÉL tendrá que guardar el equilibrio.

Stalin ordenó a Mólotov que suspendiera las conversaciones políticas con Alemania y exigiera, antes de dar ningún paso, la firma de un tratado comercial. Para esa táctica, Mólotov es un maestro. Eso de remolonear y roncar está en su naturaleza, es su elemento. Durante los meses de junio y julio, todas las tentativas de los alemanes de continuar las negociaciones políticas chocaron contra la fría reserva de Mólotov, que exigía la firma del tratado comercial. Y sólo el 22 de julio apareció por fin en la prensa soviética la noticia: «Han sido reanudadas las conversaciones sobre comercio y créditos entre las partes alemana y soviética».

Finalmente, cinco días después, Astájov informó de una conversación sostenida con Schnure, un alto diplomático alemán. Tuvo lugar en Berlín, el 25 de julio, en un reservado del elegante Evest. Seguro que se dieron un banquete, porque a los diplomáticos les gusta la buena mesa, son grandes gastrónomos, sobre todo porque comen y beben a costa del erario público.

Schnure declaró en nombre del führer: «La política alemana está dirigida contra Inglaterra. Ése es un factor decisivo. Por nuestra parte, no se puede hablar de una amenaza contra la Unión Soviética. A despecho de todas nuestras diferencias de opinión, existe un aspecto común en la ideología de Alemania, Italia y la Unión Soviética: la

oposición a la democracia capitalista. ¿Qué puede ofrecer Inglaterra a Rusia? Ni un solo objetivo que le convenga a Rusia. ¿Qué podemos ofrecerle nosotros? La comprensión de los intereses comunes, con lo cual ambas partes se benefician mutuamente».

SU táctica había resultado acertada. Lo que más le importaba a Hitler era que ÉL no se pusiera de acuerdo con Inglaterra. Pero ¿qué proponía Hitler en concreto?

Stalin dictó un telegrama para Astájov. «Si los alemanes cambian sinceramente sus posiciones y quieren realmente mejorar sus relaciones con la Unión Soviética, tienen la obligación de decirnos cómo conciben en concreto esa mejora. Aquí, la cosa depende por entero de los alemanes.»

El telegrama lo firmará Mólotov. Pero no es el telegrama de un diplomático. El texto es SUYO. Hitler lo comprenderá. Hitler lo comprendió y, además, Hitler tenía prisa. La respuesta fue la siguiente:

«Desde el Báltico hasta el mar Negro, no habrá problemas. En el Báltico hay sitio suficiente para ambos estados. La cuestión de Polonia será regulada por los alemanes en el transcurso de una semana. Si los rusos lo desean, los alemanes concertarán con ellos un acuerdo acerca de la suerte de Polonia.»

El 7 de agosto fue depositado sobre su mesa un informe del servicio secreto: «A partir del 20 de agosto se puede considerar que ha comenzado la acción militar contra Polonia».

Al día siguiente se presentó Voroshílov con un parte urgente: en Mongolia, en la zona del río Jaljín Gol, los japoneses habían concentrado tropas para una gran ofensiva bajo el mando del general Kamatsubara.

El peligro de una guerra sobre dos frentes, lo que ÉL más temía, cobraba forma real.

-De Jaljín Gol me informarás según el curso de los acontecimientos -dijo Stalin-. ¿Cómo marchan las conversaciones con los representantes ingleses y franceses?

-Las conversaciones comenzarán mañana. La mayor dificultad consiste en que Polonia se niega a que nuestras tropas pasen por su territorio. Tampoco es cosa de suplicar a Polonia de rodillas que acepte nuestra ayuda.

-Inglaterra y Francia -dijo Stalin- cuentan con que, después de ocupar Polonia, Alemania se encontrará junto a nuestras fronteras y esta proximidad empujará a Hitler a una agresión contra la URSS. No se paran a considerar que Hitler puede no lanzarse contra nosotros sino contra ellas. Bueno, pues trataremos de persuadirlas de ello una vez más. Veremos lo que dan tus conversaciones con sus representantes militares. No es probable que entren en razón.

Hablaba con fuerte acento georgiano y pegando con el canto de la mano en la mesa. Voroshílov no se movía en su silla, temeroso de provocar la cólera del camarada Stalin con cualquier movimiento torpe.

-Comienza las conversaciones, mantente firme, y ya veremos -concluyó Stalin.

27

El aviso de llamada no tardó en llegar. En la milicia le extendieron el salvoconducto a Varia sin dilación: hacía efecto el título de Max de Héroe de la Unión Soviética.

En Jabárovsk surgió una pequeña complicación cuando un teniente jovencito que comprobaba el salvoconducto, le preguntó a Varia:

-¿Por qué no está inscrito el niño en su pasaporte?

-Está inscrito en el pasaporte del padre.

-Pero usted no tiene el sello de registro del matrimonio.

-No lo hemos registrado.

-¿Y dónde está la partida de nacimiento del niño?

-Pero ¿acaso lleva nadie la partida de nacimiento de su hijo cuando va de visita? ¡Camarada teniente! Todos mis documentos los comprobaron a conciencia en Moscú cuando me extendieron el salvoconducto. ¿O es que usted no se fía de Moscú?

-Las normas son iguales para todos los ciudadanos. No vuelva usted a infringirlas. -Y, apartando la mirada de Varia, selló el salvoconducto.

Aunque Max era conocido ahora en todo el país como Héroe de la Unión Soviética, aunque había sido ascendido de grado y de mando, el ambiente de su casa no era de fiesta ni de calma. Nina tenía un mechón de cabellos blancos. Era un poco pronto.

-Papá también encaneció siendo todavía joven. Lo habré heredado de él.

-No importa -dijo Varia-. Incluso te favorece.

Aunque Max y Nina se mostraban reservados en sus conversaciones, Varia comprendió que, a pesar de las crónicas victoriosas, en el Extremo Oriente sucedía igual que en Moscú. Los periódicos rezumaban el mismo

histerismo malsano. Casi toda la oficialidad había sido encarcelada en el año treinta y siete y, aquel año, estaban encarcelando a los que fueron nombrados en su lugar.

Nina no quería tratar aquel tema y Varia callaba para no estropear las cosas: necesitaba dejar acomodado a Vania. Sin embargo, fue Nina quien no pudo contenerse. Max había vuelto la noche anterior muy tarde de una reunión de partido, cuando Varia ya estaba dormida, y se marchó por la mañana cuando Varia aún no se había levantado. Mientras desayunaban, Nina se quejó:

-Maxim vuelve destrozado de estas reuniones. Reclutan a los soldados para que hagan de confidentes, les obligan a denunciar a sus jefes. Le hacen una observación a un soldado raso, va corriendo a contarle al osobista todas las tonterías que le pasan por la imaginación, y esas tonterías llevan ante un tribunal de guerra al que le haya reprendido.³⁵

Se levantó de la mesa y no volvió ya al tema. Daba lástima, claro, porque vivía asustada. Pero ¿quién no vivía ahora asustado?

Max y Nina escucharon en silencio lo que Varia les contó de Lena Budiáguina.

Pero, al quedarse a solas con su hermana, Nina le dijo:

-Cuando recibimos tu telegrama, yo pensé que el niño era tuyo y de Sasha, que corríais peligro los dos o tú sola y que debíamos echarte una mano. Maxim y yo no descartábamos la posibilidad de que Sasha pudiera estar de nuevo detenido, o de que te detuvieran a ti y hasta pensamos si no convendría que te casaras aquí. No vacilamos ni por un instante: tú eres mi hermana y ya sabes el cariño que Maxim le tiene a Sasha. Y, a propósito, ¿qué es de Sasha?

-Anda de una ciudad para otra, trabajando de chófer allí donde le admiten -contestó Varia sin entrar en detalles. Nina estaba convencida de que todo marchaba bien entre Sasha y ella. Pues, que siguiera creyéndolo. Aunque le sangraba el corazón cada vez que su hermana hablaba dando por hecho que Varia y Sasha formaban pareja.

-Pobre Sasha -suspiró Nina-. Lo ha pasado mal. Aunque, por otra parte, quizás haya tenido suerte. Si le hubieran detenido ahora, y es indudable que le habrían detenido porque es demasiado independiente y probo, le hubieran fusilado.

-Sí, eso creo yo también. -En una palabra, pensamos que Sasha y tú queríais dejar al niño con nosotros. Y, te lo repito, no vacilamos ni un minuto. Pero el hijo de Lena y Sharok, el nieto de Budiaguin...

-Yo pienso que Sharok no tiene nada que ver en esto -observó Varia.

-Lo he dicho por decir -replicó Nina-. ¡Pero el nieto de Budiaguin! Si alguien se entera, a Maxim le acusarán de ayudar a los enemigos del pueblo, le echarán Dios sabe cuántos cargos más, escarbarán hasta llegar a mi historia y todo puede terminar en una catástrofe.

-¿Te da miedo?

-Me da miedo. Sí. Todo ha sido tan de repente. Hay que hacerse a la idea, hay que pensarlo todo. ¿Quién nos garantiza que no llegará hasta aquí la verdad acerca de este chiquillo?

-¡Eso está excluido! Ni aunque la torturasen confesaría Lena dónde se encuentra. Demasiado sabe que, si algo os ocurriese a vosotros, su Vania estaría perdido. Tiene preparada una versión: abandonó a su hijo en la estación. Es una cosa que sucede ahora a cada paso.

-¿Y lo sabe Sofía Alexándrovna?

-Le dije que era el hijo de una amiga mía cuyo marido había sido detenido, que ella se había marchado de Moscú por temor a que la detuvieran también y me pidió que llevara al niño a casa de sus padres, que viven en el Extremo Oriente.

Eso era lo que Varia le había dicho efectivamente a Sofía Alexándrovna, aunque por sus ojos se daba cuenta de que no la creía: anteriormente le había referido con todo detalle la historia de Elena Budiáguina, y hasta le pidió consejo sobre lo que convendría hacer con Vania. Sin embargo, Sofía Alexándrovna fingió que daba crédito a su versión. Era una persona de fiar.

-Está bien -admitió Nina, no muy convencida-. Ahora, otra cuestión: el chico no tiene ningún documento.

-Tus vecinos saben que ha venido a verte tu hermana con su hijo. Todos me han visto porque llevo diariamente a Vania de paseo. Y como aquí se entera la gente incluso de cuando estornuda una...

-Sí, y a todos nuestros hombres se le van los ojos detrás de ti.

-Un buen día desaparezcó, y tú y Max...

-Várenka, llámale Maxim. Lo de Max es cosa de la escuela. No suena a ruso. Y, aquí, cualquier cosa que suene mínimamente a extranjero despierta suspicacia.

-Está bien. Conque, Maxim y tú hacéis muchos aspavientos. ¡Menuda faena la de la hermanita! Ha abandonado a la criatura y se ha largado. Puedes decir de mí todo lo que se te antoje: que soy una desvergonzada, una libertina, que sólo me gusta la juerga...

-¡Qué modo de hablar! Eso es demasiado -protestó Nina.

-No te preocupes, que todas esas damas de vuestro regimiento se frotarán las manos de gusto y todavía añadirán algo de su cosecha: no, si bastaba ver las miraditas que les echaba a todos para comprender el género de esa presumida, provocadora... Y la pobre Nina Serguéievna tendrá que cargar ahora con ese niño abandonado.

-¡Qué imaginación tienes! -sonrió Nina, pero su sonrisa no era alegre.

-Esto no son fantasías. Es la realidad. Mientras me despellejan a mí, se olvidarán del «niño abandonado». Le inscribís como Kostin, «porque ni siquiera sabemos el nombre ni el apellido del padre y pensamos que tampoco nuestra querida hermanita sabe quién se lo ha hecho».

-Deja ya de darle vueltas a ese tema.

-Te brindo argumentos. Y por lo que se refiere a educarle como a un hombre soviético, como a un futuro defensor de la patria, me figuro que ya encontrarás tú las palabras adecuadas.

-Sin ironías -replicó Nina poniéndose seria-. Tú has pasado ya de esa edad y te advierto que también yo me he hecho más adulta.

-De todas maneras, si pensáis que la presencia de Vania puede perjudicar la situación de Max... perdona, de Maxim... , me lo llevaré.

-¿Y qué vas a hacer con él?

-Criarle como madre soltera.

-No quieras asustarme, ¿eh? Vamos a esperar, a pensarlo todo bien. Maxim decidirá lo que sea mejor.

A la mañana siguiente, Nina se levantó muy temprano, esperó a que se despertara Varia y enseguida inició la conversación.

-No me gusta eso de «Ha abandonado a la criatura... Se ha largado... Ahora no sabemos dónde encontrarla...». No me parece serio.

O sea, que por la noche habían debatido ella y Maxim sus argumentos. Varia pensaba que Max continuaba dominado por Nina, pero la situación había cambiado. En apariencia, todo lo disponía Nina, aunque sin perder de vista a Maxim. Y a pesar de que él era poco locuaz y exponía sus opiniones con delicadeza, Nina aceptaba inmediatamente sus decisiones.

-Se puede presentar de otra manera: quería encontrar acomodo aquí; pero no lo consiguió y entonces dijo que se iría a buscarlo al Extremo Norte. Y, claro, nosotros insistimos en que nos dejara a Vania. La criatura no tiene ni dos años. ¿Cómo se puede consentir que ande rodando por barracones y viviendas comunales? Y si ella soluciona su vida, si se casa con un hombre decente, siempre estará a tiempo de llevárselo. ¿Qué te parece?

-¿A mí? ¡Estupendo! Igual podéis mandarme al norte que al sur. ¡Muy bien! Sí, eso suena más normal. -y no pudo resistir la tentación de pinchar a Nina:- Dile a Maxim que apruebo su idea.

Después de escuchar de labios de Varia la historia del niño, Maxim no volvió a sacar la conversación acerca de Lena Budiáguina ni de su hijo. Recién nombrado jefe de regimiento, Maxim era rígido, celoso y exigente en el cumplimiento de su cometido. Regresaba tarde a casa y, en los ratos de ocio, charlaba con Varia de temas sin trascendencia y jugaba con Vania. El chiquillo le gustaba y también el pequeño le acogía a él con júbilo.

Una vez, a finales de agosto, anunció que había arreglado la admisión de Vania en el parvulario para el 1 de septiembre. -Que cumpla su año de servicio en el parvulario y, cuandotenga tres, le ascenderemos y pasará al jardín de infancia -añadió Maxim en broma.

Al día siguiente, Varia emprendió el regreso a Moscú.

Maxim se daba perfecta cuenta de lo arriesgado que era acoger en su casa al nieto de un enemigo del pueblo. Pero no podía rechazarle. Lena era la mejor amiga de su esposa, también él había tenido amistad con Lena desde chico, había estado muchas veces en casa de los Budiaguin, en el Granovski, le tenía cariño a aquella casa, le tenía cariño a Iván Grigórievich Budiaguin y no creía que fuera un «enemigo del pueblo», como tampoco creía que lo fueran muchos de sus fieles compañeros de armas. Además, confiaba en Varia: todo lo había hecho con sensatez y no era probable que se descubriera la verdad. En todo caso, si se descubría, él no tenía ninguna culpa: le habían cargado al chiquillo.

A Maxim no le gustaba mentir; pero, cuando era preciso, lo hacía con una astuta sencillez de campesino que convencía a cualquiera. Había acudido a pedir consejo al comisario del regimiento y al secretario de la organización del partido, aparentemente atribulado:

-Muchachos, a ver si me echáis una mano para solucionar esto. La chica tiene un hijo sin padre y se ha presentado diciendo que quería casarse aquí. Claro que podría casarse: es guapa, tiene estudios y como hay pocas chicas solteras, habría encontrado marido incluso con el hijo. Pero yo conozco a mi cuñada y sé que, de quedarse, se armaría un follón y todas nuestras mujeres acabarían riñendo con sus maridos. ¿Y por culpa de quién? Por culpa de

la cuñada del jefe del regimiento. Conque tuve que negarme a que se quedara y decirle que se buscara marido en otro sitio. Y ella: «Ah, no queréis ayudarme a criar a mi hijo, ¿eh? Pues me enrolaré para ir a trabajar al Extremo Norte». Entonces, claro, mi mujer se puso por las nubes. Tú puedes marcharte adonde quieras, le dijo. Pero ¿cómo vas a llevarte a la criatura a la noche polar? ¡Si el pobrecito está en los huesos! No lo consentiremos. Nos lo quedaremos nosotros. Y ella que contesta «estupendo» y se larga. No sabemos cuándo volverá ni si volverá algún día. Conque, puestas así las cosas, pensé bueno, pues lo criaremos nosotros como hijo del regimiento. De ese modo también se mantendrá el debido espíritu moral en el regimiento. Eso es lo que he pensado. ¿Qué os parece, camaradas?

Los camaradas estuvieron de acuerdo con él. En la presente etapa, el elevado espíritu moral del regimiento era lo más importante, pues el espíritu moral es parte inalienable del espíritu político.

28

Cuando Voroshílov se marchó, Stalin telefoneó a Mólotov.

-Comunica a Berlín que estamos interesados en las conversaciones. Pero los alemanes tienen prisa y hay que darles a entender que nosotros no la tenemos, que no existen razones para apresurarnos. Encuentra una fórmula: gradualmente, por etapas... Esto les obligará a descubrir sus cartas. Si sus propuestas nos convienen, entonces también nos apresuraremos nosotros.

A los tres días, el 15 de agosto, Mólotov se presentó con la respuesta de Ribbentrop. Por el texto se veía claramente que la respuesta había sido redactada por Hitler y estaba destinada a ÉL.

Sopesando cada palabra, Stalin se puso a leer lentamente el mensaje en voz alta. Mólotov le escuchaba con atención, aunque ya había leído y releído aquel mensaje.

-«El camino del futuro está abierto para ambos países. Alemania no tiene propósitos agresivos con respecto a la Unión Soviética. Las relaciones germano-soviéticas han llegado al punto crucial de su historia. Las decisiones que se adopten tendrán, durante generaciones, una importancia decisiva para los pueblos alemán y soviético... »

Stalin interrumpió su lectura y miró a Mólotov.

-¡Cuidado que le gusta a este austríaco el lenguaje floreado!

-¡Todo un orador! -replicó Mólotov a sabiendas de que Stalin le daba siempre un sentido irónico a la palabra «orador». Stalin volvió a leer lentamente: -«Los intereses de Alemania y de la URSS no chocan en ningún aspecto. Entre el mar Báltico y el mar Negro no existen cuestiones que no puedan resolverse con plena satisfacción para ambos estados (mar Báltico, regiones bálticas, Europa sudoriental, etc.). Las economías alemana y soviética podrían complementarse. El ministro imperial de Asuntos Exteriores está dispuesto a realizar una breve visita a Moscú para exponer al señor Stalin los puntos de vista del fñhrer.»

Stalin dejó el papel encima de la mesa y se recostó en el respaldo del sillón.

-La propuesta es clara. Además de los territorios polacos, Hitler está dispuesto a hablar de las regiones bálticas, de Finlandia, Bessarabia... Pero nuestro pueblo no comprendería ni aprobaría una alianza con un agresor. Podemos firmar un tratado de no agresión. Un tratado así nuestro pueblo sí lo comprendería y lo aprobaría. Un tratado así significa que la URSS no combatirá, que el pueblo soviético tiene aseguradas la paz y la tranquilidad. ¿Significa esto que nosotros desistimos de nuestros intereses en Polonia, en las regiones Bálticas, en Bessarabia y otras zonas de Europa? No, no lo significa. Pero eso debe ser recogido en un protocolo aparte, secreto. -Hizo una pausa y luego continuó:- Naturalmente, nuestros descendientes conocerán algún día este protocolo secreto y se preguntarán por qué concertaron Stalin y Mólotov un protocolo secreto. Los bolcheviques han sido siempre enemigos de los tratados secretos, los bolcheviques han hecho públicos los tratados secretos concertados por el zar y sus ministros. Sí, pueden hacer esa pregunta. Para esa pregunta existe una respuesta: una cosa son los tratados firmados por el gobierno zarista contra los intereses del pueblo y otra cosa son los tratados secretos firmados por el gobierno de los obreros y los campesinos en interés del pueblo. Son cosas distintas. Y las generaciones futuras nos comprenderán. ¿Cómo marchan las conversaciones sobre el tratado comercial?

-Muy bien. Pienso que se terminarán este mes.

-Hay que plantear la cuestión así: primero el acuerdo comercial, luego el tratado de no agresión. Entonces, los alemanes aceptarán todas nuestras condiciones. Para los alemanes, el pacto de no agresión significa que la URSS no intervendrá cuando Alemania ataque a Polonia.

-Inglaterra y Francia han dado garantías a Polonia -observó Mólotov.

-Le tienen miedo a Hitler. Pero, si se deciden por la guerra con Alemania, mejor. Todos se empantanarán en esa guerra, se agotarán y todo terminará como terminó la guerra anterior: con una revolución. Y, finalmente, es hora de

poner término a las provocaciones de los japoneses. De eso debe encargarse Alemania, que es aliada de Japón. De manera -levantó un dedo- que al mensaje de Ribbentrop se debe contestar así: ¿está dispuesta Alemania a firmar un tratado de no agresión con la URSS? En cuanto al protocolo secreto, las negociaciones han de ser únicamente de carácter verbal. Veremos lo que proponen.

Al día siguiente, 16 de agosto, Mólotov transmitió estas cuestiones al embajador alemán Schulenburg.

Y, el 17 de agosto, Schulenburg le leyó a Mólotov la respuesta de Ribbentrop. «Alemania está dispuesta a firmar con la URSS un pacto de no agresión y hacer uso de su influencia para la mejora de las relaciones nipo-soviéticas. Ribbentrop está dispuesto a volar mañana, 18 de agosto, a Moscú, revestido de los poderes del fñhrer, para firmar los acuerdos correspondientes.»

Mólotov se encontró en un aprieto: ni él ni Stalin podían recibir a Ribbentrop al día siguiente porque no estaban preparados los documentos. Por eso dijo que, por el momento, no era posible precisar, ni siquiera aproximadamente, la fecha del viaje.

Esta respuesta no satisfizo a Stalin.

-Hitler puede interpretar esa respuesta como una falta de interés por recibir a su ministro. ¡Que no puedes fijarla ni siquiera aproximadamente! ¿Por qué no puedes? Sí puedes. En cuanto firmen el acuerdo comercial, recibiremos a Ribbentrop. Busca inmediatamente al embajador alemán y transmítele esa respuesta. Y entrégale el proyecto de pacto de no agresión. Ahora firmarán cualquier pacto: les apremia el tiempo.

Mólotov puso en movimiento todo el aparato de su comisariado, ordenó buscar a Schulenburg y de nuevo invitarle al Kremlin. Schulenburg se presentó. Mólotov le hizo entrega del proyecto de pacto de no agresión y le anunció que Ribbentrop podría viajar a Moscú inmediatamente después de la firma del acuerdo comercial.

El 20 de agosto se firmó el acuerdo, y el 21 de agosto a las 15 horas le fue entregado a Stalin un mensaje del propio Hitler.

Señor Stalin. Moscú.

1. Aplaudo sinceramente la firma del nuevo acuerdo comercial germano-soviético como el primer peldaño de la reestructuración de las relaciones germano-soviéticas.

2. La firma del pacto de no agresión con la Unión Soviética significa para mí la definición de la política alemana a largo plazo. Por eso, Alemania reanuda la línea política que fue ventajosa para ambos estados en el transcurso de los siglos pasados.

3 Recibo el proyecto de pacto de no agresión que me ha transmitido el señor Mólotov y considero necesario esclarecer lo más rápidamente posible las cuestiones relacionadas con él.

4. El protocolo complementario que desea el gobierno soviético puede ser elaborado en el tiempo más breve posible si un alto estadista alemán puede ir personalmente a Moscú para las conversaciones.

5. La actitud de Polonia es tal que la crisis puede desencadenarse cualquier día.

6. Propongo una vez más que mi ministro de Asuntos Extranjeros sea recibido el martes 22 de agosto o, a más tardar, el miércoles 23 de agosto. El ministro imperial de Asuntos Extranjeros está facultado para redactar y firmar tanto el pacto de no agresión como el protocolo. Me congratularé recibir su pronta respuesta.

Adolf Hitler.

No se podía dar más largas. Hitler había tomado las conversaciones en sus manos y cualquier demora podía acarrear consecuencias imprevisibles.

Ese mismo día, a las 19 horas 30 minutos, Stalin envió su respuesta a Hitler.

21 de agosto de 1939.

Señor Hitler, cancillería del estado alemán.

Agradezco su carta. Espero que el pacto germano-soviético de no agresión marque un punto de viraje decisivo en la mejora de las relaciones políticas entre nuestros países.

Los pueblos de nuestros países necesitan tener relaciones pacíficas el uno con el otro. La aquiescencia del gobierno alemán para firmar el pacto de no agresión sienta la base para liquidar la tensión política y establecer la paz y la colaboración entre nuestros países.

El gobierno soviético me ha facultado para informarle de que está conforme con la venida a Moscú del señor Ribbentrop el 23 de agosto.

I. Stalin.

La tarde de aquel mismo día, durante una reunión de los representantes militares de la URSS, Inglaterra y Francia, un ayudante le pasó a Voroshílov la siguiente nota: «Klim: Kobá ha dicho que cierras la tienda». La nota no llevaba firma y la letra era ilegible. Parecía de Mólotov.

Las conversaciones fueron suspendidas por haber llegado a un punto muerto.

Todo el día y la noche del 22 de agosto estuvieron dedicados a los preparativos de todo lo relacionado con la visita de Ribbentrop: documentos, local, guardia, recibimiento en el aeropuerto... No se encontraban banderas alemanas: rojas, con la cruz gamada negra dentro de un disco blanco. Por fin dieron con ellas en los estudios cinematográficos Mosfilm: habían sido utilizadas para películas antifascistas y las conservaban por si se rodaban otras.

Stalin no se marchó a la dacha. Pasó la noche en Moscú, aprobando documentos y preparándose para la entrevista. Leyó una reseña acerca de Ribbentrop. De joven, Ribbentrop había sido corredor de vinos, se adhirió al movimiento nazi, fue nombrado embajador en Inglaterra y ahora era ministro de Asuntos Extranjeros. Llamó SU atención una opinión de Goering, el segundo personaje del estado alemán después de Hitler: «Perezoso, incompetente, soberbio como un pavo real, arrogante y sin sentido del humor. Cuando yo critiqué la candidatura de Ribbentrop arguyendo que no sería capaz de sacar adelante su misión en Inglaterra, el führer me dijo que Ribbentrop conocía a tal lord y a tal ministro. A lo que yo contesté: "Lo malo es que también ellos conocen a Ribbentrop"».

Hitler, naturalmente, fomentaba esa clase de puyas. El que domina no puede permitirse estar rodeado de personas bien avenidas, no vaya a ser que se confabulen a espaldas suyas. De manera que las palabras de Goering debían ser interpretadas con sentido crítico. Hitler no iba a tener a un político perezoso e incompetente en el puesto de ministro de Asuntos Extranjeros. Los periodistas, por el contrario, le pintaban como un hombre de gran capacidad de trabajo, decidido, grosero e insolente. Los éxitos de la diplomacia alemana confirmaban esa característica. En cuanto a la insolencia, es un recurso táctico, sobre todo cuando la política del país representado es agresiva. Pero en estas conversaciones, Ribbentrop estaría obsequioso y adulator: faltaba una semana para el 1 de septiembre y ÉL los tenía, a Ribbentrop y a Hitler, en SUS manos. En todo caso, si se insolentaba, pronto le bajaría ÉL los humos.

Ahora, la víspera de la visita de Ribbentrop, ÉL debía hacerse una idea bien definida de todo. SU decisión determinaría por mucho tiempo el destino de la Unión Soviética, el destino de Europa, el destino del mundo entero. La cuestión esencial estaba en si debía ÉL confiar en Hitler. ¿No cruzarían las divisiones alemanas Polonia para caer luego sobre la Unión Soviética?

En política, no hay que confiar en nadie; sólo en uno mismo. Dicen que Hitler tiene una intuición especial. ¡Bobadas! La intuición es siempre resultado de un cálculo frío. El cálculo indica que, después de Polonia, Hitler atacará Francia. Dicen que Hitler es impredecible. Confunden la impredecibilidad con la capacidad de los grandes políticos de virar en redondo cuando así lo exige su genial previsión. También achacarán a la impredecibilidad SU firma de un pacto con Hitler. En realidad, se trata de un paso bien meditado, que responde a los intereses de la Unión Soviética a largo plazo.

Desde luego, es difícil descifrar la personalidad de Hitler. Un hombre con el flequillo cruzándole la frente, con un bigotito a lo Chaplin debajo de una nariz puntiaguda y verrugosa y que tiene la extraña costumbre de cruzar las manos más abajo del vientre, no ofrece pinta de gran político. Y, sin embargo, es indudablemente un gran político. Dicen que Hitler tiene delirios de grandeza, que a cada paso recalca su esencia genial, su sublime predestinación. «La propia providencia es la que confía al genio la dirección de un gran pueblo... Para salvar a una nación hace falta un dictador con puño de hierro.» Claro que ese egotismo resulta extraño para el hombre soviético. Lo que el pueblo soviético aprecia ante todo en un líder es la modestia. Se ve que los alemanes tienen otra idea de lo que es un líder, les gusta la ampulosidad. Sin embargo, sólo un hombre imbuido de su genialidad es capaz de inspirar semejante fe a los demás. En cuanto a hablar o no hablar de ella... ÉL no habla jamás de su genialidad: otros lo hacen por ÉL. Hitler prefiere hablar él mismo. Allá él. Pero eso no es tener delirios de grandeza. Los delirios de grandeza son cuando existe la manía pero no existe grandeza ninguna. Y forzoso es reconocer que, en seis años, Hitler ha levantado a Alemania de las ruinas, ha vencido el caos, ha restablecido el orden, ha conseguido dar impulso a la industria, ha terminado con el desempleo, ha creado y armado un ejército, una flota y una aviación potentes, ha roto las cadenas de Versalles, se ha anexionado Austria y Checoslovaquia sin haber perdido un solo alemán, ha aumentado en diez millones de personas la población del país, se ha apoderado de un territorio inmenso, importante desde el punto de vista estratégico, y ha convertido a la Alemania desarmada y arruinada en un estado potentísimo, ante el cual tiemblan Inglaterra y Francia, que se pudren, que decaen y sufren un fracaso tras otro.

¿Por quién ha de apostar ÉL? ¿Por Hitler, para quien trabaja el tiempo, o por las democracias occidentales, cuyo tiempo se escapa? ¿A quién ha de defender ÉL? ¿A la altiva aristocracia polaca que ha esclavizado a cuatro millones y medio de ucranianos y millón y medio de bielorrusos? ¿A Polonia que, como un carroñero, cayó el año pasado sobre Checoslovaquia desmembrada y le arrebató la Silesia y Cieszyn? ÉL no tiene la culpa de que Polonia esté gobernada por imbéciles engreídos. ¿Por qué no le han devuelto Danzig a los alemanes? Danzig es una ciudad alemana. ¿Por qué se han negado a que pasaran las tropas soviéticas por su territorio? ¿Tan fuertes son que se permiten indisponerse con Alemania y con Rusia simultáneamente? Los polacos han sido siempre gente intratable y ahora no quieren aplicar una política realista. Que lo paguen. Ya es tarde para que Polonia medite sobre sus fallos. Ribbentrop

estará mañana en Moscú, y ÉL firmará un tratado con Hitler. Hace tiempo que venía pensando en esa alianza, seguro de que Hitler daría el paso necesario, y esa seguridad suya se ha evidenciado por fin; tenía que evidenciarse. Aliarse con las democracias occidentales significa condenarse deliberadamente a una derrota. Eso lo comprende ÉL; eso lo comprende también Hitler.

Durante todos estos años, ÉL ha reflexionado mucho acerca de Hitler, ha encontrado muchos rasgos comunes en su carácter y en su destino. Lo mismo que ÉL, Hitler escribió versos en su juventud, cantó en una coral infantil, fue un niño enfermizo, introvertido y solitario; ama y conoce la historia, no sabe ni quiere saber lenguas extranjeras. Lo mismo que ÉL, Hitler posee una voluntad inflexible, es consecuente y decidido en el logro de la meta que se ha trazado, presiente el menor peligro y reacciona con rapidez, sabe rodearse de personas leales y librarse para siempre de las que no lo son. Como ÉL, es capaz de maniobrar.

¿Sería posible que ellos, las dos figuras más grandes de la época actual, hombres de destino similar, que han alcanzado la cumbre del poder por sí mismos, que han convertido a sus respectivos países en las potencias más fuertes del mundo, que han cohesionado a sus pueblos en torno a la idea suprema de la existencia estatal, sería posible que ambos destruyeran a sus pueblos, a sus potencias y a sí mismos en una guerra exterminadora para regocijo de la burguesía internacional, para júbilo de los plutócratas a quienes ambos odian por igual? ¿Sería posible que no hubiera sitio suficiente para ÉL y para Hitler, para sus pueblos y sus países en este planeta explotado por los imperialistas ingleses y franceses? El mundo es grande y hay territorio suficiente para Rusia y para Alemania. Cuando dominen el mundo, encontrarán la manera de coexistir. Y si los descendientes no salvaguardan su herencia, peor para los descendientes.

Lo que escribió Hitler acerca de los «territorios del Este», fue en el año veinticuatro, cuando Rusia era débil y parecía una presa fácil. Más tarde, Hitler mantuvo esa tesis para engañar a occidente, para que occidente no le impidiera rearmarse. Ahora existe en el mundo un reparto de fuerzas distinto. Hitler ya no maniobra, sino que va hacia su meta principal.

Unos días atrás, Roosevelt, el presidente de los Estados Unidos, le envió a Mólotov este telegrama: «Si el gobierno soviético concierta una alianza con Hitler, está claro como la luz del día que, en cuanto Hitler conquiste Francia, lanzará sus tropas contra Rusia». ¿Qué entenderá Roosevelt? Él solo entiende los intereses de los banqueros norteamericanos. Es indudable que los banqueros norteamericanos no quieren tener enfrente a una Europa fuerte y cohesionada. Preferirían vérselas con otra Europa: la Unión Soviética destruida, Alemania destruida, Francia en descomposición, Inglaterra periclitando. Una Europa sometida a los banqueros norteamericanos. Esa Europa Roosevelt no la verá.

ÉL ha decidido la cuestión. La ha decidido definitivamente. Ahora, también Hitler ha llegado a esa decisión definitiva.

29

Llegaba a París el comunista español Jacques Mornard, y había que ponerle en contacto con Zborovski. Éste le presentaría a la trotskista norteamericana Silvia Ageloff, que participaría en el inminente congreso trotskista. Tal era la misión encomendada por Eitingon. Sharok le pasó Mornard a Zborovski y le pidió que le hablara de esa señora.

-Señorita -precisó Zborovski-. Es traductora. Domina el francés, el italiano y el español, aparte del inglés, naturalmente, y también conoce el ruso porque su madre es rusa. Su hermana Ruth trabaja en México, en Cayoacán, en la secretaría particular de Trotski. Cuando Silvia va a visitar a Ruth, también la invitan a trabajar en la secretaría. Tanto Lev Davidovich como Natalia Ivánovna Sedova la quieren, la aprecian y tienen plena confianza en ella.

En el tono de Zborovski se notaba simpatía hacia Silvia Ageloff. Claro que también se había mostrado siempre muy amigable con Lev Sedov, y eso no le impidió mandarle al otro barrio. Sin embargo, seguía representando los intereses de Trotski en París, publicaba el Boletín de la Oposición y, según él, ésa era la razón de que Trotski se negara a que él se trasladase a México: hacía más falta en Europa. Aunque también admitía que a Trotski y a su mujer les habría resultado muy doloroso ver a su lado a una persona que les recordara diariamente a su difunto hijo. Sharok no refutaba estas explicaciones, aunque estaba convencido de que a Trotski o a alguien de su entorno le inspiraba todavía sospechas Zborovski. Por eso no le dejaba acercarse a él. Conque el único modo posible de penetrar en Cayoacán era el plan trazado por Sudoplátov y Eitingon y que Sharok había expuesto de un modo tan preciso y oportuno.

Sharok reconoció enseguida a Mornard, un español alto, bien parecido, con gafas, bigote, barbita y pequeñas patillas: le había visto en febrero del treinta y siete en la escuela que el NKVD tenía cerca de Moscú para preparar agentes. Por entonces no llevaba barba ni bigote y le llamaban Ramón o López, no recordaba muy bien. Era un

muchacho de veintitrés o veinticuatro años, cortés y atento. Hablaba francés. Pasó unos días en aquella escuela y luego le trasladaron a otra. Probablemente a la escuela donde eran preparados los «muchachos de Yasha». Entonces se prestaba una especial atención a los asuntos de España, donde los nuestros se infiltraban en los diferentes movimientos políticos, y especialmente en el POUM trotskista. Enviaban agentes cuya misión consistía básicamente en eliminar enemigos políticos. El joven español era un agente reclutado allí. Sharok le recordaba porque un día salió a esquiar con él. Nunca había esquiado y quería probar. También iba con ellos Arvid, uno que era sueco o noruego, que se les adelantó velozmente y desapareció entre los árboles. El español seguía tenazmente a Sharok, aunque perdía los esquís y se caía en la nieve a cada momento. Además, no iba bastante abrigado, ni siquiera llevaba gorro y se desencadenó una nevasca. Corría el mes de febrero. Compadecido del muchacho, Sharok le dijo: «Mejor será que vuelvas. Te vas a enfriar». El español le miró con disgusto, incluso con malevolencia, y dio media vuelta. Sharok recordaba la reacción de agravio y agresividad, inesperada en un hombre aparentemente blando y simpático. El español se marchó al día siguiente sin despedirse de nadie.

Así pues, aquél no era Jacques Mornard. Y su pasaporte belga, perteneciente sin duda a otra persona, había sido obtenido en España, en las Brigadas Internacionales: a todos los voluntarios extranjeros les recogían el pasaporte cuando llegaban a España, y esos documentos se recibían a montones en Moscú. Los pasaportes de los muertos eran entregados a agentes soviéticos una vez que habían estudiado lo suficientemente a fondo todo lo relacionado con su nueva identidad, sus familias y sus parientes. También se utilizaban pasaportes de personas vivas, una vez que los nombres y los apellidos fueran falsificados por especialistas altamente cualificados.

Según el pasaporte -Sharok ignoraba si había pertenecido a un belga vivo o si estaba falsificado- Jacques Mornard tenía treinta y tres años, de manera que le habían añadido unos seis o siete. La barba y el bigote eran para que aparentara más edad. Silvia Ageloff, a quien debía seducir, tenía veintiocho años.

También Sharok usaba bigote y barbita ahora. ¿Le habría reconocido el español? Sería difícil decirlo. Por lo menos, no lo manifestó. Ni pronunció una palabra en ruso. Un muchacho con sangre fría. Seguía mostrándose cortés y atento, pero había aparecido cierta mesura en sus movimientos, tenía un aire muy digno, incluso aristocrático, que también encajaba con el retrato de un hombre posado de treinta y tres años.

Sharok le puso en contacto con Zborovski, y Mornard le informó de la leyenda elaborada por Eitingon: el padre de Mornard era cónsul de Bélgica en Teherán. Mornard había roto con su encopetada familia por cuestiones de ideología. Era consciente de la injusticia social que reinaba en el mundo, pero no quería meterse en política, que le dejaba indiferente, y pensaba trabajar en París como corresponsal gráfico de una agencia de prensa belga. Además, Eitingon le había encomendado ganarse la confianza del matrimonio Rosemer, íntimos amigos de Trotski, a través de Silvia. En la villa que los Rosemer poseían en Rekigny, cerca de París, debía celebrarse el congreso trotskista.

Había que reconocer el acierto de Eitingon al elegir para Mornard la profesión de reportero gráfico ajeno a la política. De las contadas conversaciones sostenidas con Mornard, Sharok había sacado la conclusión de que era un hombre poco cultivado y habría suscitado suspicacias queriendo pasar por político. En ese aspecto, los Rosemer tenían mucho olfato y no se les podía engañar.

Unos días después telefoneó Zborovski diciendo que el encuentro tendría lugar al día siguiente, a la una, en un café de la calle Nicolo. Mornard y él llegarían diez minutos antes.

Sharok apareció al poco, pasó junto a Zborovski y Mornard y fue a sentarse cerca para verlos bien.

Entraron dos mujeres. Zborovski se levantó y fue a su encuentro. Por las descripciones que le habían hecho, Sharok adivinó fácilmente cuál de ellas era Silvia: rubia, de estatura media, aunque bien formada, estaba lejos de llamar la atención por lo bonita. La suerte de Mornard no era envidiable. ¿Cómo iba a enamorarse de ella un hombre tan bien parecido? ¿Quién se lo creería? Pero no había nada que hacer: una misión es una misión.

Zborovski condujo a las dos mujeres hacia su mesa. Mornard se levantó. Todos se estrecharon la mano, tomaron asiento. Sharok los veía muy bien desde su sitio. Charlaban animadamente, pero con discreción y Sharok sólo captaba palabras sueltas cuando alguno de ellos levantaba la voz. ¿Se rendiría Silvia a los encantos de Mornard? Una «media azul» metida en política. Las mujeres así, o se quedan solteras o se casan con correligionarios contrahechos. Pero Mornard era un hombre ajeno a la política. ¿Qué «comprensión mutua» o que «proximidad espiritual» podía surgir entre ellos? Sólo podía tratarse de una proximidad física. ¿No le daría miedo a Silvia intimar con un hombre agraciado? Cualquier mujer calcula sus posibilidades. Sabe lo que la naturaleza le ha dado y lo que le ha negado. La única baza de Silvia era su figura. Una baza importante. Si una mujer tiene buena figura, se lo pasa uno bien con ella en la cama. También él se había fijado en las caderas redondas de Kalia cuando la vio por primera vez en una parada de tranvía. Si una mujer tiene las caderas redondas, se la puede tomar de muchas maneras, y eso habían hecho ellos a menudo. ¿Seguirían igual más adelante? Era difícil. Todavía podía ver a Abakúmov abrazándola. Y aunque Sharok le había jurado a Kalia no recordar jamás aquello, la verdad era que lo recordaba. Ni siquiera la había telefoneado antes de venirse a París. Si se enfadaba, ya se le pasaría de aquí a que él volviera. Aunque, ¿cuándo volvería a Moscú? ¿Dentro de un mes, de un año, de dos?

Entre tanto, la conversación había ido animándose más en torno a la mesa de Zborovski. Mornard contaba algo y Silvia reía. Sharok pagó su consumición y se dirigió hacia la puerta diciéndose que Mornard tenía probabilidades.

El congreso constituyente de la IV Internacional se celebró en la villa de los Rosemer. Zborovski le entregó a Sharok el manifiesto y otros documentos aprobados, así como un artículo de Trotski publicado en los periódicos, que decía: «La camarilla del Kremlin ha necesitado diez años para asfixiar al partido bolchevique y convertir al primer estado obrero en una siniestra caricatura... Sólo diez años... En el transcurso del próximo decenio, el programa de la IV Internacional se convertirá en la estrella polar para millones de personas que sabrán cómo asaltar la tierra y el cielo». Sharok lo envió todo a Moscú.

Por fin comunicó Zborovski: Mornard y Silvia se habían instalado en un apartamento de dos piezas en el centro de París, cerca de Notre Dame. Solían almorzar en el bar americano Pan-Ham, en la plaza de la Ópera. La misión de Eitingon estaba cumplida. Sharok sólo tenía que hacer ya una cosa: darle dinero a Mornard. Mucho dinero.

30

Lena llamó a la puerta a la hora y el día convenidos. Aunque resultaba difícil calcular el tiempo con los autobuses de Ufá, que circulaban como Dios les daba a entender, ella lo había calculado. Siempre se había distinguido por su puntualidad.

-¿Te ha costado mucho encontrar la casa? -preguntó Sasha mientras la ayudaba a despojarse del abrigo.

-Lo explicaste con tanto detalle que no podía extraviarme.

Sasha hizo té, puso sobre la mesa unos bocadillos de embutido y de queso, bombones y una botella de vino - todo comprado la víspera-, pero Lena no quiso beber.

-Me mareo en cuanto bebo una gota.

No estaba envarada, como cuando se encontraron en correos.

-Entonces, beberé yo por nuestro encuentro.

Sasha escanció medio vaso y lo apuró.

-Bien, Lena: primero te contaré yo cómo van mis cosas y luego me cuentas tú las tuyas. Después del confinamiento, me pusieron un «excepto», no puedo residir en grandes ciudades, conque ando rodando por las pequeñas. Y como no hay modo de obtener un trabajo normal en cuanto presento un formulario cumplimentado, tengo una ocupación algo extraña para mí: doy clases de bailes de salón. Gleb, el muchacho que te presenté el otro día, es el que me acompaña. Un buen compañero. Se puede confiar en él. Con mi madre hablo regularmente por teléfono. Vive sola. Mi padre trabaja en otra ciudad y ha constituido una nueva familia. A mi tío Mark le fusilaron. Y eso es todo lo que hay. ¿Qué sé yo de ti? Que a tu padre y a tu madre los detuvieron en el treinta y siete. Que tienes un hijo, de Yuri Sharok según he oído, aunque has roto con él. De los amigos, Max está en el Extremo Oriente, le han dado el título de Héroe de la Unión Soviética. Nina Ivanova se ha casado con él. Vadim Marasévich se está haciendo famoso como crítico y, a mi entender, es un canalla de marca mayor. Esto es todo lo que sé de mí, de ti y de nuestros conocidos. Ahora te toca a ti. Cuéntame lo que creas que puedes contarme.

Lena le miró de reojo.

-¿Crees que no confío en ti?

-La desconfianza, Lena, es la bandera de nuestra época. Y no pretendo que me hagas ninguna confidencia. Pero si necesitas mi ayuda, estoy a tu disposición.

-Yo siempre he confiado en ti, Sasha, y también ahora confío -replicó ella gravemente-. A grandes rasgos, lo sabes todo. Puedo añadir que a mi padre lo fusilaron: no me admitieron ningún paquete para él y ése es, según dicen, el primer indicio de que una persona ha sido fusilada. Y mi madre, al parecer, ha corrido la misma suerte. Mi hermano Vladlén (no sé si te acordarás de él) está en el centro de acogida del NKVD. A mi hijo Vania le están criando unas buenas personas. Cuando me ordenaron abandonar Moscú y me dijeron que eligiera la ciudad adonde quería ir, opté por Ufá. Una vez al mes debo presentarme en el NKVD, en la calle de Egor Sazónov. Trabajo en Neftegas y vivo en una residencia comunal.

-¿De qué trabajas?

-Trabajo en la construcción y la reparación de vías férreas de acceso. No es un trabajo fácil, pero está bien pagado.

-¿Estás acarreando traviesas?

-Cuando hace falta, sí. Pero estoy conforme, porque así puedo mandar algo de dinero a Masha, nuestra antigua criada, que ayudará a Vladlén como pueda. Sasha carraspeó, sacudió la cabeza, escanció y apuró otro medio vaso de vino y dijo al captar la mirada de Lena:

-¿Temes que me haya vuelto un alcohólico? Pues no; no lo creas. De manera que ese trabajo has encontrado: acarrear vigas. ¿Os darán manoplas, al menos?

-Sí. Además, esto es provisional, naturalmente. A todos los «familiares de enemigos del pueblo» expulsados como yo de Moscú los han mandado hace ya tiempo a campos de trabajo. Lo mismo me ocurrirá a mí. Al lado de nuestros barracones hay un punto de reclusión desde donde distribuyen a la gente por los campos, de manera que es posible que me trasladen de un barracón a otro, pero esta vez detrás de una alambrada. En cuanto a nuestros conocidos, sí, es cierto que Nina se marchó a reunirse con Max, hecho que se mantiene en secreto; pero, ya que tú lo sabes, no rige contigo. ¿Vadim? Su hermana Vika se casó con un extranjero, vive en París, y por eso mismo, porque ahora tiene «familiares en el extranjero» procura Vadim hacer méritos.

-¿Por qué no comes nada? -preguntó Sasha-. Tómate el té antes de que se enfríe.

Lena tomó un bocadillo y un sorbo de té.

-¿Y qué apellido llevas, si no es un secreto?

-El mío. Budiáguina.

-¿Has intentado encontrar otro trabajo?

-¿Cuál?

-Tú sabes idiomas.

-Muchacho, ¿quién iba a permitirme trabajar con textos extranjeros? ¿Y quién iba a admitirme para dar clases en una escuela o un instituto?

A Sasha se le ocurrió de pronto una idea.

-Tú tocas bien el piano, ¿verdad?

-Toco, sí. Aunque no sé si toco bien o mal.

-¿Estás libre hoy?

-¿Por qué lo preguntas?

-Podrías venir conmigo al Palacio del Trabajo, donde doy las clases, y así verás cómo lo hago.

-¿Hoy? -Lena consultó el reloj-. Bueno. La verdad es que no te imagino enseñando bailes de salón.

-Ni yo a ti acarreando vigas.

-Cierto. A veces pienso que es un castigo.

-¿Castigo? ¿Por qué?

-Por los pecados de nuestros padres.

-¿A qué te refieres?

-A todo. Al terror rojo, a la Cheká, a la G PU, a todo lo sucedido. Ellos eran los dirigentes del país, respondían de la suerte del pueblo.

Sasha se escanció medio vaso más, miró a Lena y dijo riendo:

-¡Papaíto, no bebas! ¿Te acuerdas de dónde es eso?

Lena se quedó pensando.

-Me suena mucho. Pero no caigo...

-Es de Chéjov. «Anna al cuello».

-Sí, claro que sí -rió ella también-. «¡Papaíto, no bebas!»

-No se puede meter todo en el mismo saco, Lena. El terror rojo se contraponía al terror blanco; los dos bandos cometieron atrocidades. Una revolución es un cataclismo, un alud. Los culpables son los que no supieron evitar ese alud. -Sasha apuró el vino, hizo una pausa y prosiguió-: En el año veintiuno terminó la guerra civil y se descubrió que no era posible construir el comunismo por la fuerza. Se inició el movimiento en el sentido opuesto. La NEP estaba pensada para llevar a cabo transformaciones graduales y sin dolor. Pero la NEP fue rechazada y ya sabes con qué nos hemos encontrado y con quiénes. De eso es de lo que tienen la culpa nuestros padres. Ellos no lo evitaron. Tenían el poder y lo dejaron, sin protestar, en manos de criminales. De eso son culpables. Y también yo soy culpable...

-¿Tú? ¿De qué?

-¿Te acuerdas de Sonia Shvarts, una chica de nuestra clase?

-Claro que sí. Seguimos viéndonos después de la escuela. Estudió en la universidad, se licenció en Física, como su padre, el académico.

-Pues también yo me encontré con ella una vez en el Arbat. Como es natural, nos pusimos a recordar nuestra clase, a los chicos, a los maestros, y entonces me dice ella riendo: «¿Sabes, Sasha?, yo te tenía miedo en la escuela». «¿Que me tenías miedo? ¿Y por qué?» «No lo sé. Pero te tenía mucho miedo.» ¿Por qué me tendría miedo?, me pregunté yo entonces. ¿Tan terrible era? ¿Le hice daño a alguien?

-¿Qué dices? ¡Todos te queríamos mucho!

-Pues ella me tenía miedo. Luego comprendí por qué. Yo era komsomol; para ella personificaba el sistema basado en el miedo. Yo le inspiraba ese miedo, y ésa es mi culpa. De modo que tu padre y tu madre son culpables... Y también yo lo soy. ¡Pero tú, no! ¿De qué son culpables millares, decenas de millares de personas como tú, esposas, hijos, padres y madres? ¿Por qué se les hace sufrir? Tú le llamas a eso castigo. Yo lo llamo arbitrariedad.

-Pero si nuestros padres -replicó Lena pensativa- entregaron tan sumisamente el poder, ¿significa eso que los ideales que los llevaron a la revolución no eran, desde un comienzo, tan firmes ni tan poderosos?

-Alguien dijo que las revoluciones las comienzan los idealistas y las terminan los miserables que exterminan a esos idealistas. Eso es lo que estamos viendo nosotros, y nuestra tarea consiste en sobrevivir. Quizá nos esperen tiempos mejores.

-¿Tú crees eso de verdad, o lo dices para consolarme?

-Lo creo. Por eso te digo que debemos sobrevivir, aunque sólo sea por nuestros seres amados: tú tienes a tu hijo, yo tengo a mi madre. Y, a propósito, ¿hace mucho que no la ves?

Lena agachó la cabeza.

-Tienes que perdonarme, Sasha, pero no he ido ni una vez a visitarla. También por eso merezco un castigo.

-Si te he preguntado por mi madre -protestó Sasha riendo-, no era para saber si la visitabas o no, sino por otra razón muy distinta. En Correos me pareció que no te sorprendía nuestro encuentro y pensé que te habrías enterado por mi madre de que yo me encontraba en Ufá.

-Sí, sabía que estabas aquí. Pero no por tu madre. Me lo dijo Varia, la hermana de Nina Ivanova.

-Varia... ¿Teníais trato, erais amigas?

-En los últimos tiempos nos hemos visto muchas veces. Ella venía a verme a menudo. Tú la recordarás de cuando era una chiquilla, ¿verdad?

-La recuerdo de cuando era una escolar -contestó Sasha escuetamente.

-Pues hace tiempo que dejó la escuela. En algunos momentos me parecía que era más adulta y más sabia que yo... Y mucho más fuerte, desde luego. A mí, puedo decir que me ha salvado en todos los sentidos. Después de que detuvieran a mis padres, a mí me echaron inmediatamente del trabajo. Ya no pude encontrar otro: ni siquiera para fregar suelos. Y yo tenía que alimentar a mi hijo y a mi hermano.

Se levantó y fue hacia la ventana para que Sasha no advirtiera su emoción.

-Todos los amigos desaparecieron como por ensalmo. Y, de repente, me encontré con Varia. Por casualidad. En la calle. Si yo creyera en Dios, tendría que rogarle por ella todos los días. Y te advierto que así lo hago: no conozco ninguna oración, pero rezo con mis propias palabras. Sin hablar ya de que nos mantuvo durante todos esos meses con un sueldo bien escaso, la verdad: una simple delineante tiene que contar hasta el último rublo. Y ha salvado a mi Vánechka. -Se volvió hacia Sasha y le miró-. Llevó a mi hijo con sus familiares.

-¿Con Nina?

-Sí. Esto, Sasha, no lo sabe nadie.

-Ni lo sabrá nadie. No te preocupes.

-Y no era nada sencillo llevarle hasta el Extremo Oriente. El certificado de nacimiento del niño dice que la madre es Budiáguina, Elena Ivánovna, y el salvoconducto estaba a nombre de Ivanova, Varvara Serguéievna. ¿Te imaginas el riesgo que corría?

Podían quitarle al niño, podían acusarla de haberlo robado. Pero es una santa y por eso le sale todo bien. ¡Es una santa, palabra de honor! ¡Tan joven, tan bonita, y consagra toda su vida a las dificultades y las preocupaciones de los demás!

-Un momento, un momento... -Sasha estaba sobrecogido por lo que escuchaba-. No entiendo a qué salvoconducto te refieres...

-Para ir al Extremo Oriente, se necesita un salvoconducto. Max tenía que enviarle a Varia un aviso de llamada para ella y su hijo y entonces le darían el salvoconducto. Mientras se tramitaba todo eso, Vánechka vivió todo un mes con ella y con tu madre. Sofía Alexándrovna también se ocupó de él porque haría cualquier cosa por Varia. Porque también a tu madre la ayudó mucho Varia: te llevaba los paquetes a la cárcel haciendo aquellas colas espantosas. ¿Lo sabías?

-Sí, claro. -Nina y Max pensaron seguramente que Vánechka era hijo de Varia.

-He oído decir que estuvo casada con un jugador de billar o algo así.

-Es verdad. Una historia absurda. Ella tenía diecisiete años. ¿Y mi aventura con Sharok, me favorece a mí? Aunque yo tenía más años. Todos cometemos errores que nos ayudan a adquirir sensatez. -De pronto sonrió, mirando a Sacha de reojo-. ¿Sabes una cosa, Sasha? Hasta cierto punto, fuiste tú el responsable de ese matrimonio. Indirectamente, claro.

-¿Qué estás diciendo?

-Tú saliste para tu lugar de confinamiento desde la estación de Kazán, escoltado por dos soldados y un cabo.

-En efecto.

-Tenías barba y llevabas una maleta.

-Sí.

-Bueno, pues precisamente entonces, desde otra vía, salía para el Extremo Oriente una promoción de una escuela militar, y Max estaba entre ellos. Nina y Varia habían ido a despedirle. Varia te vio, vio tu rostro pálido, la barba negra... A mí me dijo que aquélla fue la conmoción más fuerte de su vida. Le pareció que caminabas sumisamente entre los soldados, que llevabas sumisamente tu maleta, que ibas sumisamente al confinamiento. No te ofendas, Sasha: ella tenía entonces diecisiete años. Le pareció que tú habías permitido que te humillaran, que debías haberte resistido, que tenían que haberte conducido atado para que la gente no pasara de largo, indiferente al dolor ajeno, para que no manifestaran tanta alegría los oficiales de nuevo cuño, sin fijarse siquiera en que llevaban a un hombre conducido. Fue una conmoción tremenda. Y decidió que ella no viviría así, que no se convertiría en una esclava sumisa. Entonces apareció un hombre que no trabajaba en ningún lugar fijo, que ganaba un montón de dinero con ciertos experimentos, que no dependía del estado. Y se casó con él para ser independiente también. Sin embargo, pronto se dio cuenta del engaño, de que era un jugador de billar, quizás incluso un maleante. Y le echó de su lado. En circunstancias bastante dramáticas, dicho sea de paso.

-Parece ser que quiso matarla, ¿no?

-¡Ah! ¿Lo sabías? No sé para qué te lo he contado.

-No, no. Yo sólo conocía el último episodio: que lo había echado y él amenazó con matarla. Me lo contó mi madre durante una breve entrevista que tuvimos en la estación. Lo demás es la primera vez que lo oigo. Cuenta, cuenta, por favor, que me interesa mucho.

-De esta historia sacó Varia la conclusión de que la independencia no puede dártela nadie, que la persona se hace independiente si, a despecho de todo, es capaz de hacer el bien. Y así vive ahora. Te digo con sinceridad que, de no ser por Varia, yo no habría podido soportar todo lo que cayó sobre mí. Y fue Varia quien me dijo: «Si te permiten elegir una ciudad para el confinamiento, pide Ufá. Allí está Sasha. Búscales sin falta. Déjale una postal a Lista de Correos y verás como enseguida contesta».

¡Cielos! Varia no le había olvidado...

-¿Y por qué no mandaste la postal?

-Bastante complicada es tu situación, Sasha. No quería ser una carga para ti.

31

Plevítskaia no confesaba nada. Fingía no entender lo que ocurría. Pero los hechos y la desaparición de Skoblin la delataban. Toda la prensa se hacía eco del proceso. Los periódicos -Sharok los leía todos: acusaban al gobierno francés de proteger a los bolcheviques y a la policía de haber ayudado a los raptos de Miller a borrar las huellas. Pero ni en la investigación ni durante el juicio dieron con ninguno de los residentes soviéticos ni nombraron a ninguno. Plevítskaia fue condenada a veinte años de trabajos forzados; de hecho, a cadena perpetua. Los emigrados exultaban. Burtsev declaró: «Que se pudra en presidio».

Pero la AMR había quedado prácticamente destruida. Tretiakov continuaba anotando las conversaciones sostenidas en el estado mayor, pero no ofrecían ningún interés. El estado mayor permanecía vacío durante semanas; no había dinero ni siquiera para pagar a un guarda.

Durante el proceso de Plevítskaia, Sharok se dijo que sería el mejor momento para contactar con Vika Marasévich. Vika había visitado a Plevítskaia en Osoir-la-Fériere, y el nombre de esta pequeña ciudad aparecía en todos los periódicos. Vika estaba asustada y cedería si se la asustaba un poco más. De momento no había necesidad de utilizarla, pero podía surgir esa necesidad. Entre tanto, podía reflexionar y decir que le hacían chantaje. Él conocía el carácter de Vika: supo escabullirse de ellos en Moscú, conque allí le resultaría más fácil. Ahora, en cambio, estaría desmoralizada, abatida porque continuaba el juicio contra Plevítskaia, y no haría nada.

Le encomendó la operación a un colaborador conocido como Sújov. Él mismo entraría en contacto con Vika cuando hiciera falta. Delante de él, Sújov telefoneó a Vika, le dijo que había traído una carta de su hermano y que lo mejor sería que se encontraran en algún museo. En el Louvre, por ejemplo. El día siguiente era el único que podía dedicar a este encuentro, por la mañana a ser posible; pero Vika podía fijar la hora. Podría enviarle la carta por correo; pero, según le había advertido Vadim, la carta no contenía nada de particular y lo esencial era lo que debía transmitirle él de palabra.

Después de un breve silencio preguntó Vika:

-Perdone, ¿cómo se llama usted?

-Piotr Alexándrovich.

-Dígame, Piotr Alexándrovich, ¿ha ocurrido algo?

Bien adiestrado por Sharok, Sújov contestó:

-Victoria Andréievna, me pone usted en una situación difícil.

Éste no es tema para una conversación telefónica, y perdone usted el giro moscovita. Entre otros asuntos, hay algunos relacionados con derechos de herencia. Y, a propósito, acepte usted mis más sinceras condolencias por el fallecimiento de su padre.

De la muerte del profesor Marasévich se había enterado Sharok por los periódicos. Los asuntos «relacionados con derechos de herencia» eran un cebo en el que debía picar Vika.

Sin embargo, Vika callaba. Sújov añadió, obedeciendo a un ademán de Sharok:

-Veo que usted no desea entrevistarse conmigo y yo no tengo razones para insistir. Al contrario. Así estaré más tranquilo. Ya encontrará Vadim otro procedimiento para ponerse en contacto. A los pies de usted.

-No, no -le interrumpió Vika-. Aguarde usted. Déjeme pensar a qué hora sería más cómodo. En el Louvre, a las doce, junto a las taquillas. ¿Le conviene?

-Sí.

-¿Cómo le reconoceré a usted?

-Yo he visitado a Vadim en el Starokoniúshni y la recuerdo a usted perfectamente. Quizá me recuerde usted a mí también. Iré solo y espero que usted hará lo mismo.

Al día siguiente, a las doce, Sharok y Sújov llegaron al Louvre. Vika se paseaba junto a las taquillas. Sharok se la señaló a Sújov. Durante unos minutos, observaron a la gente de alrededor por si Vika había traído «compañía». Mejor dicho, observaba Sújov mientras Sharok se recreaba mirando a Vika, recordando el piso señorial de los Marasévich en el Starokoniúshni, a los personajes mimados por la gloria que lo frecuentaban. En París también resaltaba Vika. No se podía negar que era una mujer de bandera.

Sújov se acercó a Vika después de cerciorarse de que no traía «compañía». Se saludaron y entraron en el museo. Sharok los siguió, subió la amplia escalera, entró en una sala. Vika y Sújov se habían sentado en un banco. Sharok caminó a lo largo de las paredes, fingiendo que contemplaba los cuadros.

Vika se había enterado de la muerte de su padre por Nelli Vladímirova. Charles le llevó un número del Izvestia con la nota necrológica. De Vadim, no sabía ni palabra. Además, su vida no le interesaba. ¿Derechos de herencia? Las joyas de su madre le habían pertenecido siempre a Vika, y seguían perteneciéndole. ¿Que Vadim quisiera compartir con ella lo que había quedado después de la muerte del padre? Ni pensarlo. Vadim era un tacaño asqueroso. Y, de todas maneras, ella no quería ver a ningún soviético. Aun así, aceptó la cita. ¿Quién sabe? ¿Y si, de pronto, hubiera aparecido algo importante entre los papeles del padre? Porque sus antepasados estaban emparentados con hetmanes.³⁶ Quizá tuviera parientes ricos en Europa o bienes que le correspondieran por derecho. ¿Y si el padre hubiera registrado en occidente descubrimientos médicos o patentes sin que se enterasen los soviets? También era posible que Vadim quisiera largarse de Rusia, venir a París como corresponsal y quedarse. Porque lo que estaba ocurriendo en la URSS era espantoso. Pero a ella no le hacía ninguna falta tener allí a Vadim. Por otro lado, si existían patentes o bienes, Vika no los obtendría sin Vadim, que también era un heredero. Lo que no pensaba consentir de ningún modo era que pretendiese vivir a costa suya. En una palabra: necesitaba enterarse de todo.

A Piotr Alexándrovich, no le recordaba en absoluto. Un hombre joven, delgado, incluso enjuto. Vestía modestamente. Sonreía. Sacó un sobre del bolsillo de la chaqueta y extrajo un papel, que le mostró a Vika sin soltarlo.

-¿Conoce usted este documento, Victoria Andréievna?

Se quedó fría al verlo. Era el compromiso de colaboración firmado por ella en la Lubianka. ¡Maldito pasado, maldito país! Piotr Alexándrovich dobló el papel, se lo guardó en el bolsillo e insistió:

-¿Lo recuerda usted, Victoria Andréievna?

¿Qué podían hacerle? ¡Aquello no era Moscú! Podía llamar a un policía y entregarle a aquel espía soviético diciendo que pretendía hacerle chantaje con un documento falso. Aquel papel lo comprometía a él antes que a nadie.

-No -contestó Vika-, no conozco ese documento. Si le parece, podemos ir a la policía y poner allí las cosas en claro.

-No nos conviene ir a la policía -sonrió él-. Si vamos, enseguida acudirán los periodistas, publicarán el documento y a usted le resultará difícil refutar la prueba grafológica y explicar sus relaciones con la señora Plevítskaia y sus visitas a Osoir-la-Férie-re. Estoy seguro de que todo eso resultará muy interesante a los lectores. La señora Plevítskaia ha sido desenmascarada y su trato con usted, agente del NKVD, añadirá nuevos cargos contra ella. Sin hablar de que también usted quedará al descubierto. Antes de que vayamos a la policía, le conviene reflexionar bien.

³⁶ Hetman: En Ucrania, jefe de cosacos (siglo XVI y comienzos del XVII).

Las palabras de aquel miserable, pronunciadas con una sonrisa tan afable, no eran una vana amenaza. Podía echar a perder su vida y la de Charles. ¡En el extranjero actuaban tan impunemente como en la Unión Soviética, en la Lubianka! En pleno día habían raptado al general Miller, igual que raptaron antes al general Kutépov, igual que asesinaron a Ignati Raiss, el defector. Un general como Skoblin, una cantante famosa como Plevítskaia... ¡y también trabajaban para ellos!

-No tengo la intención de importunarla demasiado -añadió Piotr Alexándrovich-. Quizá le pidamos que nos preste algunos pequeños servicios sin infringir en modo alguno las leyes francesas. No la hemos molestado ni una sola vez porque no había necesidad. Ahora, sí la hay. Se trata del proceso de Plevítskaia. Usted la visitaba y quisiéramos saber de qué hablaban.

-De nada en particular. Nadiezhda Vasílievna me contaba cosas de su vida, a veces cantaba, recordaba Rusia... Era muy devota, y me enseñó la iglesia ortodoxa. ¡Estoy asombrada, sobrecogida por todo lo que ha pasado!

-Perfecto. No tiene más que escribir eso. Y lo trae el jueves próximo a la misma hora y a este mismo lugar. Pero le advierto que no haga tonterías, Victoria Andréievna. Al primer paso en falso, aparecerán inmediatamente en todos los periódicos su fotografía y su compromiso con el NKVD, las fechas de sus entrevistas con Plevítskaia... Espero que sea usted razonable.

Después de este encuentro, Sharok le dijo a Sújov:

-Vaya sonsacándole la información poco a poco. Confórmese con lo que traiga. Déjele la cuerda larga. Y los encuentros, sólo en lugares públicos: museos, exposiciones...

Al poco tiempo llegó Eitingon. Aprobó la operación iniciada con Vika, pero aconsejó actuar con cuidado. Había entrado en una familia rica, no necesitaba dinero y no tenía motivaciones ideológicas. De manera que sólo quedaba el recurso del miedo, poco seguro en el presente caso. Vika no le interesaba ahora.

Puso a Sharok a trabajar con los españoles que debía enviar a México, donde estaba organizándose un importante grupo terrorista. Todo lo tenía montado a gran escala, sin escatimar el dinero.

Eitingon se comportaba en París con el mismo aplomo que en Moscú. Ni siquiera ocultaba a su amante. Sharok le envidiaba: era el amo. En cambio él vivía como un cartujo. No trataba con prostitutas por temor a que cualquier mal paso le hiciera gastar en médicos todo su dinero o buscarse un lío con algún chulo, y ¡adiós carrera! Le habría convenido una mujer fija y Vika hubiera sido la mejor solución; pero Eitingon estaba en lo cierto con respecto a ella.

Como habían acordado, Sújov fue al Louvre a la semana siguiente en compañía de Sharok. Entraron en la sala convenida. Vika estaba sentada en un banco. Pero Sújov no se acercó a ella, sino que se puso a mirar los cuadros con Sharok. Pasaron a la sala contigua sin perder de vista a Vika. Sújov había cambiado de imagen: llevaba barba y bigote postizos. Había poca gente. Sújov y Sharok descubrieron a dos tipos que se pasaron una hora en aquella sala. Saltaba a la vista qué hacían allí. Luego se marcharon, y Vika también.

Eitingon aventuró la hipótesis de que Vika se lo había confesado todo a su marido, éste se puso en contacto con la Sureté y el servicio de contraespionaje le propuso a Vika ponerle sobre la pista de los agentes soviéticos a cambio de olvidar sus juveniles travesuras moscovitas.

-Déjenla por ahora -dijo Eitingon-. No la necesitamos. Cuando llegue el momento, ya veremos.

Sharok trataba mucho ahora con Eitingon y con Mornard, acogía a gente que venía de España y era enviada a México. Así fue haciéndose una idea de quiénes iban a participar en la futura operación. En Moscú la dirigía Sudoplátov; en París, Eitingon. La mujer -María de la Caridad del Río- no era sólo la amante, sino también la auxiliar de Eitingon. Hija de un acaudalado cubano, se casó en Barcelona con el aristócrata español Mercader, de quien tuvo cinco hijos. Mujer exaltada, se separó del marido, fue a vivir a París con los hijos, regresó a Barcelona, ingresó en el Partido Comunista y fue reclutada por Eitingon. Ejercía gran influencia sobre sus hijos, y uno de ellos, Ramón Mercader, era el que se llamaba ahora Jacques Mornard. Reclutado por Eitingon lo mismo que su madre, se le envió a Moscú, y allí fue donde Sharok lo vio, en una escuela de preparación de agentes. Ramón pasó en Moscú poco más de un año, llegó a París ya con el nombre de Jacques Mornard, entabló relaciones con Silvia Ageloff y buscó el trato de los Rosemer, todo con el único fin de llegar hasta Trotski, a Cayoacán.

Se recibió la noticia oficial de que Ezhov había sido cesado como comisario del pueblo de Asuntos Interiores. Se le podía considerar ya difunto, independientemente de si le encarcelaban y le fusilaban al cabo de una semana, de un mes o de dos. En su lugar había sido nombrado Beria. ¿Qué tal barrería la nueva escoba? Indudablemente, a Sharok le hubiera gustado comentar todo aquello con Eitingon, pero no le parecía prudente manifestar inquietud. Durante una conversación, Eitingon aludió de pasada que Kobulov, hombre de confianza de Beria, protegía a Abakúmov. O sea, que también Sharok tenía una agarradera en las alturas. Ya se vería lo que pasaba. Seguro que se producirían cambios, pero no era probable que afectaran a su sección. México era lo más importante para «el amo», y no tocaría a los que la preparaban. Los tocaría si no cumplían la misión. Aunque despacio, todo marchaba bien. Silvia regresó a América. Mercader se quedó de momento en París para atender a ciertos negocios, aunque la realidad era que Eitingon había decidido cambiar su pasaporte por otro más seguro: el de Tony Babich, ciudadano canadiense de origen yugoslavo caído en España. La «T» fue transformada en «F», la «o» en «a», la «y» final en «k» y

entre la «F» y la «a» se introdujo una «P». Así resultó Frank en lugar de Tony. Por el mismo procedimiento, el apellido «Babich» quedó convertido en «Jackson». Frank Jackson, ciudadano canadiense nacido en Yugoslavia el 13 de julio de 1905, naturalizado en Canadá en 1929. El pasaporte había sido falsificado en Moscú por expertos altamente cualificados. Todo estuvo listo en agosto. Ramón Mercader, o Frank Jackson, o Jacques Mornard, pudo al fin partir para América, donde le esperaba Silvia.

32

La numerosa delegación alemana, con su guardia y su personal auxiliar, salió de Berlín en dos cuatrimotores Kondor. En uno de ellos, el avión particular del führer, viajaba Ribbentrop. Aterrizaron en Moscú el 23 de agosto al mediodía. La delegación fue llevada a la antigua embajada de Austria, traspasada ahora a Alemania. Después de un breve almuerzo, Ribbentrop se dirigió al Kremlin. Las conversaciones con Mólotov estaban fijadas para las 15:30. Por la tarde, tendría una entrevista con Stalin. Sin embargo, al entrar en el despacho de Mólotov, Ribbentrop vio que allí estaba Stalin.

Era una jugada SUYA para sorprender desde el primer momento al ministro de Hitler. Pero había adoptado una actitud sencilla, afable, benévola: ÉL no era un diplomático; ÉL era allí el amo, el árbitro. Con una frase, con una palabra, podía decidir la discusión. Sentado en un sillón, escuchaba atentamente a Mólotov, a Ribbentrop y al intérprete Pávlov. El proyecto soviético de pacto era breve: la URSS y Alemania se comprometen a no emplear la violencia, la agresión ni el ataque la una contra la otra. Si una de las partes fuera objeto de acciones militares de una tercera potencia, la otra parte no apoyará a dicha potencia. Las diferencias entre las partes serán resueltas exclusivamente por vía pacífica. El tratado se firma por un plazo de cinco años y entra en vigor después de su ratificación.

Ribbentrop propuso una enmienda: el tratado se firma no por cinco años, sino por diez, y entra en vigor inmediatamente después de su firma. Tenían prisa y por eso se mostraban magnánimos. Se podía aceptar: el pueblo soviético aprobaría esa modificación: si el tratado entraba en vigor inmediatamente, también entraría inmediatamente en vigor la paz.

Se pasó al protocolo secreto. Ribbentrop sacó del bolsillo un folio doblado en cuatro y se lo entregó a Hilger, el intérprete alemán. Hilger lo leyó punto por punto. Ribbentrop no apartaba la mirada del rostro de Stalin, pero en el rostro de Stalin no se podía leer nada. Con los ojos entornados, escuchaba a Hilger, que leía, en ruso, el protocolo de delimitación de las esferas de intereses de ambos países en Europa Oriental... Hitler le abría a ÉL la vía de la región del Báltico y le entregaba la mitad de Polonia.

La cuestión de la existencia de Polonia como tal, la resolverían más adelante. ÉL tenía que reflexionar todavía sobre lo que más LE convenía: tener una frontera común con Alemania o conservar entre los dos países un resto de Polonia.

-Es todo, señor Stalin. -Hilger dejó el folio encima de la mesa. Stalin empezó a hablar lentamente, con pausas para darle a Pávlov tiempo de traducir.

-Pienso que, en lo fundamental, el protocolo es aceptable. Sería útil mencionar también los intereses de la Unión Soviética en Bessarabia. Todo el mundo sabe que Bessarabia formó siempre parte de Rusia y fue ocupada por Rumanía en 1919.

Después de escuchar la traducción, dijo Ribbentrop:

-Le he comprendido, señor Stalin. Solicitaré inmediatamente el consentimiento del señor Hitler. Espero que la respuesta será rápida y favorable.

La respuesta llegó dos horas después.

«Sí. Estoy de acuerdo. Hitler.»

La firma de los documentos quedó fijada para la medianoche.

Stalin ordenó invitar a la ceremonia de la firma a Sháposhnikov, jefe del Estado Mayor General. La presencia de un ex coronel del ejército zarista impresionaría al generalato alemán, compuesto por antiguos oficiales del kaiser. Que se enterasen bien: ÉL había eliminado solamente a unos cuantos traidores, pero que la gran mayoría de la oficialidad estaba con ÉL.

Mólotov y Ribbentrop firmaron el tratado y el protocolo. Como era de rigor, intercambiaron sus carpetas y se estrecharon la mano. Ribbentrop pidió que le pusieran en comunicación con Hitler. La línea directa había sido establecida la víspera. Emocionado y satisfecho, Ribbentrop informó con júbilo al führer de que todos los documentos estaban firmados y la misión había sido un éxito. Mientras hablaba con Hitler, Ribbentrop se sentó, por inadvertencia, en el sillón de Mólotov.

«Ha perdido la chaveta del entusiasmo», pensó Stalin.

Pasaron a una sala donde estaba servida una mesa con bebidas y entremeses. Allí les esperaban los corresponsales y los reporteros gráficos. Todos comían y bebían de pie.

Stalin se sentó en un sillón cerca de la pared, invitó a Ribbentrop a tomar asiento también. El intérprete alemán, Hilger, se puso al lado de Ribbentrop; el intérprete ruso, Pávlov, al lado de Stalin.

-Sería interesante saber cómo ve el señor Ribbentrop las relaciones soviético-japonesas -dijo Stalin.

Ribbentrop escuchó la traducción y se llevó una mano al corazón expresando así su sinceridad.

-Señor Stalin, puedo asegurarle que la amistad germano-japonesa no va a perjudicar en modo alguno a la Unión Soviética. Es más: nosotros, señor Stalin, estamos en situación de contribuir a la solución de las diferencias entre la URSS y Japón. Yo estoy dispuesto a actuar enérgicamente en este sentido.

Pocas horas antes LE habían entregado un parte del Extremo Oriente. La ofensiva de las tropas soviéticas en la zona de Jaljín Gol se desarrollaba favorablemente, las fuerzas principales del ejército japonés habían sido totalmente cercadas. Ribbentrop no estaba enterado de ello, claro.

-La Unión Soviética no teme la guerra, está preparada -dijo Stalin-. Si Japón quiere la paz, mejor. Naturalmente, la ayuda de Alemania puede ser útil; pero nosotros no le pedimos ayuda a nadie. Sólo contamos con nuestras fuerzas.

-Naturalmente, naturalmente, señor Stalin. Tiene usted toda la razón. No habrá ninguna nueva iniciativa por parte de Alemania. Sencillamente, proseguiré con los japoneses las conversaciones que vengo sosteniendo desde hace unos meses con ellos.

¡Había entendido! Se equivocaba Goering al tildarle de incompetente.

Se había acercado un hombre con una cámara fotográfica.

-Señor Stalin -pronunció solemnemente Ribbentrop-, permítame presentarle al señor Hofman, fotógrafo personal y amigo del señor Hitler. Stalin le estrechó la mano a Hofman y sonrió señalando la mesa. -Cuando el señor Ribbentrop y yo pasemos a la mesa, beberemos a la salud de usted.

El fotógrafo contestó, emocionado:

-Excelencia, es para mí un gran honor transmitirle un cordial saludo y los mejores deseos en nombre de mi amigo Adolf Hitler. Estaría encantado de conocer personalmente al gran líder del pueblo ruso.

-Le ruego -contestó Stalin- transmita al señor Hitler que tal es también mi deseo.

Hofman dio luego un paso atrás, preparó su cámara, fotografió a Stalin con Ribbentrop, dio las gracias y se dirigió hacia la mesa.

-¿Y qué piensa usted de Turquía? -preguntó Stalin-. Turquía tiene fronteras con la Unión Soviética, Turquía posee el Bósforo y los Dardanelos, que son la salida de la flota soviética del mar Negro al Mediterráneo y, por consiguiente, al océano mundial. Los Estrechos siempre han sido una cuestión espinosa en la política rusa.

-¡Oh, señor Stalin! Yo haré todo lo posible por conseguir unas relaciones más distendidas con Turquía. Pero es muy difícil llegar a un acuerdo con los turcos, señor Stalin.

-Sí -confirmó Stalin-: los turcos siempre dudan.

-Le comprendo, señor Stalin -asintió Ribbentrop-. Inglaterra ha gastado cinco millones de libras en propaganda antialemana en Turquía.

Stalin esbozó una sonrisa irónica.

-Los plutócratas ingleses están convencidos de que todo se compra y todo se vende. Nos han visitado unos representantes militares suyos, se han pasado diez días hablando y no hemos llegado a entender lo que quieren en realidad. Si fuera posible comprarnos, seguramente sabrían qué decir. Pero, como usted comprenderá, a nosotros no se nos puede comprar.

-Señor Stalin -dijo Ribbentrop moviendo la cabeza de arriba abajo-, perdone, pero yo puedo asegurarle que Inglaterra es débil. He sido embajador en Inglaterra y sé que Inglaterra es débil y quiere que otros países respalden sus soberbias pretensiones al dominio mundial.

Elude la cuestión de los Estrechos. Ahora se me pone a hablar de Inglaterra. No importa: Hitler no podrá eludir la solución de este problema: la URSS debe dominar en el mar Negro. Cuando pase un tiempo, Él exigirá los Estrechos y otras muchas cosas que Hitler no quiere entregar ahora.

-Estoy de acuerdo con usted. -Stalin hizo una pausa para que Ribbentrop pudiera apreciar el valor de este reconocimiento-. Inglaterra domina en el mundo únicamente gracias a la estupidez de otros países. Unos centenares de ingleses bastan para gobernar la India. ¿No es ridículo? Pero una guerra la mantendrán con tesón, jugarán hábilmente con las contradicciones entre los países. Además, Francia es aliada de Inglaterra y posee un ejército que no se puede desdeñar... Mire: podemos preguntárselo a Mólotov.

Llamó a Mólotov con un ademán.

Mólotov dejó el plato encima de la mesa y se acercó.

-El señor Ribbentrop y yo estábamos hablando del potencial bélico de Francia -dijo Stalin-. ¿Qué opina usted?

-Opino que Francia posee un ejército digno de ser tenido en cuenta.

-¡Ahí tiene usted! -dijo Stalin a Ribbentrop.

-Es posible que usted, señor Stalin, y usted, señor Mólotov, dispongan de datos más fidedignos -replicó Ribbentrop-. Pero tengan en cuenta, señores, que el Baluarte occidental es cinco veces más potente que la Línea Maginot.

Stalin sonrió para sus adentros; y Mólotov también. Ellos sabían a la perfección que el Baluarte occidental alemán sólo se componía de fortificaciones aisladas, repartidas desde Luxemburgo hasta la frontera suiza, y únicamente en el papel existía como línea continuada de defensas. Ribbentrop también lo sabía, naturalmente. Sin embargo, dijo con énfasis para dar más credibilidad a sus palabras:

-Si Francia intenta combatir contra Alemania, será indudablemente vencida. Alemania tiene aliados...

-¿Los del Pacto antikomintern? -preguntó Mólotov con ironía.³⁷

Ribbentrop se levantó, luego se sentó, agitado, y dijo:

-Señor Stalin, señor Mólotov, señores, quisiera dejar bien definida esta cuestión. Quisiera declarar con toda claridad y firmeza que el Pacto antikomintern no está en modo alguno dirigido contra la Unión Soviética; está dirigido exclusivamente contra las democracias occidentales.

-El Pacto antikomintern sólo ha asustado a los pequeños comerciantes ingleses -dijo Stalin-. No podía asustar a nadie más.

Así. Para que comprendiera Hitler que se debe elegir con más cuidado la denominación de las alianzas. ÉL no le teme a ningún pacto antikomintern.

Ribbentrop no entendió o fingió no entender la ironía.

-Justamente, señor Stalin, justamente. Tampoco yo pienso que ese pacto pueda asustar al pueblo soviético. Me di perfecta cuenta al leer la prensa soviética. Y también el pueblo alemán lo sabe. ¿Sabe usted, señor Stalin? Hace ya meses corre entre los berlineses, famosos por su ingenio, la broma de que «todavía se adherirá Stalin al Pacto antikomintern».

Stalin hizo una mueca. Aquel alemán carecía de sentido del humor. En eso tenía razón Goering.

-Los berlineses son muy bromistas -dijo Stalin-. ¿Y qué le parece al pueblo alemán la regulación de las relaciones entre Alemania y la Unión Soviética?

-Todas las capas del pueblo alemán la aplauden, señor Stalin. Las gentes más sencillas comprenden que el único obstáculo entre nosotros son las intrigas de Inglaterra.

-Las gentes sencillas siempre desean la paz -observó Stalin.

-Sí -confirmó Ribbentrop-, el pueblo alemán desea la paz; pero, por otro lado, Polonia le causa tanta indignación que está dispuesto a luchar como un solo hombre. El pueblo alemán no soportará por más tiempo las provocaciones polacas.

Stalin no tenía el propósito de hablar de la guerra de Alemania con Polonia. Sin terminar de escuchar la traducción, se levantó y, con un ademán, invitó a Ribbentrop a acercarse a la mesa.

Los camareros sirvieron champán. Stalin levantó su copa. Se hizo el silencio.

-Conozco el gran amor que siente el pueblo alemán por su líder -dijo Stalin-. Por eso, quisiera beber a su salud.

Todos bebieron. En ese momento, el fotógrafo que había sido presentado a Stalin tiró una foto. Stalin le llamó con el gesto y señaló una copa vacía. El fotógrafo se apresuró a servirse champán y chocar su copa con la de Stalin.

-Dígale -Stalin se volvió hacia el intérprete Pávlov- que no se debe publicar esa fotografía. Esa fotografía puede ser mal interpretada por los soviéticos y por los alemanes. Los alemanes y los soviéticos pueden pensar que aquí nos dedicamos a emborracharnos y no a asegurarles la paz.

-Disculpe, señor Stalin, disculpe. -El fotógrafo estaba confuso-. Tiene usted toda la razón. Ahora mismo abriré la cámara y le entregaré el carrete.

Stalin detuvo al fotógrafo con un ademán.

-No es necesario. Le creo. Dígale que me basta con su palabra.

Hizo mal en creer al fotógrafo. Igual que Hitler, también le engañó. Al poco tiempo apareció en la prensa alemana, y luego en la prensa mundial, la foto de Stalin bebiendo a la salud de Hitler.

Mólotov alzó su copa por el camarada Stalin.

-Precisamente ha sido el camarada Stalin quien ha modificado totalmente las relaciones políticas entre nuestros países con su discurso de marzo de este año, discurso que tan bien han comprendido en Alemania.

Mólotov se refería al discurso pronunciado por Stalin ante el XVIII Congreso del partido. Luego, Mólotov propuso brindar por Ribbentrop, por el embajador Schulenburg y por la nación alemana. El brindis de Ribbentrop por el señor Stalin, el señor Mólotov y el gobierno soviético fue un largo y enrevesado discurso. Por las ventanas entraba ya claridad. Amanecía el 24 de agosto. La recepción terminaba.

³⁷ A este pacto, firmado el 24 de enero de 1936 entre Japón y Alemania para aunar sus esfuerzos contra el Kominter (III Internacional) se adhirió luego Italia (6 de noviembre de 1937) y después otros países. Sobre su base nació el pacto de Berlín (27 de septiembre de 1940), que era ya una alianza militar, a la que se sumaron más tarde otros países dependientes de Alemania.

Al acompañar a Ribbentrop hasta la puerta, Stalin se detuvo y, a través del intérprete Pávlov, le dijo, lenta y significativamente y, según le pareció, con cordialidad:

-Transmita al señor Hitler que el gobierno soviético considera el nuevo pacto con gran seriedad. Le doy mi palabra de honor de que la Unión Soviética no traicionará nunca a su partner.

-Señor Stalin -replicó Ribbentrop-, puede usted tener por seguro que éstas serán las primeras palabras que yo transmita al señor Hitler.

El 31 de agosto por la tarde, el Soviet Supremo de la URSS, reunido en sesión extraordinaria, ratificó el Tratado de no agresión entre la URSS y Alemania.

El 1 de septiembre, a las 4.45 de la madrugada, el ejército alemán cruzó las fronteras de Polonia y avanzó sobre Varsovia desde el norte, el sur y el oeste. Había comenzado la Segunda Guerra Mundial, la más cruenta conocida en la historia de la humanidad.

33

Sin embargo, al principio fue una guerra extraña. Inglaterra y Francia no hicieron ni un disparo, contemplando tranquilamente cómo las unidades blindadas de Alemania aplastaban en dos semanas al ejército polaco y ocupaban Brest después de cruzar todo el país.

¿Le dejaría occidente a ÉL solo frente a Hitler? ¿Se habría concertado un nuevo «acuerdo de Munich» a sus espaldas? ¿Sacrificarían Polonia para dirigir el golpe de Hitler contra la Unión Soviética? ¿Se habría equivocado ÉL en sus cálculos? ¿LE habría engañado Hitler?

El 17 de septiembre, las tropas soviéticas entraron en Polonia y, sin encontrar resistencia, llegaron a la línea convenida con Ribbentrop. O sea, que Hitler no LE había engañado. Todo se llevó a cabo de forma precisa, organizada y correcta. La entrega de Brest y otras ciudades a la Unión Soviética se solemnizó con desfiles militares, en un clima de amistad y buen entendimiento. Con un vecino así se podía vivir.

Ribbentrop llegó nuevamente a Moscú el 27 de septiembre. Esta vez, fue a recibirle Mólotov, hubo guardia de honor y engalanaron el aeropuerto banderas con la cruz gamada, que ahora se fabricaban en cantidad.

Las conversaciones comenzaron en el despacho de Stalin a las 10 de la noche y se prolongaron hasta el amanecer. Se firmó un acuerdo de «amistad y fronteras». Polonia quedó repartida. La URSS obtenía toda la región báltica. Sobre el mapa se trazó una nueva frontera «definitiva». Stalin lo firmó con lápiz azul; Ribbentrop, con lápiz rojo. Polonia había cesado de existir como estado. Mólotov declaró en la sesión del Soviet Supremo: «Ha bastado un breve golpe por parte del ejército alemán y luego del Ejército Rojo para que no quede nada de ese monstruoso engendro del tratado de Versalles».

Al día siguiente, Stalin dio un almuerzo en honor de Ribbentrop. Por la noche asistieron, en el teatro Bolshói, a la representación del ballet *El Lago de los Cisnes*. Más tarde, Ribbentrop escribiría acerca de este encuentro con Stalin: «En algunos momentos, tuve la sensación de encontrarme entre viejos camaradas de partido».

Después del regreso de Ribbentrop a Berlín, la Unión Soviética instaló tropas, bases navales y aeropuertos en Estonia, Letonia y Lituania. El 12 de octubre comenzaron las conversaciones también con Finlandia. Stalin no dudaba que el desenlace sería favorable: ¡no pretendería la insignificante Finlandia luchar contra la Unión Soviética, grande y poderosa!

Ante tales éxitos de importancia histórica mundial, ¿qué importaba el graznido de Trotski? No se calmaba. Seguía escupiendo baba venenosa.

Ahora se ha visto que el Kremlin buscaba desde hace tiempo un acuerdo militar con Hitler. Stalin le tiene miedo a Hitler. Y con razón. El fascismo va de victoria en victoria. El pacto germano-soviético supone la capitulación de Stalin ante el imperialismo con tal de conservar la oligarquía soviética... Hitler conduce las acciones bélicas; Stalin desempeña el papel de intendente... A la puerta del país soviético se agolpan terribles amenazas bélicas... Dentro de dos años, Alemania atacará a la Unión Soviética. La única garantía es la firma de Ribbentrop en un trozo de papel.

Stalin arrojó al suelo el artículo de Trotski. ¡Cerdo! Está acabado como político, no tiene a nadie que le siga, ni siquiera a sus propios hijos, y ¡nada! no se calma. Desde su rendija augura: ¡dentro de dos años, Hitler atacará a la Unión Soviética! ¿De dónde saca esos pronósticos tan precisos? ¿Por qué ha de atacar justamente en el cuarenta y uno? En el año cuarenta y uno, el mundo será totalmente distinto, la gente se habrá olvidado de Trotski y de sus estúpidos augurios. Los días de ese hombre están contados. ¡Que se atrevan Sudoplátov y Eitingon a no cumplir SUS órdenes!

Y el viejo cretino de Litvínov también anda marrulleando. En público calla; pero, en casa, delante de su mujer, despotrica, aunque sabe que hay escuchas instaladas en su apartamento y por eso no le ha nombrado a ÉL ni una sola vez. Sólo critica a Mólotov. Pero ÉL comprende muy bien contra quién lanza las piedras.

LE han traído las anotaciones de las escuchas mecanografiadas.

«Hitler ha tomado posiciones justo en las fronteras de la URSS. Para la Unión Soviética ha aparecido un frente occidental... (Tose.) El acuerdo arrastra a la URSS a una colaboración inmoral con la Alemania hitleriana. Mólotov espera que logrará establecer unas relaciones estables con Alemania. Es una peligrosa ilusión. (Estornuda. ¿Estará resfriado, el pánfilo?) Alemania es la eterna enemiga de Rusia. El pacto y el acuerdo han abierto el camino que conduce a una segunda guerra mundial.»

A Litvínov habría que fusilarle. ¿En qué se diferencia de Trotski? Pero, de momento, no hay que tocarle. La alianza con Hitler se robustece y, tarde o temprano, habrá que emprender ciertas acciones con respecto a los judíos. Indudablemente, la Unión Soviética no va a renunciar a su esencia internacionalista; ésa es una baza que no entregará. Luego, en el último momento, en el momento decisivo, contrapondrá esa baza a la soberbia nacionalista hitleriana. Pero eso es cosa de un futuro lejano. Sin embargo, no está excluido que, en el camino hacia ese futuro lejano, se imponga la necesidad de ciertas concesiones ideológicas y quizás haya que bajarles los humos a los judíos, echándole un hueso a Hitler. Y ese hueso puede ser Litvínov en unión de otros judíos bocazas. Si hiciera falta, podía llegarse a un proceso. Entonces es cuando saldrían a relucir esas bobadas que habla con su mujer.

Al devolverle las notas a Beria, le dijo Stalin:

-A lo de Litvínov, añada: «La actuación de Mólotov como diplomático no hace más que reflejar su estrechez de miras y su ineptitud». Y luego, enséñele este parte a Mólotov.

A ver si aquellos informes sacudían un poco los nervios del camarada Mólotov, que parecía demasiado tranquilo, demasiado impasible.

Beria le pasó el informe a Mólotov. Pero no pudo observarse ninguna reacción por su parte. Igual de tranquilo e impasible, informó a Stalin de los asuntos del día. Entre ellos se encontraba un parte de la embajada soviética en Berlín. Había estado allí la esposa de Thaelmann, Rosa Thaelmann. Pedía que Moscú tratara de arrancar de las mazmorras fascistas a su marido, Ernst Thaelmann, dirigente del partido comunista de Alemania, amigo fiel de la Unión Soviética. De pasada hizo observar que carece de todo medio de subsistencia, que pasa hambre, pero que no solicita ayuda para ella, sino para Thaelmann, líder del proletariado alemán, convencida de que Alemania no se atrevería a rechazar esa petición de la Unión Soviética.

¿La esposa de Thaelmann está en libertad? ¿Anda tan campante por Berlín, entra en la embajada soviética? Eso es que la han mandado. Y está claro para qué. Primero Hitler quiere demostrar que, en contra de lo que ÉL hace, no aplica represalias contra los familiares de sus enemigos; que es lo bastante fuerte para no tenerles miedo a sus esposas y sus hijos. Segundo: Hitler pone a prueba su lealtad. ÉL ya ha demostrado esa lealtad entregándole a varios centenares de antifascistas alemanes. Pero si ahora pide a cambio que liberen a Thaelmann, ya no será lealtad, sino un trato.

-¿Qué le han contestado en la embajada? -preguntó Stalin.

-«No podemos hacer nada.» Entonces ella se echó a llorar: «¿Será posible que no sirva de nada toda la labor de Thaelmann en favor del comunismo? Aconséjenme, por lo menos: ¿podría dirigirme a Goering?». Y le contestaron: «Eso es asunto suyo».

-Pues han hecho bien -observó Stalin.

ÉL no quiere entrar en negociaciones con Hitler por una razón así. El movimiento comunista ha sido destruido en Alemania y ya no importa lo que sea de Thaelmann. En cuanto a la cuestión de si Hitler toma o no toma represalias contra los familiares de sus enemigos, eso a ÉL no le interesa. En el año treinta y siete ÉL personalmente dictó y firmó una resolución del Buró Político que decía: «En lo sucesivo, las mujeres de todos los traidores a la patria y espías trotskistas de derecha desenmascarados serán recluidas en campos por un plazo no inferior a 5-8 años». Y también formuló entonces su credo: «Exterminaremos a cada uno de nuestros enemigos, aunque sea un viejo bolchevique; exterminaremos a toda su estirpe, a su familia. Exterminaremos implacablemente a todo aquel que, con sus actos y sus pensamientos, sí, y sus pensamientos, atente contra la unidad del estado socialista».

Pero, de momento, hay que devolver a Rusia sus antiguas fronteras. Sólo faltan Finlandia y Bessarabia. Mólotov ha informado de que los finlandeses van a ponerse tozudos. ¿Que los finlandeses van a ponerse tozudos? Los del Báltico no han rechistado, ¿y van a ponerse tozudos éstos? ¿Cuántos finlandeses hay, vamos a ver? Tres o cuatro millones... ¿Y no quieren ceder ante la Unión Soviética? Se han olvidado de que precisamente la Unión Soviética les dio la independencia. Ella se la dio y ella se la retira. Stalin ordenó a Mólotov que convocara a Moscú a algún alto representante del gobierno finlandés.

Llegó Paasikivi, un diplomático experimentado. La embajada soviética comunicó desde Helsinki que toda Finlandia le había despedido cantando el himno nacional. ¡Sí que habían resultado sensibleros! Y él que pensaba que los finlandeses eran gente flemática.

Stalin pasó al despacho de Mólotov. Al verle entrar, se levantó Paasikivi, un finlandés alto y huesudo. Con una inclinación de cabeza, Stalin le invitó a tomar asiento y, a través del intérprete, le pidió que explicara cuál era el problema. Las condiciones que les ofrecía la Unión Soviética no podían ser mejores: los finlandeses apartaban su frontera de Leningrado y, a cambio, obtenían un territorio mucho mayor en Carelia. No estaba mal, ¿verdad?

El intérprete tradujo la respuesta de Paasikivi.

-Verá usted, señor Stalin: según nuestra Constitución, las cuestiones territoriales sólo las puede decidir el Seim. y para que una resolución sea aprobada, hacen falta por lo menos dos tercios de los votos. Temo que...

-No tiene usted nada que temer -le interrumpió toscamente Stalin-. Obtendrán ustedes más de dos tercios y, por añadidura, contará también nuestros votos.

La amenaza no era nada ambigua. Pero no impresionó a los finlandeses.

-Bueno -dijo Stalin en el consejo militar-. En ese caso, que les impresione la artillería. A la primera salva, los finlandeses levantarán los brazos.

Tanto Voroshílov como Timoshenko estuvieron totalmente de acuerdo con él.

El 30 de noviembre, la Unión Soviética comenzó la guerra contra Finlandia.

Sin embargo, los finlandeses no levantaron los brazos. Se conoce que por algo cantaban el himno nacional el día de la partida de Paasikivi para Moscú. La guerra contra el pequeño pueblo de Finlandia no duró nueve días, como estaba previsto, sino ciento cuatro días. La URSS perdió en ella 76.000 hombres y 176.000 más fueron heridos o sufrieron heladuras. Y terminó la guerra el 13 de marzo sin lograr una victoria completa. La Unión Soviética había puesto de manifiesto su debilidad militar ante el mundo entero.

34

Desde la estación de Irkutsk, Varia telegrafió a Lena a Lista de Correos de Ufá: «Terminadas vacaciones. Regreso casa». No firmó el telegrama -Lena comprendería de quién era- y como remitente puso: «Sídorova. Tránsito». Llegó a Moscú, fue a Correos y recogió varias cartas de Lena, breves, concretas: he encontrado trabajo, vivo en una residencia comunal, ¿cómo van tus cosas? De Vania, ni una palabra. Así lo habían convenido. Varia telegrafió inmediatamente: «Recibidas cartas. Todos buena salud, contentos. Detalles carta». Y en la carta le dijo que las vacaciones habían sido magníficas, que había descansado, que estaba más gruesa y bronceada, que los familiares la habían acogido con cariño. Ya comprendería Lena que todo ello se refería a Vania. Pensó que, en ese tono, la carta no suscitaría sospechas.

Ígor Vladímirovich estaba enterado de que había ido al Extremo Oriente porque él mismo le consiguió el billete en compartimento, circunstancia que molestó un poco a Varia: podían haber viajado en litera sencillamente.

-Permítame hacerle este pequeño presente -le había dicho Ígor Vladímirovich-. Me gustaría que viajara usted con ciertas comodidades.

-¿Ahora se regalan billetes de ferrocarril a las mujeres?

-Ya sé que se deben regalar flores -contestó él riendo-. Pero las flores las rechazó usted. Se habían despedido en ese tono de chanza. A su regreso, la recibió con alegría, no le hizo preguntas y sólo dijo:

-He hablado en un sitio para que le den trabajo a su conocida. Pero tengo la impresión de que ya no hace falta.

-¿Por qué?

-Porque no ha llamado.

-La han desterrado de Moscú -explicó escuetamente para cortar la conversación.

Claro que Ígor Vladímirovich había adivinado muchas cosas. Para encargar el billete, Varia había tenido que entregarle el salvoconducto donde decía que la acompañaba un niño. Tenía bastante mundo para imaginarse de quién se trataba. Pero iniciarle en más detalles hubiera sido convertirle en cómplice. Y no quería hacerlo.

Sin embargo, no pudo cortar la conversación. Eligiendo las palabras, lenta y significativamente, Ígor Vladímirovich profirió:

-Quisiera decirle una cosa, Varia, exclusivamente como un buen amigo: sea prudente.

-Pues, ¿qué he hecho?

-Algunas veces expone usted con excesiva franqueza sus pensamientos, que yo no calificaría de muy adecuados para nuestra época. Y hay quien podría malinterpretarlos.

-No comprendo a qué se refiere usted.

-Tengo la impresión -seguía rebuscando las palabras- de que su nombre ha empezado a suscitar cierto interés; hay quien observa su comportamiento. Empleando el lenguaje técnico, ha aumentado el coeficiente de peligrosidad; por lo tanto, hay que elevar el coeficiente de precaución.

-De todas maneras -insistía Varia-, ese repentino interés por mi persona no ha surgido de la nada, ¿verdad? ¿Esos temores suyos están relacionados con Lena Budiáguina?

-No lo sé. Pero, desde hace algún tiempo, he notado cierta frialdad hacia usted del comité de partido. No creo estar equivocado.

-¿Y si me fuera a trabajar a otro sitio?

-De ninguna manera. Se encontraría más indefensa todavía. Donde más tranquila y segura puede estar es trabajando conmigo y -le tembló la voz- estando a mi lado. Pero, le ruego que sea precavida, Varia; se lo suplico.

¿Qué habría detrás de su advertencia? No era fortuita. No se trataba de una estratagema para atraerla. Ígor Vladímirovich no disimulaba que estaba enamorado de ella, pero nunca trataría de asustarla con peligros imaginarios. Algo había. ¿Líos inventados por alguna chismosa del taller? No, no era eso.

Se había publicado el Compendio de la Historia del Partido Comunista de la URSS (b) y su estudio, obligatorio para todos, había comenzado en las instituciones, las empresas y los centros docentes: una vez por semana, dos horas después de la jornada.

Cada cual tuvo que comprar su ejemplar y, durante la semana, se leía un capítulo que se discutía en esas reuniones. El que dirigía el grupo de estudio hacía preguntas con el fin de comprobar si quien contestaba había leído el capítulo y si lo había comprendido como se debía comprender.

Varia, como todos, compró un ejemplar: los habían llevado al taller y costaban poco más de un rublo. Lo hojeó en el metro, camino de su casa, y le entraron náuseas: al principio figuraba el nombre de Lenin cada dos líneas y luego el nombre de Stalin, en cada línea. No asistió a la primera reunión, naturalmente, diciendo que ya estudiaban la Historia del Partido en el instituto. El truco de siempre.

Sin embargo, falló esa vez. Le pidieron una notificación oficial del instituto diciendo que estudiaba allí la Historia... Pero en el instituto contestaron que todo el mundo debía estudiarla en su lugar de trabajo y que, esas tardes, los estudiantes no tenían clase. Así era el excepcional significado estatal que se prestaba al estudio de la Historia del Partido Comunista de la URSS (b) por todos los ciudadanos del país.

Según expresión de Liova, esta vez Varia «se había colado». Rina callaba.

Aquel mismo día, Varia fue convocada al comité sindical por su presidenta, Iraida Tijonovna, mujer gruesa, melíflua y diligente, que trabajaba como ingeniero en el departamento de suministro de agua y alcantarillado. Era una nulidad en su profesión y por eso se dedicaba con afán y celo a la actividad sindical. Pero no era malintencionada y se mostraba servicial en la medida de lo posible. En cierta ocasión salió en defensa de Varia, «una persona que estudia, una joven camarada que desea elevar su cualificación». Iraida Tijonovna conseguía para el personal del taller plazas en casas de descanso y balnearios y, para sus hijos, en campamentos de pioneros, incluso en el famoso «Artek», en el mar Negro. En una palabra, a todos les convenía: al personal, a la administración y al buró del partido, del que era miembro permanente. Aunque hacía poca cosa en su lugar de trabajo propiamente dicho, su firma figuraba al pie de proyectos y diseños, cobraba premios como los demás y ascendía en el escalafón.

Gracias a sus desvelos, el local del comité sindical tenía un aspecto idóneo: mesa con tapete verde, la bandera roja itinerante de emulación en un rincón, retratos de Lenin y Stalin en las paredes, el compromiso de la colectividad para la emulación socialista, retratos de los mejores trabajadores, diplomas de honor... En una palabra, todo como debe ser en una empresa seria. Para hacerlo más acogedor, Iraida Tijonovna había traído de su casa tiestos con geranios, que abrían sus florecillas rojas en el poyo de la ventana, junto a una pequeña regadera con agua a la temperatura ambiente.

-Varia -comenzó Iraida Tijonovna-, ya conoces mi actitud hacia ti. Todos te apreciamos porque eres una joven especialista que quiere superarse. Pero tú nos has engañado, Varia. Nos has dicho que estudias la Historia del Partido en el instituto, y no es cierto. Nos has fallado, Varia.

-¿A quién le he fallado?

-En todas partes, la Historia del Partido la estudia el cien por cien del personal. En nuestra colectividad sólo somos cuarenta personas, y cada ausencia reduce considerablemente el porcentaje.

-¿Y por culpa de ese porcentaje debo faltar al instituto?

-En los institutos nocturnos se permite faltar a clase esos días.

-Yo soy sin partido y no tengo la obligación de estudiar la Historia.

Iraida Tijonovna se quedó de una pieza. ¡Qué atrevimiento! ¡Que no tenía la obligación de estudiar la Historia del Partido!

-Camarada Ivanova -el tono de Iraida Tijonovna era ahora oficial-, ya habrá leído la orden de la administración: ha sido dada a conocer a todo el personal y está colgada en el tablón de anuncios.

-No me acuerdo. En el tablón de anuncios hay muchas cosas colgadas.

-Pues se lo recordaré yo: «Todo el personal tiene la obligación de asistir a las clases de estudio de la Historia del Partido Comunista de la URSS (b)». Ha infringido usted una orden.

-Es posible -contestó tranquilamente Varia-. Pues que me pongan un apercibimiento.

-Y esa declaración suya de que los sin partido no tienen la obligación de estudiar la historia de nuestro partido es como enfrentar a los comunistas con los sin partido.

-¿Sí? -se sorprendió Varia.

-¡Sí, sí! En nuestro país existe el bloque de los comunistas y los sin partido y usted pretende escindirlo.

-¿Puedo yo escindir un bloque tan poderoso?

-¡Ivanova! ¡No se haga usted la tonta! Yo la he defendido, y ahora lo lamento. Hay muchas cosas que reprocharle, Ivanova, ¡muchísimas! Hace tiempo que viene engañándonos con la excusa del instituto. No ha participado en ninguna manifestación del Primero de Mayo y del 7 de Noviembre, ha rehuido todos los mítines y las asambleas, es usted la única del taller que se ha suscrito al empréstito del estado con el salario de tres semanas cuando el resto de nuestro personal se ha suscrito con el salario de un mes y yo, por ejemplo, con el de dos meses.

-Usted es más rica que yo -replicó Varia-. Yo soy una simple delineante y usted ingeniero jefe. Y su marido, igual: también trabaja en algún sitio como ingeniero jefe.

Las mejillas de Iraida Tijonovna enrojecieron y sus ojos se estrecharon.

-Sí, mi marido es ingeniero -replicó con los dientes apretados-. En cambio el suyo está condenado por estafa y malversación de bienes del estado.

-Eso no es cierto. Yo no tengo marido ni lo he tenido. Y si me acuesto con alguien, a nadie le importa quién es. A mí no me interesa saber con quién se acuesta usted ni si se acuesta alguien con usted.

Callada, Iraida Tijonovna miraba con odio a Varia. Luego profirió, ahogándose:

-Esta conversación le va a costar cara, Ivanova. Van a salir a relucir muchas cosas: el marido encarcelado, la hermana expulsada del partido, el trotskista confinado con quien mantiene correspondencia... Sabemos todo lo que la concierne. Y le vamos a ajustar las cuentas. Somos más fuertes que usted, recuérdelo.

-Lo que recordaré son sus amenazas. Y tendrá que responder por ellas.

Varia se levantó y salió. ¿Por qué había dicho que recordaría las amenazas de Iraida? ¿Y por qué la había amenazado, a su vez, con que respondería por ellas? Ni ella misma lo sabía. Había querido decir la última palabra y no salir humillada de aquel asqueroso despacho.

Pero ¿cómo habían juntado todos aquellos datos? Era obvio que llevaban tiempo reuniéndolos. La alusión de Ígor Vladímirovich no era fortuita. Gracias a Dios, no parecía que supieran nada acerca de Lena Budiáguina.

Tenía que marcharse antes de que le enjaretasen un expediente político. Cuando se marchara, se olvidarían de ella. Delineantes hacían falta en todas partes. Era una lástima, claro. Llevaba cuatro años trabajando allí, ya estaba acostumbrada, a todos los consideraba como amigos. Pero no había otra salida.

Ígor Vladímirovich leyó su solicitud. Era breve: «Ruego se me conceda el despido a petición propia». La releyó, la dejó sobre la mesa y preguntó:

-¿Puede esperar la respuesta hasta mañana?

-¿Y qué habrá cambiado mañana?

-¿Está libre esta tarde?

-Debo ir al instituto.

-Deje el instituto. Quiero hablar con usted. Es muy importante. Iremos al café Nacional. Donde nos conocimos, ¿se acuerda?

35

Ya estaban en el café Nacional. Habían elegido una mesita junto a la ventana que daba a la calle Nojovaia. Tenían enfrente el edificio de ladrillo rojo del Museo de Historia... la subida a la Plaza Roja; a la izquierda, el hotel Moskvá, donde en tiempos se encontraba su taller de diseños. Cuando terminó la construcción del hotel, su taller fue trasladado a la Ordinka. A la derecha estaba el jardín de Alejandro, por donde pasearon Ígor Vladímirovich y ella el día que se conocieron, cuatro años atrás. Pero entonces no habían estado allí, sino en el restaurante del primer piso. También estaban Vika con el sueco Erik, la hermosa Noemi con un japonés, Nina Sheremétieva con un italiano... Vika se encontraba ahora en París, Noemi se había casado con un escritor famoso, Nina Sheremétieva también estaba casada con un rey, un príncipe o algo por el estilo... Todo eso se lo habían contado Liova y Rina. Era como si hubiera pasado un siglo. No sentía la menor nostalgia por aquella vida. Al contrario: le daba asco. Un festín durante la peste. El único recuerdo agradable era su encuentro con Ígor Vladímirovich. Ella le gustó y esa atracción se convirtió luego para él en amor, firme y paciente, aunque no compartido. Si ella hubiera correspondido entonces a ese amor, su vida hubiera tomado otro derrotero, no habría ocurrido su odiosa historia con Kostia. Ciertamente que tampoco Sasha hubiera entrado en su existencia, pero a Sasha no le tenía ni le tendría nunca. Ahora, sentada allí, recordaba cómo habían

bailado Ígor Vladímirovich y ella en la pequeña pista, delante de la orquesta, y cuando le preguntó qué música le gustaba, ella contestó: «La que hace mucho ruido». Y todos rieron. Luego, en el jardín de Alejandro, habían corrido para escapar del guarda, a ella se le hizo una carrera en una media y a Ígor Vladímirovich le dio pena de ella. Todo pasó, no llegó a cuajar. Pasó el maravillado asombro ante la vida, la espera de la felicidad en un mundo que parecía tan sugestivo y mágico. Ahora sabía que el mundo era injusto, cruel e implacable.

Ígor Vladímirovich encargó una bebida y, para Varia café y un pastel: había almorzado en el trabajo y no quiso comer nada. Varia notaba el desasosiego de Ígor Vladímirovich: le preocupaba su choque con Iradia Tíjonovna por la Historia del Partido. No era hombre de armas tomar. Aunque, ¿quién lo era en aquellos tiempos? Era un hombre honrado, y eso significaba ya mucho, porque se encontraba a menudo en las condiciones actuales.

El camarero se retiró después de servirles y entonces Ígor Vladímirovich se inclinó un poco hacia Varia para que no les oyeran desde las mesas vecinas.

-Varia, necesitamos tener una conversación importante. Para mí, la más importante de mi vida.

Tomó un sorbo de vino, encendió un cigarrillo y estuvo un rato contemplando el cenicero mientras se apagaba el fósforo.

-Le ruego que tome en serio lo que voy a decirle, y sin ningún recelo. Quiero que vea usted en mí a un amigo.

-Yo siempre he visto en usted a un amigo seguro -replicó Varia, conmovida por su emoción-. Y también yo me considero una fiel amiga.

-Magnífico. Veamos: ha solicitado usted el despido porque espera que así pondrá fin al odioso tejemaneje que hay en torno suyo. Se equivoca. Debe convencerse de que con eso no conseguirá nada. La encontrarán en todas partes: hace tiempo que la observan. A todos nos observan. Para cada uno tienen un expediente donde constan los familiares, los conocidos, los lugares de trabajo, los informes y todo lo que llaman «kompromat», material comprometedor. Nos vigilan por los cuatro costados. y con la Historia del Partido les ha dado usted pie para que empiecen a atizar el fuego. Iraida Tíjonovna está furiosa. He hablado con ella y parece que la ha zaherido usted profundamente.

-Tuvimos unas palabras de mujer a mujer. Ella me ofendió y yo le contesté. ¿Qué tiene eso de particular?

-Comprendo. Pero ella le da a todo un cariz político. «Los sin partido no tienen la obligación de estudiar la Historia del Partido. Que la estudien los comunistas.» Eso es lo que usted dijo, según ella. Su hermana ha sido expulsada del partido y usted lo ha ocultado, mantiene usted correspondencia con un trotskista confinado y seguirá manteniéndola.

-Yo no he dicho eso.

-Ella puede inventar lo que quiera. Su bondad es sólo fingida: así tiene más probabilidades de mantenerse en el comité sindical, así «goza de prestigio en la colectividad». De hecho, es un ser tan maligno como todos los de su ralea. Por otra parte, confiese usted, Varia, que se ha permitido muchas cosas que a nadie se le consienten en nuestra sociedad. Conque a Iradia Tíjonovna no le costaría nada montar un expediente contra usted. Frente a ella, está usted indefensa. Puede abandonarlo todo y marcharse donde su hermana. Pero se requiere tiempo para gestionar el aviso de llamada y el salvoconducto. Y no estoy seguro de que tenga usted ese tiempo. Pero aunque lo consiguiera, ¿qué la espera allí? ¿Trabajar? Tendrá que cumplimentar un cuestionario, pedirán informes a su último lugar de trabajo, o sea, aquí, a nuestro Mosproekt. Entonces se descubrirá todo y la tendrán en sus manos. ¿Qué otra salida tiene? Casarse con algún teniente, cambiar de apellido y convertirse en ama de casa para no tener que cumplimentar cuestionarios.

Varia sacudió la cabeza. Nina se había puesto a trabajar en una escuela sin que nadie pidiera informes suyos a Moscú. Pero Varia no podía irse al Extremo Oriente por otra razón: allí estaba el pequeño Vania, al que supuestamente había dejado ella con su hermana para marcharse a trabajar al Extremo Norte.

Ígor Vladímirovich interpretó el gesto a su manera.

-Cierto. Tampoco yo creo que ese género de vida sea para usted. Además, ¿qué clase de hombre sería ese futuro marido? -Hizo una pausa, pensativo, acariciando el pie de la copa con sus dedos finos-. Una vez me dijo que amaba a otro hombre y que le esperaba. Yo no tengo motivos para no creerla. Pero ¿dónde está ese hombre? «Volverá dentro de un año», dijo usted entonces. Han transcurrido tres. Si existe, ¿está en condiciones de salvarla, de llevársela a su lado, de ponerla fuera de peligro? En caso afirmativo, daré orden de que le extiendan la hoja de despido, y podrá marcharse con él. Pero si nada de eso existe, Varia, si lo inventó para rechazarme gentilmente, sólo queda una salida. -Hizo una breve pausa y, mirándola a los ojos, añadió con voz firme-: Casarse conmigo.

Varia callaba. Cuando Ígor Vladímirovich dijo «necesitamos tener una conversación importante, la más importante de mi vida», comprendió lo que iba a pedirle.

¿Por qué no podía pronunciar la palabra «sí»? Había algo que se lo impedía, aunque estimaba mucho a Ígor Vladímirovich y confiaba en él. ¿Sasha? Con Sasha todo había terminado. Estaba claro. Y, sin embargo, aunque no entró en su destino, Sasha seguía formando parte de su vida, mientras que el amable y bondadoso Ígor Vladímirovich quedaba como fuera de ella. Varia no le amaba y, por eso, no tenía derecho a decir «sí».

La voz de Ígor Vladímirovich la sacó de su abstracción.

-Comprendo que le resulte difícil tomar una decisión tan bruscamente. Pero quisiera añadir algo para que reflexione usted. Ante todo, se trata del lado práctico. Si acepta usted mi proposición, mañana mismo registraremos nuestro matrimonio.

-¿Se puede registrar un matrimonio así, de repente?

-El nuestro, sí. Y mañana mismo se despide usted del trabajo. Dentro de un mes o dos, cuando todo vuelva allí a la calma, la colocaré, siempre que usted quiera, claro, en otro taller, al que pasaré yo también después de Año Nuevo. Voy a iniciar un nuevo proyecto, muy importante. O bien, y esto sería preferible, pasa usted a estudiar en la sección diurna, con lo cual tendrá las veladas libres. Porque, además del trabajo, existen los teatros, los conciertos, el Conservatorio, las exposiciones... Tantas cosas de las que se ve usted ahora prácticamente privada. Pero, eso, tendría que decidirlo usted. En cuanto a nuestro taller, yo veo las cosas así: usted es mi esposa y ya no trabaja allí. ¿Emprender algo contra usted? Eso significa emprenderlo contra mí.

-Pero es a mi hermana y no a la de usted a quien han expulsado del partido.

-En cierto modo -contestó él riendo-, ese hecho se reflejará también en mi biografía. Pero contra mí no intentarán nada: son bastante listos y saben a qué nivel puedo llegar yo. De modo que ese aspecto del asunto se resolverá. Pero, hay otra cosa, Varia.

Apuró su copa, encendió otro cigarrillo y de nuevo se quedó mirando cómo se consumía el fósforo en el cenicero.

-Mi mayor temor, Varia, era que pensara usted que quería aprovecharme de lo desesperado de su situación. Nada de eso. Usted me ha mantenido siempre a raya, ya estoy acostumbrado y probablemente lo hubiera soportado en adelante. Pero lo que no puedo consentir, Varia, es que se pierda usted. Y no sólo por la gran estima que me inspira como persona, sino porque la amo. Es usted una persona valiente y desdeña los peligros por ayudar a los demás. Pero todo es mucho más serio de lo que usted piensa, créame. Mi oferta de matrimonio resuelve todos los problemas. Conmigo estará a salvo de cualquier peligro. Y ahora viene lo principal que quería decirle. Lo que yo le propongo no es un matrimonio ficticio, que resultaría humillante para mí y ofensivo para usted. Yo le ofrezco mi amor y mi lealtad con la esperanza de que también llegue a amarme. Y usted puede aceptarme sólo en el caso de que desee corresponder a mi amor con el suyo. Usted no aceptaría nunca un compromiso de esa clase, es demasiado noble para eso; pero todo debe quedar absolutamente claro en esta cuestión. Si acepta, será mi esposa y yo seré su esposo. Si Dios quiere, tendremos hijos a los que amaremos y, en fin, tendremos una obra en común. Existen cosas, Varia, que se encuentran por encima de los tiempos: las cosas que usted y yo creamos. Eso no nos libra de las amarguras y las calamidades humanas, pero nos permite dar a las personas, con nuestro trabajo, con nuestro arte, un poco de alegría y de consuelo por lo menos. Tiene usted brillantes aptitudes, Varia, y la espera un gran porvenir en esta carrera. Ya sé lo que está pensando: piensa que la ayuda que presta a los perseguidos y los desheredados está por encima de todas las obras de arte. Estoy de acuerdo con usted. Pero, en la posición que puede alcanzar se hallará en condiciones de prestar esa ayuda y esa compasión a escala mucho mayor. -Se recostó en el respaldo de la silla, la miró con una sonrisa triste-. Uf... Nunca había pronunciado un discurso tan largo. La he fatigado. Ahora, usted tiene la palabra, Varia.

Ella también le sonrió.

-Hoy me preguntó usted en el trabajo: «¿Puede esperar la respuesta hasta mañana?». Eso mismo le pregunto yo ahora.

-¿Hasta mañana? Bueno, pues hasta mañana -suspiró él. Salieron a la calle Gorki.

-No me acompañe -dijo Varia-. Son sólo tres paradas de metro.

-Está bien -accedió Ígor Vladímirovich-. Hasta mañana, pues. Pero recuerde que, cualquiera que sea su decisión, cualquiera que sea el rumbo que tome su destino, estoy dispuesto a seguirla adonde sea.

36

Varia se encaminó hacia su casa a pie. No quería meterse en las apreturas del metro.

Su situación era grave. Convocarían una reunión en la que exigirían limpiar la colectividad de «un elemento hostil» y luego entrarían en escena los organismos de seguridad. Lo mismo de Siempre.

La única posibilidad que tenía de salvarse era casarse con Ígor Vladímirovich. Pero ¿tenía derecho de aprovecharla? Y no se trataba de Sasha: para Sasha había dejado de existir, y ya era hora de admitirlo. Pero ella se había persuadido muchas veces de que no amaba a Ígor Vladímirovich. No era que le desagradase. Al contrario. Pero, desde el día que se conocieron, jamás lo había imaginado en el papel de marido suyo. Quizá porque entonces

era ella una chiquilla y le pareció mayor. Aunque en realidad no tenía más años que Kostia. Sin embargo, Kostia no le parecía mayor, y él sí. A Kostia le había visto con la aureola de un hombre que no dependía del poder estatal, mientras que Ígor Vladímirovich sí dependía. Kostia, según entendía ella las cosas, no aceptaba el orden existente; Ígor Vladímirovich, sí. La comparación era estúpida. Kostia, jugador de billar, tahúr y maleante, dependía de las leyes del mundo de la delincuencia, que no eran mejores que la arbitrariedad estatal. Tenía que determinar claramente si podrían vivir juntos, si se sentiría orgullosa o avergonzada de él. Se sentiría orgullosa de su talento, de su relevancia. Pero ¿a qué y a quién sirven hoy los talentos? Todos a la misma jeta bigotuda... que, además, a Ígor Vladímirovich le protege. Entonces, ¿de qué iba a sentirse orgullosa? ¿De las exposiciones, de los premios, de los artículos elogiosos en la prensa, de las felicitaciones? Pero, ¡se prodigan a tantos canallas y a tantas nulidades!

¿Se avergonzaría de él? En todos aquellos años, sólo una vez le habría reprochado su comportamiento: fue por el tono oficial y afectado con que había presentado el informe para que la admitieran en el sindicato, y luego, cuando fueron al Kanatnik precisamente para celebrar su admisión, por la voz chillona con que interpelló a aquella Klavdia Lukiánovna, una furcia de Kostia: «¿Hace tiempo que no ha pasado la noche en la milicia? Porque eso lo arreglo yo enseguida». Hubiera bastado pegarle un bufido para apartarla de su mesa, ¡y él sacó a relucir la milicia! Varia se dijo entonces que era un cobarde.

Pensó mal. Fue injusta. Él no tenía costumbre de intervenir en reuniones sindicales y decidió emplear el mismo lenguaje que ellos; no estaba acostumbrado a los escándalos de prostitutas, y al pronto no encontró la línea de conducta adecuada. Además, al cabo de tantos años no estaba bien echarle en cara aquello. Él podía echarle a ella en cara muchas más cosas, empezando por el propio Kostia.

No, no tendrá que avergonzarse de él. Ciertamente trabaja para ellos, pero lo mismo hace Varia. Él es el principal artífice de la reconstrucción de Moscú, que debe dejar constancia, por los siglos de los siglos, de la gran época stalinista. Ella es una simple delineante, pero trabaja en lo mismo, como todos. Hay que vivir, hay que beber y comer y, se diga lo que se diga, hay que construir ciudades. La posición que tiene Ígor Vladímirovich no la ha alcanzado haciendo de tiralevistas ni poniendo zancadillas a nadie, sino con su talento. En el fondo, compadece a los perseguidos y los desheredados, ha hecho gestiones para encontrarle trabajo a Lena Budiáguina, ha ayudado a salvar al pequeño Vania.

Recordaba que al pasar una vez por la Voljonka, junto al solar destinado a la construcción del Palacio de los Soviets, le preguntó Varia por qué no había participado en el concurso de proyectos, circunstancia que extrañó a todos.

Él contestó riendo: -¿Sabe usted a quién le molestaba más la idea de esa obra? Apuesto la cabeza a que no lo adivinará jamás.

Varia citó algunos nombres, pero no acertó. ¡Resultó que a quien más le molestaba era a Hitler! Si Moscú erigía aquel inmenso edificio, iba a dejar chiquito a Berlín, cosa que el fñhrer no deseaba.

-Entonces, resulta que no quería usted darle un disgusto a Hitler, ¿eh?

-Eso resulta.

-¿En serio?

-¿En serio... ? El Palacio de los Soviets se va a construir en el emplazamiento de la iglesia de Cristo Salvador, que han echado abajo. Cada cual puede tener su opinión acerca de la religión, de las iglesias en general y de esta en particular. Pero, es que ésta fue construida para conmemorar la victoria sobre Napoleón, con el dinero del pueblo, reunido céntimo a céntimo por toda Rusia. Y yo no podía tomar parte en su demolición.

Sí, la vida junto a Ígor Vladímirovich será una vida digna, todo lo digna que puede ser en este país.

De todas maneras, ¿qué pensará Sasha cuando se entere de que se ha casado por segunda vez? La primera con un tahúr fracasado y la segunda con un brillante arquitecto... Pensará mal. Él anda rodando por el país, perseguido, acosado, sin techo ni hogar, mientras que ella va a vivir en un piso magnífico, y asistirá a los conciertos del Conservatorio y a los estrenos. Lo de Sasha ha terminado, pero ella no quiere quedar a sus ojos como una cualquiera que sólo busca novios con dinero.

¿Por qué no quiso Sasha verla aquella vez? Ella habría ido a Kalinin, hubieran hablado aunque fuese en la estación, él lo habría comprendido todo y quizá se hubiesen encauzado las cosas por otro camino. Pero, ahora, Sasha relacionaría el nombre de Varia con otra decepción, con otra traición. Y no era posible cambiar nada.

Con Sasha no ha resultado ni resultará nada. Se acabaron las ilusiones. Las circunstancias la obligan a casarse. Mejor marido que Ígor Vladímirovich no lo encontrará. No se cruzará en su camino otro como él, inteligente, cabal, amante, atento... Y no hay que demorar la decisión. Él la apremia, conqu mañana o pasado se mudará a su piso de la calle Gorki. Y luego... Luego hay muchas cosas que la cohiben. ¿Cómo va a empezar a tutearle? Está acostumbrada a tratarle de usted, a llamarle por el nombre y el patronímico. ¿Cómo le va a besar? ¿Cómo se va a meter con él en la cama? Tendrá que sobreponerse a muchas cosas. Bueno, eso será después. De momento, lo que importa es dejar bien claro todo lo relacionado con Sasha. Naturalmente, se enterará de que Varia ha vuelto a casarse. Pero Sofía

Alexándrovna le dirá que ese hombre la ha esperado cuatro años, lo mismo que ella ha esperado a Sasha. Y como le ha esperado en vano, ha pensado que tenía derecho a disponer de su destino.

Sí, aceptará a Ígor Vladímirovich; pero primero se lo contará todo. Lo que se refiere a Kostia y lo que se refiere a Sasha. Pero eso forma ya parte del pasado. El futuro lo emprenderá con Ígor Vladímirovich, y espera ser una buena esposa, leal y fiel, desde luego.

Desde el patio, Varia miró hacia las ventanas de Sofía Alexándrovna. Había luz. O sea, que no dormía. Varia subió a verla.

El pasillo que conocía, el apartamento que conocía. En la habitación que fue de Mijaíl Yurévich había otros inquilinos y en la de Sasha, la que habían alquilado Kostia y ella, vivía una extraña. A la pregunta de Varia contestó evasivamente Sofía Alexándrovna: «Una conocida de mi marido». Probablemente alguien de la nueva familia de Pável Nikoláievich, pero Varia no se metió en más averiguaciones.

Muchas cosas habían cambiado. Sin embargo, al entrar en el cuarto de Sofía Alexándrovna pensó Varia con angustia en todo lo relacionado con aquel lugar: allí preparaban los paquetes para Sasha y leían sus cartas, allí les ponía ella una faja a los periódicos y escribía la dirección... Ahora, aquella casa dejaría de ser su segundo hogar. Claro que no abandonaría a Sofía Alexándrovna, pero seguramente no podría visitarla ya con tanta frecuencia como hasta entonces. Allí sólo quedarían como recuerdo los libros regalados por Mijaíl Yurévich.

El relato de Varia alarmó a Sofía Alexándrovna.

-Eso puede acabar mal. De momento, márchate a Michurinsk, a casa de tu tía, y ya veremos más adelante.

Entonces le dijo Varia que Ígor Vladímirovich la había pedido en matrimonio. Sofía Alexándrovna se animó al oírlo. -Pues, muy bien -dijo-. Tú me has hablado de él elogiándole.

-Es un hombre cabal. Incluso se resiste a ingresar en el partido, aunque casi se lo exigen. Dirigir un taller de proyectos como el suyo y no pertenecer al partido... Son contados los casos.

-Para mí, lo más importante es que está dispuesto a defenderte. Claro que ahora también caen cabezas más altas, pero sus razonamientos me parecen muy lógicos: con él, estarás a salvo. Cásate, Varia, sálvate. Y también te será la vida más fácil.

Varia callaba. Sofía Alexándrovna le tomó una mano, la miró a los ojos.

-¿Qué te retiene? Cuéntamelo. ¿Sasha?

El silencio de Varia confirmaba su hipótesis.

-Varia, querida mía ... Ciertamente yo cometí un error al contarle a Sasha lo de Kostia. Hubiera sido preferible que lo hicieras tú. Pero las cosas no habrían cambiado por eso. Sasha vivió medio año en Kalinin y ahora está en Ufá. Me ha dicho que en comisión de servicio, pero me he enterado de que Kalinin fue declarada ciudad de régimen especial y él tuvo que marcharse. Mañana también pueden declarar Ufá ciudad de régimen especial, y vuelta a rodar por ahí, quien sabe si para terminar otra vez confinado o en un campo. Y no se vislumbra ningún cambio a mejor. ¿Tiene derecho de destrozar tu vida como está destrozada la suya? Si él conociera tu actual situación, te diría sin dudarle ni un momento: «Cásate inmediatamente. Más aún porque te casas con un hombre cabal». Me duele decírtelo, y sé que hubieras sido una buena esposa para Sasha, pero ya que a Sasha se le ha hundido todo, procura por lo menos salir tú adelante.

Varia tardó todavía un poco en hablar.

-Por lo que se refiere a Sasha, quizá tenga usted razón. En efecto, es probable que le convenga sentirse libre de ataduras.

Pero yo creo que de ninguna manera hubiera sido una carga para él. En cuanto a Ígor Vladímirovich, es realmente una bellísima persona. Pero yo no estoy segura de amarle.

-Varia, muchacha querida, ¿crees tú que el mejor matrimonio es el que se contrae por amor? Te equivocas... El amor, incluso el más fuerte, no garantiza una vida familiar feliz. Yo estaba muy enamorada de mi marido, el padre de Sasha. Mi familia se oponía a nuestro matrimonio porque le veían inflexible, rotundo, intolerante y yo consideraba que todo eso era resultado de su espíritu independiente, de su sentido de la propia dignidad. A mí me cegaba el amor, Varia. Era muy guapo. Y destruí mi vida. Resultó ser un egoísta, una persona arrogante y sin corazón. ¡Ahí tienes tú un matrimonio por amor! Para unirse en matrimonio, lo que se necesita es una persona auténticamente humana. Ígor Vladímirovich te espera desde hace cuatro años. Es decir, que te ama. Cásate con él. ¡No lo pienses más!

-¿Quiere usted que la obedezca?

-Sí; porque deseo tu felicidad.

A la mañana siguiente, Varia entró en el despacho de Ígor Vladímirovich. Él se levantó, y la miró, interrogante. -Ígor Vladímirovich -dijo Varia-: vamos también esta tarde a cualquier sitio. Quisiera contarle algo.

-Está bien. A donde quiera. Pero dígame sólo una palabra, Varia: ¿sí o no?

Varia le sonrió.

-Sí.

Gleb sonrió al encontrarse con ellos en el vestíbulo del Palacio del Trabajo.

-Ya sabía yo que Sasha la traería aquí.

-¿Sí? -Lena también le sonrió en respuesta.

-Para presumir de su arte.

-Y esto se llama un amigo -se dolió Sasha-. Me presentas como a un engreído. Te traigo a una pianista.

-¡Eso es magnífico! -exclamó Gleb. Ofreció asiento a Lena y, mirándola, tocó los primeros acordes.

Nunca había dado Sasha sus clases con tanta alegría, nunca le habían calado tan hondo las melodías habituales que tocaba Gleb.

El relato de Lena le había sobrecogido. ¡Qué sorprendente coincidencia! Le llevaron a la estación en un coche celular. Primero se apearon los soldados y él se rezagó un poco: al ver a gente libre después de estar en la cárcel, al ver las nubes bajas y el asfalto mojado... «Venga, venga, que el tren no te va a esperar. ¡Salta ya!», gritó el que iba al mando y, pequeño, cargado de hombros, se adelantó presuroso, con el capote muy largo, empujando a la gente para abrirse paso. Sasha notó como si alguien le mirara, volvió la cabeza pero no descubrió ningún rostro conocido, y siguió caminando hacia su vagón entre los dos soldados. ¡Y era Varia quien le miraba y lloraba! El destino los juntaba antes de la separación, pero ni siquiera se cruzaron sus miradas. ¡Ni eso! Y luego él lo echó todo a perder. ¿Cómo fue capaz de hablarle con tanta crueldad por teléfono? Recordaba la voz apagada de Varia: «¿No quieres decirme nada más, Sasha?». Ahora tenía que telefonearle. Aunque sólo fuera para escuchar su voz, contestara lo que contestara; debía saber que él la apreciaba, que estaba orgulloso de ella y que se arrepentía de aquella conversación.

Gleb seguía tocando el piano.

Al moverse por la sala, Sasha veía a Lena, que le miraba, que observaba el grupo y reía con las chanzas de Gleb. Y cuando Sasha anunció un descanso y fue hacia ellos, le pareció que Lena tenía una expresión más serena.

-¿Qué tal? -preguntó-. ¿No te aburres?

-¡Estoy asombrada!

-¿Podrías acompañar como hace Gleb?

-¿Acompañar? No creo. Sólo toco con partitura.

-¿Qué falta hace la partitura? -sonrió Gleb-. ¿Recuerda algún tango?

-Sí, recuerdo varios. Gleb tocó unos compases.

-¿Éste?

-Sí.

-Siéntese aquí y toque algo. Lena se sentó al piano y tocó un tango. Luego apartó la vista del teclado.

-Hace un siglo que no me acercaba al piano. ¿Qué tal lo he hecho?

-¡Magnífico, maravilloso! -exclamó Gleb.

-Y decías que sólo tienes una profesión: las lenguas extranjeras -observó Sasha-. Pero resulta que tienes dos.

-Nunca había pensado en el piano como en una profesión.

-Pues piénsalo ahora. Siempre será mejor que acarrear traviesas.

Gleb enarcó las cejas, extrañado. Lena hizo una mueca.

-No pongas esa cara -dijo Sasha-. Conviene explicarle a Gleb el trabajo que estás haciendo. Entre los dos intentaremos colocarte para acompañar. ¿Lo conseguiremos, Gleb?

-Lo intentaremos.

-Te encontraremos buen hospedaje y te protegeremos. Eres demasiado guapa para los indígenas.

-Y no sólo para los indígenas -añadió Gleb. Lena se levantó.

-Es hora de marcharme. Tengo que ir muy lejos y mañana hay que trabajar.

-¿Cuándo tiene que venir Stásik? -le preguntó Sasha a Gleb.

-A las ocho.

-Estupendo. Espera un poco, Lena.

Sasha se volvió hacia la sala, dio una palmada.

-Sigamos con la clase. Elijan su pareja.

Gleb tocaba un tango.

Mientras continuaba su clase, Sasha no cesaba de pensar en Varia, de repasar en su mente todo lo que le había contado Lena. «Tan joven, tan bonita, y consagra toda su vida a las desgracias y las preocupaciones de los demás.» Y

a él le escribía cuando estaba confinado: «Me encantaría saber lo que haces ahora». También quería sostenerle a él con su amor... Y al hijo de Lena lo llevó al Extremo Oriente. Gleb y él hablaban mal de la gente, decían que sólo había villanos... ¡No, no todos eran villanos! Sin darse cuenta, Sasha apretó la mano de su pareja, que lo miró sorprendida.

-¿He hecho algo mal?

-Perdona -se disculpó-. Lo haces muy bien. Sigue así. Me había distraído.

Gleb empezó a tocar otra cosa. A cualquier melodía le ponía ritmo de tango, incluso a las romanzas gitanas, porque sabía que le gustaban a Sasha. Lena estaba sentada a su lado y él parecía explicarle algo, probablemente cómo había que acompañar para el baile. Apareció Stásik y también se sentó junto al piano. Iban llegando los del grupo siguiente.

Sasha despidió por fin a sus alumnos y se volvió hacia Gleb.

-¿Llevas a Lena a su casa?

-No, deja. Puedo ir sola.

-Te llevará en coche hasta donde tú digas y allí te apeas.

-¿Tenéis coche?

-En esta ciudad, todos los coches son nuestros -rió Gleb.

-Déjate ver. A mí y a Gleb, ya sabes dónde encontrarnos. Por la mañana en casa y aquí por las tardes. Procuraremos que te admitan en nuestro equipo.

-Tengo que pensarlo.

-Piénsalo, pero no demasiado tiempo.

Gleb regresó cuando terminaba la clase del grupo siguiente.

-¡Chico!... Vive allá por donde la refinería de petróleo. Aquello está más oscuro que boca de lobo. Se ven unas casuchas y, a lo lejos, unos barracones. No permitió que siguiéramos en el coche y tampoco quería que la acompañara a pie. Pero yo insistí, claro: «No permitiré que vaya usted sola». Y la acompañé, claro. Los barracones están alineados lo mismo que en un campo. Delante de cada uno hay un farol, pero dentro no se ve luz. Quizá se acuesten temprano, aunque también es posible que apaguen a una hora determinada. El demonio lo sabrá. En una palabra, que cuando llegamos a la altura de los barracones se despidió de mí y echó a andar muy deprisa. Pero yo vi que entraba en el segundo barracón de la derecha.

Sasha le contó a Gleb la historia de Lena mientras cenaban. Gleb escuchaba con atención, aunque no tenía nada de particular para aquellos tiempos: había muchísima gente con un destino parecido al suyo.

-Yo pensé que era maestra porque pronuncia muy netamente la terminación de las palabras.

-Ha vivido mucho tiempo en el extranjero y es una costumbre que le quedó de entonces. Luego trabajó como traductora en una editorial de libros de técnica.

-Podía haberle buscado mejor colocación el padre.

-No. El padre era de los de verdad. Ni tampoco ella lo habría consentido. En aquella época, yo hice lo mismo: no estudié historia porque el país necesitaba ingenieros.

-Qué criaturitas tan ideológicas... -ironizó Gleb.

-Justo -rió Sasha-. Queríamos servir a la patria socialista y resultó que no le hacíamos falta.

-Una mujer así, que conoce tres idiomas, y la obligan a acarrear traviesas, a asentar raíles y clavarlos... ¿Dónde encajan aquí los versos a una hermosa dama?

-Bueno, pide cien gramos más para cada uno.

-¡Anda! -se sorprendió Gleb-. Ahora tomas tú la iniciativa. ¿Qué novedad es ésta?

-Problemas... Bebieron, tomaron un bocado. -Verás. La historia es la siguiente -empezó Sasha-. Estando todavía en Moscú, yo tuve un amor. Bueno, la verdad es que no sé cómo llamarlo. ¿Un amor? Era una chiquilla de diecisiete años, una buena chica, bonita, inteligente, con carácter. Yo le gustaba. Luego, cuando me detuvieron, anduvo buscándome por las cárceles, me llevaba paquetes, cuidaba de mi madre. Después, mientras estuve confinado, ella me escribía, yo le contestaba y soñaba con verla cuando me soltaran. Se llama Varia. Bueno, pues al volver me enteré de que en ese tiempo se casó, aunque se separó enseguida, es cierto. Fue como si me pegaran un mazazo en la cabeza y, naturalmente, rompí, corté por lo sano. Pero Lena me ha explicado cómo sucedieron las cosas en realidad y todo lo he visto de una manera distinta. Sería demasiado largo de contar. En una palabra: yo no tenía razón. La rechacé de mala manera. Fui injusto. Ella me esperaba y yo la aparté de mí.

-¿La amabas?

-Sí.

-¿Y ahora?

-Ahora también la amo.

-¿Y ella a ti?

Sasha se encogió de hombros.

-No lo sé. No nos hemos visto en cinco años.

-Sí que es un lío... -profirió Gleb-. Una chica joven, claro que no iba a pasarse tantos años esperándote sentada en el rellano de la estufa. Pero, por otra parte... ¡el primer amor! Eso tampoco se olvida, chico.

-Voy a telefonarle -dijo Sasha.

-Buena idea -aprobó Gleb-. Dile que venga. La instalaremos en el hotel, en la mejor habitación. Y ponéis en claro las cosas.

-¿Cómo va a venir? Ella trabaja y estudia.

-Las fiestas del Primero de Mayo están al caer. Con que pida un par de días a descontar de sus vacaciones, ya tenéis la luna de miel. Eso hay que remojarlo, chico.

Tenía razón. Precisamente, también estaba Lena en Ufá. Le diría: «Ven a pasar las fiestas con nosotros. Las celebraremos juntos».

-Ahora, hablemos de Lena -dijo Sasha-. Debemos traerla a trabajar con nosotros o se va a matar cargando traviesas.

-Es cierto. Hay que hacerlo -asintió Gleb-. De arreglarlo con Liona y Stásik me encargo yo. Le haremos un hueco. Pero me temo que Mashka no quiera admitirla: es una deportada.

-Kanevski toca ahora en la orquesta sinfónica de aquí, antes estuvo con nosotros y también es un deportado. ¿El apellido? Mashka puede no conocerlo, porque me imagino que no está muy puesta en política.

-Pongamos que es así. ¿Y Semión? Dirá otra vez que no necesita pianistas. -Si no quiere admitirla Semión, mañana lo planto todo y me largo.

-¿Vas a llegar hasta ese punto?

-Hasta ese punto, sí. Aquí no caben vacilaciones.

-Yo no vacilo, chico. Estoy pensando en cómo hacerlo mejor. Eso de decir que te marchas es una buena idea. Y yo añadiré: «Si se marcha Sasha, también yo me voy».

Habitualmente, Sasha telefoneaba a Moscú los domingos. Pero hasta el domingo faltaban tres días. No tenía sentido esperar tanto. Al día siguiente fue a telefonear a Varia.

Al anotar el número preguntó la operadora:

-¿Quiere hablar con la persona que conteste o con alguien en particular?

-Con Ivanova, Várvara Serguéievna.

-Espere.

Al poco rato, dijo:

-No está en casa.

Lo mismo ocurrió al día siguiente. Estaría en el instituto.

El domingo telefoneó primero a su madre que, como siempre, esperaba su llamada. Al final de la conversación - cómo se encontraban y demás-preguntó Sasha:

-¿Y Varia? ¿Qué tal está?

Notó que su madre demoraba la respuesta.

-Varia... -repitió la madre-. Varia se ha casado, Sasha.

-¿Se ha casado?

-Sí. Con un hombre bueno y honrado. Se conocen desde hace años, pero todo lo decidieron en un día. Las circunstancias lo exigieron así. ¿Me comprendes?... Cosas de los tiempos, Sasha. ¿Qué voy a decirte a ti?

-¿Cuándo ha sido?

-Hace medio mes.

-Bueno, pues felicítala de mi parte -dijo Sasha-. Transmítele mis mejores votos, los más sinceros y cordiales.

SEGUNDA PARTE

Para los tenientes, el mármol es un obelisco de madera ...

B. Slutski.

1

Gleb estaba de enhorabuena: María Kosntantínovna le había pedido los documentos que le acreditaban como decorador de teatro.

-Los solicitan de Moscú -le explicó-. Están buscando un teatro donde pueda usted colocarse.

-Tu Uliana ya ha empezado a mover los hilos -le dijo Gleb a Sasha. Sasha hizo una mueca. No le sentó bien que le recordara a Uliana y menos que la llamara «su» Uliana.

-Veremos qué agujero me proponen. Pero, de momento, hay que buscarle aquí trabajo a Lena.

Semión Grigórievich no quería saber nada de una pianista más. Con los grupos que quedaban, tendrían trabajo para un mes o mes y medio. Sin embargo, cedió cuando Gleb y Sasha dijeron que se marchaban. De acuerdo, escucharía a su conocida y después decidiría.

Pero Lena no iba por allí.

-Vamos a buscarla -propuso Gleb-. He visto en qué barracón entraba.

-Ella no quiere que vayamos por allí -objetó Sasha-. Esperemos. Lena apareció por el Palacio del Trabajo al cabo de unas dos semanas.

-Hemos estado trabajando sin días festivos -dijo.

Alta, fuerte, bronceada, venía sin abrigo porque hacía buen tiempo. Llevaba puesta una chaquetita gris, muy sencilla, sobre un vestido también sencillo.

Sasha, que estaba trabajando con un grupo, la saludó con la mano desde lejos.

Encantado, Gleb la acogió sonriendo, de nuevo la hizo sentar a su lado explicándole cómo había que acompañar y hasta hizo que tocara un poco el piano en su lugar. Hmm, no estaba mal.

Durante un descanso, Sasha se acercó a ellos y abrazó a Lena por los hombros.

-Ya lo hemos hablado todo. Gleb te entrenará un poco, luego harás una pequeña demostración para el jefe. Lo importante es saber cuándo hay que hacer una pausa o cuándo hay que repetir.

Es cosa de práctica.

Inesperadamente, Lena se negó:

-Gracias, muchachos, pero esto no es para mí.

-¿Por qué? -se extrañó Sasha-. ¿Te han pasado a un trabajo mejor?

-No. Sigo con lo mismo. Pero a mí me conviene. Es un trabajo seguro. Los obreros siempre hacen falta. Sobre todo para acarrear traviesas. Lo vuestro, en cambio, siempre está en el aire: hoy aquí, mañana allá... No lo veo claro.

-Te haremos entrar en el Buró de Turnés Artísticas. Vienen muchos cantantes y necesitan a alguien que les acompañe para los conciertos.

Ella denegó con la cabeza.

-En la fábrica, nadie se fija en mí. Pero si aceptara lo que me proponéis, aparecería mi nombre en los carteles. «Acompaña al piano Elena Budiáguina.» ¿No se pone así?

-De lo que se trata ahora es de que trabajes con nosotros. Luego, ya se verá.

-Sasha, yo sólo veo una cosa: que no voy a estar mucho tiempo aquí. ¿Comprendes?

-Yo también la he entendido, Lena -intervino Gleb-. Pero la situación cambia. Han cesado a Ezhov, incluso dicen que le han detenido. A algunas personas las han dejado ya en libertad, las rehabilitan...

-Es posible, es posible -replicó Lena con sorna-. Pero, si me dejan también a mí en libertad, ¿qué necesidad tengo de andar cambiando de trabajo? Esperaré a ver si me permiten volver a Moscú y si vuelven mis padres.

Su ironía era comprensible. ¡Valiente rehabilitación! Se rumoreaba que habían sido puestos en libertad algunos generales y que encarcelaban a menos gente. Pero, como ya estaba en la cárcel la mitad del país, si hacían igual con la otra mitad, ¿qué población iba a quedar para que la gobernara el camarada Stalin? Lena razonaba bien. Aunque eso de que en la fábrica no se fijaba nadie en ella era muy relativo. Los que tenían esa obligación no la perdían de vista. Sin embargo, la apariencia de anonimato la tranquilizaba.

-Tú decide lo que más te convenga -dijo Sasha-. Aunque, la verdad, pensé que te alegrarías. Pero, si no quieres... De todas maneras, tú ven por aquí. Tan a menudo como puedas.

Gleb miraba a Lena con pesar.

¿Se habría enamorado?

Desde entonces, Lena empezó a visitarles en sus días de descanso. Se sentaba junto a Gleb y, a veces, tocaba el piano en su lugar, simplemente por gusto.

Cuando ella llegaba, Gleb se animaba, incluso se volvía dulce. Sasha no le había visto nunca así, equilibrado, alegre, contemplando a Lena con sonrisa feliz.

Luego la acompañaban, en ocasiones los dos, aunque por lo general solamente Gleb porque le sustituía Stásik al piano, mientras que a Sasha no podía sustituirle nadie.

Un día, precisamente el día que Lena tenía libre, no se presentó un grupo porque habían convocado una reunión urgente en la empresa donde trabajaban aquellos alumnos.

-¿Y si fuéramos a un restaurante? -propuso Gleb.

Lena se encogió de hombros.

-Yo preferiría ir al cine. He comprado *Pravda* por el camino, y publica un artículo de Eisenstein elogiando Lenin en el año 1918, la última película de Romm.

-Estupendo -accedió Gleb-. Vamos al cine.

Compraron billetes para la sesión de las seis. A Sasha le costó trabajo aguantar hasta el final. El ensalzamiento de Stalin pase, porque todos se dedicaban a eso ahora. Pero la escena donde Bujarin instigaba a atentar contra Lenin era repugnante, el colmo de la vileza. Sasha había visto a Bujarin una vez, en una asamblea de pioneros celebrada en Jamovnikí. Bujarin pronunció un discurso, fue elegido pionero de honor y, después de que le pusieran el pañuelo rojo, desfiló con ellos por el centro de la Bolshaia Tsarítsinskaia. Era un hombre de mediana estatura, recio, ancho de hombros, con barbita y alegres ojos azules. Riendo y bromeando llegó con ellos hasta la plaza de Zúbov, donde subió al coche que le esperaba. Nada de guardaespaldas. Un hombre sencillo, afable, encantador. «El predilecto del partido», decía Lenin de él.

Ahora le habían fusilado, acusado de traidor, espía y asesino. Y, en la película, Mijaíl Romm pisoteaba el cadáver de Bujarin.

Salieron a la calle silenciosos. Subieron a un autobús. Lena se negó a que parasen un coche. «No quiero chismorreos.»

Ya en el autobús, Sasha le pidió el periódico.

-Déjame ver lo que escribe Eisenstein.

«La película llega al corazón -escribía Eisenstein-. Capta la esencia de lo que hace la grandeza del bolchevismo: su humanismo... El tema del humanismo de la revolución, del gran humanismo de quienes la realizan, trasluce en todos los matices de los caracteres y los actos de los personajes...»

¡También Eisenstein! Siendo un chiquillo, Sasha había visto su *Acorazado Potiomkin* en el cine Judózhestvenni de la plaza de Arbat. Las cajas, los acomodadores y el personal del guardarropas estaban vestidos de marineros. Era impresionante y creaba un ambiente adecuado al de la película. El mundo reconoció *El acorazado Potiomkin* como la mejor película y a Eisenstein como «sublime» director de cine. Y, ahora, ese «sublime» servía con lealtad a un tirano y un verdugo. El hecho podía ilustrar la discusión que habían mantenido Sasha y Gleb acerca del genio y la maldad.

Gleb también leyó el artículo y luego miró significativamente a Sasha.

-Bueno, pues ahí tienes a un villano más.

O sea, que también Gleb recordaba aquella conversación.

Las visitas de Lena le encantaban a Sasha. Despertaban recuerdos de la infancia y la juventud, unos tristes y otros agradables, que llegaban al corazón. Contemplándola, pensaba a menudo que, con su sangre, Iván Grigórievich le había transmitido a su hija valor y entereza. Era consciente de que la detendrían en cualquier momento y, sin embargo, no se le escapaba la menor alusión. Sólo una vez, dejó caer de pasada: «Es posible que me trasladen de un barracón a otro; pero esta vez detrás de una alambrada».

La situación por la que pasó Sasha no fue tan dura, precisamente por lo inesperado de la detención. No se imaginaba cómo habría podido vivir entonces, ir al instituto, reunirse con los amigos, comer, beber, pensando sin cesar en lo mismo: «Éste es el último paso que das en libertad». Lo que estaba pasando Lena era un tormento. Y otro tormento, lo de su hijo. Quizá se hubiera despedido ya de él sin esperanzas de volver a verle. Su único consuelo era tenerles a Gleb y a él a su lado. No estaba totalmente sola. Tampoco en Moscú se sentiría sola: tenía a Varia cerca. Sasha había soportado con entereza la noticia del nuevo matrimonio de Varia. O, al menos, eso le parecía.

-Oye, ¿y qué hay de tu Varia? -había preguntado Gleb-. ¿La veremos por Ufá o no?

-Varia se ha casado. Con un hombre al que conocía desde hace años, aunque lo decidieron de golpe, en un día. Puede que haya sido mejor así.

En realidad, ¿qué habría cambiado si hubiera llegado a hablar con ella? Bueno, se habrían visto. ¿Y qué? Se dijeran lo que se dijeran, de todas formas él tenía que desaparecer de la vida de Varia. Ahora, era ella quien desaparecía de la suya. Había hecho bien: él, en el mejor de los casos, estaba condenado a rodar de un lado para otro; en el peor, le esperaba un campo. Conque, de todas maneras, no le habría visto volver. Era posible que su nuevo marido ayudara a los demás, como hacía ella, y ése fuera el lazo que los uniera. Lo que lamentaba Sasha era no haberse disculpado. ¿Telefonarle ahora? Resultaría estúpido: tanto tiempo sin telefonear, sin escribir y de pronto, al enterarse de que se había casado, reaparecía para felicitarla, para pedirle disculpas por lo pasado... Quizá la viera algún día y entonces se disculparía.

Era una pena, sí; pero ¿qué podía hacer? ¿Qué le esperaba? ¿Adónde iría después de Ufá? ¿A Sarátov con Semión Grigórievich? Si por lo menos hubiera ido también Gleb... Un buen amigo, al fin y al cabo. ¿Optar por Riazán? ¿Qué ayuda podría brindarle el hermano del difunto Mijaíl Yurévich? ¿Qué trabajo iba a encontrar en Riazán? Todo lo veía como nebuloso. Además, estaba descontento de sí mismo. Allá en Siberia estudiaba francés, escribía artículos sobre la historia de la Revolución Francesa. Pero desde que se encontraba en Ufá no había tocado el libro de texto ni los artículos, que seguían en la maleta, ni había leído un solo libro. Las lecciones de baile, la bebida... A eso había quedado reducida su vida.

2

En dos semanas, Hitler había destruido el ejército polaco, uno de los más fuertes de Europa, sometiendo a un país cuya población era diez veces mayor que la de Finlandia. ÉL había combatido tres meses largos sin lograr vencer a un pueblo cuarenta veces menos numeroso que el pueblo soviético. Confió en los militares, subestimó la fuerza de la resistencia finlandesa. En fin, cualquier político tiene sus fallos y cualquier jefe militar sufre a veces una derrota.

Pero el pueblo debe seguir creyendo en la invencibilidad de su ejército, debe saber que combatiremos únicamente en territorio ajeno, y que hemos combatido únicamente en territorio finlandés; debe tener la convicción de que hemos vencido y venceremos sin gran efusión de sangre. Por eso, no se debe informar de nuestras pérdidas. La URSS es un país grande y aunque de sus innumerables ciudades, pueblos y aldeas desaparezcan algunos hombres, nadie se enterará de cuántos hemos perdido en realidad. El pueblo sólo debe saber que la frontera con Finlandia se encontraba a treinta y dos kilómetros de Leningrado y ahora la hemos desplazado hasta ciento cincuenta kilómetros, garantizando así la seguridad de la ciudad.

Y también debe saber el pueblo que hay guerra en Europa pero que, gracias a sus esfuerzos se ha salvaguardado la paz de la Unión Soviética. La paz es frágil e insegura, pero puede hacerse firme y segura si la URSS se convierte en la potencia más fuerte del mundo, una potencia a la que nadie ose atacar. Para eso hay que encauzar la economía hacia la industria de guerra, aumentar la producción de aviones, tanques y armamento moderno. Esta empresa exigirá mucho esfuerzo, muchos sacrificios, pero el pueblo debe arrostrarlos si quiere paz y tranquilidad. Hay que implantar en el país una disciplina laboral rigurosísima y castigar de la manera más implacable el abandono arbitrario del puesto de trabajo, las ausencias, los retrasos, la producción defectuosa. Hay que multiplicar la preparación de mandos de todos los rangos, fundar más academias y escuelas militares. Hay que implantar en el ejército un orden férreo, el mando único, los grados de general y almirante. Hay que cesar a Voroshílov del puesto de Comisario del Pueblo de Defensa y nombrar a Timoshenko en su lugar. Hay que culpar al servicio de inteligencia militar de los reveses sufridos en Finlandia y fusilar a Proskúrov, jefe de la Dirección de Inteligencia del Ejército Rojo.

¿La repercusión internacional? Mala y desfavorable. Pero es cosa pasajera. Todavía ha de demostrar la Unión Soviética su auténtica fuerza. Hitler combatirá contra la Unión Soviética únicamente después de haber aplastado a Inglaterra y Francia: No puede combatir en dos frentes. Pero Inglaterra y Francia no son Polonia; no se las puede vencer en dos semanas. La Unión Soviética tiene tres o cuatro años de reserva. En ese tiempo, ÉL creará la industria militar más fuerte del mundo, el ejército más potente del mundo. Que nadie se haga ilusiones por lo de nuestros reveses en Finlandia. Que nadie se confíe con eso del «coloso de los pies de barro».

Inglaterra y Francia han ayudado a los finlandeses, les han enviado armas, han formado un cuerpo expedicionario; a Finlandia llegaban voluntarios de toda Europa. En tales circunstancias, la continuación de las operaciones militares se habría convertido en una guerra de la URSS contra Inglaterra y Francia. Eso era lo que quería Hitler: quería arrastrar a la URSS a una segunda guerra mundial a su lado. Pero la Unión Soviética aún no está preparada para una guerra así. ÉL actuará cuando se haya fortalecido y ellos estén debilitados. Por eso puso ÉL fin a las operaciones militares y firmó la paz con Finlandia.

Sí, sí; por eso firmó la paz, le demostró a Hitler que no es más tonto que él; y Hitler comprendió que no conseguiría arrastrar a la URSS a la guerra, que tendría que combatir en solitario. Y así está combatiendo. En febrero, los alemanes ocuparon Dinamarca y desembarcaron en Noruega. A principios de mayo capitularon Holanda y

Bélgica. El camino hacia Francia quedaba abierto. Inglaterra apenas tuvo tiempo de evacuar su cuerpo expedicionario de Dunkerque.

Cayó el gobierno de Chamberlain y tomó el poder Churchill.

Cierto que Churchill es un enemigo acérrimo del poder soviético. Pero Churchill condenó el amaño de Munich y no concertará un nuevo trato con Hitler. Inglaterra continuará la guerra. Y mientras Alemania tenga un frente occidental, la URSS estará a salvo de un ataque suyo.

El 24 de mayo, Beria informó a Stalin de un parte recién recibido de Nueva York: «Operación cumplida. Los resultados se aclararán más adelante».

De modo que habían llegado hasta Trotski. Pero ¿qué significaba «los resultados se aclararán más adelante»? ¿Han matado a ese miserable o no le han matado?

Stalin hubo de esperar varios días la respuesta a esa pregunta. Al fin se presentó Beria. Por su expresión, por el modo de ocultar los ojos tras los cristales de los lentes, por el temblor de su voz, Stalin comprendió que la operación había fracasado.

-¡Informe! -lanzó Stalin sin apartar de Beria su mirada pesada.

Y Beria informó:

-La operación se llevó a cabo bajo la dirección del famoso pintor Siqueiros. A las tres de la madrugada, un grupo de veintidós hombres armados con subfusiles y una ametralladora llegaron hasta la casa de Trotski y desarmaron en un instante a la guardia exterior. Les abrió la puerta un agente nuestro que la guardaba. Los hombres de Siqueiros desarmaron a la guardia interior y abrieron fuego a discreción contra las ventanas y las puertas del dormitorio de Trotski. La ametralladora disparó, sólo contra el dormitorio, más de doscientos proyectiles en largas ráfagas de fuego directo. Terminada la operación, el grupo desapareció después de lanzar una bomba. Pero...

En este punto se atascó Beria.

-¿Qué es eso de «pero»? -inquirió Stalin con voz terrible.

-Trotski y su mujer se escondieron detrás de la cama y eso les salvó. Sólo resultó levemente herido el nieto, que estaba en la habitación contigua. Pero, nada, un rasguño... Stalin se levantó y caminó por el despacho. Beria, sentado junto a la mesa, no se movía.

-¿Es grande el dormitorio? -preguntó Stalin sin volver la cabeza.

-No, no mucho.

-¿Y usted quiere demostrarme que doscientos proyectiles disparados contra una habitación pequeña no han alcanzado a las personas que se encontraban en ella?

-Camarada Stalin...

-¡Ya sé que soy el camarada Stalin! Le estoy preguntando cómo ha podido ocurrir eso. ¿Doscientos proyectiles, y ninguno dio en el blanco?

-Entre la ventana y la cama hay medio metro de distancia. La mujer de Trotski le empujó hacia allí y le cubrió con su cuerpo. A través de la ventana dispararon contra la cama y contra toda la habitación, pero el lugar donde se habían escondido era un espacio muerto.

Stalin volvió a su mesa, tomó asiento y de nuevo alzó su pesada mirada hacia Beria.

-¿Y la bomba?

-La bomba no hizo explosión.

Stalin descargó un puñetazo sobre la mesa. Su rostro daba miedo.

-¿Quién engaña a quién? Beria callaba. Stalin descargó otro puñetazo sobre la mesa. -Estoy preguntando quién engaña a quién. ¿Siqueiros a Eitingon, Eitingon a Beria, o es Beria quien intenta engañar al camarada Stalin? -Beria callaba-. ¿Por qué no contesta? -gritó Stalin.

-Camarada Stalin -dijo Beria-, hemos introducido a un agente nuestro en el entorno de Trotski. Su orden será cumplida.

-¿Cuándo?

-Próximamente.

-Escúcheme -profirió severamente Stalin-: le doy tres meses. En agosto, todo debe haber terminado. Dígaselo a Sudoplátov y a Eitingon. De pasada, recuérdelos la suerte corrida por Spiegelglas.

El 6 de junio, Stafford Cripps, el nuevo embajador inglés en Moscú, entregó a Stalin un mensaje personal de Churchill previniéndole de que Hitler pretendía someter a todos los países europeos, incluida la URSS, y ofrecía su colaboración.

Después de leer el mensaje, Stalin contestó:

-Conozco bien a varios dirigentes de Alemania y no he advertido en ellos ningún afán de absorber a los estados europeos.

Esta conversación, así como el texto del mensaje de Churchill, fueron comunicados ese mismo día a Hitler: Stalin le hacía patente su lealtad.

Una semana después, el 14 de junio, los alemanes ocupaban París.

Esta noticia sorprendió a Stalin. En un mes había caído Francia, la potencia más fuerte de Europa. ¿Sería Hitler invencible?

¿Estaría engañándole Hitler a ÉL?

En el discurso que pronunció en el Reichstag para celebrar la victoria sobre Francia, Hitler declaró:

«En esta hora, creo que mi conciencia me ordena apelar una vez más al raciocinio y al sentido común de Gran Bretaña, pues no soy el enemigo vencido que pide compasión, sino el vencedor... No hay que esperar a que Churchill escape a Canadá; hay que entablar ya negociaciones de paz con Alemania.»

La respuesta de Inglaterra era esperada por Stalin con tanta impaciencia como por Hitler. Después de la victoria relámpago sobre Francia, la paz con Inglaterra convertiría a Hitler en el amo de Europa y echaría por tierra todos sus cálculos. Los miembros del Buró Político que se quedaron aquella tarde a cenar con ÉL permanecían taciturnos; nadie contaba un chiste ni gastaba una broma. Stalin estaba sombrío, se levantaba, abandonaba la mesa, volvía a sentarse con los ojos clavados en el plato. «Una tensión que no hay nervios que la aguanten», se quejaba luego Mólotov a su mujer.

Eden, el ministro de Exteriores de Inglaterra, rechazaba a los pocos días las propuestas de Hitler. El 13 de agosto, los alemanes bombardearon varias ciudades inglesas: había comenzado la batalla aérea sobre Inglaterra. Naturalmente, los ingleses no se lo perdonarían nunca a Hitler. Stalin exhaló un suspiro de alivio. No se había quedado solo frente a Hitler. Su alianza continuaba en pie. El tiempo trabajaba a su favor.

El 21 de agosto por la tarde se presentó Beria con una comunicación especial: aquel día había fallecido Trotski en un hospital de México. Le había descargado un golpe de alpenstock en la cabeza el español Ramón Mercader, el mismo agente del NKVD introducido en Cayoacán de quien le había informado la vez anterior. La operación había sido dirigida por Eitingon en México y por Sudoplátov en Moscú.

¡Por fin habían rematado a aquel miserable! Treinta y dos años había estado aquel hombre emponzoñándole la vida y requemándole la sangre a ÉL. La primera vez que ÉL le vio fue en el otoño de 1905, en el Congreso de Londres!³⁸ Un hombre joven, bien parecido, rodeado de admiradores y admiradoras, que pronunciaba discursos impresionantes, y ni siquiera advirtió SU presencia. Igual que en 1913, en Viena:³⁹ También pronunciaba discursos impresionantes, también centraba la atención y también pasó por alto SU presencia. Luego, en el año diecisiete, posaba de líder y dirigente de la revolución y durante la guerra civil, se consideraba el principal artífice de la victoria. Altivo, arrogante, a ÉL no le daba ningún valor. En cuanto a los últimos quince años, se los ha pasado echándole a ÉL basura encima, denigrándole por todas las esquinas; incluso dicen que ha escrito un libro sobre ÉL, aunque no le ha dado tiempo de publicarlo. Ya se sabe lo que dirá el tal libro: que Trotski es un genio y Stalin una mediocridad. ¡No! El camarada Stalin rige los destinos del mundo y el señor Trotski está tendido en un depósito de cadáveres con el cráneo partido. Así tenía que acabar.

Beria le había entregado también el testamento de Trotski, escrito en febrero, antes del golpe de Siqueiros. El miserable barruntaba su muerte, sabía que no eludiría el castigo. Pero, no podía morir como todas las personas. Incluso al borde de la fosa había de tener un gesto teatral. En fin, veamos lo que ha escrito aquí.

Stalin abrió la carpeta que le había entregado Beria.

Testamento

Presiento que el desenlace está próximo. Estas líneas serán publicadas después de mi muerte.

Yo no tengo por qué refutar aquí las estúpidas y ruines calumnias de Stalin y sus agentes: mi honra revolucionaria no tiene ni una mancha. Ni directa ni indirectamente, yo no he mantenido nunca entre bastidores acuerdos o conversaciones con los enemigos de la clase obrera. Miles de adversarios de Stalin han perecido, víctimas de falsas acusaciones por el estilo. Las nuevas generaciones revolucionarias rehabilitarán su honra política y les darán su merecido a los verdugos del Krenlin.

Expreso mi cálida gratitud a los amigos que han permanecido fieles a mí en las horas más difíciles de mi vida. No nombraré a ninguno en particular porque no puedo nombrarlos a todos.

Sin embargo, me considero en el derecho de hacer una excepción con mi compañera, Natalia Ivánovna Sedova. Además de la dicha de ser un luchador por la causa del socialismo, el destino me ha deparado la dicha de ser su esposo. A lo largo de casi cuarenta años de vida en común, nunca ha dejado de ser fuente inagotable de amor, de grandeza de alma y de dulzura. Ha soportado grandes sufrimientos, particularmente en el último período de nuestra vida. Pero me consuela saber que ha conocido también días de felicidad.

38 El congreso de Londres (12-24 de abril de 1905) fue un congreso esencialmente bolchevique. La necesidad de su convocatoria se impuso debido a la escisión entre bolcheviques y mencheviques a raíz del II Congreso (Bruselas, 17 de julio-10 de agosto de 1903). El congreso de Londres aprobó resoluciones sobre los problemas tácticos más importantes: insurrección armada, gobierno revolucionario provisional, movimiento campesino, etc.

39 Se refiere probablemente a la presencia de Stalin, formando parte de una delegación de revolucionarios de las regiones caucásicas, en el «bloque de agosto», dirigido en Viena por Trotski.

He sido un revolucionario durante cuarenta y tres años de mi vida consciente y, de ellos, durante cuarenta y dos he luchado bajo la bandera del marxismo. Si hubiera de empezar de nuevo, obviamente procuraría eludir tales o cuales errores, pero la orientación general de mi vida permanecería invariable. Moriré siendo un revolucionario proletario, un marxista, un materialista dialéctico y, por consiguiente, un ateo. Mi fe en el futuro comunista de la humanidad no es ahora menos ardiente, pero sí más firme que en los días de mi juventud.

Natalia se ha acercado ahora a la ventana y la ha abierto del todo para que el aire entre mejor en mi cuarto. Veo una franja de hierba intensamente verde al pie de la tapia, el cielo azul y límpido encima y la luz del sol en todas partes. La vida es hermosa. Que las generaciones venideras la limpien del mal, de la tiranía y la violencia y gocen de ella plenamente.

27 de febrero de 1940. Cayoacán. L. Trotski.

3

Los primeros partes del servicio de inteligencia acerca del ataque que Alemania preparaba contra la URSS empezaron a llegar en junio de 1940. Stalin no les dio importancia. ¿Lo que decían algunos alemanes? Rumores. ¿La preparación de varios miles de paracaidistas que hablaban ruso? Invención de algún estúpido. ¿Movimiento de unidades alemanas en el territorio de Polonia? Vida militar normal en un país ocupado. ¿Concentración de tropas alemanas en la frontera soviética? Desinformación para engañar a Churchill, para distraer su atención de los preparativos de la invasión de Inglaterra.

Un aviso más serio se recibió, en octubre, de un agente infiltrado en el estado mayor alemán: Alemania comenzaría la guerra contra la URSS en la primavera del año siguiente. ¿Objetivo? La separación de Ucrania. Tampoco había que dar crédito a esa información: para la primavera del año siguiente no habría tenido tiempo Hitler de terminar la guerra contra Inglaterra porque no iba a lanzarse a cruzar el canal de La Mancha en invierno.

Y el estúpido cabezota de Litvínov da que te pego con la inevitabilidad del ataque de Alemania, con que la política de Mólotov es errónea. Sobreentendiendo a Stalin, claro, y no a Mólotov.

«La derrota de Francia es un fracaso total de la política soviética. Ahora Hitler no tiene un segundo frente; Inglaterra no es un segundo frente. Ahora el Reich dispone de los recursos de toda la Europa continental. Elogiar a Hitler es la política del avestruz, que esconde la cabeza en la arena.»

El viejo cretino no entiende nada. Hitler no atacará la Unión Soviética. Naturalmente, teniendo en cuenta su carácter impulsivo, siempre que no se le dé motivo para ello. Hitler debe estar persuadido de SU lealtad. De miembro efectivo del Comité Central, ÉL rebajará a Litvínov a la categoría de candidato. Hitler verá así que ÉL se desprende de los judíos. En cuanto a Zhemchúzhina, la excluirá totalmente del Comité Central. Para que vea Hitler que incluso ha sacrificado a la esposa de Mólotov, del jefe del gobierno.

El 5 de octubre se discutió en el Buró Político el plan de defensa del país. Fueron convocados Timoshenko, Sháposhnikov, Zhúkov y Vasilievski, uno de los dirigentes del Estado Mayor General autor del plan. Él debía presentar el informe.

Todos estaban sentados ante la larga mesa. Stalin, como de costumbre, caminaba por el despacho, se acercaba de vez en cuando al mapa por el que Vasilievski paseaba el puntero, luego se apartaba de nuevo, escuchaba a Vasilievski y trataba de hacerse una opinión definitiva acerca de él. Era la tercera vez que le oía informar y, cada vez, arraigaba más SU impresión favorable.

Vasilievski era hijo de un pope que continuaba atendiendo su diócesis en una apartada aldea. Beria había dado una característica favorable de Vasilievski, cosa rara porque, a cualquier buena referencia que daba sobre alguien, Beria añadía siempre algo negativo, por si acaso. Sin embargo, con Vasilievski hizo una excepción. Alcanzó el grado de capitán en la guerra mundial, estaba en el Ejército Rojo desde mayo de 1919, había cursado la Academia del Estado Mayor General, y en el Estado Mayor General servía desde el año treinta y siete. Era hombre entendido, afable, educado. Zhúkov era un buen militar, desde luego, pero irritaba por sus modales de soldadote. Con Vasilievski, en cambio, no era posible irritarse. Una vez ÉL le dijo: «Usted, camarada Vasilievski, parece incapaz de hacerle daño a una mosca ... Sea usted más duro». Tenía una voz bien timbrada, suave, el rostro agraciado, el cabello castaño claro y los ojos azules. Vistiendo una camisa rusa, habría pasado por un maestro rural. Stalin le escuchaba sin interrumpirle y sólo preguntó, cuando Vasilievski informó sobre las zonas fortificadas:

-¿Acaso planean ustedes una retirada?

-No, camarada Stalin. ¡De ningún modo! Nosotros sólo planeamos la ofensiva. Pero eso no excluye la creación de una línea defensiva en la frontera.

Stalin se detuvo, volviéndose hacia Vasilievski.

-No lo excluye, cierto. ¡Pero en la nueva frontera! La URSS tiene ahora una nueva frontera. Fortifíquenla. Pero ustedes planean también fortificaciones en la vieja frontera, y esa frontera ya no existe, ni existirá nunca más. Olvídense de ella.

-Pero está bien provista de armamento y bien equipada, camarada Stalin -objetó tímidamente Vasilievski.

-Magnífico. Ahí tienen ustedes equipamiento a su disposición. No hay más que desmontarlo y trasladarlo a la nueva frontera. Y todas las construcciones subterráneas, se las entregan a los koljoses para que guarden el grano. Dejar intactas las viejas construcciones defensivas significa decirles a las tropas: «No temáis, que tenéis a donde retroceder; a vuestra espalda tenéis otra potente línea defensiva». Eso significa cultivar en el ejército el espíritu de repliegue, enseñarle a retirarse y no a atacar. Continúe usted.

Vasilievski continuó. El plan era detallado. Vasilievski lo exponía con conocimiento de causa. Cuando terminó, se hizo el silencio en el despacho. Los militares callaban porque ya lo habían dicho todo con su plan; los miembros del Buró Político también callaban: no sabían lo que pensaba el camarada Stalin al respecto.

Stalin habló, continuando sus paseos por el despacho.

-No acabo de entender el planteamiento del Estado Mayor General. -Como siempre, hablaba lentamente, con precisión y en voz baja, obligando a todos a tensar la atención para captar cada una de sus palabras-. ¿En qué consiste el planteamiento del Estado Mayor General? Consiste en concentrar el grueso de nuestras fuerzas principales en el frente occidental. ¿En qué se basa este planteamiento? Se basa en el supuesto de que los alemanes, en caso de guerra, tratarán de descargar el golpe principal siguiendo el camino más corto: Brest-Moscú. ¿Se puede estar de acuerdo con ese planteamiento? Yo pienso que con ese planteamiento no se puede estar de acuerdo. Pienso que los alemanes no tomarían ese camino más corto. Todos los datos del servicio de inteligencia señalan que los alemanes quieren apoderarse de Ucrania. ¿Se puede dar crédito incondicionalmente a esos datos? Claro que no. Contienen mucha desinformación, mentiras y estupideces. Y, con todo, no es casual que siempre se mencione Ucrania. ¿Por qué no es casual? Admitiendo la idea de que Hitler se lance a una guerra contra la URSS, ésa sería una guerra larga -la URSS no es Polonia ni es Francia- y, sin cereales, sin combustible y sin materias primas, una guerra así es imposible. Eso significa que, para los alemanes, tienen una importancia excepcional el grano de Ucrania, el carbón del Donbass, el mineral de Krivoi Rog y el manganeso de Nikópolis. Por consiguiente, Hitler no prepararía su golpe principal en la dirección occidental, sino sudoccidental. Más aún porque Hitler se ha afianzado ya en los Balcanes y le resultaría más fácil descargar el golpe desde allí. Partiendo de este planteamiento es como hay que elaborar el plan.

Hizo una pausa y luego preguntó:

-¿Alguna objeción, camaradas?

Tanto Timoshenko como Sháposhnikov, Zhúkov y Vasilievski sabían que, según los planes del Estado Mayor alemán, el grueso de las fuerzas de los alemanes estaban orientadas hacia Smolensk y Moscú. Había más: para terminar cuanto antes la guerra, al ocupar los países de Europa, Hitler se había lanzado, ante todo, hacia sus capitales. Aquella era una táctica bien elaborada, que había demostrado su viabilidad.

Pero ninguno tuvo el valor de llevarle la contraria al camarada Stalin.

-Bueno, pues no hay objeciones -concluyó Stalin-. Le ruego al Estado Mayor General que vuelva a considerarlo todo y nos exponga un nuevo plan dentro de diez días.

El 14 de octubre se expuso de nuevo el plan del Estado Mayor General ante el Buró Político. En este plan retocado se consideraba que el golpe vendría del sudoeste, y allí se contemplaba la mayor concentración de tropas soviéticas. Igual que la vez anterior, Vasilievski hizo una exposición inteligente, detallada y persuasiva.

Stalin quedó satisfecho y, después de la reunión, invitó a todos los presentes a bajar una planta y comer en su casa.

La comida fue sencilla: que vieran los militares que el camarada Stalin vivía modestamente y siguieran su ejemplo. De primero les sirvieron un buen borsch ucraniano, de segundo carne hervida en abundancia con cereales bien preparados y, de postre, compota y fruta. Stalin bebía jvanchkará, un vino georgiano ligero, pero los militares prefirieron el coñac.

Stalin brindó a la salud de Vasilievski, tomó un sorbo de su copa y le hizo una pregunta inesperada: -Camarada Vasilievski, ¿y por qué no se hizo usted pope cuando salió del seminario? Confuso, Vasilievski farfulló algo acerca de que él y sus tres hermanos habían elegido otro camino en la vida.

-Claro, claro -sonrió Stalin-. No les atraía... Comprendido. Pues el camarada Mikoyán y yo queríamos haber sido popes, pero no nos admitieron. -Se volvió hacia Mikoyán-: ¿Verdad que no te admitieron de pope, Anastás?

-No me admitieron, camarada Stalin -confirmó Mikoyán.

-Ya ven ustedes. -Stalin se abrió de brazos-. Todavía no comprendemos por qué nos rechazaron.

Todos sonrieron, encantados de la broma del líder y de su buen humor.

Stalin hizo una pausa y de nuevo miró a Vasilievski.

-Y dígame, camarada Vasilievski, ¿cómo es que ni usted ni sus hermanos ayudan materialmente a sus padres? Según tengo entendido, uno de sus hermanos es médico, otro agrónomo y el tercero piloto. Son ustedes personas

acomodadas. Yo creo que todos podían haber ayudado a sus padres y, de ese modo, es probable que su viejo hubiera abandonado hace ya tiempo su iglesia. Porque, en realidad, sólo la necesita para subsistir.

Nadie sonreía ya porque nadie sabía adónde iría a parar Stalin ni cómo terminaría todo aquello para Vasilievski.

-Verá usted, camarada Stalin -empezó a explicar Vasilievski tratando de dominar su agitación-: el caso es que yo rompí todo contacto con mis padres en el año 1926.

-¿Que rompió el contacto con sus padres? -repitió Stalin fingiendo sorpresa-. ¿Y por qué razón, si no es un secreto?

-Porque, de lo contrario, no habría podido pertenecer a nuestro partido, no habría podido servir en el Ejército Rojo y mucho menos en el Estado Mayor General.

-¿Acaso rigen esas normas en nuestro partido y en nuestro ejército? -inquirió Stalin con el mismo aire sorprendido.

Todos sabían a la perfección que esas normas eran, precisamente, las que regían en el partido y en el ejército, pero nadie se lo confirmó al camarada Stalin. Más aún teniendo en cuenta que el propio camarada Stalin lo sabía muy bien.

Pero Vasilievski comprendía que estaba obligado a demostrar la veracidad de sus palabras para no quedar como un embustero a los ojos del camarada Stalin. Y dijo:

-Si me lo permite, camarada Stalin, le contaré cierto hecho...

-Cuenta usted.

-Hace dos semanas recibí, por primera vez en muchos años, una carta de mi padre. Pero yo, desde el año 1926, he indicado siempre en todos los formularios que mi padre es pope y no mantengo ninguna relación con él, ni personal ni epistolar. Y, de pronto, recibí esa carta. Inmediatamente fui a informar de ella al secretario de mi organización del partido. Y él me exigió que no contestara a la carta y que, en adelante, mantuviera la misma actitud en las relaciones con mis padres.

Stalin paseó una mirada de asombro por los rostros de los miembros del Buró Político sentados a la mesa. Éstos comprendieron lo que se esperaba de ellos y contestaron con idénticas miradas de sorpresa, extrañeza e incluso indignación.

-Su secretario es un cretino -dijo Stalin-. No tiene derecho a trabajar en el Estado Mayor General. En el Estado Mayor General hacen falta personas inteligentes y no zoquetes. El Ejército Rojo debe ser un ejército unido, monolítico, y no un ejército dividido según el principio del origen social. El padre de Lenin pertenecía a la nobleza y, como ustedes saben, Vladímir Ilich no renegó de sus padres. En cuanto a su caso, camarada Vasilievski, les ruego a usted y a sus hermanos que establezcan inmediatamente contacto con sus padres y les presten ayuda material regular. Y dígaselo a ese secretario de su organización del partido.

Eso, naturalmente, en el caso de que para entonces, sea secretario y aún trabaje en el Estado Mayor General.

4

María Konstantínovna le entregó a Gleb una carta llegada de Moscú: el Comité para Asuntos del Arte le sugería elegir una ciudad donde pudiese trabajar de decorador en un Teatro del Joven Espectador. Entre las ciudades propuestas estaba Kalinin. Y Gleb optó por Kalinin, ya que el director artístico por culpa de quien se marchó Gleb de aquel teatro había sido sustituido por otro nuevo.

Sin embargo, no parecía tener prisa. Le daba largas a su partida, y estaba claro que era por Lena. Esperaba con impaciencia sus visitas al Palacio del Trabajo, la acompañaba cuando se marchaba y regresaba sombrío, preocupado. Sin decir nada, se desnudaba y se metía en la cama. Se había enamorado. Dejó de salir con chicas. Sasha hizo lo mismo: ya le cansaban. Y no bebían tanto como antes.

Gleb telefoneó a Kalinin para ver cómo estaban las cosas y telefoneó a Leningrado solicitando los documentos que necesitaba y asistía a representaciones de los teatros locales para estudiar los decorados.

Una vez llegó Gleb al trabajo muy agitado:

-Han detenido a Misha Kanievski. Y dicen que a alguien más. Están limpiando Ufá.

-Después de las clases, nos acercaremos donde Lena -dijo Sasha.

-De noche, vamos a alborotar todo el barracón. Hay que ir ahora, antes de que oscurezca.

-Ocúpate de este grupo en mi lugar -le pidió Sasha a Stásik-. Toca algo, y que ellos practiquen.

Pararon un coche y fueron hasta el poblado fabril.

Delante del barracón había tres mujeres sentadas en un banco. Una de ellas, vieja, con el pelo gris, se apoyaba en un bastón. Las otras eran más jóvenes.

-Hola, buenas mujeres -sonrió Gleb-. Si nos hicierais el favor, ¿podrías decirle a Budiáguina, Elena Ivánovna, que salga? Nosotros no nos atrevemos a entrar.

-¿Os da miedo? ¿De qué? -preguntó la vieja, que tenía unos ojos vivarachos, inquietos.

-Como es un barracón de mujeres, si nos echan mano las mozas no nos van a soltar.

-Podría ocurrir -rió la vieja-. Mira que buena pinta tenéis. ¿De dónde sois?

-De la misma aldea. Como que poníamos a secar las botas de fieltro en la misma estufa.

-Sí que eres chistoso. -La vieja sacudió la cabeza-. ¿Y cómo te llamas? ¿Qué le digo a Lena?

-Le dices que han venido de su pueblo y que le traen recuerdos.

Salió Lena, con el mismo vestido sencillo que llevaba cuando fue al Palacio del Trabajo, se sorprendió al verlos y miró a su alrededor con recelo.

-Podíais ir donde juegan los niños -sugirió la vieja-. Allí hay un banco.

Algo brillaba en la hierba cerca de un montón de arena. Lena se agachó y recogió una palita roñosa, con la pintura descascarillada y mango de madera.

-La habrá perdido algún chiquillo.

-Han detenido a un pianista conocido nuestro que vino aquí expulsado de Leningrado -dijo Sasha-, y también a alguien más.

Parece que se llevan a los expulsados de otros sitios. Eso podría afectarte a ti.

Lena escuchaba en silencio, mientras limpiaba la palita con su pañuelo. Por fin levantó los ojos:

-Aquí, en la fábrica, todo está tranquilo.

-Es cuestión de tiempo.

-Desde luego. Pero, mientras no acaben de construir la fábrica, creo que no tocarán a nadie. Y menos a los obreros sin cualificación, que escasean.

-¿Cuándo terminarán la construcción?

-A finales de mes.

-¿Y tú piensas quedarte esperando a que te detengan?

-¿Qué puedo hacer?

-Marcharte.

-¿Adónde?

Gleb se levantó del banco.

-No perdamos tiempo, Lena. Vámonos a Kalinin. Inmediatamente. Yo tengo allí mi casa, tengo trabajo y gente amiga. Registramos nuestro matrimonio, toma usted mi apellido, su hijo vivirá con nosotros y será un hijo para mí.

Lena dejó de darle vueltas a la palita, se guardó el pañuelo en el bolsillo y miró a Gleb.

-Gracias, querido Gleb. Sé que sería feliz con usted. Pero ellos me encontrarán de todas maneras, y entonces también sufrirá usted las consecuencias. Y yo no quiero que padezca.

-Nadie la encontrará jamás -objetó Gleb-. Yo la protegeré.

-Cuando empezó lo mío -intervino Sasha-, un vecino nuestro me aconsejó que me marchara de Moscú. Yo no le hice caso. Fue un error. Y ahora, tú cometes el mismo.

Lena sacudió la cabeza.

-Entonces tú estabas en libertad y podías marcharte a donde quisieras. Pero yo estoy aquí confinada. Si me voy de Ufá, cometo una fuga. Darán orden de búsqueda y captura, me encontrarán y entonces me juzgarán, pero ya no sólo como «familiar». Lástima que no nos hayamos conocido antes, Gleb: habría aceptado su proposición sin vacilar.

-Le miró con afecto-. Porque lo que usted me ofrece, Gleb, es su mano y su corazón, ¿verdad?

-Sí. Y, además, le ofrezco la libertad.

-Conmigo, perdería usted la suya. Y es espantoso vivir con la angustia de que, en cualquier momento, la pueden detener a una y a la persona amada. -Le puso a Gleb una mano en el hombro-. Porque usted, Gleb, es para mí una persona entrañable... Y le digo sinceramente que, para los que estamos en mi situación, no existe gran diferencia entre todo esto -señaló los barracones y las sombrías naves fabriles- y un campo de trabajo. Yo creo que en un campo se está incluso más tranquilo.

Una apacible tarde de verano, no ha oscurecido aún, pero se ven luces en los barracones, ha salido Venus, la primera estrella vespertina, y el humo de las chimeneas fabriles se extiende sobre los tejados. ¡Qué paisaje tan idílico, demonios!

-De modo que vas a estar más tranquila en un campo, ¿eh?

Miró a Sasha con atención. Su voz tenía un tono hostil.

-Sí. Eso pienso.

-¿Y por quién vas a estar más tranquila? ¿Por tu hijo, quizá? ¿Porque te mandarán besos de su parte y a él le regalarán bombones de la tuya?

-Me hablas con crueldad, Sasha.

-Te hablo como os merecéis. ¿Es que no habéis aprendido nada de la experiencia de vuestros padres? Habéis permitido que os devoren, habéis agachado la cabeza. ¡Le temes a la orden de búsqueda y captura! Pero ¿qué tribunal te ha juzgado? ¡Ninguno! ¿Qué condena te han echado? ¡Ninguna! Os han ordenado ilegalmente que os fuerais a otra ciudad. Y todos habéis obedecido sin rechistar, os habéis marchado para esperar aquí a que os manden a un campo. Pero tú tienes el pasaporte limpio. Gleb y tú registráis vuestro matrimonio dentro de tres días, a ti te darán un pasaporte nuevo, con otro apellido, y nadie te encontrará. Pero tú no te atreves; te da miedo. Estáis acostumbrados a vivir como esclavos, y como esclavos moriréis. ¡Y os está bien empleado!

Con la cabeza gacha, Lena callaba. Al cabo de un largo silencio le dijo a Gleb:

-Usted que está de cara al barracón, ¿ve cuántas mujeres están sentadas en el banco?

-Cuatro.

-¿Y cuántas había cuando vinieron? ¿Tres?

-Sí, tres.

-¿La cuarta lleva una blusa verde?

-Sí.

-Es una de las que nos espían. Por eso no quería yo nunca que me acompañara hasta el barracón. Si me voy ahora con vosotros y no vuelvo aquí a dormir, pero sobre todo si no me presento mañana al trabajo, se lanzarán en mi busca. ¿Podemos marcharnos ahora mismo? ¿Hay algún tren?

-El tren de Leningrado pasará mañana a las doce del día.

-¿Están viendo? Sólo podré marcharme en mi día de descanso.

-¿Cuándo te toca?

-Pasado mañana.

-Esperar es arriesgado -dijo Gleb-. Y tampoco tenemos por qué salir en tren necesariamente. Podríamos tomar un barco y hacer trasbordo en cualquier sitio.

-Gleb, querido, ellos tienen gente en la estación, en el embarcadero, incluso en la terminal de autobuses. Algunos han intentado marcharse así, y los han cazado. Lo importante es que se den cuenta de mi ausencia lo más tarde posible. Por eso tengo que escaparme en mi día de descanso. -Esbozó una sonrisa: -Escaparme... ¡Qué palabra!

-A mí me gusta -aseguró Gleb queriendo echarlo a broma.

Sasha se levantó.

-Pasado mañana te esperamos. Procura venir temprano. Tal vez se nos ocurra alguna otra cosa.

-Llegaré a las nueve en punto. Y, como comprenderéis, sin equipaje. -Sonrió, al fin con su tímida sonrisa de antes-. Tendrá usted que agenciarme un vestuario nuevo, Gleb.

Al día siguiente, Gleb le pidió el finiquito a Semión Grigórievich, que puso mala cara, claro. Pero ¿qué iba a hacer? El muchacho tenía que incorporarse a su nuevo lugar de trabajo. Gleb le dijo que pensaba marcharse a los dos o tres días, pero lo que hizo fue comprar enseguida los billetes para el tren de Leningrado del día siguiente. Tenía amigos en la taquilla central y todo se lo arreglaron.

Por la tarde, en casa, Gleb le decía a Sasha mientras hacía su equipaje:

-Cuando quieran darse cuenta de su ausencia, ella estará ya en Kalinin y, mientras empiezan a buscarla, será ya Dubínina, Elena Ivánovna. ¿Suena bien?

-Muy bien.

-¿La orden de búsqueda y captura? Eso es para la milicia, las oficinas de empadronamiento, las secciones de personal de las empresas... Pero no para el registro civil. Además, que yo tengo allí a chicas conocidas. Anularán el viejo pasaporte, me lo darán a mí y yo lo quemaré. Nos traeremos a su hijo y, al cabo de algún tiempo, podemos tener ya uno nuestro. ¿Qué te parece?

-Que eso es lo menos complicado.

Gleb cerró por fin la maleta, puso encima su acordeón y se sentó a la mesa.

-¿Echamos un trago de despedida?

-Te advierto que, con Lena, tendrás que dejar esto.

-No te preocupes. No cometeré ningún exceso. Porque yo, chico, ando rondando ya los treinta. ¿Te acuerdas de lo que dijo tu querido Pushkin acerca de eso? -«A los veinte años petimetre garboso, y a los treinta ha hecho un matrimonio ventajoso.»

-Pues, bebamos por eso.

Tomaron una copa, Gleb tapó la botella y la guardó en la alacena.

-¡Se acabó! Lo que queda, para ti. Volvió a sentarse.

-Chico, no quisiera meterme en discursos...

-Ya sé cuánto te gusta estar callado -rió Sasha.

-Justamente. Lo que quiero decirte es que, nada más verla en la estafeta de Correos comprendí que era mi destino. Y no porque sea guapa o porque conozca lenguas extranjeras. No. Se trata de algo muy distinto... -Hizo una

pausa y luego prosiguió:- Es que ella está hecha de la misma pasta que tú: es delicada. Y esa cualidad suya despierta en mí ternura, adoración... y perdona estas palabras tan campanudas. Tú eres un hombre y, en este mundo, debes liarte a bocados como un perro de presa. Pero ella es una mujer. No puede convertirse en un perro de presa. Tu Uliana, por ejemplo, sí es capaz de hacerlo...

-Quédatala para ti.

-Eso no importa. Sea de quien sea, Uliana es un perro de presa. Pero Lena es una mujer y yo quiero defenderla, protegerla contra este mundo canallesco. Cuando le oí decir que trabajaba acarreado traviesas, me entraron ganas de ir allí y atizarles a todos esos directores y aparejadores, de obligarles a acarrearlas ellos. Estaba furioso. Hay una cosa que no puedo perdonarme: ¿por qué no me la llevé hace dos semanas, nada más recibir la carta de Moscú? Me dio cortedad, chico. ¡Una mujer así! ¿Cómo me acercaba yo a ella? ¿Cómo se lo decía? ¿Cómo me declaraba? Pero cuando me enteré de lo de Kanievski, me decidí de golpe: tenía que ayudarla, tenía que salvarla a toda costa. Que me ame o no me ame no tiene importancia. Lo esencial es sacarla de aquí... ¿y la has oído? «Usted, Gleb, es para mí una persona entrañable.» ¿Eh? «Sé que sería feliz con usted. » ¿Qué tal, chico? ¿Te ha dicho a ti alguien palabras por el estilo? A mí, no, ¡jamás!

-Lena es una mujer magnífica -dijo Sasha-. Hace muchos años que la conozco. Y me alegro por ti y por ella. Bueno, ahora, a la cama. Nos hemos acostumbrado a dormir hasta mediodía, pero mañana tenemos que madrugar...

A las nueve de la mañana estaban listos, pero Lena se retrasaba. Gleb no hacía más que asomarse a la ventana para ver si venía y dar vueltas por el cuarto.

-Algo la habrá retenido -trataba de calmarle Sasha-. Enseguida llegará. Dieron las diez, luego las once... Faltaba una hora para la salida del tren...

-¿Y si ha ido directamente a la estación? -sugirió Gleb.

-Ella no haría semejante bobada. Lo más probable es que hayan anulado el día de descanso. A las doce fueron en busca de Lena. En el banco estaba sentada, apoyándose en el bastón, la misma vieja con quien hablaron la vez anterior.

-Marchaos, muchachos, marchaos. Lena no está.

-¿Cuándo se la han llevado?

-Ayer. Marchaos, marchaos.

Ellos no se movían.

La vieja llamó a Gleb con la mano.

-¿De qué nacionalidad es, hijito?

-Rusa.

-¿Y de qué religión? ¿Ortodoxa o de otra?

-Ortodoxa.

-Dios la ayude -murmuró la vieja.

5

En la calle de Egor Sazónov, en el vestíbulo del edificio del NKVD, cumplieron un cuestionario: Budiáguina, Elena Ivánovna; fecha de nacimiento, 1911; dirección, poblado de Neftegaz; quién pregunta por ella, Dubinin, Gleb Vasílievich; parentesco...

-Escribe «su prometido» -aconsejó Sasha.

-No. Pondré «su primo». Es más seguro.

-No te busques parentescos con Budiaguín, ¿entiendes? Escribe «su prometido».

-El prometido no es un pariente y pueden mandarle a hacer gárgaras. Pero a un familiar, no. Que prueben a no contestarme.

-Pero no te sulfures. No saques los pies del plato.

-Ya lo sé, chico. Y tú no te metas, ¿eh?, porque lo echarás todo a perder. Se acercó a la ventanilla, llamó y entregó el cuestionario.

-¡Espere! La espera fue larga, aunque había poca gente en el vestíbulo.

Salían a fumar por turno. Sasha compró el *Pravda* en un quiosco que había en la esquina y se puso a hojearlo: victorias de Hitler en Europa, amistad indestructible con Alemania, el asesinato de Trotski, cometido «por uno de sus allegados y seguidores... Le han matado sus propios partidarios, han terminado con él terroristas a quienes él mismo enseñó a matar por la espalda, a cometer traiciones y crímenes».

Le han matado «ellos», está claro. Nos toman a todos por idiotas. Gleb andaba de un lado para otro, mirando con impaciencia hacia la ventanilla.

-¡Dubinin!

Gleb se acercó, y Sasha se situó a un lado.

-¡Su pasaporte!

Sasha le agarró por un brazo para advertirle que no lo entregara.

-¿Para qué necesitan mi pasaporte?

Una voz impersonal contestó por la ventanilla.

-Las informaciones sólo se proporcionan previa presentación de un documento que acredite la identidad.

Gleb sacó el pasaporte, empujó a Sasha y metió el documento por la ventanilla, que se cerró.

Los dos amigos se apartaron a un lado.

-¿Para qué les has dado el pasaporte? Haber dicho que no lo traías. Ahora empezarán a darle vueltas al asunto: ha aparecido un familiar de Budiaguin en Ufá. Vamos a largarnos antes de que sea demasiado tarde. Ya conseguirás un pasaporte nuevo en Kalinin.

Tiraba de Gleb hacia la salida, pero éste volvió a rechazarle.

-Yo, a éstos, me los paso ya sabes tú por dónde. Y de aquí no me muevo hasta enterarme de dónde está Lena. Imposible disuadirle. Gleb, siempre tan precavido, no se avenía a razones.

Se abrió una puerta cerca de la ventanilla y apareció un enkavedista gordo, achaparrado, con gafas. Se acercó un papel a los ojos y llamó:

-¡Dubinin!

-Yo soy Dubinin.

El enkavedista le miró atentamente, abrió más la puerta y, sujetándola con la mano, dijo:

-¡Acompáñeme!

-¿Para qué?

-Ahí dentro se lo dirán.

Gleb adelantó hacia él su rostro contraído por la cólera.

-¿Y por qué ahí dentro y no aquí?

El enkavedista retrocedió medio paso, se acercó de nuevo el papel a los ojos.

-¿Es usted quien pregunta por Budiáguina, Elena Ivánovna?

-Sí, yo.

-Pues, ahí dentro le informarán.

Sasha se acercó.

-Vamos a llegar tarde al trabajo, Gleb.

El enkavedista se le quedó mirando.

-Y usted, ¿quién es?

-Un compañero. Íbamos al trabajo cuando me pidió que entráramos aquí. Y hemos entrado.

-Bueno, pues vaya usted. Su compañero le dará alcance. Acompáñeme, ciudadano Dubinin.

-¡Gleb! -Sasha agarró a su amigo por un brazo.

El enkavedista le apartó de mala manera con el hombro y cerró la puerta después de hacer entrar a Gleb.

A Sasha le ahogaban el odio, la desesperación y el convencimiento de su impotencia. ¿Gritar, protestar? Saldrían una docena de jetas cuadradas, le atizarían una paliza, le meterían en un calabozo y, desde allí, ya estaba claro adónde iría a parar. Una banda de criminales se había adueñado del poder en el país. ¿Cómo luchar contra ellos? ¿Exponerse a una muerte segura? A nadie le aprovecharía, y ni siquiera se enteraría nadie de ello.

Sasha salió a la calle, detuvo un coche y dio las señas de Semión Grigórievich. Hacía tiempo que Gleb y él se conocían. Además, Semión Grigórievich daba clases de baile en el club del NKVD, y seguramente habría hecho algunas relaciones. Quizá pudiera recurrir a alguien para ayudar a Gleb.

Semión Grigórievich escuchó el relato de Sasha, prometió enterarse. Al final de la jornada le dijo que no había conseguido saber nada y añadió con su voz de actor bien impostada, mirando hacia otro lado:

-Las clases de los grupos que tiene usted, Sasha, terminaré yo de darlas. En cuanto a usted, Nonna puede entregarle el finiquito por las horas trabajadas.

Bien. Se deshacía de él. Y no haría nada por Gleb, claro.

-¿Por qué no? -replicó Sasha-. Puedo recoger mi finiquito. Pero eso no es todo, Semión Grigórievich. -El hombre le miró, expectante-. No, el finiquito no es todo, Semión Grigórievich -repitió Sasha-. Tienen que darme un certificado diciendo que he trabajado aquí desde tal fecha hasta tal otra y registrar en mi pasaporte mi despido. Por cierto... -Sacó del bolsillo de la chaqueta sus documentos, buscó el carnet de los Sindicatos, lo abrió-. Justo: no he pagado las cotizaciones de los Sindicatos estos tres últimos meses. Qué moroso ¿verdad?

-Sasha... Comprenda usted. Para eso, tendría que quedarse aquí más tiempo.

Sasha se encogió de hombros.

-No tengo prisa por marcharme. Quizás encuentre aquí algún otro empleo. Las cejas de Semión Grigórievich se enarcaron.

-Yo le creía a usted más sensato. Su mejor amigo está detenido, y también ha sido detenida la mujer que me recomendó.

-¡Vaya por Dios! -rió Sasha-. ¡Menudo avispero tiene usted a su lado, Semión Grigórievich!

Gozaba viendo su cara de susto. ¿Quería que se largara Sasha inmediatamente? Pues no, no se largaría. No escaparía, no echaría a correr. Se marcharía cuando quisiera. ¿Que le metían en la cárcel? Podían hacerlo, claro. Pero él no tenía la intención de salir corriendo a ciegas. Ciertamente no podía hacer nada por Lena ni por Gleb. Pero no los abandonaría así como así.

-Un momento, un momento... -La voz de Semión Grigórievich tenía trémolos de indignación-. A esa mujer yo no la he visto nunca en mi vida. Y en cuanto oí su apellido, me negué a darle trabajo.

-¿Y eso le parece un mérito? Bueno, no vamos a moralizar sobre el tema. Usted quiere que yo me vaya, está claro. ¿Ha sido sugerencia de María Konstantínovna?

-Sí. María Konstantínovna también considera que, para usted, lo más acertado es marcharse de aquí.

-Y a usted, ¿no le ha aconsejado que se marche también?

-Todavía hay que terminar las clases con dos grupos.

-Vaya, hombre... «Dos grupos». ¡Usted qué va a terminar esas clases! Lo que hará es poner pies en polvorosa. Les devolverá a los alumnos el montante de las clases que no les han dado. Y eso, para que no haya reclamaciones, para que no le busquen. Pero usted se marchará con todos los documentos en debida forma. Eso mismo exijo yo. También quiero llevarme mi documentación debidamente cumplimentada. Dígaselo así a María Konstantínovna.

Con una mirada hostil, María Konstantínovna puso el sello correspondiente en el pasaporte de Sasha, pegó ella misma las estampillas en su carnet de los Sindicatos y le extendió la certificación de haber trabajado en el Buró de Turnés Artísticas de la república de Bashkiria. En un folio con membrete oficial, sí, pero firmado por «El director de los cursos, S. G. Zinóviev». Y descolgó el auricular del teléfono como diciéndole a Sasha: «Esto es todo. Márchate y no remolonees por aquí». Fue un gesto desdeñoso y grosero.

-Gracias. -Sasha tomó el papel, se guardó sin prisa el pasaporte y el carnet de los Sindicatos en el bolsillo-. Probablemente pasaré por Moscú. ¿Quiere algo para Uliana Zajárovna?

-¿Para Uliana Zajárovna? -Le miró con descaro-. ¿Acaso la conoce?

¡Menuda tía!

-¿Se te ha olvidado? -Sasha puso cara de sorpresa-. Bueno, a mí también se me ha olvidado un poco. ¿Con quién estuve yo bebiendo vodka y picando unas riquísimas setas en salmuera en una habitación de lo más comfortable? ¿Con quién me metí en una cama que tenía un espejo encima? ¿No te acuerdas tú?

La mujer seguía sentada detrás de la mesa, sin levantar la cabeza, y sus pómulos resaltaban más en su rostro mongol.

-¿No dices nada? -Sasha señaló el teléfono-. ¿Por qué no llamas a la milicia? ¿Por qué no pides ayuda y gritas que hay un gamberro en tu despacho? ¿Te da miedo, eh? ¿Piensas que puedo contar lo de las setas en salmuera y lo de la cama? No temas, que no lo contaré. No quiero rebajarme.

Gleb no apareció al día siguiente ni al cabo de una semana. Tampoco vino nadie a recoger su ropa. ¡Basura, hijos de perra! Jamás había experimentado Sasha tanto odio, tanta sed de venganza. Sólo ansiaba vivir hasta el día que sonara el castigo.

Le pagó la cuenta a la patrona, tomó la maleta de Gleb y se la llevó a Lonia, el acordeonista, haciéndole prometer que si Gleb no regresaba dentro de un par de meses, le enviaría aquella maleta a su tía. Gleb había salido de casa en camiseta y calzando playeras. Sin ropa de abrigo, no resistiría la conducción por etapas. Quizá pudiera hacérsela llegar su tía.

Telefonó a su madre. Habló con ella como siempre, tranquilo y gastando bromas. De que abandonaba Ufá, no le dijo ni palabra. Sólo al final de la conversación, de pasada aunque con bastante claridad, añadió:

-Ha estado por aquí Lena. ¿Te acuerdas de ella? Estudiamos juntos en la escuela.

-Sí, sí, claro.

-Ha caído enferma. Parece que tiene para largo... Díselo a sus parientes, si conoces a alguno. ¿Me has entendido?

-Sí, sí. Te entiendo. Se lo diré. La madre, naturalmente, pensaba en Varia. Se lo diría.

Nina se alegraba de que trasladaran a Maxim a Moscú para estudiar en una Academia. Tendrían que estrecharse un poco, pero estarían más tranquilos. Aunque también en Moscú encarcelaban a la gente, Maxim no destacaría tanto. Allí, en el poblado militar acotado, había cierta promiscuidad: casas de dos o cuatro plantas muy próximas unas de otras, siempre los mismos rostros, miradas alertas... Maxim era Héroe de la Unión Soviética. Pero, precisamente por eso y porque mandaba un regimiento habiéndose adelantado a muchos, despertaba envidia, sentimiento desconocido para él y para Nina, pues siempre habían reconocido la superioridad de la inteligencia, del talento. Ahora, la norma de conducta era la hipocresía, la mentira, la delación. Durante el día, las esposas de los militares se preguntaban si regresarían sus maridos después del servicio y, cuando habían vuelto a casa, se preguntaban si no vendrían a detenerlos por la noche. Igual que todos, Nina no se atrevía a comentar las detenciones. Pero, ¿cómo no darle ánimos con un par de palabras a una vecina a cuyo marido se habían llevado la noche anterior? ¿Qué se debía hacer? ¿Volver la cabeza si se cruzaba una con ella en la escalera?

Habían detenido a Flerovski, el jefe de las fuerzas aéreas, a Víktorov, jefe de la flota del Pacífico, y a todo su estado mayor, habían fusilado a Fiedko, el jefe del Grupo de tropas de Primorie, y después al legendario Pokus, que en la guerra civil dirigió el asalto a Spass... Con una sonrisa apagada, Maxim le recordó a Nina una estrofa de la canción predilecta de su juventud ensalzando las gloriosas acciones de Spass y de Volocháevka.⁴⁰ Entonces estaban orgullosos de su país, cantaban a sus héroes. Ahora, en cambio, se vivía pensando en quién sería el siguiente que recibiera un tiro en la nuca.

Se hablaba en voz baja del mariscal Bliujer. Lo habían llamado a Moscú y le criticaron en el Buró Político. Sin embargo, Stalin se mostró afable con él, le consultó sobre la posible construcción de una nueva y estratégica línea de ferrocarril, y Voroshílov le invitó a que se tomase unas vacaciones con su familia en una dacha de Sochi. Y en esa dacha detuvieron a Bliujer y le llevaron a Moscú. Cuatro esbirros estuvieron torturándole, le saltaron un ojo... «Si te empeñas en no confesar, te saltaremos el otro...» Le condujeron ante Beria, y Beria le remató de un tiro. A su esposa le echaron ocho años de campo de trabajo, a los hijos los repartieron por diversos centros de acogida y el menor, que tenía ocho meses, desapareció sin dejar rastro.

Nina ignoraba si todo aquello respondía a la realidad, pero eso contaban. Se lo preguntó a Maxim.

-No hagas caso de esas conversaciones -contestó.

-¿Y va a cambiar algo si no hago caso? -estalló Nina, y salió del cuarto.

Luego recapacitó y lamentó su actitud. Maxim tenía los nervios de punta. Él se hallaba también bajo la vigilancia constante de la sección política, del buró del partido, de los osobistas... Respondía por cada uno de sus subordinados, por cualquier palabra que pronunciaran. Por esa razón había reaccionado así a su pregunta: le costaba abordar el tema. Ella no debía haber replicado con enfado. Había que aguantar. En septiembre comenzarían los cursos de la Academia, y Maxim había recibido ya la orden de presentarse.

Abrió la puerta y, como si no hubiera ocurrido nada, llamó a Maxim:

-Ven a darle las buenas noches a Vania. Te está esperando.

El poder soviético y el partido continuaban siendo para Nina conceptos sagrados. Pero, por amargo que resultara reconocerlo, ya no existía aquel partido, ya no existía aquel poder soviético. Claro que podía tener un disgusto si empezaban a remover lo que le sucedió a ella en el partido antes de marcharse de Moscú, pero no era probable que quedara en el comité de distrito ninguno de los que se ocuparon entonces del asunto. También decían que había cambiado la gente en el NKVD. Por otra parte, nadie sabía nada en la casa del Arbat y, además, no pensaban instalarse allí, sino en la vivienda que le proporcionara la Academia a Maxim.

Varia vivía con su marido, pero conservaba aquella habitación que tenían las hermanas en el Arbat, donde ambas continuaban empadronadas. Enseguida le dio las llaves a Nina, que empezó a ir por allí a menudo, quedándose a dormir algunas veces, hasta que se instaló definitivamente: la habitación que les había proporcionado la Academia era muy pequeña y Vania no dejaba estudiar a Maxim. La casa del Arbat tenía también la ventaja de que la madre de Maxim vivía en la escalera contigua y Nina dejaba con ella a Vania cuando iba a algún recado o a ver a su marido.

El regreso de Nina pasó desapercibido en la vecindad, igual que sucedió con su desaparición. Maxim, en cambio, causó sensación. Todos le recordaban de chico, como el hijo de la encargada del ascensor y, ahora, le veían hecho todo un Héroe de la Unión Soviética.

⁴⁰ En febrero de 1922 el Ejército Revolucionario del Extremo Oriente llevó a cabo en estos dos lugares importantes y victoriosas operaciones contra los guardias blancos y los ocupantes japoneses. Las dirigieron respectivamente Vasili Bliujer y Jeronim Boróvich. Ambos fueron fusilados más tarde, el primero en 1938 y el segundo en 1937.

Vinieron en delegación unos chicos de la escuela donde habían estudiado Nina y él, le dijeron que la escuela estaba orgullosa de él, que habían colgado su fotografía en el Rincón de Lenin y le rogaron que fuera a hablarles de sus hazañas, de las heroicas acciones del Ejército Rojo y de la derrota de los samurayos Japoneses.

Una vez se cruzó Nina en el patio con la madre de Yuri Sharok, que no la reconoció o fingió no reconocerla. No se imaginaria que a su lado caminaba el hijo de Yuri, su nieto. Y Nina, encantada: no tenía ningún deseo de entablar conversación con ella.

Nina telefoneó a Sofía Alexándrovna, la madre de Sasha, para preguntarle si podía ir a visitarla. Lo que más temía era un encuentro fortuito en el patio. No podría decirle nada delante de la gente, resultaría una conversación tirante, y Nina seguiría siendo a los ojos de Sofía Alexándrovna una persona que había traicionado a Sasha.

Nina deseaba aclararle que ella no le había vuelto la espalda a Sasha, que no le había traicionado. Al contrario: escribió una carta para defenderle y recogió firmas. Precisamente por eso montaron una acusación contra ella y tuvo que marcharse de Moscú. Si Nina se apartó de Sofía Alexándrovna, fue porque hospedó en su casa a Varia y al marido que tenía entonces. Nina no podía soportar ver a Varia con aquel hombre. Quizás hubiera debido sobreponerse a su antipatía y seguir visitando a Sofía Alexándrovna sin hacer caso de Varia y su marido, pero la verdad era que no lo consiguió.

Tal era la explicación lógica y persuasiva que había preparado Nina.

Pero cuando entró, con Vania de la mano, en aquella habitación interior tan familiar, presidida por una gran fotografía de Sasha encima de la cómoda, cuando vio a Sofía Alexándrovna, menudita, canosa, enflaquecida y avejentada, se echó a llorar. Y estas lágrimas reconciliaron a las dos mujeres sin necesidad de palabras.

¿Por qué lloraba? Lloraba por la juventud de todos ellos, por las esperanzas desvanecidas, por los sueños irrealizados, por tantos jóvenes, honrados y magníficos, sacrificados, fusilados, y crucificados. Lloraba por Sasha y por Lena, erradicados de la vida en la que creían y a la que amaban tan desinteresadamente. Lloraba por Iván Grigórievich y por Alevtina Fiódorovna, sus camaradas mayores, aniquilados en nombre de la Revolución a la que habían consagrado su vida. En su lugar habían aparecido gentes obtusas y despiadadas, trepadizos y aprovechados, a quienes había que obedecer ahora con la cabeza gacha.

Sentada en una esquina del diván, Nina se enjugaba los ojos con el pañuelo ahogando los sollozos. Vania, pegado a sus rodillas, le tiraba de una manga: «Mamá, ¿qué te pasa? Mamá, ¿por qué lloras?». Nunca se había permitido Nina semejante debilidad. Pero, allí, en casa de Sofía Alexándrovna, no pudo contenerse. Era el único corazón afectuoso que había encontrado en aquella vecindad, la madre de Sasha, y una madre también para Varia. Y Nina se había apartado de ella entonces. Sus explicaciones no podían justificarla: el miedo había hecho ya presa en ella entonces, doblegándola, mutilando su alma.

También a Sofía Alexándrovna se le saltaron las lágrimas al contemplar a Nina. No sentía agravio por lo pasado. Criaturas engañadas, una generación perdida, un país desdichado... También ese niño rubito, tan guapo; que se estrechaba contra las rodillas de Nina, vivía ya engañado a sus cuatro años. No sabía, ni probablemente llegaría a saber nunca dónde estaba su madre ni quién era su padre. Gracias a Dios, tenía a Nina, tenía a Maxim, no había desaparecido en un centro de acogida del NKVD.

Sofía Alexándrovna adelantó una mano y le acarició la cabeza.

-Hace mucho que mamá no venía por Moscú, lo añoraba, y ahora que está aquí y nos ve a todos, llora de alegría. ¿Me entiendes, Vania? -El niño no contestó, sino que miró interrogante a Nina-. Que te lo diga tu mamá. ¿No es verdad, Nina?

Nina profirió, enjugándose los ojos y sorbiendo las lágrimas:

-Sí, es verdad.

-¿Ves tú? -Sofía Alexándrovna volvió a acariciar la cabeza de Vania-. ¿Y qué, te gusta Moscú? El niño volvió a mirar a Nina, luego a Sofía Alexándrovna y contestó gravemente:

-Sí. Me gusta.

Varia invitó a Nina y a Maxim a su casa pocos días después de su llegada.

Igor y ella vivían en la calle Gorki, en una casa nueva. Las ventanas daban a la plaza Soviétskaia, en cuyo centro se alzaba un obelisco a la Victoria. Enfrente había otra casa nueva, con comercios y un restaurante en los bajos y, a la derecha, se encontraba el Soviet de Moscú. Era un piso grande, espacioso, pero Nina advirtió que Varia no se había traído nada del Arbat: ni la lámpara que tanto le gustaba, ni libros ni fotografías. Quizá lo hiciera para no dejar desmantelada aquella habitación.

Varia había ido a recibirles a la estación cuando llegaron. Agarró a Vania en brazos, le besó, le estrechó contra su pecho.

-Déjale en el suelo -exclamó Nina-. Te manchará ese traje tan bonito con los zapatos.

-No me manchará. Es muy listo. -También Vania se había abrazado a ella y no la soltaba-. Fíjate: se acuerda de mí. Me ha reconocido.

-¿Tú crees? -dudó Nina-. Al cabo de tanto tiempo... Sencillamente, le has gustado. Me he dado cuenta de que a los niños les gusta la gente guapa.

Varia sugirió que fueran al Arbat, comieran, descansaran del viaje y pasaran la noche allí. Maxim podía ir al día siguiente a enterarse de dónde iban a vivir.

-¿Qué necesidad tenéis de ir todos a la Academia?

Y se quedó con ellos hasta por la noche. Ella se encargó de bañar a Vania, de acostarle... Y, viendo cómo le besaba y le murmuraba palabras cariñosas al oído, Nina se preguntó si no lamentaría no haberse quedado ella con el niño o estaría pesarosa por no tener los suyos propios. Su mirada era triste.

Le preguntó si estaba enterado Sasha de su matrimonio. Lo preguntó sin malicia ni ninguna intención especial.

Varia tardó un poco en contestar con una frase algo extraña:

-Puede que sí y puede que no. Yo no lo sé.

Y cambió de conversación.

Ahora, al visitarla en su casa, amplia y luminosa, pero en la que no se notaba el alma de Varia, recordó Nina aquella extraña frase y encontró que todo encajaba. Cuando volvían a su casa le dijo a Maxim:

-Me parece que, de verdad, Varia sólo ha amado a Sasha.

Ígor Vladímirovich les gustó: amable, educado, afectuoso, quería establecer buenas relaciones con los familiares de su mujer. Reía diciendo que había incurrido en el delito de «prevaricación»: después de licenciarse, Varia había empezado a trabajar como ingeniero en una organización de proyectos que dependía de él.

-Vamos a cenar -dispuso Varia-. se pasará la carne. En cuanto a las bebidas, que decida Maxim. Maxim fue nombrando los vinos -mukuzani, tsinandali- y posó la mirada en una botella de vodka.

-Yo preferiría esto.

-Pues beberemos vodka -aprobó Varia-. Sirve tú, Ígor.

Su marido se levantó con la botella en la mano para ir llenando las copas. Varia alzó la suya.

-Nina, Maxim, ¡por vosotros! Por vuestro regreso, por que os vaya todo bien en Moscú, porque Maxim llegue a general.

Maxim sonrió, condescendiente:

-A general no se llega así como así.

-Pues ahí están Budionni, Chapáiev, Shors, Kotovski y no sé cuantos más de otras tantas películas. Simples suboficiales, mandaban ejércitos y, además, se jactaban: «Nosotros no hemos estudiado en academias».

-Várenka -la interrumpió suavemente Ígor Vladímirovich-: has propuesto un brindis, conque bebamos. Por usted, Nina. Y por usted, Maxim.

Nina había captado un matiz impertinente en la voz de Varia y optó por cambiar de conversación. ¿Para qué hablar del ejército mientras cenaban? Elogió uno de los platos.

-¿Lo has preparado tú?

Varia señaló con la cabeza hacia la ventana.

-No. Lo he encargado ahí, en el Aragvi, un restaurante georgiano. Lo aliñan con unas hierbas que ni sé cómo se llaman. Sin embargo, fue Maxim quien reanudó la conversación anterior.

-Entonces, eran otros tiempos, Varia. Y otra técnica, y otra guerra: una guerra civil. En la guerra moderna, no se pueden emplear los raseros antiguos. -Hizo una pausa, luego miró a Varia-: Si contemplamos el ejército desde puntos de vista anticuados, perderemos la próxima guerra.

Ígor Vladímirovich, que había apartado un poco su silla de la mesa, tenía un brazo sobre los hombros de Varia y observaba a Maxim con interés. Por los tiempos que corrían, había que tener valor para hablar de una posible derrota.

-Tienes razón, Maxim -dijo Varia en tono de disculpa-. Estaba bromeando. De todas maneras, te deseo que llegues a general. Y Nina será generala. Debe de ser agradable eso de tener una hermana generala.

-Está bien -replicó Maxim-. Procuraré complacerte.

-¿Admite usted la eventualidad de una guerra? -preguntó Ígor Vladímirovich.

Maxim contestó concisamente:

-Estamos en el segundo año de una guerra mundial.

Lo que le había dicho Maxim a Varia no era una réplica a su resabio, sino la expresión de la inquietud que él experimentaba. Una vez fusilados los mejores altos mandos, se habían apoderado de la dirección del Comisariado del Pueblo de Defensa militares procedentes del Primer Ejército de Caballería encabezados por Voroshílov. Eran hombres de escasos alcances, sin estudios, que vivían de la experiencia de la guerra civil. Kulik, un mariscal de nuevo cuño había declarado que el soldado rojo no necesitaba esa fantasía burguesa llamada metralleta, sino un buen fusil de tres líneas con su bayoneta, porque las balas son ciegas, pero la bayoneta sabe lo que hace. Kulik negaba también la utilidad de los morteros y aseguraba que la artillería debía ser tirada por caballos, ya que no hay máquinas que

resistan nuestros caminos. Y eso lo decía el jefe de la Dirección General de Artillería. Otros dirigentes de la defensa venían a estar a su misma altura. ¿Adónde conducirían al ejército?

Maxim, con su ponderación y sus dotes administrativas, era un buen jefe de regimiento. Le gustaba el orden y sabía hacerlo observar, con mano dura pero no cruel. Nacido en Moscú y educado en una de las mejores escuelas de la capital, entre hijos de intelectuales del Arbat, aventajaba por sus conocimientos y su capacidad a sus compañeros de servicio en el Extremo Oriente. Leía mucho y recibía libros y revistas de Moscú.

Obviamente, él no daba crédito a los procesos, públicos o a puerta cerrada: todo era demasiado evidente. No creía que fueran enemigos del pueblo militares probados en los combates de España, Jasán y Jaljín Gol. Pero pronunciarse en defensa de ellos significaba compartir su suerte, dejar de servir a su país y a una causa justa. No defendía a nadie; pero, con su innata astucia campesina, se las ingeniaba para no tener que condenar tampoco a nadie. Hasta entonces lo había conseguido, pero empezaban a mirarle con suspicacia. Tenía que marcharse de allí. Por eso fue muy oportuno su traslado a Moscú para asistir a los cursos de la Academia. Aunque lamentaba separarse de su regimiento, no había otra salida.

Sin embargo, tampoco en Moscú halló Maxim la calma. Se encontró con muchos amigos, unos que habían servido con él en el Extremo Oriente y otros con los que estudió incluso antes, en la escuela militar. Eran de la misma generación, komsomoles de los años veinte, y todos pensaban más o menos igual. Con el tiempo se habían vuelto precavidos y, sin embargo, hablaban de muchas cosas por eufemismos, por alusiones o, a veces, en forma de chistes. También los representantes de las fuerzas armadas que daban conferencias en la Academia se permitían decir cosas que rebasaban el marco de las crónicas periodísticas, cortadas todas por el mismo patrón. Además, aún había profesores de la vieja escuela a quienes los jefes perdonaban cierta ingenuidad política senil. El profesor de historia militar, por ejemplo, citó el siguiente aforismo de un militar: «Lo que provoca al agresor no es la consumada preparación del enemigo, sino, por el contrario, su falta de preparación para la guerra». Y, para los que eran capaces de razonar, estaba claro que aquello se refería a nosotros, a nuestro temor a prepararnos para la defensa a fin de no irritar a Hitler. Sin embargo, todos sabían dónde, en qué lugares de la frontera, estaban concentradas ciento cuarenta divisiones alemanas. En noviembre de 1940, el mariscal de campo Brauchich había inspeccionado esas tropas, acompañado por un grupo de generales, para comprobar su preparación.

Otro profesor, al analizar las acciones de las tropas alemanas en Europa, dijo que, para invadir Inglaterra, los alemanes tendrían que transportar por mar treinta divisiones como mínimo y, para ello, hacía falta tal número de barcos, de barcasas, de remolcadores y motoras, sin contar la flota de protección y logística.

-¿Tiene Alemania esa cantidad de medios navales?

Por su manera de encogerse de hombros dejó claro que Alemania no poseía ese número de barcos, que la invasión de las islas británicas por los alemanes era problemática y que carecía de base el convencimiento de la dirección soviética de que Hitler empezaría por atacar Inglaterra.

El mismo profesor, al recalcar el papel decisivo que habían desempeñado las grandes unidades de tanques en las operaciones victoriosas de los alemanes, no pudo reprimir esta observación:

-Pero nosotros hemos liquidado nuestros cuerpos mecanizados. -Aunque, enseguida añadió:- Al parecer, se ha optado por otra táctica.

Pero los que estaban al tanto de la vida militar sabían que, por obcecación, el alto mando se negaba a formar nuevamente los cuerpos mecanizados, que no había un número suficiente de tanques y que las divisiones de infantería sólo contaban con la mitad de sus efectivos. Todo eso, en vísperas de una guerra.

Así vivían Maxim y sus compañeros. Todo eran medias palabras, frases inconclusas, alusiones e hipótesis sobre un fondo de aletargantes informaciones oficiales. Cada cual tenía que sacar sus propias conclusiones.

El personal docente de la Academia se componía de buenos profesores, pero estaban constreñidos por el programa de estudios basado en la estrategia de «ofensiva y nada más». Estaba prohibido estudiar la táctica de la retirada forzosa, de los contragolpes, de la lucha en las condiciones de un cerco. La «estrategia de la ofensiva» condujo a que los arsenales fueran desplazados hasta las inmediaciones de la frontera («Nosotros iremos a la ofensiva») y, en caso de un ataque por sorpresa de los alemanes, caerían inmediatamente en manos del enemigo.

¿Por qué no se preparaban el país y el ejército para una guerra inevitable? Nadie osaba hacer esa pregunta y nadie hubiera osado responder a ella.

En lugar de una respuesta, los alumnos de la Academia debían estudiar a fondo el libro de Voroshílov titulado La defensa de la U RSS, que les enseñaba:

«El camarada Stalin, primer mariscal de la revolución socialista, gran mariscal de la victoria en los frentes de la guerra civil, mariscal del comunismo, sabe mejor que nadie lo que se debe hacer hoy.»

Después de la firma del pacto Mólotov-Ribbentrop, después de la entrada del Ejército Rojo en Polonia, comenzaron en Francia las detenciones de emigrados rusos sospechosos de estar relacionados con la Unión Soviética. Y la estrepitosa campaña antisoviética alcanzó su apogeo cuando la URSS atacó a Finlandia.

Antes de partir para América, Eitingon le dijo a Sharok:

-Ahora, aquí rigen las leyes y los tribunales del tiempo de guerra. No se mueva mucho. Zborovski abandonará probablemente París: les tiene miedo a los alemanes.

Sin venir a cuento, había pronunciado aquella frase en alemán. Para comprobar su dominio del idioma. ¡Mira tú! Habían fusilado a Spiegelglas, pero verificaban el cumplimiento de su misión.

Continuaron la conversación en alemán.

-¿Cree usted que vendrán aquí? -preguntó Sharok.

Eitingon se encogió de hombros.

-Me imagino que los alemanes estarán en París antes que los franceses en Berlín. Si los alemanes llegan aquí, ¿cree usted que nos entregarán a los guardias blancos?

¡Demonio de tipo! Había iniciado aquella estúpida conversación con el único fin de escuchar cómo hablaba Sharok el alemán.

-Ignoro los acuerdos que existen al respecto -contestó.

-A los guardias blancos no nos los entregarán; pero a los trotskistas rusos, es posible que sí. Zborovski, como judío, no quiere nada con los alemanes; como trotskista, no quiere nada con los rusos. Se marchará. A cargo de usted sólo quedará Tretiakov. Tome las máximas precauciones para sus contactos con él. Cambie de casa y de teléfono, suspenda las entrevistas personales, utilice los escondrijos. Apártese de todo lo demás. Dentro de un año o dos se aclarará la situación, se definirá nuestro enemigo. ¿Ha comprendido usted lo que he dicho?

-Naturalmente. -Se lo pregunto porque no habla usted el alemán con mucha fluidez. Le conviene practicar más. - Lo haré. Pero también yo quisiera preguntarle algo. ¿No excluye usted la eventualidad de que Alemania ataque a la URSS? -La Segunda Guerra Mundial no ha hecho más que empezar. Aún no está definida la distribución de fuerzas.

-¿Y cuál es su pronóstico? -insistió Sharok.

Ya que le dejaban en una situación peliaguda, quería tener un mínimo de orientación. Eitingon contestó después de reflexionar unos instantes:

-Un agente debe contemplar distintas variantes. De lo contrario, le pillarán por sorpresa los virajes políticos inesperados.

O sea, que no excluía la posibilidad de un conflicto entre la URSS y Alemania. El camarada Stalin afirmaba que el pacto garantizaría a nuestro pueblo una paz prolongada, pero Eitingon no creía en la viabilidad de esa paz. Tampoco Trotski creía en la viabilidad de esa paz, y Eitingon se marchaba a matar a Trotski.

Eitingon le miró de modo significativo.

-Hay que ver las cosas con cierta perspectiva. Manténgase en el anonimato, viva como un buen burgués. Su sueldo, su casa, un buen vino para la cena, un pequeño círculo de emigrados rusos conocidos... Ésos deben ser sus actuales intereses. Huelga decir que, como patriota, le preocupa la suerte de Francia.

Gracias a Dios, le ordenaban achantarse. Ahora habría sido muy fácil pegar el salto. Un agente como él sería un hallazgo para los franceses, los ingleses o los norteamericanos. Habría podido contarles muchas cosas y entregarles la red entera, empezando por Eitingon. Y le escondería. Pero ¿por mucho tiempo? Con los tráfugas no guardaban grandes miramientos: si ha traicionado a unos, puede traicionarnos a nosotros. Le sonsacarían todo lo que necesitaran y luego le tirarían por la borda. Además, ¿qué cariz tomaría la guerra? ¿Y si Hitler no combatía contra la Unión Soviética? ¿Y si, en unión de Stalin, caía sobre Francia e Inglaterra? ¿Dónde se metía él?

No. No era el momento. Según Eitingon, la situación se aclararía dentro de un año o dos. Con la ayuda de Dios, él los viviría tranquilamente.

Fue a inspeccionar el escondrijo del bosque de Vincennes. Todo estaba en orden. Era un lugar seguro. Citó a Tretiakov en un barrio periférico de la ciudad. En el metro, subió al último vagón y fue el último en salir para ver a todos los pasajeros. Cambió de línea y repitió la misma operación. Cuando se convenció de que nadie le seguía, entró en el café donde le esperaba Tretiakov y se sentó a su mesa.

Tretiakov estaba inquieto últimamente. Aunque las detenciones sólo habían afectado la parte prosoviética de la emigración, la suspicacia de las autoridades y el descontento de los franceses se extendían a todos los rusos. Tretiakov se quejó de que un señor de aspecto perfectamente respetable le había llamado «extranjero asqueroso» (sale étranger). En un comercio, delante de la gente. Y nadie salió en su defensa. Todos los franceses estaban contagiados ahora de rusofobia. ¿Y cómo podía ser de otro modo viendo la conducta de la casa imperial? Kirill Vladímirovich había casado a su hija con el hijo del ex kronprinz alemán. Los «ex» se casan con otros «ex» pensando que «menos por menos da más». ¿Qué les parece?

Sharok no captó la lógica de aquella tirada y cambió de conversación. Al viejo le encantó la perspectiva de suspender los encuentros personales y mantenerse en contacto a través del escondrijo: cuantas menos entrevistas, menos riesgo. Sí... Pero ¿y el dinero? Sharok calmó sus temores: le entregó un anticipo de tres meses y le prometió que seguiría pagándole regularmente.

-Y a tenor con la subida de los precios -concluyó Tretiakov.

-Sí, claro -contestó Sharok.

En la primavera de 1940 falleció en la cárcel Nadiezhda Vasílievna Plevítskaia. Antes de morir, se confesó con un sacerdote ortodoxo... La noticia preocupó a Sharok. Para la policía no existe el secreto de confesión, y seguro que habían instalado aparatos de escucha en la celda.

Sharok sopesó los posibles peligros. Él no se había entrevistado nunca con Plevítskaia. El marido, Skoblin, no conocía su nombre ni su dirección y, además, Sharok se había mudado ya dos veces de casa, cambiando también el teléfono. Pero, ¿sabría Plevítskaia algo acerca de Tretiakov? Todo era posible... Skoblin había estado oculto en casa de Tretiakov durante los dos últimos días, y Tretiakov era peligroso porque podía estar vigilado. Sharok le explicó todo esto al residente, quien le ordenó que dejara de ver a Tretiakov sin más explicaciones. «Si le necesitamos, ya le encontraremos.»

Una cosa no estaba clara. ¿Qué ocurría en México? ¿Fallarían otra vez?

Desde luego, había que terminar con Trotski por todo el follón que tenía armado desde el año diecisiete. Y no estaba mal que realizara la operación Eitingon: un judío mataba a otro judío. Si la misión era cumplida, condecorarían a Eitingon, a Sudoplátov y a Beria. Pero a él, Sharok, no le tocaría nada. Él era purriela. Ni siquiera se acordarían de que allí, en París, él había organizado el envío de la gente a México y había puesto en contacto a Mercader y a Silvia. Aunque, no se trataba de que le condecorasen o no, sino de que su carrera se atascaba. Al principio, Ezhov parecía tener la intención de colocarle, con el tiempo, en el puesto de Spiegelglas y es posible que incluso en el puesto de Slutski, y entonces le llevó a la Sección Extranjera. Pero eso era ya agua pasada. Ezhov y Spiegelglas habían sido fusilados, a Slutski le envenenaron y Sharok quedó estancado en el mismo puesto, sin esperanzas de ascender. Era un fastidio eso de que condecorasen a otros y él se quedara con tres cuartos de narices.

Ahora bien, si no lograban acabar con Trotski, caerían las cabezas de Eitingon y de Sudoplátov, y quizá también la de Beria. Con ellos podía igualmente pegarse el batacazo Abakúmov, que era quien le protegía ahora. Nombrarían a otros jefes, aparecería gente nueva, ¡Y otra vez a buscarles las vueltas para congraciarse con ellos! Preferible era que se quedasen los de ahora. Con Eitingon y Sudoplátov tendría menos quebraderos de cabeza. Por todo ello, Sharok deseaba que la operación saliera bien. Buscaba con atención alguna noticia sobre México en los periódicos, pero no encontraba nada. Lo demás no le importaba. Los franceses escribían bobadas para ahuyentar la idea de la guerra: estrenos de teatro, carreras de caballos, exposiciones... Ciertamente por la calle se veía a muchos militares, que se había ordenado el oscurecimiento por las noches, que el famoso Maurice Chevalier tenía un nuevo repertorio de canciones patrióticas y que a veces aparecían aviones alemanes, aunque no lanzaban bombas. Los clientes del patrono de Sharok opinaban que los alemanes no atacarían la línea Maginot: era demasiado para ellos.

Pero los alemanes entraron en Noruega y en Dinamarca, luego en Bélgica y Holanda y, contorneando la línea Maginot por el noroeste, se lanzaron sobre Francia. El 16 de mayo por la mañana se supo que la resistencia del ejército francés había sido rota y el camino de París quedaba expedito.

Comenzó a cundir el pánico. Multitudes de fugitivos del este y del norte de Francia cruzaban París empujando carretillas, carros o cochecitos de niño con cuanto habían podido cargar en ellos. Pasaban viejos automóviles con maletas, bultos, colchones, camas y divanes sobre el techo, bicicletas con sacos en el cesto, carretas, coches de caballos, carrozas de pompas fúnebres, vehículos de toda clase tirados por caballos, asnos, bueyes... Una niebla negra ocultaba el cielo. Unos decían que habían prendido fuego a unos depósitos de alquitrán en los arrabales, otros que estaba ardiendo Rouen y otros que era una cortina de humo de camuflaje.

Sharok fue a su oficina y encontró al patrono y a su hijo menor barriendo el vestíbulo. Por lo general, era trabajo de Marie, la empleada de la limpieza.

Pero Marie se había despedido aquella mañana porque se marchaba con toda su familia.

-Pues me temo que vengo a comunicarle idéntica noticia lamentable -sonrió Sharok.

El café donde solía cenar estaba cerrado. Había un candado en la puerta y tenía las ventanas tapadas con maderas. Los propietarios, que eran judíos, habían huido de París.

-Ya verá como todo se arreglará pronto -dijo Sharok para animar a su patrono.

Tenía la voz alegre.

Lo de «todo se arreglará pronto» significaba para él que los alemanes entrarían en París.

Sharok no temía la llegada de los alemanes. Hasta cierto punto, incluso facilitaría su situación: eran aliados. En caso de ser descubierto, le entregarían a Moscú porque él no trabajaba contra Alemania, sino contra los guardias blancos. Sharok aprobaba el pacto con Alemania. Había sido un paso acertado. La Alemania nazi estaba más cerca de nosotros que los plutócratas franceses e ingleses.

El 13 de junio se supo que los alemanes contorneaban París, aislándolo del resto de Francia. Sobre el ministerio de Exteriores, donde estaban quemando los archivos, se alzaban columnas de humo. Los altos funcionarios escapaban a toda prisa, en largos automóviles negros, con sus colaboradores inmediatos. Unos cuantos adolescentes se lanzaron a cortarles el paso en la esquina del Quai d'Orsay, animados por la multitud que gritaba: «¡Canallas! ¡Se largan y nos dejan tirados!» «¡Traidores!». Intervino la policía pidiendo que no se obstruyera el tráfico. París fue declarada ciudad abierta y se ordenó a las tropas francesas que no entraran en combate.

Sharok se encaminó hacia su casa. El calor era asfixiante. Hubiera querido tomar una cerveza fresca, pero los cafés y los comercios estaban cerrados.

El 14 de junio, aviones alemanes sobrevolaron la ciudad a escasa altura. Se veían las cruces negras de sus alas.

Transmitieron por radio una orden del gobernador militar de París: los habitantes debían permanecer en sus casas durante cuarenta y ocho horas. En ese tiempo, los alemanes terminarían de ocupar la ciudad. Los que vivían en el centro vieron pasar, desde sus ventanas, a las tropas alemanas cuyo desfile había sido presidido por generales nazis bajo el Arco de Triunfo.

Durante dos días, Sharok vio pasar tropas alemanas por la ciudad: motoristas con traje de cuero y casco de acero, quietos, semejantes a estatuas, soldados de infantería en camiones descubiertos, cuadrando los hombros, adelantando la barbilla, con las metralletas colgadas del cuello. Le sorprendió que muchos soldados llevaran gafas porque en la URSS no se admite a los miopes en las tropas. Y, finalmente, los tanques. Hacían retumbar los Campos Elíseos con el estruendo de sus orugas, se desplegaban por las calles llenando la ciudad de humo y rechinar metálico. ¡Menuda fuerza!

Sin embargo, pronto se les pasó el miedo a los parisinos. Los alemanes se comportaban correctamente. Ni estando bebidos importunaban a los transeúntes. Cantaban a voz en grito, reían a carcajadas y, por gestos, ajustaban el precio con las prostitutas.

Regresaban muchos de los que habían escapado de París. Volvían a abrirse las casas, los cafés y los comercios. Naturalmente, las enormes banderas con la cruz gamada que ondeaban en la alcaldía, el Arco de Triunfo y la Tumba del Soldado Desconocido herían el orgullo nacional de los franceses. Los parisinos pasaban muy serios por delante de la ópera: músicos con uniforme verdi-gris se habían instalado en la escalinata como si fueran los amos, y tocaban marchas alemanas, unas marchas briosas, marciales. Sí. Alemania es una potencia fuerte. Hitler sabe lo que quiere. Los franceses, en cambio, no lo saben. Mucho escribir en los periódicos, mucho hablar en la Cámara de los Diputados, y se les había ido la fuerza por la boca. Eitingon venía augurando desde hacía tiempo que los alemanes ocuparían París. ¿Acertaría también al pronosticar que Alemania atacaría a la Unión Soviética? ¡Mala cosa sería! Combatir con Alemania iba a resultar difícil, sobre todo estando Francia derrotada y los ingleses fuera de alcance, en sus islas. Una guerra contra Hitler significaba volver a la palabrería comunista, al «internacionalismo», a la «patria socialista» y tantas otras cosas que no prometían nada bueno para Rusia. En fin, ya se vería cómo se ponían las cosas.

De momento, Sharok se compró un diccionario alemán-francés barato y se puso a estudiar de firme. En los puestos de la calle había montones de diccionarios y de guías de París en alemán. Pero no tenían mucha aceptación. Los soldados alemanes preferían las postales con vistas de la Torre Eiffel y las fotografías pornográficas.

Los alemanes no importunaron a la emigración rusa. Sharok pensaba que, habiendo entregado a Alemania a muchos comunistas alemanes, Stalin pediría, a cambio, por lo menos a los guardias blancos más destacados. Pero la verdad es que a Moscú no le entregaron ni un solo emigrado ruso. Muchos de ellos salieron ganando con la ocupación: los alemanes les dieron trabajo como chóferes, vigilantes de edificios, encargados de comedores, y de intérpretes a los que sabían alemán.

Sharok pensó que también podría haber encontrado él alguna colocación, puesto que conocía bastante bien el alemán. Pero no había recibido órdenes al respecto.

A finales de agosto apareció en la prensa la noticia del asesinato de Trotski. Entonces empezó Sharok a seguir las crónicas de los periódicos con mayor interés, hasta que finalmente pudo hacerse una idea bastante aproximada de lo que había sido la operación.

El primer atentado fue cometido el 24 de mayo por un grupo numeroso que dirigía el pintor mexicano Siqueiros. Fracasó. Los periódicos no informaron de él o informaron de pasada. Y a Sharok se le pasó por alto: en comparación con la entrada de los alemanes en Francia, aquello no era muy importante.

Esta vez había realizado la acción Ramón Mercader, el mismo que, bajo la tutela de Sharok, había vivido en París con el nombre de Jean Mornard y luego, como Frank Jackson, salió para Norteamérica en pos de Silvia Ageloff. Entre todas las variantes, la que preparó Sharok resultó ser la acertada. Y ahora pensaba con amargura que nadie lo recordaría y los laureles serían para otros.

Desde Norteamérica, Ramón y Silvia partieron para México, donde Ramón tenía supuestamente intereses comerciales que atender y Silvia colaboraba en la secretaría de Trotski. Como novio de Silvia, Mercader aparecía algunas veces por casa de Trotski, se había hecho amigo de su nieto Seva y los guardas, acostumbrados a verle, le

dejaban entrar sin impedimento. Mercader prestaba algunos favores a la familia y sus allegados, los llevaba de tiendas y, una vez, llevó a unos cuantos en su coche hasta la costa atlántica en una excursión de cuatrocientos kilómetros. Un hombre joven, agradable y atento, un comerciante en posición desahogada. Mercader no buscaba el trato de Trotski ni intentaba acercarse a él. Mantenía una actitud respetuosa, pero distante, como persona ajena a la política.

Trotski se sorprendió un poco cuando Mercader le pidió de repente que leyera un artículo escrito por él, pero le pareció violento negarse: Ramón era el novio de Silvia, a quien todos querían en aquella casa. Su primera entrevista a solas tuvo lugar el 17 de agosto, cuando Mercader le llevó el artículo a Trotski a su despacho, y sólo duró unos minutos. Trotski hizo algunas acotaciones en el manuscrito y autorizó a Mercader para que volviera a los pocos días con el texto corregido.

El 20 de agosto volvió a presentarse Mercader. Venía con sombrero y una gabardina al brazo, aunque era un día caluroso.

-¿Cómo viene tan abrigado? -se sorprendió Natalia Ivánovna, la esposa de Trotski-. Hace sol.

-Pero no por mucho tiempo. Puede empezar a llover -contestó Mercader.

Si Natalia Ivánovna le hubiera propuesto dejar la gabardina en el perchero, todo se habría descubierto. Mercader se habría negado, pues llevaba el alpenstock y una navaja en el bolsillo, y ella, sospechando algo, habría llamado a la guardia. ¡Y eso hubiera significado el fracaso! No se puede reprochar a los guardas que ignorasen la existencia del alpenstock y la navaja. Trotski había prohibido cachear a las personas que visitaban su casa regularmente, explicándoles a los guardas que la desconfianza humilla a las personas.

Sharok sonrió irónicamente al leer estas líneas. Una curiosa manera de pensar para el «jefe y organizador del Ejército Rojo». Y así habían acabado su destino y su vida.

Tampoco se fijó la guardia en que, al aparcar su coche junto al muro exterior lo había hecho de modo que pudiera arrancar fácilmente. Tampoco advirtieron que a la vuelta de la esquina esperaba otro coche ocupado por Caridad, la madre de Mercader, y Naúm Isaákovich Eitingon.

La segunda y última entrevista también duró unos minutos. Trotski se sentó para leer el artículo, Mercader dejó la gabardina en un extremo de la mesa y, cuando Trotski se inclinó para hacer una acotación, Mercader sacó el alpenstock del bolsillo de la gabardina y lo descargó sobre la cabeza de Trotski. Sharok se imaginó la fuerza del golpe: además de ser físicamente fuerte, Mercader estaba bien entrenado, claro. La idea era que un golpe tan contundente acabaría instantáneamente con Trotski y Mercader tendría tiempo de abandonar la casa y partir en su coche.

Pero no resultó así. Trotski se levantó lanzando un grito espantoso y se abalanzó sobre Mercader, éste le empujó, Trotski cayó al suelo, pero logró incorporarse y escapó de la habitación dando traspiés. Los guardas agarraron a Mercader y empezaron a golpearle con las culatas de las pistolas. Mercader lloriqueaba:

-Ellos tienen a mi madre... Me han obligado... -No le maten -profirió Trotski con dificultad-. Hay que hacerle hablar.

Trotski conservaba todavía el conocimiento cuando llegó al hospital. Incluso bromeó antes de la operación: «Tenía citado al peluquero para mañana. Ahora habrá que aplazar su visita».

Sin embargo, el golpe asestado por Mercader era mortal. Trotski falleció veintiséis horas después.

Por fin se había realizado la operación tan esperada. A Sharok le extrañó la escasa inventiva de las versiones. La soviética presentaba al asesino como «una persona del entorno inmediato de Trotski» y estaba destinada al consumo interno. Pero en un bolsillo de Mercader encontraron una carta según la cual Trotski le había encomendado ir a Moscú y matar a Stalin. Como Mercader no quería cumplir ese encargo, se vio obligado a matar a Trotski. En México no existe la pena de muerte. La condena máxima es de veinte años de cárcel. Como eso era lo más que le echarían en cualquier caso, bien podía haber inventado una versión más inteligente. Claro que eso sería lo que menos le importaba a Eitingon. Él había cumplido la misión de Stalin y conservaba la vida, eludiendo la suerte corrida por Spiegelglas, su antecesor.

Mucho tiempo después se enteró Sharok de que Eitingon y Caridad se pasaron ocho meses en Cuba y California, esperando a que se calmara el revuelo, y sólo en mayo del cuarenta y uno regresaron a Moscú a través de China. Los que participaron en la operación fueron distinguidos con altas condecoraciones y, por una disposición secreta, se le concedió a Mercader el título de Héroe de la Unión Soviética.

8

De nuevo la estación de Kazán, el reloj de la torre con los signos del zodiaco. De nuevo la plaza Kalanchóvskaja... Coches, tranvías, pasajeros con sacos y maletas, puestos y quioscos, ajetreo y barullo. Pero no está el limpiabotas ni su caseta tampoco.

Ahora no experimentaba Sasha los sentimientos de temor y humillación que sintiera tres años atrás, cuando llegó de Siberia. ¿Que le pedían la documentación? Aquí está. Me encuentro en Moscú de tránsito. De trán-si-to. ¿Entendido? ¿El billete? ¿Sabéis leer? Pues, mirad.

Lo malo era que no vería a su madre. Si se acercaba por casa y alguien se daba cuenta, luego no la dejarían a ella en paz. Esos perros eran capaces de todo. Y telefonar sencillamente sólo serviría para causarle desasosiego. Estuve en Kalinin, luego en Ufá, ahora voy a Riazán... «¿A qué? ¿Por qué razón?» Desde Riazán, sí la llamaría: «He encontrado un trabajo mejor y estoy más cerca de ti».

Pero, al Instituto, iría derecho. Tenían la obligación de darle el certificado de estudios. Ahí estaba la libreta: se había examinado de todas las asignaturas con sobresaliente. Sólo le faltaba defender el proyecto. A los que no lo defendían les entregaban el certificado acreditando que habían cursado la carrera completa. Algunos chicos de Moscú lo hacían a propósito: no presentaban el proyecto para no ser destinados a la periferia. Se quedaban en Moscú y encontraban trabajo: aunque no tuvieran el diploma, eran especialistas con estudios superiores.

¿Para qué quería el certificado de estudios? Sasha no habría podido decirlo. En una empresa no se colocaría porque estaban los cuestionarios, la sección de personal... ¡Otra vez a empuñar el volante! Para chófer, no necesitaba el certificado de estudios. Lo mejor era la chapuza de las clases de baile. Pero ya no estaba Gleb ni estaba Semión. Además, que Riazán no era Ufá. A dos pasos de Moscú, seguro que todo el mundo sabía ya bailar el fox-trot. Tenía que buscar otra cosa. En Ufá había tropezado con algunos como él, que andaban rodando de un lado para otro. Lo que preferían era incorporarse a alguna expedición. Admitían a gente de aquí y de allá, trabajaban en lugares apartados, lejos de los jefazos y también de los organismos de seguridad. ¿Qué tal una expedición de investigaciones para la construcción de carreteras? ¿Eh? Había estudiado en el Instituto del Transporte, donde tenían asignaturas de Carreteras, Puentes, Geodesia, Topografía... Podía manejar un teodolito. Para eso sí necesitaría el certificado. Pero, sobre todo, estaba en su derecho al reclamarlo, ¿verdad? Bueno, pues que se lo dieran.

En la calle y en el tranvía se fijaba en la gente. Era la multitud moscovita de siempre: rostros fatigados, preocupados, hoscos, inquietos y desabridos, y también, de pronto, ajenos. Aunque, en realidad, el ajeno era él. Le habían desgajado de Moscú.

También le encontró aire ajeno a la calle Bajmétievskaja y al Instituto donde había estudiado cuatro años. Hacía siete que no iba por allí, y no experimentaba la menor emoción, nada se estremeció en su pecho. Sólo recordaba que le habían expulsado, pisoteado, atormentado y humillado. Todo era odioso: las paredes, las puertas, las escaleras, los pasillos, el olor a col agria que, como entonces, llegaba del comedor. No debía haber venido. Ver nuevamente las jetas odiosas, rogar, porfiar, rebajarse... No, rebajarse, no. Él venía a exigir algo que estaba en el derecho de reclamar.

Sasha no encontró su facultad. Convertida en Instituto independiente, había sido trasladada a la carretera de Leningrado.

En la Dirección, ni siquiera se dignaron mirar su libreta.

-Vaya usted al archivo y que busquen su expediente.

El archivo continuaba estando en un semisótano angosto y mal alumbrado. Tras una mesa incrustada entre armarios estaba el archivero, un anciano consumido, de aspecto bilioso, con chaqueta raída y manguitos negros. Tenía unas bolsas abultadas debajo de los ojos y éstos tan apagados como la bombilla que colgaba casi pegada al techo.

Sasha le explicó que ingresó en el Instituto en 1930, que a comienzos de 1934 terminó el curso técnico -ahí estaba la libreta con todas las asignaturas aprobadas-, que no hizo las prácticas ni presentó el proyecto y quería que le entregasen el certificado de estudios. En la Dirección pedían la documentación archivada.

El viejo escuchaba a Sasha con la cabeza inclinada.

-¿Por qué no presentó el proyecto?

Ceceaba, quizá porque le faltaran dientes o porque no se sujetaba bien la prótesis.

-Tuve que ausentarme de Moscú por razones familiares.

-¿Y por qué no ha solicitado el certificado en seis años?

-Porque no me ha hecho falta ni he venido por Moscú en todo ese tiempo.

-Déme usted su libreta.

El viejo hojeó la libreta, se levantó con dificultad, apoyando las manos en la mesa, y se dirigió hacia unos armarios que había al fondo. Abrió un cajón estrecho, estuvo mucho rato repasando las fichas, encontró al fin la que buscaba, volvió, se sentó, leyó la ficha, miró a Sasha, la leyó de nuevo y se la tendió.

Sí, era su ficha: apellido, nombre, patronímico, fecha y lugar de nacimiento... Todo exacto. Año de ingreso en el Instituto. También correcto. Motivo de su salida: «Condenado por actividad antisoviética contrarrevolucionaria».

El viejo no contemplaba ahora la mesa, sino a Sasha. Su mirada tenía un matiz vivo, moderadamente curioso, a Sasha le pareció que incluso zumbón, como si dijera: «Vaya con tus razones familiares...».

-Bueno, ¿y qué? -pronunció Sasha en tono de reto.

-¿Cómo? -inquirió el archivero sin comprender.

-El certificado de estudios se entrega a todo el que no ha defendido un proyecto, sea por la causa que sea. El viejo apartó la mirada y estuvo callado otro buen rato:

-Entregar el certificado no es asunto mío, sino de la Dirección, y a la Dirección es adonde debo mandar su ficha de estudios.

-Démela a mí, puesto que he venido a buscarla.

-Esto es un documento que no se entrega en mano. Vendrán a buscarlo de la Dirección. -Movié un poco los labios y añadió:- A mí, ya me cuesta trabajo subir desde aquí hasta la tercera planta. -y dijo, contemplando la mesa y sin levantar la mirada:- Aquí figura el motivo de su exclusión.

-¿Me priva eso del derecho de obtener el certificado?

-El director... -comenzó el archivero y enmudeció, pero luego repitió:- El director no se parará a pensar en el derecho de usted, sino en su propio derecho. Lo más probable es que consulte con alguien antes de darle este documento.

La alusión estaba clara. El director lo pasaría a la sección especial y los osobistas telefonearían al NKVD: aquí se ha presentado Fulano de Tal, que pide... Y el viejo le planteaba claramente la cuestión de si comprendía Sasha las consecuencias que podían resultar. ¿Sería posible que hubiera encontrado a una persona de verdad en aquel sótano, entre aquellas odiosas paredes?

-¿Vive usted en Moscú? -preguntó el archivero.

-Tengo un «excepto» en el pasaporte. No me empadronan en las grandes ciudades.

-Yo recuerdo su historia -dijo el viejo-. Ocurrió en tiempos de Glinskaia y de Krivoruchko. Me parece que su decano era entonces Yanson... o quizá Lozgachov. -Se volvió hacia Sasha y de nuevo asomó a su rostro una expresión viva, moderadamente curiosa y zumbona-. Todos resultaron ser enemigos del pueblo, ¿se da usted cuenta? Enemigos del pueblo resultaron ser. Y usted viene aquí diciendo que tiene derecho... -Clavó otra vez la mirada en la mesa-. ¿Cuándo tiene que marcharse?

-Hoy mismo.

-¿Tiene el pasaporte?

-Sí.

-Déjemelo ver.

Hojeó el pasaporte, se lo devolvió a Sasha, luego metió en una carpeta la ficha y la libreta y se levantó otra vez apoyándose en la mesa.

-Venga conmigo.

Se dirigieron a la segunda planta, a la Dirección. El viejo subía lentamente, agarrándose al pasamanos, deteniéndose un buen rato en cada descansillo. Sasha hizo intención de ayudarlo sujetándole por un codo, pero él se desprendió.

Por fin llegaron.

-Espere aquí.

El archivero entró por una puerta con la tablilla de «Sección de personal».

No había ni un banco por allí. Sasha se puso a pasear por el pasillo tan conocido. Al final, sobre una base de escayola, había un busto de Lenin flanqueado por banderas rojas. En las paredes, consignas, el tablón de las órdenes, el periódico del Instituto, anuncios...

Diez años atrás había llegado allí por primera vez para entregar sus documentos a la comisión de admisión. ¡Diez años! Ahora tenía veintinueve; entonces, diecinueve. Les repetían hasta la saciedad las obtusas formulaciones stalinistas, y el libro de texto más importante era *Cuestiones del leninismo*, de Stalin, que se aprendían de memoria porque un error podía acarrear la expulsión del Komsomol. Ahora eran otros tiempos. A los «chicos férreos» de la revolución les habían sucedido los «chicos de comité de distrito», pequeños funcionarios correctos, sumisos, fríos y cumplidores.

El archivero le había dicho cosas curiosas. Que Glinskaia, Yanson y Krivoruchko habían de terminar en la cárcel estaba claro. Pero incluso a Lozgachov, advenedizo y pancista, le habían endilgado el artículo 58. Sasha lamentaba, sobre todo, lo ocurrido con Yanson. Los estudiantes le querían. Era un hombre bueno y probo. Hijo de un campesino letón, había trabajado de bracero, luchó en la revolución y la guerra civil y luego cursó estudios superiores. Era uno de entre los tres millones a quienes la revolución sacó de las clases bajas para incorporarlos a la cultura. Cuando cateaban a algún alumno, Yanson le llamaba a su despacho para «hablar con el corazón en la mano».

-El país se preocupa por usted, le brinda la posibilidad de estudiar una carrera gratis, la oportunidad de hacerse alguien -era su muletilla-, y usted no lo aprecia.

Era un hombre honrado.

De la sección de personal el archivero pasó al despacho del director. Sasha consultó el reloj: el archivero se había pasado una hora justa en la sección de personal. ¿Cuánto se pasaría en el despacho del director?

En el despacho del director, el archivero estuvo una hora y media. Sí que tardaban en decidirse. O quizás estuvieran «consultando» con quien correspondiera. La secretaria iba y venía, entraba gente, salía gente... Aunque posiblemente acudieran al director con asuntos que nada tuvieran que ver con el suyo y el archivero estuviera sentado en la sala de espera.

El hombre apareció, miró a Sasha, no le dijo nada, se dirigió de nuevo a la sección de personal... «Estarán corrigiendo o comprobando algo», pensó Sasha al ver que el viejo volvía donde el director.

Sasha esperaba pacientemente. ¿Que se salía con la suya? Bien. ¿Que no? Pues mala suerte. ¡Al demonio con todos! Se las arreglaría sin el certificado como había hecho hasta ahora.

Por fin salió el archivero y le tendió a Sasha su libreta.

-Aquí tiene usted. -Luego, le tendió un folio-. Y esto también.

Era un certificado auténtico, impreso, cumplimentado caligráficamente con tinta china: el apellido de Sasha, el nombre y el patronímico; las fechas de ingreso y de final de estudios; las asignaturas y las cualificaciones. Pero, abajo del todo, después de la frase «No presentó el proyecto», figuraba «debido a su detención».

-Es todo lo que he podido hacer por usted.

Indudablemente, lo de la detención se había añadido por orden del director. ¡A la porra! Doblaría el impreso por allí y, con el tiempo, se borrarían esas palabras.

Sasha miró al viejo con gratitud.

-Muchísimas gracias. Y, antes de despedirme, ¿quiere decirme cómo se llama usted?

-¿Para qué? Le deseo que tenga salud y todo le vaya bien. Dio media vuelta y empezó a bajar la escalera. Sasha salió del Instituto para ir a la estación y, desde allí, a Riazán. ¿Qué le esperaba en Riazán? ¿Tendría suerte igual que la había tenido en el Instituto?

9

Sí, Stalin podía estar satisfecho de sus mariscales y sus generales: cumplidores, obedientes, no se metían en política y, por su conversación con Vasilevski, habrían comprendido que conocía absolutamente todo lo relativo a cada uno de ellos.

No estaban muy claras las acciones de Hitler. Había acantonado tropas en Rumanía y en Finlandia y había firmado con Japón e Italia el «Pacto de los tres». Japón se había convertido en aliado de Alemania y, en caso de guerra en occidente, la URSS se encontraría con un segundo frente en oriente.

En respuesta a una demanda de Mólotov, Ribbentrop propuso a la Unión Soviética unirse al «Pacto de los tres», convirtiéndolo en el «Pacto de los cuatro». Pero eso arrastraría a la Unión Soviética a un conflicto armado contra Inglaterra y los EE.UU. para lo cual no estaba preparada. Se decidió iniciar largas conversaciones diplomáticas para ganar tiempo.

Mólotov viajó a Berlín el 12 de noviembre. Se entrevistó dos veces con Hitler. En sus prolijos discursos, Hitler aseveraba que Inglaterra sería derrotada próximamente y que Alemania y la URSS, en unión de Italia y Japón, estaban llamadas a repartirse la herencia británica. Hitler eludía las tentativas de Mólotov de hablar de las tropas alemanas acantonadas en Finlandia y Rumanía, de los estrechos del mar Negro y de la situación en los Balcanes. Sin hacerle caso, seguía con sus lucubraciones acerca del reparto global del mundo.

Las conversaciones con Hitler no dieron ningún resultado. Cuando Mólotov emprendía el regreso, le dijo Ribbentrop:

-La cuestión esencial consiste en saber si está dispuesta la Unión Soviética a colaborar con nosotros en la liquidación del imperio británico. Todo lo demás es ahora absolutamente insignificante.

Había que reaccionar a estas palabras. Y de nuevo se optó por darle largas y, entre tanto, regular las relaciones con Japón independientemente. Japón, que se preparaba para caer sobre Indonesia, Malaya, Singapur y Birmania, necesitaba tener cierta garantía por el lado de la URSS.

El 13 de abril de 1941 se firmó en Moscú un pacto de neutralidad entre la URSS y Japón. Stalin estaba radiante. De nuevo le había demostrado ÉL a Hitler que había adivinado sus intenciones. Hitler daba algunos pasos para ver cómo reaccionaba ÉL. Era igual que una partida de ajedrez con pueblos y países en lugar de figuras, y cada una de sus jugadas de respuesta le causaba seguramente admiración a Hitler: se las había con un rival digno, con un aliado digno.

Cuando Matsuoka, el ministro de Exteriores japonés, se marchaba de Moscú después de firmar el tratado, se retrasó la salida de su tren en la estación de Yaroslavl: Stalin había ido a despedir personalmente a Matsuoka. Caso

único en la historia del Estado soviético. Hasta ese día, nunca había ido Stalin a recibir ni a despedir a ningún representante extranjero. En el andén, Stalin posó una mano en el hombro de Schulenburg y, dirigiéndose a Matsuoka, pronunció solemnemente: «Debemos seguir siendo amigos y hacer todo lo posible para ello». Y, al estrechar la mano a Krebs, el agregado militar alemán, dijo cordialmente: «Seguimos siendo amigos».

El tren se puso en marcha después de estas ceremonias y, en su vagón-salón, Matsuoka pudo meditar tranquilamente sobre la situación creada. Al parecer, Stalin no sabía ni barruntaba nada de nada a pesar de su imponente servicio de inteligencia. Hallándose en Berlín antes de la firma del tratado, Matsuoka se había entrevistado con Hitler, quien le dijo: «Dentro de unos meses, se habrá terminado con la URSS como gran potencia». También entonces informó Matsuoka a Ribbentrop de la eventual firma de un pacto con la URSS y Ribbentrop no formuló ninguna objeción. O sea, que Hitler no necesitaba un aliado contra la URSS. Pensaba arreglárselas él solo.

También recordaba Matsuoka su visita al general Zhúkov, jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo. A la parte soviética le sorprendió que solicitara aquella visita, pero Matsuoka la consideraba imprescindible. ¿Sería posible que Mólotov y Stalin no estuvieran enterados del inminente ataque alemán? Políticos avezados, podían estar representando un papel. A Zhúkov, sería más fácil calarle. ¿En qué puede pensar el jefe de un Estado Mayor General en vísperas de una guerra? Obviamente, sólo en la guerra. Según informó luego Matsuoka en Tokio, se halló ante un soldado que trataba desmañadamente de mostrarse amable porque se lo habían ordenado desde arriba, que confesaba no haber estado nunca en el extranjero, pero que había leído mucho acerca de Alemania, Italia e Inglaterra, aunque abundaba de forma primitiva en el sentido de que los países se conocen visitándolos personalmente mejor que a través de los libros. Pero Matsuoka se quedó sin dilucidar si estaba enterado Zhúkov del inminente ataque de Alemania.

Stalin estaba satisfecho de la firma del pacto con Japón: la URSS no tendría un segundo frente, mientras que Alemania sí lo tenía -Inglaterra-. Y mientras Hitler no venciera a Inglaterra, no atacaría a la URSS. Naturalmente, siempre que no se le diera un pretexto y que aumentara la confianza y la simpatía entre ellos. Para eso, tenía que hacer la política ÉL mismo, como cabeza del estado. A comienzos de mayo, Stalin se puso al frente del gobierno asumiendo la presidencia del Consejo de Comisarios del Pueblo. Mólotov quedó como comisario del pueblo de Asuntos Extranjeros.

Stalin continuaba sin darle crédito a ninguna información acerca del ataque que Alemania preparaba contra la URSS. Todo eso eran jugadas de peones sin importancia sobre el tablero de ajedrez. Incluso Mólotov, con toda su cerrazón, había dicho en una reunión del Buró Político:

-No hay que fiarse de los agentes: pueden conducir a una situación peligrosa, difícil de enmendar luego. Tanto aquí como allá, hay provocadores a montones.

Estaba en lo cierto. La mitad de nuestros agentes en el extranjero trabaja para el otro lado y les informan de todo a sus amos. No es casual que muchos se nieguen a regresar y se pasen al lado del enemigo.

Sin embargo, no sólo los agentes, sino también los jefes de unidades nuestras informan de concentraciones de tropas frente a la nueva frontera de la URSS, del constante desplazamiento hacia ella de columnas de tanques, artillería y armamento, de violaciones de la frontera, de frecuentes vuelos de reconocimiento de aviones alemanes al interior del territorio soviético.

Muchos jefes militares se extrañan de que no se les permita responder a esas provocaciones. Incluso Zhúkov ha osado dirigirle a ÉL esa pregunta.

Aunque, después de echarle un buen rapapolvo a Zhúkov por ello, le escribió a Hitler, en un mensaje especial como jefe de gobierno, que le sorprendía la concentración de tropas alemanas frente a la frontera soviética, que daba la impresión de que Alemania se disponía a combatir contra la Unión Soviética. A lo cual Hitler contestó inmediatamente y, como subrayó, con toda la confianza en una carta personal a Stalin que el señor Stalin estaba bien informado; que, en efecto, había grandes unidades militares concentradas en Polonia, pero que no estaban dirigidas contra la URSS; que él, Hitler, observaría rigurosamente el pacto concertado y lo afirmaba por su honor de jefe de estado. El motivo era que el territorio de Alemania, bien localizado por los ingleses desde el aire, estaba siendo sometido a fuertes bombardeos de los británicos. Por eso, se había visto obligado a desplazar tropas hacia el este. Hitler esperaba que esta información no iría más allá de Stalin.

Una respuesta sincera, amistosa, persuasiva y, sobre todo, en consonancia con su convencimiento de que no se debe dar crédito a los agentes.

Sin embargo, encontrándose en Moscú el embajador soviético en Berlín, Dekanózov, fue invitado a almorzar por el embajador alemán, Schulenburg. Éste le dijo en presencia de Hilger, consejero de la embajada:

-Señor embajador, aunque esto no haya ocurrido probablemente jamás en la historia de la diplomacia, voy a descubrirle el secreto de estado número uno. Notifique al señor Mólotov, y espero que él informará al señor Stalin, de que Hitler ha tomado la decisión de comenzar la guerra contra la URSS el 22 de junio. Se preguntará usted por qué hago esto. Yo estoy educado en el espíritu de Bismarck, que siempre estuvo en contra de una guerra contra Rusia.

Se informó a Stalin. En una reunión del Buro Político dijo:

-Habrá que pensar que la desinformación ha llegado ya al nivel de embajadores. Los miembros del Buró Político estuvieron de acuerdo en que la desinformación había llegado ya al nivel de embajadores.

Ahora, las informaciones del servicio secreto y los partes de jefes de unidades situadas en las fronteras soviéticas sólo conseguían irritar a Stalin.

Richard Zorge, el agente soviético Ramzai residente en Japón, remitió a Moscú la fotocopia de un telegrama de Ribbentrop al embajador alemán en Tokio, donde se decía que el ataque de Alemania a la URSS estaba planeado para la segunda mitad de junio.

La misma advertencia hizo llegar Churchill a Stalin a través del embajador británico.

El 11 de junio, un funcionario de la embajada alemana en Moscú, Gerhard Kegel, informó de que se había recibido de Berlín la orden de destruir todos los documentos secretos de la embajada y prepararse para la evacuación en el plazo de una semana.

El 12 de junio, el agente soviético Rado previno desde Suiza: «El ataque tendrá lugar el domingo 22 de junio al amanecer».

Sin embargo, el 14 de junio se informó oficialmente al pueblo soviético a través de la prensa y la radio: «Alemania observa rigurosamente las condiciones del pacto de no agresión, lo mismo que la Unión Soviética, en vista de lo cual, según opinan los medios soviéticos, carecen de todo fundamento los rumores acerca del propósito de Alemania de romper el pacto y emprender un ataque contra la URSS».

El 15 de junio se recibió un nuevo telegrama de Zorge desde Japón: «El ataque tendrá lugar, sobre un amplio frente, el 22 de junio al amanecer».

El mismo día, Timoshenko y Zhúkov presentaron a Stalin una carpeta con los últimos partes acerca del inminente ataque de Hitler. Stalin los hojeó por encima, arrojó la carpeta sobre la mesa y señaló otra:

-Ya se me ha informado de todo este galimatías. Es más: un gilipollas nuestro, que se ha montado en Japón sus fábricas y sus burdeles, ha llegado incluso a precisar la fecha del ataque alemán: el 22 de junio. ¿Van a decirme que se le puede dar crédito? Retírense ustedes y ocúpense de lo suyo. Y prohíban terminantemente a sus subordinados que cedan al pánico. Ahí tienen a Pávlov, jefe de la región militar occidental. Ha enviado ya tres partes pidiendo que se le permita ocupar las fortificaciones de campaña de la frontera. ¿No les parece que el general Pávlov quiere provocar una guerra?

Zhúkov se atrevió a responder:

-Camarada Stalin, nosotros no tenemos motivos para dudar del general Pávlov. Es un hombre probado. Cierto que cauteloso, precavido.

-So pretexto de cautela se puede muy bien favorecer al enemigo -le interrumpió Stalin-. Si Pávlov se permite cualquier acción arbitraria, responderán ustedes con sus cabezas. «¡Precavido!» Pávlov es precavido y el gobierno y el Comité Central del partido no son precavidos, ¿eh? -Timoshenko y Zhúkov callaban-. Pues bien -profirió severamente Stalin-. Prohíbanle terminantemente a Pávlov incluso enviar semejantes telegramas. Explíquense, si es que no lo comprende, que un movimiento de tropas sólo puede servir para provocar a los alemanes.

El 16 de junio llegó de Alemania una comunicación de un agente secreto:

«En Dresden ha tenido lugar una asamblea de 2.500 personas designadas para encabezar diferentes departamentos en el territorio soviético ocupado.» A continuación se citaban los nombres de los futuros burgomaestres de Moscú, San Petersburgo, Kiev, Minsk y Tiflis.

Stalin ordenó convocar a Merkúlov, comisario del pueblo de Seguridad del Estado, y a Fitin, jefe de la Dirección de Inteligencia. Ambos llegaron al Kremlin a los pocos minutos. Stalin no les invitó a tomar asiento y permanecieron de pie junto a la puerta.

Paseándose por el despacho y sin llamar a Fitin por el nombre y el patronímico, Stalin dijo:

-Jefe del Servicio de Inteligencia: informe de las fuentes que transmiten esas informaciones, de su credibilidad y de las posibilidades reales que tienen de obtener tales datos secretos.

Fitin habló en detalle de cada agente. Después de escucharle, Stalin caminó todavía un buen rato por el despacho y al fin dijo:

-Escúcheme, jefe del Servicio de Inteligencia: aparte de Wilhelm Pieck, no hay ni un alemán a quien se pueda dar crédito. ¿Está claro?

Fue hacia la mesa, se inclinó, leyó de nuevo la comunicación, escribió algo en ella y se la entregó a Fitin.

-Vaya, compruébelo todo de nuevo y pásame un informe.

Al salir del despacho, Merkúlov y Fitin leyeron la acotación hecha por Stalin:

«Al agente que tiene en el estado mayor de la aviación alemana, puede mandarle a que le den... No es un agente sino un desinformador.»

Merkúlov y Fitin no tuvieron necesidad de comprobar nada de nuevo ni mandar a nadie a que le dieran por tal.

El 21 de junio el soldado alemán Alfred Liskow cruzó la frontera y anunció que el ejército alemán comenzaría la ofensiva al día siguiente, a las cuatro de la madrugada. La artillería había ocupado sus emplazamientos de tiro y los tanques y la infantería las posiciones de partida para la ofensiva.

Informado de la noticia, Stalin ordenó que se presentaran inmediatamente Timoshenko, Zhúkov y Vatutin. Cuando llegaron, ya estaban sentados en torno a la mesa los miembros del Buró Político.

-¿Y no habrán mandado los generales alemanes a ese prófugo para provocar un conflicto? -preguntó Stalin.

-No -contestó Timoshenko sin vacilar-. Nosotros estimamos que el prófugo dice la verdad.

Zhúkov leyó un proyecto de directriz para todas las tropas de la frontera ordenando el estado de máxima alerta y el rechazo rotundo de cualquier ataque.

Stalin le interrumpió:

-Es prematuro enviar esa directriz. Trataremos de arreglarlo todo por vía pacífica. Nuestras tropas no deben ceder a ninguna provocación para no ocasionar complicaciones.

Los militares salieron para preparar otra directriz. Los miembros del Buró Político volvieron a sus casas de madrugada. Stalin se marchó a la dacha. Le despertaron unos golpecitos en la puerta.

-Camarada Stalin: el general Zhúkov le llama al teléfono para un asunto inaplazable.

Stalin tomó el auricular.

-Al habla.

-Camarada Stalin -informó Zhúkov-: aviones alemanes acaban de bombardear Minsk, Kíev, Vilnius, Brest, Sebastopol y otras ciudades. -Stalin callaba-. ¿Me ha comprendido, camarada Stalin? -Stalin no contestaba-. Camarada Stalin, ¿me ha comprendido usted? -volvió a preguntar Zhúkov-. ¿Me oye usted, camarada Stalin? ¡Aló, aló! Camarada Stalin, conteste, por favor. ¿Me oye usted?

Por fin contestó Stalin con voz sorda y tomada:

-Venga con Timoshenko al Kremlin. Dígame a Poskrébishev que convoque a todos los miembros del Buró Político.

Así, a las cuatro de la mañana del 22 de junio del año cuarenta y uno, Alemania atacó a la Unión Soviética, que no estaba preparada para la guerra y perdió en ella a veintisiete millones de sus hijas y sus hijos.

10

Stalin entró en su despacho del Kremlin, pálido y con cara de sueño. Los miembros del Buró Político le esperaban ya. Parecían tranquilos o lo simulaban. Como si dijeran: «Mientras tengamos al camarada Stalin con nosotros, todo se arreglará». Bueno, pues que fingieran. ¿Qué otra cosa sabían hacer?

Se había venido abajo la política tan diáfana y perspicaz incubada durante años, la única admisible para ÉL y para Hitler.

¿Quién la había destruido? ¿Hitler? Imposible. ¿Un golpe de estado en Berlín? ¿Habrían desencadenado la guerra los generales alemanes comprados por los plutócratas ingleses? ¿Eludía así el golpe el tramposo de Churchill? Había que poner las cosas en claro.

-Hay que telefonear a la embajada alemana -dijo Stalin. Mólotov fue a la mesa de los teléfonos, habló con alguien y, sin dejar el auricular, le dijo a Stalin:

-El embajador alemán solicita ser recibido para hacer una comunicación urgente.

Mólotov le miraba, expectante. Consideraría que a Schulenburg debía recibirle el camarada Stalin, claro. Pues, no. Stalin no hablaría con él, no tenía la intención de entrar en explicaciones sobre ese particular, no quería escuchar de ese alemán semejante comunicación.

-Recíbele tú -dijo Stalin.

Mólotov colgó el auricular y se dirigió a su despacho.

Se presentó el general Vatutin. Informó de que, después de la preparación artillera, los alemanes habían pasado a la ofensiva sobre toda la línea de los frentes oeste y noroeste. Pero a ÉL no le engañaban con esa maniobra. Si era efectivamente la guerra, querían distraer nuestra atención del sur, que era donde preparaban el golpe principal.

Volvió Mólotov.

-¿Y qué? -preguntó Stalin.

-Alemania nos ha declarado la guerra.

Stalin se levantó, fue hasta el extremo del despacho y se detuvo delante de la ventana. O sea, que nada de generales, de conspiradores ni de agentes británicos: el baboso detritus de Hitler era quien le había engañado. Estaba ciego con las victorias obtenidas en Europa. Pero la Unión Soviética no es Europa. La Unión Soviética es la

sexta parte del planeta. Que se den un paseíto por Rusia los alemanes con esos capotes y esos gorros de papel de estraza y verán lo que es bueno. ÉL no quería la guerra.

Pero le habían obligado. Y combatiría.

Se levantó Zhúkov.

-El Estado Mayor General propone descargar inmediatamente sobre el enemigo todas las fuerzas de que disponen las circunscripciones fronterizas y detener su avance.

Stalin callaba.

Timoshenko conocía a Stalin mejor que Zhúkov, y por eso añadió:

-No detener, sino exterminar.

Stalin asintió:

-Cursen la orden.

Los militares salieron.

-Hay que informar al pueblo de que ha estallado la guerra -dijo Stalin, y miró a Mólotov-. Prepara una alocución. Se hizo un silencio tirante. Todos estaban convencidos de que hablaría Stalin.

-Camarada Stalin -se atrevió a objetar Voznesenski-: en un momento histórico de tanta responsabilidad, el pueblo debe escucharle ante todo a usted .

-¿Qué importa si escucha al presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo o escucha a su suplente? El pueblo conoce a Mólotov.

-Sólo el camarada Stalin puede alzar al pueblo para la defensa del país -dijo Kaganóvich.

-El pueblo no comprenderá por qué no habla el propio Stalin -añadió Mikoyán.

-El pueblo comprenderá que ha comenzado la guerra, y eso es lo principal- replicó Stalin.

Y también Kalinin tenía que meterse, agitando su barbeja:

-De todas maneras, sería mejor que hablara el camarada Stalin. Claro que el pueblo conoce a Mólotov, pero debe escuchar la voz de su jefe, del jefe del partido y del Estado.

Quieren empujarle a ÉL a primer plano y quedarse ellos a su espalda. No son capaces de comprender que ahora no tiene nada que decir, que ÉL no debe comunicar, sino explicar por qué ha comenzado la guerra a despecho de las afirmaciones de que no habría guerra. Y esa explicación hay que meditarla. Dentro de unos días, cuando el enemigo haya sido rechazado, cuando el Ejército Rojo le descargue golpes contundentes y le haga retroceder, entonces hablará ÉL.

Stalin frunció el ceño.

-El camarada Mólotov ha hablado muchas veces al pueblo, ha hablado mucho de los asuntos alemanes. Su alocución será lógica y comprensible para el pueblo. Redáctala ya, Viacheslav.

Por fin leyó Mólotov el texto de la alocución. Stalin la escuchó atentamente. A través de la alocución de Mólotov se dirigía ÉL a la humanidad y a la historia: que supieran lo cabalmente que se había comportado ÉL y lo pífida que había sido la conducta de Hitler.

Por eso, hizo añadir ciertas frases en algunos puntos. «Sin presentar la menor queja, las tropas alemanas han atacado nuestro país.» «A despecho de que el gobierno soviético cumplía escrupulosamente todas las condiciones del tratado.» «El gobierno alemán no podía presentar ni una sola reclamación a la URSS.» «Ni nuestras tropas ni nuestra aviación han violado la frontera en ningún punto.»

Y aunque la alocución terminaba con un llamamiento a «agrupar estrechamente nuestras filas en torno a nuestro gran jefe, el camarada Stalin» y las palabras «Nuestra causa es justa. El enemigo será derrotado. La victoria será nuestra», sonaba, según era el deseo de Stalin, como una denuncia a la perfidia y a la felonía de Hitler.

Ninguno de los miembros del Buró Político osó objetar nada a las enmiendas de Stalin.

Entre tanto, llegaban noticias alarmantes de las fronteras. El enemigo avanzaba por el oeste y el noroeste, pero Stalin seguía persuadido de que se trataba de una maniobra de despiste, de que Hitler asestaría el golpe principal en el sur, y por eso ordenó a Zhúkov:

-Vuele usted inmediatamente a Ternópól, al estado mayor del frente sudoeste.

-¿Y quién va a dirigir el Estado Mayor General en un momento tan complejo?

-Deje a Vatutin en su lugar -replicó Stalin, y añadió, irritado-: No pierda tiempo. Ya nos arreglaremos aquí sin usted.

Zhúkov salió en avión para Kíev y por la tarde estaba en Ternópól. Vatutin le telefoneó enseguida para leerle una directriz de Stalin: las tropas debían pasar a la contraofensiva, aplastar al enemigo y llegar a su territorio. La directriz había de llevar la firma de Zhúkov como jefe del Estado Mayor General.

-¿Qué contraofensiva? -gritó Zhúkov-. Hay que orientarse en la situación. Espere hasta mañana.

-Estoy de acuerdo con usted -replicó Vatutin-. Pero es cosa decidida.

¿Cómo se podía hablar de contraofensiva? Las tropas soviéticas no estaban preparadas para la defensa. En los frentes reinaba el caos. Por orden de Stalin, el armamento había sido retirado de la vieja frontera, pero no se había

llevado todavía a la frontera nueva. ¿No había dicho el camarada Stalin que Hitler no atacaría hasta el año siguiente y que intentaría descargar el golpe principal en el sur? Pero Hitler había atacado ese año, descargando el golpe principal en el oeste, donde sus fuerzas eran cinco o seis veces superiores a las soviéticas. Y, pocos días antes de la guerra, Stalin había prohibido al general Pávlov incluso ocupar las fortificaciones de campaña que había a lo largo de la frontera. Era una orden absurda y descabellada, pero Zhúkov no se había atrevido a contradecir a Stalin.

-Está bien. Pongan mi firma.

Vatutin se personó de nuevo en el despacho de Stalin para informarle de que columnas de tanques alemanes se hallaban cerca de Minsk.

-¿Qué cuento es éste? ¿El enemigo ha avanzado doscientos kilómetros en cinco días?

-Sí, camarada Stalin. El frente oeste ha sido roto.

Stalin descargó un puñetazo sobre la mesa.

-¿Así es como el Estado Mayor General dirige las tropas? ¡Se entera de la situación creada en el frente cuando el enemigo se aproxima a Minsk! ¡Mañana vendrá usted diciéndome que ya está a las puertas de Moscú! -Stalin apartó el mapa de un manotazo-. Lévese este bodrio y presénteme dentro de dos horas otro mapa con la posición exacta de nuestras tropas y la de las tropas alemanas en todos los frentes.

¿Que los alemanes tomaran Minsk? Imposible de creer. Quizás hubieran llegado algunos de sus tanques hasta las proximidades de Minsk y les había entrado pánico a los del Estado Mayor General.

Stalin telefoneó a Zhúkov, que seguía en Ternópól.

-Camarada Zhúkov: en el frente oeste se ha creado una situación difícil. El enemigo está cerca de Minsk. No se sabe lo que le ocurre a Pávlov. Regrese a Moscú.

Por la noche, Timoshenko, Zhúkov y Vatutin, demacrados y con los ojos irritados por la falta de sueño, se hallaban delante de Stalin en la posición de «firmes».

Stalin arrojó sobre la mesa un mapa del frente oeste.

-Piensen en lo que se puede hacer.

Al día siguiente, 28 de junio, cayó Minsk. En seis días, los alemanes habían aplastado decenas de divisiones soviéticas, habían hecho setecientos cincuenta mil prisioneros y se habían apoderado de depósitos y material de guerra. El primer día, habían destruido mil doscientos aviones, ochocientos de ellos en tierra, sin dejarlos siquiera despegar.

Era una catástrofe. En tres días podían llegar a Smolensk y en tres días más, a Moscú.

Stalin estaba solo en su despacho. Los teléfonos callaban. ¿Dónde andarían todos? Habían estado sentados a la mesa, comiendo, bebiendo, hablando, y de pronto habían desaparecido. Estarían buscando el medio de salvar su propia pelleja, poniéndose de acuerdo para culparle a él de la derrota, para convertirle a él en chivo expiatorio. ¡Canallas! ¡Miserables! Y ellos, ¿qué? Mólotov aseguraba que los alemanes no atacarían. Había que oírle describir sus entrevistas con Hitler, Goering, Ribbentrop... ¡Valiente comisario del pueblo de Asuntos Exteriores! ¿Y los mariscales y los generales? ¿Por qué no habían insistido, por qué no habían demostrado que estaban en lo cierto? Pero, no. Lo que habían hecho era engañar, embaucar, inducir al error... No habían adoptado las debidas medidas de defensa. Sí, ÉL había exigido cautela, pero la cautela no significa inacción. Ahora se presentarían, empezaría con sus exigencias, le detendrían, le conducirían por las calles de Moscú, le entregarían al albedrío de la multitud enfurecida. Había que escapar enseguida de aquella ratonera.

Stalin oprimió un timbre. Esperó. Nadie acudía. ¿Habría huido Poskrébishev?

Se acercó a la puerta. Prestó oído. Silencio. ¡Poskrébishev había escapado! Se asomó al antedespacho. Nadie. Sí, sí, el canalla había huido. De puntillas, fue hasta la otra puerta. Empuñó el tirador, pero antes de que pudiera accionarlo se abrió la puerta. Stalin se echó hacia atrás. Delante de él estaba Poskrébishev, con unos papeles en la mano, y miraba sorprendido al camarada Stalin.

-¡El coche! ¡A la dacha! -ordenó Stalin con voz ronca.

11

El coche cruzaba velozmente el Moscú nocturno. Desde el asiento trasero, Stalin observaba los hombros del chófer y del guardaespaldas y apretaba la pistola en el bolsillo del pantalón. Levantó un pico de la cortinilla, pero no se veía nada. Moscú estaba a oscuras. En los cruces podían distinguirse algunas siluetas. Probablemente milicianos de regulación del tráfico.

Se abrió el portón, el coche rodó hasta la casa y el guardaespaldas abrió la portezuela. Ninguna luz en la dacha, en el cuerpo de guardia ni en el jardín. Todo estaba oscuro, tétrico. Stalin se dirigió rápidamente hacia su cuarto.

Encendió la luz. Aunque habían echado las cortinas azules de oscurecimiento, el cuarto estaba bien ventilado. Sin embargo, entreabrió el ventanillo. Necesitaba más aire.

Entró Válechka a preguntar qué le servía de cena. Vio el ventanillo abierto y observó, preocupada:

-Van a entrar mosquitos, Iósif Vissariónovich. Le picarán y no le dejarán dormir. Es terrible la cantidad de mosquitos que hay este año.

Stalin sacudió los hombros, en un gesto de impaciencia.

¡Cuánta cháchara!

-La cena, luego. Díle a Vlásik que venga.

Y se dejó caer en un sillón cerrando los ojos.

¿Estaría todo perdido? Los grandes hombres acaban sus días en la cima del éxito, en la cúspide de la gloria, y por eso son inmortales. Napoleón fue derrotado después de haber sometido a Europa y por eso quedó en la memoria de la humanidad como un gran hombre de guerra. El jacobino Robespierre, un abogaducho, un terrorista fracasado, murió en la guillotina. ¿Le aguardaría a ÉL un final tan ignominioso? Ahora, los «compañeros de armas» le cargarán la culpa de los reveses de la guerra, le difamarán, le cubrirán de oprobio, montarán un espectáculo con la cólera del pueblo, incitarán a la multitud a una acción violenta contra ÉL.

Oyó un ligero ruido a sus espaldas.

Volvió la cabeza, sobresaltado. Vlásik estaba en la puerta.

-¿Por qué andas como un ratón, hijo de...? -murmuró Stalin.

-¿Me llamaba usted, camarada Stalin? -farfulló Vlásik desconcertado.

-Ninguna visita. Ninguna llamada.

-¡A la orden!

-¡Retírate! Stalin volvió a cerrar los ojos. Tenía la impresión de que se quedaba traspuesto y se despertaba sucesivamente. ¿Cómo había podido suceder? ¿Por qué? ÉL había creado un Estado inmovible, para siglos; se destruyó todo lo que podía amenazar su existencia, su porvenir, se arrasó totalmente, se extirpó hasta la posibilidad de que surgiera disconformidad. Se habían formado generaciones nuevas que no conocían ni querían conocer más idea que la que les fue inculcada desde la infancia, generaciones para las cuales el Estado soviético es el mejor, el más ecuánime, el ideal, mientras todos los demás son injustos y hostiles; generaciones que no desean otro género de vida que no sea el soviético. ¿Es posible que cinco millones de soldados alemanes puedan someter a doscientos millones de personas así? ¿Es posible que pueda venirse abajo el poderoso imperio, basado en el entusiasmo y el sometimiento incondicional, en el temor y el infinito amor al líder? Sin embargo, Hitler penetra en el país como penetra un cuchillo en la mantequilla. En seis días ha llegado hasta Minsk, sigue avanzando, los soldados se rinden prisioneros, sus jefes no actúan.

De pronto escuchó ruido de botazas en el pasillo. ¿Llegaban?

¡Llegaban los conjurados! ¿Le detendrían o le ahogarían como ahogaron a Pablo I?

Stalin se levantó de un salto.

Se abrió la puerta. Allí estaba Vlásik, saludando con la mano en la visera de la gorra.

-¿Da usted su permiso?

Stalin le miraba con susto. ¿Quién había detrás de él? ¡No había nadie detrás de Vlásik!

-¿Por qué pateas como un elefante... hijo de...?

-Con su venia, camarada Stalin: el general de ejército camarada Zhúkov está al teléfono.

-¡He dicho que ninguna llamada!

-¡A la orden, camarada Stalin!

Vlásik dio media vuelta como un buen soldado y se retiró.

Ha telefonado Zhúkov... ¿Qué querrá Zhúkov? ¿Querrá informarle de que los alemanes han tomado Smolensk, de que los alemanes están a las puertas de Moscú? ¡El jefe del Estado Mayor General es una nulidad! ÉL y SU guardia lucharán hasta el final. Y su último cartucho lo utilizará para quitarse ÉL mismo la vida. Siempre será mejor que ser destrozado por la multitud. O, peor aún, que encontrarse en manos de Beria, en sus sótanos de la Lubianka.

Los «compañeros de armas», con tal de salvar la pelleja, pueden ponerse de acuerdo con Hitler, entregar Ucrania, Bielorrusia, la zona del Báltico, Caucasia con el petróleo de Bakú. Ya ÉL le cargarán la culpa de la derrota. Los esbirros le torturarán en los sótanos de la Lubianka para arrancarle la confesión de que ha traicionado a la Unión Soviética. Beria cambiará de chaqueta instantáneamente. ¡Es un viejo provocador!

Creyó verse ÉL, desnudo y maltrecho, sobre el suelo de cemento. Sintió náuseas sólo de pensar en las torturas y los sufrimientos. No repararán en que, de hecho, es ya un anciano de más de sesenta años. Alguien se quejó de que, aun siendo un anciano, le habían golpeado... Muchos se quejaban, escribían cartas, pero precisamente esas palabras se le quedaron grabadas en la mente... «Aun siendo un anciano, me han golpeado...» Lo había escrito Meyerhold, el regisseur. Artista del Pueblo, fusilado el año anterior.

Stalin se levantó, fue hacia un armario, abrió un cajón y sacó la carpeta donde guardaba las cartas que no mandaba al archivo y que, en ocasiones, releía. Quince o veinte cartas entre el millón que le escribían los condenados a muerte.

Allí estaba la «solicitud de clemencia» escrita por Bujarin pocas horas antes de su fusilamiento:

No hay en mi alma ni una palabra de protesta. Merecía haber sido fusilado ya diez veces por mis crímenes. Estoy de rodillas. Permita vivir al nuevo Bujarin. Ese gesto de magnanimidad proletaria será justificado.

Así escribía Ezhov:

Mi destino es evidente. Está claro que no me dejarán conservar la vida... Sólo pido una cosa: que me fusilen limpiamente, sin torturas... Díganle a Stalin que moriré con su nombre en los labios...

También había cartas de otros miembros del Buró Político fusilados. ÉL las conservaba para la historia. Que se enteraran de que los fusilados eran culpables. Ellos habían escrito eso en el momento de morir. Y en el momento de morir, no se miente.

La carta de Meyerhold no estaba dirigida a él, sino a Mólotov. Informado por Beria de que le habían entregado esa carta, Stalin le preguntó a Mólotov:

-¿Te ha escrito Meyerhold?

-Sí.

-¿Qué escribe?

En respuesta, Mólotov le entregó la carta, que había ido a parar a aquella carpeta. ¿No se la llevó a la dacha con otros papeles? Pues, allí tenía que estar. O tal vez no, y era simplemente que recordaba aquellas palabras «aun siendo un anciano, me han golpeado».

Stalin sacó de la carpeta la carta de Meyerhold y la releyó:

Me han golpeado, aun siendo un anciano enfermo de sesenta años, me tendían boca abajo en el suelo y me pegaban con un zurriago de goma en las plantas de los pies, en la espalda, en las piernas... Y cuando esos sitios estaban tumefactos de las contusiones internas, en esos mismos hematomas violáceos me pegaban con ese zurriago y el dolor era tal que parecía como si me vertieran agua hirviendo sobre esos sitios doloridos y sensibles... Con ese zurriago de goma me pegaban en la cara con fuerza, desde arriba... Yo gritaba y lloraba de dolor... Tendido boca abajo en el suelo, aún era capaz de retorcerme y gritar como un perro a quien el amo pega con un látigo...

De nuevo le entraron náuseas a Stalin. No, eso no permitiría que lo hicieran con él, no lo consentiría. Prefería que le mataran allí mismo los alemanes. Aunque, ¿por qué iban a matarle los alemanes? ¿Para qué? ¿A qué líder de los países sometidos habían matado? A ninguno. Ni a un rey, ni a un presidente ni a un primer ministro. En Francia, el mariscal Pétain era el jefe del gobierno. Bueno, ¿y qué? Por lo menos, había conservado una parte de Francia. Y si luego cambiaban las cosas y se marchaban los alemanes, Pétain quedaría como el salvador del país.

Lo esencial era conservar la vida, salvarse. Pero esos traidores se lo impedirían. Lo que harían era salvar su propia pelleja.

Oprimió el timbre. Se escucharon pasos en el corredor. Por fin caminaba normalmente, el muy zote. Vlásik apareció en la puerta, quedó inmóvil.

-Los alemanes van a lanzar paracaidistas -profirió sombríamente Stalin. Vlásik escuchaba, tenso, con los ojos muy abiertos. -Paracaidistas -repitió Stalin-, vestidos con uniforme soviético. Se hacen pasar por funcionarios del NKVD y hablan bien el ruso. -Hizo una pausa, miró a Vlásik, que seguía con los ojos como platos. Stalin habló de nuevo:- Pueden lanzar un grupo sobre nosotros para decapitar al partido y al gobierno. Hay que reforzar la guardia.

-A la orden, camarada Stalin. Ahora mismo pediré más tropas.

-¡No! No pidas nada ni llames a nadie. La guardia que tienes es suficiente. Hay que reforzar la vigilancia. Para que nadie pueda penetrar aquí. ¿Entendido?

-Entendido, camarada Stalin. Se hará como usted mande.

-Retírate.

Volvió a sentarse en el sillón, a quedarse traspuesto. De nuevo le despertó un ligero ruido. Pero ese ruido lo conocía: era Válechka, que traía la cena. Apenas tomó un bocado. No tenía apetito.

Válechka se fijó en la comida casi sin tocar, sacudió la cabeza y se lo llevó todo. Antes de marcharse quiso cerrar el ventanillo porque sabía que a Iósif Vissariónovich no le gustaba que se quedara abierto cuando dormía, pero Stalin dijo que lo dejara.

Volvió a cabecear en el sillón. Debería haberse acostado, pero le daba miedo desnudarse. Solamente se quitó las botas.

Así se pasó la noche, entre duerme y vela. Las ideas seguían confusas, iban, venían. Sólo una estaba clara: doscientos millones. Doscientos millones. Doscientos millones. ¿Sería posible que pudieran vencer a tantos? Si se alzaban todos a una, ¿quién podría abrirse paso a través de tanta gente? Hombres, mujeres, niños, millones,

millones, millones. Un mar de seres humanos dispuestos a afrontar la muerte a una orden SUYA, ¿quién podría someterlos?

Por la mañana le despertó el pío de los pájaros en la terraza. Antes dormía con los ventanillos cerrados y no oía nada. Se levantó, fue hacia la terraza, descorrió las cortinas. Por detrás de los árboles asomaba el sol. Había olvidado lo que era un amanecer. Ahora lo recordaba.

Todo estaba en silencio. Y, de pronto, le entró sueño. Volvió a cerrar las cortinas, se tendió en el diván tapado con la guerrera y se quedó dormido al instante.

Se despertó y consultó el reloj. Las doce y media. En la casa y fuera seguía pesando el mismo silencio. Válechka trajo el desayuno. Tampoco tocó apenas la comida, mandó retirarla, se sentó en el sillón. Y de nuevo le embargaron los temores. No sabía lo que pasaba en el país, no había puesto la radio. ¿Para qué? No iba a escuchar nada que sirviera de consuelo ni tampoco toda la verdad. No quería escuchar nada. No quería pensar en nada: cada pensamiento le causaba dolor, le hacía sufrir. Sólo dos palabras martilleaban su cerebro: doscientos millones. Doscientos millones. Hitler no podría atravesar esa mole. Pero a ÉL le habían hecho traición, traición, traición...

Llegó el atardecer. Los rincones del comedor se llenaban de sombras. Volvió a quedarse traspuesto.

Se despertó al escuchar de pronto ruido en el pasillo.

¡Ahí estaban!

Quiso levantarse, empuñar la pistola, pero le fallaban las fuerzas. Cerró los ojos. Cuando los abrió, se halló delante de Mólotov, Voroshílov, Malenkov, Beria, Mikoyán y Voznesenski... Parecía que llenaban toda la habitación, que le rodeaban por todas partes.

-¿A qué... a qué han venido? -exhaló Stalin.

-Kobá -dijo Mólotov-, hay que hacer algo. Hay que alzar al país, crear un centro fuerte, el Comité Estatal de Defensa, y delegar en él todo el poder, las funciones del gobierno, del Soviet Supremo, del Comité Central del partido. Al frente del Comité Estatal de Defensa debes estar tú, Kobá. Tu nombre le inspirará fe al pueblo, le dará fuerza, asegurará la dirección de las acciones militares.

Stalin escuchaba en silencio. Recobraba poco a poco la conciencia. Sin ÉL, esos hombres no podían hacer nada, temían tomar el poder, no eran capaces ni siquiera de una traición en regla. Continuaban sumisos a ÉL y sólo a ÉL. También el pueblo se sometía sólo a ÉL. Le miraban a ÉL, esperaban su palabra. Sólo fue capaz de exhalar:

-Está bien.

Ahora, ÉL los miraba a ellos. Sí, se sometían a ÉL, lo mismo que el pueblo se sometía a ÉL. Doscientos millones de seres se sometían a ÉL. Todo el camino entre Minsk y Moscú quedará cubierto por los cuerpos de esos millones; los tanques alemanes no podrán abrirse paso a través de las montañas de cadáveres, los alemanes se asfixiarán con ese hedor, se asfixiarán con el fuego y el humo de los incendios. París fue declarada ciudad abierta. En Rusia, Hitler no encontrará ciudades abiertas, todo será quemado, arrasado y destruido. Todo: las ciudades, los pueblos y las aldeas, la cosecha en los campos, las fábricas y los talleres. Los alemanes no se aprovecharán del grano de Ucrania ni del carbón del Donets. Sólo encontrarán sangre, sangre, sangre. Hitler se ahogará en sangre. Será la sangre de millones, de decenas de millones. No importa. La historia se lo perdonará al camarada Stalin. En cambio, si ÉL perdiera la guerra, si le entregara Rusia a Hitler, eso no se lo perdonaría nunca la historia.

Beria rompió el silencio:

-Yo creo que el Comité Estatal de Defensa debe ser poco numeroso. Como presidente, el camarada Stalin. Como miembros, Mólotov, Voroshílov, Malenkov, Beria.

-Está bien -profirió de nuevo Stalin, y chocó con las miradas de todos al añadir, algo inseguro-: ¿Y si se incluyera también a Mikoyán y a Voznesenski?

Beria objetó:

-¿Quién va a trabajar entonces en el Consejo de Comisarios del Pueblo y en el Gosplan? Que los camaradas Mikoyán y Voznesenski se ocupen de los asuntos del gobierno.

Voznesenski dijo con firmeza:

-Yo pienso que el CED debe estar compuesto por siete personas, las siete personas nombradas por el camarada Stalin. ¿Qué habría detrás de esas divergencias? ¿A qué se deberían? El astuto Mikoyán pronunció contrariado:

-Me parece que estamos perdiendo el tiempo. Considero la discusión fuera de lugar. En el CED basta con cinco personas. Tanto Voznesenski como yo tenemos suficientes obligaciones.

No había unanimidad entre ellos. Continuaban divididos. Eso era bueno.

Stalin se puso las botas, se levantó, caminó un poco por el cuarto, despacio, moviendo un poco la cintura porque se le habían entumecido las piernas de permanecer tantas horas sentado en el sillón. Llegó hasta la terraza, se detuvo, contempló el jardín estival en flor y dijo sin volver la cabeza:

-Bueno, pues me parece razonable. Más adelante, ya veremos. Preparen el decreto sobre la creación del Comité Estatal de Defensa. ¿A cuántos estamos? Mañana será primero de julio. Publíquenlo mañana.

Seguía contemplando el jardín, su jardín, las flores que ÉL cuidaba, el bosque que se divisaba más allá de la tapia. Muchos jardines serían pisoteados ahora y muchos bosques quemados. Tierra abrasada, ciudades y pueblos quemados, sangre y montañas de cadáveres... Eso era lo que encontraría Hitler. Ahora ÉL sabía lo que debía decirle al pueblo.

-Después de haberse constituido el CED, el pueblo esperará un discurso de su presidente. -Era la voz de Mólotov, a su espalda.

-Hablaré por radio el 3 de julio -dijo Stalin.

De todas maneras, Stalin estaba emocionado, se le quebraba la voz, bebía agua, y en todos los receptores y los altavoces del país se escuchaba el tintinear del vaso contra el cristal de la jarra. Por primera vez en la vida pronunció las palabras: «...Hermanos y hermanas ... Me dirijo a vosotros, amigos míos... ».

Claro que mentía al decir que el motivo de los reveses era el ataque por sorpresa, que las mejores divisiones del enemigo habían sido destruidas. Pero lo esencial no era eso. Lo esencial era que se declaraba una guerra de exterminio, una guerra de destrucción...

Nuestro país ha entablado un duelo a muerte... Debemos organizar una lucha despiadada contra toda clase de perturbadores de la retaguardia, desertores, sembradores de pánico, bulistas. Debemos aniquilar a los espías, a los diversionistas, a los paracaidistas del enemigo... Es necesario no dejar al enemigo ni un kilogramo de trigo... Ni un litro de combustible... Llevar a la retaguardia todo el ganado... Todos los bienes de valor que no puedan ser evacuados deben destruirse sin falta... Hay que organizar destacamentos de guerrilleros... formar grupos de diversionistas... para volar los puentes, las carreteras, inutilizar las líneas telefónicas y telegráficas, incendiar los bosques, los depósitos, los convoyes... Hay que crear condiciones insoportables para el enemigo y todos sus cómplices; hay que perseguirlos y aniquilarlos siempre y en todas partes... ¡Adelante, por nuestra victoria!

Si a ÉL le estaba destinado perecer, ÉL no perecería solo. Con ÉL perecería todo el pueblo. Hasta el último hombre.

12

La guerra sorprendió a Sasha en Pronsk, una pequeña ciudad del sur de la región de Riazán. Trabajaba de chófer en una expedición geodésica para el trazado de una nueva carretera. El domingo por la mañana sus habitantes se juntaron en la plaza central, en torno al altavoz. No todos tenían un receptor en casa; pero, incluso si lo tenían, pensaban que allí en la plaza, en público, se enterarían de más cosas que metidos en su casa. La gente escuchó el discurso de Mólotov en silencio y en silencio se disolvieron los grupos. Aquel mismo día se agotaron en las tiendas las existencias de sal, cerillas y jabón.

Y al día siguiente desfilaban ya por la calle principal de Pronsk los movilizados, muchachos y hombres jóvenes de la propia ciudad y de los pueblos próximos, con ropa de civil, hatillos o mochilas. Al lado de la columna iban las madres, las novias y las esposas, buscando con la mirada a los suyos, llamándolos, intercambiando algunas frases.

Sasha recorría el trazado de la futura carretera en su GAZ-AA, un camión de tonelada y media, recogiendo a los miembros de la expedición con sus materiales y sus instrumentos. En las aldeas que cruzaba se oían gritos y lamentos: despedían a los que se marchaban a la guerra. Las autoridades locales intentaban darle a la movilización «un aspecto culto», con mítines y discursos, pero el pueblo los despedía como siempre se había hecho en Rusia: con llanto, con canciones y danzas, con vodka y comida abundante. Lo de la canción «hoyes el último día»...

Sasha había regresado a Pronsk con un grupo de la expedición y ayudaba a recoger la impedimenta.

En el local donde se encontraban estuvo puesta la radio todo el día. Los partes del frente eran acogidos con incredulidad. Los «encarnizados combates en la dirección de Brest» significaban que Brest estaba en manos del enemigo. «El enemigo ha logrado desplazar a nuestras unidades» era que los nuestros se replegaban o se hallaban cercados o exterminados. «En un día, han sido hechos prisioneros cinco mil soldados y oficiales alemanes» y surgía la pregunta de dónde podía haber sucedido si se combatía ya cerca de Minsk. No eran los nuestros quienes hacían prisioneros a los alemanes, sino los alemanes quienes hacían prisioneros a los nuestros.

En Riazán regían las normas de oscurecimiento. La gente pegaba tiras de papel en los cristales de las ventanas, cavaba zanjias en los patios... Por las calles desfilaban columnas de movilizados y, lo mismo que en Pronsk, al lado iban madres, esposas, hermanas... En los comisariados militares, en la milicia, en las escuelas, hacían instrucción los voluntarios. Sasha telefoneó a su madre para advertirla de que pronto le movilizarían. La madre hablaba con calma. Comprendía que, con la guerra, comenzaba para Sasha una vida nueva, que quedaba atrás eso especial que le había acompañado durante años.

Luego se acercó Sasha a casa de Evgueni Yúrievich, la única persona con quien mantenía relaciones amistosas en Riazán, un hombre que le agradaba. Le recordaba al hermano, Mijaíl Yúrievich, su vecino de la casa del Arbat, igual de afable y educado; también usaba lentes, tenía el pelo castaño claro ya escaso, la risa suave, la sonrisa bondadosa. Le gustaba la música y se pasaba las veladas junto a un gran receptor. Ahora había tenido que entregarlo y, como todo el mundo, debía conformarse con la red de transmisión urbana.

-Conque vamos a combatir, ¿eh, Sasha? Yo he querido apuntarme a la milicia popular, pero no me han admitido - señaló sus lentes-. Estamos cavando zanjas, en el trabajo y en casa. ¿Cree usted que servirán de algo esas zanjas en caso de bombardeo?

-Supongo que sí.

-A mí lo que me sorprende y me consuela es la unidad de la gente. Tantos como han sido víctimas de injusticias, y ante el peligro se olvidan de sus agravios. Los periódicos dicen que los alemanes lanzan espías y saboteadores a nuestra retaguardia y así es, desde luego, pero en Rusia no se dará la traición. En ninguna guerra ha habido traidores entre los rusos.

-¿Y si Hitler disuelve los koljoses y deja libres a los campesinos?

-Si Hitler destruye los koljoses, no tendrá cereales. Se necesita tiempo para repartir la tierra, para encauzar las cosas. Y a Hitler le hace falta el grano ahora, ya.

-Puede prometerles la tierra.

-Pero Sasha, si Lenin se hubiera limitado a prometer la tierra, a prometer la paz en el año diecisiete, no se hubiera mantenido ni una semana en el poder. Pero, lo hizo en un día, con un solo decreto, y por eso ganó. A las promesas, nadie les da crédito. No, Sasha: el ruso no soporta a los invasores. Espero que nuestros dirigentes sepan apreciarlo y confíen más en la gente. Yo, Sasha, espero que después de la guerra lleguen tiempos mejores.

Sasha le escuchaba. Ése era el estado de ánimo general: patriótico, beligerante, de intransigencia con el enemigo. Y también para él retrocedía todo a un segundo plano ante lo más esencial: había que defender el país.

-Espero la citación del comisariado militar -dijo Sasha-. ¿Podría dejar algunas cosas aquí? No ocupan mucho sitio: una maleta y un macuto.

-¡No faltaba más! ¡Claro que sí! Cuando vuelva las recogerá. Vuelva usted trayéndonos la victoria.

-Procuraré complacerle -sonrió Sasha.

Al cabo de una semana, Sasha recibió una citación para que se presentara en el comisariado con el pasaporte y la cartilla militar.

Un teniente fatigado y azacaneado tomó el pasaporte de Sasha, lo guardó en un cajón, hojeó luego la cartilla militar y buscó su ficha de registro.

-¿Es usted chófer de profesión civil?

-Sí.

-¿El permiso de conducir?

Sasha se lo entregó.

El teniente le echó una ojeada, sin cogerlo siquiera, cumplimentó el resguardo de la citación y se lo entregó a Sasha:

-Preséntelo en su lugar de trabajo, recoja el finiquito y demás... Y mañana... ¿Sabe dónde está la fábrica Selmash?

-Sí.

-Preséntese allí a las ocho de la mañana.

En la fábrica Selmash se estaba formando un batallón auxiliar de transporte. El jefe de estado mayor abrió el permiso de conducir y movió la cabeza con gesto de respeto.

-Once años de experiencia. ¿Y qué estudios tiene?

Sasha llevaba en el bolsillo el certificado que le dieron en el Instituto con la acotación de «No presentó el proyecto debido a su detención». Y contestó:

-Superiores incompletos.

-¿Dónde estudió?

-En el Instituto del Transporte.

-Vamos a ver al jefe del batallón.

El capitán Yuldashev, el jefe del batallón, un tártaro enjuto y de escasa estatura, entornó los ojos al observar a Sasha.

-¿Por qué no terminó los estudios en el Instituto?

-Por razones familiares.

-¿En qué año lo dejó?

-En el cuarto.

-Estamos con la recepción de coches. Necesitamos especialistas, gente entendida. De momento, estará a las órdenes del técnico militar de primera Korobkov, mi suplente para la parte técnica.

Sasha fue al baño, pasó su ropa por la cámara de desinfección, recibió en el almacén un mono porque los uniformes no habían llegado todavía y le dieron unos talones para comer allí mismo, en el comedor de la fábrica. ¿Como residencia? Un gran taller, o almacén, vacío, donde todo el acondicionamiento consistía en catres de madera sin colchón, almohada ni ropa de cama.

-Elige el que quieras -dijo el que estaba de guardia-. Los que tienen ya coche duermen en la cabina. Pero esto está libre. Si tienes algunos efectos personales, entrégalos en intendencia. Estarán más seguros.

La recepción de vehículos se realizaba en el patio.

Korobkov, muchacho torpón, de labios gruesos, vestía un mono que dejaba ver la guerrera con botones de cobre y rombos en el cuello. Su rostro se iluminó con una amplia sonrisa al enterarse de que Sasha había estudiado en el Instituto del Transporte.

-¡Oye, pues yo también!

¡Lo que le faltaba a Sasha! Aunque no recordaba a ningún Korobkov del Instituto. Además, ¿qué importaba eso? La vida pasada había terminado. Comenzaba una nueva.

-De nuestra facultad hicieron un Instituto y lo trasladaron a la carretera de Leningrado -prosiguió Korobkov-. Yo estoy aquí desbordado. Nuestro jefe de batallón servía antes en caballería, conque ya comprenderás que todo lo relativo a la técnica recae sobre mí. La única ayuda que tengo es un mecánico con experiencia.

Interpeló a un hombre de edad, vestido con una chaqueta tazada, que estaba junto a unos camiones.

-¡Vasili Akímovich!

El hombre se acercó, limpiándose las manos con unos cabos.

-Éste es el soldado rojo Pankrátov. Le han destinado a la recepción de vehículos.

-Pues, venga, que empiece ya.

Vasili Akímovich miró a Sasha con indiferencia y volvió a los coches.

-No perdamos tiempo. -Sin hacer caso de los que guardaban cola para ser inspeccionados, Korobkov se dirigió hacia dos de tonelada y media que estaban aparte, recién pintados-. Empieza por éstos...

Junto a ellos estaba un muchacho de carota ancha. Vestía guerrera sin distintivos, pero cruzada por un correa de oficial, y calzaba flamantes botas altas de tafilete. Era como solían andar ahora los funcionarios de cierta responsabilidad. Sin embargo, éste llevaba al costado, colgada al hombro, una cartera de lona y Sasha adivinó enseguida que era uno de intendencia.

-¿Qué hay, Gortorg? -preguntó Korobkov-. ¿Has encontrado pintura?⁴¹

-Todo se ha hecho como usted ha ordenado, camarada técnico militar de primera -informó gallardamente el otro.

-Estos camiones los revisé yo anteayer -explicó Korobkov-. Su estado es satisfactorio, pero tenían un aspecto espantoso, y mandé que los pintaran. Todos decían que no había pintura. Pero al fin se ha encontrado. ¿Verdad que se ha encontrado, Gortorg?

-Cuando la patria exige algo, el país tiene que dárselo -contestó el de intendencia.

-Bueno, pues manos a la obra, Pankrátov -dijo Korobkov-. Te dejo. Sasha le dijo a un chófer que pusiera el motor en marcha y levantara el capó.

-Escucha, jefe, el suplente para la parte técnica los ha inspeccionado ya y ha dicho que están en orden -intervino el de intendencia.

-Ahora los inspeccionaré yo. Sasha escuchó cómo funcionaba el motor con distintas revoluciones y sacudió la mano para que el chófer lo desconectara.

-No puedo admitir este camión: falla el motor -dijo Sasha bajando el capó. También rechazó Sasha el otro camión: el volante tenía mucha holgura y había que ajustar el puente delantero.

-¿Y dónde hay ahora pivotes nuevos? -objetó el chófer.

-Eso no es cosa mía.

-Muchos impedimentos pones, jefe -pronunció sombríamente el de intendencia y se dirigió hacia el estado mayor, probablemente para quejarse a Korobkov.

Aquel día, Sasha no admitió ni un solo camión: fallos mecánicos, neumáticos gastados, acumuladores débiles, pintura en mal estado.

Un trabajo muy ingrato. Entre los que hacían entrega de los camiones, unos se insolentaban, otros intentaban dar caba, los terceros miraban con ojos suplicantes. De éstos le daba pena a Sasha: no tenían medios para reparar los coches y, si no los entregaban, podían llevarlos a los tribunales. Pero él no tenía derecho a admitir coches en mal estado para el frente.

⁴¹ Gortorg: Administración del comercio de una ciudad. Alusión a su habilidad para encontrar siempre lo que necesita.

Korobkov se disgustó.

-¿Ni un solo camión en condiciones? ¿No serás demasiado exigente? Yo mismo he visto esas máquinas.

-Está bien. Podemos verlas juntos -profirió Sasha. Korobkov no manifestó el menor deseo de que las vieran juntos y dijo preocupado:

-La situación es grave. El tiempo apremia. Si ahora somos demasiado quisquillosos, luego tendremos que admitir cualquier cosa con tal de partir a tiempo. Nadie nos va a dar coches nuevos. Conque a mí me parece que si un camión ha pasado la inspección técnica oficial y ahora está en marcha, hay que admitirlo.

-Yo no firmaré ningún acta de ese estilo -contestó Sasha.

Korobkov frunció el ceño:

-Bueno, pues descansa.

¡Menudo «descanso»! Toque de diana, desayuno, formación, reglamento, fusil, granada, orden de movimiento en marcha y en operaciones, actuación en caso de bombardeo, en caso de cañoneo, extinción de vehículos incendiados, camuflaje según el terreno, transmisión de señales, primeros auxilios, uso del paquete de cura individual, normas de transporte de proyectiles, de armas, de combustible y lubricantes y de personas... Las clases corrían a cargo de los subtécnicos militares Korniushev y Ovsiannikov, unos chicos jóvenes recién salidos de una escuela militar y llegados pocos días antes al batallón como jefes de sección. El tiempo que le quedaba libre se lo pasaba Sasha en el taller que servía de garaje. Los chóferes maldecían a más: que si los coches estaban inservibles, que de dónde los habrían sacado, que si no había piezas para repararlos... Y se descaraban con los jefes:

«¡Agarra tú el volante y brega con esto!». A Sasha le trataban bien. Conocían y apreciaban la actitud que había adoptado para la admisión de coches: ¡bien hecho! Y le pedían consejo: Sasha entendía de automóviles.

También había que asistir a las clases políticas: las daba el instructor político Scherbakov, de la reserva, que era de Riazán y trabajaba en la Osoaviajim.⁴² Leían artículos de *Pravda* o de *Krásnaia Zvezdá* y Scherbakov ordenaba luego a los soldados que los repitieran con sus propias palabras. Los chóferes de la ciudad salían mal que bien del paso; pero no los que procedían de aldeas. Scherbakov se irritaba y le daba un periódico al desgraciado de turno, ordenándole: «Te lo aprendes para mañana».

Obviamente, Sasha contestaba sin dificultad, circunstancia que ponía a Scherbakov sobre aviso. «Demasiado entendido parece», pensaba y le miraba con suspicacia.

Dos días después llamaron a Sasha al despacho del jefe del batallón. Además de Yuldashev estaban Korobkov, el mecánico Vasili Akimovich, los técnicos militares Korniushev y Ovsiannikov y el teniente mayor Berezovski, jefe de la primera compañía, que acababa de incorporarse. A Sasha le pareció un militar de carrera, erguido, serio y exigente. Aparentaba unos cuarenta años y tenía el cabello negro salpicado de canas.

-El soldado rojo Pankrátov se presenta a la orden -dijo Sasha al entrar.

Yuldashev le señaló una silla. Sasha se sentó.

Luego entró el instructor político Scherbakov, saludó a la redonda con una escueta inclinación de cabeza y tomó asiento junto a Yuldashev.

-Celebramos esta reunión técnica para tratar de la marcha de la recepción de material. Camarada Korobkov, tiene la palabra.

Korobkov informó de que estaba previsto recibir diariamente veinte camiones, pero se había producido cierto retraso que sería subsanado.

-¿Alguna pregunta? -inquirió Yuldashev.

-¿Me permite, camarada capitán? -dijo Scherbakov-. Quisiera hacerle una pregunta al soldado rojo Pankrátov. ¡Soldado rojo Pankrátov! -Sasha le miró, expectante-. ¡Soldado rojo Pankrátov! -repitió Scherbakov-. Debe levantarse cuando le habla un superior. -Sasha se levantó-. Soldado rojo Pankrátov: se le había encomendado a usted hacerse cargo de los coches que llegaban al batallón, pero usted los ha rechazado todos. ¿Es que no andaban?

-Sí andaban, pero... -¡Ah, vamos! -le interrumpió Scherbakov-. Entonces, ¿por qué no los ha admitido?

-Un hombre que sólo tiene una pierna también anda con una prótesis o con muletas. Pero no le admiten en el ejército. El teniente mayor Berezovski esbozó una sonrisa y posó la mirada en Sasha.

-No se haga el ingenioso, ¿eh? -profirió Scherbakov con rabia-. Se encuentra usted en el ejército, no lo olvide, conque déjese de resabios intelectuales. ¿Qué ejemplo les da a los chóferes? Ahora rechazan los vehículos que les han dado y exigen otros nuevos.

Sasha sabía que los chóferes no exigían coches nuevos, sino coches en condiciones. Pero contestó así:

-Yo soy un simple conductor y la recepción de vehículos no entra en mis obligaciones.

-A usted le han puesto en la recepción de vehículos y tiene la obligación de obedecer.

Sasha callaba. ¿Qué podía contestarle a aquel necio?

⁴² Osoaviajim: Sociedad de Cooperación con la Defensa y la Construcción de Empresas de Aviación y Químicas de la URSS (1927-1948).

-Siéntese, Pankrátov -dijo Yuldashev-. ¿Se pueden reparar los defectos de los camiones que ha rechazado usted?

-Aquí en el batallón, no. No hay medios para hacerlo. Pero en Riazán hay autobuses, talleres de reparaciones, almacenes de piezas de recambio. Se puede conseguir todo lo necesario.

-¿Qué opina usted, camarada Siniélshikov? -preguntó Yuldashev al mecánico Vasili Akímovich.

-Si quieren, los que deben entregar los camiones pueden repararlos. Hay que ayudarles, claro. A través del comité de partido de la ciudad, por ejemplo.

El teniente mayor Berezovski intervino:

-Yo he mirado por encima los coches de mi compañía. Están en malas condiciones: los acumuladores no tienen bastante carga y los neumáticos están gastados.

Korobkov protestó:

-Hay que tomar en consideración las circunstancias, camarada teniente mayor. El grueso de los vehículos aprovechables fue entregado entre junio y julio. Nosotros recogemos los restos.

-Circunstancia, no hay más que una -le atajó Berezovski-: en el frente se necesitan vehículos en buenas condiciones; allí, hay que combatir.

Entró el jefe de estado mayor y dejó un papel delante de Yuldashev, quien dijo después de leerlo:

-Se ha recibido este telegrama: alguien tiene que ir urgentemente a Moscú para hacerse cargo de un coche de asistencia técnica. ¿A quién mandamos?

-Puedo ir yo -se ofreció al instante Korobkov.

-El batallón no puede quedarse sin dirección técnica. -La mirada de Yuldashev se detuvo en Ovsíánnikov-. Irá usted, camarada Ovsíánnikov, acompañado de un chófer. ¿Tiene chóferes en su sección?

-De momento, sólo uno -señaló a Sasha-: el soldado rojo Pankrátov.

-Pues el soldado rojo Pankrátov irá con usted. -Devolvió el telegrama al jefe de estado mayor-. Entrégueles los documentos necesarios.

Sasha se levantó.

-Con la venia, camarada capitán: a mí no me han dado todavía el uniforme.

-Disponga que le equipen -ordenó Yuldashev.

-Equipamiento usado... -sugirió el jefe de estado mayor medio preguntando.

-De la reserva especial. O sea, que se habían recibido uniformes nuevos. Pero se conoce que en cantidad insuficiente y por eso los repartían con parsimonia.

13

¡Qué sorpresa y qué suerte! Claro que Yuldashev quería mandarle a él. Un tártaro astuto. Y listo. Le había parado los pies al cretino de Scherbakov.

Sasha fue a casa de Evgueni Yúrievich a recoger su ropa y sus libros. Apartó dos mudas, calcetines de lana, un jersey, una bufanda, peales, una toalla, la maquinilla de afeitar, la brocha y el jabón, el cepillo de dientes, un frasquito de colonia, la fotografía de su madre y, finalmente, las obras escogidas de Chéjov en dos volúmenes y Guerra y paz: ya les encontraría un sitio en el camión, no serían una carga. Lo demás lo metió en la maleta y el macuto. Por la tarde telefoneó a su madre para anunciarle su llegada en comisión de servicio.

A primera hora de la mañana ya estaba en el tren con el técnico militar Ovsíánnikov. Había poca gente en el vagón, y apenas quedaba nadie cuando se acercaron a Moscú: sólo se podía entrar en la capital con un pase especial o a requerimiento de un organismo central.

Ovsíánnikov resultó ser un muchacho simpático, afable y locuaz. Aunque Sasha era subordinado suyo, le trataba de usted porque tenía más edad y era «intelectual».

-Cuando le soltó usted al instructor político lo del inválido con muletas -decía riendo-, por poco me escondí debajo del banco.

-¿Tanto te asustaste?

-¡El mando político! Como te pongas a malas con alguno, te has caído.

Ovsíánnikov era de la región de Kostromá, había trabajado de tractorista en un koljós y luego en una estación de máquinas y tractores.

-Como era tractorista -contaba mirando por la ventanilla-, cuando fui a la mili me mandaron a unos cursos para chóferes, y de chófer me pasé todo el servicio. Luego, como tengo siete años de estudios escolares, me mandaron a una escuela militar de transporte automóvil, y aquí me encuentro ahora, de subtécnico militar.

Joven, con las mejillas coloradas, estaba muy orgulloso del cubo que lucía en la guerrera, saludaba marcialmente a los superiores que encontraba a su paso, le encantaba que los soldados le saludaran a él, pero si alguno no lo hacía, no le paraba para llamarle al orden. Un buen chico, sin arrogancia. Cargó con la maleta de Sasha: «Usted tiene bastante con el macuto».

Sasha trataba de identificarle con alguien conocido, y al fin lo consiguió... Se parecía a aquel teniente jovencito que llevó Max a la última fiesta de fin de año que celebraron todos los amigos juntos. Algo cohibido, el teniente se encargaba de darle cuerda al gramófono y no se atrevía a dirigirle la palabra a Varia. Sasha intentó que Varia entablara conversación con el teniente, pero la muchacha se volvió entonces hacia Sasha y fue la primera vez que él vio tan de cerca sus ojos malayos y su rostro delicado. Luego bailó con Varia, sosteniendo su mano pequeña en la suya, y ella sonreía, sin tratar siquiera de disimular su alegría. ¿Cuántos años tenía entonces? Dieciséis. Y él, veintidós. Ahora ella tenía veinticuatro y él había cumplido los treinta. ¡Qué fugazmente había pasado todo, huyendo hasta desvanecerse en el tiempo!

Y el teniente aquél, ahora lo recordaba, se llamaba Serafín. Sí, así se llamaba...

Ovsiánnikov no había estado nunca en Moscú y la ciudad le dejó pasmado. La estación, la plaza, la gente, los tranvías, los coches... No se apartaba ni un paso de Sasha por temor a extraviarse. Le intimidaban las patrullas y se ponía nervioso cuando alguna les pedía su identificación.

En cambio Sasha notó enseguida que el gentío era menos denso, que apenas quedaban quioscos. Muchas mujeres llevaban botas altas y guerrera, circulaban muchos camiones militares con soldados, aerostatos plateados de protección aérea descansaban en tierra hasta que los soltaran al atardecer, había cañones antiaéreos en la plaza.

La base donde debían recibir el taller ambulante estaba cerca de allí, en la Krasnosélskaia. Hicieron el trayecto en un tranvía medio vacío, encontraron la base en una calle transversal donde, aparentemente, había habido unos almacenes. Un patio inmenso, cruzado por una vía férrea, con talleres en los cuatro costados, camiones bajo unos cobertizos. Se entraba al estado mayor por la calle. En los pasillos había muchos militares, chóferes, técnicos que probablemente venían a recoger también vehículos. En la oficina, una escribienta cotejó sus documentos con una lista y se los devolvió a Ovsiánnikov.

-Vaya a ver al jefe de la base, aquí, a la izquierda, la última puerta del pasillo.

Ovsiánnikov entró en el despacho. Sasha se sentó encima de su maleta, lamentando no haber telefoneado a su madre desde la estación. Cualquiera sabía el tiempo que se pasarían allí.

Apareció Ovsiánnikov:

-Camarada Pankrátov, venga conmigo. Quieren verle.

Detrás de Ovsiánnikov, también entró en el despacho.

Un ingeniero militar sentado a la mesa levantó la cabeza y miró a Sasha... ¡Rúnochkin!... ¡Demonios! Rúnochkin, su compañero de estudios, el Rúnochkin bajito, algo bizco y patizambo...

Rúnochkin se levantó con la mirada fija en Sasha.

-¡Sasha! ¿Eres tú?

-Eso parece...

Rúnochkin dejó su mesa, se abrazaron, se besaron.

Ovsiánnikov sonreía, confuso; su timidez le hacía sentirse algo cohibido. Rúnochkin exclamó algo toscamente para disimular su emoción:

-¿Qué hacéis ahí de pie? ¡Sentaos!

Tomaron asiento.

Pocos recuerdos agradables le habían quedado a Sasha de aquellos años malditos. Pero a Rúnochkin sí le recordaba con afecto: un compañero leal, el único que no le traicionó en el Instituto, que le echó una mano, que le defendió. Lo veía cambiado, quizá debido al uniforme. Antes andaba un poco torcido, pero ahora tenía un porte gallardo. Un oficial no muy alto, pero erguido, de porte seguro, incluso autoritario, y mirada recta. Una cosa violentaba a Sasha: se había olvidado de su nombre de pila. En el Instituto solían llamarse por el apellido. No lograba recordarlo. ¿Cómo se dirigía a él? ¿Por el rango? Pero él sí le había llamado por su nombre de pila y no «soldado rojo Pankrátov».

-Diles a tus jefes, camarada técnico militar -le dijo a Ovsiánnikov-, que ya pueden darle gracias a Dios por haber enviado a Pankrátov contigo. Estudiamos juntos en el Instituto, en el mismo grupo, ¿comprendes? Os voy a organizar un taller de campaña como no lo tiene ningún otro batallón. ¿Has entendido?

-He entendido perfectamente, camarada ingeniero militar de tercer rango. Gracias.

-No gastes tantas palabras. Di sencillamente ingeniero militar.

-A la orden, camarada ingeniero militar.

-El coche lo recibiréis mañana. Os presentáis a las diez cero cero. El camarada Pankrátov se hospedaré...

-En casa de mi madre -sugirió Sasha.

-Justo. Y a usted, técnico militar, le daremos una plaza en la residencia comunal. Al lado tiene un cine y también un teatro muy cerca. No se aburrirá.

Apretó un timbre. Se presentó la misma escribienta. Rúnochkin le entregó los documentos de los dos:

-Registre las órdenes de comisión de servicio y de racionamiento. Para el soldado rojo Pankrátov, el rancho en frío, ¿no, Sasha?

-Sí, claro.

-En cuanto al técnico militar, pienso que lo mejor será adscribirle al comedor. ¿Qué tal? ¿No le parece preferible comer caliente?

-Desde luego.

-Pues, ya lo sabes: el técnico militar, adscrito al comedor ya la residencia comunal. A la habitación número 6. - Para la habitación número 6, el encargado exige una nota firmada por usted, Dmitri Platónovich. ¡Gracias a Dios! Su nombre de pila era Dmitri, justo. Y solían llamarle Dima o Dimka. Rúnochkin escribió algo en un papel y se lo entregó a la muchacha.

-Vaya usted, camarada técnico militar. En cuanto a los documentos de Pankrátov, me los traes a mí, Larisa. Puede retirarse.

Ovsiánnikov se levantó.

-A la orden, camarada ingeniero militar.

-Un momento. -Sasha apuntó en un papel el número de teléfono de su madre y se lo dio a Ovsiánnikov-. Éste es el teléfono de mi madre, por si acaso.

-¡Ah, muy bien! Le esperaré en el pasillo, camarada Pankrátov.

-¿Para qué tiene que esperarle? -preguntó Rúnochkin.

-Lo digo por sus cosas, no vayan a desaparecer.

-¿Qué cosas?

-He traído una maleta y unos libros para dejarlos en casa de mi madre -explicó Sasha-, y están en el pasillo. Rúnochkin abrió la puerta y al primer soldado que vio le ordenó meterlo todo en su despacho.

-¿Puedo retirarme, camarada ingeniero militar?

-Retírese.

Ovsiánnikov se llevó la mano a la gorra, dio una media vuelta impecable y salió.

-No parece tu superior, sino tu ordenanza -observó Rúnochkin.

-Es simplemente un chico amable. Oye, Dima, ¿puedo usar tu teléfono?

-¡No faltaba más! -Rúnochkin empujó el aparato hacia Sasha.

Sasha telefoneó a su madre para decirle que ya estaba en Moscú y pronto llegaría.

-Oye, Sasha, te juro que todavía me parece mentira. Cuando tu técnico militar me presentó vuestros documentos y leí Pankrátov A.P., no me fijé. Por aquí pasa un montón de gente. Pero luego me dio un vuelco el corazón... Pankrátov A. ¿Alexandr? ¿Y si fuera él? Conque le dije «que pase ese Pankrátov»... ¡Y aquí estás! No esperaba yo este encuentro, palabra. Pensaba que habías desaparecido como han desaparecido tantos otros. Porque yo fui a ver a tu madre y me dijo que estabas en la Butirka. Luego, al salir del Instituto, me destinaron a la periferia y perdí tu rastro.

-Ya sé que pasaste por casa: me lo dijo mi madre cuando fue a verme a la cárcel. Tú fuiste el único. Gracias.

Rúnochkin hizo un ademán evasivo, apartó la mirada.

-Deja eso, Sasha... Cuéntame lo que ha sido de tu vida.

-¿De mi vida? ¿Qué te puedo decir? Cumplí mis tres años en Siberia, en el Angará. Luego, con un «excepto» en el pasaporte, no he podido vivir en grandes ciudades. Ahora, con la guerra, soy un soldado como los demás.

-¿Y por qué soldado raso?

-Como me detuvieron, no pude licenciarme en el Instituto.

Rúnochkin sacudió la cabeza.

-¡Lo que han hecho esos canallas! De nuestro Instituto, barrieron casi a la mitad.

-Algo me han dicho...

-Y ahí tienes a Hitler a las puertas de Smolensk -profirió Rúnochkin con rabia-. En fin, no hablemos de eso ahora. Por lo menos, estás vivo. ¡Pero, soldado raso! Verás que pronto te traigo yo aquí.

-¿Cómo?

-Muy sencillo. A través de nuestra Dirección General mandaremos al batallón la orden de tu traslado inmediato.

-¿Y qué voy a hacer aquí?

-Lo que prefieras: jefe de equipo, jefe de taller... Precisamente vamos a equipar un tren de reparaciones. -Señaló el patio por la ventana-. ¿Ves el ramal ferroviario? Te ascenderemos, vivirás en Moscú y ya veremos luego.

-Gracias, Dima, pero eso no sirve para mí. ¿Ascenderme? Para eso hay que cumplimentar un cuestionario, declarar que he cumplido condena.

-¿Qué dices, Sasha? Únicamente los idiotas escriben ahora la verdad en los cuestionarios. ¿Quién va a comprobar nada? Los «comprobadores» andan escondidos por los rincones.

-Además, que en Moscú tengo muchos conocidos. No quiero andar temiendo siempre cualquier sorpresa. Así me he pasado cuatro años, y estoy harto. ¡Se acabó! Ahora, en la guerra, en el frente, se terminaron las preguntas.

-¿Prefieres que te dé órdenes un militarote? ¿A quién tenéis de jefe de batallón?

-Al capitán Yuldashev.

-No he oído ese apellido. ¿Y de suplente para la parte técnica?

-A Korobkov, técnico militar de primer rango.

-¿A Korobkov? ¿A Venka?

-No sé su nombre de pila.

-Pero yo sí. ¿Técnico militar? ¡Técnico de la cobardía! Y de primer rango, sí. Siempre se busca enchufes. Cuando salió del Instituto, le enchufaron en el Comisariado del Pueblo y ahí ha estado, emborronando papel y sin ver un coche ni por ensueño. Y ahora, enseguida han equiparado su puesto al de técnico militar.

-¿Se pueden hacer esas cosas en el ejército?

-Aquí hay favoritismo hasta por encima del Consejo de Comisarios del Pueblo. En todas partes.

-Ahora comprendo por qué admite cualquier cacharro desvencijado para el batallón. ¿Y de qué le conoces?

-¿Te acuerdas de Borka Nésterov?

-Claro que sí.

-Y del epigrama que le dedicaste, ¿te acuerdas? «Para Borís el epitafio mejor, una chuleta de cerdo con arroz.» ¿No era así? Cara te ha costado esa chuleta.

-Cara me ha costado, es verdad.

-Bueno, pues Borís Nésterov trabaja en la Dirección General y él me ha hablado de Korobkov. De modo que tampoco sabes con qué gente puedes tropezarte en el ejército. En cambio aquí, conmigo, estarás tranquilo. No permitiré que te hagan ninguna faena. Piénsatelo. Y, si no, lo decidiré yo por ti: hoy mismo curso la petición de traslado.

-Dima -profirió Sasha muy serio-, te ruego que no lo hagas. Prométemelo.

-Estás equivocado, Sasha... ¿Quieres luchar? ¿Piensas que en el frente vas a recuperar tu buen nombre y a purgar tu culpa? Pues no lo creas. Allá -señaló el techo con el dedo-, no ha cambiado nada. ¡Al contrario!

-Yo no he tenido ni tengo ninguna culpa que purgar. No necesito que ellos me perdonen. Ni pienso perdonarlos a ellos. Lo que quiero es sentirme libre de una vez. Allá, en el frente, con el volante de un camión entre las manos, sabré en aras de qué vivo y, si llega el momento de morir, sabré por qué muero. Para mí, es asunto decidido.

-Bueno, pues si es asunto decidido... Y ahora, como acabas de apearte del tren, vamos a almorzar. Y tomaremos una copa.

-¿Sabes Dima? Hace años que no veo a mi madre.

-Perdona. De todas maneras, tenemos que pasar un rato juntos. Nos pondremos de acuerdo por teléfono. Si te parece, podemos llamar también a Borka Nésterov.

-A decir verdad, Dima, no siento grandes deseos de ver a nadie del Instituto como no seas tú. Hoy que me he encontrado contigo es para mí un día feliz. Y, como comprenderás, no han sido muchos los que me han tocado en suerte durante estos siete años.

-Sí, lo comprendo, Sasha. Lo comprendo. -La voz de Rúnochkin se quebró.

-Oye, ¿funciona el metro normalmente?

-¿Quién habla de metro? Aquí tenemos el patio lleno de coches. En un momento te llevarán a tu casa.

El pozo estrecho y profundo del patio rodeado de casas de ocho pisos. El patio de su infancia. Junto a los portales, barriles llenos de agua y cajones con arena; por lo demás, todo igual, las mismas escaleras de emergencia por las que había trepado para colocar la antena de su aparato receptor. Ahora nadie recuerda ya aquellos receptores que fabricaban ellos mismos cuando empezó a funcionar la primera emisora de radio soviética, la Komintern.

Junto al portón de entrada al patio, la puerta trasera del cine Arbatski Ars, por donde salía el público después de las sesiones. En verano estaba siempre abierta, por el calor, se veía el haz luminoso del proyector sobre las filas negras de espectadores y se escuchaba el zumbido del aparato y las notas del piano desvencijado... Max Linder, Douglas Fairbanks, Mary Pickford, el conmovedor y malaventurado Charlie Chaplin... Al cabo de tanto tiempo, todo sigue aún en el recuerdo.

Los libros de texto y los cuadernos los envolvían entonces en hule, los ataban bien con una correa, larga a ser posible, y se podían utilizar como una maza en las peleas... Allí se peleaban, en el patio, que parecía entonces muy grande. No pensaba él que volvería a encontrarse allí tan pronto, cosa de siete años. Se cruzó con algunas personas y se fijó en ellas, pero no reconoció a nadie.

Subió corriendo la escalera y, antes de que pulsara el timbre, se abrió la puerta. La madre le abrazó, apoyó la frente en su pecho y trató de explicarle, entre sollozos, que le había visto entrar en el portal.

-Mamá querida, cálmate. -Sasha la besaba en los cabellos-. ¿Ves? Ya pasó todo. Estoy bien.

Pasaron al cuarto. La madre se dejó caer en una silla, le tomó las manos entre las suyas. Le temblaban los labios.

-Se acabaron las lágrimas, mamá, se acabaron las penas. ¡Ya pasó! Fue dejando encima de la mesa la carne en conserva, el pan, los caramelos... Lo que le habían dado como ración en frío.

-Aquí tienes esto. Prepara algo. Hoy no he comido aún.

-Sí, sí, ahora mismo. Enseguida. Lo tengo todo listo.

-Y yo, voy a lavarme las manos.

Se acercó a la cómoda y vio, encima, un retrato suyo enmarcado. No recordaba haber tenido nunca una fotografía de ese tamaño.

-¿No te acuerdas?

-No.

La madre sacó de un cajón una foto pequeña que sí recordaba Sasha. La habían hecho después de un partido de fútbol cuando él jugaba en el equipo de la fábrica Krásnaia Roza, el mejor del distrito.

-Hicimos ampliar ésta, ¿ves? -explicó la madre-. Yo quería tener un retrato tuyo grande.

Hablaba en plural, y a Sasha le dio un vuelco el corazón.

-El fotógrafo sacó dos. La otra se la llevó Varia y la colgó en su cuarto, al lado de un retrato de Stalin que tenía Nina, porque ya recordarás que era muy ortodoxa.

-¡Buena vecindad! -rió Sacha, pero no preguntó nada acerca de Varia. Quizá sacara su madre la conversación.

-Anda, lávate las manos, que ya traigo la comida -le recordó la madre.

Todo lo conocía desde niño: el mismo ruido del agua en las tuberías de la cocina, la misma pintura desconchada en las paredes.

Volvieron al cuarto.

-Quería preguntarte una cosa. Al pasar, he visto el teatro Vajtángov y me ha parecido algo extraño. ¿Lo han bombardeado?

-¿No lo sabías? Pues, sí. Y murió un actor: Kuza. ¿Le recuerdas?

-Naturalmente que le recuerdo. Dirigía el círculo dramático de nuestra escuela.

-Dicen que era pariente del rey de Rumanía.

-No lo sé. Es posible. ¿Y cómo ha sido? ¿Los alemanes tomaron especialmente como blanco el Arbat?

-Bombardearon el Arbat, y el paseo de Gógol y el Teatro Bolshói.

Dispuso sobre la mesa sopa de remolacha fría con pepinillos picados, obleas rellenas de carne, mousse de frutas del bosque ...

Todo lo que le gustaba desde niño.

-¡Vaya...! ¿Os dan todo esto con las cartillas de racionamiento? -La madre no contestó. Sentada a la mesa, no podía apartar del hijo la mirada-. Pero no me mires tanto.

Tampoco contestó. Seguía mirándole y otra vez le temblaban los labios.

-¿Qué planes tienes, Sasha? ¿Cuándo debes marcharte?

-Mañana por la mañana.

-He avisado a Vera y a Polina de que venías. Tenéis que veros.

Son tus tías, al fin y al cabo, y te quieren mucho.

-Me hubiera gustado pasar esta velada a solas contigo.

-También a mí me hubiera gustado. Pero no sabes cuánto sintieron que no las llamaras para que fuesen a verte a la Butirka. Y he avisado también a Nina Ivanova.

-¿Está aquí Nina?

-Sí. Vive donde vivía antes. Viene a verme, pregunta por ti.

Ayer me telefoneó y yo le dije: «Acabo de hablar con Sasha.

Vendrá mañana».

-Y Max, ¿dónde está?

-Max está en el frente.

-Lo de Nina tiene fácil arreglo. Como vive en esta casa, puedo acercarme yo un momento. Pero las tías se pasarán aquí toda la velada.

-No, no se quedarán mucho rato. De noche no se puede andar por las calles y mañana Vera tiene que ir a trabajar y Polina a las fortificaciones: las recogen a las seis de la mañana y las llevan en camiones.

-Bueno, está bien. ¿Y dónde está mi padre?

La madre quedó pensativa. Iba rebuscando las migas de la mesa y aplastándolas con las yemas de los dedos. No había perdido esa costumbre.

-¿Tu padre? Tu padre está en Moscú. El cuarto que estaba aquí a su nombre lo ha permutado y ahora vive allá por Zamoskvorechie. Tiene mujer y una hija. Nos hemos divorciado oficialmente. Yo le di mi conformidad por escrito, el pasaporte, y él lo arregló todo. No conozco su dirección, pero tengo su teléfono. Puedes llamarle.

-Ya veré.

Se levantó de la mesa, anduvo por el cuarto y se detuvo, sorprendido, ante la estantería de los libros.

-¿Cómo están aquí los libros de Mijaíl Yúrievich? -Pasó un dedo por los lomos-. Zhirmunski, Tomashevski, Tiniánov... Memorias literarias y teatrales... Henri de Regné, Jules Romain, Proust. Hofman...

-Todo fue tan extraño... Poco antes de morir, Mijaíl Yúrievich repartió sus libros entre Varia y tú, porque estaba harto de tanto polvo, según dijo. Nosotras nos quedamos sorprendidas pero él insistió. Varia le preguntó: «¿Se marcha usted de Moscú?». Y él contestó: «En cierto sentido, sí». Entonces Varia, tan buena, se ofreció para hacerle el equipaje. «Se me da muy bien», le dijo.

-Yo le tenía mucho cariño a Mijaíl Yúrievich. ¿Por qué se suicidó?

-Cuando estaban levantando el censo de toda la URSS, les exigieron ocultar que habían perecido seis millones de personas y él no quiso participar en el engaño. Por lo menos, eso le dijo a Varia. Y probablemente temía que le metieran en la cárcel, temía que le golpearan, que le torturasen. Es lo que nosotras pensamos. -Bajó la cabeza, guardó silencio... -Dime, Sasha, y a ti...

Él se acercó a la madre y la abrazó.

-No, a mí no me golpearon ni me torturaron. Eso comenzó más tarde. Llamaron a la puerta. Era Galia, una vecina. Besó a Sasha y se le saltaron las lágrimas.

-Vaya -sonrió Sasha-: otra que llora.

Había envejecido. Galia era una vecina alborotadora, que despotricaba en la cocina. Pero los repentes se le pasaban pronto y tenía un buen corazón. Cuando se llevaban a Sasha le metió un paquete de cigarrillos en el bolsillo.

-Has cambiado -Galia ahogó un sollozo-. ¡Con lo presumido que eras! ¿Te acuerdas de cómo te llamaban los chicos de por aquí?

-Sí, lo recuerdo.

Le llamaban «Sashka el Dandy».

Sasha le preguntó por su hijo: -¿Y Petia?

-¡No sé dónde está! No lo sé. Y me temo que nunca llegaré a saberlo. Cuando estalló la guerra, estaba haciendo el servicio en Bielorrusia. Conque, le pilló lo peor. No he vuelto a tener ni una carta, ni una noticia...

-No se atormente. El correo de campaña no llega a esas unidades. Ya verá como recibe carta.

-¿Hasta dónde van a llegar, Sasha? Ya está la gente cavando trincheras a las puertas de Moscú.

-Los ejércitos combaten en la dirección oeste, van saliendo del cerco. Volverá Petia, se lo digo yo.

-Gracias, Sasha. Y quiera Dios que vuelvas tú también con vida. -Le besó otra vez-. Os han hecho sufrir mucho a ti y a Sofía Alexándrovna. Nosotros sólo lo veíamos desde fuera. Ahora le toca sufrir a todo el pueblo.

-No es mala mujer -comentó Sofía Alexándrovna cuando se marchó Galia-. Algunos choques hemos tenido ella y yo, pero es agua pasada. ¿Sabes, Sasha? Con este golpe tan duro, la gente se ha vuelto mejor.

Sasha descargó de pronto un puñetazo sobre la mesa.

-¡Canallas, miserables! «No cederemos ni un palmo de nuestra tierra»... «Sólo en territorio ajeno»... «Pocas pérdidas»... ¡Y los alemanes están ya en Smolensk!

-¿Piensas que pueden llegar hasta aquí, Sasha?

-No lo sé. Es posible que no lleguen. Nuestro «grande» y «genial» puede echarles otros cuantos millones de Petias, de Vankas, de Grishkas... ¿A él qué le importa? Yo no podía mirar a la cara de Galia. Claro que su Petia está muerto... O prisionero. Y el caer prisionero se considera ahora traición.

-Sáshenka, ten cuidado, sé razonable, no hables de esas cosas. Me alegro de que seas un simple chófer. Así no tienes que responder por nadie.

Sonó el timbre de la puerta.

-Son tus tías -dijo Sofía Alexándrovna.

Eran ellas, en efecto. La mayor, Vera, siempre tan enérgica y activa, abrazó con fuerza a Sasha y luego le apartó un poco para verle mejor.

-¡Mira tú que soldadito tan bizarro! -Sacó una botella del bolso-. En una ocasión como ésta, no hay más remedio que echar un trago... -Le había traído de regalo una maquinilla de afeitar extranjera, una Gillette, y dos paquetes de cuchillas-. ¿Sabes cómo se afilan estas cuchillas?

-No.

-Dame un vaso -pidió a Sofía Alexándrovna, a la vez que tomaba una cuchilla del paquete, pero sin sacarla de su envoltorio-. Ahora verás. -Aplicó la cuchilla a la parte interior del vaso, la sujetó con las yemas de dos dedos y la deslizó de un lado para otro por el cristal-. Haces esto durante cinco minutos, repites la operación por el otro lado, y ya está afilada. Con una cuchilla podrás afeitarte tres meses. Y, como hay diez cuchillas, aquí tienes para treinta meses.

Polina, la menor de las hermanas, mujer callada y sonriente, le traía a Sasha un libro de poesías y poemas de Pushkin, en una edición miniatura del tamaño de la palma de la mano.

-Como te gusta tanto Pushkin... Este librito cabe en un bolsillo.

Se sentaron a la mesa. Tomaron una copa. La madre les atendía, yendo y viniendo a la cocina, y las tías le contaban a Sasha lo que era de su vida. La hija de Vera, médico militar, trabajaba en un hospital. El hijo estaba en una escuela de artillería y ese año le enviarían al frente. En cuanto a Polina, su marido era corresponsal de guerra y el hijo, que acababa de cumplir los diecisiete, estaba ya registrado en el comisariado militar.

-Sólo quedamos nosotras tres: la última reserva del alto mando -quiso bromear Vera.

Las tías se sentían felices de que Sasha hubiera escapado a la sangrienta trituradora donde cayó, aunque ahora iba a parar a otra igual de sangrienta, cierto; pero, en ese aspecto, la suerte era igual para todos. Según decían, las pérdidas se elevaban a millones de vidas, aunque los periódicos no comunicaban nada de eso, claro.

-Gracias a Dios, a ti hemos vuelto a verte -decía Vera-. ¿Quién sabe si veremos volver a los demás... ?

-Nada: aún nos reuniremos todos en torno a esta mesa.

Palabras banales, pero no se le ocurrieron otras a Sasha.

-Cuando venzamos a Hitler, empezaremos a vivir de otra manera -intervino Polina. Llegó Nina. Se detuvo en el umbral y se le saltaron las lágrimas al abrazar y besar a Sasha.

-Siéntese, Nínochka -la invitó Sofía Alexándrovna.

-¿Llego en mal momento? -preguntó Nina mirando a sus hermanas.

-Al contrario: el mejor momento para tomar una copa con nosotros -sonrió Sasha.

-Sólo un sorbo -dijo Nina señalando el fondo de una copa.

Al poco rato, Polina y Vera dijeron que debían marcharse: estaban lejos de sus casas y a la mañana siguiente empezaban temprano a trabajar. Sasha las acompañó hasta la escalera, las vio bajar apoyado en la barandilla y las despidió agitando una mano. Ellas volvieron la cabeza y le contestaron igual. Luego entró en su casa y tomó asiento junto a Nina.

-¿Y tu hijo?

-Se ha quedado con su abuela, con la madre de Maxim.

Sasha le refirió lo sucedido con Lena y Gleb.

-Una triste historia, como verás. ¿Y qué hay de Max y de Varia?

-Maxim está en el Extremo Oriente, formando una división. Varia sirve en la Dirección General de Construcciones Militares. Trabaja en proyectos de obras defensivas en torno a Moscú y anda de un lado para otro por toda la región. No la veo nunca. Hablamos por teléfono de vez en cuando. Yo trabajo en una escuela. -Sonrió-. Me ocupo de la educación patriótica.

-¿En nuestra escuela?

-No. En otro distrito. -Le miró a la cara-. Van a machacar a toda nuestra generación, ¿verdad, Sasha?

-Alguno quedará. Alguien sobrevivirá.

-Me temo que sólo quede Sharok -profirió dolorosamente Nina-. Ése no combatirá. Ni Vadim Marasévich tampoco. Por cierto, me crucé con él hace poco: está adscrito a una revista militar, *El guardafronteras* creo que se llama, conque en cierto modo se encuentra en el ejército, pero no tiene que combatir. Y ya es capitán. Ésos, sí: Sharok y Marasévich sí sobrevivirán.

-No importa. También tú y yo tenemos toda una vida por delante.

-Escríbeme -pidió Nina.

-Sin falta.

Por fin se quedaron solos la madre y el hijo. Ella le preparó la cama en el diván, pero todavía estuvieron un buen rato charlando.

-Cúidate, Sáshenka, te lo ruego. Ya sé que no eres cobarde; pero tu amor propio te impide ser precavido. Tienes treinta años, pero en realidad no has vivido: sólo has padecido. Hay que sobrevivir. Después de la guerra, todo cambiará.

-¿Lo crees así?

-Estoy convencida. -Miró hacia la puerta y bajó la voz-. Eso de «por la patria», «por Stalin» es un conjuro, un ritual. En la otra guerra también hubo lo de «por nuestra madre la patria», «por nuestro padre el zar». ¿Y qué hicieron con el zar? En Rusia, siempre ha cambiado algo después de cada guerra. Después de Sebastopol fue la Reforma campesina; después de la guerra ruso-japonesa, la revolución del año 1905; después de la guerra mundial, la revolución de febrero.

-¿Y qué cambios esperas?

-No lo sé. Únicamente sé que basta de hacer sufrir a la gente. Rusia tiene que convertirse en un estado normal.

-¿Al estilo de occidente?

-Pues mira, sí.

-Me temo que no se cumplan tus esperanzas. En la conciencia de la gente han arraigado profundamente las ideas de justicia social proclamadas por la revolución. Si vencemos, el pueblo buscará la salida en los tiempos aquellos, los de Lenin.

-Perdóname, Sasha, y no te ofendas porque sé lo que supone Lenin para ti, pero tampoco hay que idealizarle. Tú eras entonces pequeño, pero yo viví su época, y también hubo sangre, fusilamientos y sótanos de sobra.

Sasha soltó la risa.

-No me imaginaba yo que, después de estos siete años de separación, nos pondríamos a hablar tú y yo de política.

-No, Sasha. Para mí, esto no es política. Para mí, se trata de tu suerte. Ruego a Dios que te proteja. Y por eso pienso en lo que vendrá después de la guerra.

-Bueno -resumió Sasha-. Vamos a echar a Hitler primero, y luego veremos lo que se hace. Y ahora, mamá, voy a acostarme. Estoy que no me tengo de cansancio.

Se desnudó y se acostó. La madre le echó una sábana por encima y, cuando le dio un beso, ya estaba dormido.

15

Sasha y el técnico militar Ovsíánnikov volvieron de Moscú con un taller de campaña que era un camión cubierto y un remolque equipado con torno y perforadora, banco, tornillo, juego de herramientas, sopletes, compresor y aparato de soldadura eléctrica. Ovsíánnikov le contaba a todo el mundo que aquel magnífico taller móvil se lo debían a Sasha porque había estudiado con el jefe de la base en el mismo Instituto. Pero no había tiempo para manifestaciones de entusiasmo. Corría el mes de agosto y apremiaba el plazo de formación del batallón. Se había decretado la movilización de las quintas del 1890 al 1904, Y se incorporaban al batallón chóferes de mediana edad. También fue movilizado el mecánico Vasili Akímovich Sinélshikov, y le nombraron jefe del taller de campaña.

Urgía la incorporación de la primera compañía, por lo menos. A ella fueron destinados Ovsíánnikov, como jefe de sección, y Sasha, que ayudaba en la recepción de vehículos al chófer Protsenko, un muchacho muy despabilado, capaz de encontrar y conseguir todo lo que hiciera falta, igual de bien visto en el almacén de víveres que en el de material o en la base de combustible. Incluso había pensado Yuldashev destinarle a la parte de intendencia, pero se opuso Berezovski, el jefe de la primera compañía, porque no se podía prescindir de un solo conductor.

Precisamente Berezovski llamó un día a Sasha aparte. Había en el taller una especie de chiscón con una vieja mesa de escritorio, y allí se sentaron para hablar.

-He oído decir que ha estudiado usted en el Instituto del Transporte. ¿Es cierto?

-Sí, es cierto.

-Quisiera ponerle de suplente para la parte técnica. Eso permitiría nominarle para técnico militar. ¿Tiene la documentación de sus estudios? Aquel hombre le agradaba a Sasha, le inspiraba confianza. Sin embargo, contestó:

-No, no la tengo.

Extrañado, Berezovski enarcó las cejas, tan negras como el bigote, aunque tenía el cabello encanecido.

-Puede solicitarla al Instituto. Si quiere lo haremos nosotros. O, mejor aún, le daremos permiso para que vaya a Moscú. En un día podría arreglarlo.

-No. No pienso ir a Moscú ni solicitar nada. Soy chófer, y chófer seguiré siendo.

Estuvieron mirándose unos instantes y luego dijo Berezovski:

-Llevaría usted una nota oficial del batallón pidiendo la entrega inmediata de los documentos necesarios. No pueden desatender la petición de una instancia militar.

Se conoce que algo barruntaba y probablemente habría pasado también él por algún mal momento. A su edad, un militar de carrera tendría que ser, por lo menos, teniente coronel.

-Camarada teniente primero, yo no he servido nunca en el ejército, pero estoy seguro de que a un soldado raso no se le puede imponer un rango en contra de su voluntad.

-En la guerra, todo se puede hacer -replicó duramente Berezovski, y cambió de tema-. ¿Qué máquina prefiere usted? ¿Un camión de tonelada y media o un ZIS?

-Uno de tonelada y media.

-Elija el que quiera.

Sasha optó por un coche prácticamente nuevo, salido de la fábrica el año anterior. Procedía de alguna tranquila empresa de la ciudad y no había sido baqueteado por los caminos rurales. Venía provisto de un juego completo de herramientas, incluida cierta reserva de menudencias como tuercas y tornillos, y hasta de una cubierta guateada para proteger el capó en invierno. Evidentemente, había estado en buenas manos.

Los chóferes de la compañía se afanaban en torno a sus respectivos camiones -a ver cómo se las arregla uno en la guerra con un cacharro desvencijado- y todo eran exigencias para los jefes de sección. Ovsíánnikov, afable y condescendiente, lo pasaba mal. Los chóferes, que se las sabían todas, le acosaban, le ponían el puñal al pecho, y él se apocaba ante aquellos hombres que le doblaban la edad.

Sasha le advirtió una vez:

-No te ablandes demasiado si no quieres que te mangoneen.

Pero a Ovsíánnikov le faltaba carácter. Además, ¿qué podía hacer? También los jefes de escuadra subordinados suyos se sentían desbordados. El de Sasha, Meshkov, era un chófer con experiencia, licenciado después del servicio militar con el grado de sargento como atestiguaban los dos triángulos en el cuello de su guerrera. Hombre ponderado, no levantaba nunca la voz y sacaba a colación su muletilla de «¡calma!» en cualquier circunstancia. «Hay que espabilarse, muchachos -aconsejaba cachazudamente-, hay que moverse. Fijáos en Protsenko: él se las ingenia solo.» Los conductores le estimaban, le llamaban por el nombre y el patronímico -Yuri Ivánovich-, y ni siquiera Churakov, el más escandaloso, se engallaba con él.

Siempre descontento de todo y de todos, bajito, ancho de hombros, Churakov tenía una mirada torva y suspicaz. «Yo no consiento que me pise nadie los callos», rugía más que decía. Le había tomado ojeriza a Mitka Kuzin, un chófer jovencito proveniente de un koljós, ya fuera por su inexperiencia o porque le hubiera molestado en algo sin querer, y le llamaba «orejón».

-Oye, tú, orejón, ¿cuántos años llevas casado?

-Yo no estoy casado todavía.

-Que no está casado... -Churakov fingía sorpresa-. ¡Hay que ver! Pero te habrás acostado con chicas, claro.

-¡Qué cosas dice usted, camarada Churakov! -replicaba Kuzin confuso.

-Digo cosas de la vida. No tienen nada de particular. Además, tú eres un chico bien parecido, orejón. Bueno, y dime: ¿cómo se distingue a una mujer joven de una vieja, vamos a ver?

-Pues... Con mirarla a la cara, ya está.

-¡Qué va! Hay que comprobarlo, orejón. La joven tiene los pechos tiesos. Si le pones un lapicero debajo, se cae al suelo. Pero una vieja tiene las tetas caídas y el lapicero se sujeta. ¿Has entendido, orejón? Conque, cuando vayas a casarte, procura hacer acopio de lapiceros. Con lo pánfilo que eres, no necesitas otra cosa. ¡Orejón, más que orejón!

-¡Déjalo ya! -intervino Meshkov-. No la tomes con el chico. Pero Churakov ya estaba lanzado, y se la buscó. Se puso a despotricar, como siempre, atronando el garaje con sus tacos.

-¿Qué te pasa? -le preguntó Baikov, hombre altivo y corpulento que antes de la guerra conducía el coche de un personaje de la ciudad. Tenía un poco de tripa y la jeta oronda de hombre bien alimentado. Engreído, mordaz, le gustaban las escandaleras que armaba Churakov. También él era aficionado a lanzar puyas.

-¿Qué me va a pasar? -rugió Churakov-. Que me han cambiado la bomba los muy... La mía era nuevecita, y mira ésta ... -casi se la metió por las narices a Baikov-. ¿La ves? Se le ha caído la pintura, está toda arañada y no bombea ni una p ...

-Bueno, ya te encontraremos otra. -Baikov parecía querer calmarle, aunque lo que hacía era exasperarle más-. Si no vale nada, hombre... ¿Por qué te pones así?

-Ya sé quién ha sido el canalla que me la ha robado. Ya ése, le arranco la cabeza.

Con estas palabras, Churakov se dirigió hacia el coche de Mitka Kuzin.

-A ver, orejón, levanta el asiento.

-¿Qué dice, camarada Churakov? ¿Por qué? -Mitka estaba sorprendido.

-Te digo que levantes el asiento -rugió Churakov.

Los chóferes empezaban a juntarse alrededor.

Churakov apartó a Mitka, abrió la cabina, levantó el asiento y sacó una bomba de aire que agitó sobre su cabeza.

-¿Qué? ¿Habéis visto? ¡Esta bomba es la mía! -Era una bomba nueva, efectivamente-. ¡Y ésta es la tuya! - Churakov arrojó al suelo la bomba vieja y le pegó un puntapié-. ¡Recógela, canalla! ¡Ya te enseñaré yo a robar, orejón!

Sasha sabía que Churakov había recibido un juego de herramientas. Incluso la bolsa era nueva y a todos se la había enseñado. De modo que alguien la había cambiado, efectivamente. Pero no fue Mitka porque el camión de Mitka lo había admitido el propio Sasha. Una buena máquina. Incluso había estado dudando entre aquel camión y el suyo. Por eso recordaba que también tenía una bomba nueva. Y dijo:

-Camarada Charakov, el camión de Mitka lo he admitido yo y tenía esa bomba de aire nueva.

Intervino Baikov.

-Mira, Pankrátov: aunque seas ingeniero, según dicen, no creo yo que puedas recordar las piezas de cada camión. ¿También te conoces todas las llaves inglesas?

En el camión de al lado estaba montado Guriánov, un hombre serio, miembro del partido, que era jefe de un garaje pero fue movilizadado como simple chófer. Se asomó desde la cabina y observó:

-En estos casos, hay que informar al jefe de la sección y no meterse sin más ni más en un coche ajeno.

-Éste prefiere hacerlo a su manera -lanzó Nikolái Jalshin, que sólo intervenía en las conversaciones cuando había que defender la justicia.

A Sasha le agradaba Jalshin, hombre concienzudo que nunca le pedía nada superfluo a Ovsíánnikov ni le ponía peros a su camión. Era el único que le hablaba a Sasha de usted.

-¡Cierra la boca, pelirrojo! -le lanzó Churakov a Nikolái-. Y también tú. -Volvió la cabeza hacia Guriánov-. Estás acostumbrado al ordeno y mando en tu garaje, pero conmigo no te sirve. Lo que es mío, no me lo quita nadie.

-Pues, aquí está el jefe de sección -apuntó alguien.

Se acercó Ovsíánnikov.

-¿Qué ocurre?

-Nada que le importe a nadie -se revolvió Churakov de mala manera. Antes de que Ovsíánnikov pudiera replicar apareció inesperadamente Berezovski, el jefe de la compañía.

-Soldado rojo Churakov, ¿por qué le habla usted en ese tono a su jefe de sección?

-Hablo a mi manera -rezongó Churakov, mirando a otro lado.

-¡Firme! -ordenó Berezovski. Churakov le miró, desconcertado, y pareció erguirse un poco-. ¡Deje esa bomba! - Churakov dejó la bomba de aire a sus pies.

-¡Firme!

Churakov adoptó la posición ordenada.

-Técnico militar Ovsíánnikov: explique usted lo que sucede aquí.

-He visto que estaban discutiendo y he venido a enterarme. En cuanto a la respuesta del soldado rojo Churakov, ya la ha oído usted.

-Con su permiso, camarada teniente primero -profirió gravemente Baikov-, no es nada de particular: dos que no se ponen de acuerdo sobre la propiedad de una bomba de aire. Cosa corriente entre chóferes.

-Aclare usted la cuestión -ordenó Berezovski a Ovsíánnikov-. En cuanto al soldado rojo Churakov, tres guardias de limpieza por su grosería. Y una advertencia a todos: cada uno de ustedes debe respetar a sus compañeros como combatientes del Ejército Rojo. Castigaré severamente la falta de disciplina, la insubordinación y la grosería. Ahora rigen las leyes de tiempo de guerra. No lo olviden.

Allí acabó el conflicto. Churakov cumplió sus tres días de limpieza del garaje, manejando la escoba y rezongando contra los chóferes que arrojaban al suelo los trapos sucios. Nadie le hacía caso. Faltaba poco para que se pusieran en camino hacia el frente. No se sabía en qué dirección. Ovsíánnikov le dijo confidencialmente a Sasha que la compañía iba destinada al 50 Ejército, en formación cerca de Briansk. Allí les darían los fusiles.

La compañía continuaba preparándose: por la mañana la instrucción y por la tarde los últimos ajustes de los coches. Cada cual hacía acopio de todos los repuestos que podía conseguir. Un equipo móvil de cine vino dos veces: colgaban una pantalla en la pared y proyectaban viejas películas. Una fue El profesor Mamlok, una cinta antifascista, y otra *Yákov Svérđlov*. Viendo esta última pensó Sasha que Svérđlov había tenido suerte muriéndose antes del año treinta y siete; de lo contrario, Stalin le habría fusilado también a él.

La víspera de la partida no hubo instrucción. Se dedicaron a llenar los depósitos de gasolina, a engrasar, a apretar las últimas tuercas. Les repartieron los capotes y los paquetes de cura individual. Les comunicaron el número de la estafeta de campaña. Llegaron intendentes de una división a la que debía llevar un cargamento la compañía. Eran muchachos exigentes, que ya habían entrado en acción.

A las siete de la tarde formaron y fueron a cenar. Y aunque muchos tomaron un trago aquella noche, el ambiente era triston, apagado.

El chófer Ruslán Streltsov, un chico bien parecido, de cabello castaño y ojos azules y melancólicos, se pasó la velada tocando el acordeón. En todas las compañías había algún acordeón, porque siempre se le encuentra sitio en un coche. Streltsov tocaba bien... *La canción del guerrillero Zhelezniak*, melodías de películas ... Pero todas eran tristes. Y el propio Streltsov apenas sonreía: quería haber sido aviador, iban a mandarle ya a una escuela especial, pero llegaron tarde los documentos necesarios para la admisión, y le metieron en un batallón de transporte. ¡Y él podía haber volado!

Meshkov observó sin malicia:

-Tú le metes el corazón en un puño a cualquiera, Streltsov. ¿No puedes tocar algo más alegre?

Streltsov cambió de melodía, y aunque la letra de la canción era más alegre -«Si yo tuviera montañas de oro y ríos llenos de licor...»-, sonaba triste. ¿Sería su manera de tocar? Razón tiene la gente cuando dice que «el acordeón llora».

A la mañana siguiente, los coches salieron a primera hora: iban a la ciudad a cargar aprovisionamiento, uniformes, combustible y lubricantes. Diez camiones, conducidos por los chóferes más expertos, fueron al depósito de municiones. Sólo a las tres de la tarde se reunió la compañía cerca del sovjós de Stenka, en el punto convenido de la carretera de Riazán a Mijáilov. Allí esperaban ya los mandos del batallón, el taller y la cocina de campaña.

Comieron. Los camiones fueron formados por secciones en el lindero de un bosque, con los conductores al pie de las cabinas. Al otro lado de la carretera se extendían los campos sin segar. En los pueblos no quedaban hombres para recoger las mieses. La cosecha se perdía.

-¡Firmes! -ordenó Berezovski, y se volvió hacia Yudalshev-. Camarada jefe del batallón, la compañía está lista para emprender la marcha.

-Camaradas soldados rojos -dijo Yudalshev-, defended valerosamente nuestro país. Cumplid vuestro deber ante la patria. ¡Viva nuestra patria socialista! ¡Hurra!

-¡Hurra! -gritó la compañía, no muy a coro por falta de costumbre todavía.

Berezovski llamó a los jefes de escuadra para comunicarles el orden de marcha, la velocidad, la distancia entre los vehículos y las escuadras. El primer alto sería a la salida de la aldea de Zájarovo.

Los conductores subieron a sus cabinas y pusieron los motores en marcha. La compañía tomó la dirección suroeste, hacia la ciudad de Mijáilov, en la región de Riazán.

16

Stalin le demostró al país cómo se disponía a combatir.

Pávlov, el comandante del Frente Oeste, el mismo a quien Stalin había prohibido dos días antes del inicio de la guerra que ocupara las fortificaciones de campaña de la frontera, fue fusilado con todo su estado mayor. Fueron fusilados decenas de generales y jefes de unidades y agrupaciones. Se anunció que «en adelante, serán castigados con el fusilamiento los mandos que se repliegan sin haber recibido una orden expresa. Los mandos que se entreguen prisioneros serán convictos de desertión premeditada y se procederá a la detención de sus familiares. Las familias de los soldados rojos que se entreguen prisioneros serán privadas de los subsidios y la ayuda del Estado... Se destruirán y quemarán hasta los cimientos de las poblaciones que queden en la retaguardia de los alemanes. Se organizarán en cada regimiento equipos de voluntarios para volar e incendiar las poblaciones. Se nominarán para condecoraciones gubernamentales a los que demuestren mayor audacia en las valerosas acciones de destrucción de poblaciones».

Sin embargo, a despecho de las tremendas órdenes de Stalin, los alemanes avanzaron unos quinientos o seiscientos kilómetros en tres semanas, la Unión Soviética perdió un millón de hombres entre muertos y heridos y otros tantos prisioneros. El 16 de julio cayó Smolensk. El camino de Moscú quedaba expedito. Hitler anunció al mundo entero que el Ejército Rojo estaba aniquilado y que la guerra concluiría en los próximos días con la victoria total de las armas alemanas.

Pero se había precipitado. El Ejército Rojo no había sido aniquilado. Defendía cada palmo de tierra. El ejército alemán llegó extenuado a Smolensk. Los cuerpos blindados de choque tuvieron que ser retirados para darles un descanso y fueron sustituidos por unidades de infantería. Por primera vez en todos los años que llevaban de guerra, las tropas alemanas pasaron a una defensa forzosa.

El mando militar alemán consideraba provisional su estancamiento en Smolensk. Se aproximaba el otoño, que haría los caminos intransitables. Había que pasar rápidamente a la ofensiva y descargar un golpe contra Moscú. Así se decidiría el desenlace de la guerra. Pero Hitler ansiaba victorias en el noroeste y en el sur: tomar Leningrado y unirse con los finlandeses; tomar Kíev, animar a sus aliados meridionales -Rumanía, Hungría e Italia-, apoderarse de

Ucrania con la cuenca hullera del Donets; crear un trampolín para el salto al Cáucaso... Dejar a la Unión Soviética sin cereales, sin carbón y sin petróleo. A finales de julio, Hitler ordenó preparar la ofensiva sobre Kíev. De ese modo, les dio a los rusos dos meses para preparar la defensa de Moscú.

El 29 de julio, Zhúkov acudió a informar a Stalin.

El Cuartel General había sido trasladado a una casa de la calle de Kírov desde la cual se podía pasar rápidamente, en caso de alarma aérea, a la estación del metro de Kírovskais, convertida en refugio: fue cerrada al público y el andén, separado de las vías por un tabique, quedó dividido en varios espacios de trabajo, uno de ellos para el camarada Stalin.

Zhúkov habría deseado una alarma aérea porque Stalin se volvía más tratable en el refugio. Pero los alemanes no bombardeaban Moscú a aquellas horas. Stalin se encontraba en su despacho, de pie junto a la ventana, con Mólotov, Malenkov y Beria, sentados a la mesa como de costumbre, circunstancia que contrarió a Zhúkov: a solas, también se volvía Stalin más asequible. Pero aquel trío siempre estaba metido en su despacho.

Zhúkov extendió un mapa sobre la mesa. Informó de la situación. La ofensiva de los alemanes sobre Kíev podía tener consecuencias catastróficas: las tropas del Frente Suroeste iban a verse cercadas. Stalin caminaba lentamente por el despacho, se acercaba a veces a la mesa, contemplaba el mapa. Luego se sentó delante.

-¿Qué propone usted?

-Abandonar inmediatamente la orilla derecha del Dniéper y organizar la defensa en la orilla izquierda.

Stalin alzó su mirada pesada hacia Zhúkov.

-¿Y Kíev?

-Habrá que abandonar Kíev.

Stalin se levantó, apartó bruscamente el sillón, caminó por el despacho, volvió a sentarse, tomó un lápiz.

-Prosiga su informe.

Zhúkov señaló en el mapa un punto próximo a Moscú.

-Este saliente de Elnia, los alemanes lo utilizarán más tarde para la ofensiva sobre Moscú. Hay que organizar un contragolpe para liquidarlo.

Stalin arrojó el lápiz sobre la mesa.

-¡Un contragolpe! ¿Qué tonterías está diciendo? -Hizo una pausa y de pronto lanzó con voz chillona:- ¿Cómo se le ha podido ocurrir la idea de entregar Kíev al enemigo?

-Camarada Stalin... -La voz se le cortó a Zhúkov:- si considera usted que soy capaz de decir tonterías, no tengo nada que hacer aquí... Entonces, camarada Stalin... Pido que se me releve del cargo de jefe del Estado Mayor General y se me envíe al frente. Al parecer, allí seré más útil...

Stalin se volvió.

-¿Así es como plantea usted la cuestión? No importa. Podemos pasarnos de usted. ¡Retírese! Ya le llamaré cuando sea preciso. Llévese sus papeles.

Y apartó el mapa extendido sobre la mesa. Zhúkov salió. Stalin reanudó sus paseos por el despacho. Mólotov fue quien primero rompió el silencio. -Sin más propuestas, sin más variantes, entregar Kíev, ¡y ya está!... ¡Es indignante! - Como a Jruschov y a Kirponós les han atizado, quieren atrincherarse en la margen izquierda para estar más seguros. Stalin oprimió un botón. Se presentó el general de guardia y Stalin le dictó el siguiente telegrama:

Kíev. Jruschov. Les advierto que si dan un solo paso en el sentido de retirar las tropas a la margen izquierda del Dniéper, todos serán severamente castigados por cobardes y traidores.

Stalin firmó el telegrama.

-Envíelo inmediatamente.

Y volvió a sus paseos. No escuchaba lo que Mólotov, Malenkov y Beria hablaban entre ellos. Estaba pensando. Habían abandonado Minsk, Riga, Vilnius, Lvov, Kishiniov, Smolensk, ahora querían dejar Kíev y mañana propondrían entregar Leningrado. Cada ciudad entregada era un golpe en el corazón del pueblo; cada derrota debilitaba su voluntad de resistir, debilitaba su fe en el líder. Día tras día aparecían en los periódicos los mismos comunicados: nuestras tropas han abandonado la ciudad tal... ¿Cómo les sentaría a los soviéticos leer esas noticias?

Adelantó un dedo hacia Malenkov.

-Hay que hacer más amplia propaganda del heroísmo de los soviéticos. En todos los medios de información, lo esencial deben ser las noticias sobre acciones heroicas de nuestros soldados rojos y nuestros mandos. El pueblo soviético debe saber que estamos machacando a esos canallas fascistas y que los machacaremos definitivamente. Eso hay que inculcarle al pueblo día tras día, hora tras hora.

-A la orden, camarada Stalin. Ahora mismo lo dispondré -contestó Malenkov, y salió del despacho.

El general de guardia anunció:

-El camarada Voroshílov, al aparato desde Leningrado.

Stalin tomó el auricular.

-¿Qué pasa por ahí?

Escuchó en silencio. Luego dijo:

-Ahora mismo voy a dictar una disposición. También a ti te ataño... Escriba -ordenó al general de guardia-: «Dicen que los criminales alemanes mandan delante de sus tropas a viejos, viejas, mujeres y niños. Dicen que hay entre los bolcheviques quienes consideran que no es posible hacer uso de las armas contra ese tipo de delegados. Si efectivamente hay personas así entre los bolcheviques, a esas hay que exterminarlas antes que a nadie, pues son más peligrosas que los fascistas alemanes. Mi consejo es: dejarse de sentimentalismos y pegarles en los dientes al enemigo y a sus cómplices, espontáneos o no. Golpead en todas partes a los alemanes y a sus delegados, sean quienes sean, y abatid a los enemigos, lo mismo si son enemigos espontáneos que obligados». Envíelo ahora mismo a todos los jefes de los frentes -dijo cuando acabó de dictar.

Y luego, al auricular:

-¿Has oído lo que he dicho? ¿Lo has oído todo? ¿Has entendido a qué bolcheviques me refiero? ¡Sí, sí, justamente! Bueno, pues me alegro de que lo hayas entendido.

Dejó el auricular y reanudó sus paseos por el despacho. Ese imbécil de Klim le había distraído de la idea esencial... ¿Por qué había que entregar Kíev? En el suroeste estaban concentradas las mejores tropas porque precisamente esperaba ÉL allí el golpe principal. ¡ÉL había prohibido replegarse! Y, ahora, el jefe del Estado Mayor General proponía una retirada. ¡Qué bochorno! ¡ÉL no necesitaba semejante jefe del Estado Mayor General!

De nuevo oprimió un botón y le ordenó al general de guardia que llamara a Zhúkov.

Se presentó Zhúkov.

-Camarada Zhúkov -le dijo Stalin-, después de consultarnos hemos decidido liberarle de las funciones de jefe del Estado Mayor General. Para ese puesto, nombraremos a Sháposhnikov. En cuanto a usted, le emplearemos para la labor práctica. Usted tiene experiencia de mando en situación de guerra. Será de gran provecho en el ejército de operaciones.

-¿Adónde ordena que me presente?

-Ha informado usted acerca de una operación en Elnia. Encárguese de ella. Naturalmente, sigue usted siendo suplente del ministro de Defensa y miembro del Cuartel General.

-¿Puedo partir ya?

-Cuando haya pasado sus asuntos a Sháposhnikov.

Después de la destitución de Zhúkov, nadie se permitió siquiera aludir a la rendición de Kíev y a la retirada de las tropas a la margen izquierda del Dniéper.

Una semana después, Stalin se declaraba Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas.

Aun apartado del Alto Mando, Zhúkov tuvo el valor de telegrafiar a Stalin el 19 de agosto desde Gzahtsk:

El enemigo ha lanzado al sur todas sus unidades de choque móviles y blindadas. Su idea es destruir el ejército del Frente Suroccidental con un golpe desde la retaguardia. Es preciso descargar un golpe en el flanco del enemigo en cuanto pase a la ejecución de su plan.

La respuesta fue:

El avance de los alemanes es posible. Para evitarlo, se ha creado el Frente de Briansk, mandado por Eriómenko. También se adoptan otras medidas. Esperamos prevenir el avance de los alemanes. Stalin. Sháposhnikov.

Este telegrama no satisfizo a Zhúkov. Entonces telefoneó a Sháposhnikov, quien le dijo claramente:

-El Frente de Briansk no podrá atajar un golpe pérfido. Pero Eriómenko ha prometido, hablando con Stalin, que derrotará al enemigo.

Era cierto. Recibido por Stalin, Eriómenko se había mostrado seguro de sí mismo, respondió con ingenio a las preguntas acerca de los motivos de nuestros reveses. Refiriéndose al movimiento de Guderian sobre Kíev, dijo:

-Quiero derrotar a ese canalla de Guderian, y le derrotaré indudablemente en los próximos días.

Stalin conversó afablemente con él. Cuando se retiró, dijo:

-Éste es el hombre que necesitamos en la compleja situación actual.

La actitud de Eriómenko LE había impresionado: firme, resuelto, algo astuto como buen ucraniano, pero obediente. También Zhúkov obedece, pero rehúye la mirada para demostrar que su obediencia es forzada. La presencia de Zhúkov pesa: está persuadido de su superioridad sobre Stalin como militar, no comprende que la estrategia militar es, ante todo, política. Y de política, Zhúkov no tiene ni idea. ÉL no habría permitido la resistencia tácita de nadie; pero a Zhúkov, sí se la permitía. Zhúkov era la única persona que le inspiraba un sentimiento de seguridad. Pero eso también le agobiaba: ÉL estaba acostumbrado a fiarse únicamente de sí mismo. Al destituir a Zhúkov, se había librado de esa molestia moral. Zhúkov era necesario, pero a distancia. Como ÉL, Zhúkov tenía la mano dura: no escatimaría hombres, no repararía en pérdidas, cumpliría sus órdenes en los sectores más difíciles. Aquí tendría a Eriómenko, y se le podría nombrar jefe del Estado Mayor General cuando derrotara a Guderian como había prometido.

Eriómenko no derrotó a Guderian en los días inmediatos, y tampoco en los siguientes. Los alemanes avanzaron sin impedimentos hacia el sur. Eriómenko fue herido y tuvo que ser evacuado a Moscú, al hospital instalado en la

Academia de Agricultura Timiriázev. Allí le visitó Stalin, que de ese modo demostraba que ÉL continuaba estimándole: si no pudo cumplir su promesa, fue por culpa de la herida. ÉL no se equivocaba en su apreciación de las personas.

El 11 de septiembre, Stalin ordenó a Kirponós: «No abandonar Kíev. No volar los puentes».

Una semana después, el 19 de septiembre, cayó Kíev. Seiscientos sesenta y cinco mil soldados y oficiales soviéticos fueron hechos prisioneros.

Kirponós y su estado mayor murieron en combate. -Era un hombre audaz -dijo Stalin de Kirponós-. El pueblo honrará su memoria.

En cuanto a Hitler, animado por sus victorias, ordenó la ofensiva contra Moscú. Pero había perdido dos meses, agosto y septiembre, en los combates por Kíev. Y esta circunstancia le sería fatal.

17

Winston Churchill, el primer ministro de Gran Bretaña, habló por la radio de Londres el día del ataque alemán a la Unión Soviética.

Durante los últimos veinticinco años no ha habido enemigo del comunismo más consecuente que yo. No retiro ni una sola de las palabras que he pronunciado contra él. Pero todo eso palidece ante el espectáculo que vemos desplegarse ahora ante nuestros ojos. Desaparece el pasado, con sus crímenes, sus locuras y sus tragedias. Veo a los soldados rusos en el umbral de su tierra patria, defendiendo los campos que sus padres cultivaron desde tiempo inmemorial. Los veo defendiendo sus casas, donde sus madres y sus esposas rezan; sí, porque hay momentos en que todos rezan... Veo cómo avanza sobre todo eso la odiosa máquina bélica nazi, con sus presuntuosos oficiales prusianos haciendo sonar las espuelas, que acaban de domeñar y atar de pies y manos a media docena de pueblos. Veo la masa gris, amaestrada y sumisa, de la soldadesca huna, que avanza, semejante a nubes de langosta en marcha. Veo en el aire bombarderos y cazas alemanes celebrando haber encontrado una presa que les parece fácil y segura.

Detrás de todo ese ruido y todo ese estrépito, veo a un puñado de criminales que planean, organizan y arrojan sobre la humanidad ese alud de calamidades.

Nosotros debemos pronunciarnos inmediatamente, sin esperar un día más. Estamos firmemente decididos a destruir a Hitler y borrar toda huella del régimen nazi. Nada podrá apartarnos de ese objetivo, nada. Nunca entablaremos negociaciones con Hitler ni con nadie de su banda. Combatiremos contra él en tierra, mar y aire hasta que, con la ayuda de Dios, libremos a la tierra hasta de su sombra y libremos de su yugo a los pueblos. Cualquier persona o estado que se ponga del lado de Hitler es enemigo nuestro. Cualquier persona o estado que luche contra el nazismo tendrá nuestra ayuda.

La causa de cada ruso es la causa de los seres libres y de los pueblos libres de todos los rincones del globo. Redoblemos nuestros esfuerzos y luchemos juntos hasta donde nos alcancen las fuerzas y la vida.

Dos días después, también Roosevelt, el presidente de los Estados Unidos de Norteamérica, anunció su apoyo a la Unión Soviética.

Litvínov había sido útil. ÉL había hecho bien conservándole la vida.

Ahora estaban sentados frente a frente. Poskrébishev trajo té y galletas. También trajo un sobre, que dejó encima de la mesa, junto a la bandeja.

-¿Qué es eso?

-Un paquete urgente de Leningrado, del camarada Zhdánov.

-¿Y qué es eso tan urgente?

-No lo sé. Aquí dice: «No abrir. Entregar al camarada Stalin en propia mano».

-Está bien. Ya lo veré luego. Stalin pasó a una habitación interior, trajo una botella de coñac, echó un poco en su té y luego exprimió unas gotas de limón. Con la mirada le preguntó a Litvínov si le apetecía también. Litvínov dio las gracias, pero lo rechazó. Con la misma calma, Stalin tapó la botella, volvió a llevarla a su sitio, regresó al despacho, se sentó a la mesa, removió el té con la cucharilla, tomó un sorbo y miró a Litvínov. Estaba más viejo, tenía más canas, pero seguía igual de corpulento y recio y conservaba la mirada inmutable tras los cristales de las gafas: ni triunfo ni reproche. De los viejos camaradas, de los amigos de la juventud, era realmente el único que quedaba. Todos habían sido exterminados: tanto los que estaban al lado de ÉL como los que estaban al lado de Litvínov. Seguramente también el propio Litvínov esperaba que le detendrían cualquier día. Pero ni una vez había acudido a ÉL. Se limitaba a explayarse con su mujer, pero hábilmente, como refiriéndose a Mólotov. La vieja experiencia de la clandestinidad.

-Hitler atacó primero a Francia, es cierto -comenzó de pronto Stalin-. Pero ¿por qué? Porque había firmado con nosotros el tratado de no agresión. Y de no haber firmado nosotros ese tratado, Hitler habría atacado a la Unión Soviética hace ya un año, cuando todavía no estábamos preparados para la guerra. Ahora se ve obligado a mantener decenas de divisiones en la Europa ocupada, mientras que entonces nos habría atacado con todas sus fuerzas. Y ya estaría en Moscú. Y no estaríamos ni tú ni yo aquí tomando té. ¿Crees que si Hitler nos hubiera atacado el año pasado con todas sus fuerzas, y el beneplácito de Francia e Inglaterra por añadidura, estaríamos tú y yo aquí, tomando té?

Miraba fijamente a Litvínov. ¿Qué contestaría? ¿Se pondría a discutir? No, no discutiría. Era un diplomático.

-No, desde luego, no estaríamos aquí tomando té -contestó Litvínov. Stalin apartó la mirada, removiéndola otra vez la cucharilla en el vaso, tomó otro sorbo y volvió a hablar.

-Hitler ha llegado hasta Smolensk y se ha quedado sin aliento. Está parado delante de Leningrado y de Odessa, y así continuará mucho tiempo. La blitzkrieg ha fallado: eso está claro para todo el mundo. Ahora, lo que se requiere de Churchill y de Roosevelt no son buenas palabras sino ayuda real. ¿Recuerdas lo que dijo Churchill?: «Asfixiar al bolchevismo es el mayor bien para la humanidad». ¿No fueron ésas sus palabras?

-Sí. Pero el fascismo es el principal enemigo para él. Y ya combate contra Alemania. Pienso que la necesidad de ayudar a la Unión Soviética es algo incuestionable para él.

-La ayuda real sería un segundo frente -dijo Stalin.

-Churchill no abrirá un segundo frente antes de que Norteamérica entre en la guerra.

-¿Y no nos traicionará Churchill?

-Obviamente, le teme al triunfo de la Unión Soviética. Pero, desde su punto de vista, eso todavía está lejos. Ahora lo que necesita es la derrota de Hitler.

Stalin apuró su té, apartó el vaso.

-¿y qué hay de Roosevelt?

-Roosevelt... La religión, la moral, las buenas costumbres y demás. Pero su actitud hacia Hitler es bien conocida. Y se puede confiar en él. Norteamérica entrará próximamente en la guerra. No consentirá el dominio de Hitler en Europa y el del Japón en Asia.

-Churchill, Roosevelt... ¿Cuál de ellos es la personalidad más fuerte?

-Roosevelt es más blando.

Stalin se levantó. Litvínov hizo lo mismo.

-Bueno, camarada Litvínov, basta ya de descansar, ¿eh? -dijo Stalin-. Ahora no es el momento de descansar, camarada Litvínov. Te vamos a nombrar suplente de Mólotov. Si hace falta, irás de embajador a Norteamérica.

Litvínov salió.

Stalin adelantó la mano hacia el timbre. Su mirada se posó en el sobre enviado por Zhdánov. Rompió el sello de lacre y lo abrió.

El sobre contenía tres octavillas alemanas. Stalin tomó la primera y enseguida le saltó a la vista una fotografía de Yákov.

Stalin se dejó caer pesadamente en un sillón. Se habían cumplido sus temores: Yákov estaba prisionero, su hijo estaba prisionero. Los alemanes se lo comunicaban a todo el pueblo soviético, a todo el Ejército Rojo. Y harían con Yákov todo lo que quisieran, le obligarían a firmar todo lo que se les antojara. En la foto, Yákov parecía alegre, paseando con dos alemanes por un bosque. Miraba a uno de ellos y hablaba animadamente con él. Debajo, el texto decía:

«Éste es Yákov Dzhughashvili, el hijo mayor de Stalin, jefe de una batería del 14 regimiento de artillería de la 14 división blindada, que se entregó prisionero el 16 de julio cerca de Vítebsk, con miles de oficiales y soldados... Para asustaros, los comisarios os engañan, os dicen que los alemanes tratamos mal a los prisioneros. El propio hijo de Stalin ha demostrado con su ejemplo que es mentira. Se entregó prisionero porque cualquier resistencia al ejército alemán es inútil.» Y, en el reverso: «Salvoconducto para entregarse prisionero. El portador de la presente se pasa al lado de las fuerzas armadas alemanas porque no desea una insensata efusión de sangre en interés de los judíos y los comisarios» .

En otra octavilla estaba Yákov aparentemente en un campo o un lugar de concentración, con capote, rodeado de alemanes que le observaban curiosamente. En la tercera leía algo, sonriendo (¡Sonreía, el miserable!), y junto a él estaba sentado un oficial alemán bien parecido, muy atildado.

Y el texto: «Seguid el ejemplo del hijo de Stalin. Se ha entregado prisionero. Está vivo y se encuentra perfectamente. ¿Por qué queréis vosotros ir a la muerte cuando hasta el hijo de vuestro jefe se ha entregado prisionero? ¡Paz para la patria atormentada! ¡Clavad la bayoneta en tierra!».

Detrás, de puño y letra de Yákov: «Querido padre. Estoy prisionero. Me encuentro bien de salud. Pronto me mandarán a un campo para oficiales de Alemania. El trato es bueno. Te deseo salud. Recuerdos a todos. Yákov».

Stalin juntó las octavillas. Las metió en el sobre.

¡Miserable! «El trato es bueno.» ¡Canalla! Había deshonrado a su padre, al ejército, le había pegado una puñalada por la espalda a su patria. ¿Le habrían obligado? ¿Le habrían torturado? Era posible. Pero, ¿por qué se había entregado prisionero? ¿Por qué no se pegó un tiro? ¡Iba armado! ¡Le había dado miedo! ¡Cobarde!

Él no le había tenido nunca cariño, ni siquiera le había visto hasta que su cuñadito, Aliosha Svanidze, el muy bellaco, le trajo a Moscú. Y le trajo adrede, para fastidiarle a Él... Taciturno, extraño, tardo de movimientos, carente de orgullo, se casó, les nació una niña, se les murió, se divorció, quiso suicidarse, pero falló... Ni siquiera había sabido pegarse un tiro. Y eso lo hizo por una muchachuela, el muy imbécil, mientras que ahora, ahora que se trataba de una cuestión de honor, ni lo había intentado. Luego se casó por segunda vez, con una judía de Odessa, una bailarina abandonada por su marido. ¿No podía encontrar una chica rusa decente? Unas faldas valieron más que la reputación de su padre para él. ¡Canalla! Su propio hijo se había entregado prisionero. «El trato es bueno.» ¡Miserable! Pues peor para él. Un soberano no puede permitirse sentimentalismos hacia sus hijos. Iván el Terrible y Pedro el Grande mataron a los suyos. Y con razón.

Stalin oprimió el timbre y le preguntó a Poskrébishev cuando entró:

-¿Quién hay esperando?

Poskrébishev le presentó la lista. Stalin señaló a quién debía hacer pasar y por qué orden. Luego:

-Llame a Beria para las siete.

Poskrébishev, que conocía mejor que nadie a su jefe, advertía a todo el que pasaba al despacho:

-Hoy está de malas.

A las siete se presentó Beria. Stalin, que no había terminado de despachar con Sháposhnikov y Vasilievski, le tendió el sobre de las octavillas sin decir nada. Beria se sentó y se puso a leerlas. Sháposhnikov y Vasilievski recogieron los mapas extendidos encima de la mesa y salieron.

-¿Qué me dices de esto? -preguntó Stalin.

-Las fotografías parecen auténticas. No se diría que se trate de un actor caracterizado -contestó Beria.

-¡Ya veo que no es un actor! -estalló Stalin-. ¿Por qué he recibido estas octavillas a través de Zhdánov? ¿Las han arrojado solamente en Leningrado?

-No. Las han arrojado por todas partes. Nosotros las tenemos.

-¿Y por qué no he sido informado? -Stalin descargó un puñetazo encima de la mesa-. ¿Me lo han ocultado?

-Estábamos pensando en las medidas que se podrían tomar antes de informarle.

-¿Y qué han decidido?

-Hay que descubrir dónde se encuentra ahora Yákov. Es indudable que los alemanes le tendrán muy vigilado. Dado el desplazamiento masivo de prisioneros, será difícil dar con él.

-¿Y si le encuentran, dentro de un mes, de dos o de un año?

-Procuraremos organizar su evasión.

Stalin se levantó y paseó por el despacho como de costumbre.

Una evasión... Miles de prisioneros no consiguen evadirse y el hijo de Stalin sí lo consigue. ¿Quién iba a creérselo? La gente diría que Stalin se había puesto de acuerdo con Hitler para salvar a su hijito. Después de eso, ¿qué confianza iba a tener la gente en el camarada Stalin?

Se detuvo delante de Beria.

-En cuanto se entere de dónde se encuentra Yákov, me lo comunica inmediatamente. Hay que privar a los alemanes de la posibilidad de utilizar su nombre para perjudicar a nuestro ejército y a nuestro país. -Beria se levantó-. Su mujer, a la cárcel, incomunicada -añadió Stalin.

-¿Y la hija? -Entréguesela a mi hija Svetlana. Que decida ella. Quizá la lleve con sus abuelos.

18

Al cabo de unas semanas de sangrientos combates en la zona de Briansk, el 50 Ejército salió del cerco en la orilla oriental del Oká, cerca de Bélev, habiendo perdido una parte considerable de sus efectivos, tanto en hombres como en material. Las katiushas lanzaron una última andanada contra el enemigo y luego hubo que destruirlas porque no quedaban municiones ni combustible. A comienzos de noviembre, el ejército se replegó de nuevo bajo la presión del enemigo, hasta afianzarse en la línea Dubno-Plavsk. La compañía auxiliar de transporte, mandada por el teniente primero Berezovski, recibió orden de conducir a los heridos graves a la retaguardia, al hospital de evacuación del Frente.

En la compañía quedaban cuarenta y dos máquinas. De los mandos, sólo Berezovski y el jefe de sección Ovsíánnikov.

-Tendrá que echar una mano, Pankrátov -le dijo Berezovski a Sasha-. Como verá, nos hemos quedado sin sargentos, sin instructor político y sin jefes de escuadra. He nombrado suplente mío a Ovsíánnikov, pero no podrá abarcarlo todo. Encárguese de la parte técnica. Le relevaré cuando manden a alguien para el cargo.

Berezovski se había quedado en los huesos, tenía un color macilento, oía mal como consecuencia de una contusión y tenía que sujetarse con los dedos un párpado que le temblaba.

Para Sasha aquello no representó mucho más trabajo. El material no había sufrido daños, y allí seguía Vasili Akímovich, un mecánico experto. Además, como los chóferes, aunque no fueran novatos, también acudían antes a pedirle consejo a Sasha, la única diferencia era que ahora lo hacían, en cierto modo, como si se tratara de un superior. Sasha continuaba de soldado raso, conque unos le llamaban «ingeniero» y otros simplemente Pankrátov, por el apellido. Únicamente Nikolái Jalshin seguía hablándole de usted.

Limpieron los coches, barrieron las cajas, las cubrieron con una capa de paja, echaron mano de todas las lonas que encontraron, recogieron a los heridos, se reunieron en el lugar convenido, llenaron los depósitos de gasolina, recogieron el aprovisionamiento, repartieron por las cabinas a un médico, un practicante y varias enfermeras y se pusieron en marcha. Encabezaba la columna el coche de Berezovski y los últimos iban Ovsíánnikov, Sasha y el taller.

De pronto cayó la niebla, los aviones alemanes dejaron de volar y, a los dos días, la compañía llegó con los heridos al hospital de evacuación.

Los servicios de retaguardia estaban instalados en una pequeña ciudad donde habría sido difícil ocultar a la aviación alemana cuarenta y dos camiones, sin contar los coches de los propios servicios. Por eso, la compañía fue repartida por tres aldeas próximas, en otros tantos grupos, uno a las órdenes de Ovsíánnikov, otro a las de Sasha y el tercero a las de Guriánov, antiguo jefe de un garaje, miembro del partido.

Berezovski se quedó en la ciudad, a la espera de nuevas órdenes, con el chófer Protsenko, un muchacho avisado: había que obtener piezas y materiales de repuesto, combustible, lubricantes, productos de avituallamiento.

Después de los duros combates de septiembre y octubre, de encontrarse cercados, de salir del cerco, de rodar por caminos vecinales, de cruzar ríos por pasarelas de fortuna siempre a punto de hundirse; después de perder más de la mitad de los efectivos de la compañía, después de la retirada a través de aldeas incendiadas y ciudades destruidas, por caminos abarrotados de desplazados con niños, de carros y rebaños koljosianos, de combatientes heridos con los vendajes ensangrentados, renegridos, cubiertos de polvo, de piezas de artillería, depósitos de gasolina, coches ligeros de estado mayor; sometidos a constantes bombardeos que no siempre les daban tiempo a todos a saltar de las cabinas y correr al campo para tirarse de bruces pegados a la tierra, teniendo que llevar luego en sus máquinas a los compañeros muertos hasta poderles dar sepultura ... , después de todo aquello, la vida en una pequeña aldea tranquila parecía el paraíso.

Protsenko les llevó tabaco y el rancho en frío. En cuanto a unas patatas y unos pepinos y col en salmuera, se los daban en las casas donde estaban alojados. Allí cerca, en un bosque, había leña cortada desde el año anterior. Los chóferes la llevaron por las casas, la apilaron, de modo que también apareció algo de vodka. Además, había una caseta de baños. Aquello era Jauja. Sólo que no duró mucho.

Al séptimo día, Protsenko dejó a Berezovski en la casa donde se alojaba Sasha y fue en busca de los otros chóferes. -Hablaré aquí con todos -le dijo Berezovski a Sasha-. y usted procure encontrar un sitio donde pueda pasar la noche.

-Quédese aquí si le parece: ya ve que hay dos camas.

Berezovski se quitó la gorra y el capote, que colgó de un gancho cerca de la puerta, se sentó en el borde de una cama y encendió un cigarrillo.

-He estado donde Ovsíánnikov y donde Guriánov. Tienen los coches preparados. ¿Y los suyos?

-Todos están listos.

Los chóferes iban entrando, después de sacudirse la nieve de las botas en el porche y presentándose a la orden. Berezovski los contemplaba en silencio.

Al fin estuvieron todos reunidos.

Berezovski apagó la colilla en un platito.

-Siéntense en lo que puedan. Pero no fumen, que bastante humareda he armado yo. Unos se acucillaron recostados contra la pared; otros siguieron en pie.

-Mañana saldremos a las seis de la mañana. Por el camino les diré cuál es la estación de carga. Aquí, no volveremos. ¿Alguna pregunta?

-¿Qué hay del equipo de invierno, camarada teniente primero? -inquirió Baikov-. Porque ya se nos echa encima.

-En el punto de destino recogeremos y repartiremos los gorros de orejeras, las zamarras, los pantalones guateados y las manoplas. ¿Más preguntas? No. -Se volvió hacia Sasha-. ¿Quería decir algo?

-Los motores están fríos. Habría que preparar un cubo de agua caliente para cada uno. Y otra cosa: que nadie olvide las palas, las hachas y los cables de remolque en las casas.

-Con palas de metal, poca nieve se puede quitar -apuntó Vasili Akímovich-. Harían falta palas de madera. La cosa es bien sencilla: se sierra una estaca pequeña a lo largo, se mete una chapa de madera en la hendidura, se sujeta con unos clavos, y ya está.

-Y ya está -le remedió Churakov-. ¿Y dónde voy a encontrar chapa de madera?

-Ven, y te daré una.

-¿Tiene muchas? -inquirió Berezovski.

-Un par de ellas -contestó evasivamente Vasili Akímovich.

-Guarde alguna para el resto de la compañía. ¿No hay más preguntas? Repito: partimos a las seis cero cero. Pueden retirarse. Protsenko, traiga aquí mis cosas.

Los chóferes se marcharon.

Protsenko volvió con un maletín, un macuto y un pequeño envoltorio. Explicó que era un arenque salado.

-Gracias. Puedes retirarte. Mañana vienes a recogerme a las cinco.

Berezovski se desabrochó el cinto, se quitó el correa, metió la pistola con su funda debajo de la almohada, se desabrochó el cuello de la camisa y se quitó las botas y los peales.

-¿Se podrían secar en algún sitio?

-Claro que sí. Démelos.

-De paso, pida usted agua hirviendo y tomaremos té.

-¿Quiere comer algo caliente? Se puede hacer una tortilla.

-Para el arenque salado, mejor serían unas patatas hervidas, si es posible.

Sasha fue a la cocina, extendió los peales sobre el rellano de la estufa y les pidió a las dueñas de la casa, dos viejas que vivían solas, unas patatas hervidas y agua para el té. Enseguida pusieron manos a la obra: le estaban agradecidas a Sasha porque, además de traerles un camión de leña, entre él y un compañero, habían serrado y partido los troncos, de manera que no pasarían frío en todo el invierno.

Sasha volvió al cuarto.

Sobre la mesa había una gruesa cantimplora de aluminio forrada de paño, con vodka, naturalmente, y Berezovski había extendido un periódico encima del cual estaba limpiando un gran arenque que rezumaba grasa.

-Fíjese qué arenques comen los de la retaguardia. ¿Ha probado alguno de esta clase?

-Sí, alguno.

-Tengo las manos sucias. Saque usted de mi macuto la mantequilla, que está en una lata, y el pan y, de paso, córtelo.

La lámpara, hecha de una vaina de proyectil aplastada por arriba, echaba humo. Sasha recortó la mecha con unas tijeras y la llama volvió a arder normalmente.

Las viejas les trajeron vasos, tenedores, cucharas, cebolla y un plato con pepinos y col en salmuera y, al poco rato, también un puchero tapado con un paño: las patatas hervidas.

-Coman y que les aproveche.

Berezovski señaló la cantimplora.

-Vaya echando en los vasos mientras yo me lavo las manos.

Cuando tomó el vaso, le temblaban los dedos.

-El primero, por la victoria. -Bebieron-. Sienta bien -observó Berezovski sacudiendo los hombros. Pinchó un trozo de arenque, se lo llevó a la boca, enarcó las cejas. -Hace tiempo que no comía uno así. ¿Qué tal, Pankrátov? Está bien el arenque, ¿eh?

-Estupendo -elogió Sasha.

Berezovski retiró el paño que cubría el puchero. Aspiraron el vaho oloroso de las patatas. Berezovski se sirvió, sirvió a Sasha y volvió a tapar el puchero con el paño.

-Para que no se enfríen. Eche más vodka, Pankrátov. ¿Quién sabe cuándo volveremos a beber así? Quizá después de la victoria. ¿Qué le parece?

-Quizá sea antes.

-¿Antes? ¿Conoce usted las últimas noticias del frente?

-Los alemanes han pasado otra vez a la ofensiva.

-Sí. Efectivamente. En nuestro frente, tenemos el ejército de tanques de Guderian. Se sujetó el párpado con los dedos y, acodado sobre la mesa, miró de reojo a Sasha. -Ahora, escúcheme atentamente, Sasha, puesto que ejerce las funciones de suplente para la parte técnica.

-¡Bah! -protestó Sasha-. Eso es sólo de momento.

-De momento, pero las ejerce, sí. Y, como tal, debe estar enterado de nuestro cometido, que es el siguiente. La compañía debe recoger un cargamento de equipos de invierno, víveres y armas en un apeadero que ahora le indicaré. -Sacó un mapa de su portaplanos y lo extendió encima de la cama-. Mire: esta ciudad es Mijáilov.

-Sí. Yo he estado allí.

-Desde Mijáilov desciende una vía férrea hacia el sur. Vea este tramo que va desde Mijáilov, al norte, hacia Pavelets, al sur. Entre estos dos puntos se encuentra el apeadero donde supuestamente nos esperan los vagones. Pero... -prosiguió lentamente, de modo claro y significativo-, la ciudad de Mijáilov está ocupada por las tropas de Guderian y uno de sus grupos móviles ha llegado a Skopin.

-¿A Skopin?

-Los partes del Buró de Información no dan la noticia. Pero, el dueño de la casa donde me he alojado llamó a Skopin y la operadora le dijo: «Han llegado los alemanes... Andan borrachos y le quitan la ropa de invierno a la gente». Pero en el estado mayor de nuestra retaguardia lo ignoran. Ya ve para qué sirve nuestro famoso servicio de inteligencia. ¿Qué significa esto para nosotros? Significa que los alemanes sólo han podido llegar a Skopin por Pavelets. O sea, que también Pavelets está ocupado. Por consiguiente, todo el ramal comprendido entre las estaciones de Mijáilov y Pavelets se encuentra en manos de los alemanes. ¿Dónde vamos a recoger nuestro cargamento?

-Entonces, ¿para qué vamos allá? -inquirió Sasha.

-Eso mismo he planteado en el estado mayor y me han contestado: «En Skopin no hay alemanes. Son bulos. En Mijáilov sí han aparecido motociclistas alemanes, pero los han rechazado. Conque, vaya a recoger el cargamento». Bien. Admitamos que llegamos hasta allí y recogemos el cargamento. ¿Adónde debemos dirigirnos luego? A la 239 división de infantería, que se encuentra en la zona de la estación de Uzlovaia. Mire dónde está -señaló en el mapa-. ¿Ve? ¡Al norte! Pero, si Guderian se ha dirigido hacia el norte, quiere decirse que Uzlovaia está aislada. ¿Cómo vamos a llegar hasta allí? ¿Por los aires? Y en el estado mayor contestan: «Uzlovaia no está aislada. Nosotros tenemos comunicación con ella. Cumplan la orden». ¿A qué se debe esa orden? Pues a lo siguiente... Tomó un cigarrillo, lo encendió a la llama de la lámpara y prosiguió:

-La 239 división ha sido incorporada al 50 Ejército. A esta división, hay que proveerla de equipos de invierno y demás. ¿Cómo hacerlo? Muy sencillo. Nosotros, nuestra compañía, venimos del 50 Ejército y a él debemos volver. Pues, ya está: «Vuelvan ustedes y, de camino, recojan el cargamento para la 239 división». De esta manera, se escudan detrás de nosotros. Si algo ocurre, presentan la documentación: ha sido enviada la compañía auxiliar de transporte número tal... Al tren número tal... A recoger el cargamento de los vagones números tales y tales, según consta en los recibos números tales y tales... No tiene vuelta de hoja. Todo ha sido enviado, todo ha sido remitido... Y si no ha llegado, pues son cosas de la guerra. Pero el estado mayor ha cumplido la orden. Así mismo, Pankrátov. Lo único que he podido arrancarles a esos... ha sido el avituallamiento para cinco días, combustible para llenar tres veces los depósitos y una enfermera. La he dejado donde Ovsíánnikov, y ya la verá usted: es casi una niña. Nos han dado veinte fusiles para toda la compañía. En Briansk tuvimos que defendernos con los puños, pero ahora estamos armados: para cada tres hombres, disponemos de un fusil Mosin modelo de los años 1891-1930. Con eso seguro que vencemos a todos los alemanes.

Berezovski guardó el mapa en el portaplanos, echó vodka en su vaso y lo apuró sin esperar a que también bebiera Sasha.

-¡Así están las cosas, Pankrátov! Si las pérdidas pasan ya, con mucho, de un millón ¿qué representan cincuenta hombres a escala estatal?... -Miró a Sasha con los ojos entornados-. Éstos son los hombres de ahora, Pankrátov. Aquéllos ya no existen. De aquéllos, sólo quedan versos.

Se sujetó el párpado con la mano y recitó sordamente:

He visto a muchos valientes que al final de los ataques tragaban plomo derretido...

-¿Conoce estos versos?

-Sí. Son de Utkin. «A la muerte de Esenin».

-Cierto. De Utkin... Pues bien, Pankrátov, yo he luchado junto a esos valientes que ya no existen. Pero cuando existían aquéllos, el Ejército Rojo, descalzo, desnudo, hambriento y sin armas, no pudo ser vencido por todas las fuerzas juntas de Denikin, Kolchak, Yudénich y Wrangel, de los checos y los alemanes en Ucrania, de los franceses en Odessa, de los ingleses en Arjánguelsk y los japoneses en el Extremo Oriente. En cambio ahora, luchamos sólo contra Alemania y ya están los alemanes a las puertas de Moscú. ¿Conoce usted al escritor Panait Istrati?

-He leído su Kira Kiralina.

-Un buen escritor. El Gorki de los Balcanes. Pues bien, de aquéllos dijo Istrati que eran «el fondo de oro de la revolución rusa». ¿Dónde está ahora ese «fondo de oro»? En su lugar, han llegado éstos. Desde arriba hasta abajo. Ellos han colocado en esta situación a Rusia, ellos lanzan a la gente a la muerte.

Sasha recordaba que Panait Istrati llamaba «fondo de oro de la revolución rusa» a los opositores, a los que, en los años veinte, luchaban contra Stalin y fueron aniquilados en los años treinta.

-Usted parece ser un militar de carrera, camarada teniente primero. ¿Cómo no tiene usted un grado superior?

Berezovski se sirvió más patatas, les puso mantequilla.

-Como antes de que se enfríen. ¿Se ha fijado usted, Pankrátov, en que las patatas hervidas en un puchero en una estufa rusa tienen enteramente otro sabor que las hervidas en Moscú sobre un hornillo de gas? Porque usted es de Moscú, ¿verdad?

Sasha se echó a reír.

-Soy de Moscú, sí; pero no podría decir qué patatas saben mejor.

-¿Y hace mucho que salió de Moscú? -preguntó de pronto Berezovski.

-Sí, mucho -contestó escuetamente Sasha.

-Eso pensaba yo -observó Berezovski-. Pues, bien: contestando a su pregunta le diré que luché en la guerra civil, que soy miembro del partido desde el año diecinueve. Por los tiempos que corren, una pieza de museo. Luego estudié, me hice ingeniero, trabajé en la fábrica de automóviles de Gorki. Al incorporarme ahora a filas como jefe de compañía de la reserva, me dieron el grado de teniente primero, y aquí me tiene. -Se levantó-. Vamos a dormir, Pankrátov, que mañana partiremos temprano. Conduciremos a nuestros hombres al «último y decisivo»... como dice «La Internacional». Yo saldré antes. Nos encontraremos en la aldea de Fofánovo, donde Ovsíánnikov.

19

El 2 de octubre tenía Stalin sobre su mesa una orden de Hitler que decía: «Hoy ha sido creada, por fin, la premisa necesaria para el último golpe tremendo que ha de conducir al aniquilamiento del enemigo antes de la llegada del invierno. Todos los preparativos están terminados, en la medida que lo han permitido las fuerzas humanas. Hoy comienza la última y decisiva batalla de este año».

La mitad de todo el ejército alemán concentrado en Rusia se puso en marcha sobre Moscú. La operación tenía el nombre en clave de «Tifón». El 3 de octubre cayó Oriol; el 6, Briansk y el 7 Viazma, donde quedaron cercados más de seiscientos mil soldados y oficiales soviéticos, casi tantos como cayeron prisioneros delante de Kíev en el mes de septiembre.

Por orden de Stalin fueron lanzadas al combate unidades recién formadas y mal instruidas. Se condujo al ataque a soldados sin fogear, que no habían aprendido todavía a manejar debidamente el fusil.

Un noticiero moscovita filmó por aquellos días la crónica «La flor de la intelectualidad y de la clase obrera parte para el frente». Rostros sin sonrisa, cabellos canosos... Escritores, pintores, músicos, actores, constructores del metro de Moscú que se habían presentado voluntarios para las divisiones de las milicias populares desfilaban en columnas, sin ningún aire marcial. Las divisiones de las milicias populares fueron segadas en pocos días.

El 7 de octubre voló Zhúkov a Moscú por orden de Stalin. Después de realizar con buen éxito la operación de Elnia, organizó la defensa de Leningrado y no permitió que el enemigo llegara a la ciudad. Ahora tendría que defender Moscú, mandando el Frente Oeste.

Demacrado, pálido y con los ojos enrojecidos por la falta de sueño, Zhúkov fue directamente desde el aeródromo a casa de Stalin, que estaba resfriado y tampoco tenía buen aspecto. En el despacho se encontraban Mólotov y Beria. Con un movimiento de cabeza, Stalin le indicó a Zhúkov un sillón.

-¿Podrán repetir próximamente los alemanes la ofensiva contra Leningrado?

-Pienso que no. Están fortificando su primera línea de defensa. Al parecer, las unidades blindadas y motorizadas han sido trasladadas a la dirección de Moscú.

-Tome el mando del Frente Oeste, examine la situación y telefonéeme.

Zhúkov se marchó.

Stalin abandonó su sillón, paseó un poco por el despacho y se detuvo delante de Mólotov y Beria, mirándoles con fijeza.

-El enemigo está a las puertas de Moscú y no tenemos fuerzas suficientes para defenderlo. Kutúzov abandonó Moscú, pero ganó la guerra. Hitler combate desde hace más de tres meses y, sin embargo, no ha tomado Moscú, ni Leningrado ni la cuenca del Donets. Y el invierno está al caer. ¡El invierno ruso! ¿Cómo van a pelear los alemanes, equipados con esos capotes yesos gorritos de mala muerte? ¿No preferirá Hitler poner fin a la guerra y quedarse con lo que ha conquistado? Se trata de la zona del Báltico, Bielorrusia, parte de Ucrania o, en último caso, Ucrania entera. ¿La paz por separado? Sí, la paz por separado. Lenin no temió concertar la paz por separado con los alemanes en 1918. ¿Por qué debemos temerlo nosotros? Lenin comprendía que la paz de Brest era una paz provisional. Y no se equivocaba: el imperialismo alemán estaba condenado. También nosotros comprendemos que el fascismo alemán está condenado y que recuperaremos lo que entreguemos ahora. Busquen, a través de sus canales, el modo de proponerle inmediatamente a Hitler la paz.

Aquella propuesta le fue presentada a Hitler a través del embajador búlgaro Stamenov. Hitler ni siquiera respondió, persuadido de que tomaría Moscú. Al comienzo de la guerra había ordenado: «La ciudad debe ser cercada de modo que no pueda abandonarla ni un soldado, ni uno solo de sus habitantes, ya sea hombre, mujer o niño. Se llevarán a cabo los preparativos necesarios para que Moscú y sus alrededores sean inundados por medio de dispositivos especiales. Allí donde se encuentra ahora Moscú debe aparecer un mar inmenso que oculte para siempre la capital del pueblo ruso al mundo civilizado». Ahora no había tiempo ya para construir esos dispositivos, y una directiva del mando alemán decía: «El führer ha decidido nuevamente que la capitulación de Moscú no debe ser aceptada. Antes de su ocupación, Moscú debe ser machacado por el fuego de la artillería y los ataques aéreos, y su población puesta en fuga. Cuanto más numeroso sea el núcleo de población que se lance hacia el interior de Rusia, mayor será el caos».

El 13 de octubre, los alemanes tomaron Kaluga; el 14, Kalinin y el 18 Maloyaroslávets y Mozhaïsk. Pero dos días antes de la caída de Mozhaïsk cundió por Moscú el rumor de que se había visto a unos motoristas alemanes en un arrabal, en la carretera de Volokolamsk. Se empezó a quemar los archivos en todas partes. Los horarios de ferrocarriles fueron modificados porque había comenzado la evacuación de las instituciones gubernamentales. En Kuíbishev comenzó la construcción de un búnker subterráneo para el camarada Stalin. También se evacuaba a Kuíbishev el aparato del NKVD con los procesados más importantes. Pero no había vagones suficientes y en los sótanos de la Lubianka quedaban unos trescientos altos mandos militares. Fueron fusilados. Más tarde, el 28 de octubre, fueron igualmente fusilados, ya en Kuíbishev, los generales Loktiónov, Richagov, Stern, Smushkéovich y Sávchenko. Mientras tanto, en el frente, los regimientos eran mandados por tenientes.

El 20 de octubre se implantó en Moscú el estado de sitio. Su defensa fue encomendada a Zhúkov, comandante del Frente Oeste. Las tropas soviéticas resistían con gran tesón. Perecían batallones enteros sin que abandonara su puesto ni un solo soldado. Dentro de sus máquinas envueltas en llamas morían los tanquistas después de haber agotado hasta el último proyectil. Los soldados se arrojaban bajo los tanques alemanes con puñados de granadas para hacerlos volar.

A finales de octubre fue detenido el avance de los alemanes. El 7 de noviembre tuvo lugar en la Plaza Roja un desfile durante el cual habló Stalin a los combatientes que partían para el frente.

Éste fue su único gesto de valor durante la guerra: un avión alemán podía haber llegado hasta Moscú.

A mediados de noviembre arreciaron los fríos: la temperatura descendió hasta 7-10 grados bajo cero. Pero Berlín ordenó realizar un esfuerzo más, dar el último salto y tomar Moscú: ¡sólo quedaban cincuenta o sesenta kilómetros para alcanzarlo!

20

Berezovski se marchó con Protsenko a las cinco de la mañana. Sasha puso en marcha su camión, calentó el motor, se despidió de las dueñas de la casa y salió a la calle. Apretaba el frío. La nieve caída la víspera, compacta y endurecida, negreaba en algunos lugares. El camino estaba firme, en buenas condiciones.

Los camiones iban saliendo de los patios. Sasha se acercaba a cada uno para comprobar si todo estaba en orden. Churakov no se había hecho una pala de madera, naturalmente.

-¿Adónde vamos? -preguntó Baikov.

-A la aldea de Fofánovo.

-¿Y luego?

-No lo sé. Ya lo dirá el jefe de la compañía.

-¿Y sabes que los alemanes vienen hacia acá?

-El jefe de la compañía te lo explicará todo.

El camión de Mitka Kuzin era el único que no arrancaba: le fallaba el acumulador.

-Dale a la manivela. -Si no dejo de darle... -Corre donde Vasili Akímovich y pídele la koljosiana. Llamaban «koljosiana» a una manivela larga que podían girar tres hombres al mismo tiempo. La empuñaron Jalshin, Meshkov y Mitka. Sasha se puso al volante, y el motor arrancó.

-Así -dijo Meshkov-. Lo principal es tener calma. Y no le des mucho al acelerador, Kuzin. Tal como está el acumulador, lo puedes descargar del todo. Usa la manivela.

Las noticias de Berezovski eran ciertas. El ejército blindado de Guderian había roto la defensa de las tropas soviéticas del 18 de noviembre, al sur de Tula y contorneando la ciudad, desplegó su ofensiva en dirección norte, hacia Moscú. Los pantanos, los lagos y los ríos se habían helado, haciendo el terreno practicable, circunstancia que favoreció mucho la capacidad de maniobra de las tropas alemanas.

Una división mecanizada de Guderian ocupó Mijáilov el 24 de noviembre y sus destacamentos de vanguardia llegaron a Skopin. En el reducido espacio comprendido entre Mijáilov y Skopin se movían exploradores alemanes y grupos de protección y vigilancia.

La pequeña estación ferroviaria que alcanzó la compañía de Berezovski había sido bombardeada por los alemanes: traviesas arrancadas, raíles retorcidos en marañas informes, vagones quemados y hasta calcinados volcados en los terraplenes... El jefe de la estación dijo que eran vagones vacíos, que allí no había ningún cargamento, que desde el 24 de noviembre no había salido ni un solo tren de Mijáilov y, por lo tanto, difícil era que hubiese un cargamento cualquiera en otras estaciones. Y, puesto que los alemanes estaban en Mijáilov, no había modo de llegar a Uzlovaia.

Berezovski reflexionaba. No se podía cumplir la misión. Seguir adelante significaba conducir a los hombres a la muerte. Regresar sin cumplir la orden significaba el tribunal militar para él; pero los hombres se salvarían. Ellos habían obedecido sus órdenes. Había que regresar.

-En las aldeas de por aquí parece que no hay alemanes -añadió el jefe de la estación-. Pero sí vuelan sus aviones.

Y, como confirmación de sus palabras, surgió un avión alemán de reconocimiento de doble fuselaje, pasó sobre ellos a escasa altura y desapareció. El piloto había descubierto la columna en la carretera, naturalmente, y pronto llegarían los bombarderos.

Al otro lado de la vía férrea, a cosa de medio kilómetro, se divisaba un bosque. Cruzaron rápidamente el paso a nivel, se metieron por un cortafuegos, cegaron la entrada con árboles y camuflaron las máquinas con ramas. Y justo a tiempo, porque aparecieron los aviones alemanes sobre la estación, dieron una vuelta, pero se marcharon al no descubrir ningún objetivo.

Sin embargo, media hora después se oyó ruido de coches y de motos. Ocultándose entre los árboles, Berezovski vio venir tres blindados alemanes y cinco motos con soldados armados de subfusiles en los sidecares. Llegaron a la vía férrea, subieron hasta la caseta de la estación y al poco salieron de ella con el jefe de la estación, a quien hicieron montar en una moto, y tomaron el camino de Pavelets.

De modo que los alemanes dominaban también aquella carretera y no se podía regresar por ella. La compañía avanzó por el cortafuegos, evitando los tocones y cruzando las zanjas.

Todos estaban decaídos: tenían muy presente la experiencia de cuando se encontraron cercados, la muerte de sus compañeros. Pero entonces eran muchos, estaban con el ejército, mientras que ahora eran cincuenta hombres solos, con veinte fusiles para todos, lejos de sus tropas. Y los alemanes avanzaban desde todas partes. Acabarían con ellos.

Llegaron al final del cortafuegos, pero no salieron a la carretera. Berezovski envió a unos exploradores a un apeadero. Regresaron por la tarde diciendo que no había alemanes, pero tampoco vagones.

Empezó a nevar. Había que salir del bosque. Por la noche, la compañía se dirigió, sin encender los faros, hacia la aldea de Jitrovánschina, de donde partía una carretera hacia Uzlovaia. De nuevo se ocultaron en un bosquecillo, camuflando los camiones.

Berezovski fue a la aldea en el camión de Streltsov y al poco regresó con dos grandes bidones de sopa de coles caliente.

-Repártanla antes de que se enfríe, y luego irá Streltsov a devolver los bidones -dispuso Berezovski. Luego colocó centinelas en el lindero del bosque y llamó a Ovsíánnikov, Sasha y Guriánov al taller de Vasili Akímovich. Protsenko les llevó pan y unas escudillas de sopa que le devolvieron cuando terminaron de comer.

Berezovski extendió un mapa sobre el banco y señaló:

-Para atrás, no podemos volver: los alemanes están en Uzlovaia y en Mijáilov. De modo que es imposible dirigirse hacia el norte ni hacia el sur y mucho menos hacia el oeste. ¿Qué hacemos?

-Queda el este -dijo Sasha.

-Podemos llegar hasta la vía férrea, ¿y luego? ¿Ven el mapa? Hacia el este no hay ningún camino. Sólo tenemos el que parte de Mijáilov, pero en Mijáilov están los alemanes.

-Hay otro camino -dijo Sasha-. Aquí hay un apeadero y aquí está la aldea de Griaznoie. Antes de la guerra se empezó a construir una carretera desde Pronsk, pero no la terminaron. Únicamente alisaron el trazado con grada y por eso no figura en el mapa.

-¿Se puede rodar por el gradado?

-Eso no lo sé.

Se oyó el ruido de un motor. Ovsíánnikov se asomó al exterior.

-Es Streltsov, que lleva los bidones a la aldea.

-Pero, si no se transita por el gradado, lo habrá recubierto la nieve -dijo Berezovski-. ¿Cómo vamos a encontrarlo?

-Tiene que haber jalones. Y en todas las aldeas de por aquí saben que existe ese gradado. Además, tiene que haber zanjas a ambos lados. Sin contar que traerían arena, piedras y grava. Esos materiales estarán amontonados en los arcones. Es otra señal. ¿La nieve? Tenemos palas.

Berezovski midió la distancia en el mapa.

-Habrá unos setenta kilómetros.

-Son dos horas de marcha -calculó Ovsíánnikov.

-En estas circunstancias, no son dos horas, sino dos noches -objetó Berezovski. Entró Protsenko. -Camarada teniente primero: aquí hay un capitán con unos combatientes.

-Corre y que vengan todos los que tengan fusil.

Al pie del coche taller se encontraban un capitán y cuatro soldados armados con subfusiles. Vestían equipo de invierno: gorro de orejeras, zamarra y botas de fieltro.

-Tenga la bondad de identificarse -pidió Berezovski.

El capitán se desabrochó la zamarra, sacó su documentación y se la presentó a Berezovski lanzando una mirada inquieta a los chóferes que los rodeaban.

-Los combatientes pueden subir a las cabinas para entrar un poco en calor -propuso Berezovski devolviéndole los documentos-. Y usted, camarada capitán, entre aquí en el taller.

Volvieron al remolque. El capitán se quitó el gorro y la zamarra. Tenía el cabello castaño, los ojos azules, y su rostro redondo, rojo del frío, expresaba contrariedad.

-Nuestra compañía se dirige a la 239 división -dijo Berezovski-. ¿Y usted?

-A la 239 división no podrán llegar. -El capitán se quitó la bota izquierda, luego el pie y el calcetín, al parecer buscando alguna rozadura en el pie-. La 239 división está cercada y el 50 Ejército aislado. Todo lo que se encuentra al norte está cerrado.

-Y ustedes, ¿por qué razón se encuentran aquí?

-Hemos perdido a nuestra unidad. Vamos hacia el sur.

-¿Por qué hacia el sur?

-Ya se lo he explicado -replicó el capitán con impaciencia-: el norte está cortado, los alemanes atacan en dirección este, conque sólo nos queda ir hacia el sur.

-¿Y qué nos aconseja a nosotros?

-¿A ustedes? -El capitán se encogió de hombros-. Con los camiones no podrán llegar a ninguna parte.

-¿Abandonar las máquinas?

-Material más valioso se destruye al salir de un cerco.

-Nosotros nos proponemos abrirnos paso hacia el este, hacia Pronsok.

El capitán hizo una mueca, ocupado de nuevo con su pie.

-Desplazarse por los caminos, y más aún en columna, es imposible: dentro de una hora los habrán destruido a bombazos. -y agregó en tono más irritado y sentencioso-: De un cerco, camarada teniente primero, sólo puede salir una unidad fuerte, capaz de aceptar el combate, o pequeños grupos de cinco o seis hombres, por los senderos forestales. No es la primera vez que yo salgo de un cerco y sé que moverse en la misma dirección que el enemigo significa una muerte segura.

El capitán se levantó, se puso la zamarra y el gorro y saludó.

-Que les vaya bien, camaradas. Les deseo suerte.

Salió del remolque y llamó a sus soldados. En esto llegó corriendo uno de los chóferes que estaban de centinela. -¡Camarada teniente primero! -gritaba-. ¡Un avión alemán está bombardeando a Streltsov!

Todos corrieron hacia el lindero del bosque.

El camión de Streltsov rodaba a toda velocidad por la carretera. Un Messerschmidt le pasó por encima, casi rozándole. Streltsov detuvo el camión en seco: una bomba cayó y estalló delante de él. Streltsov rodeó el embudo y se lanzó hacia delante. El avión dio media vuelta y voló a su encuentro. Se veía la cabeza del piloto, tocado con casco de cuero. Esta vez, Streltsov no se detuvo sino que, por el contrario, aceleró: la bomba cayó detrás de él. Mientras el alemán viraba para dar otra pasada, Streltsov se metió en el bosque, a poca distancia de donde se encontraba la compañía.

-¡Es un as! -exclamó Ovsíánnikov.

El capitán observó insidiosamente, dirigiéndose a Berezovski:

-Le dan caza a un camión aislado, y usted pretende conducir una columna... Y se marchó con sus soldados. Se presentó Streltsov para informar de que no le había pasado nada al camión. Berezovski hizo formar la compañía, elogió a Streltsov por su valor, mandó prepararse para reanudar la marcha, indicó el orden, la distancia entre coche y coche, el sistema de señales y dividió la compañía en grupos de cinco, designando un jefe para cada uno. Él se pondría a la cabeza de la columna, en el centro iría Ovsíánnikov y cerrarían la marcha Pankrátov y Vasili Akímovich.

en el remolque. La enfermera Tonia, la única que vestía uniforme de invierno, les fue repartiendo pomada para evitar las congeladuras y explicándoles con pueril afán cómo debían utilizarla.

Finalmente, todo estuvo listo.

Empezaba a oscurecer. Berezovski dio las últimas órdenes a Ovsíánnikov, salió a la carretera en el camión de Protsenko, que a los pocos minutos se detuvo repentinamente: se había pinchado una rueda.

Ovsíánnikov corrió hacia él, y enseguida gritó a los demás:

-¡Un pinchazo!

Sasha paró el motor por si había que echar una mano.

Todo ocurrió de manera fulminante. Por detrás del bosque surgió un Messerschmidt en vuelo rasante y soltó una larga ráfaga de ametralladora.

Berezovski y Ovsíánnikov se desplomaron.

21

Berezovski yacía de espaldas, con el capote abierto y la guerrera manchada de sangre. Con una mano se cubría el rostro ensangrentado y la otra mano, también ensangrentada, estaba estirada hacia un lado. A Ovsíánnikov le sentaron en el estribo de una cabina, recostado en la portezuela. Tonia le vendaba la cabeza mirándole a los ojos.

-No temas, no temas. No te haré daño...

Lanzó una ojeada a Sasha, que estaba de pie junto a Berezovski, y sacudió la cabeza:

-Todo ha terminado... Entre Sasha y Guriánov levantaron a Berezovski. Sasha le quitó el portaplanos y el correa, sacó su documentación del bolsillo de la guerrera, y su mirada tropezó con una fotografía: una mujer agraciada, con vestido de tirantes, se recostaba en el hombro de Berezovski, que abrazaba a dos niñas en traje de baño. Un día estival en una playa.

Trasladaron a Ovsíánnikov al remolque y a Berezovski al interior del bosque.

Turnándose, para cavar la fosa antes de que se hiciera de noche, fueron arrancando pellas de tierra con barras de hierro y echándola fuera a paletadas. Meshkov alumbró luego el fondo con una linterna y agitó una mano: ya era suficiente. En el remolque encontraron dos tablones, los cortaron, los clavaron juntos, tendieron encima a su jefe y, poco a poco, le bajaron a la fosa con unas cuerdas. Cubrieron el cuerpo con una lona antes de echar la tierra, colocaron sobre la tumba un viejo neumático de ZIS y clavaron en el centro una pequeña estaca con una tablilla. Debajo de una estrella de cinco puntas estaba escrito: «Teniente primero Berezovski, M.S.».

Vasili Akímovich y Guriánov encontraron un momento para llevarse aparte a Sasha.

-Tú eres el suplente para la parte técnica, de modo que el mando te corresponde a ti. Debes decirnos cuál fue la última orden de Berezovski.

Los chóferes dispararon los fusiles al aire y guardaron unos momentos de silencio junto a la tumba. El viento agitaba los faldones de los capotes y la nieve se les metía por el cuello.

Sasha se dijo de pronto que Berezovski presentía su muerte, que sintió el deseo de hablar con alguien y por eso se mostró tan sincero la víspera.

-La última orden del jefe de la compañía -dijo Sasha fue la de dirigirse hacia el este, a la ciudad de Pronsk, porque no se puede pasar por otro sitio. Antes de la guerra se alisó con grada un tramo comprendido entre Pronsk y la aldea de Griaznoie. Es suelo firme y por el camino hay aldeas donde podremos calentarnos. El orden de marcha, ya lo había indicado. Yo iré en la máquina de cabeza puesto que conozco el camino.

-Pues el capitán iba hacia el sur -intervino Baikov-. Lo dijeron sus soldados.

-Sí, hacia el sur, es cierto. Pero ellos van a pie, por los bosques. Nosotros, en cambio, necesitamos caminos por donde puedan pasar los camiones -replicó Sasha.

-Pero por encima de los caminos vuelan los Messerschmidt -insistió Baikov-. También nos convendría a nosotros ir por los senderos del bosque, a pie.

-¿Y les dejamos las máquinas a los alemanes? -objetó Jalshin.

-Se les prende fuego y así no podrán aprovecharlas. -Baikov seguía en sus trece-. Streltsov salió a la carretera, y le bombardearon; salió el jefe de la compañía, y le han matado. Conque una columna entera...

-Lo de Streltsov ocurrió de día -dijo Sasha-. Lo del teniente, ya hemos visto lo que ha sido: un accidente. Ese capitán y sus soldados llevaban gorro de orejeras, zamarra y botas de fieltro. Nosotros seguimos con gorro y capote de paño y botas de cuero. Nos vamos a congelar. Hoy estamos a treinta de noviembre, hace veintidós grados bajo cero, y mañana entramos en diciembre. Abandonar cuarenta camiones cuando existe la posibilidad de abrirnos paso me parece un error. Conque, iremos por los caminos.

-Nos llevas a la muerte, Pankrátov -dijo Churakov, pero se encaminó hacia la columna como los demás.

El radiador del camión de Protsenko había sido perforado. No tenían otro de repuesto ni tiempo para soldar aquél. Protsenko pasó sus pertenencias al camión de Sasha y montó con él.

Aunque trabajosamente, recorrieron unos siete kilómetros sin necesidad de utilizar las palas, hasta que salieron del bosque a un lugar descubierto. El camino estaba flanqueado de postes de telégrafos y, a pesar de la nevasca, resultaba más fácil avanzar. A la derecha divisaron una pequeña aldea incendiada, al parecer deshabitada, aunque quizá hubiera alguien escondido en las cuevas o en otro sitio.

Protsenko revolvió en su macuto, sacó un gorro de orejeras se lo cambió por el que llevaba puesto y guardó éste en el macuto.

-¿Dónde lo has conseguido?

-Lo compré en la ciudad, cerca del hospital. Tengo otro. ¿Lo quieres? Era mentira, claro. Los había pedido en el depósito de intendencia.

-Yo no lo necesito -rechazó Sasha-. Déjalo para Ovsíánnikov, y cuando nos detengamos en un pueblo, pregunta a ver si la gente nos da algunos usados.

El cristal de atrás, tapado por la nieve, no dejaba ver nada. Sasha le pasó el volante a Protsenko, abrió la portezuela y, de pie en el estribo, miró hacia atrás. A través del cendal de la nevasca apenas distinguió las luces de los faros. Le pareció que eran las de cinco coches. No se veía más allá, pero no podía pararse: tenía que abrir unas rodadas.

-Cierra la portezuela -le dijo Protsenko-, que esto se queda helado.

Tenía razón. De todas maneras, volvió a abrir varias veces la portezuela para asomarse. Arreciaba la nevasca, que el viento arremolinaba con más fuerza, pero los postes, aunque los cables estaban rotos, continuaban señalando el camino.

Pasadas las dos de la madrugada llegaron a un apeadero desierto, con la barrera levantada. La caseta seguía en pie, pero vacía. Los camiones cruzaron el paso a nivel. Ni una luz, ni una vivienda, ni un alma. Y, en aquel lado del camino, ya no había postes de telégrafos.

¿Hacia dónde tirar? Sasha sabía que la aldea de Griaznoie se encontraba muy cerca de la vía férrea, a dos kilómetros todo lo más, y que, volviéndose de espaldas al paso a nivel, la aldea debía quedar a la derecha. Pero ¿dónde estaba el cruce? ¿Quién encontraba el sendero, de noche, en plena tormenta de nieve?

-Vamos a buscar por aquí -dijo Sasha-. Alguien tiene que haber al cuidado de la barrera por lo menos.

Jalshin fue quien dio con la caseta, medio excavada en la tierra, y llamó a Sasha. Estaba recubierta por la nieve, pero se veían unos peldaños de bajada y también sobresalía el tubo de la estufa.

Llamaron, volvieron a llamar. Salió un hombre alto, huesudo, con gorro de orejeras, zamarra y botas de fieltro. Era un guardavías. Desde el 24 de noviembre no pasaban trenes ni de Mijáilov ni de Pavelets. Pero él y su mujer no podían marcharse de allí. Era su trabajo.

-¿Han venido alemanes por aquí?

-No. No han venido. Pero sí vuelan aeroplanos suyos. Eso sí.

Sasha golpeaba el suelo con los pies, que se le habían quedado ateridos. Y también se le helaban las orejas, por mucho que se encasquetara el gorro. -Aquí empezaron a construir una carretera antes de la guerra y alisaron un tramo con grada. ¿Lo sabía usted?

-¡Cómo no voy a saberlo! Precisamente es donde está usted.

Sasha miró en torno.

-Aquí no hay zanjas ni materiales.

-Es que no abrieron zanjas ni trajeron materiales. Pero la grada sí pasó. Eso seguro.

-¿Y los jalones? -Quizá se hayan caído. Con esta nevasca... Yákov Trofímovich Blinov, el inspector de caminos, que vive en Griaznoie, es quien debe cuidar de los jalones.

-¿Dónde está el cruce para Griaznoie?

-Cuando recorran dos kilómetros, tuercen a la derecha.

-¿Va alguien a Pronsk por el camino de grada?

-No. Desde Griaznoie tienen su propio camino para los trineos, por el bosque. Esto está muy descubierto. Por el bosque se va mejor. Además, la gente está acostumbrada porque...

-Bueno, abuelo: sube al primer camión y nos enseñas tú el camino.

-Si no hay nada que enseñar... A los dos kilómetros se tuerce a la derecha...

-Eso es. Vamos, y nos lo explicas. Sube, anda.

-Entonces, espera un poco. Se lo diré a mi mujer y me vestiré porque no me he puesto nada debajo de la zamarra ni de las botas.

El guardavías volvió a meterse en su caseta, encorvándose.

Aparecieron luces junto al paso a nivel: eran los cinco camiones de Streltsov. Sasha los mandó a todos a la aldea con el guardavías, ordenándoles que dejaran un coche en el cruce para que les indicara el camino a los cinco siguientes, le dijo a Protsenko que se encargara del alojamiento y él se quedó en el coche de Jalshin a esperar a los demás.

-Aguanta un poco, Nikolái: en cuanto lleguen los primeros subiré a otro y te mandaré a la aldea.

Jalshin callaba, sentado en la cabina. Tenía el cuello del capote levantado, el gorro echado sobre la frente, y se embozaba en una bufanda casi hasta los ojos. Sacudía los pies, ateridos. También Sasha notaba las manos y los pies helados y estaba transido hasta los huesos, aunque se había puesto un jersey debajo de la guerrera y una bufanda al cuello.

Por fin llegó Baikov, seguido de tres camiones... ¿Dónde estaba el quinto?

-Cualquiera sabe -dijo Baikov extrañado-. Zhuravliov venía el último. Se habrá rezagado. Ya nos alcanzará. Baikov llevaba gorro de orejeras y botas de fieltro. Los habría traído de su casa. Era hombre precavido.

-Pero ¿no te has fijado en cuántas máquinas te seguían? -preguntó Sasha ceñudo.

-¡Hombre! ¿Cómo iba a verlas? Tú vas con un chófer, pero yo manejo el volante y no tengo ojos en el pescuezo. Zhuravliov no se perderá, no es ningún niño.

-Nadie tiene la obligación de ir recogiendo tus camiones. Tú respondes de los cinco. ¿Y si Zhuravliov se ha salido del camino? Haz el favor de volver a buscarle.

-Enseguida voy a volver yo en plena nevasca -replicó Baikov con una sonrisa torcida-. ¡Buen jefe nos ha caído!

-Lo vas a lamentar.

-No me metas miedo, porque yo no me asusto. Otros más feroces he visto. Sasha posó la mano sobre la funda de la pistola.

-¿No vas a ir? Baikov miró la pistola, miró a Sasha, se dirigió sin decir nada a su camión, lo puso en marcha pero, en vez de dar media vuelta, tiró hacia delante. ¡Valiente canalla!

-Debía haberle pegado un tiro -dijo Jalshin-. Es un mal bicho.

-¿Y quién iba a llevar su camión? -objetó Sasha, aunque notaba su impotencia. Él no era el jefe. Los demás no tenían la obligación de obedecerle. En fin, lo esencial era conducir la columna hasta Pronsk.

Empezaba a clarear cuando llegó Churakov con sus cinco camiones.

-¿No has visto a Zhuravliov? -inquirió Sasha.

-Está empantanado en medio del camino porque le falla el contacto. El piojoso de Baikov le dejó tirado. Yo he mirado a ver lo que tenía: hay que cambiar el distribuidor. Cuando llegue el taller lo cambiarán. Precisamente por culpa de Zhuravliov hemos tardado tanto. Al maniobrar para contornearlo, uno de los coches se metió en la cuneta y nos ha costado Dios y ayuda sacarlo.

-No se trata del distribuidor -dijo Sasha-, sino de que es una de las máquinas de Baikov y no has querido ayudar porque andáis a la greña. Los dos sois unos mierdas.

-Oye, sin faltar, ¿eh? -gritó Churakov avanzando sobre Sasha.

-¡Cuidado, tú! -Jalshin se interpuso-. Como te atice una, van a tener que recoger los restos con pala.

-¡Cuenta los camiones! -gritó Churakov frenético-. ¡Cuéntalos! Son cinco, ¿verdad? Pues de éstos respondo yo. Y no me cargues los de otros.

-¡Largaos! -los despidió Sasha con un ademán evasivo. Guriánov, Meshkov, el coche taller y Zhuravliov llegaron cuando ya era de día. Sasha le preguntó a la enfermera Tonia cómo se encontraba Ovsíánnikov.

-Se ha dormido, gracias a Dios. Creo que aguantará.

-Cuando llegue a la aldea, entérese de si hay un hospital.

Sasha fue el último que entró en Griaznoie. El día era gris, frío, y nevaba sin cesar. Protsenko subió a su cabina para informarle de que los hombres habían comido y estaban descansando. Griaznoie era un pueblo grande, habían distribuido los coches por las calles, pegados a las casas y las vallas, de modo que no era fácil descubrirlos desde el aire, más aún por la nieve que les había caído encima.

Protsenko acompañó a Sasha a la casa donde se alojaría. Era una isba sólida, con buena estufa, donde vivía un matrimonio mayor con la nuera y los nietos. Los habían acogido correctamente, pero no se podía decir que con afabilidad. Sasha se extrañó porque en otras aldeas la gente había sido cordial.

Sasha se descalzó, acercó los pies a la estufa, entró un poco en calor, comió un plato de sopa de coles caliente que le sirvieron los dueños y salió en busca de Blinov, el inspector de caminos, haciendo un esfuerzo, porque la cabeza se le vencía del sueño.

Blinov era un hombre hosco. Explicó que sólo habían traído materiales hasta la aldea de Durnoie, descargándolos en los arcones. En cuanto a los jalones, quizá los hubiera derribado la nevasca que soplaba desde hacía dos días. El camino se podía localizar por las zanjas, que empezaban a unos diez kilómetros de allí.

-Vendrá usted con nosotros para indicarnos dónde están esas zanjas -dijo Sasha.

-¿Yo? ¿Para qué?

-¿No es usted inspector de caminos?

-Trabajaba en el servicio de entretenimiento, en efecto. Pero, ¿de qué sirve ahora eso? Y yo no puedo ir a ninguna parte. Tengo un ataque de radiculitis que no me deja enderezar la espalda.

-¡Claro que vendrá! Bien abrigado con una zamarra... dentro de la cabina... ¡Claro que sí!

Blinov le miró duramente de reojo.

-¿Cuándo piensan salir?

-Por la tarde. Cuando oscurezca.

-¿Y para qué esperar?

-Los hombres llevan dos noches sin dormir, apenas se tienen en pie.

-Hasta donde empiezan las zanjas, hay que limpiar el camino durante el día si no quieren despistarse en el campo cuando se haga de noche. Busca a Galina Ilínichna, la presidenta del koljós, y pídele gente y palas para que quiten la nieve como puedan. Yo diré por dónde.

22

Galina Ilínichna, la presidenta del koljós, una mujer seria, de mediana edad, que llevaba una condecoración prendida en el jersey, escuchó a Sasha con el ceño fruncido.

-Aquí sólo hay viejos, mujeres y niños.

-En Moscú, las mujeres cavan fosos antitanque. Toda la gente lo pasa mal.

-Eso ya lo sabemos, lo hemos oído y lo hemos leído -objetó con sonrisa irónica-. Pero en Moscú cavan fosos para que no pase el enemigo y nosotros vamos a quitar la nieve del camino para que nuestros valerosos defensores puedan huir mejor del enemigo, ¿eh? ¿No es así?

-No -fue lo único que se le ocurrió contestar a Sasha, abrumado por aquella lógica.

-Tú, por ejemplo, ¿dónde están tus distintivos? Los que sean, los que te correspondan... Te los has quitado, ¿verdad? ¿Vas a entregarte prisionero?

-Yo no tengo mando. Al jefe de la compañía le han matado, el sargento está gravemente herido y yo, que soy soldado raso, he tenido que tomar el mando. Vamos a Pronsk, a nuestra división. Y no crea que es cosa fácil.

-Eso no cambia las cosas -mantenía la mujer-. Los alemanes están en Mijáilov, a dos pasos de nosotros, hoy o mañana pueden presentarse aquí, y vosotros os largáis y encima queréis que os dejemos el camino bien limpio de nieve. ¿Y por qué no nos lleváis a nosotros? ¿Por qué nos dejáis aquí?

-¡Encantados! Ahí están los camiones vacíos: pueden subir ahora mismo si quieren. Con palas, claro, para ayudarnos a quitar la nieve primero. ¡Vamos, vamos!

-Todavía no tenemos indicación de marcharnos, de llevarnos el ganado. ¿Cómo vamos a abandonarlo?

-Todavía no tienen indicación... ¿Y nosotros? Nosotros somos simples soldados. Así es...

-Será así, pero da rabia. ¡Sí que estamos bien! Ni un enemigo había pisado la tierra de Riazán desde la época de los tártaros, y ahora nuestro ejército invencible, indestructible, como dice la canción... Si no fuerais hacia atrás, si fuerais hacia delante, capaces seríamos de alfombraros el camino... -Hizo una pausa-. La verdad es que todas las mujeres están ocupadas: en la vaquería, en la granja avícola... En fin, lleva un coche a la puerta de la dirección. Reuniremos a las que podamos. Y tráete a Blinov.

-Sin falta. Por cierto, que parece un hombre de malas pulgas.

-No tiene motivos para estar alegre. Le han matado a dos hijos. Cinco meses llevamos combatiendo, y se ha quedado sin hijos.

Salieron en dos camiones. El primero lo conducía Sasha, y Blinov iba a su lado; el segundo, Jalshin.

-Anda, Nikolái, ven a echar una mano -le había pedido Sasha.

Empezaron a limpiar el camino desde el mismo cruce. Por ciertos indicios que nadie más veía, Blinov iba indicando la dirección. Llevaba zamarra y botas de fieltro muy altas. En unos sitios con la pala y en otros con pisadas, señalaba el centro del gradado y, desde allí, las muchachas empujaban la nieve a derecha e izquierda, yendo de un lado para otro, casi sin poder seguir el ritmo del viejo, que caminaba muy aprisa. Sasha y Nikolái también empujaban la nieve, luego volvían a los camiones, los llevaban hasta donde habían limpiado, se apeaban y de nuevo empuñaban las palas.

Las muchachas sólo intercambiaban algunas palabras entre ellas y procuraban no mirar a Sasha ni a Nikolái. Sólo una mujer, mayor que ellas, que llevaba una toquilla cruzada por encima del abrigo, dijo:

-¿Y no podrían limpiar el camino vuestros chóferes, con lo tiarrones que son?

-Llevan dos noches sin dormir, y también saldremos esta noche. Y si un chófer se duerme al volante, es la muerte para él y para el coche.

-Seguro que cuando están en la cama con una tía no duermen en toda la noche ni la dejan dormir a ella y se levantan tan campantes. Pero al volante se duermen, ¡mira tú qué delicados son!

Nikolái replicó, sin mala intención, arrastrando las palabras:

-Eso, según cómo sea la mujer... Las hay que no se puede uno apartar de ellas, sí; pero con otras, media vuelta y a roncar hasta por la mañana. Sobre todo si gastan demasiada cháchara.

Sasha no dijo nada. El campo abierto, la nieve, el viento helado que calaba hasta los huesos, una hilera de mujeres yendo de un lado para otro empujando la nieve con las palas... ¿Qué habría podido explicarles? ¿Que había que cumplir con el deber? Demasiado lo sabían ellas.

Él seguía empujando más y más nieve, con la esperanza de que el esfuerzo le hiciera entrar en calor. Pero no: de todas maneras se le quedaban helados los pies dentro de las botas de cuero, las manos dentro de los guantes de lana y las orejas bajo el gorro encasquetado.

Junto a Sasha trabajaba la mujer de la toquilla cruzada y, viendo cómo se encasquetaba el gorro y se llevaba las manos a la boca para echarse el aliento en los dedos, acabó por decir, medio enfadada y medio compasiva:

-Debía quedarse en el camión. Con esas botas, le va a pasar algo.

Sasha le sonrió:

-Cuando lleguemos hasta las zanjas, volveremos todos a la aldea.

-Yo te llevaré un gorro de invierno, unas manoplas y unas botas de fieltro. Si no, estás perdido, morenito.

-Pues, muchas gracias -dijo Sasha.

Había salido ya la luna cuando se detuvo Blinov.

-¡Aquí están las cunetas!

Aunque llenas de nieve, las cunetas se distinguían a ambos lados, en unos sitios mejor y en otros peor.

-Donde haya más nieve, la tantean con las palas. A unos diez kilómetros de aquí hay grandes montones de materiales a los lados. Y un poco más allá, algo apartada, una aldea que se llama Durnoie.

Limpiaron un espacio más amplio para poder dar media vuelta con los camiones. Las mujeres se subieron a ellos y Blinov a la cabina con Sasha. Volvieron a Griaznoie por el camino ya limpio de nieve. Sasha se despidió de Blinov:

-Gracias por todo, Yákov Trofímovich.

-¡Bah! Deje... De Durnoie a la carretera de Pronsk calculo que habrá unos quince kilómetros. En el cruce hay una sección de la Estación de Máquinas y Tractores, unas cuantas isbas, algo así como un caserío...

-Yo conozco estos lugares.

En la casa, Sasha se quitó el capote y las botas, intentó estirar las piernas, y de pronto se tambaleó. Notó que tenía calentura, le costaba mantener erguida la cabeza, que le dolía otra vez, y también le dolía la espalda. Estaba tiritando, aunque hacía calor en la isba. ¿Se habría resfriado? Sólo faltaba que cayera enfermo. No tenía apetito, pero de todas maneras comió un plato de sopa de coles caliente, cereales hervidos, también calientes, se recostó en un banco cerca de la estufa y se quedó adormilado.

Sasha puso a Protsenko al volante y él se acurrucó en un rincón de la cabina para descabezar un sueño: los demás habían dormido durante el día, pero él no. Tenía la cabeza pesada, continuaba tiritando y no lograba entrar en calor, aunque ahora llevaba gorro de orejeras, manoplas y botas de fieltro: la mujer de la toquilla había cumplido su promesa. Él estaba amodorrado en el banco cuando la mujer fue a llevarle todo aquello, y no se enteró. Sólo vio las prendas cuando Protsenko le despertó para decirle que todos estaban listos y los motores en marcha. Las botas le estaban grandes, se le salían al andar. La dueña de la casa observó:

-Son las de Efrem y como su Efrem era tan grandote... -y luego, dirigiéndose a su nuera-: Liuba, trae acá las de tu marido. Los dos vienen a ser de la misma complexión.

También los chóferes llevaban gorros de invierno y, algunos, botas de fieltro. A los del pueblo les había dado lástima de ellos. O quizá pensaran que, si habían de llevárselo los alemanes, más valía dárselo a los suyos.

Protsenko detuvo el camión.

-Desde aquí, ya no se ve el camino -dijo.

Sasha se apeó. Aquél era el sitio hasta donde habían quitado la nieve la víspera y donde dieron media vuelta los camiones.

La luna llena iluminaba los campos nevados. Detrás de Sasha se veían las luces de los camiones, una larga hilera que se perdía en la oscuridad. Mandó a Protsenko a decirles a todos que apagaran los faros y vinieran allí con palas.

A Sherniakin y Sidorov, dos ajustadores, les mandó ir tanteando las cunetas con las palas y él avanzó por el centro, como había hecho Blinov, marcándolo con sus pisadas o, en algunos sitios, con la pala. Le seguía Nikolái Jalshin y, tras él, todos los demás en fila india. Sasha se hundía en la nieve, a cada paso sacaba los pies con dificultad, y menos mal que le estaban bien aquellas botas, porque las de Efrem las habría perdido ya seguramente. De vez en

cuando volvía la cabeza para comprobar que los chóferes seguían por sus huellas. Al cabo de un rato se detuvieron y empezaron a echar la nieve hacia los lados.

-Cuando terminéis este trozo -le dijo a Nikolái-, traéis los coches hasta aquí y seguís otra vez por donde yo he marcado.

Sasha iba ya casi a rastras, pero veía a los ajustadores tanteando las cunetas con las palas y sabía que él debía caminar por el centro, entre ellos. De repente se borró todo de su vista. Cuando abrió los ojos, uno de los ajustadores, Shemiakin, le sacudía por un hombro.

-¿Qué haces aquí parado, Pankrátov? ¿Te has dormido o qué?

-No sé. -Intentó sonreír, pero los labios no le obedecían-. Sigue, Shemiakin. Enseguida os daré alcance.

-Aguarda, descansa un poco.

Trajeron los camiones hasta allí, apagaron los faros y, de nuevo, los hombres siguieron las huellas de Sasha, en fila india, manejando sus palas.

Y así, un kilómetro tras otro. Avanzaba mal que bien, miraba para atrás... Unas veces no veía nada, otras veces se daba cuenta de que llegaban los camiones y se alejaba nuevamente de ellos. Ignoraba el tiempo que había transcurrido, no quería quitarse la manopla para consultar el reloj, y tan sólo veía el campo nevado que le rodeaba, iluminado por la luna, y a los ajustadores a un lado ya otro. De pronto pareció esbozarse el contorno de un montículo en el arcén.

-Quítale la nieve -le gritó Sasha a uno de los ajustadores. Sí, allí había un gran montón de arena y, enfrente, otro de grava.

Ahora tenían ya puntos de orientación, no hacía falta tantear el camino. Los tres clavaron las palas en la nieve y se apoyaron en ellas, esperando a que llegara la columna. Los chóferes trajeron los camiones. Una vaga claridad asomaba al borde del cielo.

Los chóferes se apearon para reunirse en torno a Sasha.

-¿Cómo está Ovsíánnikov? -preguntó a Vasili Akímovich.

-Sigue vivo. A ratos, pierde el conocimiento. Tonia teme que se le declare la gangrena. Sasha se recostó contra el radiador de su coche, que encabezaba la columna.

-Tenemos que decidir qué hacemos. Durnoie queda a un lado, conque habrá que seguir quitando nieve todavía tres kilómetros y es tiempo que perderemos. Con un último esfuerzo, podríamos llegar hasta Pronsk, a la Estación de Máquinas y Tractores. Sigue la nevasca, de manera que los aviones alemanes no vuelan. Dentro de unas horas habremos llegado y podremos calentarnos.

-La gente está agotada. Algunos tienen congeladuras porque la pomada de Tonia no vale ni un... Hay que ir a la aldea ésa -dijo Baikov sin mirar a Sasha.

-En la aldea, nadie podrá curar a los que tienen congeladuras, mientras que en Pronsk hay un hospital y podremos dejar allí a Ovsíánnikov, que está muy mal.

-Hay que ir a Pronsk -dijo Churakov apoyando a Sasha y aprovechando, como siempre, la menor oportunidad para llevarle la contraria a Baikov.

-Decidido -resumió Sasha-. Vamos a llenar los depósitos, y en marcha. Todos se alejaron, menos Churakov, que se rezagó junto a Sasha para soltarle en son de burla:

-Son ganas de perder la vida por el armenio ése.

-¿A qué armenio te refieres?

-A ése -Churakov miró hacia arriba.

-No es armenio. Es georgiano. Además, que no luchamos por él sino que defendemos nuestra patria.

-¡Mírale qué consciente! Defendemos nuestra patria... Fíjate en la facha que tienes. Se te doblan las muletas. No entiendo la pasión que te ha entrado por la compañía ni tampoco lo que buscas.

-Oye, Churakov, tú acabas de salir de la cárcel, ¿verdad? Lo digo por tu modo de hablar.

-Pues, sí. Delito político con efracción. ¿Sabes lo que es eso?

-Déjalo ya, anda, y ve a llenar el depósito o te quedarás sin gasolina.

-¿Quién, yo? ¡Quíá! En cuanto a ti, métete en la cabina antes de que la diñes aquí, sobre la nieve. Ya encontraremos nosotros el camino.

El último tramo fue muy duro. Sobre todo en las hondonadas, donde tenían que quitar la nieve acumulada y empujar los camiones. Sasha también se apeaba y trabajaba como todos, incluidos los que tenían congeladuras o estaban resfriados. Lo único que llevaba Tonia en su bolsa sanitaria era yodo y vendas. En el frente, ¿quién piensa en los resfriados?

La nevasca continuaba y abrasaba los rostros, arremolinada por el viento que soplaba a ras del suelo.

Al mediodía llegaron al sitio más difícil. Sasha lo conocía: era un barranco, de pendientes pronunciadas, con un riachuelo -ahora helado- en el fondo. Antes de la guerra no hubo tiempo de tender un puente y ni siquiera de allanar el terraplén.

Tardaron mucho en quitar la nieve de la bajada y también de un espacio más amplio, al otro lado, para que los coches no se juntaran allí después de subir la cuesta con el impulso que llevaban, pero que no era muy fuerte porque los baches no les permitían acelerar. Rugían los motores, los camiones se atascaban y había que empujarlos, casi subirlos a pulso. Uno perdió el tubo de escape, a otro se le pinchó una rueda. Los motores se calaban. Uno de ellos fue el de Mitka. Estuvo dándole a la manivela hasta que, extenuado, apoyó la frente en el radiador y rompió a llorar.

-Es como una criatura -dijo Sasha. Subieron el camión de Mitka y lo pusieron en marcha con el acumulador de otro.

Sasha ordenó a los coches de cabeza que llegaran al caserío y buscaran alojamiento, pero él se quedó allí, junto al barranco, hasta que también cruzó el remolque del taller, que era el último. Con él entró Sasha en el caserío. Dentro, Ovsíánnikov deliraba, tapado con unos capotes. Había que llevarle a Pronsk, al hospital militar y, si no lo había, al hospital del distrito.

-Acompañe a Tonia, Vasili Akímovich -le pidió a Sinélnikov-, entérese de lo que se puede hacer con los que padecen congeladuras y por la mañana los llevaremos.

-Usted también tendría que ir al hospital -dijo Tonia-. Tiene fiebre, se le nota por los ojos, le han salido calenturas en los labios, está ronco...

-Bueno, pues trae algo para la fiebre.

Nikolái y Protsenko llevaron a Sasha a una isba donde ya estaban Churakov y Streltsov. Sólo había diez casas, aunque en cada una se alojaron cinco hombres.

Nada más entrar en la isba, bien caldeada, y quitarse el capote y las botas, Sasha empezó otra vez a tiritar, a sentir escalofríos. Se le doblaban las piernas, le costaba trabajo respirar, le dolía la cabeza y la espalda, todo lo veía confuso. Sentía sofoco, se ahogaba. En la isba reinaba gran animación, había también varias muchachas, se veían vasos y platos con comida encima de la mesa. Streltsov tocaba el acordeón, aunque Sasha no le oía porque le zumbaban los oídos. Estaba sentado en un banco, con los ojos cerrados. Sin embargo, reconoció la voz de Churakov, que parecía gritarle en el oído mismo:

-Ahora le curamos nosotros -Churakov le tendía un vaso-. Échate esto al colete.

-Rebájalo con agua -sugirió Nikolái.

-Hace menos efecto... Se la daremos después. Venga, Pankrátov, ¡de un trago!

Sasha desmayó otra vez la cabeza.

-A ver, chicos, echad una mano -dispuso Churakov.

Nikolái levantó la cabeza de Sasha y Churakov le llevó el vaso a los labios.

-Deja, puedo yo solo. Tomó el vaso con mano trémula y lo apuró de golpe. Notó que se le abrasaba la garganta, que se le abrasaban las entrañas.

Nikolái le presentaba ya el vaso de agua que había preparado.

-Beba enseguida.

Al instante desapareció la sensación de fuego. Sintió alivio, pero estaba mareado, se le embrollaban las ideas. ¿Qué juerga era aquella? Alcohol, comida...

Nikolái le acercó unas lonchas de tocino, pan, sal, le puso una cebolla en el plato. ¿De dónde habría sacado todo eso? ¿Qué aldea era aquella? ¡Ah, sí! La Estación de Máquinas y Tractores, el caserío. ¿Y Ovsíánnikov? ¿Habría llegado con vida al hospital? ¿Y si le habían traído de vuelta?

Haciendo un esfuerzo, comió algo.

-¿Has entrado ya en calor? -preguntó Churakov.

Sasha asintió con la cabeza.

-Ahora vamos a hacer que reacciones de verdad. ¿Tienes que salir para alguna necesidad?

Sasha denegó también con la cabeza.

-Piénsatelo, porque luego no te dejaremos salir.

Sasha repitió el gesto.

-Protsenko, ¿dónde está su macuto? Trae acá una muda y vamos a desnudarle, chicos.

-Puedo yo solo...

Pero ya estaban desnudándole entre Nikolái y Protsenko.

-Está empapado de sudor. Chicas, ¡una toalla! ¡A darle unas friegas, muchachos! -seguía Churakov con diligencia de beodo-. Levántate, Pankrátov. ¡Al rellano de la estufa con él, muchachos!

El rellano de la estufa estaba horriblemente caliente. Sasha quiso echarse atrás.

-¡Sujetadle, que no baje! Aguanta, Pankrátov. Hasta aquí has mandado tú, pero ahora nos obedeces a nosotros.

Totalmente desmadejado, Sasha se encontró tendido de espaldas, tan cerca del techo que apenas podía levantar la cabeza. Estiró las piernas, se estiró con todas sus fuerzas y le pareció notar cierto alivio: ya no le abrasaba tanto el cuerpo. En el rellano habían puesto a secar trigo o centeno y, aunque estaba caliente, no quemaba. Nikolái le sujetaba mientras Protsenko le frotaba con una toalla. Se quedó quieto, como amodorrado. Nikolái le tapó con una zamarra.

-¿Respira? -preguntó Churakov desde abajo.

-Sí.

-Se le pasará. Hay que darle más friegas, desnudo como está. Y que no se acerquen las chicas porque él no está ahora para chicas, ¿verdad, Pankrátov?

Sasha no oía a Churakov. Le zumbaban los oídos, todo lo veía nebuloso. Estiraba las piernas, procuraba remeter la zamarra debajo del cuerpo para que no le quemara tanto y volvía a quedarse amodorrado.

Fuerte tenía que ser Sasha para aguantar una noche en el rellano de la estufa tan caliente y después de apurar un vaso de alcohol... Se despertó por la mañana, se frotó con la toalla y notó alivio en todo el cuerpo, aunque le dolían un poco el pecho y los omoplatos.

-No salga a orinar fuera -le advirtió Nikolái-: hay un cubo en el zaguán. Y puede lavarse en la cocina. Sasha se echó el capote por encima, salió al zaguán, luego se lavó, se vistió y se puso sus botas.

-Debía ponerse las de fieltro -sugirió Nikolái.

-Voy al comisariado militar. Tengo que vestir de uniforme. ¿Ha vuelto Vasili Akímovich?

-Sí. Ha dejado a Ovsíánnikov en el hospital. A los que tenemos con congeladuras no los admiten porque no hay sitio. Tonia ha traído medicinas.

Sasha se sentó en el banco. Otra vez se le iba la cabeza. Pero aquella debilidad era agradable.

Se levantaron Protsenko y Churakov y fueron a asearse.

-¿Y Streltsov?

-Ya sabe, con la novia.

-Ése tiene una novia en cada pueblo.

Churakov y Protsenko se sentaron también.

-¿Estás mejor? -preguntó Churakov.

-Parece que sí.

-Mejor habría sido un buen baño de vapor y sacudirte con unas ramas de abedul. Pero no lo tenían encendido. Conque, hemos empleado otro procedimiento. «Medicina popular» le llaman. ¿Tienes hambre?

-Algo comería.

-Eso es que ya estás curado. La ronquera y la tos se te pasarán. Lo de las calenturas en los labios es buena señal. La enfermedad sale por ahí. Y si tomas unas gotas -Churakov señaló una botella-, sanarás del todo.

-No. Voy a la ciudad, al comisariado militar.

-¿Adónde vas a ir así? Descansa un día por lo menos. A la ciudad puedes mandar a Guriánov y a Sinélschikov. Ellos son del partido -ponderó irónicamente- y saben cómo hay que informar. Conque, bebe un trago.

-No, no quiero beber ni os aconsejo que bebáis vosotros.

-Perdona, pero los cien gramos son de reglamento.

El ama de la casa dejó sobre la mesa una gran sartén de huevos con tocino.

-Menuda vida os dais. Tocino, vodka... ¿De dónde lo habéis sacado?

Churakov señaló a Protsenko.

-¿No ves que tenemos al jefe de intendencia con nosotros?

-Pues no sabía yo que tuviera estas reservas.

-Tú eres un bendito, Pankrátov. Y por eso te obedece la gente. El ruso honra a los benditos porque él es tonto, pero ellos lo son más. También a Iván el Bobo le gusta que haya otros más bobos.

-¿Y por qué soy yo tan bobo?

-¡Tú eres chófer, hombre! ¿Cómo va a ir un chófer, en su coche, sin una botella de vodka y un trozo de tocino? ¿Eh? Piénsalo un poco.

Cerca de la casa se escuchó el ruido de un motor y voces recias.

Nikolái se encasquetó el gorro, se echó el capote por los hombros, salió a ver lo que ocurría y volvió... Detrás de él entraron Baikov y cuatro militares a los que no conocían, con zamarra. Dos llevaban pistola al cinto -eran mandos- y dos, subfusiles colgados del cuello: soldados. Uno gordo, bajito, con gafas, se abrió enseguida la zamarra -se vieron sus distintivos de mayor y miró fijamente a los que estaban sentados.

Baikov señaló a Sasha.

-Éste es nuestro mando.

-¿Es usted el jefe de la compañía? -preguntó severamente el mayor.

-Al jefe de la compañía le han matado.

-¿Hay aquí algún mando? -Aquí ninguno. El técnico militar Ovsíánnikov, jefe de sección, está herido, en el hospital de Pronsk. El mayor se sentó en el banco, dejó su gorro al lado y se abrió más la zamarra. -A los mandos los han matado y a los soldados no les ha pasado nada.

-Pues ha ocurrido.

-Y usted, ¿quién es?

-Un chófer. Un soldado rojo.

El mayor miró a Baikov.

-¿Quién mandaba la compañía?

Baikov volvió a señalar a Sasha.

-Éste la mandaba.

-Yo no la mandaba, sino que la he traído hasta aquí porque conocía el camino.

-Es suplente para la parte técnica -intervino Nikolái.

-¿Quién le nombró suplente para la parte técnica?

-Al suplente para la parte técnica lo mataron cerca de Briansk.

El jefe de la compañía me ordenó desempeñar sus funciones hasta que mandaran a otro.

-¿Dónde está esa orden?

-La orden fue verbal.

-¡Menudas historias me está contando!

-Aquí, camarada mayor, las cosas son así: el que agarra el bastón es el que manda -profirió Baikov con su voz grave.

-¡Cierra la boca, ucraniano de mierda! -le gritó Churakov.

El mayor pegó un puñetazo en la mesa.

-¿Qué modo de hablar es ése? ¿Por qué se mete en la conversación? ¿Quién le ha preguntado nada?

-Usted a mí no me enseñe los puños -se revolvió Churakov-.

¿Cómo se atreve?

-Ya te enseñaré yo a ti si me atrevo o no me atrevo. Yo...

-¡No! -le atajó Sasha-. Usted no tiene derecho a enseñarle los puños a nadie. Además, ¿quién es usted, vamos a ver? ¿De dónde viene?

-Yo soy el jefe de la sección especial del ejército.

Hacía tiempo que Sasha no tropezaba con ellos. En el frente, a ninguno había visto hasta entonces. ¡Cómo se parecía este mayor a aquél de Ufá que detuvo a Gleb! Esos canallas tenían todos la misma jeta.

-¿Se ha enterado de quién soy yo? Y ahora vamos a poner en claro quiénes son ustedes.

-Aquí no hay que poner nada en claro -dijo Nikolái-. Somos combatientes del Ejército Rojo.

-Los combatientes del Ejército Rojo están luchando en el frente -pronunció campanudamente el mayor, y enseguida le preguntó a Sasha-: ¿Desde cuándo están aquí?

-Llegamos anoche.

-Sin haber pegado ojo en cuarenta y ocho horas -añadió Nikolái.

-¿Por qué no lleva el uniforme de reglamento? -arremetió el mayor contra él-. ¿De dónde ha sacado ese gorro civil?

-Me lo han dado.

-¡Se lo han dado! Conque, además, son merodeadores, ¿eh? -Volvió a mirar a Sasha-. De modo que llegaron a esta aldea anoche. ¿Y a dónde piensa usted ir ahora?

-A Pronsk, al comisariado militar.

-Ya veo, ya, cómo se prepara para ir al comisariado militar. Bebiendo vodka desde por la mañana. ¡Merodeadores, borrachos! -Le hizo una seña al teniente, que se sentó, apartó los vasos y los platos, sacó de su portaplanos papel, un tintero con tapa y pluma, disponiéndose a escribir.

Las preguntas de siempre: apellido, nombre, patronímico, fecha y lugar de nacimiento, antecedentes...

-No -contestó Sasha.

-Escriba usted: «Sin antecedentes según sus palabras» -ordenó el mayor. De nuevo se escuchó cerca de la casa el ruido de un motor que cesó enseguida. Se abrió la puerta y entró un coronel.

-Camarada mayor: el comandante exige la presencia inmediata del jefe de la compañía de transporte.

-Ya ve usted que estoy llevando un interrogatorio.

-Ha ordenado la presencia inmediata -repitió el coronel con impaciencia-. ¡No pierda el tiempo, mayor! ¿Dónde está el jefe de la compañía?

El mayor señaló a Sasha.

-Dicen que es este soldado.

-¡Vístase, pronto! -ordenó el coronel.

Sasha se puso el cinto, del que colgaba la pistola de Berezovski.

-¿De quién es esta arma personal? -preguntó el mayor con suspicacia.

-Del jefe de la compañía.

-Entréguela. Sasha sacó del cinto la pistola con su funda y la dejó encima de la mesa.

-Tome nota -ordenó el mayor al teniente-: tenencia ilícita de arma personal.

-¡Vamos, vamos! -apresuraba el coronel. Sasha se puso el capote.

-¿Por qué se le llevan a él sólo? Llévennos a todos -dijo Nikolái.

-Ya nos los llevaremos cuando sea preciso -contestó el mayor y salió de la casa detrás del coronel y de Sasha.

24

Los alemanes reanudaron la ofensiva a mediados de noviembre, después de dos semanas de calma. Y aunque llegaron a la aldea de Krásnaia Poliana, a veintisiete kilómetros de Moscú, Zhúkov veía claramente que aquella ofensiva había fracasado: los alemanes no podían aguantar ya los ataques de respuesta del Ejército Rojo. Cuánto menos aguantarían un golpe general masivo. El 29 de noviembre, Zhúkov telefoneó a Stalin pidiéndole que diese la orden de contraofensiva.

Stalin tardó un poco en contestar. Zhúkov sabía lo que significaban esas pausas: dudaba.

-¿Está usted seguro de que el enemigo no tiene grandes agrupaciones en reserva?

-No lo sé. Pero sus cuñas empiezan a ser especialmente peligrosas, y hay que liquidarlas sin falta.

Por la tarde, el Cuartel General dio el visto bueno para la contraofensiva. El estado mayor del Frente Oeste la fijó para el 3 de diciembre por la mañana. Todos los comandantes del ejército, menos el del Décimo, confirmaron que estaban dispuestos.

Stalin le había preguntado a Zhúkov ya en octubre:

-¿Conservaremos Moscú? Contésteme honradamente, como comunista.

-Lo conservaremos, indudablemente. Pero necesito dos ejércitos más y doscientos tanques.

No le dieron tanques, pero sí dos ejércitos: el Primero de choque y el Décimo. El Primero de choque estaba mandado por Vasili Ivánovich Kuznetsov, un general con experiencia. Zhúkov le colocó en un sector importante, al norte de Moscú, en la zona de Yajromá. El mando del Décimo Ejército, Stalin se lo dio a Gólikov.

Antes de estallar la guerra, Gólikov era jefe de la Dirección General del Servicio de Inteligencia. Era inteligente y astuto, siempre le llevaba la corriente a Stalin, y no tenía experiencia de combate. El Décimo Ejército se había formado en la cuenca del Volga, y cuando Zhúkov llegó al Frente, ordenó su acantonamiento al sur de Riazán, como reserva. Ahora había que emplear esa reserva. Los tanques de Guderian avanzaban desde el sur hacia el norte para cerrar el cerco de Moscú. El ejército de Guderian se había extendido mucho, su flanco derecho no estaba protegido y se podía descargar un potente golpe contra él. Eso era lo que debía hacer Gólikov. Pero ahora se encontraba Zhúkov con una desagradable sorpresa: Gólikov le había enviado un parte diciendo que no podría concentrar su ejército antes del 5 de diciembre. Ese informe se lo había hecho llegar también a Stalin, siguiendo la costumbre, adquirida siendo jefe de la Dirección del Servicio de Inteligencia, de informar de todo directamente a Stalin, pasando por encima de Zhúkov, de quien era entonces subordinado inmediato. ¿Hacía peligrar el éxito de la ofensiva y encima pensaba que iba a tener un trato especial? ¡Qué va, hombre! Allí no estaban en los despachos del Kremlin.

Zhúkov ordenó llamar a Gólikov al estado mayor del frente.

Gólikov se personó en Perjúshkovo el 2 de diciembre. Robusto, calvo, aparentando menos de su edad, entró con la sonrisita habitual en su rostro redondo. Zhúkov no podía soportar aquella sonrisa suya desde los tiempos que pasó en el Estado Mayor General. Con esa sonrisa solía presentarse Gólikov a informar a Stalin. Y siempre llevando dos carpetas. Si Stalin tenía aire sombrío, le comunicaba la información agradable. Si estaba bien dispuesto, le decía la

verdad. Pero si algo le parecía dudoso a Stalin, abundaba inmediatamente en el mismo sentido: Sí, camarada Stalin, esto es desinformación...

Todos le temen a Stalin. Y también él, Zhúkov, le teme y acata sus disposiciones, a menudo absurdas y perjudiciales. Pero también expone siempre su posición propia. Y nunca ha faltado a la verdad por llevarle la corriente a Stalin, actitud no siempre saludable para todo el mundo. Antes de Gólikov, tres jefes del Servicio de Inteligencia -Berzin, Uritski y Proskurin- fueron fusilados porque su información veraz no era del agrado de Stalin. Pero murieron como honrados comunistas. En cambio, Gólitov es un desinformador. Zhúkov vio con sus propios ojos el telegrama de Sorge previniendo de que Alemania atacaría a la Unión Soviética en la segunda mitad de junio, con una nota de Gólikov que decía: «Incluir entre las comunicaciones dudosas y de desinformación». ¡Desentenderse de semejante información tres semanas antes de la guerra! ¿Cómo pudo estar Gólikov al frente del Servicio de Inteligencia si no entendía nada? Acerca del plan Barbarossa dijo que era un bulo para engañar a los ingleses. ¡Y todo por cobardía!

Ahora Stalin le había dado un ejército. Y Gólikov acudía directamente a Stalin por encima de su superior inmediato. ¿Y qué le importaba a Stalin? Los comandantes de los frentes tenían que pedirle a Stalin hasta una simple sección blindada, una simple batería de artillería, una simple escuadrilla: todo lo había concentrado en sus manos, hasta las menudencias, para que todos dependieran de él y sólo de él.

«Si vendieran divisiones en el mercado, yo compraría cinco o seis para usted; desgraciadamente no las venden.» Así le contestó Stalin a Timoshenko, que le había pedido una división más. ¡A Timoshenko! Y aquí, un Gólikov cualquiera...

-He recibido su informe -dijo secamente Zhúkov-. ¿Por qué no puede entrar en acción? Gólikov empezó desde lejos.

-Salí de Moscú para la zona de Penza el 26 de octubre. Se me concedieron dos o tres meses para la formación...

-¡Tres meses! -repitió Zhúkov con sonrisa irónica-. En ese tiempo podía haber terminado la guerra. ¿Quién fijó ese plazo?

-La Dirección General de Servicio de Formaciones -contestó Gólikov evasivamente sin dar ningún nombre-. Pero el 24 de noviembre recibí la orden del camarada Sháposhnikov de ponerme en marcha y concentrarme el 2 de diciembre en la zona de Riazán.

-¿Por qué no lo ha hecho?

-Para trasladar el ejército se necesitan ciento cincuenta y dos convoyes. Han llegado sólo sesenta y cuatro, de los cuales cuarenta y cuatro no están cargados todavía y cuarenta y cuatro más se hallan en camino.

-¿Por qué no ha pedido vagones?

-Hemos telegrafiado a todas las instancias. Ya sabe usted en qué situación se encuentra el transporte ferroviario. La situación es la misma para todos. Sin embargo, todos los ejércitos de reserva han llegado a su tiempo, menos el Décimo. Gólikov se encogió de hombros: no tenía nada que responder.

-¿Cuál es el estado de preparación de las tropas? -preguntó Zhúkov irritado.

-El sesenta y cinco por ciento de los soldados no han servido en el ejército. Han sido instruidos con fusiles de madera porque no había otros. La mayoría de los cuarenta y dos comandantes de regimiento sólo han estudiado en una escuela parroquial o rural.

-No pregunto qué estudios tienen los mandos sino cuál es la capacidad de combate de las divisiones.

-De las once divisiones, cuatro se hallan más o menos en estado de entrar en combate. Las demás están insuficientemente armadas: faltan fusiles, ametralladoras, pistolas ametralladoras y morteros. Fusiles antitanque sólo hay cuarenta y ocho. No tenemos tanques, artillería pesada ni cobertura aérea. Los equipos de invierno se deben recibir hoy en las estaciones de descarga, pero ignoro si han llegado ya. En los regimientos de caballería faltan incluso arneses...

Zhúkov escuchaba en silencio. En esas mismas condiciones se formaban todos los ejércitos, y cada cual solucionaba sus problemas. Pero Gólikov se quejaba. ¡No había encontrado arneses en la cuenca del Volga! No había sido capaz de obtener armas en las fábricas de Gorki y Kuíbishev, ni de mandar confeccionar allí los equipos de invierno. En efecto, el país no estaba preparado para la guerra. Pero, ¿no tenía en parte la culpa Gólikov? El había desinformado, él aseguraba que Alemania no nos atacaría.

-¿Con qué efectivos cuentan sus divisiones?

-Efectivos completos: once mil hombres cada una.

-Pues las divisiones del 50 Ejército del general Boldin sólo tienen de seiscientos a dos mil hombres y llevan ya un mes defendiendo Tula. Y no han entregado la ciudad ni la entregarán. Así es como se combate ahora, camarada general teniente. Cada cual combate con los medios que tiene. Y, cuando no bastan, se las ingenian para buscarlos.

-El Décimo Ejército cumplirá su misión.

-Esperemos que así sea. ¿Qué más?

-El transporte. Sólo está cubierto en un doce por ciento. Las divisiones desembarcan de los vagones en Riazán y Riazhsk y tienen que andar cien o ciento cincuenta kilómetros por caminos vecinales cubiertos de nieve.

-El transporte tenía que haberlo requisado en la cuenca del Volga.

-Allí habían arramblado ya con todo antes de que llegáramos nosotros. Sólo quedaban coches viejos.

-Pues haber reparado los viejos. Porque máquinas nuevas nadie se las va a dar. Hay que comprender la situación, camarada general teniente... Es duro, sí. Pero mucho más duro fue para los que se enfrentaron el 22 de junio con el enemigo inesperado en la frontera. ¿No le parece, camarada general teniente?

Gólikov comprendió la indirecta, pero no se inmutó.

-Indudablemente. Pero yo ahora respondo del Décimo Ejército y debo estar preparado para cumplir mi misión.

-No, camarada general teniente: usted y yo también respondemos por aquellos por los que cayeron allí. Veamos la posición de sus tropas.

Gólikov sacó un mapa de su portaplanos y lo extendió encima de la mesa, observando al mismo tiempo:

-En la dirección del ejército sólo tenemos dos mapas.

Entró Sokolovski, el jefe de estado mayor, y le estrechó la mano a Gólikov.

-Vasili Danílievich -dijo Zhúkov-: el general teniente se queja de que no tienen mapas.

-Los mapas han sido enviados.

-¿Y lo demás?

-Les hemos mandado dos batallones de tanques medianos, dos regimientos de artillería y dos batallones de morteros RS. El personal, las compañías y los batallones recibirán el armamento que les falta en las estaciones de desembarco. De momento, no se puede hacer más.

-¿Y el transporte auxiliar? -preguntó Gólikov.

-No hay transporte auxiliar.

-Necesitamos por lo menos tres o cuatro batallones de transporte. Así lo he escrito al Estado Mayor General.

-General teniente -profirió severamente Zhúkov-: le ruego que dirija sus peticiones y sus demandas al estado mayor del frente. Si quiere dirigirse al comisario de Defensa, puede hacerlo, claro, pero también a través del estado mayor del frente. Tal es la norma que rige en el ejército. Y a nadie le está permitido infringirla.

Zhúkov se inclinó sobre el mapa.

-Guderian está en Mijáilov y usted tiene su estado mayor en Shílov. Bastante lejos.

-Trasladaremos el estado mayor a Starozhílovo, junto a Pronsk.

-Indique la posición de sus divisiones.

Gólikov obedeció. El 50 Ejército ocupaba un frente de ciento veinte kilómetros que iba desde Zaráisk casi hasta Skopin.

-¿Cuánto tiempo necesita para llegar a su estado mayor?

-Cuatro o cinco horas de aquí a Riazán y otro tanto después.

-Parta para allá. Mañana por la mañana reúna discretamente a los jefes de división en alguna aldea próxima a Pronsk y espere usted personalmente en Pronsk, a las ocho de la mañana, a un representante apoderado nuestro.

25

El «representante apoderado» que se desplazó al Décimo Ejército fue el propio Zhúkov. Salió por la noche, con una escolta de media compañía y tres coches blindados.

Nadie más que Sokolovski, su jefe de estado mayor, estaba enterado de su viaje. A las llamadas telefónicas, se dio orden de contestar: «Se encuentra en las posiciones». Stalin tenía prohibido que los comandantes de frentes fueran de uno a otro sin autorización suya. Permitía que se movieran dentro de su frente, aunque siempre le contrariaba, porque quería que no se apartasen del teléfono.

Claro que se podía dejar que Gólikov actuara a su manera y así vería Stalin lo que valía su protegido, pero el fracaso de Gólikov supondría el fracaso de toda la contraofensiva. Guderian penetraría en la retaguardia del Frente Oeste y por esa brecha se lanzaría la infantería alemana, lo que significaría la caída de Moscú. Y Guderian era ahora una presa fácil. Embalado, había penetrado demasiado con la cabeza de su ejército, y ahora había que golpear en la base misma de la cuña, cercarla y destruirla. Zhúkov obligaría a descargar ese golpe al Décimo Ejército. Si era preciso, mandaría fusilar hoy mismo a los mandos ineptos y los otros comprenderían entonces su responsabilidad. Cuando perecen millones de hombres, poco valen las vidas de unos cuantos. Ésa es la filosofía de Stalin y en ella consiste la fuerza de Stalin. Sin su férrea voluntad, habría sido imposible resistir a un enemigo como aquél. Muchos errores

imperdonables comete Stalin, y caros le cuestan al pueblo. Pero no hay otro líder. Hay que obedecer. Y hacer que obedezcan los mandos subordinados. Sólo en eso está la salvación del país.

Así reflexionaba Zhúkov, sentado en el asiento trasero del coche. Eran pensamientos habituales. A ratos se quedaba traspuesto. Muchas noches había pasado en aquel asiento y mucho había reflexionado. No recordaba si alguna vez había dormido normalmente por las noches. Quizá de niño, cuando vivía con su madre. El tejado de la isba se había hundido de puro viejo y se cobijaban en el cobertizo, pero dormía bien allí. A partir de los doce años fue cuando tuvo que acostumbrarse a dormir poco. Trabajaba para un guarnicionero desde las seis de la mañana hasta las once de la noche y dormía en el propio taller, en el suelo. El resto de la vida se la había pasado a caballo, en coche, desplazándose de un lado para otro. Era una suerte que pudiera acostarse en algún sitio un par de horas. También en Moscú, en el Estado Mayor General, se pasaba las noches en blanco: Stalin se marchaba del Kremlin al amanecer y entonces se marchaban los demás a sus casas.

La comitiva se detenía a veces, los enlaces informaban de que el camino estaba libre y seguían adelante.

Llegaban a Pronsk cuando se produjo un alto. Aún era de noche, pero Zhúkov se había despertado ya. Un ayudante le informó:

-Aquí hemos descubierto unos camiones en un poblado. En la oscuridad, pensamos al principio que eran alemanes, pero resulta que son nuestros. Parece una compañía auxiliar de transporte.

-¿De qué división?

-No lo sé, camarada general del ejército. Hemos despertado a unos chóferes, pero no acaban de explicar a quién pertenece la compañía.

-Deténganse en el poblado.

Empezaba a clarear y ya se podían ver los coches pegados a las casas y los cobertizos, algunos en los patios, aparentemente camuflados.

Reanudaron la marcha. A los diez minutos, otra parada: Gólikov les esperaba a la entrada de Pronsk. No se sorprendió al ver a Zhúkov. El viejo zorro de estado mayor había adivinado quién vendría. Se acercó, informó que todos los jefes de división estaban reunidos en Starozhílovo, cerca de allí, un poco al este de Pronsk.

-¿Qué son esos camiones que hay en el poblado inmediato?

-¿Camiones? -se extrañó Gólikov-. Aquí no debe haber camiones. Todavía no se ha asentado aquí ninguna división.

-Pues ahí hay una compañía de transporte.

Gólikov se encogió de hombros.

-No tengo ni idea.

-¿La habrá ocultado el jefe de alguna división? Quizás haya más escondidas en otros pueblos. Ustedes dicen en sus partes que no tienen transporte auxiliar.

-Esos camiones no son nuestros. Quizá se trate de alguna compañía despistada.

-Se encuentra en las posiciones de su ejército y tiene usted la obligación de saberlo. Entérese y me informa luego. ¿Los tiene alguien escondidos? ¿Quién? ¿Qué órdenes obedecen? ¿Son desertores? ¿De dónde salen? ¿Quién los manda?

En Starozhílovo, Zhúkov abrió la reunión diciendo:

-En los partes, ustedes señalan que no tienen transporte auxiliar, pero yo acabo de ver con mis propios ojos una compañía a la entrada de Pronsk. ¿De quién es?

Todos callaban.

-Resulta que no es de nadie -concluyó Zhúkov ceñudo-. Pues habrá que poner en claro a quién pertenecen esos camiones y quien los haya ocultado será severamente castigado. Les advierto que a los culpables de la menor tergiversación en los balances o de ocultación de armamento o material les espera un castigo severo. Han tenido tiempo suficiente para la formación. Ahora están ustedes en el frente. Aquí se necesitan unidades aptas para el combate.

Después de aquel exordio, los partes de los mandos tuvieron un tono muy distinto al del informe de Gólikov. Algunos equipamientos estaban sin completar y habría sido deseable obtener lo que faltaba antes de comenzar las operaciones; pero si no lo había, procurarían obtenerlo en el campo de batalla. Los combatientes tenían la moral alta y la misión del mando sería cumplida.

Zhúkov consultaba su reloj mientras escuchaba a los jefes de división. Las nueve y media. Ya era hora de volver a Perjúshkovo. Pero el asunto de la compañía auxiliar había que aclararlo delante de todos. Si la ocultaba algún jefe de división, sería degradado a soldado raso; si se trataba de una compañía de desertores, su jefe sería fusilado. Una buena lección para todo el Décimo Ejército.

-¿Qué hay de esa compañía? -preguntó Zhúkov.

-El osobista está aclarándolo.

-Manden un coche a buscar al jefe de la compañía y que se presente inmediatamente.

Al poco rato entró en la habitación un mayor grueso, con gafas: era el osobista. Luego hicieron pasar a un soldado con cara de cansancio y los labios agrietados, vestido con equipo de verano. Zhúkov le miraba, extrañado.

-He ordenado que se presentara el jefe de la compañía.

El osobista hizo el saludo militar.

-Con su permiso, camarada general de ejército. En la compañía no ha quedado ningún mando. Lo que ha sido de ellos o dónde se han metido, de momento no se ha comprobado. Los chóferes han declarado que los mandaba este soldado rojo. Por eso estoy interrogándole. Hay muchas cosas confusas, camarada general de ejército.

Zhúkov miró a Sasha.

-¿Por qué no se presenta a la orden?

Sasha se llevó la mano al gorro y algo dijo, con una voz tan ronca y tomada que no se le entendió.

-¿Cómo, cómo? -insistió Zhúkov irritado.

-El soldado rojo Pankrátov ha sido traído a la orden -repitió Sasha.

Zhúkov seguía mirándole. Nadie se había atrevido nunca a contestarle así. Sasha sostuvo su mirada. Que le fusilaban, ¿y qué?

-¿Usted mandaba la compañía?

-Yo he traído la compañía hasta Pronsk.

-¿Desde dónde? -Desde la zona de la aldea de Jitrovánschino, al oeste de la vía férrea Mijáilov-Pavelets.

-¿Y dónde está el jefe de la compañía?

-Murió durante un ataque aéreo.

-Ahí está, eso es -intervino el osobista-: todos los mandos han muerto, pero todos los chóferes están vivos.

-¿Quién le ordenó conducir a la compañía? -preguntó severamente Zhúkov. Sasha miró a su alrededor como un hombre acosado. Allí había un montón de generales y de coroneles mirándole, tan atildados, con sus rombos y sus barras en el cuello de la guerrera. A ellos habría querido verlos allá, envueltos en nieve, en el barranco, sacando los camiones a pulso... Estrategas... ¿Qué habían hecho con el país?... Habían dejado llegar a Hitler hasta Moscú...

De buena gana les hubiera dicho lo que pensaba de ellos...

-Le he preguntado quién le ordenó conducir a la compañía.

También aquél. Un militar glorioso que le sometía a interrogatorio.

-Conteste. -Zhúkov levantó la voz.

-Me lo ordenó la patria, camarada general de ejército -contestó Sasha roncamente.

Todos callaban. Los generales, los coroneles... Todos callaban.

Zhúkov no apartaba de Sasha su mirada penetrante.

-¿Es usted miembro del partido?

-Soy sin partido.

-¿Cómo ha venido a parar a Pronsk?

-La compañía debía llevar un cargamento a Uzlovaia, a la retaguardia de la 239 división. Pero nos encontramos con un capitán y unos soldados y nos dijeron que la 239 división estaba cercada. ¿Qué podíamos hacer? Los tanques alemanes iban hacia Mijáilov y hacia Skopin. El único camino que podíamos seguir nosotros era el que hay entre Mijáilov y Skopin.

-¿Hay allí alguna carretera?

-Hay un gradado.

Zhúkov se inclinó sobre el mapa.

-Aquí no hay nada marcado.

-La carretera empezó a construirse antes de la guerra, pero no se terminó. Sólo dio tiempo de pasar la grada. En el mapa no figura, claro.

-¿Y cómo lo sabía usted?

-Porque trabajé en su construcción.

-¿Puede señalarlo?

Sasha se inclinó sobre el mapa. De su gorra se desprendió una gota de agua: la nieve se derretía al calor. -¿Da usted su permiso para quitarme el gorro? Voy a manchar el mapa.

-Quíteselo.

Sasha se metió el gorro debajo del brazo y volvió a inclinarse sobre el mapa.

-Pasa por delante de estos poblados: Durnoie, Griaznoie, Malinka y Jitrovánschino.

Zhúkov le acercó el mapa al jefe de estado mayor.

-Pase esto a su mapa y proceda a un reconocimiento. -Se volvió hacia Sasha-. ¿En qué condiciones está el camino?

-Nosotros hemos venido abriéndonos paso con las palas. Pero, con un quitanieve, se puede rodar fácilmente.

-¿Cuánto tiempo han tardado?

-Dos días. Mejor dicho, dos noches. Por si nos atacaba la aviación durante el día.

-Ahora las noches son largas -profirió Zhúkov pensativo-. ¿Han sufrido pérdidas?

-Durante el camino, no. Pero traemos a un herido y varios hombres tienen congeladuras. Solicito que se les preste asistencia médica. -Miró al osobista-. Aunque el ciudadano mayor nos ha llamado delincuentes, también los delincuentes tienen derecho a recibir asistencia médica.

-Se les prestará asistencia médica -dijo Zhúkov-. ¿No conoce usted el nombre del jefe de la 239 división?

-No, no lo conozco.

-¡Coronel Martirosián!

Se levantó el jefe de la 239 división, un armenio joven, bien parecido.

-Coronel Martirosián: ¿es suya esa compañía?

-Con su permiso, camarada general de ejército. Una compañía auxiliar debía incorporarse a nuestro cuerpo de tren. Pero la división combatía ya entonces contra las fuerzas enemigas, superiores en número, que la habían cercado, y el 27 de noviembre rompió el cerco, después de enterrar en el bosque el armamento pesado, y llegamos aquí, a la zona de Bolshoi Selo. La compañía no pudo incorporarse a la división cercada. Existe pleno fundamento para pensar que se trata, en efecto, de esta compañía.

-¿Y por qué le encuentra ese fundamento?

-Porque coinciden todas las circunstancias, camarada general de ejército. Y si me permite usted decirlo...

-¡Diga! -Si me permite usted decirlo, camarada general de ejército -repitió Martirosián-, considero que con su marcha hacia Pronsk entre dos columnas blindadas enemigas, esta compañía ha cumplido valerosamente su deber. - Así es como lo ve usted, ¿eh? -sonrió Zhúkov-. Bien. Siéntese. Soldado rojo... Pankrátov... Es obvio que sabe orientarse en un mapa. ¿Dónde ha estudiado usted?

-En la facultad de Caminos del Instituto del Transporte de Moscú.

-O sea, ingeniero... ¿Y por qué es soldado raso?

-Se pusieron así las cosas.

-¿Tiene el documento que acredita sus estudios? ¡A ver!

Sasha se desabrochó el capote, sacó del bolsillo superior de la guerrera el certificado de estudios doblado en cuatro y lo dejó encima de la mesa. No tenía otra salida. Al demonio con ellos. Que se enteraran. Más allá del frente no iban a mandarle.

Zhúkov leyó la primera hoja, le dio la vuelta... Sasha no le quitaba ojo... Ahora llegaría al sitio donde estaba escrito «No presentó el proyecto debido a su detención». Ya había llegado. Levantó los ojos hacia Sasha... Le miró... Se puso a leer de nuevo, de nuevo le miró...

-¿Ha pertenecido al Komsomol? ¿Desde qué año?

-Desde el veinticinco.

Zhúkov volvió a consultar el documento.

-Aquí consta que ha pasado la instrucción militar.

-Sí. Dentro del Instituto recibíamos preparación militar superior. Zhúkov se volvió hacia Gólikov.

-Le faltan a usted ingenieros, y resulta que los tiene como simples chóferes.

Gólikov habría podido decir que él no sabía nada de aquella compañía y que a aquel chófer le veía por primera vez. Pero era un funcionario con experiencia y sabía que, en una situación así, nada había que objetar. Zhúkov tenía razón: emplear de ese modo a los ingenieros era un fallo. Y, por los fallos, hay que amonestar a alguien. ¿A quién? Eso es lo de menos.

Zhúkov le pidió a Sasha su cartilla militar y se la pasó al jefe de estado mayor.

-Anoté usted unos datos complementarios -le dijo, y dictó consultando el certificado-: Terminó sus estudios en la facultad de Caminos en el año 1934. Certificado número ciento ochenta y seis barra treinta y cuatro... ¿Lo ha anotado? Ahora, prepare su nombramiento de ingeniero militar de tercera. Yo le pondré el visto bueno ahora mismo.

Le devolvió el certificado a Sasha.

-Le felicito por su recién ascenso a ingeniero militar de tercer rango...

-Gracias, camarada general de ejército.

-Trabaje, combata, sirva a la Unión Soviética. Sasha saludó.

-¡A la orden para servir a la Unión Soviética!

El 6 de diciembre, por la mañana, las tropas soviéticas pasaron a la ofensiva y, a despecho de las fuertes heladas y la gruesa capa de nieve, arrojaron al enemigo a 150-160 kilómetros de Moscú.

La radio transmitía música militar y, cada media hora, comunicados acerca del avance impetuoso de las tropas alemanas, de las ciudades ocupadas, de los aviones abatidos, de los cientos de miles de prisioneros. «Las tropas soviéticas corren tanto que apenas podemos darles alcance.» Los periódicos de los emigrados exultaban: «Ha llegado nuestra hora». Merezkhovski y Zinaida Guippius bendecían a los alemanes en su «cruzada».

Alemania vencería a Rusia tan fulminantemente como había vencido a otros países de Europa. ¿Qué sería de él, de Sharok? ¿Tendría tiempo Beria de destruir los archivos de su departamento? Si no le daba tiempo, los alemanes descubrirían que tenían en su retaguardia, en París, al señor Priválov, espía soviético. Y aunque los archivos fueran destruidos, los alemanes apresarían a funcionarios del NKVD, y éstos le denunciarían con tal de salvar su pelleja. En cualquier caso, tenía la horca asegurada.

¿Qué hacer? ¿Presentarse a los alemanes? ¿Qué falta les hacía él a los alemanes? ¿Quién era él? Un espía abandonado en Occidente por los sóviets. Aunque quisiera justificarse -«no trabajaba contra Alemania sino contra los emigrados blancos»-, ¿quién iba a escucharle?

¿Pasarse a los ingleses? ¿Con qué bagaje? ¿A quién podría entregarles? ¿A Tretiakov? Tretiakov no les hacía falta. Ni Sharok tampoco. Lo que harían sería entregar a Sharok a la URSS; de parte de sus fieles aliados de la coalición antihitleriana, ahí va ese malhadado tráfugo.

Tenía que haberse pasado a ellos entonces, en el treinta y nueve, porque no se habría presentado con las manos vacías, sino con una buena presa: el residente, los agentes, los pisos francos, Eitingon y su grupo mexicano. Y sin tener que ir muy lejos: su servicio de contraespionaje estaba en la calle vecina.

El alto forzado de los alemanes delante de Moscú tranquilizaba un poco a Sharok: puesto que no habían tomado la ciudad sobre la marcha, al NKVD le daría tiempo de evacuar o destruir los documentos y no se descubriría tan pronto la tapadera del señor Priválov. Si los alemanes vencían, no sería tan pronto como predecían algunos emigrados. Es una «ficción de resistencia» afirmaba el escritor Záitsev. Pero resultaba que no era una ficción.

Sharok había temblado toda su vida ante el poder soviético, persuadido de que era indestructible. Y ahora se regocijaba contemplando su derrota. Pero, si caía el régimen, también él tendría que responder de sus crímenes: su vida estaba irremisiblemente ligada a él. Conque, de momento, preferible era que aguantara. Luego, ya se vería.

Por lo pronto, había que adoptar una línea de conducta acertada. En un momento así, un joven emigrado ruso no podía permanecer aislado de sus compatriotas. En ese sentido, tanto Spiegelglas como Eitingon habían sido precavidos, le habían aconsejado que se hiciera con un círculo de buenos conocidos. Y lo tenía. Eran personas no muy ricas, más bien modestas, pero auténticos rusos: vecinos que frecuentaban el mismo café al que iba Sharok por las tardes y cuyo dueño también era ruso. Los domingos, Sharok se encontraba con ellos en la iglesia de la Intercesión de la Santísima Virgen, en la calle Lourmel, donde oficiaba el padre Dmitri Klepenin, muy popular entre los creyentes, y donde la madre María Pilenko había organizado un comedor para los pobres y los desempleados...

Entre los emigrantes había enemigos de Hitler, que callaban, los había expectantes y también entusiastas, que se abrazaban y se besaban celebrando cada victoria de los alemanes. A éstos se aproximó Sharok. Y no por los abrazos y los besos, sino para tener cubiertas las espaldas en el futuro: si vencían los alemanes, él les había demostrado ya su lealtad antes de la victoria; si vencían los rusos, él, como agente soviético, había cumplido su deber infiltrándose en el campo enemigo.

Las autoridades alemanas liquidaron todas las organizaciones de los emigrados y fundaron una nueva, única, leal a Alemania, con el nombre de Dirección para Asuntos de los Emigrados Rusos en Francia. Tenía su sede en una pequeña casa de la calle Gallaner, donde estaban registrados los emigrados y se editaba el periódico Noticiero de París. Se hallaba al frente de la Dirección un tal Yuri Zherebkov. Había sido bailarín profesional antes de la guerra y se le notaba en el modo de andar. Sharok asistía a sus conferencias. Caminando por el escenario, Zherebkov arremetía contra los «agentes soviéticos» que trataban de despertar sentimientos patrioteristas entre los emigrados.

-Sigan el ejemplo de los millones de soldados rusos que luchan en las filas del Ejército Rojo en contra de su voluntad -exclamaba-. No oponen resistencia a la ofensiva alemana y, en cuanto se les presenta la menor oportunidad, no sólo se pasan al enemigo sino que, además, manifiestan el deseo de luchar contra el régimen soviético con las armas en la mano y de liberar su Patria del yugo stalinista y bolchevique.

También asistía Sharok a otras reuniones organizadas para los emigrados, se dejaba ver y ya tenía algunos amigos. Se afeitó el bigote y la barba para que Tretiakov no le reconociera si se encontraban fortuitamente. En cuanto a tropezarse con Vika, no le preocupaba porque Vika se encontraba en Londres con su marido, que era uno de los más próximos colaboradores del general De Gaulle. Y pronto dejó de temerle también a Tretiakov: los alemanes le detuvieron como agente soviético. O sea, habían utilizado los datos de la policía francesa, que había instalado aparatos de escucha en la celda de Plevítskaia cuando se confesó. Sharok había hecho bien cortando su relación con Tretiakov.

Alto, con los ojos azules y el cabello castaño, vestido con un traje correcto, reservado y meticuloso, Sharok causaba buena impresión. Se tomaba tiempo para definir su actitud. La Unión Nacional del Trabajo iba cobrando fuerza. A sus siglas los jóvenes añadían entre paréntesis las letras NG: nueva generación. Desde Yugoslavia, se habían pasado a Alemania, donde colaboraban activamente: en los campos para prisioneros enrolaban «asistentes voluntarios» para las unidades auxiliares de vigilancia y de policía y, más tarde, para el ejército de Vlázov y para las formaciones de S S de signo nacional. Los desdichados prisioneros, declarados traidores por Stalin, se hallaban ante el dilema de la muerte segura en un campo o de conservar la vida al servicio de los alemanes. Muchos optaban por conservar la vida. Sharok no se enfrentaba a ese dilema. La Unión Nacional del Trabajo reclutaba gente para trabajar en el Ministerio del Este, pero a él no le seducía la idea de ir a parar a la administración de algún distrito en cualquier rincón perdido del territorio ocupado de la URSS. Reflexionaba y le daba largas a su decisión. Un día se le ocurrió que había perdido la costumbre de tomar decisiones por su cuenta. Hacía tiempo que otros decidían por él. Y esta vez le ocurrió lo mismo.

Un día de febrero del año cuarenta y dos notó que alguien se ponía a caminar a su lado en la calle. Era un hombre corriente, con bastón, abrigo y sombrero, pero su modo de adecuar su paso al suyo le hizo barruntar un peligro a Sharok. Se apartó, levantó los ojos y se quedó frío: se hallaba frente a Alexéi, el mismo que estuvo en París para la liquidación de Lev Sedov, el hijo de Trotski, el ex boxeador que le sorprendió entonces por su dominio perfecto del francés. Sharok estaba al tanto de las misiones especiales que solía cumplir Alexéi. Pertenecía al grupo de Yákov Serebrianski. Pero ¿cómo se encontraba allí? Hacía tiempo que habían fusilado a Yákov Isákovich Serebrianski y a todos los «muchachos de Yasha». Alexéi le tendió la mano y se presentó en francés:

-Gérard Dural o simplemente «monsieur Gérard». Entraron en un café, se sentaron en un rincón y pidieron café. El local estaba desierto. Sólo el dueño se movía detrás de la barra.

-¿Por qué te has sorprendido tanto? ¿No esperabas a nadie? -preguntó Alexéi también en francés, y en el mismo idioma prosiguió la conversación.

La sensación de peligro no abandonaba a Sharok. Alexéi podía sacar una pistola, pegarle un tiro, luego otro al dueño del local y desaparecer. No se había quitado el abrigo ni el sombrero, como si estuviera sobre aviso. Había elegido un sitio entre la ventana y la puerta cerrada (corría el mes de febrero) y veía perfectamente al dueño a un lado... Todo podía hacerlo en un instante.

Sharok contestó sin apartar la mirada de las manos de Alexéi:

-He oído decir que habían metido en la cárcel a Yákov Isákovich y a todo el grupo.

Alexéi tomó un sorbo de café, dejó la taza encima de la mesa, miró hacia la puerta. Sharok, que no apartaba de él sus ojos, advirtió de pronto que no tenía en absoluto las facciones borrosas: los pómulos duros, bien marcados, la nariz algo aplastada, como la de muchos boxeadores, y la mirada fija, penetrante, nada opaca. Era extraño, pero Sharok no había advertido antes esos detalles.

-A mí me largaron entonces diez años -dijo al fin Alexéi-. A los demás los fusilaron. Al fusilamiento de Yákov Isákovich, no sé por qué, le dieron largas, le tuvieron esperando en la celda de los condenados a muerte. Y eso le salvó. Un día, le preguntó el «amo» al «nuestro»: «¿Dónde está Serebrianski?». «En la cárcel, esperando el fusilamiento.» y dice el «amo»: «¿Qué estupidez es ésa?». Y los «nuestros», figúrate, corriendo a sacar a Yákov Isákovich de la celda y a mandarle a un sanatorio: los esbirros de Ezhov le habían hecho polvo el hígado y los riñones.

Ahora tomaba otro sorbo de café, conservaba la taza en la mano. ¡Menos mal!

-Yákov Isákovich exigió que le devolvieran su grupo y resultó que yo era el único que quedaba. ¡Mira que destruir un grupo como el nuestro! El borracho y maricón de Ezhov hundió el Servicio de Inteligencia.

Hablaba como si tal cosa del «amo», que era Stalin, y de «los nuestros», que eran Beria y Sudoplátov... ¿A qué vendría toda esa historia? ¿Pretendería hacerle bajar la guardia?

Alexéi sonrió de pronto.

-No apartas la mirada de mis manos. ¿Has pensado que venía a apiolarte?

-¿A mí? ¿Por qué razón? -Sharok fingió una risita.

-Y a mí, ¿por qué razón? -preguntó Alexéi entornando los párpados.

-Por ninguna, desde luego -se apresuró a afirmar Sharok.

-Pues, en lo que se refiere a ti, sí hay una razón.

-¿Qué estás diciendo, Alexéi? -exclamó Sharok, y hasta se incorporó un poco.

-Te he dicho que me llamo Gérard.

-Perdona, Gérard, pero no comprendo de qué hablas.

-¿Y quién me puso la zancadilla? ¿No fuiste tú?

-¿Yo? ¿A ti?

-Sí, tú a mí. Por el asunto de Sedov.

La nota que había escrito en Moscú acudió enseguida a la mente de Sharok.

-Yo escribí lo que había ocurrido. Sólo los hechos. Sin ninguna valoración personal.

-¿Cómo que no? "Vino y realizó una acción como resultado de la cual se perdió una fuente de información extraordinariamente importante». ¿No es eso una valoración personal?

¡Demonios! Por algo había estado dudando él si escribir o no escribir aquella frase. Como si presintiera lo de ahora.

Alexéi apuró su café, dejó la taza encima de la mesa.

-Vamos a dejar los recuerdos. Te transmito la orden del centro. Tu tarea consiste en ganarte la confianza de emigrados que puedan recomendarte a los alemanes. De lo demás no te preocupes. Tu objetivo es que te empleen como intérprete en la Dirección Central de campos de concentración de Sachsenhausen. Allí al lado -explicó con una sonrisa- hay una localidad de veraneo que se llama Sachsenhausen, y ese nombre le han dado al campo. En los campos se encuentran cientos de miles de prisioneros nuestros y debemos tener información acerca de ellos. ¿Qué tal se te da el alemán? -preguntó pasando a hablar en este idioma.

-Creo que normal. ¿También sabes alemán tú?

-Yo sé francés, alemán, inglés y español. En tiempos, sólo se admitía a los que dominaban idiomas.

Así subrayaba que él era uno de los verdaderos chekistas, a los que Ezhov había aniquilado, mientras que Sharok era de los nuevos. Sharok aguantó el tipo sin aparentar siquiera que había captado la indirecta: era peligroso ponerse a malas con aquel hombre. Y, naturalmente, era mentira que se necesitara información acerca de «cientos de miles de prisioneros». Alexéi no se ocupaba de cientos de miles, sino de individuos aislados: su trabajo consistía en secuestrar y aniquilar. Pero eso no tenía nada que ver con Sharok. A él le encomendaban reunir información. Y eso haría.

-Mientras yo esté aquí, mantendrás contacto conmigo -resumió Alexéi-. Represento en París una casa comercial suiza. Cuando no esté, ya te buscarán. La central concede una importancia primordial a tu misión, comprende toda su complejidad, pero funda grandes esperanzas en ti y sabrá valorar debidamente tu trabajo.

«Con un tiro en la nuca», pensó involuntariamente Sharok.

27

Un día, en marzo, le preguntó Stalin a Vasilievski:

-¿Ha traído a su familia de la evacuación?

-Sí, camarada Stalin.

-¿Dónde vive?

-Me han dado un magnífico piso en la calle Granovski.

Stalin le miró.

-¿En la calle Granovski? ¿En la Quinta casa de los Soviets?

-Sí, camarada Stalin. Así la llamaban antes.

-Conozco esa casa -profirió Stalin pensativo-. He estado allí algunas veces. ¿Y dónde se encuentran sus padres?

-Mi madre ha muerto y mi padre vive en Kishiniov con mi hermana mayor. Su marido y su hijo están en el frente.

-De manera que ha dejado su diócesis, ¿eh?

-La ha dejado, camarada Stalin. Mis hermanos y yo les ayudamos a mi hermana y a él.

-Conque vive en la calle Granovski -repitió Stalin en el mismo tono que antes-. Bien. ¿Y dónde descansa cuando se presenta la ocasión?

-En el Estado Mayor General. Hay una habitación contigua al despacho, y allí duermo.

-¿No tiene dacha?

-No, camarada Stalin.

A los pocos días le dieron a Vasilievski una dacha en Volínskoie, a orillas del Setún, a escasa distancia de Blichnaya, la dacha de Stalin, pero no iba mucho por allí y, si alguna noche se quedaba a dormir, se levantaba al amanecer y se marchaba al trabajo.

Un día se retrasó un poco: estuvo ayudando a su mujer en el jardín y, cuando ya iba a marcharse, le llamó Poskrébishev por teléfono:

-El camarada Stalin le busca a usted.

Luego escuchó en el auricular la voz de Stalin:

-Camarada Vasilievski, apenas se ha instalado usted en la dacha y ya no puede dejarla. Me temo que se mude allí del todo. Venga inmediatamente.

Vasilievski llegó cuando la reunión del Cuartel General había comenzado ya. Se estudiaba el plan de operaciones para el verano de 1942.

-Los alemanes están desmoralizados por su derrota en Moscú -dijo Stalin-, y ahora quisieran disponer de un respiro para reponer fuerzas. ¿Podemos darles ese respiro? No podemos. ¿Tenemos derecho a permitirles que repongan fuerzas? No tenemos derecho.

Sháposhnikov recordó, con expresiones muy cautelosas, que nuestras fuerzas, fatigadas por la campaña de invierno, aún no estaban listas para la ofensiva.

-Hay que triturar a los alemanes lo antes posible -profirió Stalin descontento-, acosarlos sin descanso, acosarlos, acosarlos y acosarlos. Y, de esta manera, asegurar su total aplastamiento en 1942. ¿Quién desea hablar?

Todos comprendían que era absurdo referirse al aplastamiento total de los alemanes aquel año. Pero nadie quiso hablar. Nadie, excepto Zhúkov.

-Sin preparación y sin un complemento de material y hombres, no es posible atacar -dijo.

-¡No vamos a estarnos de brazos cruzados a la defensiva esperando a que los alemanes ataquen primero! -pronunció Stalin, irritado-. Por lo menos, hay que descargar una serie de golpes preventivos y tantear la preparación del enemigo.

Timoshenko propuso enseguida descargar un golpe en la zona de Járkov. Voroshílov le apoyó. Zhúkov quiso objetar, pero le interrumpió Stalin:

-Un momento, un momento. ¿Dónde esperamos una ofensiva de los alemanes? -miró a todos, interrogante-. ¿Dónde pueden atacar los alemanes este verano? No hay más que una respuesta: indudablemente, atacarán de nuevo Moscú. ¿Por qué? Porque Moscú está cerca. Hemos interceptado una orden del mariscal de campo Klüge acerca de una ofensiva contra Moscú. La operación se llama «Kremlin». Para ella debemos prepararnos. Pero, ¿nos impide esta preparación descargar potentes golpes de flanco para retener fuerzas de los alemanes y debilitar así su ataque sobre Moscú? No, no nos lo impide, sino que, por el contrario, nos obliga a ello. ¿Dónde descargar primordialmente un golpe así? Yo creo que los camaradas Timoshenko y Voroshílov tienen razón. La propuesta de atacar en Járkov debe ser apoyada.

Vasilievski habría podido decir que, según los datos del Servicio de Inteligencia, los alemanes pensaban descargar el golpe principal en el sur. Pero Vasilievski temía siempre hacerle objeciones a Stalin y, después del incidente de su retraso, no abrió la boca en toda la reunión.

En su lugar habló Zhúkov:

-Camarada Stalin, los datos del Servicio de Inteligencia indican que los alemanes desplegarán la ofensiva en el sur. La orden de Klüge puede ser considerada como desinformación. No se puede conducir a las tropas a operaciones de desenlace dudoso...

-¿Dudoso? -le interrumpió Stalin-. ¿Qué tiene de dudoso? Camarada Timoshenko, ¿acaso no está usted seguro del éxito de la operación?

-Completamente seguro.

-¿Es ésa su opinión personal?

-No. Todos los altos mandos del frente pensamos igual.

-Ya ven ustedes -dijo Stalin con una sonrisa irónica-: el mando del frente está persuadido del éxito, pero el camarada Zhúkov lo duda. Yo pienso que, en este caso, la opinión del mando del frente está más fundamentada.

Cuando abandonaban el despacho, Sháposhnikov le dijo a Zhúkov:

-No debía haber discutido. Es una cuestión decidida ya por el Jefe Supremo.

-Entonces, ¿por qué nos pide nuestra opinión?

-No lo sé, amigo mío, no lo sé.

La ofensiva de Jarkov comenzó el 12 de mayo. Una semana después se vio claramente que no saldría adelante. Vasilievski, jefe interino del Estado Mayor General en ese momento, le propuso a Stalin suspender la ofensiva. Pero Stalin no tenía por costumbre cambiar sus decisiones. El 29 de mayo, la ofensiva terminó en una catástrofe: 230.000 hombres de los cuatro ejércitos cercados fueron exterminados o hechos prisioneros. En los combates murieron los generales Kostenko, Podlas y Bobkin.

El año anterior, Stalin se había equivocado esperando una ofensiva de los alemanes en el sur. Esta vez se había equivocado esperando su ofensiva sobre Moscú. Después de tomar Crimea y Sebastopol y de arrojar a las tropas soviéticas al otro lado del Don, los alemanes avanzaron arrolladoramente hacia el Cáucaso y Stalingrado.

El 28 de julio, Stalin dictó la orden número 227:

Hemos perdido más de setenta millones de población... Seguir retrocediendo significa perecer y hacer que perezca nuestra patria. ¡Ni un paso atrás! Se formarán batallones de castigo a los que se enviará a mandos medios y superiores. Se les colocará en los sectores difíciles del frente para que puedan purgar con su sangre sus delitos ante la patria. Se formarán destacamentos de contención bien armados, se les emplazará en la retaguardia de las

divisiones vacilantes y se les conminará a fusilar en el acto a los alarmistas y los cobardes en caso de pánico y repliegue desordenado de las unidades.

Esta orden frenaba la iniciativa de los mandos, paralizaba la capacidad de maniobra y multiplicaba las pérdidas. Cumplirla equivalía a condenar al ejército a la derrota. Los alemanes avanzaban a pesar de todo. Ocuparon Maikop, Krasnodar y Mozdok, llegaron al río Terek, se apoderaron de todos los puertos de montaña que abrían el camino hacia Transcaucasia. Pero ya no hacían prisioneros ni obtenían trofeos. A despecho de la orden de Stalin, las tropas maniobraban, evitaban los cercos y retiraban hábilmente sus unidades. Solamente en un estrecho sector del frente lograron llegar al extremo occidental de Stalingrado las tropas del ejército de Paulus el 23 de agosto.

Stalin comprendía a la perfección que el país estaba siendo cortado en dos partes. Hitler se había apoderado de todo el sur, de Ucrania, el Cáucaso y Transcaucasia. ¡Pero lo más grave era Stalingrado! Los alemanes habían abarcado la ciudad en unas tenazas y aculaban a las tropas soviéticas contra el Volga. Si caía Stalingrado, los alemanes tendrían en sus manos la arteria fluvial más importante de la parte europea de la URSS. Desde Stalingrado podían volver hacia el norte y penetrar en la retaguardia de Moscú, dejando cortadas las fuerzas principales del Ejército Rojo.

En Stalingrado se encontraban entonces los mejores jefes militares. De todos modos, allí hacía falta Zhúkov. Zhúkov era el único que seguía inspirándole una sensación de seguridad. Vasilievski era un hombre entendido, pero blando para las situaciones extremas. Para las situaciones extremas, hacía falta Zhúkov. Indudablemente, el engreimiento de Zhúkov habría subido de punto. Hitler no había avanzado sobre Moscú, como esperaba el camarada Stalin, sino hacia el sur, como predecía Zhúkov. O sea, se habría reafirmado en su convicción de que el estratega era él, Zhúkov, y no el camarada Stalin. ¡Se equivocaba el camarada Zhúkov! Cuando se trató de Jarkov, quizás habría convenido no escuchar a Voroshílov, el gilipollas que hizo fracasar la guerra de Finlandia. Y quizás habría convenido no escuchar tampoco a Timoshenko: ahí iba a terminar su carrera. Pero tampoco debía engallarse Zhúkov. Él le enseñaría a Zhúkov cuál era su sitio. Su sitio estaba en las tropas, en el frente. Allí podría obtener éxitos. Bien, pues que fuese a Stalingrado. Pero también había que tener algún gesto amable con él.

El 26 de agosto, Zhúkov fue llamado a Moscú desde el Frente Oeste, donde se encontraba. Como de costumbre, encontró a Mólotov, Voroshílov y Beria en el despacho de Stalin.

Stalin invitó a Zhúkov a sentarse a la mesa. Trajeron té y unos bocadillos.

-De modo que Hitler quiere enmendar su error -dijo de pronto Stalin.

Zhúkov le miró, perplejo.

-Coma usted, coma. Seguramente le apetece.

Se levantó y habló mientras paseaba:

-¿Cuál fue el error estratégico esencial de Hitler el año pasado? Lanzar el grueso de sus fuerzas hacia Moscú, cuando lo que debía haber hecho era atacar en el sur, obtener cereales, metal, carbón y petróleo y atraer a su lado a los nacionalistas de Ucrania, Caucasia y Transcaucasia. Y este año, ya, marchar sobre Moscú desde el oeste, el norte y el sur. Ésa era la estrategia que nosotros esperábamos. Pero cuando se juega con un mal jugador, nunca sabe uno con qué naipes va a salir. Nosotros pensábamos que, escarmentado por la amarga experiencia, Hitler haría este año la jugada normal y se lanzaría hacia Moscú, puesto que Moscú está cerca. Pues, no. Ha decidido atacar hacia el sur. Pero, lo que era acertado el año pasado es desacertado este año. Nos ha vuelto a engañar como un jugador de ventaja, pero mal jugador. Ha obtenido cierto éxito y ha llegado hasta Stalingrado. Pero es un éxito temporal. Un mal estratega no puede llegar al éxito final. Hay que arrebatárselo a Hitler ese éxito temporal. Debemos detenerle delante de Stalingrado igual que se le detuvo delante de Moscú.

Se acercó a Zhúkov y pronunció gravemente, incluso con cierta solemnidad:

-Camarada Zhúkov, el Comité Estatal de defensa le ha nombrado suplente del Jefe Supremo de las Fuerzas Armadas.

Zhúkov se levantó y se cuadró.

-Gracias, camarada Stalin.

-Debe usted partir inmediatamente para la zona de Stalingrado. Hay que derrotar a los alemanes y echarlos de allí igual que se les echó el año pasado de Moscú.

Stalin le tendió la mano.

-Buen viaje. Le deseo éxitos, camarada Zhúkov.

La Dirección de Construcciones de Defensa donde servía Varia había sido trasladada de Moscú a la región de Sarátov. En el caso de que ocuparan Stalingrado, las tropas hitlerianas volverían hacia el norte, por eso estaban levantando ahora construcciones defensivas, en previsión a su avance hacia Moscú.

El estado mayor de la Dirección se había instalado en Baidek, un pueblo de lo que había sido la República de los Alemanes del Volga. La república fue liquidada en agosto del cuarenta y uno, y los alemanes que la habitaban, desterrados a Siberia y al Kazajstán como potenciales cómplices de Hitler. Pero se habían conservado los nombres de los pueblos y las ciudades.

Las casas, espaciosas y confortables, eran de ladrillo, igual que las dependencias, todo hecho sólidamente, al estilo alemán, para durar mucho. Dentro de las casas, mesas, bancos y camas de madera maciza, estufas grandes, cuadradas, más bajas que las rusas, con fogón y horno.

En esas casas vivían ahora koljosianos evacuados de Ucrania y se sentían incómodos.

-Los alemanes están en Stalingrado -le decía su patrona a Varia-. Si llegan aquí, ¿qué nos van a decir? Que nos hemos adueñado de los bienes de estos alemanes, que nos hemos aprovechado de la desgracia ajena. Y nos ahorcarán a todos. ¿Y qué culpa tenemos nosotros? Nos dijeron que nos llevaríamos el ganado del koljós, nos lo llevamos y luego nos mandaron aquí. ¿Adónde nos vamos ahora? ¿Quién nos va a acoger? -suspiraba amargamente.

Varia le daba ánimos, le decía que los alemanes no llegarían hasta allí. Le daba pena de aquellos evacuados, pero le inspiraban más compasión los alemanes desterrados de allí. ¿Qué culpa tenían los viejos, las mujeres, los niños? Los metieron en vagones para ganado y los descargaron en plena taiga. ¿Cuántos morirían allí? ¿Cuántos habrían muerto por el camino?

David Abrámovich Telianer, el jefe de Varia, también hablaba compasivamente de aquella gente.

-Eran legalmente súbditos rusos. Vinieron a explotar las tierras de la margen izquierda del Volga. Antes, sólo vagaban por la estepa los nogayos y los kazajos nómadas; pero ellos empezaron a cultivar el famoso trigo del Volga - para la mesa imperial cocían el pan de esa harina-, a criar tabaco y tejer percal. Bueno, pues de todas maneras eran un cuerpo ajeno, un pueblo extraño, aunque vivían aquí desde hace casi dos siglos. Después de la guerra, si es posible, todos se marcharán a Alemania.

Miraba a Varia con sus ojos inteligentes y vivos de color marrón y, de los alemanes, pasaba a hablar de los judíos.

-Los judíos también son forasteros. Además, se meten en todo. Entre ellos hay políticos, científicos, escritores, filósofos, pintores... De lo que quiera. ¿A quién le puede gustar eso? Y los autóctonos los rechazan.

-Pero no en nuestro país -objetó Varia-. Aquí hay teatros judíos, periódicos judíos... Nosotros nunca hicimos distinción, ni en la escuela ni en el Instituto, entre judíos y no judíos.

David Abrámovich levantaba un dedo.

-Eso, Várenka, era cuando mandaban otras personas, personas de ideas. Ya no existen. Y también son otros tiempos. Durante siglos, los judíos han vivido en Alemania, han llevado apellidos alemanes; el idioma que hablan, el yidish, es prácticamente alemán. ¿Y qué pasa? Que Alemania los extermina. Sin embargo, exterminar a un pueblo es imposible. Los judíos se han conservado a lo largo de dos mil años; la historia ha dispuesto que este pueblo viva. Pero que viva en su país. Basta ya de ocuparse de los asuntos de los demás.

-¿Se refiere usted a Palestina? ¿Los judíos se marcharían allá?

-Después de lo que ha sucedido, sí.

-¿Y usted?

-Lo procuraré.

-Pero su mujer es rusa.

-En cambio sus hijos son judíos.

-A medias.

-Hay quien niega sus raíces judías: que si la madre es rusa, que si está bautizado y cosas por el estilo... Para mí, un judío es aquel judío a quien Hitler mandaría a la muerte por ser judío. A mis hijos, los mandaría. Hitler exterminaría también a los esclavos, exterminaría a la mitad de la población del globo terrestre. Felizmente, no ganará la guerra.

-¿Está usted seguro?

-Sin duda alguna. Aunque, con este caos en que vivimos, la victoria costará cara.

Pensaban del mismo modo, pero no hablaban de estos temas. Hombre inteligente, le decía a Varia con sonrisa bondadosa: -Cuide sus nervios. Ahora, todo para el frente, todo para la victoria. La guerra es el peor de los males.

Era de mediana estatura, recio, el uniforme militar le sentaba mal, tenía el rostro surcado de profundas arrugas, pero los ojos eran jóvenes, vivos. «Uno de los mejores constructores de Moscú», decía Ígor Vladímirovich de él.

Estaba al frente de la sección técnica, y todo se concentraba en sus manos: los proyectos, los planos. Tenía unos conocimientos increíbles y nunca se equivocaba en sus decisiones. Distinguía a Varia porque veía que le gustaba trabajar y conocía su trabajo. En nada de tiempo se había puesto al corriente de las fortificaciones de campaña, que no presentaban grandes complicaciones.

En octubre se construyó la principal línea defensiva, a 15-20 kilómetros de Moscú. Centenares de moscovitas, mujeres en su mayoría, con lluvia y con frío, bajo los bombardeos enemigos, con ropa inadecuada y calzado corriente al que se adherían pegotes de arcilla, cavaban trincheras y pasos de comunicación, picaban la tierra endurecida para emplazar las campanas de hormigón de los puestos de tiradores, tendían alambre de púas en los postes sin más protección que sus guantes o sus manoplas habituales, empujaban carretillas de tierra, clavaban en el suelo, contra los tanques, vigas y erizos de raíles soldados. No había palas, picos ni barras de hierro suficientes, no les llevaban la comida a tiempo... A despecho de todo, aquellas mujeres construyeron decenas de miles de metros de fosos antitanque, removieron millones de metros cúbicos de tierra.

Varia recorría el frente de trabajo. El hormigón caía pesadamente en el almacén metálico, las mujeres rebañaban con sus palas lo que quedaba en el fondo de los volquetes.

-¡Ya está! ¡El siguiente! ¡Pronto, vamos!

Varia inspeccionaba el trabajo, levantaba actas con los aparejadores, ayudaba a las mujeres a mover las pesadas campanas de hormigón. ¿Sería posible que las botas alemanas pisaran el suelo de Moscú? «¡No entregaremos Moscú!» Ésta fue la primera consigna que le llegó al alma. Las calles de Moscú estaban interceptadas por barricadas, sacos de arena, vigas y erizos de raíles envueltos en alambre de púas. Todas las noches sonaban las sirenas de la alarma aérea: los alemanes bombardeaban la ciudad. Los rayos de los focos se cruzaban en el cielo, que las balas trazadoras y las explosiones de los proyectiles antiaéreos desgarraban, y donde los aerostatos de protección blanqueaban como nubes.

Ígor Vladímirovich, jefe de la Dirección, seguía siendo tan exigente, meticuloso y puntual. No se le podía presentar un diseño descuidado o un calco desvaído. Telianer, que no le daba importancia a las menudencias, le advertía a Varia:

-Ya conoce a su esposo. Ponga cuidado.

En cierto momento intentó Ígor Vladímirovich trasladar a Varia a otro trabajo que no exigiera esos desplazamientos. Pero Varia le dijo:

-Te ruego que no hagas eso nunca, Ígor. El hecho de ser tu esposa no debe darme ningún privilegio.

Nunca volvió a intervenir en sus asuntos.

Terminada victoriosamente la batalla de Moscú, Ígor Vladímirovich fue trasladado al comisariado de Defensa, a la Dirección General de Tropas de Ingeniería, con el grado de general mayor. Varia se alegró. Mientras él estaba al frente de la Dirección de Construcciones de Defensa donde ella servía, era la esposa del jefe. Y esa situación le pesaba, aunque no gozaba de ningún privilegio. Sin embargo, pocas mujeres compañeras suyas tenían un grado militar mientras que su nombre fue incluido en la primera lista, bastante reducida, de nombramientos: técnico militar de primer grado. Era natural: tenía el diploma de ingeniero y servía en la Dirección desde hacía ya tiempo. De todas maneras, los demás veían en ella a la esposa del jefe. Ahora, ya no ocurriría eso.

Y cuando Ígor Vladímirovich le dijo que su Dirección era trasladada a Sarátov, pero ella se quedaría en Moscú, Varia se negó:

-No, Ígor. No quiero dejar mi trabajo.

Él se quedó sorprendido, perplejo.

-Pero, si éste es el mismo trabajo, Várenka... Con la única diferencia de que aquí tienes tu casa mientras que allí habrás de alojarte en isbas sucias.

-Esos inconvenientes son iguales para todos.

-Déjate de romanticismos -sonrió él-. Aquello no es el frente, sino la retaguardia del frente, un lugar apartado de la línea de fuego. En nuestra Dirección, casi todas las mujeres trabajan al lado de sus maridos, mientras que tú estarás sola, sin nadie que te proteja. Además, Variusha, ¿quieres dejarme solo?

Le daba pena de Ígor, pero se marcharía de todos modos.

-¿Voy a quedarme en Moscú porque mi marido ocupa un alto puesto? Me da vergüenza comportarme así. He trabajado muchos años con estas personas. No quiero emboscarme en Moscú. Llevo uniforme militar.

-También lo llevo yo.

-Tú eres un dirigente a escala estatal. Tu sitio está en Moscú. En cambio, yo soy un simple ingeniero, un técnico militar, y mi sitio está donde las mujeres cavan trincheras.

Ígor se sentó a su lado en el diván, le echó un brazo por los hombros, la atrajo hacia sí.

-Varia, temo por ti. Puedes decir cualquier cosa, una frase que se interprete mal, y ya sabes que allí no se andan por las ramas. Enseguida es el tribunal militar. No puedo consentir que te marches.

-Te prometo no hablar de nada con nadie.

Ígor se arrodilló, abrazó las piernas de Varia, apoyó en ellas su cabeza.

-Varia, te lo suplico. Tengo miedo de perderte. Conmovida por su desesperación, le acarició el cabello.

-Deja, Ígor. Levántate. Él se levantó y, maquinalmente, se sacudió el polvo de las rodillas. Varia cerró los ojos. ¡Dios santo! En un momento como aquél, se acordaba de los pantalones.

-No, Ígor. ¿Qué sería yo aquí? La esposa de un general con racionamiento también de general. Yo no puedo permitirme eso. No me obligues. Te juro que tendré cuidado, que seré cautelosa.

Ígor cedió. Varia partió para Baidek con sus compañeros. Viajaban en vagones de mercancías bien acondicionados, con literas. El tren llevaba también un vagón-cocina y un puesto sanitario.

29

Baidek estaba lejos del frente. Ni siquiera llegaban hasta allí los aviones alemanes. Varia trabajaba con Telianer: diseñaba los planos de las construcciones de defensa que luego levantaban sus secciones y destacamentos propios y, más cerca de Stalingrado, las tropas de ingenieros de aquel frente. Varia no salía ya a las líneas como hacía en Moscú.

Aquél era un servicio de retaguardia, medio civil en realidad. Sin embargo, tanto en el abastecimiento, el alojamiento y los equipos se seguía un escalafón riguroso: mandos superiores, medios y subalternos, auxiliares civiles y tropa. Un ingeniero de talento que no tuviera todavía un grado militar, se encontraba en peores condiciones que un holgazán de la sección política.

Esta situación daba lugar a roces en una aldea pequeña, donde todos vivían juntos y había muchas mujeres, esposas legítimas o no. La gente acudía a quejarse al coronel Bredijin, un tipo grosero y déspota que había sustituido a Ígor Vladímirovich. Al hablar con sus subordinados, Bredijin adelantaba displicentemente un labio y, en señal de impaciencia, pegaba con el dedo índice en la mesa, como diciendo que acabara pronto.

Únicamente a Varia la trataba de igual a igual, como a uno de los «suyos», procuraba ganarse sus simpatías, se mostraba atento y le ordenó al jefe del departamento económico-administrativo que la ayudara en todo. Varia escuchaba con rostro impasible sus bromas estúpidas. Bredijin le resultaba repugnante y la humillaban sus atenciones y el trato confianzudo que usaban entre ellos, los del partido. Pero el muy cretino ni se daba cuenta.

Un día llegó un enlace todo jadeante. -Camarada técnico militar de primer rango, la llama a usted el coronel.

En el despacho de Bredijin había varios ingenieros de un destacamento de campaña, cansados, con las guerreras manchadas de sudor y botas de kersey. Bredijin les escuchaba con su gesto habitual. Le indicó a Varia una silla, como diciéndole que esperase.

Varia se sentó, extrañada de que Bredijin la hubiera llamado a ella y no a Telianer. Sonó el teléfono. Bredijin tomó el auricular, pronunció con voz marcial:

-Sí... Justamente... A la orden... y le pasó el auricular a Varia.

Era Ígor Vladímirovich, desde Moscú.

-Hola, Várenka. Soy yo. ¿Me has reconocido?

-Sí, claro... ¿Ocurre algo?

-No. Simplemente he querido escuchar tu voz. ¿Cómo te encuentras?

-Estoy bien. Trabajo. ¿Y tú?

-También yo estoy bien, trabajo, y te añoro.

-Entonces, ¿todo está en orden por ahí?

-¿No te alegras de que te haya llamado?

-Aquí no estoy sola, Ígor. ¿Comprendes? Mejor es que me escribas.

-Está bien, pequeña. Te mando un beso.

-Yo también.

Dejó el auricular.

-Gracias, camarada coronel.

-Siempre a su servicio, camarada técnico militar de primer rango -contestó él con ironía, algo tosca pero afectuosa.

Varia se sentía avergonzada delante de los ingenieros del destacamento de campaña, cansados, a quienes Bredijin trataba groseramente. A ella la llamaban desde Moscú por la línea oficial y ellos se pasaban meses esperando carta de sus casas.

Cuando volvió a su sección, le dijo a Telianer:

-Era mi marido, que me llamaba desde Moscú. Ya ve usted los privilegios de que gozamos las esposas de los generales.

Telianer lo comprendió todo. Era un hombre inteligente...

-Tenía comunicación y ha aprovechado para intercambiar unas palabras con su mujer. Yo, en su lugar, no habría perdido una ocasión así.

Ígor... ¿Por qué le había molestado tanto a Varia ese gesto inocente, puramente masculino, de levantarse del suelo y sacudirse el pantalón? ¿Se manifestaría así la irritación tanto tiempo contenida? Era un hombre bueno, honrado, cabal, que la salvó en su momento, que le escribía a menudo. Y ella le contestaba de tarde en tarde, sin encontrar palabras afectuosas, dándole vueltas a cada frase. Y, al pensar en Moscú, nunca se acordaba del piso de la calle Gorki. Recordaba el Arbat, su casa, su habitación, la estafeta de la esquina del pasaje Plótnikov desde donde le enviaba a Sasha periódicos y paquetes y de cómo los preparaba con Sofía Alexándrovna; recordaba el Sotanillo del Arbat donde había bailado con Sasha, y su escuela del pasaje Krivoarbatski. Pero si pensaba en Ígor, siempre acudía a su mente aquella reunión sindical donde Igor no pronunció más que frases hechas, y su voz chillona, en el restaurante Kanatik, amenazando a Klava con mandarla a la milicia. ¡Señor! ¡Había pasado ya tanto tiempo! ¿Qué necesidad tenía de removerlo, de atormentarse de ese modo? Era culpa de ella. No le quería ni le había querido nunca. Cuando se casó se engañó a sí misma y, por lo tanto, también a él le engañó. Ella era la única culpable. Habían vivido en buena armonía, nunca regañaban; sin embargo, no deseaba que Ígor viniera allí ni ella se trasladaría a Moscú por nada del mundo. Seguramente no volvería con Ígor después de la guerra... No se puede vivir con una persona a la que no se ama, es deshonesto. Igor no ha cumplido todavía los cuarenta, es bien parecido, famoso... Podrá rehacer su vida. ¿Y ella? Otro marido y otro fracaso. Se conoce que ella no debía casarse nunca.

Compartía habitación con la doctora Irina Fedoséievna, médico militar, miembro del partido, mujer descarada, rotunda en sus juicios, pero acomodaticia en la vida corriente y, lo que más le gustaba a Varia, enemiga de críticas y comadreos de mujeres. No les daba coba a sus superiores, se preocupaba por igual de los enfermos, cualquiera que fuese su grado o su rango, pero a su personal lo dirigía con mano dura y les decía a las enfermeras:

-Chicas, quitaos los amoríos de la cabeza. En la guerra, los maridos son provisionales. Seguid el ejemplo de Varvara Serguéievna: no hay uno que le haga la rosca.

-Varvara Serguéievna tiene al marido en Moscú -intentaban objetar las enfermeras.

-El marido, el marido... Hay marido que ni sirve para un barrido -contestaba Irina Fedoséievna de mala manera-. Al mío, por canalla, le eché y ni siquiera le exigí pensión para mi hijo. Lo crié yo sola, y ya es médico, lo mismo que yo. Tenéis que confiar en vosotras mismas y no en el marido.

A Varia le contó que, en el treinta y seis, se había hecho cargo de la educación de una niña española, Isabel, cuyos padres habían muerto en Madrid durante un bombardeo.

-Una buena chica. Quince años ha cumplido. Inteligente, trabajadora, los maestros están encantados con ella. De modo que también yo he cumplido con mi deber de solidaridad proletaria.

Lo pronunciaba con orgullo. Eran palabras sagradas. Lenin, Stalin, eran nombres que daban a su rostro una expresión rigurosa y complacida a la vez. En ella no cabían las dudas. Sí, hay muchas cosas mal hechas, se dan casos de desbarajuste, de negligencia, incluso de arbitrariedad; pero la culpa es de los funcionarios, de los burócratas. Si llegara hasta el camarada Stalin, ya les enseñaría él a esos canallas que comprometen al partido y al estado los muy miserables.

De la victoria sobre Hitler estaba totalmente segura: estaba garantizada por nuestro régimen social, por el poder soviético.

-¿Qué seríamos sin el poder soviético? Mi padre era un aldeano, mi madre, una aldeana analfabeta, pero yo tengo estudios superiores. ¿Quién me los ha dado? El poder soviético. Los ingenieros, los técnicos de nuestra Dirección, ¿de dónde han salido? Del pueblo. ¿Y los generales, los grandes militares? De entre los combatientes del Ejército Rojo. Todos somos carne de la carne del pueblo y ningún Hitler podrá con nosotros.

Daban ganas de preguntarle dónde estaban los millones de campesinos que habían muerto de hambre durante la colectivización, dónde estaban los héroes de la guerra civil segados en el año treinta y siete, por qué estaban los alemanes en Stalingrado. Pero Varia callaba, recordando la promesa que le hiciera a Ígor, aunque no dejaba de sorprenderle el embrollo que tenían en la mente personas como aquella. Una sencilla y bondadosa mujer rusa había recogido a una huérfana. Pues no señor: era «solidaridad proletaria». Y así todo.

En septiembre, la Dirección pasó a depender del frente del Don, recién formado, y fue trasladada a Kamishin, un pueblo que quedaba en la dirección de Stalingrado. Toda la noche estuvieron ordenando y embalando papeles, planos y carpetas. Por la mañana llegaron los camiones, cargaron todos los bártulos, incluso las mesas y las sillas, y se pusieron en camino.

Se ocupaba del traslado una compañía auxiliar de transporte. Varia observaba los rostros de los chóferes, por si de pronto descubría a Sasha: sabía por Nina que era chófer militar. Pero Sasha no estaba entre ellos. Además, habría sido inaudita una coincidencia semejante.

La aldea estaba menos de cien kilómetros de Stalingrado y la guerra se notaba muy cerca. Igual que en Moscú, de nuevo recorría Varia las líneas de fortificación. A veces se pasaba horas en el arcén, junto a un puesto de control, esperando algún coche que fuera de camino. Por la carretera y por los caminos vecinales iban multitud de refugiados que abandonaban Stalingrado en ruinas, heridos con los vendajes sucios y ensangrentados, unos con muletas, otros apoyándose en un palo, y en sentido contrario llegaban tropas, artillería, columnas motorizadas, coches de estado mayor que, más ligeros, se adelantaban a los camiones. En los puestos de control los detenían para identificarlos. Varia continuaba fijándose en los rostros de los chóferes, aferrada a la idea absurda de que podría descubrir a Sasha al volante de algún vehículo. En el horizonte se alzaban las llamas de los incendios: los aviones alemanes bombardeaban la carretera, bombardeaban los barcos que navegaban por el Volga, nuestros cazas los atacaban, y a diario se podían contemplar combates aéreos. Todos se detenían, miraban hacia el cielo y cuando un aparato soviético derribaba a uno enemigo, que se estrellaba en tierra dejando una estela de humo, todos gritaban «hurra», los soldados lanzaban al aire sus gorros, las mujeres aplaudían y también aplaudía Varia: ¡bien por nuestros pilotos!

Por fin aparecía un camión que iba en la misma dirección, Varia se subía a la caja, apretujada entre el cargamento y la gente. Una vez viajó en uno que transportaba un barril de gasolina. En los baches, el barril rodaba hacia los pasajeros y había que sujetarlo con los pies. En ocasiones hubo de dormir sobre el frío suelo; en otras, resultaba que habían desaparecido los puntos de avituallamiento y, con suerte, en algún sitio le daban un plato de sopa y un pedazo de pan.

Iba con Telianer a Zavaríkin, donde se encontraba el estado mayor del cuerpo de ingenieros del Frente. Los ingenieros militares, jóvenes, activos, lo resolvían todo enseguida. Eran amables, cordiales, a Telianer le regalaron una boquilla de plexiglas transparente, y a Varia, un puñal con la empuñadura envuelta en cable eléctrico alemán de color rojo.

-Es muy bonito -dijo Varia-. Pero ¿para qué quiero yo un puñal?

-Es un puñal de señora. ¿Ve usted qué pequeño? -explicó el ingeniero que se lo había ofrecido.

-Para la autodefensa -sonrió otro.

-En caso de cuerpo a cuerpo -guiñó un tercero.

Eran muchachos alegres, afables, sencillos, de porte marcial.

-Aquí se respira otro aire -le dijo Varia a Telianer-. No se nota el agobio de nuestro departamento, no se ven jetas abotagadas de tanto comer ni ojos enrojecidos por la bebida como le pasa a Bredijin.

-Tiene usted razón.

Una vez que habían ido a concordar el plano de una línea de defensa de la retaguardia, el coronel Svinkin, jefe de la sección de fortificaciones, un hombre alto, que le sacaba una cabeza a Telianer, quedó satisfecho y dijo:

-Ahora lo llevaremos al general para que le ponga el visto bueno.

-Pero primero tendría que firmarlo mi jefe -dudó Telianer.

-Camarada mayor -objetó Svinkin-: mientras lo llevan ustedes de vuelta, lo firman, lo mandan aquí y yo se lo llevo al general, si le encuentro en ese momento, se perderá un montón de tiempo. Y no disponemos de ese tiempo, porque hay que construir esta línea urgentemente. A nosotros nos basta con la firma de usted. Porque ustedes ya lo han aprobado en su oficina, ¿verdad?

-Naturalmente. Todo está hablado con el ingeniero jefe.

-¿Ve usted? ¡Vamos!

Fueron a ver al jefe del cuerpo de ingenieros del frente, Alexéi Ivánovich Proshliakov, un general de unos cuarenta años, cortés y reservado. Escuchó atentamente las explicaciones que le dieron sobre el plano, examinó los diseños, firmó arriba el visto bueno y le lanzó a Varia una mirada breve, como de refilón. Varia estaba acostumbrada a esas miradas, y adoptaba una expresión de absoluta indiferencia.

Cuando se despedían dijo Svinkin:

-Dejen esa oficina suya tan aburrida y vénganse aquí. Dentro de un año, David Abrámovich será coronel y usted mayor, Varvara Serguéievna. Lo digo en serio.

De regreso a la Dirección, Telianer fue a informar a Bredijin. Volvió sombrío, rabioso, arrojó los planos sobre la mesa.

-¿Qué ha ocurrido? -preguntó Varia.

-Nuestro zoquete está descontento de que hayamos tenido la osadía de acudir a Proshliakov sin contar con él.

-Pero si no hemos acudido nosotros. Nos han llevado.

-Se lo he explicado, pero no quiere escuchar nada.

-¡Idiota!

-No, no es idiota: quería haber ido él en persona a ver al general. Al poco rato llegó un correo.

-Camarada técnico militar de primer rango, la llama a usted el coronel.

Varia se presentó a Bredijin, que le indicó una silla.

-¿Qué les ha pasado a ustedes en el estado mayor del frente?

-Nada. Fuimos a que pusieran el visto bueno al plano.

-¿Y han estado con el general Proshliakov?

-Sí.

-A usted no la culpo, Varvara Serguéievna. Pero Telianer, ¿cómo se ha atrevido a actuar así sin el consentimiento de la Dirección?

-El plano había sido concertado ya con el ingeniero jefe.

-Pero el plano no lleva la firma del ingeniero jefe. Ni la mía tampoco. ¿Cómo ha podido actuar por encima de nosotros?

-El mayor Telianer no quería presentarse al general. Pero el coronel Svinkin exigía el visto bueno inmediato para mandar mañana mismo el plano a las tropas. Él mismo se lo llevó al general Proshliakov y nos hizo acompañarle.

-Usted... Usted no tiene nada que ver en esto. Pero Telianer... Telianer... Debía haberse negado a presentarse al general. Pero no, claro. Tenía que hacerse el importante. -Sacudió la cabeza y pronunció con un rictus de rabia:- ¡Menuda ralea! En todo se meten. Y sin vaselina.

Varia se levantó.

-¿Ha dicho usted ralea? ¿Es usted antisemita? ¿Nazi? ¿Fascista? ¿Cómo se atreve a decir esas cosas? También se levantó Bredijin.

-¡Eh, eh! Aquí no grite. ¿Piensa que todo le está permitido por ser la esposa de un general?

-Yo no quiero hablar con usted... ¡No quiero escucharle!

-¡Vaya si me escucharás! -gritó groseramente Bredijin-. Yo aquí no consiento intrigas.

-Mire, coronel -dijo Varia-: llame usted al jefe de la sección de personal y disponga mi traslado al estado mayor del cuerpo de ingenieros del frente. Mañana por la mañana me proporciona un coche para el viaje. Y nos separaremos de esta manera si no quiere usted un escándalo.

Al día siguiente entregaron a Varia un documento haciendo constar que era enviada a disposición del estado mayor del cuerpo de ingenieros del frente y un sobre lacrado con su expediente personal. Salió para Zavaríkin en el coche del coronel.

Una semana después, también Telianer era trasladado al estado mayor del cuerpo de ingenieros del frente.

30

En Stalingrado se sostenían duros combates. Los alemanes arrojaban sobre la ciudad miles de bombas y bombas incendiarias. Las casas se desplomaban como inmensos árboles aserrados. Presa del fuego, envuelta en humo y cubierta de cenizas, la ciudad yacía en ruinas y los soldados soviéticos luchaban allí por cada piedra.

El petróleo que escapaba de las cisternas perforadas se extendía en llamas por el Volga. Los pontones destruidos por la aviación alemana eran reconstruidos inmediatamente para llevar municiones a los que luchaban en las trincheras. Desde la margen oriental del Volga, la artillería apoyaba a los suyos, obligando a los alemanes a refugiarse bajo tierra.

El 29 de agosto, Zhúkov llegó en avión a Kamishin, siguió viaje en coche y luego torció hacia el oeste. Las unidades del frente de Stalingrado ocupaban la zona de unos sesenta kilómetros comprendida entre el Volga y el Don. Tenían enfrente a las unidades alemanas de infantería, que defendían su comunicación con Stalingrado.

La estepa del Volga, abrasada por el sol de agosto, surcada de barrancos y torrenteras, se ofrecía, desnuda, al fuego artillero enemigo. Zhúkov visitó los estados mayores de los ejércitos de los generales Malinovski y Kazakov desplegados allí. Ambos opinaban igual: en aquel terreno era imposible atacar. También Zhúkov veía que, desde allí, no se podía llegar a Stalingrado. Siguió en dirección oeste, hacia Kletskaia y Serafimóvich, donde las tropas se mantenían en la margen derecha del Don: los que tenían enfrente no eran alemanes, sino rumanos.

En el caserío de Orlovski le recibió el general Danílov, jefe del 21 Ejército, un buen especialista, inteligente, que le informó de la situación. Las divisiones del 21 Ejército mantenían sólidamente la margen derecha del Don. Los rumanos habían intentado atacar, pero sin gran entusiasmo y, ahora, su actitud era pasiva. Claro que si los alemanes lograban el éxito en Stalingrado, emprenderían una ofensiva general hacia el norte, y las unidades rumanas serían inmediatamente reforzadas con tropas alemanas, bien armadas y con experiencia. Había que reforzar la defensa. Convendría darle al ejército un mayor contingente de hombres y de material. Como todos, Danílov se preparaba para la defensa. Y Zhúkov no le llevaba la contraria, aunque pensaba en otra cosa. Pensaba que precisamente el 21 Ejército habría de ser uno de los principales participantes en el plan que ya maduraba en su cerebro, pero del que todavía no había comentado con nadie.

Al día siguiente, Zhúkov y Danílov salieron a inspeccionar las tropas. El terreno era el mismo, descubierto, cruzado por barrancos y torrenteras, pero situado en alto. No ofrecía mala visión panorámica para la artillería y para vigilar al enemigo, había buenas condiciones para maniobrar y la vegetación propiciaba el camuflaje. En el sector de Serafimóvich, la plaza de armas tenía profundidad suficiente para concentrar las tropas necesarias y, en la zona de Kletskaaia, el pronunciado recodo del Don hacia el sur brindaba una inmejorable posición para descargar un golpe contra la retaguardia del ejército rumano. Claro que los caminos eran espantosos, pero en noviembre se endurecerían con las heladas y podría pasar el armamento pesado.

Volvieron al caserío al atardecer. Mientras cenaban, Danílov informó a Zhúkov acerca de los comandantes de las divisiones, los regimientos y las brigadas. Zhúkov conocía algunos apellidos, otros no, pero se fiaba de las apreciaciones de Danílov, quien solicitó su aprobación para ascender a dos jefes de división: los coroneles Efímov y Kostin.

-Efímov es un viejo guerrero -dijo Zhúkov- y ya es hora de hacerle general. En cuanto a Kostin, ya me fijé en él estando en el Extremo Oriente. Un muchacho que promete, y Héroe de la Unión Soviética, además. Pero es joven, tendrá unos treinta años. Los hay de más edad.

-Merece el ascenso y yo quisiera reforzar su posición.

-¿Es necesario?

-Usted mismo acaba de decir que es joven.

Zhúkov conocía a Maxim Kostin, y no sólo desde su estancia en el Extremo Oriente. Los padres de Maxim eran de la misma aldea de Strelkovo, en la región de Kaluga, donde había nacido Zhúkov y cuando Zhúkov estaba en Moscú, de aprendiz de peletero, y su padre venía de la aldea a visitarle, se hospedaba en casa de los Kostin, en el Arbat. Él era fogonero y su mujer, la madre de Maxim, la encargada del ascensor. También Zhúkov iba por allí de niño, y en los años veinte, siendo ya oficial del Ejército Rojo, a ver a su madre, que paraba igualmente en casa de los Kostin. En el Extremo Oriente tropezó con el nombre del teniente Kostin, Maxim Ivánovich, en la lista de la oficialidad, se preguntó si no sería el mismo, le llamó, estuvieron hablando y resultó que sí era el mismo, efectivamente. Estuvieron recordando su tierra, el río Protvá, donde se bañaban, y el Ogublianka, donde iban a pescar. Kostin le produjo buena impresión. Era un buen soldado. Y si Danílov estimaba que era necesario reforzar su posición, por algo sería.

-Haga usted lo que tenga que hacer -le dijo a Danílov-, y mande llamar a Kostin.

-Mientras le encuentran y viene, pasará bastante tiempo.

-No importa. Aún he de estar por aquí dos o tres horas.

Maxim se puso en camino nada más recibir la orden de presentarse en el estado mayor. Zhúkov estaba allí, conque habría convocado también a otros jefes de división. Lo habitual: una reunión de mandos para repartir instrucciones y reprimendas. Maxim le había visto sólo una vez, antes de la guerra, en el Extremo Oriente, y resultó que eran paisanos. Sentía curiosidad por contemplarle ahora. Zhúkov no se acordaría probablemente de él, pero a Maxim le inspiraba orgullo: el militar más grande del país, cuyo nombre resonaba en el mundo entero, y era de su aldea, un paisano, de Kaluga.

El año anterior, en Moscú, su madre le había hablado de la familia Zhúkov. -El padre, Konstantín, era un niño abandonado que recogió una mujer sin familia. Cuando cumplió ocho años, le mandó de aprendiz con un zapatero de la fábrica de Ugoda, luego trabajó de zapatero en Moscú y volvió a su aldea. Enviudó y se casó por segunda vez cuando tenía ya cincuenta años con una mujer, también viuda, de Chórnaia Griaz, una aldea vecina. Se llamaba Ustina Artémievna, y tenía treinta y cinco años. Les nació un hijo, Gueorgui, y luego otro, que murió al poco tiempo. Vivían pobremente porque en la aldea nadie era rico: las parcelas eran pequeñas, la tierra pobre, las cosechas escasas. Además, ¿quién trabajaba el campo? Las mujeres y los viejos, porque los hombres iban a ganarse la vida a Moscú o a Píter con algún oficio. Ustina Artémievna era una mujer excepcional: levantaba sacos de grano de cinco puds que muchos hombres no habrían podido levantar, y traía cargamentos desde Maloyaroslavets. Otro trabajo de hombre. Tenía un carácter fuerte y Gueorgui salió a ella. También se le parecía de cara.⁴³

Eso le contaba su madre. Y aquel año le dijo que había visto a Ustina Artémievna: Zhúkov la había sacado de la aldea poco antes de que la ocuparan los alemanes.

Todo esto iba recordando Maxim camino del estado mayor y al llegar se encontró con que no había ninguna reunión y Zhúkov sólo le había convocado a él.

-Hace tiempo que no te veo. Toma asiento. Y dime, ¿cómo te van las cosas? ¿Y por casa?

-Por casa, todo bien. Mi madre vive, mis hermanos están en el ejército, mi mujer trabaja en una escuela y mi hijo va creciendo.

-¿Cuántos años tiene?

-Cinco ha cumplido.

⁴³ Pud: Antigua medida de peso rusa. Equivale a 16,3 kg.

-¿Cómo se llama?

-Iván.

Zhúkov le observaba con satisfacción: joven, ancho de hombros, con una expresión abierta. A los soldados les gustan los jefes así: notan que es uno de los suyos, de raíz campesina.

-Cuéntame lo que te ha pasado en la división.

-¿A mí, en la división? Nada. Todo está en orden.

-Vamos, vamos, dime la verdad. ¿De qué le has informado al general?

Maxim hizo una pausa y luego dijo:

-Yo no le he presentado ningún informe, camarada general de ejército. Quizá se hayan quejado de mí porque he tenido roces con el suplente para la parte política. Con cualquier pretexto, arma un conflicto. El último ha sido por un jefe de compañía: le pegó en la cara a un soldado rojo y yo le quité el mando. Y, enseguida, el suplente político: «¿Por qué no se me ha informado primero? Ese jefe de compañía es un comunista política y moralmente firme». Y así sucesivamente. Y, claro, un informe a la sección política del Ejército sin pérdida de tiempo.

-¿Y si le pegó con razón? ¿Y si le tenían ya hartos?

-¿Cómo se puede pegar a un combatiente del Ejército Rojo? Se le puede juzgar, se le puede degradar si ha cometido una falta, pero, pegarle, humillarle, rebajar su dignidad, eso nadie tiene derecho de hacerlo.

-A mí, cuando era soldado, ¿sabes los fustazos que me pegaba el jefe de compañía? Porque yo serví en caballería.

-Eso era en el ejército zarista, camarada general...

-Y cuando estuve de aprendiz con el peletero, ¡menudas bofetadas me atizaba! Maxim procuraba hablar con el mayor comedimiento.

-Yo no puedo consentir los malos tratos en mi división. Eso de pegar a los soldados se queda para los rumanos. Y así luchan ellos, claro. Pero nosotros somos el Ejército Rojo: cada combatiente debe respetarse a sí mismo y los mandos tienen la obligación de respetarle también.

-¡Menuda conferencia me has largado! -ironizó Zhúkov-. Pero te advierto que yo estoy en el Ejército Rojo desde el día en que fue creado, y en el partido, desde el año diecinueve. Y tú, ¿desde cuándo estás en el partido?

-En el partido, desde el treinta y cuatro; en el Komsomol, desde el veinticinco. Desde el veinticinco en el Komsomol... Algo le recordaba eso a Zhúkov... Sí, a aquel chófer de Starozhílovo.

-¡Sí que tenéis malas pulgas! El año pasado tropecé con uno parecido, probablemente de tu misma edad. Un simple chófer. Y que no se achantaba, ¿eh? Iba a mandar que le fusilaran y terminé ascendiéndole. Era ingeniero, además.

Un simple chófer, ingeniero, de su misma edad...

Maxim se levantó.

-¿Me permite una pregunta, camarada general de ejército?

-Pregunta lo que quieras.

-¿Se acuerda usted de su apellido?

-Su apellido... No, no lo recuerdo...

-¿No sería Pankrátov?

-Justamente: Pankrátov... ¿Y cómo te ha impresionado tanto? ¿Le conoces?

-Es uno de mis amigos de la infancia. Crecimos en la misma casa, compartimos el mismo pupitre en la escuela... Sólo que el destino...

Zhúkov le interrumpió:

-Ahora, el destino es el mismo para todos: hay que combatir. ¿Entendido?

-Entendido, camarada general. Estaba claro: no quería hablar de destinos como aquél. Zhúkov concentró su atención en un mapa y dijo sin levantar la cabeza:

-Te mandarán a otro suplente político. Esperemos que con éste te lleves mejor. Tú verás.

31

El 3 de septiembre, Zhúkov recibió un telegrama de Stalin exigiendo: «Ataque inmediatamente al enemigo. Una demora equivale a un crimen». Al día siguiente, Stalin telefoneó a Malenkov para comprobar cómo se cumplía su disposición. Malenkov no entendía nada de asuntos militares. Había sido puesto por Stalin para controlar las acciones de Zhúkov. Se alarmó al escuchar notas coléricas en la voz de Stalin.

-La situación es extremadamente difícil, camarada Stalin. Los aviones alemanes realizan hasta dos mil vuelos/unidad al día. Las tropas se han lanzado ya varias veces al ataque, pero sin resultado.

Descontento, Stalin llamó a Zhúkov y a Vasilievski a Moscú.

-¿Por qué no atacan?

-En la zona de Stalingrado, el terreno no es propicio para la ofensiva -informó Zhúkov-. Es un terreno descubierto, surcado de profundos barrancos donde el enemigo encuentra un refugio seguro contra nuestro fuego y, por el contrario, maniobra fácilmente con el suyo desde las alturas que ha ocupado. Hay que buscar otras soluciones.

-El terreno de Stalingrado lo conozco yo tan bien como usted. ¿Qué decisiones han tomado?

Entró Poskrébishev.

-Camarada Stalin, el camarada Beria le llama urgentemente al teléfono. Stalin tomó el auricular, escuchó lo que decía Beria y su rostro se ensombreció.

-¡Ven aquí!

Dejó el auricular, levantó los ojos hacia Zhúkov, le miró torvamente.

-¿A ver que otras decisiones han tomado?

-El camarada Vasilievski y yo estamos en ello. Necesitamos veinticuatro horas más.

-Bien. Mañana, a las nueve de la noche, nos reuniremos de nuevo aquí.

Beria se presentó con un informe urgente. Se había dado con la pista de Yákov. Durante el invierno había estado en Berlín, en el hotel Adlom, que dependía de la Gestapo. A comienzos del cuarenta y dos fue trasladado al Oflag JS, un campo para oficiales de Lubeck. Su vecino era el capitán René Blum, hijo de León Blum, ex primer ministro de Francia.

-¿Blum? ¿Es que los alemanes tienen a judíos en los campos para oficiales?

-Sí. A los más conocidos, para negociar, para desinformar. ¿No dicen que exterminamos a los judíos? Pues ahí tienen a Blum.

-Bien. Sigue.

-En Lubeck, los oficiales han decidido entregarle a Yákov paquetes de los que se reciben a través de la Cruz Roja.

-¿Y Yákov los acepta?

-Son paquetes enviados por la Cruz Roja, camarada Stalin -repitió Beria.

-Ya comprendo que no los envía Hitler personalmente. Pero otros oficiales nuestros que están prisioneros no reciben esos paquetes.

-Casi todos nuestros oficiales están reclusos en campos corrientes y muy pocos en campos para oficiales. Pero no sé si comparten los paquetes con ellos. Me enteraré. -Stalin callaba-.

Entre los prisioneros hay gente nuestra -prosiguió Beria-. Según entiendo, se prepara su evasión.

-¿Hacia dónde? -preguntó Stalin.

-El plan está siendo elaborado -replicó cautelosamente Beria.

Habían encontrado a Yákov. Si del hotel ese de Berlín le habían mandado a un campo para prisioneros de guerra, eso era que se había negado a colaborar. Y, sin embargo, el frente estaba inundado de octavillas que decían: «¡Seguid el ejemplo del hijo de Stalin!». Mientras Yákov viviera, los alemanes no cesarían de lanzarlas. Sólo dejarían de lanzarlas cuando Yákov no estuviera ya vivo. Únicamente entonces. Pero ÉL no tenía tiempo para pensar en eso. Que pensara Beria.

Stalin se levantó:

-Evadirse estando prisionero es una salida digna para un oficial del Ejército Rojo. -Clavó en Beria su mirada pesada-. Claro que, en un intento de evasión, le pueden matar. Pero también una muerte así es una salida digna para un oficial del Ejército Rojo.

Al día siguiente, a las nueve de la noche, Zhúkov y Vasilievski extendieron un mapa delante de Stalin. Informó Zhúkov:

-El ejército de Paulus está unido con el grueso de las fuerzas alemanas por un estrecho corredor. La parte septentrional de este corredor la defienden rumanos, húngaros e italianos. Están mal equipados y no tienen suficiente experiencia de combate. Un ejército rumano de las mismas características defiende las comunicaciones con el corredor por el sur. Nuestro plan es el siguiente. En la zona de Serafimóvich y de Kletskaia se forma un potente grupo de tropas que descargan un golpe impetuoso en el sector de Kalach, uniéndose allí con otro grupo que aseste también un golpe más al sur de Stalingrado. El ejército de Paulus quedará cercado. Simultáneamente - Zhúkov señalaba en el mapa -se ataca en la parte oeste para que los alemanes no puedan desbloquear a las tropas cercadas en Stalingrado.

Stalin observaba el mapa.

-Muy lejos se lanzan... Allá, al oeste del Don. Habría que hacerlo más cerca de Stalingrado, por lo menos a lo largo de la margen oriental del Don.

-Eso no es posible -objetó Zhúkov-. Los tanques alemanes que se encuentran cerca de Stalingrado volverían hacia el oeste y pararían nuestros golpes.

-¿Y tenemos fuerzas suficientes para una operación tan vasta?

-Ahora, no -dijo Vasilievski-. Pero hacia noviembre, se pueden reunir las fuerzas suficientes y preparar bien la operación. Stalin arrojó el lápiz sobre el mapa.

-¿Y si de aquí a noviembre los alemanes se han apoderado de Stalingrado y avanzan ya sobre Sarátov?

-Las tropas de Paulus están extenuadas y no se hallan en condiciones de apoderarse de la ciudad -contestó Zhúkov-. Ciertamente que nuestras pérdidas también son enormes, pero en los próximos días llevaremos nuevas reservas a la ciudad y podremos conservar Stalingrado.

Igual que la víspera, entró Poskrébishev a informar: Eriómenko llamaba desde Stalingrado.

Stalin tomó el auricular, escuchó, contestó solamente «Bien», dejó el auricular, miró a Zhúkov, luego a Vasilievski y otra vez a Zhúkov.

-Ustedes dicen: «El enemigo está extenuado». Pero Eriómenko informa de que los alemanes están desplazando unidades de tanques hacia la ciudad y que es de esperar un nuevo golpe para mañana. Vuelen inmediatamente los dos a Stalingrado: hay que conservarlo a toda costa y cueste lo que cueste.

Vasilievski recogió el mapa, preguntó indeciso:

-¿Y qué se hace de nuestro plan?

-Aún volveremos sobre él. Hay tiempo -contestó Stalin impaciente-. Salgan para el aeródromo. Dentro de una hora deben despegar.

Entre las ruinas de Stalingrado continuaban los encarnizados combates. Pero los alemanes no avanzaban. Las tropas soviéticas seguían rechazándolos con el mismo tesón.

Zhúkov, entre tanto, estudiaba la situación en el sector de Serafimóvich y Kletskaia, precisaba con los jefes de ejército el plan de la contraofensiva, y lo mismo hacía Vasilievski en el flanco izquierdo. Stalin les llamaba a veces a Moscú, pedía detalles, empezaba a percatarse del carácter grandioso de la idea, le pedía consejo a Sháposhnikov, extendía el mapa sobre la mesa y lo estudiaba, pensativo. Durante la guerra civil ÉL se había pasado meses en Tsaritsin, dirigiendo la defensa, enviando a Moscú y Petrogrado trenes de cereales. Por eso se había cambiado el nombre de Tsaritsin, dándole el de Stalingrado, en honor SUYO.

Nadia estaba entonces con él. Pero luego dejó de llevarla en sus viajes. Allí se enfrió. Era tan jovencita e ingenua, no hacía más que repetir los versos de Nekrásov: «Asómate al Volga, óyete gemir...». Y allí, a orillas del Volga, se había resfriado.

Ahora ÉL no habría podido reconocer ni una calle de Stalingrado. LE habían mostrado fotografías, habían proyectado crónicas para ÉL: todo eran ruinas, cristales triturados, raíles de tranvía retorcidos... En *Pravda* o quizás en *Krásnaia Zvezda* había leído que, en el centro, se alzaba una casa de cuatro plantas intacta entre las ruinas. La única que se conservaba. Se la habían reconquistado a los alemanes tres exploradores mandados por un sargento. No recordaba el apellido del sargento. Un apellido ruso corriente, que empezaba por una «L» o por una «P». Se lo preguntó a Sháposhnikov, que se quedó perplejo: también se le había olvidado. Una hora después informaban por teléfono de que el apellido era «Pávlov». Hasta Pávlov se habían abierto paso veinte soldados más, que organizaron la defensa circular, minaron los accesos, establecieron comunicación con los puestos de fuego por vías subterráneas y convirtieron aquella casa en punto de apoyo de la defensa. Y allí seguían...

-Hay que difundir ampliamente este hecho en la prensa y por la radio. Que sepa el pueblo cómo luchan sus hijos -ordenó Stalin.

ÉL sólo ordenó eso. Ya se encargarían los periodistas de añadir que los soldados luchaban así en la ciudad de Stalin.

Dejó el auricular, volvió a posar los ojos en el mapa, en las flechas rojas enfiladas desde el norte y el sur hacia Kalach. Confiaba en el buen éxito de la operación y, según su costumbre, empezó a meter prisa a todo el mundo. Fueron creados nuevos frentes, se formaban nuevos ejércitos, se desplazaban divisiones de infantería y brigadas de tanques, se reforzaban los ejércitos de aviación. Finalmente, Zhúkov y Vasilievski firmaron la variante definitiva del plan y Stalin le puso arriba el visto bueno.

-Camarada Stalin -dijo enseguida Zhúkov-: hay que iniciar inmediatamente una ofensiva de distracción cerca de Moscú, en el sector de Viazma y Rzhev, para impedir el envío de tropas alemanas en ayuda de Paulus.

-Está bien -dijo Stalin-. Lo pensaremos... -Miró con atención a Zhúkov-. Lo pensaremos... Creo que es una buena idea. Lo pensaremos... Pero, de momento, vuelvan a Stalingrado y comprueben los preparativos de la ofensiva.

El 16 de noviembre, Zhúkov comunicó que todo estaba listo y la ofensiva se había fijado para el 19 de noviembre por la mañana.

Zhúkov voló de nuevo a Moscú. Su informe fue seguro y optimista: los ejércitos estaban listos para la ofensiva y el buen éxito de la operación no dejaba lugar a dudas.

-Pues, bien -dijo Stalin-, muy bien. Les felicito. Y cuando la operación termine con buen éxito, les felicitaremos una vez más.

-¡Gracias, camarada Stalin!

Stalin le miraba fijamente ...

-Camarada Zhúkov: la vez pasada habló usted de un golpe de distracción en el sector de Rzhev y Viazma.

-Sí. Es imprescindible. Stalin se levantó, trajo un mapa de otra mesa, lo extendió delante de Zhúkov.

-Los del estado mayor han elaborado un plan. Vea usted.

Stalin paseaba lentamente por el despacho, esperando a que Zhúkov se hiciera una idea clara del plan.

-La idea es buena -dijo al fin Zhúkov-. Habría que precisar algunos detalles.

-Como verá, tampoco nos hemos estado aquí de brazos cruzados -sonrió Stalin-. ¿Y qué piensa usted, camarada Zhúkov? ¿A quién se le podría encomendar esta operación?

-Así, de pronto, es difícil dar un nombre. El camarada Vasilievski y yo lo estudiaremos.

Stalin volvió a sentarse, miró a Zhúkov.

-¿Y si se encargara usted de esta operación? En Stalingrado, todo está preparado. Allí se encuentra el camarada Vasilievski y los frentes están mandados por hombres con experiencia: Rokossovski, Eriómenko, Vatutin. Yo creo que saldrán airosos con las fuerzas que tienen. Más aún porque usted mismo ha informado de que la preparación es total y el buen éxito está asegurado.

Zhúkov desvió la mirada. En el momento decisivo, Stalin le apartaba de la dirección de una operación que él había ideado y preparado. Él conocía a todos los que iban a intervenir en ella, había estudiado el terreno, sabía del estado de cada división, tenía en la mente todas las maniobras estratégicas posibles, y ahora le apartaban. Stalin no quería que, después de la victoria de Moscú, también fuera Zhúkov el vencedor de la batalla de Stalingrado. El juego habitual de Stalin.

-¿Por qué será acertada esta decisión? -habló de nuevo Stalin-. Pues porque si mandamos a liquidar el saliente de Rzhev a una figura secundaria los alemanes comprenderán que sólo se trata de una maniobra de distracción. Pero, si es el propio Zhúkov quien lleva a cabo la operación, considerarán que es una ofensiva seria y no trasladarán tropas al sur, sino que, por el contrario, las traerán hacia acá. Eso facilitará nuestra tarea en Stalingrado.

Zhúkov seguía callado.

Sin apartar de él su mirada pesada, Stalin continuó:

-Se le comunicará a usted la misma información que reciba yo. Puede usted dar órdenes y hacer sugerencias. Usted ha preparado la operación de Stalingrado, y no tenemos el propósito de apartarle de ella. Todas las órdenes llevarán nuestras dos firmas.

Stalin miró de nuevo a Zhúkov y concluyó:

-Eso haremos.

-Como usted ordene, camarada Stalin.

No se trataba de los laureles. Él no necesitaba laureles. Pero la victoria debe estar personificada en un hombre. Zhúkov era considerado el vencedor de la batalla de Moscú. Muy bien. Un gran militar debe ganar batallas aisladas. Pero ganar también una segunda batalla crucial, una batalla clave... No. La victoria de Stalingrado debía estar vinculada con el nombre de Stalin.

El 19 de noviembre desde el norte y el 20 desde el sur, emprendieron la ofensiva un millón ciento tres mil soldados soviéticos.

Frente a ellos se hallaban tropas alemanas, rumanas, italianas y húngaras en número aproximadamente igual. El 23 de noviembre, los dos grupos de tropas soviéticas se unieron en Kalach y cercaron al ejército de Paulus. Hitler prohibió que se intentara romper el cerco, prometiendo a Paulus desbloquear a sus tropas. Sin embargo, fallaron todas las tentativas emprendidas en ese sentido.

Durante todo el mes de diciembre se desarrollaron sangrientos combates sobre un inmenso territorio del sur de Rusia. Las tropas soviéticas arrojaron a los alemanes a gran distancia al oeste del Don.

A finales de diciembre, cuando se discutía ya el plan de liquidación definitiva del ejército de Paulus, dijo Stalin:

-La dirección de la derrota del enemigo debe ser encomendada a un solo hombre. Había dos candidaturas: Eriómenko, que mandaba el frente de Stalingrado, y Rokossovski, que mandaba el frente del Don.

Para Stalin, la cuestión estaba decidida. No había olvidado la engreída perorata de Eriómenko, que le costó al pueblo soviético la catástrofe de Kíev. Que no pensara Eriómenko rehabilitarse con una victoria en Stalingrado.

Además, había otra cosa. Él sentía una inclinación especial por Rokossovski, que en algo le recordaba a Tujachevski. Igual de bien parecido, también era de ascendencia polaca y probablemente de familia aristocrática. Ciertamente que, antes de la revolución, su padre trabajaba de maquinista de tren en Velikie Luki, pero entre aquellos maquinistas también había entonces aristócratas arruinados. Rokossovski no le parecía un extraño, como le sucedía con Tujachevski. Antes de la guerra le detuvieron, luego le soltaron. Una vez se lo preguntó Él. Y Rokossovski lo confirmó y entonces Él observó en son de reproche:

-Buen momento fue a elegir para estar a la sombra.

Rokossovski sonrió. ¡Bien! Había sabido encajar la broma. Rokossovski era un excelente militar y no se le subían los humos a la cabeza como a Tujachevski.

-Eriómenko ha desempeñado muy mal su papel al mando del frente de Briansk -dijo Stalin-. Es fatuo y presuntuoso. Hay que fundir los dos frentes y poner de jefe a Rokossovski.

El 10 de enero, Rokossovski le presentó a Paulus el ultimátum para que capitulara. Paulus lo rechazó. Las tropas soviéticas pasaron a la ofensiva y cortaron en dos el Sexto Ejército alemán. El 31 de enero capituló el grupo del sur y el 2 de febrero capituló el grupo del norte.

La batalla de Stalingrado duró doscientos días, durante los cuales perdieron los alemanes una cuarta parte de sus fuerzas armadas en Rusia. Se esfumó definitivamente la aureola de invencibilidad adquirida por Alemania al comienzo de la segunda guerra mundial y que había comenzado a palidecer en el invierno de 1942 delante de Moscú.

Por la victoria de Stalingrado le fue concedido al camarada Stalin el grado militar más alto: el de mariscal de la Unión Soviética.

A su nombre se añadía ahora la obligada coletilla de «el jefe militar más grande de todos los tiempos y todos los pueblos».

32

Después de derrotarlo en la zona del Volga y del Don, las tropas soviéticas arrojaron al enemigo muy lejos hacia el oeste y liberaron las ciudades de Rostov, Novocherkassk, Kursk y Járkov.

Pero Gólikov, que mandaba el frente de Vorónezh, sobreestimó sus posibilidades de ofensiva y no retiró a tiempo las unidades que se habían adelantado demasiado. Los alemanes pasaron a la contraofensiva y volvieron a tomar Járkov y Bélgorod.

Stalin llamó a Zhúkov a Moscú, le hizo por pura fórmula algunas preguntas sobre la situación en el noroeste, de donde venía, y le ordenó volver al sector de Járkov para enmendar la situación.

Stalin comprendía que Zhúkov aprovecharía los fallos de Gólikov para pedir su retirada del sector y sería imposible negarse. Por eso, prefirió adelantarse a Zhúkov y hacerlo él mismo.

-A Gólikov, le pasaremos a otro trabajo. ¿A quién propone usted en su lugar?

-Al general Vatutin.

-Una candidatura acertada -accedió Stalin-. Eso haremos. Parta usted para allá.

Vatutin se puso al mando del frente de Vorónezh. Gólikov fue nombrado suplente del comisario de Defensa para los cuadros. Aquel ascenso no le sorprendió a Zhúkov: a las personas de su predilección Stalin no las dejaba en la estacada. ¡Bah! ¡Al demonio con Gólikov! Que se quedara en Moscú barajando papeles.

Estabilizada la situación en el frente, se produjo un intervalo de calma. Las tropas soviéticas habían penetrado profundamente hacia el oeste, formando un enorme saliente en el sector de Kursk. Este saliente podía ser utilizado para golpear la retaguardia de las agrupaciones alemanas. Pero también los ejércitos alemanes podían descargar, desde los flancos, potentes golpes en la base del saliente, cercar y destruir a las tropas allí concentradas, dejando la vía libre para una nueva ofensiva sobre Moscú. Para todos los participantes de la batalla en ciernes estaba claro que sería la más importante de la campaña del verano del año cuarenta y tres y, posiblemente, decisiva para el desenlace de la guerra. El quid de la cuestión estaba en quién descargaría el primer golpe.

En el Estado Mayor General se planeaba una ofensiva, que era lo que siempre deseaba Stalin. Pero, el 8 de abril, Zhúkov hizo llegar al Cuartel General un informe donde decía:

«Considero inadecuado el paso de nuestras tropas a la ofensiva en fechas próximas. Preferible será que desgastemos al enemigo con nuestra defensa, le hagamos perder tanques y, pasando luego a la ofensiva general, rematemos definitivamente su agrupación principal».

Rokossovski y Vatutin apoyaron a Zhúkov.

Ahora, era una cuestión de nervios: ¿a quién le fallarían, quién se lanzaría primero al ataque? Le fallaron los nervios a Hitler. En su orden de operaciones número 6 declaró:

He decidido llevar a cabo, en cuanto las condiciones del tiempo lo permitan, la ofensiva «Ciudadela», la primera ofensiva de este año. Esta ofensiva tiene una importancia decisiva. La victoria en Kursk debe ser una antorcha para el mundo entero... Con un golpe concentrado, llevado a cabo resuelta y rápidamente con las fuerzas de un ejército del

sector de Bélgorod y otro del sector de Oriol, hay que cercar y destruir a las tropas del enemigo que se encuentran en la zona de Kursk.

A Zhúkov le aguantaron más los nervios. Su plan fue aprobado en el Cuartel General aunque, para satisfacer a Stalin, con la salvedad de que «la defensa del arco de Kursk no es forzada sino deliberada. Si los alemanes no atacan, atacaremos nosotros».

El día que Stalin firmó el plan de defensa del arco de Kursk se presentó Beria con un informe urgente. Por su rostro alterado, Stalin comprendió que se trataba de Yákov.

Sin tomar asiento, Beria profirió a media voz:

-Camarada Stalin, me ha cabido la dolorosa misión de anunciarle la muerte de Yákov. Stalin le indicó una silla.

-Siéntate. Habla.

Beria se sentó y abrió su carpeta.

-¿No puedes dejarte de papeles?

-Aquí hay apellidos alemanes e ingleses... -Está bien. Habla. Cuéntalo todo.

-A finales del cuarenta y dos -comenzó Beria-, Yákov fue trasladado al campo de Sachsenhausen, a treinta kilómetros de Berlín, y recluido en el barracón A, de la sección especial destinada a familiares de dirigentes de estados enemigos. Un barracón espacioso que consta de una habitación común amplia, un comedor, dos aseos y dos dormitorios. Un dormitorio para cuatro ingleses -Beria consultó su carpeta-: Thomas Kushing...

-No necesito sus nombres -le interrumpió Stalin.

-En el otro dormitorio, Yákov y otro prisionero de guerra soviético, Vasili Kokorin, que se dice sobrino de Mólotov...

-¿Tiene algún sobrino Mólotov?

-No.

-Ya. Sigue.

-Yákov se encontraba en un estado depresivo. Durante este año y medio había sido sometido a constantes interrogatorios: al caer prisionero, en la Gestapo, en las cárceles, en los campos... Y hay que decir que Yákov Dzhugashvili se portó valerosamente, con dignidad.

-Si hubiera querido portarse con dignidad, no habría caído prisionero -observó Stalin.

-Informo de su comportamiento estando prisionero.

-Ya sé que ha estado prisionero. Continúa.

-Además de que los constantes interrogatorios le habían desgastado, se daba otra circunstancia. En todos los campos anteriores, Yákov había tenido buenas relaciones con el resto de los prisioneros; pero, en Sachsenhausen, surgió desde el primer día un enfrentamiento entre él y los ingleses. ¿Por qué? Yákov es un hombre de carácter tranquilo y los ingleses tienen fama de comedidos...

-En esencia, cada inglés es un colonizador -apuntó Stalin-, y, para él, cualquier oriental es un asiático.

-Tiene usted razón, camarada Stalin. Los ingleses gritaban que Yákov y Kokorin eran sucios, que manchaban los aseos y cosas así... Acusaban a Yákov de hacer propaganda comunista entre ellos. Las discusiones se repetían a diario y, el 14 de abril, llegaron a las manos... y ákov salió corriendo del barracón, un guardia le exigió que volviera a su sitio, Yákov se negó y el guardia le mató entonces de un tiro en la cabeza. El guardia se llama Conrad Harwick. Todo esto sucedió en presencia del jefe de la guardia, Carl Jungling. Después del asesinato, arrojaron el cuerpo de Yákov contra la alambrada electrificada, simulando una tentativa de evasión, aunque fue sencillamente un asesinato. Los alemanes han matado a Yákov.

Stalin paseó en silencio por el despacho y luego dijo evitando mirar a Beria:

-Consideraremos que, con su muerte, Yákov Dzhugashvili ha purgado su culpa ante la patria. Pueden poner en libertad a su mujer.

33

La calma duró casi cien días en el arco de Kursk. Ambas partes se preparaban y las fuerzas eran aproximadamente iguales (un millón de soldados y oficiales a cada lado). La parte sur del arco de Kursk estaba defendida por las tropas del frente de Vorónezh; la parte norte, por las tropas del frente del Centro (antes del Don), que seguía mandando Rokossovski. Allí, en la sección de fortificaciones del estado mayor de tropas de ingenieros del 13 Ejército servía ahora Varia. Tenía el grado de ingeniero-capitán y lucía cuatro estrellitas en las charreteras.

La región de Kursk había estado ocupada dos veces por los alemanes, siendo escenario de encarnizados combates. Ciudades destruidas, aldeas incendiadas, restos de chimeneas allí donde hubo casas. El estado mayor del cuerpo de ingenieros se encontraba en una aldehuela que quizá se salvara precisamente por lo pequeña que era. Había poco sitio para alojarse pero a Varia, por ser la única mujer, le buscaron una vieja isba, pequeñita, medio hundida en la tierra, a cuyo nivel llegaban las ventanas.

-No hay otra cosa -trataba de justificarse el sargento-: el ama y el amo duermen en el rellano de la estufa y a usted le ceden la habitación.

Varia entró, miró a su alrededor y dijo: «Me gusta».

El amo, Afinoguen Guerásimovich, tenía cincuenta y seis años, pero Varia le hubiera echado más al ver el rostro enjuto, surcado de arrugas profundas, las cejas frondosas, que disimulaban una mirada penetrante, la barbeja rala, entrecana, y las manos desfiguradas por el trabajo. Andaba con una chaqueta tazada y pantalón remendado metido en las cañas de unas viejas botas de fieltro con refuerzos.

-Hace buen tiempo, pero a mí se me hielan los pies -se quejaba.

Fumaba una especie de hierba o mezcla de hierba y tabaco casero, y Varia empezó a recoger para él los cigarrillos y el tabaco de racionamiento que le correspondían.

-Pero si usted no fumaba -se extrañaba el intendente.

-Pues ahora sí.

Para el hombre, el tabaco era una gran alegría. Liaba un cigarro con mucho tiento, para no desperdiciar ni una mota, y comentaba sacudiendo la cabeza:

-Cuando no hay comida, se pasa mal; pero, cuando falta el tabaco, es para morir. Aspiras una bocanada y parece que la vida es más fácil. Un ruso no puede pasar sin tabaco, no puede.

-Los alemanes también fuman -observaba Varia.

-Fuman, efectivamente. Cuando han llenado bien la andorga todavía necesitan darse el gusto de fumar. Sus cigarrillos huelen bien. Los hay, claro, que fuman de los nervios. Les obligan a ser como fieras, a quemar, a matar igual a los jóvenes que a los viejos y a los niños, incluso los de pecho. ¿Que arde tu casa y quieres apagar el fuego? Pues el alemán te pega un tiro. Para que no puedas salvar lo poco que tienes. ¿Que alguien se escondía en la cueva? Pues, ¡zas!, una ráfaga contra la cueva. O le prendían fuego a la casa, y en la cueva se quedaba la gente. Y en lo referente a nuestros prisioneros, ni contar podría nadie todos los que habrán muerto de hambre. Y de las epidemias también. A los enfermos y a los heridos, los mataban a tiros. A los sanos, se los llevaban. Se los llevaban, muertos de hambre, y al que le diera un trozo de pan a alguno, ya se sabe: un tiro para él y otro para el prisionero. ¿Cómo íbamos a esperar eso de ellos? -Miró de reojo a Varia y matizó-: Son enemigos, claro, pero son personas... Eso pensábamos. Un soldado ruso sería incapaz de matar a un niño pequeño. Pero los alemanes sí los matan.

Quedaba absorto. Se mojaba un dedo con saliva, apagaba con mucho cuidado la colilla, la dejaba en un platito para apurarla luego...

-Yo estuve en la otra guerra y a la población civil, ni tocarla. ¡Qué va! Ni los alemanes tampoco. En el dieciocho estuvieron en Ucrania, aquí, a dos pasos. Ahora, en cambio, mira tú, se llevan a los jóvenes a trabajar a Alemania. ¿Con qué derecho? Pero la gente, que no es tonta, se presenta cuando la llaman y dice fíjese, tengo sarna. Los mira un médico de los suyos, y es verdad: tienen sarpullido por todo el cuerpo. En las manos, en las piernas, en el pecho, en el trasero y perdón la expresión... A los sarnosos no se los llevan. Les da miedo. Y, claro, la gente empieza a contagiarse a propósito porque ese microbio de la sarna se mete en todas partes, se pega enseguida. Sin contar con la suciedad, porque no hay jabón desde que empezó la guerra. Además, que la gente se ha debilitado mucho. Va uno de la estufa a la mesa, y se queda sin aliento. Y, ya se sabe: al que está flojo, todo se le pega. ¿Que la ha agarrado uno de la casa? Pues, al mes ya está rascándose toda la familia. Aquí, en la aldea, todos se rascaban menos mi vieja y yo, porque vivimos solos y no nos gusta eso de los apretones de manos. Además, procuramos tenerlo todo limpio en lo que cabe.

En efecto, Varia observó desde el primer momento que la isba estaba muy limpia. Y olía bien. Olía a una hierba que la mujer ponía a secar y luego repartía en ramilletes que exhalaban un aroma suave, delicado.

-¿Y no podían curarse la sarna? -preguntó Varia.

-¿Para qué iban a curársela? ¿Para que se los llevaran a Alemania? Se daban una pomada para que no les picara tanto porque dicen que da unos picores espantosos. Y cuando echaron de aquí a los alemanes, desapareció ella sola. Le habría llegado su hora. Ya ves tú lo que han hecho sufrir a la población civil. En la otra guerra, no ocurría nada parecido. La gente era buena, tanto los rusos como los alemanes. Después de aquella guerra fue cuando empezó todo. Los rojos, los blancos, los blancos, los rojos... Pongamos que tú eres un burgués, que dicen. Pues, al paredón. Llegan otros. ¿Que eres un proletario? Al paredón también. Ahí tienes por qué se volvió mala la gente... ¡Eh, madre! -le decía a su mujer-. Echale unas piñas al samovar, que Varvara Serguéievna ha traído té.

El samovar era grande, de cobre, y tenía grabados el sello de la fábrica y otros de varios premios.

-Este samovar lo hemos salvado con todos los poderes que han ido cambiando. ¿Ves cuántos premios y medallas tiene?

Afinoguen Guerásimovich se tomaba el té a pequeños sorbos y, entre carraspeos, seguía hablando:

-Cuando terminó la guerra civil, pareció que todo se quedaba tranquilo. Y la cosa empezó a marchar. Trajeron la electricidad, la lámpara de Ilich le llamaban en honor de Lenin, Vladímir Ilich, montaron una isba que le decían sala de lectura, abrieron una escuela, por la mañana para los pequeños y por las noches para los viejos. Luego empezó el «likbez», que quiere decir liquidación del analfabetismo o la alfabetización. No se vivía mal, se vivía a gusto... Pero luego, en el año treinta -miró a Varia-, todo se puso patas arriba. La gente se encorajinó otra vez y, ¡hala!, a arremeter contra todos, culpables o no, a pegarle en la cresta a todo el que se ponía a mano. Y ahora, la guerra. Claro que, como se dice «la victoria será nuestra». Es un hecho, sí. Lo que no veo claro es cómo nos repondremos después de la guerra. Eso también es un hecho.

-¿Cree usted que no se recuperará la economía?

-¿Por qué no? ¿Que han quemado las isbas? Poco cuesta levantar otras. Pero, ¿quién va a vivir en ellas? La guerra se va a tragar a millones de hombres. Y no creo yo que vuelvan al campo los que queden vivos. Después de la otra guerra, el afán de los soldados era volver a sus casas, sí, porque les habían prometido la tierra. Pero, ahora, ¿qué aliciente tienen para volver? ¿El pago de las jornadas de trabajo que se queda en el papel porque sólo figura en la nómina de los koljoses? Con eso, no se llena el estómago. ¿La situación de indocumentado que les imponen a nuestros koljosianos? Tú aquí, quieto, y no tires para un lado ni para otro. No, no volverán al campo. En una fábrica, cuando se estropea una máquina, ponen otra. Pero, en los pueblos, ¿qué se puede poner en lugar de los campesinos? Nada. Conque, es un hecho que el campo tardará mucho en levantar cabeza. Y, sin el campo, Rusia ya no es Rusia. Es más: yo pienso que no hay ningún estado, ninguna potencia, que pueda pasarse sin agricultura. De modo que, hoy por hoy, no sé a dónde iremos a parar. Y nadie lo sabe. Así es, Varvara Serguéievna.

Difícil habría sido decir cómo y de qué vivía el matrimonio. Cultivaban patatas y coles, productos de primerísima necesidad. «No es que estés alimentado, pero tampoco te mueres de hambre», decía Evdokía Kárpovna, y levantaba hacia el marido sus ojos descoloridos. Vivían en la pobreza habitual, de siempre, en que había vivido el campesino ruso desde tiempo inmemorial. Y también era secular la resignación con que aceptaban su destino. Cuando disparaban cerca, Afinoguen Guerásimovich ni siquiera volvía la cabeza. La guerra era para eso, para disparar. En cuanto a los aviones, determinaba al instante de quién eran y decía tranquilamente «es nuestro» o bien «ahí viene Hitler». Y no pensaba en si bombardearían la aldea: eso era cuestión de suerte.

Varia se desplazaba con frecuencia a las divisiones. El sector del 13 Ejército se consideraba el más amenazado. Ocupaban la primera línea cuatro divisiones protegidas por un campo de minas. Igual que delante de Moscú, decenas de miles de personas cavaban día y noche trincheras, pasos de comunicación, fosos antitanque, abrigos y refugios. La tierra es el blindaje de la infantería, solía decir el coronel Koléznikov, jefe de Varia. Se procedía a acondicionar posiciones de tiro para los fusiles antitanque y las ametralladoras ligeras y pesadas, a adecuar para la defensa las laderas de los barrancos y las márgenes de los ríos, a reparar los puentes y los caminos.

El verano era lluvioso, hacía bochorno y, los días de sol, apretaba el calor. En la primera línea, los soldados trabajaban con las botas puestas, pero desnudos de cintura para arriba; las mujeres y las muchachas de las aldeas, con pañuelo blanco a la cabeza, blusa y falda larga, pero descalzas, aunque la arcilla pegada a sus pies los ponía como unos zuecos de color ocre. De vez en cuando miraban hacia arriba por si venían aviones alemanes.

Cuando se desplazaba, Varia recogía su rancho en frío y se lo dejaba al matrimonio: a ella, ya le darían de comer donde fuera. Afinoguen Guerásimovich decía contemplando las latas de carne:

-Conservas... Están muy bien éstas de los americanos. Los alemanes también tenían conservas, y por ahí andan tiradas muchas latas vacías, pero no eran bonitas como éstas. En cuanto al sabor... nunca nos las dieron a probar. Y usted no debe privarse por nosotros, Varvara Serguéievna. Nosotros podemos ir tirando, pero usted es joven, necesita comer.

A su regreso, Varia encontraba el paquete sin tocar. Se sentaba con ellos a la mesa, les hacía abrir una lata de carne, limpiar un arenque salado, y entonces comían.

-Tiene buen corazón, Varvara Serguéievna -decía Afinoguen Guerásimovich-: cómo se preocupa por nosotros.

Evdokía Kárpovna fregaba luego las latas vacías y las colocaba en la repisa de la estufa. «Se puede una mirar en ellas como en un espejo. Son preciosas... » Se volvía cariñosamente hacia Varia:

-Tú sí que eres preciosa y buena. ¿Y tu marido también es militar?

-Sí.

-Hijos, ya los tendréis si Dios quiere. En la otra guerra, no había más mujeres que las hermanitas de la caridad. Pero, mujeres que fueran oficial, que llevaran un revólver, como tú, no las había. No. ¿Es que ahora no hay bastantes hombres?

-Esto viene de cuando la guerra civil -explicaba Afinoguen Guerásimovich-. Entonces también había mujeres con mando. ¿No te acuerdas de una comisaria que vino por aquí? Llevaba un abrigo de cuero y el revólver colgado de

una correa. Era judía, o armenia, quizá, pero muy decidida. Y le gustaba la justicia. Ella no consentía ninguna barrabasada. ¡Qué va!

-Tú, ten cuidado -le recomendaba Evdokía Kárpovna-. No te expongas sin necesidad

-No lo haré -reía Varia.

Una mañana, ya camino del estado mayor, volvió la cabeza y sorprendió a Evdokía Kárpovna, delante de la puerta, bendiciéndola desde lejos. La mujer se quedó con la mano levantada, confusa, porque no esperaba que Varia se volviera.

34

También solía ir Varia, para consultar algo con Telianer, a Svoboda, un poblado donde se encontraba el estado mayor del frente. Telianer era ya teniente coronel, el uniforme seguía sentándole tan mal como antes, pero entonces pasaba desapercibido entre civiles como él convertidos en militares, mientras que allí, entre los atildados oficiales de estado mayor, saltaba a la vista con sus botas de kersey -no había sido capaz de conseguir unas de cuero- y la guerrera, que no era de su talla. Sin embargo, también allí desempeñaba Telianer un papel importante: había organizado la fabricación de piezas de hormigón para las obras de defensa, y bastaba con transportarlas a las posiciones y montarlas allí.

Varia controlaba, en el 13 Ejército, la llegada de las piezas y su montaje. Raro era el día que no surgía algún contratiempo: o se retrasaba el transporte o faltaba alguna pieza. Varia se ponía a telefonear a todas partes, pero antes que a nadie a Telianer, que la ayudaba a salir del apuro.

La línea del 13 Ejército se extendía sobre 32 kilómetros, ocho de los cuales correspondían a cada una de sus cuatro divisiones. En el segundo escalón había dos divisiones más, una de ellas mandada por Maxim. Tenía su estado mayor en un bosquecillo próximo a una aldea. Allí se detenía Varia cuando iba a la primera línea porque se encontraba muy cerca de cualquiera de las divisiones y Maxim nunca le negaba un medio de transporte. Varia le telefoneaba al final de la jornada y él mandaba su Willis a recogerla. El coronel Kolésnikov, su jefe, le decía a Varia en broma: «¿Usted es subordinada mía o del general Kostin?».

Sabía que Varia era cuñada de Kostin, igual que lo sabían todos, pero Maxim, para evitar chismorreos, no dejaba a Varia en un refugio por la noche, sino que le buscaba alguna chabola, aunque fuese muy pequeña y hubiera que moverse dentro agachando la cabeza.

Maxim se pasaba el día entre los regimientos, preparando a las tropas para los combates en ciernes, volvía por la noche a la división, reunía a los oficiales de estado mayor, les impartía tareas, escuchaba sus informes. Varia asistía a estas reuniones. Maxim hablaba siempre de asuntos concretos, sencilla y afablemente, sin levantar la voz, y así se ganaba a la gente que le escuchaba.

Después de la reunión sólo quedaban el jefe de estado mayor, el suplente para la parte política, el suplente para los servicios de retaguardia, Varia y, en ocasiones, algún representante del ejército o del frente, porque Maxim también sabía mantener buenas relaciones con sus superiores.

Cenaban. El refugio de Maxim era amplio y cómodo. Se escuchaba el zumbido de un motor que funcionaba allí cerca, dando luz al refugio, y que era desconectado en cuanto Maxim se acostaba. Durante la cena se hablaba nuevamente de los asuntos habituales. Varia procuraba no quedarse mucho tiempo, se despedía, iba a su chabola y, a primera hora, volvía a las líneas o regresaba al estado mayor del frente.

A veces se les presentaba la ocasión de hablar a solas. Sin dureza, pero de un modo firme y claro, Maxim le había dado a entender que allí estaban fuera de lugar las conversaciones sobre temas políticos, y Varia no los sacaba a colación. Recordaban Moscú, el Arbat, su casa. Maxim le contaba lo que le escribía Nina, lo listo que era Vania. Un día se quedó mirándola con picardía y preguntó:

-¿Sabes a quién he visto hace poco? No te lo puedes imaginar.

-¿A quién?

-A Sasha Pankrátov.

-¿A Sasha? -Se le cortó el aliento-. ¿Dónde le has visto?

-Estuvo aquí. Sentado en ese mismo banco donde estás tú.

Varia le miró, expectante.

-En ese mismo banco -repitió Maxim, y sonrió-. ¡Menudo jefazo! Cualquiera le alcanza: en el estado mayor del frente está. -A mí me dijo Sofía Alexándrovna que le habían movilizado de chófer.

-Ciertamente. Estaba de chófer, pero se distinguió en los combates de Moscú y le ascendieron a oficial. El mariscal Zhúkov en persona le ascendió. ¿Te imaginas?

Seguía sintiéndose orgulloso de Sasha y no lo disimulaba.

-Ingeniero-mayor de la Guardia. Está en la Dirección del Transporte de nuestro frente. Según he podido entender, donde las cosas andan mal, allí mandan a Sasha. Es un buen elemento, tiene experiencia y sabe llevar su cometido hasta el final.

-¿Le dijiste que yo estoy aquí?

-Claro. Estuvimos hablando de todos los amigos y los conocidos.

Que Varia estaba en aquel mismo Ejército, en el estado mayor del cuerpo de Ingenieros, Maxim se lo dijo a Sasha el primer día que se vieron. Sentado frente a él, sacudía la cabeza: «¡Menuda sorpresa! Llevábamos diez años sin vernos, ¿eh?». Estaba conmovido: una vieja amistad no se empaña con el tiempo. Incluso estuvo a punto de contarle que Varia les había llevado un chiquillo al Extremo Oriente y se les ocurrió que quizás estuvieran criando a un hijo de ellos dos. Pero recordó a tiempo lo que dijo Nina una vez: «Me parece que, de verdad, Varia sólo ha amado a Sasha». Y pensó que mejor sería no meterse en asuntos tan delicados. Pero que Varia estaba casada, sí se lo mencionó. Que antes de la guerra habían estado en su casa de la calle Gorki -un piso estupendo-, que vivían bien, que el marido era un arquitecto famoso y ahora general mayor. Sasha escuchó todo aquello con calma, sin preguntar nada más, sin pedir detalles. Y Maxim se reafirmó en la idea de que el enamoramiento de Varia pertenecía ya al pasado remoto, a su infancia. Por eso le contó a Varia tan tranquila y normalmente su encuentro con Sasha. Sólo se permitió guiñar un poco un ojo como diciendo: «De chiquilla, tú estuviste enamorada de Sasha, ¿a que sí?».

Pero la reacción de Varia le chocó un poco. «¿Le dijiste que yo estoy aquí?» Se conoce que las mujeres son sensibles a sus recuerdos. En fin, eran adultos y ya aclararían las cosas...

De manera que Sasha estaba allí. Y sabía que ella también. Recorría el frente, iba a los distintos Ejércitos. Podía haberse acercado a verla. Simplemente. ¡Tantas cosas les unían! ¿Qué importaba que estuviera ella casada? ¿No podían ser amigos? Ella no aspiraba a nada. Se había resignado. Sólo deseaba verle vivo. En el frente, todos procuran encontrarse con algún paisano. Los moscovitas buscan a los moscovitas, los de Leningrado a los de Leningrado. Algo les une. Quizá la añoranza de su tierra natal. Le dicen a un zapador de Vologda que en la compañía vecina también hay uno de Vologda, y corriendo va a verle. Pero ella y Sasha... Hoy estaban vivos. Mañana podían estar muertos... En una guerra tan espantosa, ¿cómo no procurar verse si existe esa posibilidad, quizá la última? Decir sencillamente: «Hola, Varia. He sabido que estabas aquí y me he acercado». Y ella le contestaría: «¡Qué bien has hecho! ¡Pero, qué bien! Maxim me habló de ti y yo esperaba que vinieras». Estarían charlando un rato, él se marcharía nuevamente, quizá por mucho tiempo, quizá para no volver a verse ya nunca, porque estaban en la guerra, y de todas maneras ese encuentro sería un alivio, un rayo de luz. ¡Cuánto peso se le quitaría del alma!

Pero Sasha no iba a verla. Y Varia se decidió a tomar ella la iniciativa. ¿Por qué no? Se encontraba en el estado mayor del frente y se había acercado: «Hola, Sasha... ».

Sin embargo, a comienzos de junio terminaron los principales trabajos de fortificación en las líneas, toda la documentación estaba en orden y no había motivo para ir al estado mayor del frente. De todas maneras, Varia telefoneó a Telianer para pedirle que la llamara con cualquier pretexto. Tomó el teléfono el coronel Svinkin, le dijo que Telianer volvería dentro de tres días y le preguntó si podía ayudarla en algo.

-No, gracias. No es nada de particular -contestó Varia-. Quería precisar algunas cosas con David Abrámovich. Está bien. Llamaré dentro de tres días.

Pero Varia no consiguió telefonear a Telianer ni ir a verle y, por lo tanto, tampoco ver a Sasha.

Junio fue un mes tenso, de grandes combates aéreos. El Cuartel General previno de la posibilidad de una ofensiva alemana para el 2 de julio. Las tropas recibieron la orden de máxima alerta y el personal del estado mayor de ingenieros, la de permanecer en sus puestos.

El 2 de julio no se produjo la ofensiva alemana. Todo pareció calmarse, pero Varia no pudo ir donde Telianer por otra razón. La 15 división, que ocupaba el flanco izquierdo del 13 Ejército, había pasado parte de su sector a la 132 división, y ésta se quejó de que algunas fortificaciones no se hallaban en estado satisfactorio. Las cuestiones como aquella se consideraban fenómeno corriente y solían solucionarse sin dificultad. Pero la 132 división pertenecía a otro ejército, el 70, y se encontraba en el punto más vulnerable de la defensa, en la junción entre los dos Ejércitos, y por eso afectaba a ambos.

La cuestión no había surgido entonces, pero transcurrió un mes mientras la discutían a nivel de las divisiones y luego de los Ejércitos y ahora se recibió la orden del estado mayor del frente:

«Aclarar, subsanar, informar. Plazo: cinco días».

El coronel Koléshnikov, jefe inmediato de Varia, la llamó porque ella respondía de los trabajos de fortificación realizados en la 15 división y toda la documentación estaba en su poder. Koléshnikov no tenía su aire alegre y bromista de siempre. Le tendió a Varia la orden del estado mayor del frente.

-Lea usted.

Varia leyó, se encogió de hombros.

-No ha habido reclamaciones de nuestra división y de pronto se queja la de al lado.

-Un favor que nos ha hecho nuestro colega Vitvinin. Ahora hablaré con él. El coronel Vitvinin era jefe del cuerpo de ingenieros del 70 Ejército, de donde partía la queja. Sonó el teléfono. Kolésnikov tomó el auricular. Era el coronel Vitvinin. Hablaban sin mencionar los números de las divisiones o los Ejércitos, ni tampoco la posición de las líneas, pero Varia lo comprendía todo.

-Mañana saldrá un representante nuestro para allá. Envíen a uno suyo -concluyó Kolésnikov, y dejó el auricular-. Quiere justificarse diciendo que se han quejado sin consultarle. Ni que fuéramos tontos... Bueno, Varvara Serguéievna, hoy han salido ya todos nuestros coches, conque prepare toda la documentación, vaya por la mañana al estado mayor de la 15 división y, desde allí, al lugar de referencia en compañía del ingeniero de la división. Yo le avisaré. Si hay algún fallo, se subsana. Eso mismo le he dicho al ingeniero de la división.

-Fallos nuestros no hay -afirmó Varia.

-Es posible, es posible... Pero el conflicto tiene que solucionarse y usted debe traer un acta firmada por los representantes de la división. No discuta si nos corresponde a nosotros o les incumbe a ellos hacerlo. Lo esencial es que no vuelva sin el acta firmada. Le daré un coche, pero sólo hasta el estado mayor de la 15 división. Luego, que le proporcionen ellos transporte y cuando regrese a su estado mayor me telefonea y le mandaré otro. Si encuentra uno que venga de paso, mejor.

Varia salió para la 15 división a primera hora del 3 de julio. El camino de siempre: camiones, coches ligeros de estado mayor, puestos de control. Cosa extraña, no volaban aviones alemanes; sólo aparatos soviéticos. Por temor a que Kolésnikov no mandara un coche a recogerla, Varia se detuvo en la unidad de Maxim para advertirle de que quizá necesitara su ayuda.

Maxim estaba delante de su refugio, dispuesto a marcharse en su Willis.

Cuando Varia le dijo adónde iba, profirió, contrariado:

-¿Tenían que mandarte a ti? ¿No hay hombres en vuestro departamento?

-Es mi sector.

-No importa. La situación es inquietante. Esperábamos su ofensiva ayer. No se produjo, pero puede producirse en cualquier momento.

-¿Para qué vamos a hablar, Maxim, si ya estoy aquí? Pero, temo que mi jefe no mande un coche a buscarme. Por si acaso, hazlo tú y, desde aquí, ya llegaré a mi departamento.

-«Por si acaso» -rezongó Maxim-. Claro que mandaré a buscarte.

-Diré: «Habla Ivanova», y tú comprenderás que estoy en el estado mayor de la 15, con el ingeniero de la división. ¿Estás de acuerdo?

-De acuerdo. Si yo no estoy, telefonea al jefe de estado mayor o a Velizhánov, el ingeniero de nuestra división. Yo se lo advertiré. ¿Cuánto tiempo pasarás allá?

-No lo sé. Si hace falta retocar algo, tres o cuatro días.

-De noche, no te quedes en ningún regimiento. Vuelve al estado mayor de la división.

-No estaré en el territorio de la nuestra, sino de la 132.

-Eso no importa. Ya te encontrarán un sitio.

35

En cuanto supo que Varia servía en el 13 Ejército, allá fue Sasha.

No se paró a pensar en lo que le diría. «Me enteré de que estabas aquí, y he venido a verte», quizá. Había pasado ya todo lo que hubo entre ellos o, mejor dicho, lo que pudo ocurrir pero no ocurrió. Las cartas, la espera de un encuentro, los celos, los agravios... Todo había desaparecido, se había esfumado en el tiempo.

Sólo quedaba el recuerdo de la juventud y la alegría de diez años atrás, cuando Sasha se refugiaba en el cuarto de las hermanas y Varia, que todavía iba a la escuela, le explicaba cómo apuntaba las chuletas en las rodillas. Y su terminante declaración de adolescente: «Yo, a quien expulsaría es a todos esos miserables que sólo están pensando en perjudicar a los demás». Y cómo cantaba, en respuesta a las amonestaciones de su hermana: «Florecilla olorosa de las praderas, tu risa es más dulce que los trinos... ».

Una chiquilla que quería demostrar su carácter.

Posiblemente le dijera sólo: «Perdona lo de aquella conversación telefónica desde Kalinin. Pero la vida se me ponía tan mal». Aunque, quizá fuese superflua cualquier explicación: para ella también había pasado aquella época.

Pero, seguramente sería agradable encontrarse con una persona de la juventud, del pasado, que, desde el actual presente sangriento, se veía bello y jubiloso a pesar de todo. «Florecilla olorosa de las praderas...» A los acordes de esa canción habían bailado en el Sotanillo del Arbat. Y ella le invitó a ir a patinar. No resultó, como tampoco resultó nada de lo que proyectaban entonces.

No encontró a Varia en el estado mayor. Le dijeron que estaba «con las tropas». Luego, durante dos semanas, no tuvo ocasión ni tiempo de desplazarse al 13 Ejército. En un breve plazo, llegaron alrededor de cien mil vagones y plataformas con artillería, tanques, municiones, combustible, víveres, equipos. Para el servicio de transporte, eso representaba decenas de miles de viajes diarios bajo las bombas de los aviones, por caminos destrozados, vadeando ríos donde los puentes estaban destruidos... Viajes de largas distancias, ya que las retaguardias alcanzaban una profundidad de trescientos cincuenta o cuatrocientos kilómetros. Faltaban repuestos, neumáticos, combustible, pero todo era: «¡Venga, venga, deprisa!». Nadie quería escuchar ninguna explicación.

Igual que los demás ingenieros de la Dirección, Sasha se hacía cargo del nuevo material de transporte, formaba batallones y compañías, bases móviles de reparaciones; acudía a la vía férrea, donde la concentración de camiones atraía a la aviación enemiga y, por eso, todos los chóferes trataban de colarse delante. Había que poner orden, cosa que Sasha había aprendido a hacer en dos años de frente, y la gente le obedecía.

Así iba de un lado para otro en su Opel de trofeo. Lo encontró tirado en Stalingrado, lo reparó y lo conservó contra viento y marea porque tan pronto resultaba que le correspondía o no le correspondía coche personal por su rango. Y también conservaba de chófer a Nikolái Jalshin, el único que quedaba de la compañía después de los combates y de la reorganización. A Ovsíánnikov no le pudieron salvar y murió en el hospital de Pronsk. Sasha sintió mucho la pérdida de aquel magnífico muchacho que apenas empezaba a vivir. Cerca de Yújnov cayeron Churakov y Ruslán Streltsov. Pero Nikolái se salvó y ahora era su chófer, su asistente, su enlace, un hombre de confianza, seguro.

Para los documentos de atestación, Sasha tuvo que cumplimentar un cuestionario -¿qué remedio?-y hacer constar su antecedente penal -¿qué remedio también?-, pero no pasó nada. No era el único que se hallaba en esa situación y los «órganos» se comportaban con cautela, rodeados como estaban de hombres armados. O quizás influyera el nombre de Zhúkov, que fue quien ascendió a Sasha de soldado raso a oficial.

Sólo a comienzos de julio tuvo ocasión Sasha de ir al 13 Ejército. Llegaban nuevas máquinas americanas - Studebaker, Chevrolet, Dodge-, que se entregaban a los mejores conductores. Pero en el ejército siempre había escasez de chóferes y se permitió echar mano de los que se encontraran en los batallones de castigo. Una operación peliaguda, pero hacían falta chóferes y se podía salvar de la muerte a unos cuantos hombres por lo menos.

Sasha llegó con dos tenientes a un batallón de castigo del 13 Ejército. Hicieron formar a la primera compañía. Sasha ordenó: «Los que sepan conducir un paso al frente». La compañía entera dio un paso al frente. Sasha contemplaba los rostros de aquellos hombres condenados, que le miraban con súplica y esperanza porque conducir un coche era la única posibilidad que tenían de conservar la vida. Ellos no eran culpables de nada. Estaban pagando los errores y los fracasos del mando. Para la «exploración activa» les hacían avanzar por el terreno descubierto, el enemigo disparaba contra ellos, los exterminaba a todos, pero los nuestros localizaban sus posiciones de fuego, las destruían y entonces emprendían el verdadero ataque. Una práctica implacable de aquella guerra.

Ninguno tenía permiso de conducir: «lo he perdido», «me lo quitaron al detenerme», «trabajaba de tractorista en un koljós y a veces he conducido un camión». Trajeron dos camiones. Se ponía uno al volante y, a su lado, subía un teniente para ver cómo conducía. En todo el batallón sólo encontraron a diecisiete hombres que fueran capaces, por lo menos, de poner el coche en marcha y conducirlo unos metros.

Terminaron hacia las tres de la tarde. Estaban a 4 de julio. Sasha dejó a los chóferes seleccionados con el representante del batallón de transporte y fue al estado mayor del cuerpo de ingenieros del 13 Ejército. La capitán Ivanova está de nuevo en las tropas. Sin más precisiones: un oficial desconocido, que venía para un asunto personal, ¿qué necesidad tenía de enterarse de más?

-Mala suerte -sonrió Sasha-. Éramos vecinos en Moscú.

Esperaba ablandar a los del estado mayor. «Las tropas» quería decir las divisiones. En el ejército había seis. Con que le dieran el número encontraría antes a Varia. Pero no consiguió nada. Sasha se dirigió a la división más cercana, la que mandaba Maxim. Quizás estuviera Varia allí. Si no estaba, Maxim le ordenaría a su ingeniero que la buscara. Su encuentro se demoraría unas horas más, pero no importaba. Lo esencial era verla.

El calor había cedido y hacía una tarde sorprendentemente apacible, sin aviones, sin tiros, como si no hubiera guerra. Se ponía el sol, proyectando largas sombras sobre el camino. A su derecha había un bosque, a la izquierda, una llanura ondulosa y más allá, en el horizonte, pequeños sotos.

En el puesto de control, una muchacha que regulaba el tráfico levantó su banderín amarillo, le detuvo, pidió la documentación.

-¿Y no se pasa sin documentación? -preguntó Sasha en broma.

-No se pasa. Ésa es la orden.

Graciosa muchacha, con gorro, guerrera, falda azul y botitas altas.

Reanudaron la marcha. Seguían viéndose las lomas y los sotos hasta donde llegaba un enorme foso antitanque cruzando el campo en zigzag. Varias bengalas iluminaron el cielo: dos verdes, una de color naranja, una blanca, otras dos verdes. Eran bengalas alemanas. La primera línea estaba cerca.

El ayudante no dejó pasar a Sasha.

-El general está de reunión. Tendrá usted que esperar.

El teléfono sonaba a menudo. El ayudante tomaba algunas notas, a veces le pasaba la comunicación a Maxim. Cerca de allí, la voz monótona de un radista repetía: «Aquí Halcón, aquí Halcón. ¿Cómo me recibes? Cambio...».

Por fin se abrió la puerta, dando paso a tres coroneles: el jefe de estado mayor, el suplente para los servicios de retaguardia y, al parecer, el suplente para la parte política. Por su aire preocupado, Sasha comprendió que algo había sucedido.

Se asomó Maxim, indicó secamente a Sasha:

-Pasa, mayor.

Había mapas extendidos sobre la mesa. Maxim se sentó y ofreció asiento a Sasha.

-Lo que voy a decirte no es para divulgarlo. En la franja de la 15 división, unos exploradores al mando del teniente Mileshkin han capturado a un zapador alemán de apellido Fermello. Los alemanes han desactivado los campos de minas. El zapador dice que el ataque está fijado para el 5 de julio a las tres de la madrugada, o sea, para esta noche. Me parece que la cosa es seria. Conque, termina los asuntos que te traigan por aquí y vuelve a tu estado mayor.

-El único asunto que me trae aquí es que debo ver a Varia. Me han dicho que estaba en una división y he pensado que quizá fuera la tuya.

Maxim tardó un poco en contestar.

-Varia estuvo aquí ayer y se marchó a la 15 división, la misma donde han capturado al zapador alemán. No sé qué conflicto tienen con la unidad vecina. Me dijo que telefonearía, pero no lo ha hecho. Y en la situación actual, es posible que no le den comunicación: hay cosas más importantes de las que hablar. Yo le mandé a nuestro ingeniero que se enterase por su línea de dónde está Varia y me ha dicho: «Ha salido para la 132 división». Como tú sabes, la 132 no pertenece a nuestro Ejército, sino al 70. -Señaló el teléfono-. Hace una hora he hablado con el coronel Dzhanzhatova, el jefe de la 15 Y le he preguntado por Varia, aunque, como comprenderás, el momento no es demasiado apropiado para hacer esas preguntas. Me ha contestado lo mismo: que ha ido a la división vecina con el ingeniero de la 15.

-¿Quieres señalarme en el mapa dónde puede estar?

Maxim extendió un mapa.

-Mira: Krásnaia Zariá y Krasni Úgolok, ¿ves? Aquí está la junción de los dos Ejércitos, aquí es donde los ingenieros deben aclarar su malentendido y aquí es, creo yo, donde los alemanes van a descargar el golpe. Apparentemente, avanzarán en dirección Oljovatka. ¿Piensas ir allá?

-Naturalmente. Y más en estas circunstancias.

Maxim frunció el ceño:

-Hay que orientarse bien. Son muchos kilómetros de frente y si los alemanes empiezan la ofensiva acabará despidiéndote. Primero hay que saber dónde está. Ve a ver a nuestro ingeniero: él tiene sus contactos y te ayudará.

-¿Puedo registrar aquí mi hoja de ruta? -preguntó Sasha.

-Mi ayudante se encargará de todo.

El ingeniero de la división, Velizhánov, un mayor alto, de unos treinta años, bien parecido, acogió a Sasha afablemente. En sus ojos azules se leía simpatía y deseo de ayudar; pero, desgraciadamente, no pudo decirle nada nuevo. Se limitó a repetir lo mismo que Sasha sabía por Maxim.

-Quizás haya vuelto a su estado mayor. Vamos a llamar.

Tomó el auricular, pidió un número.

-Enseguida nos comunicarán.

Miraba a Sasha sonriendo, y Sasha no lograba entender si aquel hombre era amable por naturaleza o porque él venía de parte del jefe de la división. Sabía, naturalmente, que Varia era cuñada suya y también sabía quién era el marido de Varia porque su nombre era bien conocido en el cuerpo de ingenieros. Pero no se atrevía a preguntar qué relación tenía el mayor Pankrátov con ellos. El general había dado una orden y él debía cumplirla sin hacer preguntas. A Sasha le sorprendió el refugio de Velizhánov: era estrecho, húmedo, olía a tierra. Por lo general, los ingenieros construían buenos refugios para ellos.

Con estas observaciones trataba Sasha de sofocar su inquietud. Varia estaba en la primera línea. ¿Cómo saldría de allí si los alemanes comenzaban la ofensiva? Nadie se preocuparía de ella. Tenía que reunirse con ella a toda costa.

-Aló, aló... Sí... Bien, entendido, gracias.

Velizhánov dejó el auricular y suspiró:

-Varvara Serguéievna no ha regresado de su comisión de servicio. Creo que se debe esperar. Todo se aclarará por la mañana. Sasha colocó su mapa delante de Velizhánov. -Indíqueme cómo llegar a Krásnaia Zariá y Krasni Úgolok, tenga la bondad.

-Se puede llegar por varios caminos.

Velizhánov trazó varios itinerarios, señaló los poblados, dejó el lápiz y miró gravemente a Sasha.

-Debo advertirle, mayor, que no encontrará usted a Varvara Serguéievna en Krásnaia Zariá ni en Krasni Úgolok. Las tropas han ocupado sus posiciones de combate, todas las personas que no tienen relación directa con las acciones han sido alejadas de allí y no sabemos adónde habrán enviado a Varvara Serguéievna. Buscarla ahora por el frente sería igual que buscar una aguja en un pajar. Además, que no podrá llegar a ninguna parte de noche. Se despistará por los caminos, encenderá los faros y los alemanes le localizarán. Sin contar con que nadie le dejará penetrar hasta las líneas de combate. Hay que esperar hasta mañana, que se aclare la situación y, por lo menos, se vea el camino.

Sasha se despidió de Velizhánov. Disimulado en un bosquecillo, el estado mayor estaba silencioso. El aire era tibio, el cielo estaba tachonado de estrellas. Si los alemanes comenzaban la ofensiva, tendrían una noche adecuada.

-¿Adónde vamos? -preguntó Nikolái como de costumbre.

-Mira, Nikolái, tengo que ir a la 15 división. La primera línea no está tranquila y como se trata de un asunto mío personal, no tengo derecho a exponerte a ti. Iré solo.

Nikolái inclinó la cabeza sobre las manos, que tenía cruzadas encima del volante, y se volvió hacia Sasha:

-De eso, ni hablar. Donde vaya usted iré yo.

-Bueno, yo te he prevenido. Ahora, vamos a descabezar un sueño.

Nikolái se tendió en el asiento delantero y Sasha se acomodó en el de atrás. Se aflojó un poco el cinto, trajo la pistola hacia delante, se echó de costado y se quedó dormido. A las tres de la madrugada los despertó el estruendo de los cañones. Era tan fuerte que no podían oírse el uno al otro.

Las tropas del Frente del Centro habían desencadenado una potente contrapreparación artillera que retardó dos horas y media la ofensiva de los alemanes.

36

Los alemanes comenzaron la ofensiva a las cinco horas y treinta minutos de la mañana. Apoyados por la artillería y la aviación, los potentes tanques «tigre», bajos de alzada, anchos de frente, con los cañones de sus piezas vorazmente alargados, avanzaban en cuñas que protegían los tanques medianos y los coches blindados. Se detenían de vez en cuando y entonces se apeaba la infantería y se lanzaba al ataque. Los bombarderos llegaban en grupos de cincuenta a cien aparatos. Con las sirenas en marcha, los Junkers picaban sobre las posiciones del 13 Y del 70 Ejércitos. Las explosiones, el rugido de los motores, el silbido de los cascos de metralla, los estallidos de los proyectiles, las minas y las bombas lo atronaban todo, la gente se entendía por gestos, columnas de humo y de fuego ocultaban el cielo.

A las tres de la madrugada, cuando comenzó la contrapreparación artillera, el mayor Velizhánov le lanzó a Sasha mientras corría con otros oficiales hacia el refugio de Maxim:

-Ahora veremos cómo está la situación.

Tuvieron que esperar un buen rato. Nikolái cabeceaba, con las manos sobre el volante. Sasha iba y venía junto al coche, a veces se sentaba sin cerrar la portezuela. El estruendo de la batalla se escuchaba distintamente. El resplandor de los incendios ocultaba el horizonte.

A las siete de la mañana salió Maxim del refugio y al instante vino el Willis a su encuentro desde el bosquecillo. Maxim se marchó y también casi todos los oficiales. Apareció Velizhánov, llamó a Sasha y extendió un mapa delante de él.

-Vea usted cómo están las cosas, mayor. En el sector de nuestro ejército, el enemigo ha penetrado en el dispositivo de la 15 división y se mueve en dirección Oljovatka. El estado mayor de la 15 ha sido desplazado. En el sector del 70 Ejército, el enemigo ataca hacia Krásnaia Zariá-Krasni Úgolok. El estado mayor de la 132 división también ha sido desplazado. No sabemos dónde se encuentra Varvara Serguéievna. Si el enemigo llega hasta la segunda línea, nuestra división entrará hoy en combate. -Miró significativamente a Sasha-. El general ha salido ya para el puesto de mando.

-¿Qué me aconseja usted?

-Si sale usted ahora en su busca no la encontrará y quedará incomunicado porque nadie le permitirá utilizar un teléfono ni una radio. Le aconsejo que de momento no se desplace, ya que desde aquí se ve más clara la situación y es posible establecer alguna comunicación. Veremos cómo se desarrollan los acontecimientos.

Entró un soldado de ordenanza.

-Camarada mayor, le llama urgentemente el jefe de estado mayor.

-Quizá me entere de algo -dijo Velizhánov. Sasha iba y venía junto al coche. Estaba perdiendo tiempo, estaba perdiendo horas, pero más tiempo perdería moviéndose a ciegas en la barahúnda de las acciones militares, sin saber dónde estaba Varia. Había que esperar, quizá le diera Velizhánov algún dato, algo a lo que aferrarse. Y miraba con impaciencia hacia el refugio del jefe de estado mayor, esperando a que apareciera Velizhánov.

Tenía sed. Le pidió agua a Nikolái, que era precavido y siempre llevaba dos bidones: uno con gasolina y otro con agua: «Si de pronto tiene un escape el radiador, siempre es un remedio...». Llenó una jarra para Sasha.

Por fin salió Velizhánov, bajó con Sasha a su refugio, extendió otra vez el mapa.

-El enemigo sigue avanzando hacia Oljovatka. La 15 división se ha replegado a la segunda línea. La 132 se repliega a la línea Degtiarni-Rúdovo. -Señaló en el mapa-. Kochin, el ingeniero de la 15, todavía no ha llegado, pero le esperan. Eso permite pensar que quizá se encuentre Varvara Serguéievna con él.

Sasha señaló en su mapa las aldeas que había nombrado Velizhánov, así como todos los caminos rurales y los que cruzaban los campos y los bosques: el de Velizhánov era un mapa a gran escala.

-¿Insiste en marcharse? -preguntó Velizhánov.

-Sí.

-Desplazarse por el frente durante un combate...

-Sí. -Sasha le tendió la mano-. Gracias por su ayuda.

-Le deseo suerte. Y otra cosa -volvió a señalar en el mapa-: ¿Ve usted este pequeño bosque? Si el estado mayor de la 15 división se ha desplazado, estará aquí, que es donde tiene su puesto de mando de reserva. Y si el mayor Kochin ha vuelto, habrá ido a este bosquecillo. Claro que todo esto son suposiciones, pero puede servir de orientación. Cuando vea a Varvara Serguéievna, transmítale un saludo de mi parte. -Velizhánov levantó hacia Sasha sus grandes ojos azules-. Si me permite una pregunta indiscreta, mayor, ¿es pariente suya?

-Es mi hermana -contestó Sasha.

La artillería -alemana y soviética- disparaba con toda su potencia, disparaban los tigres, los Junkers arrojaban sus bombas ya sobre la segunda línea de defensa y habían entrado en acción los cazas y los tanques soviéticos. A Sasha le paraban en los controles, comprobaban su documentación, le preguntaban adónde iba, le retenían mucho tiempo. Sasha presentaba la hoja de ruta, que había registrado en la división de Maxim, citaba los números de los batallones de transporte, cuya posición conocía perfectamente.

Por fin llegó Sasha hasta el bosquecillo que le había indicado Velizhánov. Refugios y chabolas, camiones de estado mayor sin descargar, soldados de transmisiones tendiendo cables, otros trajinando por el bosque... El ajetreo de un estado mayor recién llegado a un lugar sin saber si se quedará allí algún tiempo o tendrá que seguir replegándose ese mismo día. Ni siquiera le pidió nadie a Sasha que se identificara. Preguntó por el mayor Kochin y le señalaron a un mayor obeso, de mediana edad, sentado cerca de un refugio, con un brazo en cabestrillo, que señalaba algo en un mapa a un teniente de pie a su lado. Ambos llevaban en las charreteras dos pequeñas hachas cruzadas: ingenieros. Sasha se acercó, se presentó y le preguntó si era el mayor Kochin.

-Sí, soy yo.

Agitaba los párpados, ribeteados por las bolitas negras de las pestañas chamuscadas hasta la raíz, lo mismo que las cejas. Kochin hacía muecas al menor movimiento porque sin duda le dolían el brazo y la cara.

-Me ha dirigido a usted el mayor Velizhánov -dijo Sasha-. Estoy buscando a la ingeniero-capitán Ivanova, Varvara Serguéievna.

-Varvara Serguéievna está herida -dijo Kochin-: un casco de metralla en la parte derecha de la caja torácica. Aparentemente está interesado un pulmón y ha perdido mucha sangre. He podido llevarla a Rúdovo, al puesto sanitario del batallón. El practicante estima que su estado es grave, pero ha prometido que hoy la evacuarán al puesto sanitario del regimiento. Quizá logren salvarla.

Sasha no hizo un solo movimiento. ¡Había llegado tarde!

-Sería necesario llevarla inmediatamente al hospital, pero no hay transporte -continuaba Kochin-. Yo he tenido que volver desde Rúdovo a pie.

Agitó los párpados sin pestañas. Daba pena verle.

-Varvara Serguéievna tuvo una discusión con los de la división, no quiso volver por la noche al estado mayor, se quedó en un regimiento, y allí ocurrió. Estalló un proyectil de mortero. Menos mal que estaba una enfermera allí cerca y la vendó como pudo.

Sasha sacó el mapa del portaplanos y marcó con Kochin el camino hasta Rúdovo. Era un terreno descubierto, aunque con algunos sotos y bosquecillos.

Caía la tarde cuando Sasha llegó a la aldea de Rúdovo. En un extremo se combatía, ardían algunas isbas, reventaban los proyectiles con estrépito, caían las bombas silbando, estallaban las minas. En el otro extremo, por donde venía Sasha, dos sanitarios transportaban heridos sobre un edredón grande mientras otros llegaban renqueando, apoyándose en sus fusiles. Un practicante ya entrado en años y dos enfermeras los vendaban a toda prisa y los sentaban o los acostaban en un carro.

Nicolái dejó el coche debajo de un árbol. Sasha se dirigió al practicante y le preguntó si estaba allí la ingeniero-capitán Ivanova.

-No tenemos tiempo para apuntar los apellidos -contestó el practicante sin dejar de vendar a un herido-, pero aquí hay una mujer con grado de oficial. -Señaló la última casa-: Allí está. Ya le hemos hecho una cura.

Sasha entró en la casa. Varia yacía en el suelo, sobre una capa de paja. Tenía la guerrera desgarrada, un hombro y el pecho vendados y los ojos cerrados. Sasha se arrodilló, tomó una de sus manos entre las suyas. Estaba fría... Contemplaba su rostro y, a través de los rasgos desfigurados por el dolor, a través de la palidez cadavérica, a través de los diez años transcurridos, veía a la Varia de entonces, a la chiquilla de labios abultados que soplaba para apartarse el flequillo de la frente. De rodillas, sostenía una de sus manos y la miraba, desesperado porque no podía comprender si respiraba o no respiraba, rogando al destino que Varia abriese los ojos.

Y Varia abrió los ojos. Su mirada apagada contemplaba a Sasha y una leve sonrisa aleteó en sus labios:

-Has venido, Sasha...

Y de nuevo cerró los ojos.

37

El combate se acercaba. Los proyectiles reventaban en medio de la calle. El practicante terminó las curas, fue subiendo precipitadamente a los heridos al último carro, a los que podían moverse les dijo que caminaran agarrados a los varales, le gritó al carrero: «¡En marcha!». Mientras guardaba las vendas, el algodón y el yodo en su bolsa, le dijo a Sasha:

-Informé al regimiento de que había una mujer, capitán, gravemente herida y pedí que mandaran un coche para llevarla directamente al batallón sanitario o incluso al hospital, porque la trajeron casi desangrada y no aguantará si la mueven mucho. Pero no lo han mandado. -Llenó su bolsa, la cerró con dificultad-. ¿Qué hacemos ahora? ¿No podría usted llevarla hasta el batallón sanitario o hasta el hospital?

-¿Dónde está el batallón sanitario? ¿Dónde está el hospital?

-¿Quién sabe dónde pueden estar ahora? Nosotros nos replegamos, conquie ellos también. Ya los encontrará. En Gremiachi, en Fatezh... Pregunte por el camino. En el coche, la acuestan de espaldas y le ponen algo debajo de la cabeza. Vayan con cuidado, eviten las sacudidas. El practicante se echó la bolsa al hombro y, sujetándola con una mano y con la otra el portaplanos, corrió detrás del carro.

Entre Sasha y Nicolái llevaron a Varia hasta el coche en una manta, la acostaron en el asiento de atrás y le pusieron un capote enrollado debajo de la cabeza. Sasha sostenía sus piernas, sentado en el suelo del coche. Varia continuaba sin abrir los ojos, aunque se hubiera dicho que a veces se estremecían sus párpados y se le crispaba un poco el rostro. Podía ser una figuración porque cuando la levantaron, la llevaron al coche y la acostaron pareció gemir levemente, pero el estruendo de la artillería no permitía apreciarlo con exactitud.

Se dirigieron a Gremiachi. Si el batallón sanitario se había marchado de allí, irían a Fatezh. En el mapa estaba señalado un pequeño bosque a unos seis kilómetros de Rúdovo. Podrían detenerse, quitar el respaldo del asiento delantero y acomodar mejor a Varia. Los proyectiles levantaban negras columnas de humo, los obuses rompedores reventaban con una llamarada a ras de tierra. El camino estaba todo removido. A Sasha, que sostenía a Varia para amortiguar las sacudidas en los baches, le daba la impresión de que era ya un cuerpo inerte. Observaba su rostro, prestaba oído a su respiración. Aún vivía, pero Sasha sabía que iba a morir.

El camino no estaba tan castigado a lo largo del bosque; pero, detrás de ellos, no cedía el estruendo del combate. Las explosiones, los disparos, las ráfagas de ametralladora, el rugido de los aviones en picado se fundían en un inmenso fragor.

-Vamos a seguir unos cinco kilómetros y nos detendremos.

Sasha apenas pudo terminar la frase... Justo al lado se produjo una explosión, voló la metralla con silbido agudo y se oyó ruido de cristales rotos. El coche pegó un bote y se detuvo. Nicolái se apeó, dio una vuelta alrededor, levantó el capó.

-Está todo destrozado. La bala que había hecho pedazos el cristal delantero y uno lateral no alcanzó a Nicolái.

Sasha se apeó, miró en torno. El cielo estaba iluminado por el resplandor de los incendios y, a la izquierda, destacaban sobre el horizonte unas cajas negras y achaparradas en movimiento: ¡tanques!

-¡Vamos, pronto! -le apremió Sasha.

Trasladaron a Varia al bosque sobre la manta, volvieron, cogieron los capotes, los subfusiles, los macutos, el bidón de agua y también la pala y el hacha, a sabiendas de que las necesitarían.

Llevaron a Varia unos cien metros más lejos. Los proyectiles habían desmochado las copas de los árboles. Por allí andaban tirados trapos, botellas y latas vacías, restos de cajetillas y trozos de periódicos amarillentos impresos en caracteres góticos. Se veía que aquella primavera habían estado allí los alemanes.

Se adentraron en la espesura llevando a Varia y se detuvieron junto a un árbol caído con las raíces al aire. Alrededor, la tierra estaba lisa, limpia, tapizada de hierba verde. Allí tendieron a Varia, colocándole otra vez un capote enrollado debajo de la cabeza. Sasha escuchó: parecía que respiraba. Miró el vendaje: no tenía manchas de sangre recientes. Nikolái echó agua del bidón en un jarro y levantó un poco la cabeza de Varia. De nuevo pareció correr una breve contracción por su rostro. Sasha le vertió en la boca unas gotas, pero no pasaron de sus labios.

-Quizá sea malo -opinó Nikolái-. Podría asfixiarse con el agua.

También ellos se tendieron sobre la tierra. El sol iba poniéndose ya, y en el bosque oscurecía. El aire estaba seco, como si fuera de día, y olía a ajeno. Nikolái encendió una pequeña hoguera, hirvieron un concentrado de copos de trigo. Comieron. El olor de los cereales cocidos y el chisporroteo de las ramas al arder le recordaron a Sasha las hogueras que solían encender en la taiga. Ya no existían los compañeros que iban con él hacia el lugar de confinamiento. A Kártsev, le enterraron en Boguchani. Al indómito Volodia Kvachadze le habrían exterminado indudablemente en los campos. Solovéichik pereció en la taiga. Todos se habían ido. Sólo quedaba él rezagado.

-¿Qué parentesco tiene con ella, camarada mayor? -preguntó Nikolái.

Sasha tardó un poco en contestar. A la misma pregunta de Velizhánov había replicado: «Es mi hermana». No podía decir la verdad porque Velizhánov sabía con quién estaba casada Varia.

-Nos amábamos y nos hemos encontrado al cabo de diez años. Y ya ves de qué manera.

En el bosque había oscurecido.

-Duerma usted un rato mientras yo vigilo -sugirió Nikolái.

-No. Duerme tú primero. Luego me relevas. Ya te despertaré. ¡Llévate el capote!

-Mejor será que se lo eche usted por encima. De noche, hace frío.

-Anda, cógelo y acuéstate. No temas, que no voy a helarme. En cuanto claree, nos pondremos en marcha. Nikolái se tapó con el capote y se quedó dormido. Sasha se inclinó de nuevo sobre Varia: respiraba. Buscó el pulso, y por fin percibió un leve latido. O quizá fuera su propio pulso el que palpitara en sus dedos.

Le había dicho a Nikolái: «En cuanto claree, nos pondremos en camino», pero bien sabía que no se movería de allí porque de la muerte no se escapa. La idea no le asustaba. No quería vivir más. En la vida que siguiera no estaría ya Varia. Todo su pasado, los sufrimientos, las andanzas, todo había desaparecido. Sólo le quedaba Varia. Sostenía su mano, contemplaba su rostro. «Varia», susurró. ¿Y si le oyera? No le había oído. Callaba.

Los árboles no dejaban ver la luna, pero su luz penetraba a través de las hojas, titilaba en el rostro de Varia, y entonces daba la impresión de que movía los labios, de que hablaba consigo misma. Sasha volvió a inclinarse: «Varia». No contestó.

¿Por qué no la llamó a visita, cuando estaba en la Butirka, diciendo que era su prometida? «Me encantaría saber lo que haces ahora...» ¿Por qué no encontró él palabras así? Y desde Kalinin le habló desabridamente. «¿No quieres decirme nada más, Sasha?» Si entonces le hubiera dicho que la amaba, que la esperaba, posiblemente habrían sucedido las cosas de otro modo y ahora no se moriría. Pero no lo dijo.

Y, sin embargo... Las últimas palabras de su vida, se las había dirigido a él. «Has venido, Sasha...» Le esperaba. «Has venido, Sasha... » Había venido y no se marcharía ya.

El rostro de Varia se oscureció de pronto. Una nube había ocultado la luna. A Sasha le pareció que había muerto. Se inclinó hacia su pecho. El corazón parecía latir. La llamó otra vez y tampoco esta vez contestó.

Sasha caminó un poco, luego se recostó contra el árbol caído. Al relente había sucedido un calor seco. Su madre estaría seguramente pensando ahora en él. Le daba pena de su madre.

Un breve roce sacó a Sasha de su abstracción. Nikolái estaba delante de él.

-Camarada mayor... -señaló a Varia.

Sasha se acercó a ella, le levantó un párpado, luego el otro. Varia había muerto.

-Ha terminado, camarada mayor.

Sasha le cerró los ojos a Varia, sacó de los bolsillos de su guerrera la documentación, la cartilla militar, la hoja de comisión de servicio, una pequeña agenda con un lapicerito, lo guardó todo en un bolsillo de su propia guerrera, le cruzó a Varia las manos sobre el pecho y se levantó.

Había amanecido ya. Retumbaba el cañoneo, estallaban las bombas.

Sasha miró en torno, buscó un sitio algo despejado, empuñó una pala, trazó el rectángulo de la fosa echando pequeñas pellas de tierra a los lados y le dijo a Nikolái:

-Coge el hacha y ve cortando las raíces.

Nikolái cortaba las raíces y Sasha iba tras él, cavando con la pala. Así trabajaron una hora, o quizá dos, y excavaron unos treinta o cuarenta centímetros, metidos en la fosa. Nikolái se incorporó de pronto, prestó oído, agarró a Sasha por una manga, tiró de él para protegerse detrás del árbol caído, empuñó un subfusil y le pasó el otro a Sasha: alguien se acercaba, a breves carreras, de árbol en árbol.

-¿Quién va? -gritó Sasha.

-¿Y vosotros, quiénes sois?

-Soviéticos.

De detrás de los árboles salieron dos soldados con fusil. Viendo que se hallaban ante dos de los suyos, uno de los soldados se llevó los dedos a la boca y lanzó un silbido. Fueron llegando más soldados, aproximadamente una sección, y un teniente jovencito, con la guerrera descolorida, por cuyo rostro polvoriento corrían hilillos de sudor. Saludó al ver los distintivos de Sasha.

-¿De dónde vienen y adónde se dirigen? -preguntó Sasha.

El teniente hizo un ademán a los soldados:

-Seguid, que ya os alcanzaré.

La sección pasó por delante de ellos y desapareció entre los árboles. El teniente miró a Varia, tendida con las manos cruzadas sobre el pecho, miró la fosa. -Hemos salido del cerco y nos dirigimos al lugar previsto.

-¿Qué unidad?

-Quince división de infantería, regimiento 676, al mando del coronel Onuprienko.

-Nikolái, márchate con el teniente -ordenó Sasha.

-Yo no me voy sin usted, camarada mayor -protestó Nikolái.

-¡Es una orden! -Sasha levantó la voz.

-¡Camarada mayor! -gritó Nikolái desesperado.

-Es una orden -repitió Sasha. -Camarada mayor, tampoco usted debía quedarse -dijo el teniente-. Detrás de nosotros vienen los alemanes. Dan una batida por el bosque.

-Entendido. Nikolái: informa de que me he quedado en la aldea de Rúdovo. -El punto poblado Rúdovo lo tomó el enemigo ayer a las diecinueve cero cero -dijo el teniente.

-Bueno, pues en el bosque próximo a Rúdovo.

Nikolái miraba a Sasha con aire suplicante.

-Date prisa. No retengas al teniente -ordenó Sasha.

Nikolái cogió el capote, el subfusil, levantó el macuto.

-Déjame las granadas.

Nikolái sacó del macuto tres granadas de mano F-I, llamadas Fenka, las dejó al lado del árbol y se echó el macuto al hombro.

-¿Cómo se llama usted, teniente?

-Nikishev. -El teniente movía los pies impaciente por dar alcance a su sección.

-Yo me llamo Pankrátov. Le ruego confirmar por escrito que, en presencia suya, he ordenado al soldado Jalshin regresar a su unidad.

-¡A la orden! -el teniente saludó-. ¡Vamos, soldado!

-Adiós, camarada mayor -dijo Nikolái, y se le quebró la voz.

-Adiós, y gracias por todo. ¡Vayan!

Sasha seguía cavando. La tierra estaba entretejida de raíces, fuertes y ásperas como alambres, que se resistían a la pala, y tenía que cortarlas con el hacha. La guerrera y el pantalón, empapados de sudor, se le pegaban al cuerpo. Los pies le ardían. Se quitó las botas y las dejó junto al árbol donde estaban el subfusil, las granadas de mano, la pistola TT y el bidón de agua.

Y de nuevo se puso a cavar. Por el cielo se deslizaban lentamente grandes nubes negras, en el horizonte ardían los incendios y el cañoneo retumbaba, amainando a veces, para recobrar luego mayor fuerza.

Dejó de cavar cuando la fosa le llegó hasta la cintura, salió de ella, alisó la tierra de un lado y arrastró hasta allí la manta donde descansaba Varia, saltó abajo, tomó a Varia en brazos y la depositó en el fondo de la fosa. Había poco sitio, pero la tendió con gran cuidado, y tapó el cuerpo con el capote. La cara, se la cubriría con el gorro. La besó en los labios. La primera vez que la besaba en la vida. Y la última.

Salió de la fosa y entonces oyó, muy cerca, disparos, gritos y órdenes en alemán.

Se tendió detrás del árbol caído, puso encima el subfusil, preparó las granadas de mano y la pistola. Entre los arbustos divisó uniformes verdigrises. Los alemanes caminaban desplegados en abanico y disparando por

precaución. Cuando surgieron tres delante de él, Sasha soltó una ráfaga. Los alemanes cayeron. Sasha lanzó una granada, agachó la cabeza. La granada estalló. Ya no se levantarían.

En el mismo instante empezaron a disparar subfusiles desde todas partes -delante, a la izquierda, a la derecha-, pero sin que se viera a los soldados, que habían echado cuerpo a tierra. Las balas pegaban contra el árbol o a espaldas de Sasha, pasando por encima.

Sasha esperaba: ya se levantarían para seguir adelante. ¿Qué remedio les quedaba? Y así fue. A su derecha se agitaron unos arbustos, se movieron uniformes verdigrises entre los árboles, se achantaron y se movieron de nuevo. Sasha les disparó una ráfaga, lanzó una granada, se volvió hacia la izquierda, donde también había uniformes verdigrises, lanzó en esa dirección la última granada y empuñó el subfusil, pero no llegó a disparar. Cayó de bruces sobre el árbol. Le habían matado por detrás, de una ráfaga en la espalda.

Surgieron los alemanes, arrebatados, sudorosos, enfurecidos, soltaron más ráfagas contra Sasha, ya muerto, contra la fosa abierta, y siguieron corriendo su camino...

La ofensiva de los alemanes fue detenida el 10 de julio. En cinco días, sólo lograron avanzar once kilómetros. Las tropas soviéticas pasaron a la contraofensiva, que se convirtió en ofensiva general sobre un frente de dos mil kilómetros de extensión.

El viejo GAZ-AA del servicio funerario estaba parado cerca del bosque, en el camino que llevaba a Rúdovo. Casi todo el equipo se había juntado ya en la caja del camión. Fumaban, esperando a dos que faltaban.

-Yo a esos zánganos los conozco -rezongaba el sargento-. Habrán encontrado alguna cantimplora y estarán echando unos tragos, tan campantes, debajo de un árbol.

-¡Qué van a encontrar cantimploras! -objetó un viejo soldado que dormitaba en un rincón-. Quizás hayan dado con un general o un coronel de los nuestros muerto. O puede que hayan decidido enterrar a algunos soldados rasos.

-Eso tiene que hacerlo el equipo de sepultureros de la división, y no nosotros -le atajó el sargento-. Lo nuestro es recoger los documentos. ¿O no has leído las instrucciones?

-Las instrucciones son las instrucciones y las personas son las personas, aunque estén muertas.

-¿Por qué tendrás tú que sacarle siempre punta a todo, viejo chocho? -estalló el sargento-. Estamos en ofensiva. Y cuando hay una ofensiva, no tenemos ningún derecho de rezagarnos. ¿Has entendido?

-Ya les daremos alcance.

Los dos que habían dado lugar a la discusión, hombres de cierta edad como todos los del equipo de sepultureros, caminaban por el bosque sin prisa cuando se encontraron con una fosa abierta. En el fondo cubierta con un capote, yacía una mujer-oficial y, cerca de allí, al lado de un árbol caído, había un mayor muerto.

-Fíjate: al mayor, ya le han quitado las botas.

-No, hombre. Están ahí. Se conoce que se las quitó él. O sea, que él ha cavado la fosa. Mira la pala...

Le dieron la vuelta al cuerpo de Sasha y sacaron los documentos de su bolsillo.

-¿Ves? Están sus documentos y los de ella. Conque, él iba a enterrarla, pero no le dieron tiempo. Vamos a enterrarlos nosotros como Dios manda.

-Si nos retrasamos se enfadará el sargento.

-¡Que se vaya a la porra!

Tendieron a Sasha junto a Varia, taparon la sepultura y, en el túmulo de tierra, clavaron dos pequeñas estacas y colgaron sus gorros en ellas. -Nos llevaremos las botas. Son de tafilete. Se pueden aprovechar.

-Se las daremos al sargento, y así se callará.

-Pero, bueno, ¿dónde os habéis metido? -arremetió el sargento contra ellos.

-Encontramos a un mayor muerto... mira: aquí están sus botas... y a una mujer capitán, que ya estaba en la fosa. Conque hemos decidido enterrarlos juntos, puesto que la fosa ya estaba abierta y había una pala al lado.

-Subid y dadle los documentos al escribiente -ordenó el sargento-. ¡En marcha!

El coche arrancó.

El escribiente hojeaba los documentos, leía en voz alta:

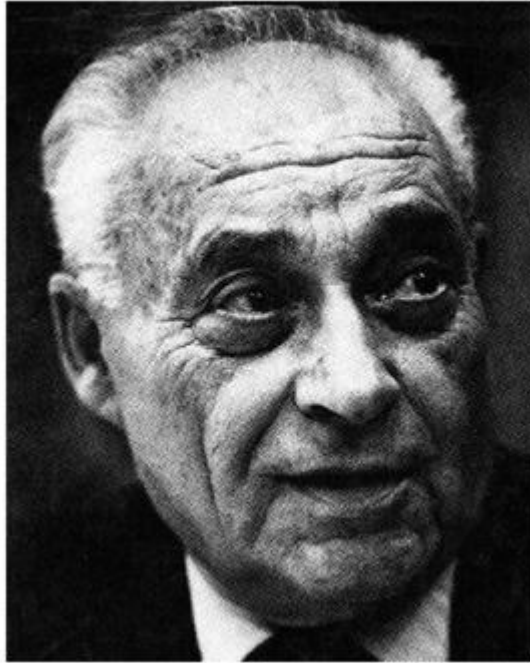
-Pankrátov, Alexéi Pávlovich, nacido en 1911... Ivanova, Varvara Serguéievna, nacida en 1917...

-¿Cuántos años tenían? -preguntó el viejo soldado que dormitaba en un rincón.

-Pues resulta que él tenía treinta y dos y ella veintiséis.

-Eran jóvenes todavía -dijo el viejo soldado.

El autor



Anatoli Ribakov nació en Chernigov (Ucrania) en 1911, descendiente de una familia judía. Desde los diez años vivió en Moscú, en la misma calle Arbat, donde tendría su hogar Sasha Pankrátov, el protagonista de la novela. No es ésta, sin embargo, la única coincidencia: al igual que Sasha, Ribakov fue detenido en 1934 por muy parecidas razones, e igualmente condenado a tres años de confinamiento en Siberia. Cumplida su condena, participó también en la Segunda Guerra Mundial. Ribakov publicó su primera novela, *El puñal*, en 1948. Dos años después recibió el premio Stalin por *Los camioneros*. Su consagración como autor le llegó en 1978 con la obra *Arena pesada* en la que aborda el delicado tema del destino de los judíos en la URSS. Se arriesgó a editarla en la revista *Oktiabr*, y fue tal el éxito y la controversia despertada, que la obra se publicó luego en veintitrés países, entre ellos España. Entusiasmada por este best-seller, la dirección de la revista intentó editar *Los hijos del Arbat*, pero hubo de ceder ante la censura. Tenía que llegar Gorbachov con su reforma, la perestroika, y su apertura cultural e ideológica - glasnost-, para que finalmente fuera otra revista, *Dmshba narodov*, la que en 1987 editara la novela y la convirtiera de inmediato en el libro emblemático de una época. La novela daría lugar a una trilogía cuyas otras dos componentes son *El terror* y *Polvo y cenizas*.

Su última novela, *La pesada arena*, de carácter autobiográfico, impactó a la sociedad soviética al dejar al desnudo el problema de los judíos en la URSS (Ribakov se apellidaba Arónov por parte de padre, pero tomó el de su madre al comenzar su carrera literaria).